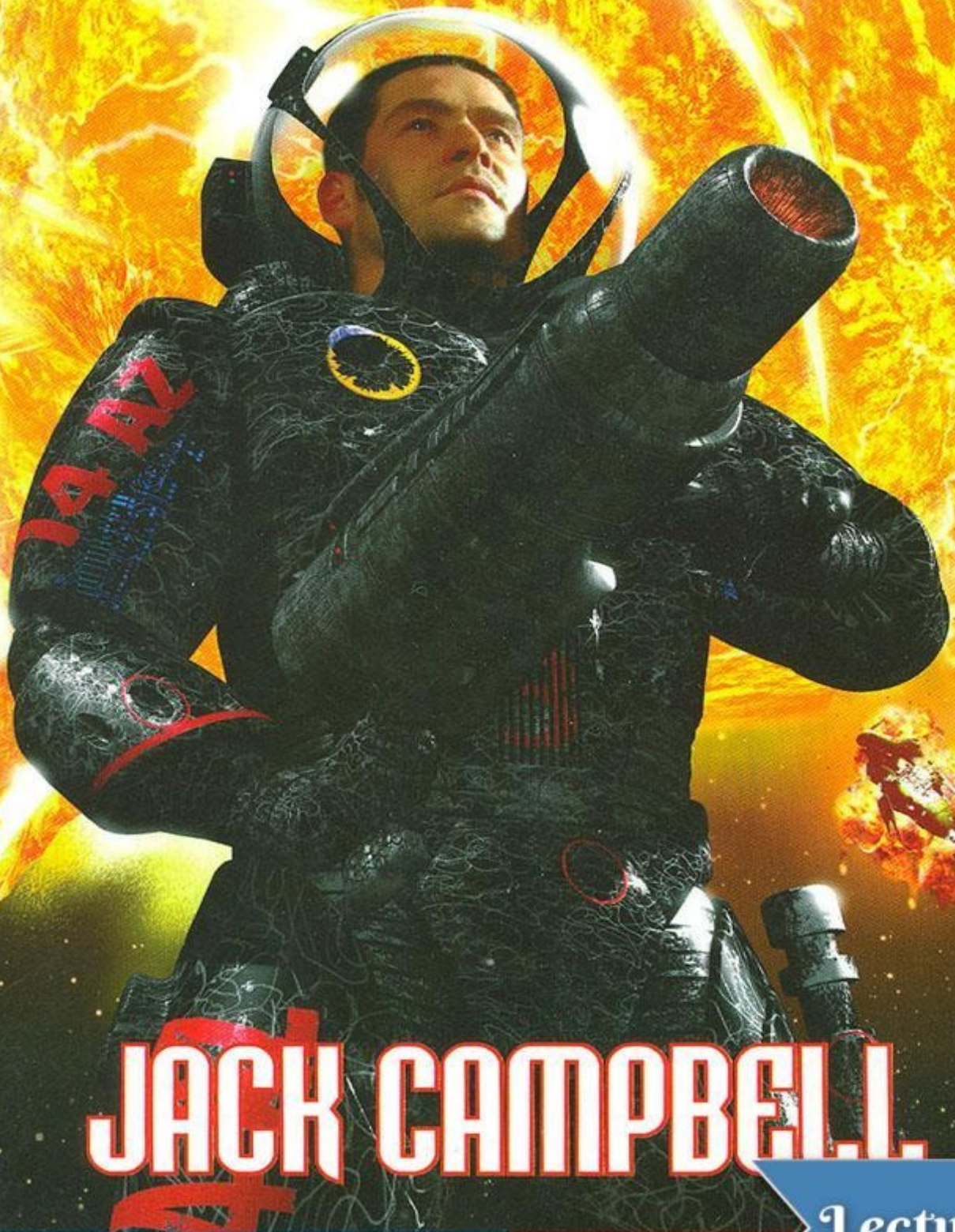


LA FLOTA PERDIDA VALIENTE



Lectulandia

En lo profundo del espacio de los Mundos Sídicos, la flota de la Alianza continúa su viaje a casa bajo el mando del capitán Black Jack Geary. Las victorias de Geary sobre el enemigo le han hecho ganarse tanto el respeto como la envidia de sus compañeros.

El comandante ha tomado numerosas decisiones arriesgadas, pero cuando ordena a la flota que vuelva al sistema estelar Lakota, creen que ha perdido el juicio... A pesar de que lucha por mantenerse un paso por delante del enemigo, Geary debe hacer frente a conspiradores dentro de su propia flota. Él sabe que sus hombres deben permanecer unidos o las fuerzas síndicas harán lo posible por separarlos...

Valiente es el cuarto volumen de 'La flota perdida', la serie de ciencia ficción militar que poco a poco se está convirtiendo en la más importante de la década. Esta saga de Jack Campbell es original, oscura y perturbadoramente adictiva.

Lectulandia

Jack Campbell

Valiente

La Flota Perdida - 4

ePUB v1.2

elchamaco 19.04.12

más libros en lectulandia.com

ePUB v1.0 Elchamaco 04.04.12

Maquetado.

ePUB v1.1 Elchamaco 14.04.12

Ajustes en Portada.

ePUB v1.2 Elchamaco 19.04.12

Arreglados estilos.

Del original

Título Valiant

Fecha de publicación 2008

De la traducción

Traducción Martín Luna Pérez

Fecha de publicación 10.2011

ISBN 978-84-9800-715-2

Descripción: 320 p. 23x16 cm

Encuadernación: rústsolap.

Materia/s: F - Ficción Y Temas Afines

A Jack M. Hemry (capitán de fragata, Marina de los EE. UU., retirado) y a Iris J.
Hemry, mis padres.
Hay una palabra que nunca diré suficientes veces: gracias.

Para S., como siempre.

Agradecimientos

Sigo estando en deuda con mi agente, Joshua Bilmes, por sus siempre acertadas sugerencias y su ayuda; con mi editora, Anna Sowards, por su apoyo y su trabajo de revisión; y con Cameron Dufty por su colaboración, su ayuda y sus sugerencias. Me gustaría también agradecerles a Catherine Asaro, Robert Chase, J. G. (Huck) Huckenpohler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk, y Constance A. Warner, sus sugerencias, comentarios y recomendaciones. Gracias también a Charles Petit por su ayuda sobre combates espaciales.

En memoria del USS SPRUANCE (DD-936); botado el 10 de noviembre de 1973; en servicio desde el 20 de septiembre de 1975; fuera de servicio desde el 23 de marzo de 2005; hundido como blanco en los cabos de Virginia el 8 de diciembre de 2006. Fue el primero y el mejor. Me enseñó lo que sé sobre embarcaciones por el camino difícil.

Flota de la Alianza

CAPITÁN JOHN GEARY, AL MANDO (EN FUNCIONES)

A continuación se presentan las pérdidas sufridas desde inmediatamente antes de que el capitán Geary asumiese el mando en el sistema nativo síndico.

Los nombres de las naves perdidas en combate están marcados en negrita, con el lugar en el que se perdieron a continuación.

SEGUNDA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Gallarda
Indomable
Gloriosa
Magnífica

TERCERA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Paladín (perdida en Lakota)
Orión
Majestuosa
Conquistadora

CUARTA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Guerrera
Triunfante (perdida en Vidha)
Vindicta
Venganza

QUINTA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Impávido
Resuelto
Temible
Vengativo

SÉPTIMA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Infatigable (perdida en Lakota)
Audaz (perdida en Lakota)
Atrevida (perdida en Lakota)

OCTAVA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Incansable
Represalia
Soberbia
Espléndida

DÉCIMA DIVISIÓN DE ACORAZADOS

Coloso
Amazona
Espartana

PRIMERA DIVISIÓN DE ACORAZADOS DE RECONOCIMIENTO

Arrogante (perdida en Kaliban)
Ejemplar
Aguerrida

PRIMERA DIVISIÓN DE
CRUCEROS DE BATALLA

Osada

Formidable

Atrevida

Afamada (perdida en Lakota)

SEGUNDA DIVISIÓN DE
CRUCEROS DE BATALLA

Leviatán

Dragón

Decidida

Valiente

CUARTA DIVISIÓN DE
CRUCEROS DE BATALLA

Intrépido (buque insignia)

Arrojado

Terrible (perdida en Ilión)

Victorioso

QUINTA DIVISIÓN DE
CRUCEROS DE BATALLA

Invencible (perdida en Ilión)

Resistente (perdida en el sistema
nativo síndico)

Furiosa

Implacable

SEXTA DIVISIÓN DE CRUCEROS
DE BATALLA

Polaris (perdida en Vidha)

Vanguardia (perdida en Vidha)

Ilustre

Increíble

SÉPTIMA DIVISIÓN DE
CRUCEROS DE BATALLA

Oportuna

Brillante

Inspiradora

TERCERA DIVISIÓN DE NAVES AUXILIARES DE ALTA VELOCIDAD

Titánica

Hechicera

Genio

Trasgo

TREINTA Y SIETE CRUCEROS PESADOS SUPERVIVIENTES EN SIETE
DIVISIONES

Primera División de Cruceros Pesados

Tercera División de Cruceros Pesados

Cuarta División de Cruceros Pesados

Quinta División de Cruceros Pesados

Séptima División de Cruceros Pesados

Octava División de Cruceros Pesados

menos

Ingrato (perdido en Kaliban)

Blindado (perdido en Sutrah)

Blasón, Casaca, Ariete y Ciudadela (perdidos en Vidha)

Bacinete y Sallet (perdidas en Lakota)

SESENTA Y DOS CRUCEROS LIGEROS SUPERVIVIENTES EN DIEZ
ESCUADRONES

Primer Escuadrón de Cruceros Ligeros

Segundo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Tercer Escuadrón de Cruceros Ligeros

Quinto Escuadrón de Cruceros Ligeros

Sexto Escuadrón de Cruceros Ligeros

Octavo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Noveno Escuadrón de Cruceros Ligeros

Décimo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Undécimo Escuadrón de Cruceros Ligeros

Decimocuarto Escuadrón de Cruceros Ligeros

menos

Veloz (perdido en Kaliban)

Pomo, Honda, Bolo y Asta (perdidos en Vidha)

Espuela, Damasquina, Centinela (perdidas en Lakota)

CIENTO OCHENTA Y TRES DESTRUCTORES SUPERVIVIENTES EN VEINTE
ESCUADRONES

Primer Escuadrón de destructores

Segundo Escuadrón de destructores

Tercer Escuadrón de destructores

Cuarto Escuadrón de destructores

Sexto Escuadrón de destructores

Séptimo Escuadrón de destructores

Noveno Escuadrón de destructores

Décimo Escuadrón de destructores

Duodécimo Escuadrón de destructores

Decimocuarto Escuadrón de destructores

Decimosexto Escuadrón de destructores

Decimoséptimo Escuadrón de destructores

Vigésimo Escuadrón de destructores

Vigesimoprimer Escuadrón de Destrucciones
Vigesimotercer Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoquinto Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoséptimo Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoctavo Escuadrón de Destrucciones
Trigésimo Escuadrón de Destrucciones
Trigésimo Segundo Escuadrón de Destrucciones
menos

Daga y Venenosa (perdidas en Kaliban)
Doblefilo, Estilete y Maza (perdidas en Sutra)
Celta, Akhu, Hoz, Hoja, Cerrojo, Sabot, Pedernal, Aguja, Dardo,
Aguijón, Lapa y Garrote (perdidos en Vidha)
Falcata (perdida en Ilión)
Martillón, Prasa, Talwar y Xiphos (perdidas en Lakota)

SEGUNDA FUERZA DE INFANTES DE MARINA DE LA FLOTA
CORONEL CARABALI AL MANDO (EN FUNCIONES)

1560 infantes de marina divididos en destacamentos dentro de cruceros de batalla y acorazados.

Capítulo 1

Dos de los mamparos defensivos que rodeaban la batería de lanzas infernales Alfa Tres, del crucero de batalla *Intrépido*, resplandecían como si fuesen nuevos. Y en realidad lo eran, ya que los fragmentos de los anteriores se habían extraído y en su lugar se habían colocado otros nuevos. Los otros dos lados del compartimento de la batería presentaban marcas causadas por el fuego enemigo, pero, dado que todavía estaban en un estado suficientemente bueno, no los habían cambiado. Los proyectores de las lanzas infernales también delataban reparaciones recientes, algunas de ellas apaños improvisados que en la vida serían aprobados por un equipo de inspección de la flota. Sin embargo, el equipo más cercano se encontraba muy muy lejos, en el espacio de la Alianza. Por el momento, dado que la flota se encontraba atrapada en el espacio profundo de los Mundos Síndicos, lo que realmente importaba era que las lanzas infernales estuviesen de nuevo a punto para disparar sus puntas con carga de partículas contra el enemigo.

Los ojos del capitán John Geary se dirigieron hacia la fila que formaban los operarios de la batería de lanzas infernales. La mitad de ellos era nueva allí, puesto que habían sido transferidos de otros grupos de operarios de lanzas infernales de la nave para reponer las bajas sufridas en el sistema estelar Lakota. Al igual que la batería, dos de los que todavía se mantenían en su puesto presentaban marcas del combate, uno de ellos con una protección elástica que le cubría la parte superior del brazo, y otro con un parche regenerador que le tapaba uno de los laterales de la pierna. Estaban heridos, y debería permitírseles descansar hasta recuperarse antes de tener que volver a sus puestos en el armamento, pero aquello era un lujo que ni el *Intrépido* ni ninguna de las demás naves de la flota de la Alianza se podían permitir en aquel momento. No al menos mientras se enfrentasen de nuevo a un combate inminente y la flota corriese el riesgo de ser totalmente destruida.

—Insistieron en volver a sus puestos —le dijo entre dientes la capitana Desjani a Geary, orgullosa. Orgullosa de su nave y de su tripulación. Se habían entregado durante la batalla, y lo habían hecho bien. Habían trabajado a contrarreloj para poner a punto la batería y poder utilizarla de nuevo en combate, y en ese instante volvían a estar preparados para luchar.

No había podido olvidar que tanto los daños que se habían reparado, como los tripulantes que faltaban porque sus cuerpos esperaban inertes su funeral, eran el resultado de sus decisiones.

Y pese a todo, los ojos de aquellos hombres y mujeres seguían reflejando confianza, orgullo, determinación, y una desconcertante fe en Black Jack Geary, el legendario héroe de la Alianza. Seguían dispuestos a seguirlo. Cumplían sus órdenes, y se dirigían hacia el mismo lugar en el que la flota había abandonado una multitud

de naves destrozadas.

—Un trabajo extraordinario —afirmó Geary, intentando pronunciar aquello de forma que su voz sonase con la emoción precisa, pero ni un ápice más de lo necesario. Sabía que debía parecer interesado e impresionado, pero no alterado—. Nunca he estado de servicio con una tripulación mejor, ni con una que se entregase más en combate.

Era verdad. Antes de ser rescatado de un sueño que lo había mantenido vivo durante un siglo y llevado a bordo del *Intrépido*, su experiencia de combate había consistido en una única batalla desesperada. Sin embargo, en aquel momento dependía de él una flota de naves y sus tripulantes, y eso sin tener en cuenta el propio destino de la Alianza.

E incluso, a lo mejor, también el de la humanidad.

No había presión alguna. En absoluto.

Geary sonrió hacia los operarios de la batería de lanzas infernales.

—Estaremos de vuelta en el sistema estelar Lakota en seis horas, y tendrán algo a lo que disparar. —Los operarios respondieron con una sonrisa fiera—. Reposen antes un poco. ¿Capitana Desjani?

Ella asintió.

—Descansen —les ordenó a los operarios de artillería—. Quedan liberados de sus obligaciones durante las próximas cuatro horas, y quedan autorizados a consumir raciones completas. —Los operarios volvieron a sonreír. Los niveles de comida andaban bajos, por lo que las raciones se habían reducido para que durasen lo máximo posible.

—Los síndicos van a lamentar que volvamos a Lakota —afirmó Geary.

—Retírense —ordenó Desjani. Luego siguió a Geary mientras abandonaba el compartimento de la batería—. No pensé que pudiésemos tener a la Alfa Tres preparada a tiempo —le confesó—. La verdad es que han hecho un trabajo estupendo.

—Tienen a una buena capitana —afirmó Geary. Desjani pareció ruborizarse ante aquel halago pese a ser toda una veterana curtida en más batallas de las que él había librado—. Por lo demás, ¿cómo va el *Intrépido*? —preguntó. Podría revisar la información de los sistemas de la flota, pero preferiría poder hablar sobre aquellos asuntos con otro oficial o con un tripulante.

—Todas las lanzas infernales están operativas, al igual que los proyectores de campos de anulación; todos los sistemas de combate en perfecto estado, y todo el daño en el casco sufrido en Lakota reparado o sellado hasta que podamos ocuparnos —recitó Desjani al momento—. Y tenemos capacidad de maniobra total.

—¿Y de munición?

Desjani puso mala cara.

—No nos quedan misiles espectro, y solo tenemos veintitrés cápsulas de metralla y cinco minas. Reservas de células de combustible al cincuenta y uno por ciento.

Se suponía que para dejar suficiente margen de seguridad, una nave nunca debería tener las reservas de combustible por debajo del setenta por ciento. Lamentablemente, las demás naves de la flota se encontraban más o menos en la misma situación que el *Intrépido*, y tampoco sabía cuándo volverían, al menos algunas de ellas, al estar al setenta por ciento, ni siquiera aunque consiguiesen salir victoriosos del combate y abandonasen de nuevo Lakota.

Como si le leyese el pensamiento, Desjani afirmó con confianza.

—Las auxiliares fabricando nueva munición, señor.

—Las auxiliares han estado fabricando munición y partes que había que reparar tan rápido como han podido, por lo que sus almacenes de materias primas vuelven a estar casi vacíos —le recordó Geary.

—Habrá más en Lakota. —Desjani sonrió mientras lo miraba—. No puede fallar. —Se detuvo durante un instante y realizó un saludo militar—. Tengo que revisar un par de cosas más antes de que llegemos a Lakota. Con su permiso, señor.

No pudo evitar sonreír pese a que la confianza que Desjani demostraba tener en él, al igual que tantos otros en la flota, era casi perturbadora. Creían que había sido enviado por las mismísimas estrellas del firmamento para salvar a la Alianza. Lo habían encontrado milagrosamente en estado de hibernación, todavía vivo, justo a tiempo para ponerlo al mando de una flota atrapada en las profundidades del espacio enemigo. Habían crecido con las leyendas del gran Black Jack Geary, el arquetipo de oficial de la Alianza, y un héroe propio de los mitos. Y el hecho de que no fuese ese mito parecía no haberlos impresionado por el momento. Aunque Desjani había visto bastante de primera mano como para saber que no constituía esa leyenda, seguían creyendo en él, y, dado que Geary confiaba bastante en el juicio de Desjani, aquello lo reconfortaba.

Aquello se contraponía especialmente a los oficiales de la flota que todavía creían que era un fraude, o el mero cascarón de lo que una vez había sido un héroe. Ese grupo había actuado para minar su caudillaje desde que asumió a regañadientes el mando de la flota, después de que el almirante Bloch fuese asesinado por los sindicatos. En realidad no había querido ocupar el puesto de comandante. Todavía estaba conmocionado por el impacto que le había causado saber que todas las personas y los lugares que había conocido habían quedado un siglo atrás. De todos modos, en lo que respectaba a Geary, tampoco tenía otra opción que no fuese asumir el mando, puesto que su fecha de entrada en el cuerpo también había quedado un siglo atrás, lo cual lo convertía en el capitán más antiguo de la flota.

Geary le devolvió el saludo a Desjani.

—Claro. El trabajo de un capitán nunca se termina. La veré en el puente de

mando en unas horas.

La sonrisa de Desjani se volvió más fiera, puesto que ya estaba pensando en la batalla con las fuerzas de los Mundos Síndicos.

—No sabrán siquiera quién los está atacando. —Se inclinó y se alejó por el corredor.

O eso o no lo conseguiremos, pensó Geary. Aquella decisión había sido una locura. Había escapado con la flota de una trampa de la que casi no son capaces de salir, para volver a cargar contra el sistema estelar en el que casi son destruidos. Sin embargo, los oficiales y la tripulación del *Intrépido* habían festejado la decisión, y no tenía ninguna duda de que en las otras naves había pasado lo mismo. Seguía habiendo muchas cosas que intentaba entender sobre las tripulaciones de la Alianza de aquel tiempo situado a cien años de distancia del suyo, pero, pese a todo, estaba seguro de que podían luchar dando lo máximo, y de que, de hecho, lo harían. Si iban a morir, querían hacerlo enfrentándose al enemigo, no escapando.

No era que muchos esperasen morir, sino que creían que conseguiría llevarlos a casa sanos y salvos, y que de paso salvaría también a la Alianza. Que los ancestros me ayuden.

Victoria Rione, copresidenta de la República Callas y miembro del Senado de la Alianza, estaba esperándolo en su camarote. Geary se detuvo al verla. Podía entrar en su compartimento en cualquier momento puesto que ya había pasado algunas noches allí, a intervalos irregulares, aunque Rione lo había evitado desde que Geary le ordenó a la flota que volviese a Lakota.

—¿Tú por aquí?

Rione se encogió de hombros.

—Llegaremos a Lakota en cinco horas y media. Puede que sea la última vez que tenemos la oportunidad de hablar, puesto que es posible que la flota sea destruida poco después.

—No creo que esa sea una buena manera de inspirarme antes del combate —dijo Geary, mientras se sentaba frente a ella.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Es una locura. Cuando hiciste que la flota diese la vuelta y se dirigiese a Lakota, no podía creérmelo, y entonces todo el mundo se puso como loco. Ni los entiendo a ellos, ni te entiendo a ti. ¿Por qué están contentas las tripulaciones y los oficiales?

Sabía a qué se refería. A la flota no le quedaba demasiado combustible, y el estado de la munición era incluso peor. Además, había sufrido daños en la batalla de Lakota y en los combates anteriores contra los síndicos, y la formación estaba desordenada después de la huida desesperada de Lakota y del precipitado giro que

había tomado para dirigirse de nuevo hacia el sistema estelar enemigo. Si se analizaba desde un punto de vista racional, atacar otra vez parecía un disparate, pero un instante antes, en Ixion, había estado seguro de que era el movimiento adecuado. Además, el hecho de que tanto intentar defenderse allí como escapar a través del sistema estelar habría significado seguramente la destrucción de la flota, hizo que tomar aquella decisión fuese más fácil.

—Es difícil de explicar. Confían en mí, y en ellos mismos.

—¡Pero van de cabeza a luchar a un lugar del que casi no salen vivos! ¿Cómo va a agradarles eso? No tiene sentido.

Geary frunció el ceño mientras intentaba convertir en palabras algo que sabía sin más, casi a un nivel instintivo.

—Toda la gente de la flota sabe que se va a enfrentar a la muerte. Sabe que se les ha ordenado cargar contra alguien que va a hacer todo lo posible para matarlos, y ellos, a su vez, intentarán hacer lo mismo. Quizá estar contento por volver a luchar en Lakota no tenga sentido, pero ¿es que las demás cosas que se ven obligados a hacer lo tiene? En realidad se trata de eso, de estar dispuesto a hacerlo, de golpear más duro y durante más tiempo que el enemigo, y de creer que va a servir de algo. Creen que derrotar a los sindicatos es fundamental para defender sus hogares. Creen que tienen la obligación de defender a los suyos, y están dispuestos a morir luchando. ¿Por qué? Pues porque sí.

Rione volvió a suspirar, esta vez profundamente.

—Yo no soy más que una política. Les ordenamos a los soldados que luchen, y comprendo por qué lo hacen, pero soy incapaz de entender por qué celebran este movimiento.

—Tampoco es que yo pueda afirmar que lo entiendo del todo. Es así, simplemente.

—Celebraron la orden, y obedecen, porque tú se la has dado —añadió Rione—. ¿Por qué luchan los soldados, John Geary? ¿Por tener la oportunidad de volver a casa? ¿Por proteger a la Alianza? ¿O luchan por ti?

No pudo evitar reírse durante un instante.

—Por la primera y la segunda, que en realidad son lo mismo, puesto que la Alianza necesita que esta flota sobreviva. Y quizá también un poquito por la tercera.

—¿Un poquito? —le preguntó Rione, en tono burlesco y casi turbada—. ¿Y lo dice el hombre al que le han ofrecido ser un dictador? Si sobrevivimos en Lakota, el capitán Badaya y los suyos volverán a hacerte la oferta.

—Y yo volveré a rechazarla. Por si no lo recuerdas, durante todo el camino a Ixion estuvimos preocupados por la posibilidad de que me relevasen de mi puesto de comandante al mando de la flota en cuanto llegásemos al sistema estelar. Al menos es un mejor problema del que preocuparse.

—¡No creas que los oficiales de alto rango de la flota que están contra ti van a detenerse solo porque has hecho algo que la mayoría de la flota aplaude! —Rione manipuló algunos controles e hizo aparecer la imagen del sistema estelar Lakota sobre la mesa del camarote. En el visor se podían ver las posiciones que ocupaban las naves síndicas en el momento en que la flota de la Alianza saltó fuera del sistema. Eran muchas naves. De hecho, superaban por bastante a la maltrecha flota de la Alianza.

—Me dijiste que no sobreviviríamos si intentásemos escapar a través de Ixion. Perfecto, pero ¿cuál es la diferencia con volver a Lakota?

Geary señaló el visor.

—Entre otras razones, si intentamos atravesar el sistema estelar Ixion, los síndicos que nos persiguen seguramente aparecerían tras nosotros en un par de horas. Hemos tenido cinco días y medio en el espacio de salto para reparar el daño sufrido en los combates de Lakota, pero no es suficiente. Al dar la vuelta y retroceder, hemos ganado otros cinco días y medio para que las naves puedan seguir con las reparaciones. Sin embargo, existen limitaciones para hacer eso en el espacio de salto, y no puedo tener acceso a los informes actualizados de las demás naves hasta que volvamos al espacio normal. Sin embargo, todas las naves tienen como máxima prioridad la orden de poner a punto las unidades de los sistemas de propulsión. Como poco, deberíamos ser capaces de movernos a mayor velocidad cuando salgamos al espacio normal en Lakota. Y eso sin mencionar otro tipo de reparaciones que se están llevando a cabo, como las de las defensas, la munición o los sistemas dañados. Cuando salgamos de nuevo al espacio normal, nuestras naves habrán tenido once días para recuperarse del daño sufrido durante el último combate.

—Eso lo entiendo, pero vamos a seguir con suministros escasos, y en el espacio profundo enemigo —dijo Rione. Luego negó con la cabeza—. Está claro que no vamos a toparnos con una fuerza síndica del mismo tamaño que la que dejamos en Lakota, ya que seguramente han enviado a una parte importante en nuestra busca. Sin embargo, sigue habiendo naves enemigas en el sistema, y las que nos perseguían seguramente han dado la vuelta en cuanto se dieron cuenta de que nosotros hemos virado y saltado a Lakota. Esas naves siguen estando a solo unas horas de nosotros.

—Seguramente supondrán que vamos a emboscarlos a la salida del punto de salto de Ixion —comentó Geary—, por lo que habrán invertido por lo menos un par de horas ordenando la formación para prepararse antes de saltar detrás de nosotros. También habrán salido en Ixion a una velocidad superior a la nuestra, lo que significa que les llevará también más tiempo dar la vuelta, y, puesto que pensarán que los podemos emboscar también en Lakota, tendrán que mantener la formación, lo que hará que, una vez más, tarden más que nosotros al tener que mantener todas las naves en su sitio. Supongamos que disponemos de tres horas antes de que lleguen;

tendríamos posibilidades. Si suponemos seis, tenemos opciones reales de llegar con la flota a otro punto de salto y salir sin sobresaltos de Lakota.

—Pero seguirán pisándonos los talones, y casi no tendremos suministros.

—Ellos han ido a más velocidad y han maniobrado más que nosotros. Si no se paran a reponer sus propias existencias de armamento y células de combustible, también tendrán problemas. Además, si nos tomamos un respiro en el espacio normal, las auxiliares podrían distribuir entre las naves el combustible y el armamento que han estado fabricando estos últimos once días. Ayudaría bastante. Y tampoco hace falta que me recuerdes que andamos bastante escasos de todo. El *Intrépido* está a poco más del cincuenta por ciento de células de combustible.

—¿Es eso lo que tú y tu capitana Desjani habéis estado haciendo? ¿Comprobar los niveles de combustible?

Geary frunció el ceño. ¿Cómo sabía Rione que había estado con Desjani?

—No es «mi» capitana Desjani. Estábamos examinando una batería de lanzas infernales.

—Qué romántico.

—¡Déjalo ya, Victoria! ¡Ya tengo bastante con que mis enemigos de la flota anden extendiendo rumores de que ando con Desjani, no hace falta que vengas con lo mismo!

Entonces fue Rione quien frunció el ceño.

—No vengo con lo mismo. No pretendo minar tu mando al frente de la flota, pero si continúas dejándote ver con una oficial sobre la que hay rumores...

—¿Debería suponer que tengo que evitar a la capitana de mi buque insignia?

—Lo que pasa es que no quieres evitarla, capitán John Geary. —Rione se levantó—. Pero bueno, es tu lío, y disculpa por usar esa palabra.

—Victoria, voy a tener un combate dentro de poco, y la verdad es que no me vienen nada bien este tipo de distracciones.

—Perdona. —Geary no podría notar si realmente lo sentía o no—. De veras que espero que tu plan desesperado funcione. Has estado alternando continuamente acciones cautelosas con otras tremendamente arriesgadas desde que asumiste el mando de la flota, y con ello has conseguido mantener a los síndicos a raya. Quizá vuelva a funcionar. Te veré en el puente en cinco horas.

Geary observó cómo se marchaba. Luego se recostó mientras se preguntaba qué pensaría Rione en aquel preciso instante. Además de ser su amante por momentos, y en aquel en particular no le tocaba serlo, había sido una consejera inestimable, puesto que nunca dudaba en exponer lo que pensaba. Sin embargo, se guardaba sus secretos. Lo único que sabía seguro era que su lealtad hacia la Alianza era inquebrantable.

Un siglo antes, los síndicos lanzaron ataques por sorpresa sobre la Alianza, y comenzó una guerra que no podían ganar. Esta era demasiado grande, y contaba con

demasiados recursos. No obstante, los Mundos Síndicos no se quedaban atrás. Habían pasado cien años sin avances, cien años de una guerra implacable, que había causado incontables muertes en ambos bandos. Un siglo en el que las nuevas generaciones de la Alianza habían crecido reverenciando la heroica figura de John Black Jack Geary y su defensa desesperada en el sistema estelar Grendel. Un siglo durante el que todo el mundo con el que se había relacionado estaba muerto, y durante el que los lugares que había conocido habían cambiado. Incluso la flota había cambiado; ya no solo en lo que respectaba a la mejora del armamento y ese tipo de cosas, sino en que cien años intercambiando atrocidades con los síndicos habían convertido a su gente en algo que no reconocía.

Él también había cambiado desde el momento en que se había visto forzado a asumir el mando de una flota que se tambaleaba al borde del abismo, que la llevaría a la destrucción total. No obstante, por lo menos les recordaba a los descendientes de la gente que había conocido el significado del honor, o cuáles eran los principios por los que se suponía que luchaba la Alianza. No estaba ni remotamente preparado para comandar una flota de ese tamaño, y eso sin contar que estaba formada por tripulantes y oficiales que pensaban de forma distinta a él. Sin embargo, juntos habían llegado hasta allí, tan lejos, en su camino a casa. Su casa. Tampoco la reconocerían. Pero les había prometido llevarlos de vuelta. Se lo obligaba su deber, y estaba condenado a hacer el trabajo o a morir en el intento.

Su mirada se posó sobre el visor en el que estaba representado el sistema estelar Lakota. Había demasiadas naves síndicas. Sin embargo, ellos también habían sufrido daños durante el combate. Había sido imposible valorar lo dañados que habían quedado puesto que al final de la contienda había tantos restos de naves que los sensores se habían bloqueado. Tampoco sabía siquiera cuántas pérdidas habían causado la *Atrevida*, la *Audaz* y la *Infatigable* en sus últimos estertores, mientras contenían a los síndicos el tiempo suficiente como para permitir escapar al resto de la flota.

¿Cuán seguro estaba el comandante síndico de que la Alianza había sido finalmente derrotada, y de que lo único que podía hacer era escapar a ciegas? ¿Cuántas naves los habrían seguido a Ixion, y cuántas se habrían quedado defendiendo Lakota ante la remota (algunos dirían que más que imprudente) posibilidad de que las naves de la Alianza volviesen de inmediato? La única forma de hallar una respuesta a esas preguntas era meter la cabeza en la boca del lobo y ver cómo tenía los dientes.

Volvió a mirar el reloj. En cuatro horas y media, lo sabría.

El puente de mando del *Intrépido* se había vuelto cada vez más confortablemente familiar desde la primera vez que estuvo, cuando despertó después de la muerte del

almirante Bloch. No ocurría lo mismo con la apariencia general del lugar, que aunque en aquel momento le resultaba natural, y en realidad el equipamiento era más avanzado que el que había conocido, no era menos cierto que su aspecto exterior era también más burdo. El resultado del triunfo de la necesidad sobre las formas. Un siglo antes, en la última nave de Geary, todo parecía suave, con líneas limpias que delataban un mimo especial por la apariencia. Sin embargo, aquella nave había sido diseñada y construida esperando que durase décadas. Formaba parte de un grupo relativamente pequeño de naves de la flota que no entrarían en combate. El *Intrépido*, por otra parte, reflejaba el paso de generaciones de naves construidas a toda prisa para reemplazar a otras perdidas de forma horrible, y con una esperanza de vida de un par de años como mucho. Aquellos bordes acusados, aquellas soldaduras poco cuidadas, y aquellas superficies irregulares eran más que suficiente para una nave que podría saltar por los aires en el primer encuentro con el enemigo, y que sería reemplazada rápidamente por otra con el mismo nombre. Geary todavía no se había habituado a la filosofía de naves de usar y tirar, nacida de aquella desagradable experiencia, que ejemplificaban aquellos toscos bordes.

Naves de usar y tirar, al igual que sus tripulaciones. Se había perdido gran parte del conocimiento táctico durante aquel siglo en el que el personal entrenado había muerto sin poder legar sus nociones y su experiencia a las nuevas generaciones. Los combates habían degenerado en pesados enfrentamientos caracterizados por cargas directas y un número espantoso de bajas. Habría sido más fácil aceptar la tosquedad de los bordes de aquella nave que aceptar el tipo de bajas en combate al que aquella flota se había habituado.

No obstante, había conseguido que el *Intrépido* y su tripulación sobreviviesen desde el sistema estelar nativo síndico hasta allí, a la vez que los conocía hasta el punto de dejar de ser un recuerdo de lo que había perdido y convertirse en algo reconfortante. Había llegado a conocer a los consultores, a saber sus nombres, principiantes a los que había ayudado a seguir vivos lo suficiente como para conseguir experiencia. Gran parte de la tripulación del *Intrépido* procedía del planeta Kosatka, un lugar en el que Geary había estado hacía, literalmente, más de cien años. Estando tan solo en ese futuro, había llegado a considerarlos como una familia con la que reemplazar a la que había perdido.

La capitana Desjani le dedicó a Geary una sonrisa de bienvenida en cuanto entró en el puente de mando y se sentó en el asiento del comandante de la flota, situado al lado del de la capitana al mando de la nave. Al principio lo asustó un poco, ya que había notado aquel odio que sentía hacia el enemigo y aquella disposición a aceptar las tácticas que tanto horrorizaban a Geary. Sin embargo, había llegado a entender las razones de aquella actitud. Ella los había escuchado y había adoptado creencias que la acercaban más a sus ancestros. Además, esos mismos ancestros sabían lo capaz que

era como capitana, y lo bien que dirigía su nave. En aquel momento, sin lugar a dudas, Desjani era la presencia más reconfortante del puente de mando.

—Estamos preparados, capitán Geary —le anunció Desjani.

—No se me ocurriría ponerlo en duda siquiera.

Intentó respirar con tranquilidad, parecer confiado, y hablar con seguridad. Aunque sentía pavor por lo que podía esperar a la flota cuando saliesen por el punto de salto de Lakota, sabía que era observado en todo momento por oficiales y tripulantes cuya confianza dependía de lo que vieses en él.

—Cinco minutos para la salida —anunció un consultor de operaciones.

La capitana Desjani no solo aparentaba estar tranquila y confiada, sino que parecía sentirse así realmente. Daba la impresión de que siempre se serenaba cuanto más se acercaba la posibilidad de luchar y destrozar a los síndicos. Entonces miró a Geary y sonrió ligeramente.

—Tenemos compañeros que vengar en este sistema.

—Así es —convino Geary, mientras se preguntaba si el capitán Mosko habría sobrevivido a la destrucción de la *Atrevida*. Probablemente no. No obstante, Mosko tan solo era uno entre muchos de los tripulantes de la Alianza que podrían haber sobrevivido para convertirse en prisioneros en Lakota. Además de cuatro acorazados y un crucero de batalla, la flota de la Alianza había perdido en el último combate contra los síndicos dos cruceros pesados, tres cruceros ligeros y cuatro destructores. A lo mejor tenemos la oportunidad de rescatar a algunos. Seguramente los síndicos no se han dado prisa en llevar a los prisioneros a ninguna parte, por lo que es posible que sigan a nuestro alcance.

Se abrió la escotilla del puente de mando. Geary miró hacia atrás y vio a Rione ocupando el asiento de observador situado detrás. Sus ojos se encontraron. Ella lo saludó fríamente con la cabeza, y luego se acomodó para mirar su propio visor. Desjani, que aparentemente estaba ocupada con sus cosas, no se giró para mirar a Rione, y en lo que respecta a la política de la Alianza, no pareció percatarse.

—Dos minutos para la salida.

Desjani se giró hacia Geary.

—¿Quiere dirigirse a la tripulación, señor?

¿Quería?

—Sí. —Geary se paró un momento para ordenar sus pensamientos. Tenía bastante más experiencia dando discursos antes de una batalla desde que había asumido el control de la flota. Pulsó uno de los controles del circuito interno de comunicaciones y se esforzó por sonar optimista.

—Oficiales y tripulación del *Intrépido*, una vez más tengo el honor de liderar en combate a la flota y a esta nave. Esperamos encontrarnos con defensores síndicos en cuanto salgamos por el punto de salto. Estoy seguro de que haremos que lamenten

haberse topado con nosotros, y no nos iremos de Lakota sin vengar a los camaradas que hemos perdido aquí. Por el honor de nuestros antepasados.

Justo cuando acabó de pronunciar la última palabra, se escuchó otro anuncio.

—Treinta segundos para la salida.

Entonces la voz de Desjani resonó en el puente de mando.

—Todos los sistemas de combate activados. Escudos al máximo. Prepárense para establecer contacto con el enemigo.

—Fuera.

El gris vacío del espacio de salto desapareció en un instante y, en su lugar, apareció el fondo negro salpicado de estrellas del espacio normal. Por supuesto, el campo de minas síndico seguía allí, pero el *Intrépido* y el resto de naves de la Alianza comenzaron a virar en dirección ascendente en cuanto salieron del punto de salto, maniobrando para evitarlas. Geary, ansioso, escrutó el visor, rezando para que los síndicos no colocasen más minas en ese punto.

Hasta entonces la representación del sistema estelar que había en el visor había quedado congelada, mostrando la situación de los objetos dispuestos en el sistema en el momento en que la flota había salido de allí hacía algo menos de dos semanas. Las posiciones de las naves enemigas tenían la etiqueta de «Última posición registrada», lo cual quería decir realmente «En cualquier sitio menos ahí». Entonces los símbolos desaparecieron y empezó a desplegarse un maremágnum de datos según los sensores de la flota escaneaban los alrededores y realizaban las pertinentes identificaciones.

Geary entornó los ojos, intentando verlos todos a la vez. No había defensor alguno en el punto de salto, pero sí parecía haber naves síndicas repartidas por todo el sistema. Muchas naves. Por un instante se sintió desanimado al ver el número de enemigos que todavía había en Lakota. ¿Habían saltado finalmente a las fauces de una fuerza enemiga superior?

Entonces se fijó en la información de identificación y en los detalles, y vio un panorama totalmente distinto. El gran grupo de naves síndicas localizado a diez minutos luz del punto de salto estaba formado mayoritariamente por un gran número de naves de reparación, y por navíos de combate en bastante mal estado y con los sistemas fuera de servicio mientras se subsanaban los daños. La formación al completo, que tenía forma de esfera achatada, se movía por el sistema, renqueante, a una velocidad de unos escasos cero con cero dos c.

La siguiente formación en tamaño, situada a casi treinta minutos luz del punto de salto, era una mezcla de naves totalmente operativas y de otras ligeramente dañadas, pero con tan solo cuatro acorazados y dos cruceros de batalla entre ellas.

En el espacio del sistema estelar Lakota que separaba el punto de salto del mundo habitado se encontraba el resto de naves síndicas. Había naves poco dañadas, pero que sin embargo seguían presentando desperfectos, dirigiéndose a los puertos

orbitales, cargueros distribuyendo suministros y naves civiles moviéndose entre planetas. Eran blancos fáciles, con muy pocos defensores preparados para detener a la flota de la Alianza y evitar que tomaran lo que quisiesen.

Desjani casi jadeó de placer.

—Capitán Geary, vamos a machacarlos.

—Eso parece.

Su propia formación era un desbarajuste, pero en aquel momento no tenía tiempo para ponerse a ordenarla. Tenía ventaja sobre la fuerza perseguidora síndica que los había seguido hasta Ixion, y no quería que los navíos de combate enemigos dañados y los que ayudaban en las reparaciones escapasen.

Como si le leyese la mente, Desjani señaló las representaciones de las naves de reparación enemigas.

—Las evaluaciones preliminares indican que van bastante cargadas. No podrían escapar demasiado rápido ni aunque se separasen de las naves en las que están realizando las reparaciones.

—Es una lástima que nuestras auxiliares sí puedan ir rápido por estar vacías —comentó Geary. Entonces, ambos se miraron como si se les ocurriese la misma idea—. ¿Tenemos posibilidades de alcanzar esas naves síndicas intactas? No podemos utilizar los recambios que hayan fabricado, pero si tienen materias primas a bordo, podemos transferirlas a nuestras naves auxiliares.

Desjani, pensativa, se frotó la nuca con una mano.

—Los síndicos podrían programar los núcleos de energía para que se sobrecarguen una vez hayan abandonado la nave. Teniente Nicodeom —dijo hacia uno de los consultores—, usted es ingeniero, ¿cree que harán saltar por los aires las naves de reparación cuando establezcamos contacto?

El teniente frunció el ceño durante un instante mientras miraba su visor.

—Se hace explotar una nave sobrecargando los núcleos cuando se considera que recuperar la nave es muy poco probable, capitana. Nosotros, por mucho daño que causasen, no lo haríamos en un sistema que controlamos. Por lo que sé, los síndicos siguen esa misma política.

—¡Y este es un sistema estelar síndico! —Desjani miró a Geary, entusiasmada—. Abandonarán las naves en cuanto les disparemos, pero las dejarán intactas. Saben que no podemos quedarnos en el sistema, así que querrán recuperarlas cuando nos vayamos, y además no saben que pretendemos saquearlas. Lo único que tenemos que hacer es asegurarnos de que no se den cuenta de que vamos a por las naves de reparación que están intactas hasta que tengamos a mano tantas como necesitamos.

—Está bien. —Geary intentó calmarse. Parecía demasiado bueno para ser verdad, aunque seguía sin ser fácil conseguirlo—. Podemos mandar a la mayoría de los destructores y de los cruceros ligeros contra las naves síndicas dañadas de forma

independiente, y por otra parte enviar a los acorazados y a los cruceros de batalla hacia las naves de reparación y las dañadas que las acompañan. Algunas de las dañadas podrían tener todavía una potencia de artillería destacable si consiguen activar sus sistemas de combate antes de que los interceptemos. No obstante, también tenemos que atacar a la flotilla síndica que está operativa, situada a treinta minutos si nos damos prisa, por lo que... —Entonces se dio cuenta de algo—. No hay nadie en la puerta hipernética. Los síndicos han sacado de allí a la flotilla que la custodiaba.

Desjani contuvo el aliento.

—¿Podríamos...? No, no seremos capaces de llegar a la puerta antes que sus naves de guardia. Todavía no nos han visto. —Y no lo harán hasta que la luz procedente del punto de salto los alcance en unos veintiséis minutos—. Pero cuando lo hagan, seguirán teniendo una gran ventaja.

—Eso me temo —dijo Geary. En condiciones normales, una puerta hipernética enemiga no sería una opción, puesto que era imposible usarla, sin embargo el *Intrépido* transportaba una llave hipernética síndica que les había proporcionado un supuesto traidor enemigo que había ayudado a atraer a la flota de la Alianza a las profundidades del espacio síndico y a emboscarla en su sistema nativo. El enemigo, a sabiendas de que no podían dejar que la flota de la Alianza volviese a casa con la llave, había demostrado estar dispuesto a destruir sus propias puertas hipernéticas con tal de que la Alianza no pudiese utilizarlas.

Aquello no solo era decepcionante, sino también muy peligroso.

—Aunque podríamos correr el riesgo —añadió Desjani—. Si finalmente no conseguimos evitar que destruyan la puerta, podríamos soportarlos. Los escudos pudieron resistir casi sin problemas la descarga que produjo la explosión de la puerta de Sancere.

Geary negó con la cabeza.

—Una nova, capitana Desjani —dijo en voz baja para que solamente ella lo escuchase. Ella hizo una mueca y asintió con la cabeza. Según los mejores cálculos de los que disponían, la energía resultante de la explosión de una puerta hipernética podía variar entre nada en absoluto y el equivalente a una nova, es decir, una estrella explotando. Ninguna nave podría sobrevivir a eso, ni siquiera escapar—. No, ir a la puerta no es un objetivo realista.

Todavía no le había dicho que la flota de la Alianza podría ver modificado su destino una vez que estuvieran en el sistema hipernético síndico. Ni a ella ni a ninguno de los capitanes. No podía seguir así. Algunos de sus oficiales, incluyendo a Desjani, tenían que saber que había otros enemigos en su contra además de los síndicos.

—Disponemos de poco tiempo para hacer muchas cosas antes de que nuestros perseguidores síndicos lleguen desde Ixion. Tenemos que acabar con el grupo grande

de naves dañadas y auxiliares, eliminar tantas naves síndicas de otro tipo como nos sea posible, reabastecer nuestras naves auxiliares con lo que tengan las suyas, proteger a las nuestras ante cualquier intento desesperado del enemigo de contraatacar, y...

—Eso parece suficiente para empezar, ¿no? —dijo Desjani.

Su flota, que en aquel momento era una masa desordenada de naves, trepaba por el espacio que había entre el campo de minas y el punto de salto situado tras él, moviéndose a solo cero con cero cinco c. En el espacio no hay arriba o abajo, claro está, pero los humanos necesitan esos conceptos para orientarse. Hacía ya mucho tiempo que se había convencido de que la dirección sobre el plano era ascendente, y bajo el plano, descendente, hacia la estrella principal era estribor, y en dirección opuesta, babor. Esas convenciones eran el único modo de dar órdenes a las naves de modo que entendiesen lo que quería decir.

Para cuando la flota llegase a un lugar en el que pudiese acelerar hacia el enemigo, debería haber emitido ya las instrucciones del rumbo de cada nave. Tenía que organizarlo todo improvisando... ¿Por qué tenía que ocuparse de todo él solo? ¿Por qué no confiar en una oficial de la que sabía que hacía bien su trabajo, y a la que había visto trabajar durante meses?

—Capitana Desjani, ¿podría organizar el plan de los destructores y de los cruceros ligeros mientras yo me ocupo de las naves pesadas? Necesitamos que los grupos sean capaces de alcanzar tantas naves de reparación síndicas como sea posible al mismo tiempo.

La cara de la capitana se iluminó y asintió con la cabeza al instante.

—Ahora mismo, señor. Sincronizaré los visualizadores para que podamos coordinar los movimientos mientras los planeamos.

Se inclinó hacia delante y examinó su pantalla. Poco después sus manos comenzaron a volar sobre los paneles.

Geary se centró en su visor e intentó ver dónde se encontraban los cruceros pesados, los acorazados y los cruceros de batalla, a dónde tenían que dirigirse, y cuándo tenían que llegar. Las divisiones estaban mezcladas, lo cual complicaba el asunto, y muchas de las naves todavía estaban limitadas en lo que se refería al combate dado el daño sufrido la última vez que estuvieron en Lakota. Prácticamente todas tenían los sistemas de propulsión totalmente operativos, pero incluso con la experiencia que tenían preparando coreografías de movimientos navales, nunca habría conseguido organizar aquel maremágnun en el tiempo del que disponía si no hubiera sido por la ayuda que le prestaban los sistemas de navegación, que le ofrecían vías de interceptación en cuanto señalaba una nave y su objetivo. Mientras realizaba esta tarea, aparecieron los avances del trabajo de Desjani con los cruceros ligeros y los destructores, y al final se encontró adaptando sus planes a los de ella, al igual que

ella hacía con los suyos.

—La Audaz está con el grupo grande de naves de reparación y naves dañadas — dijo Desjani rápidamente—. Bueno, lo que queda de ella.

Por lo que Geary pudo ver en los detalles, no quedaba demasiado. Los sensores ópticos de la flota eran lo suficientemente sensibles como para rastrear pequeños objetos a lo largo de un sistema estelar y podía ofrecer sin problemas una imagen nítida de un objeto a tan solo diez minutos luz de distancia. Dado que tenía todos sus sistemas de control y de combate destruidos, y que la forma de su casco estaba desfigurada por el brutal daño sufrido, los sensores habían tardado un poco en reconocer aquella mole como una nave de la Alianza. Aquel acorazado, uno de los tres que habían formado parte de la retaguardia que posibilitó la escapada del resto de la flota, estaba machacado. Su poderoso casco había recibido tantos impactos que parecía que el metal había sido destrozado por algún tipo de lluvia ácida y abandonado para que se desintegrara. Ya fuese durante el combate, o después de él, todas y cada una de las unidades de armamento de la Audaz habían sido destruidas, y aparentemente no quedaba tampoco ninguna unidad de propulsión operativa. Sin embargo, estaban llevando a la nave de la Alianza con ellos

—¿Qué hacen? ¿Por qué se llevan a la Audaz con ellos?

Desjani frunció el ceño, y un momento después lo relajó.

—La están utilizando como prisión. ¿Ve? Hay calor y pequeñas fugas de aire, lo que significa que los síndicos han sellado algunos compartimentos para que sean habitables. Apostaría a que la Audaz está abarrotada de prisioneros de guerra de la Alianza. Seguramente los están utilizando para las labores pesadas en las reparaciones de las naves síndicas.

—Joder. —Tenían que ajustar el plan; modificarlo para recoger también lo que quedaba en el acorazado de la Alianza antes de que...—. Tanya, ¿cree que harán explotar los núcleos de energía?

Ella asintió con expresión sombría.

—Nosotros lo hemos hecho. Ellos lo han hecho. Seguramente ya se están preparando para volver a hacerlo.

Entonces no había nada que perder. Una de las cosas que más le habían impactado había sido ver al personal de la Alianza preparar a sangre fría asesinatos en masa de prisioneros de guerra haciendo explotar los núcleos de energía mientras todavía estaban a bordo. Esa flota, su flota, no volvería a hacer algo así, pero, por lo que Geary sabía, no había tenido lugar ningún cambio del estilo en los síndicos. No debería tener miedo de darle a los síndicos una idea que seguramente ya tenían en mente. Geary dejó de hacer lo que estaba haciendo y manipuló los controles de comunicaciones.

—A todo el personal de los Mundos Síndicos del sistema estelar Lakota. Al habla

John Geary, comandante de la flota de la Alianza. Quedan advertidos de que si matan mediante sobrecarga de los núcleos o cualquier otro medio atroz a alguno de los prisioneros de guerra localizados a bordo de la Audaz o en cualquier otra nave o ubicación, me aseguraré de que cada nave, transbordador o cápsula de los Mundos Síndicos de este sistema sea destruido. Dejen con vida a los prisioneros, y les prometo por mis antepasados que les permitiré escapar. Mátenlos, y les juro por los mismos que morirán del modo más doloroso posible.

El mensaje tardaría unos diez minutos en llegar a la formación que contenía a la Audaz, poco después de que los síndicos viesan la luz que anunciaba la llegada de la flota de la Alianza. Con suerte sería en poco tiempo.

—Eso debería ponerlos sobre aviso —dijo entre dientes Desjani, con los ojos de nuevo sobre el visor y las manos moviéndose a toda velocidad sobre los controles.

Geary se concentró en su trabajo, asegurándose de cubrir también los restos de la Audaz. Parecía que la tarea no se terminaba nunca. Los grandes arcos que trazaban las maniobras en el visor se intercalaban hasta formar un intrincado baile. Pese a que le había llevado solo unos segundos planear los movimientos de todas aquellas naves, era la impresión que le daba.

—Hecho —exclamó Desjani. Geary manipuló el último de los cruceros pesados, estudió la solución que le ofrecía el sistema, y asintió con la cabeza.

—Yo también. Repasemos mutuamente los planes, ¿vale? Asegurémonos de que tanto los navíos pesados como los ligeros están sobradamente coordinados como para apoyarse si fuese necesario.

—Estoy en ello, señor.

Observó su trabajo y el de Desjani, y vio los esbeltos arcos que proyectaban los cursos de las naves atravesando el espacio, y que en conjunto formaban una bella imagen que velaba sus funestas intenciones. El movimiento de los destructores y de los cruceros no coincidía exactamente con el curso de las naves más pesadas, pero todo parecía funcionar y se podía arreglar en el tiempo necesario para establecer contacto con el enemigo. Geary se preguntó si Desjani no lanzaría sin más a las naves sobre el enemigo, pero había coordinado cada movimiento de forma que operasen al unísono organizadas en formaciones improvisadas con las que se intentaba maximizar las capacidades para el combate de cada una de ellas. Estaba claro que Desjani no solo había visto cómo dirigía Geary a la flota, también había aprendido de ello. En conjunto, su trabajo había aprovechado al máximo la nueva disposición de la flota, puesto que había dividido aquella masa informe de naves en unas doce subformaciones, cada una de ellas centrada en, por lo menos, una división de cruceros de batalla o de acorazados.

—Está bien, bastante bien, de hecho.

—Por aquí igual, señor.

—¿Ha reaccionado ya la fuerza defensiva síndica?

—Todavía no, y no lo harán hasta dentro de otros... diecinueve minutos.

Era extraño pensar que solo habían pasado once minutos desde que llegaron al sistema estelar Lakota. No había forma de contrarrestar una reacción que aún no se había producido, y esperar a ver lo que hacían los síndicos seguramente sería un error puesto que cada minuto era crítico. Entonces Geary volvió a presionar los controles.

—A todas las unidades de la Alianza, al habla el capitán Geary. Se les están transfiriendo en estos precisos instantes las órdenes de maniobra del plan que vamos a seguir. Ejecútenlas en cuanto las reciban. Es fundamental que tomemos el control de todas las naves de reparación síndicas que sea posible antes de que se den cuenta de que pretendemos capturarlas y no destruirlas, por lo que todas las naves que se ocupen de esta tarea deben aproximarse tanto como sea posible antes del límite marcado. También es básico que no produzcamos accidentalmente una explosión del núcleo en ninguna de las naves de reparación síndicas. Creemos que hay prisioneros de la Alianza a bordo de los restos de la Audaz, por lo que deben asegurarse de no abrir fuego sobre ella. Las demás unidades, intenten infligir el máximo daño posible a cualquier enemigo que se ponga a tiro. La idea es que queden en tan mal estado para ser rescatados como sea posible. Usen tantas lanzas infernales como puedan, y empleen el resto de munición solo cuando sea absolutamente necesario.

Luego estableció otra comunicación, esta vez con la comandante de los infantes de marina, a bordo de las unidades más importantes.

—Coronel Carabali, ayude a los comandantes de los navíos que se ocupan de las naves de reparación síndicas para asegurarse de que sus grupos de abordaje tienen el apoyo de los infantes de marina. Prepare también una fuerza de asalto para volver a tomar el control sobre la Audaz y liberar a los prisioneros. El tiempo es esencial. Le hemos mandado una copia del plan de maniobras de la flota, así sabrá qué naves van a estar cerca de la Audaz. Le doy permiso para utilizar los transbordadores de esas naves, con la excepción de las auxiliares, para que sus infantes puedan llegar y evacuar a los prisioneros. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —respondió Carabali secamente—. Tendré el plan preparado para que le de el visto bueno en media hora.

—Gracias, coronel. Es posible que este atareado ocupándome de las naves síndicas y de la situación en general. Si no recibe ninguna notificación, asuma que apruebo el plan y proceda a ejecutarlo.

—¿Actúo entonces a menos que me diga lo contrario, señor? —preguntó sorprendida la coronel de infantes de marina.

—Exacto. Usted es mi comandante de la fuerza de desembarco, y ha probado ser buena haciendo su trabajo. Encárguese de lo que le he dicho y avíseme si necesita algún otro recurso de la flota para la tarea.

Carabali asintió con la cabeza, casi sin evitar sonreír, y luego saludó bruscamente.
—¡Sí, señor!

En una tercera comunicación llamó a la oficial al mando de la *Hechicera*, que también estaba al cargo de la división de la Flota Auxiliar de Alta Velocidad, compuesta por la ya mencionada nave junto a la *Trasgo*, la *Genio* y la *Titánica*.

—Capitana Tyrosian, nuestra intención es tomar el control de tantas naves de reparación síndicas como sea posible. Tenemos que coger las materias primas que tienen en los almacenes tan rápido como podamos. ¿Hay algún sistema transportador que podamos usar para enlazar nuestras naves con las de los síndicos?

A cinco segundos luz de distancia, Tyrosian parecía aturdida mientras pestañeaba mirando a Geary. Luego, de repente, comenzó a hablar.

—Tenemos sistemas de transporte, pero no van a coincidir con los suyos, señor. Son incompatibles, por diseño, claro está. Tendremos que utilizar el sistema síndico para recoger y transportar los materiales hasta un punto de carga desde el que transferirlos a nuestro sistema, lo que motivará un retraso notable.

Geary apretó los dientes y se giró de nuevo hacia Desjani.

—Nuestros sistemas transportadores no van a coincidir con los sistemas de los síndicos que llevan a los almacenes de materias primas.

—Abra un boquete en el casco de los síndicos e introduzca nuestros sistemas directamente en los almacenes —sugirió Desjani con un tono de voz que parecía decir «está clarísimo».

—Excelente idea.

Geary se lo repitió a Tyrosian.

—Eso produciría daños estructurales, señor... —comenzó a decir Tyrosian.

—¡Solo necesitamos que esas naves de reparación estén intactas hasta que cojamos lo que necesitamos! Luego me da igual si se parten en mil pedazos debido a daños estructurales por los boquetes que les hemos abierto. Qué coño, de hecho, quiero hacerlo para que los síndicos no puedan recuperarlas. Prepare a sus ingenieros. Necesitamos tener los materiales cargados cuanto antes. ¿Va a necesitar ayuda de los infantes de marina para abrir los huecos de acceso en las naves síndicas?

Tyrosian consiguió parecer ofendida.

—Los ingenieros son mejores que los infantes en lo que a demoler cosas se refiere —afirmó.

—Algún día organizaré una competición, capitana Tyrosian. Lleve a cabo lo que le he ordenado y avíseme si hay algún problema.

Geary se dejó caer hacia atrás y suspiró profundamente, sorprendido de lo rápido que habían conseguido organizar aquello juntos. Luego miró a Desjani de nuevo y vio que también se había recostado y le devolvía la mirada. Su cara estaba algo enrojecida, como si acabase de esprintar en una carrera.

—Capitana Desjani, ¿le han dicho alguna vez que es una oficial realmente buena? La sonrisa dibujada en la cara de Desjani se hizo más grande.

—Gracias, señor.

Geary recobró el aliento y se maravilló ante aquella experiencia. Él y Desjani habían trabajado juntos muchas otras veces, pero nunca tan bien. Se anticiparon el uno al otro y organizaron los movimientos de la flota juntos. Lo más parecido que se le ocurría era practicar sexo sin practicar sexo.

Volvió a echarle un vistazo a Desjani, acalorada y con cara feliz, y se preguntó si aquella metáfora no sería un poco incómoda. Sus miradas se entrecruzaron, la sonrisa de Geary desapareció, su expresión se volvió de deseo y ella apartó la mirada. Perfecto. Algo en su cara había hecho que se sintiese incómoda.

Y entonces, ¿qué? Tenía que encontrar otra cosa en la que centrarse. Algo como la batalla en curso.

—¿Cuánto queda para que la fuerza defensora síndica nos aviste?

—Cinco minutos —respondió Desjani, de nuevo con aspecto tranquilo y profesional.

—La formación de naves de reparación y dañadas debería haber reaccionado.

—Algunas de ellas lo están haciendo. ¿No ve la actividad? Se han cortado los enlaces entre algunos de los navíos de combate y las naves de reparación cercanas, como si las preparadas para el combate se dispusieran a luchar o huir.

—Espero que sus naves de reparación no intenten escapar también.

La palabra clave era «huir». Incluso las llamadas naves auxiliares de alta velocidad de la flota de la Alianza eran más rápidas en el nombre que en la práctica, y eso que habían sido diseñadas supuestamente para mantener el ritmo de los navíos de combate. Eran básicamente fábricas móviles, y la mayoría de ellas no estaban preparadas para maniobrar ni de lejos como las otras. Sus sistemas de propulsión eran demasiado lentos, y no podían acercarse siquiera a la velocidad de un combatiente. Por si fuese poco, las naves de reparación síndicas estaban bastante cargadas con las materias primas necesarias para fabricar recambios, armamento y células de combustible, lo que las hacía todavía más pesadas.

La parte más adelantada de la flota de la Alianza estaba despejando ya la parte superior del campo de minas que había evitado que avanzase directamente al salir del punto de salto. Según lo hacían, las naves se enderezaban, apuntaban en dirección descendente y aceleraban en dirección al enemigo. La flota parecía doblarse sobre la parte superior del campo de minas, fluyendo como una cascada dada la vuelta.

El *Intrépido* también salió del campo de minas y pivotó en dirección descendente. La fuerza de la aceleración se hizo evidente incluso aunque los amortiguadores inerciales hacían todo lo posible por bloquear sus efectos en la nave y en la tripulación. Cuando llegó el momento de aproximarse al enemigo, Desjani no perdió

ni un instante.

—La defensa síndica debe de habernos avistado ya —comentó Desjani—. Dado que estamos acelerando hacia ellos, veremos su reacción en... veinte o veinticinco minutos, dependiendo de lo que hagan mientras tanto.

Después de la frenética actividad de hacía un instante, aquellos veinte minutos se alargaron como un vídeo a cámara lenta. Por lo menos aquella demora le permitió a Geary ver los informes del estado de las naves que le estaban llegando. Era la primera oportunidad que tenía de ver con detalle el estado de los suministros y de los progresos de las reparaciones desde que la flota saltó a toda velocidad de vuelta a Lakota.

En el último combate en ese sistema estelar, la *Guerrera* había recibido una lluvia de impactos de cuatro acorazados síndicos dirigida a las naves auxiliares de la Alianza, a quienes le habían ordenado proteger. Su tripulación había trabajado hasta la extenuación sellando el daño sufrido en Vidha, de modo que el acorazado estuviese de nuevo preparado para la batalla, pero en aquel momento la *Guerrera* volvía a estar fuera de combate. Geary no pudo evitar agitar la cabeza con aspecto sombrío al ver los últimos informes de estado de la maltrecha nave. Sería capaz de seguir con la flota, pero no participaría en una batalla en mucho tiempo.

Los acorazados *Orión* y *Majestuosa*, que también habían sido dañados gravemente en Vidha, no habían hecho ni de lejos una reparación tan exitosa desde entonces, y prácticamente seguían sin estar preparados para el combate pese a que habían recibido poco más daño que cuando estuvieron en Lakota por primera vez. La *Amazona*, la Indomable, la *Vindicta* y la *Represalia* eran las siguientes naves entre las más dañadas, pero todas habían hecho tremendos esfuerzos para repararse en el tiempo que les permitían los saltos hacia fuera y de vuelta a Lakota, por lo que estaban en un estado suficientemente bueno como para luchar.

Los cruceros de batalla, que gozaban de mayor aceleración y maniobrabilidad a cambio de defensas y escudos, habían pagado por ello. Gran parte de ellos había sufrido un daño considerable mientras la flota intentaba escapar del sistema, pero al igual que el *Intrépido*, muchos de ellos habían sido capaces de poner a punto las lanzas infernales y las unidades de propulsión. Tan solo el *Arrojado* y la *Formidable* seguían en un estado suficientemente malo como para necesitar quedarse atrás, fuera de la zona de mayor peligro. Geary tenía la esperanza de poder retener a sus oficiales al mando y así evitar que cargasen inconscientemente contra la zona más activa que viesan.

El resto de la flota, los cruceros ligeros y pesados y muchos de los destructores estaban más o menos igual, aunque no había muchos destructores ni cruceros ligeros seriamente dañados cuando saltaron fuera de Lakota con los síndicos pis ndoles los talones. Si los combatientes más débiles hubiesen recibido impactos importantes, sus

defensas no hubieran podido resistirlos y habrían sido destruidos y habrían quedado fuera de combate. Solo los intentos de Geary por proteger a los navíos ligeros durante la última batalla habían evitado que los diezmasen. Pese a todo, habían perdido cuatro destructores y tres cruceros ligeros en su última visita a Lakota.

Las cuatro naves auxiliares, que eran vitales para la supervivencia de la flota, habían salido del punto de salto casi intactas, gracias sobre todo a la férrea defensa de la *Guerrera*. El único impacto que había sufrido la *Titánica* se había reparado durante los días siguientes al combate.

Si no tenía en cuenta la absoluta falta de misiles espectro en sus naves, los bajos niveles de las células de combustible y que las existencias de metralla estaban casi agotadas, las naves que todavía sobrevivían parecían estar en un estado decente.

—¿Por qué no han realizado más reparaciones los síndicos? —se preguntó Geary en voz alta—. Han tenido tanto tiempo como nosotros, pero sus naves siguen bastante dañadas.

Desjani lo miró, sorprendida.

—Por lo que sé, no tienen la misma capacidad para reparaciones a bordo. Lo llevan más centralizado. Se supone que es más eficiente, y también permite tener menos tripulación. Lo más probable es que prácticamente no realizasen reparaciones hasta que aparecieron las naves para ayudarlos, y les habrá llevado un tiempo llegar después del combate, incluso aunque estuviesen en un sistema estelar próximo. Están bastante cerca de dónde tuvimos nuestro último enfrentamiento, así que apuesto a que esa formación ha estado moviéndose desde hace solo un día o así.

—Antes de la guerra, los síndicos eran más como nosotros —dijo Geary—. Supongo que es su respuesta a las bajas que han sufrido. Sin embargo eso que dice es algo propio de la época de paz, cuando dispones del lujo del tiempo y la posibilidad de esperar hasta llegar a una instalación de reparaciones, o que ella llegue a ti. Puede que les permita ahorrar dinero a corto plazo, pero no va a ayudar en absoluto a su capacidad para mantenerse en combate a largo plazo.

Desjani sonrió.

—No hoy, desde luego. —Hizo una pausa al percatarse de algo—. Nos ha llegado la luz de la reacción de los defensores síndicos.

Geary miró rápidamente los visualizadores, y vio las imágenes de dos acorazados trazando vectores en su camino hacia la flota de la Alianza.

—¿Solo dos acorazados? ¿Y el resto?

—No tenemos señal de más reacciones, todavía. —Desjani comprobó otra cosa—. Esos dos acorazados están a solo veintidós minutos luz de distancia puesto que se dirigen hacia nosotros. Deberíamos ver la reacción del resto de la fuerza en los próximos minutos.

Les llevó un par de minutos más de lo esperado, por lo que Desjani predijo que el

resto de la fuerza de defensa estaría acelerando en dirección contraria a la flota de la Alianza. Finalmente, tuvo razón.

—Se han separado.

—¿Se han separado?

Geary siguió mirando la pantalla y vio cómo los sensores de la flota captaban luz que llegaba con retraso y que delataba las acciones de las naves síndicas, y ofrecían actualizaciones y estimaciones a toda velocidad. Dos de los acorazados, los dos cruceros de batalla y los navíos síndicos más ligeros aceleraban, como alma que lleva el diablo, claramente en dirección a la puerta hipernética. Estaban a veintiocho minutos luz de distancia y acelerando hasta algo más de cero con uno c. Aunque algunos de los navíos de combate ligeramente dañados de la flotilla de defensa se quedaban algo atrás, no era por mucho. No necesitaba hacer cálculos para saber que la flota de la Alianza no podría alcanzarlos.

—Van a defender la puerta hipernética y a destruirla si es necesario para que no podamos utilizarla, pero ¿por qué se separan incluso viéndose tan superados en número? ¿Por qué envían a esos dos acorazados hacia nosotros? ¿Es algún tipo de juego?

Observó en la pantalla los vectores de las dos naves, y la respuesta se hizo evidente. Se dirigían hacia la gran formación de naves síndicas dañadas y de naves de reparación.

—Van a defender a sus compañeros —respondió Desjani como si estuviese clarísimo—. Es una acción desesperada, pero es lo que el comandante síndico está haciendo.

Dos acorazados. Incluso aunque tuviese a sus homólogos de la Alianza en mal estado, como la *Guerrera*, disponía de por lo menos dieciséis naves de ese tipo para lanzarlas contra ellos, además de una docena de cruceros de batalla. «Es lo que hacen los acorazados», dijo Geary en voz baja al recordar las palabras del capitán Mosko antes de guiar a la *Atrevida*, la *Audaz* y la *Infatigable* a la muerte para retener a los síndicos y evitar que alcanzasen al resto de la flota de la Alianza.

—Pero no tienen posibilidades. Las demás naves no pueden escapar, y no importa lo que estas dos hagan. Ni siquiera podrán llegar junto a nosotros hasta dentro de algo más de cuatro horas después de que interceptemos al grupo. Se están lanzando a la muerte sin razón alguna.

—A lo mejor el comandante síndico tiene órdenes de defender a esas naves además de a la puerta hipernética y quiere quedar bien.

Parecía suficientemente probable como para ser cierto. Se trataba de una misión que superaba por mucho las posibilidades de la fuerza asignada, por lo que una parte de ella se sacrificaría para satisfacer las irracionales expectativas del alto mando. Un siglo antes, en los tiempos de Geary, ese tipo de cosas solo pasaba en los ejercicios,

en combates fingidos en batallas fingidas, pero incluso entonces se había preguntado si las cosas serían realmente distintas en un conflicto real, tal y como le habían asegurado sus superiores, o si se seguirían aquellos mismos patrones aunque el coste fuese muy superior. Por lo que había aprendido de la guerra, y por lo que había visto en persona, aquello último solía ser real con demasiada frecuencia.

—Está bien, capitana Desjani, asegurémonos de que la flota está perfectamente preparada para ocuparse de esos acorazados sin sufrir bajas.

—Capitana Desjani —dijo un consultor de ingeniería—, nave *Intrépido* por debajo del cincuenta por ciento de reservas de células de combustible.

Desjani asintió con la cabeza y luego miró a Geary.

—Mi vieja chica nunca había estado en niveles tan bajos.

La «vieja chica» había dejado el astillero para entrar en servicio hacía algo menos de dos años, pero aun así seguía siendo extraño escucharlo. Si no conseguían saquear a las naves de reparación síndicas, la flota de la Alianza dejaría de estar cada vez más cerca de casa. Por desgracia, las naves no funcionaban con plegarias.

Hacía cuarenta minutos que habían vuelto a Lakota. Hasta el momento las cosas parecían ir bastante bien. Pero ¿de cuánto tiempo dispondrían antes de que la numerosa fuerza síndica que los perseguía apareciese detrás de ellos, decidida a asegurarse de que la flota de la Alianza no volviese a escapar?

Capítulo 2

El revoltijo de naves de la Alianza se precipitaba sobre la parte superior del campo de minas síndico, para después acelerar dibujando vectores individuales. Durante un instante, aquella visión le había recordado a Geary la llegada caótica a Corvus justo después de haber asumido el mando, cuando la flota de la Alianza se rompió y cada uno se lanzó locamente sobre unas débiles y poco numerosas naves síndicas. Sin embargo, aquello era distinto. Las naves de la Alianza obedecían las órdenes, seguían los rumbos y las velocidades que propiciarían ataques perfectamente coordinados para ocuparse de todas las naves síndicas que pudiesen alcanzar. Ni siquiera los oficiales a los que no les gustaba el modo de actuar de Geary deberían dar problemas, puesto que había muchos objetivos disponibles para las naves de la flota.

Con las órdenes ya dadas, la flota reaccionando como debía, y sin rastro, por el momento, de la fuerza síndica que los seguía, Geary gozaba de uno de esos momentos de tranquilidad fruto de las vastas distancias que había en los sistemas estelares. Pese a que sus naves aceleraban hasta una velocidad de cero con uno c, les llevaría más de hora y media recorrer los diez minutos luz que los separaban de la gran formación síndica de naves dañadas y de reparación. No obstante, también había síndicos alejándose de los navíos de la Alianza, aunque no pudiesen hacerlo ni de lejos a la misma velocidad a la que la flota se aproximaba a ellos.

—Tiempo estimado para interceptarlos, una con siete horas —refunfuñó Desjani—. Están escapando, pero aun así los alcanzaremos bastante antes de que los dos acorazados síndicos nos alcancen a nosotros.

—Tenemos que asegurarnos de parar a esos acorazados antes de que carguen contra alguna de las naves auxiliares. —En la pantalla de Geary se podían ver los arcos que dibujaban los cursos a través del espacio mientras los destructores y los cruceros ligeros de la Alianza se adelantaban a las naves más pesadas, apuntando no solo a la formación síndica más grande, sino también a otros grupos más pequeños y a naves individuales—. Échele otras dos horas antes de alcanzar a esas naves síndicas. Tendremos suerte si lo conseguimos antes de que nuestros perseguidores aparezcan detrás de nosotros.

—¿Cree que aparecieron más refuerzos enemigos después de que nos marchásemos? —preguntó Desjani.

—Buena pregunta. No podemos estar seguros de que los síndicos que vimos en Lakota la última vez fuesen todos los que están aquí más la fuerza que nos persigue. No obstante, parece que estos van a plantar cara.

Geary vio cómo algunos de los navíos de combate dañados que habían avanzado por separado en dirección a los planetas interiores alteraban sus vectores para dar la vuelta y encaminarse al encuentro con los dos acorazados, en lo que parecía ser un

intento por formar un equipo operativo. Al ver las naves involucradas y el estado de sus reparaciones, Geary negó con la cabeza. Sabía cómo se sentían en aquella situación, superados en número por mucho y en absoluto preparados para un combate de ese tipo. Su propia flota se había enfrentado a algo parecido la última vez que estuvieron allí.

De los casi ochenta acorazados y cruceros de batalla síndicos con los que se había enfrentado la flota de la Alianza en Lakota, habían dejado fuera de combate, durante la batalla, a por lo menos seis de los primeros y a diez de los segundos. Además, los sensores de la flota habían podido confirmar que también habían sido destruidos veinte cruceros pesados enemigos y docenas de cruceros ligeros y naves de caza asesinas. También habían sufrido daños serios otros muchos navíos de combate síndicos, algunos fruto del combate hasta el final de la Audaz, la Infatigable y la *Atrevida*. De ese modo, aquellas naves dañadas habían quedado allí mientras el comandante decidía enviar una fuerza de choque tras la escuadra de la huidiza flota de la Alianza.

La gran formación de naves síndicas dañadas incluía cuatro acorazados y no menos de siete cruceros de batalla, además de trece cruceros pesados. Intentando unirse a esa formación de naves en mal estado y sumándose a los dos acorazados totalmente operativos de la fuerza defensiva, había otro acorazado, dos cruceros de batalla y otros tres cruceros pesados, y todos ellos habían sufrido daños importantes. Además, diseminados a su alrededor había aproximadamente una docena de cruceros ligeros, y naves de caza asesinas, que se dirigían renqueantes hacia los astilleros, y de entre las cuales algunas intentaban unirse a la defensa con sus compañeras.

Geary analizó los vectores de curso y los tiempos. Si todas esas naves conseguían unirse, conformarían una flotilla débil pero a la vez peligrosa. Sin embargo, teniendo en cuenta la distancia y el daño que habían sufrido en los sistemas de propulsión, los defensores síndicos tan solo podrían llegar en oleadas aisladas, formadas por pocas naves a menos que se quedasen atrás para intentar agruparse lejos de la flota de la Alianza a cambio de permitirles hacer pedazos a la gran formación sin ningún tipo de obstáculo. Eso les daría a los síndicos algo de tiempo, pero no el suficiente como para salvarse, a menos que la fuerza que los perseguía apareciese por el punto de salto antes de lo que Geary esperaba.

Un par de remolcadores había estado tirando de un crucero pesado síndico hecho pedazos a solo tres minutos luz del punto de salto. Seguramente, el desafortunado crucero fue el que más tuvo que esperar hasta que pudieron moverlo. En aquel momento, sin esperanza alguna de escapar de los destructores y los cruceros ligeros de la Alianza que se dirigían hacia ellos, las tripulaciones de los remolcadores abandonaron la nave. Las cápsulas de escape empezaron a salir frenéticamente de sus lentos y pesados navíos. También salieron cápsulas del crucero pesado, lo que

indicaba que la tripulación que todavía quedaba a bordo también escapaba.

Los destructores de la Alianza, Jinto y Herebra, fueron los primeros en alcanzar a los remolcadores, que volaron por los aires en mil pedazos bajo el fuego de las lanzas infernales disparadas a corta distancia. Después, ambas naves modificaron su curso para dirigirse hacia los siguientes objetivos. Justo detrás de ellas, la Kontos, la Savik y los cruceros ligeros Tercia, Guardia y Embestida pasaron por la zona superior de babor del crucero pesado abandonado, y una lluvia de lanzas infernales impactó una y otra vez sobre el casco hasta fragmentarlo.

—A ver cómo recuperan eso —dijo Geary.

—Ahí va otra —dijo Desjani a la vez que un solitario crucero ligero síndico, cuya tripulación también lo había abandonado, se hacía pedazos debido a los disparos de media docena de destructores de la Alianza.

De repente Geary se dio cuenta de algo y dio nuevas órdenes.

—Ócrea, capture algunas de las cápsulas de escape de ese crucero pesado síndico. Quiero saber qué nos puede contar la tripulación de esa nave sobre el tiempo que tardó la fuerza que nos persigue en saltar, además de todo lo que puedan decir sobre ella.

La Ócrea, uno de sus cruceros pesados, no dispondría de unas instalaciones de interrogatorio como las del *Intrépido*, pero tampoco podía permitirse perder el tiempo llevando a los prisioneros a uno de los buques capitales. Con suerte, algunos miembros de la tripulación síndica estarían tan aterrorizados, al ver que la flota de la Alianza había reaparecido y destrozado su nave, que les contarían todo lo que quisiesen saber.

También era el momento de actualizar el plan de maniobra basándose en las reacciones de los síndicos. Los movimientos de la fuerza defensiva habían facilitado la tarea de la Alianza. Puesto que sus navíos de combate avanzaban a la vez, las de la Alianza, que se habían dispersado para atacar individualmente, podrían también unirse para formar grupos mayores. Geary frunció el ceño al ver el visor: la flotilla enemiga formada por naves dañadas había sido etiquetada como flotilla Herida. Los encargados de ponerle nombre a las formaciones enemigas eran los sistemas tácticos automatizados, por lo que le sorprendió que escogiesen esa designación atendiendo a su estado en lugar de un nombre genérico como flotilla Alfa. Siempre le había resultado un poco perturbador que los sistemas automáticos actuaran de un modo tan humano.

No estaba intentando llevar a cabo algo muy elaborado, algo que requiriese muchas maniobras. Las subformaciones se concentrarían para formar otras más amplias, que cargarían directamente contra la formación síndica más grande, la flotilla Herida, y avanzarían sobre las naves menos dañadas que intentaban agruparse para formar su propia flotilla, y finalmente se dirigirían hacia los dos acorazados que

se alejaban a toda velocidad de la fuerza defensiva.

—¿Qué le parece? —le preguntó a Desjani.

Ella estudió el plan, concentrada.

—¿Va a realizar varias pasadas sobre la flotilla Herida para destruir el armamento que puedan tener todavía operativo los navíos de combate síndicos? ¿Es que no quiere destruirlos?

—No hasta que las auxiliares terminen de saquear a las otras naves. No quiero arriesgarme a que alguno de los restos de los navíos destrozados interfiera en la operación. Podemos acabar con ellos cuando nos alejemos de la flotilla Herida. Cuatro de nuestros acorazados estarán con las auxiliares.

Desjani asintió.

—Incluso la Tercera División de Acorazados debería ser capaz de destruir naves enemigas que no dispongan de sistemas operativos. Aunque debería dejar un par de acorazados o de cruceros ligeros más con la formación de las naves auxiliares.

—¿Por? Sé que la *Guerrera* vuelve a estar hecha un desastre, pero la *Orión* y la *Majestuosa* pueden plantar cara, y la *Conquistadora* está en buena forma. La he mantenido cerca de las otras porque forman parte de la misma división de acorazados. Entre las cuatro deberían poder enfrentarse a cualquiera que consiga sortear el resto de la flota.

Desjani se contuvo y dijo con voz tranquila:

—Eso es verdad, siempre y cuando la *Orión*, la *Majestuosa* y la *Conquistadora* no tengan «dificultades» para entablar combate.

Lo cual quería decir que sus oficiales al mando podrían tener razones para evitar luchar. Tenía que admitir que aquel aviso de Desjani estaba justificado. El capitán Casia, de la *Conquistadora*, no le inspiraba ninguna confianza. A su vez, si lo comparaba con la comandante Yin, comandante en funciones de la *Orión* desde que el capitán Numos había sido relevado del mando y arrestado, casi parecía el parangón de los oficiales de combate. Y por último, el comandante al mando de la *Majestuosa*, que también había conseguido su puesto cuando el anterior capitán, la capitana Faresa, aliada de Numos, fue relevada con motivos, era tan desconocido para Geary que incluso tenía problemas para recordar su cara. En un mundo perfecto lo substituiría en aquel mismo instante, pero estar escapando para salvarse a través de territorio enemigo no era precisamente el ejemplo de aquel mundo perfecto, sobre todo teniendo en cuenta que la política de la flota dejaba a Geary en una posición lo suficientemente comprometida como para que no pudiese permitirse actuar de forma demasiado despótica. Si lo hacía, algunos oficiales actuarían en contra de él de forma más activa, mientras que otros creerían que su comportamiento se debía a que iba camino de aceptar el rol de dictador que tanto deseaban o temían.

Entonces frunció el ceño de forma más acusada.

—Me molesta bastante tener que malgastar un par de buques capitales más solo porque esos tres acorazados podrían encontrar problemas.

—Si los restos de la Audaz contienen prisioneros que liberar —comenzó a decir Desjani—, necesitarán todos los transbordadores que puedan para transferirlos, y a naves cercanas suficientemente grandes como para albergarlos, al menos temporalmente.

—Es cierto, bien pensado. —Sin embargo todavía quedaba el problema de encontrar a dos personas al mando de buques capitales que no montasen en cólera al ordenarles que se mantuviesen con las naves auxiliares y que no encontrasen justificaciones para no obedecer. Además, si decidían lanzarse al combate, muchos de sus compañeros oficiales no los condenarían por ello ni aprobarían que Geary se enfureciese porque abandonaran su tarea como escoltas. La doctrina de «todo ataque» seguía estando muy arraigada en la flota. Geary miró hacia atrás, hacia el lugar donde se sentaba la copresidenta Rione, que observaba lo que pasaba con expresión impasible.

—Señora copresidenta, le agradecería que me diese algún consejo sobre cómo actuar con respecto a...

—Ya lo he oído —le interrumpió Rione—. Gracias por dignarse a incluirme en sus discusiones. —Hizo una pausa para que calasen sus palabras—. Va a enviar esas naves para asegurarse de que algunos de nuestros hombres, que han sido tomados como rehenes recientemente, sean liberados y puestos en lugar seguro. Si alguna nave enemiga consiguiese llegar a las proximidades de la Audaz, podrían trastocar el plan, o incluso matar a algunos de los prisioneros. ¿Qué más justificaciones necesitan? ¿Qué hay más honorable que asegurarse de que los nuestros son rescatados sin problemas?

Geary asintió con la cabeza.

—Bien dicho, señora copresidenta.

Solo quedaba la cuestión de a quién encargarle la misión. Sus ojos recorrieron el visor, intentando decidir en quién podía confiar y quién se sentiría ofendido por lo que Rione había planteado como una honorable tarea incluso aunque no significase estar en el frente de la batalla. Ya había llegado a sus oídos indirectamente que entre la flota se consideraba que algunos oficiales eran sus preferidos, y aquello no reforzaría precisamente esa impresión aunque fuese verdad en muchos sentidos. Era cierto que le gustaban algunos oficiales al mando porque eran capaces a la vez que agresivos, inteligentes a la vez que valientes, y leales a sus deberes con la Alianza, y no entraban en juegos políticos para escalar puestos en su carrera. La capitana Crésida, por ejemplo... Su crucero de batalla, la *Furiosa*, junto con la *Implacable*, eran las últimas supervivientes de la Quinta División de Cruceros de Batalla. Y necesitaba dos naves.

—Mandaré a Crésida; a su nave y a la *Implacable*.

Desjani arqueó las cejas, y casi al momento las relajó.

—Pero está acostumbrada a desenvolverse en el fragor de la batalla.

—Exacto. Ha demostrado estar preparada para desempeñar esa tarea.

—Me alegro de no ser la encargada de decírselo, señor —dijo secamente Desjani.

—Ahora mismo estamos a casi un minuto luz de la *Furiosa*, lo cual debería implicar estar también fuera del radio de impacto —dijo Geary. Desjani sonrió.

Modificó el plan, dejó que Desjani le echase un nuevo vistazo para asegurarse, y luego comunicó los cambios. Justo después, contactó con la *Furiosa*.

—Capitana Crésida, les voy a confiar a la *Furiosa* y a la *Implacable* la tarea más importante de la flota. Quiero que se aseguren de que tanto los prisioneros como las auxiliares están bien protegidos.

Geary consiguió escuchar a duras penas lo que Desjani le decía.

—Dígale que cuenta con ella. —Ella, al ver su reacción, añadió—: Ya verá. Dígaselo, señor.

Aquel intercambio duró solamente un par de segundos. Mientras tanto, Geary siguió con la comunicación.

—Cuento con usted, capitana Crésida.

Parecía un descarado usar un truco como aquel con Crésida, pero resultó. Desjani tenía razón.

La respuesta de Crésida tardó poco más de dos minutos en llegar, resultado de la distancia que separaba a su nave del *Intrépido*. Para sorpresa de Geary, Crésida no pareció enfadarse, sino que aparentaba sentirse agradecida y decidida.

—Sí, señor. La *Furiosa* y la *Implacable* no permitirán que nuestros compañeros caigan. No le fallaremos.

Geary miró durante un instante a Desjani, que aparentemente estaba concentrada analizando su visor. Geary se percató de que le había estado dando consejos de ese tipo desde el momento en que la conoció. Puede que Desjani creyese que había sido enviado por las mismas estrellas del firmamento, pero si había algo que considerase que debería saber, se lo diría y se lo repetiría hasta que le prestase atención. Y lo que era casi más importante, Desjani no aceptaba sin más sus planes, sino que le decía lo que consideraba que debería cambiarse. Se preguntó si alguna vez se habría mostrado totalmente de acuerdo con sus planes, o si por el contrario habría sido la incuestionable fe que tenía en su misión la que se había interpuesto en el camino de decírselo cuando pensase que algo debía hacerse de otro modo.

—Gracias, capitana Desjani.

Ella lo miró, asintió con la cabeza y sonrió.

—Es como hay que tratar a Crésida, señor.

—Hágame el favor de seguir dándome consejos cuando lo necesite.

Desjani pareció sorprenderse ante aquellas palabras.

—Es mi trabajo, señor. Y si me permite decirlo, se lo toma bastante mejor de lo que se lo tomó nunca el almirante Bloch.

Volvió a comprobar los tiempos. Seguía sin haber señales de la fuerza síndica que los perseguía, y estaban todavía a algo más de una hora de alcanzar a la flotilla Herida. Iba a ser un día bastante largo, pasase lo que pasase.

—¡Capitana! —interpeló un consultor a Desjani—. ¡Avistamiento de cápsulas de escape saliendo de las naves de reparación de la flotilla síndica Herida!

—¿Qué? —A Geary le dio la impresión de que tanto él como Desjani habían contestado al mismo tiempo. Efectivamente, el visor mostraba un enjambre de cápsulas abandonando las naves de reparación síndicas—. ¿Cómo es que ya están abandonando las naves?

Desjani tenía el ceño fruncido, como si intentase adivinar de qué tipo de argucia síndica se trataba.

—A lo mejor han descubierto que necesitamos desesperadamente coger lo que hay en los almacenes de las naves de reparación. ¿Irán a hacerlas saltar por los aires antes siquiera de que nos acerquemos a un par de minutos luz? —se preguntó en voz alta.

Antes de que Geary pudiese responder, recibió un aviso urgente del circuito de comunicaciones interno. Era el teniente Íger, de la sección de Inteligencia. No solía tener noticias de él durante el combate puesto que su trabajo consistía en realizar recopilaciones que requerían mucho tiempo y análisis. Además, todo lo que tuviese una importancia táctica relevante se mostraba automáticamente en las pantallas de Geary y los demás oficiales.

—Dígame, teniente.

En una pequeña pantalla, la cabeza de Íger se inclinó con timidez.

—Disculpe que lo moleste durante una operación, señor, pero...

El teniente de Inteligencia parecía estar algo sobresaltado, por lo que habló deprisa.

—Podemos confirmarle que esas naves síndicas son naves de reparación estándar, señor.

Geary esperó un instante, pero, al igual que los ingenieros de las naves auxiliares, los oficiales de Inteligencia parecían esperar que entendiese algunas cosas sin más.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Por qué abandonan las naves tan pronto?

—Porque no son militares, señor.

—¿Cómo que no son militares?

Desjani, que estaba escuchando aquello por casualidad, lo miró sorprendida.

—Así es, señor —respondió Íger—. No son los navíos de combate los que se ocupan del trabajo síndico de apoyo más importante, sino que lo lleva un Consejo

diferente y contratan a empresas para que hagan el trabajo. Nuestra flota nunca ha visto naves de reparación de este tipo porque se supone que nunca están donde se puedan topar con naves de la Alianza.

—¿Me está diciendo que son civiles? —le preguntó Geary.

—Sí, señor. Civiles relacionados con el ejército, claro está. Por lo tanto, son objetivos legítimos. Sin embargo, no hay personal militar a bordo; nada de combate militar ni defensas. Por eso abandonan las naves. No les pagan para que entren en combate, ni a ellos ni a las corporaciones para las que trabajan. Por lo que sabemos, sus tripulaciones se meterían en problemas si sus acciones, de algún modo, fuesen la causa de que les infligiésemos más daño a las naves de reparación. Por eso las están abandonando.

—Espere un minuto. ¿Quieren asegurarse de que esas naves de reparación reciban el menor daño posible? —Íger asintió vigorosamente con la cabeza—. ¿Están seguros?

—Sí, señor. Lo sabemos por información que hemos interceptado y por interrogatorios que hemos llevado a cabo con los prisioneros. A gran parte del personal de la flota síndica no le gustan estos contratos con civiles porque creen que no les dan el apoyo suficiente. Además, a estos últimos les pagan bastante más, lo cual es probablemente la piedra angular de esas desavenencias en lo que respecta a los militares síndicos.

—No me fastidies. —Geary se paró a pensar durante un momento—. ¿Entonces no va a haber ninguna trampa en las naves de reparación?

Íger vaciló, claramente reflexivo. Luego miró a los lados mientras alguien de la sección de Inteligencia hablaba con él, y finalmente volvió a asentir con la cabeza.

—Diría que es bastante improbable, señor. Perderían sus trabajos si las corporaciones terminasen decidiendo que son los culpables de que las naves sufran más daños. Podemos suponer sin miedo a equivocarnos que han apagado todos los sistemas y han abandonado las naves de reparación a su suerte con la esperanza de que las ignoremos o que disparemos un poco sobre ellas mientras las sobrepasamos.

—Pues se van a llevar un chasco. Gracias, teniente. Tanto usted como su gente han hecho un buen trabajo.

En cuanto desapareció la imagen del teniente Íger, Geary se giró para hablar con Desjani y con Rione.

—¿Nunca había visto este tipo de naves de reparación? —le preguntó a Desjani.

Ella negó con la cabeza.

—Solo en informes sobre tipos de naves síndicas. Pero no, nunca antes me había topado con una, y creo que tampoco he realizado una simulación con ellas.

Luego Geary se giró hacia Rione.

—¿Cree que tiene sentido lo que ha dicho el teniente Íger?

—¿Me lo pregunta como civil? —dijo ella en tono sarcástico.

—Sí. —Y lo que era más importante, como civil después de cien años de guerra. Las últimas experiencias que Geary había tenido con civiles eran de hacía un siglo, de antes de que comenzase la guerra con los Mundos Síndicos. Ya había visto lo que cien años de guerra habían hecho con los oficiales y la tripulación de las naves, y se preguntaba qué habría cambiado en los que no eran militares.

Rione lo observó detenidamente, como si adivinase por qué le había hecho aquella pregunta.

—Desde luego. Aunque quieren que sus ejércitos consigan la victoria como el que más, y aunque se han criado odiando al enemigo, los civiles no están preparados para plantar cara en combate. Incluso aunque algunos individuos de esas tripulaciones estuviesen dispuestos a luchar, seguramente la masa de compañeros que no quiere morir los ha obligado a marcharse con ellos. —Rione se fijó en la expresión de Desjani—. Y no son unos cobardes —añadió con tono frío—. Alguien que no ha recibido entrenamiento militar o que no se ha preparado mentalmente para el combate no va a resistir y pelear del mismo modo que alguien que sí lo ha hecho. Seguramente son lo suficientemente listos como para saber que no tienen ninguna oportunidad si se enfrentan a nosotros.

Desjani se encogió de hombros, mirando a Geary.

—Tampoco la tienen los acorazados síndicos que se dirigen hacia esta flota.

Geary negó con la cabeza.

—No serviría para nada que se quedasen en las naves si no han recibido entrenamiento ni dotaciones militares. Usted o yo nos aseguraríamos de que al menos no las capturen intactas si sospechásemos que pretenden hacerlo, pero morir porque sí no serviría de nada. —Se frotó la barbilla mientras miraba el visor, que mostraba a los dos acorazados avanzando hacia ellos, situados todavía a horas de distancia—. El hombre o la mujer al mando de los síndicos está tirando a la basura esas naves y a sus tripulaciones solo porque puede hacerlo, porque cumplirán las órdenes de todos modos, aunque sea un desperdicio. Que las estrellas del firmamento me ayuden si alguna vez decido malgastar vidas de ese modo simplemente porque tengo la potestad para hacerlo.

Desjani frunció ligeramente el ceño, pensativa, mientras miraba en otra dirección. Tenía que ser algo difícil de entender para alguien educado y entrenado para creer que el honor te obliga a luchar hasta la muerte. Para alguien que sabía que lo haría si fuese necesario. Había pronunciado ese juramento antes de unirse a la flota y había vivido con ello desde entonces.

—Es cierto, señor —dijo finalmente—. Entiendo lo que dice. Esperamos obediencia de aquellos que están por debajo de nosotros, y ellos a cambio merecen que se respete su disposición a seguir las órdenes hasta el final.

—Exacto. —Al final lo había expresado mejor que él. Entonces recordó que Desjani una vez le había contado que le habían ofrecido un trabajo en la agencia literaria de su tío antes de unirse a la flota y, de nuevo, se preguntó cómo habría sido Desjani si no hubiese nacido y se hubiese criado durante una guerra demasiado larga incluso para la propia Alianza.

Rione volvió a tomar la palabra con un tono de voz genuinamente curioso.

—Hay algo en todo esto que no entiendo. Vieron a las tripulaciones de los navíos de combate síndicos que acabamos de destrozar abandonar a toda prisa sus naves, y no les parece deshonoroso, pero sí lo que hicieron los civiles escapando de las suyas. ¿Por qué?

Desjani hizo una mueca pero no respondió, por lo que lo hizo Geary.

—Porque las tripulaciones de esas naves esperaron hasta el último momento.

La copresidenta Rione lo observó durante un momento, como intentando averiguar si hablaba en serio.

—Aunque el final era inevitable, el hecho de que esperasen lo hace preferible a escapar en el mismo momento en que te das cuenta de que no puedes escapar. ¿No es así?

—Bueno... sí. —Geary miró a Desjani, pero esta no parecía interesada en explicarle nada a Victoria Rione—. Podría suceder algo. Algo inesperado. A lo mejor cambiamos de dirección. A lo mejor aparece alguna flota numerosa tras nosotros por el punto de salto, o por la puerta hipernética, y tenemos que huir. A lo mejor les sucede algo a las naves que se dirigen hacia ellos en particular y dejan de perseguirlos. A lo mejor consiguen poner a punto el armamento para poder plantar cara decentemente. Pueden pasar muchas cosas, por eso esperas todo lo que puedas, por si pasa algo.

—¿Por si sucede un milagro? —preguntó Rione.

—Algo así, sí. A veces suceden. Al menos si sigues luchando o estás preparado para hacerlo incluso cuando todo parece perdido.

Ella lo miró atentamente y frunció el ceño. Luego bajó la mirada y reflexionó durante un instante.

—Sí —dijo Rione finalmente—, a veces suceden milagros. Por lo menos siempre que no te rindas y haya esperanzas. Lo entiendo. Sin embargo, ¿cuál es la línea que separa la esperanza por un milagro de la motivación para suicidarse sin más?

¿Cómo iba a responder a eso?

—Depende —dijo Geary finalmente.

Entonces los ojos de la copresidenta volvieron a alzarse y lo miraron fijamente.

—Y el comandante es el encargado de analizar la situación y decidir si continuar esperando el milagro es sensato o es una locura, ¿verdad?

A Geary no le gustaba verlo de ese modo, pero...

—Sí, supongo que sí.

En la cara de Rione pareció dibujarse una sonrisa burlona.

—¿Como volver a Lakota en lugar de atravesar Ixion? ¿O intentar defenderse y luchar allí? Espero que su juicio se mantenga igual en el futuro, capitán Geary. Parece que tiene talento oliendo milagros.

Él echó la cabeza hacia atrás, sin saber muy bien cómo responder, y luego volvió a su posición natural a la vez que se percataba de que Desjani parecía algo desconcertada.

—¿Qué sucede?

La capitana Desjani negó con la cabeza.

—Nada, señor.

—Ya, seguro. ¿Hay alguna cosa que debería saber?

—No, señor —respondió Desjani. Luego hizo una mueca, enfadada, y dijo en voz baja—: Es que... me sorprende estar de acuerdo en algo con la copresidenta Rione, señor.

—Estáis locas.

Desjani sonrió.

—Novedades detectadas en las naves síndicas de la flotilla Herida —dijo el consultor de operaciones.

Geary miró a su visor. De los cuatro acorazados síndicos que estaban recibiendo reparaciones exhaustivas, solo uno de ellos pareció activar sus sistemas de armamento. Por lo que parecía, los demás los tenían en tan mal estado o tan desmontados para poder llevar a cabo los arreglos que no pudieron activarlos en tan poco tiempo. Por otra parte, de los siete cruceros de batalla de la formación, solo dos mostraron indicios de estar cargando las baterías de lanzas infernales. Los doce cruceros pesados parecían estar algo mejor, y cuatro de ellos mostraban actividad en el armamento.

Uno de los cruceros de batalla síndicos, que tenía los sistemas de propulsión en mejor estado que sus compañeros, comenzó a alejarse acelerando a una velocidad casi vergonzosa.

—¿Escapa? —se preguntó Desjani en alto mientras sus dedos danzaban frenéticamente sobre los mandos de control comprobando datos—. No en ese vector. Intenta unirse al resto de naves dañadas que están formando un grupo más allá de la flotilla Herida.

Era evidente que los síndicos seguían esperando un milagro que evitaría que la flota de la Alianza aniquilase a las unidades más importantes que tenía por aquel entonces al alcance.

De repente apareció en el visor un aviso que llamó inmediatamente la atención de Geary.

—El sistema automático de combate recomienda que lancemos ráfagas de rocas contra la flotilla Herida.

—¿Que lancemos proyectiles cinéticos contra las naves? No pueden maniobrar demasiado dados los daños sufridos, pero tampoco es que haga falta mucho para esquivar rocas lanzadas a tanta distancia. —Desjani puso cara de circunstancia y comprobó la recomendación por sí misma—. Tendríamos que lanzar gran parte de lo que nos queda para formar un patrón con posibilidades reales de impactar.

—No me parece que merezca la pena —dijo Geary—. Eh, ¿y la Audaz?

—El patrón recomendado no impactaría sobre sus restos, siempre que no cambiase de curso, claro. Y podría hacerlo si los remolcadores la mueven y la colocan en la trayectoria de las rocas. —Desjani negó con la cabeza—. Además, ¿y si algún fragmento fruto de los impactos golpea a una de las naves de reparación que queremos saquear? Solo una inteligencia artificial creería que es una buena opción. Le aplicaré a la recomendación la etiqueta «Ignorar opción» en lugar de un simple «Visto». De todos modos, intentaré mejorarla y darle la lata avisándolo de las actualizaciones que haga.

—Buena idea. —Pulsó los comandos adecuados, esperando que la orden de ignorar surtiese efecto, puesto que a veces los sistemas automáticos parecían desoír lo que les ordenaban e insistían en presentar opciones que ya habían sido desechadas. Era otro de esos casos en los que los sistemas actuaban de un modo demasiado humano—. ¿Alguna idea de qué fue lo que hizo ese agujero gigante en la Audaz? Es como si algo hubiese explotado dentro.

Desjani siguió mirando el visor.

—Eso ha sido su proyector de campos de anulación explotando. Los síndicos todavía no tienen armamento de campos de anulación, por lo que a veces se autodestruyen. Igual que las llaves hipernéticas de la Alianza. No queremos que caigan en manos enemigas.

—¿Alguna vez se han autodestruido cuando no debían hacerlo?

—No que yo sepa. El departamento de diseño armamentístico nos aseguró que es imposible que suceda, así que no es algo de lo que debamos preocuparnos —afirmó Desjani en un tono aparentemente serio, aunque no pudo evitar sonreír por lo absurdo de lo que acababa de decir. Pese a que se suponía que lo que decía el departamento de diseño armamentístico era cierto, los tripulantes habían aprendido con rapidez, fruto de la experiencia, a no tomarse sus palabras en serio hasta que se confirmasen en el mundo real.

Geary evitó por muy poco echarse a reír.

—Claro que no.

Volvió a escuchar un aviso: le acababa de llegar el plan de la coronel Carabali. Lo leyó por encima mientras miraba de vez en cuando otras pantallas para asegurarse de

que nada inesperado sucediese. El plan era bastante simple: usar destacamentos de los cuatro acorazados que acompañaban a las naves auxiliares de la Alianza, que se dirigían hacia la flotilla Herida, de la que formaba parte la Audaz. La asaltarían la mayoría de los infantes usando todos los transbordadores disponibles en los acorazados y en el crucero de batalla de la capitana Crésida. Además, cada equipo de abordaje procedente de las naves auxiliares llevaría consigo una escuadra de marines para buscar posibles trampas en las naves de reparación o para enfrentarse a posibles fanáticos síndicos dispuestos a morir luchando.

Geary se detuvo al ver la evaluación de la situación.

—No me había dado cuenta de que los síndicos evacuaron la Audaz —le comentó a Desjani.

Ella le echó un vistazo a su visor, ejecutó algunos comandos, y luego asintió con la cabeza.

—Salieron cuando los demás síndicos abandonaron las naves de reparación. Por eso no nos dimos cuenta. Si pone una repetición del momento, lo verá claramente. No hay ningún cambio en las lecturas de la Audaz, por lo que no han abierto los sistemas de aire ni nada parecido.

—Ojalá eso simplifique las cosas.

Le dio el visto bueno al plan y lo mandó de vuelta. Le había dicho que no hacía falta que lo esperase, pero tener una escala clara en las órdenes solía dejar contenta a la gente.

Diez minutos después, mientras Geary esperaba la llegada de la fuerza enemiga que los perseguía y sentía en la cabeza una presión cada vez mayor debido a la creciente tensión, recibió otro aviso. Se trataba de una comunicación urgente. A Geary le costó contenerse para no refunfuñar al ver la etiqueta. Procedía del capitán Casia, de la *Conquistadora*, uno de los oficiales que más abiertamente se comportaba como un grano en el culo y con quien tenía que tratar en aquel momento. Sin embargo, era posible que realmente fuese importante. No era lo más probable viniendo de quien venía, pero tampoco podía arriesgarse a ignorarlo. Pulsó el botón de «Aceptar» y al momento apareció una pantalla en la que estaba Casia con el ceño fruncido.

—Capitán Geary —dijo con cierta dificultad—, me han informado de que van a usar a los infantes de marina destinados en mi nave en la operación de rescate de los supuestos prisioneros de la Alianza retenidos por los síndicos en los restos de la Audaz.

Geary buscó el lugar en el que estaba la *Conquistadora*. A diez segundos luz. No era demasiada distancia, por lo que la comunicación no tendría un retardo demasiado molesto, aunque aparentemente pudiese aplicársele ese adjetivo a la conversación.

—Es correcto, capitán Casia —afirmó Geary en un tono de voz formal. Luego

esperó a ver cuál era el problema.

—También me han informado de que no va a haber un oficial al mando supervisando a los marines implicados —le espetó Casia.

Geary lo miró perplejo.

—Eso no es cierto, capitán Casia. Yo estoy supervisando a la coronel Carabali, que a su vez supervisa a los infantes según mis órdenes.

Veinte segundos después, la imagen de Casia frunció todavía más el ceño al escuchar la respuesta.

—Es posible que la supervisión de los infantes de marina en operaciones militares fuese más laxa antes de la guerra. Me refiero a que normalmente los oficiales de la flota supervisan directamente a los oficiales del cuerpo de marines y a los reclutas de más alto rango implicados en operaciones a bordo de naves.

—¿Cómo? —Los sistemas de control permitían al personal de más alto rango ver y oír lo que hacía cualquiera de los infantes protegidos con su armadura de combate, algo que Geary consideraba ocasionalmente útil, pero que a la vez podía distraerlos peligrosamente. Geary le quitó el volumen a su entrada de línea y se giró para ver a Desjani.

—Capitana Desjani, ¿es cierto que los oficiales de la flota suelen supervisar directamente las operaciones llevadas a cabo por los infantes de marina a bordo de naves?

Ella entornó los ojos, irritada.

—¿Quién le ha dicho eso?

—El capitán Casia.

—Tiene sentido, señor —dijo rápidamente, como si acabase de recordar que estaba tratando el tema con el comandante de la flota. Luego suspiró, alzó una mano y dijo con voz monótona—: Durante las operaciones de abordaje es usual hacer ese tipo de cosas, al menos desde que estoy en la flota.

—¿Y eso?

—Se teme que los infantes de marina encargados de asaltar una nave de combate puedan pulsar los botones erróneos y metan la pata, o incluso que hagan saltar por los aires algo importante, incluida la propia nave.

—¿Entonces me equivoco al pensar que los infantes tienen órdenes de no manipular nada a menos que sepan lo que hacen? —preguntó Geary.

Desjani se encogió de hombros.

—Claro que tienen órdenes de no golpear botones extraños, señor. Pero son infantes de marina.

Geary tenía que admitir que, efectivamente, ese era el quid. Cientos de años de avances tecnológicos de la humanidad, y todavía tenían que producir equipamiento a prueba de marines y de tripulantes. Esa era una de las razones principales por las que

los suboficiales de la flota y los sargentos del cuerpo de marines no tenían miedo de quedarse obsoletos, puesto que una de sus funciones principales seguía siendo gritar «No toques nada a menos que te lo ordene» a los que estaban por debajo de ellos. Pero, dado que los infantes de marina tenían sargentos, Geary no terminaba de entender por qué debía haber oficiales de la flota en conexión con los infantes a través de un sistema de control.

—¿De qué rango de oficiales estamos hablando? Quiero decir, los que supervisan a los infantes.

—Los oficiales al mando de las naves —respondió Desjani con la misma monotonía.

—Está de broma...

—No, señor.

—¿Y quién se supone que se ocupa de las naves mientras supervisan a los suboficiales de los infantes de marina?

Desjani hizo una mueca para luego sonreír amargamente.

—Yo misma le hice esa pregunta al almirante Bloch la última vez que me cargaron a un subteniente de los infantes de marina mientras lideraba a una sección a bordo de una nave de guerra síndica. El almirante me informó de que estaba totalmente seguro de que una oficial tan buena como yo debería poder ocuparse de ambas cosas a la vez.

No era la primera vez que se sentía liberado por el hecho de que el almirante Bloch muriese antes de que lo despertasen, evitando así ser su subordinado. Y aquel sentimiento hacía que se sintiese culpable.

—Supongo que puedo dar una respuesta a eso, pero ¿ve realmente alguna buena razón para hacerlo?

Desjani volvió a encogerse de hombros.

—Alguna se puede encontrar, pero hay muchas más para no hacerlo. Yo nunca lo haría voluntariamente, señor.

—Eso pensé. Yo tampoco lo haría. —Se volvió para mirar al frente de nuevo. Luego volvió a activar el sonido de la comunicación con Casia y lo miró con expresión seria y neutral.

—Gracias por comentármelo. Me aseguraré de que los infantes de marina sepan que deben consultar a los oficiales de la flota antes de realizar cualquier acción que pudiese afectar a la seguridad de la nave en la que se encuentran.

Aproximadamente veinte segundos después, el ceño de Casia seguía igual de fruncido que antes, pero además estaba acompañado de una expresión algo acalorada.

—Existen buenas razones para las políticas actuales de la flota, capitán Geary. No hacer caso a la experiencia fruto de todo este tiempo de guerra podría tener repercusiones funestas para los prisioneros que pretendemos liberar.

Geary se dio cuenta de que hacía tiempo que no le lanzaban una indirecta tan afilada. En cierto modo tenía sentido, puesto que él carecía de toda esa experiencia de tiempos de guerra que otros oficiales de la flota sí tenían. Sin embargo, también era mentira, porque las lecciones que había aprendido eran acertadas. Si había algo de lo que estaba seguro, era que los oficiales superiores no pintaban nada acompañando de cerca a los oficiales de rango bajo que intentaban realizar su trabajo. De hecho, con respecto a ese tema había tenido experiencia más que suficiente cuando era suboficial.

—Gracias por la información —dijo Geary con tono neutral—. Lo tendré muy en cuenta, y tomaré en consecuencia las medidas pertinentes.

A lo mejor la experiencia, fruto de los tiempos de paz, no era la misma que la de los tiempos de guerra, pero al menos le había enseñado cómo decir «Déjame en paz» de un modo educado y profesional.

Por el aspecto que tenía la cara de Casia casi medio minuto después, al oficial no le había costado demasiado descifrar las intenciones de Geary.

—Después de la desastrosa última visita de la flota a Lakota...

Geary echó mano de su autoridad como comandante de la flota y silenció al oficial. Si lo hubiese escuchado, se habría cabreado, y no quería que la ira nublara su buen juicio. Mientras pensaba en que ojalá el capitán Casia tuviese también un botón de «Ignorar opción», dijo con voz dura:

—Capitán Casia, si quiere quedar relevado de su mando antes de combate, transmita su último mensaje. También puede dejar de darle vueltas y hacer su trabajo. Si quiere tener una reunión después de la batalla para hablar sobre la estructura de mandos de la flota y su puesto en ella, será un placer. Por lo de pronto, puede estar seguro de que los infantes de marina tendrán una supervisión competente y de que sus preocupaciones se han tenido en cuenta. Fin de la transmisión —añadió innecesariamente antes de cortar la comunicación con la *Conquistadora*.

Por su parte, Desjani estaba haciendo una actuación bastante buena de alguien que ignora completamente que su oficial superior está molesto. Los consultores del puente de mando también estaban interpretando el papel, con mayor o menor acierto. No podían haber escuchado nada de lo que Geary había dicho por culpa del atenuador de sonido que lo envolvía y que ayudaba a mantener en privado las conversaciones que mantenía con otros oficiales, pero cualquier suboficial aprendía rápidamente lecciones sobre el arte de averiguar el humor de su oficial superior gracias a pistas como el lenguaje corporal.

Geary se quedó echando chispas durante un rato. Luego respiró profundamente y llamó a la coronel Carabali, que lo observó con recelo.

—Coronel, supongo que tener oficiales de la flota supervisando directamente lo que su personal hace a bordo de la Audaz sería una distracción indeseable, ¿no?

—Supone bien, capitán Geary —respondió la coronel.

—Supongo también que tanto sus suboficiales como sus oficiales son capaces de evitar que los infantes de marina pulsen botones que no deben o que hagan que se sobrecarguen los núcleos de energía de la Audaz, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Y supongo, también, que en caso de que sus infantes necesiten ayuda o sugerencias del personal de la flota sobre qué hacer con algo a bordo de la Audaz, tendrán tanto la picardía necesaria como la habilidad para preguntar, ¿no?

—Sí, señor.

—Resumiendo, coronel, asumo que sus marines tienen suficiente experiencia, entrenamiento e inteligencia como para llevar a cabo la misión sin la supervisión directa de un oficial de la flota.

—Sí, señor.

—Bien. —Geary se relajó un poco, mientras Carabali lo miraba como si intentase atisbar una encerrona—. Le agradecería que me ayudase a demostrar que mis suposiciones están en lo cierto. Si sus infantes son capaces de asaltar la Audaz sin que nada explote o los sistemas de aire de la nave se abran al espacio, tendré un ejemplo claro de su habilidad para llevar a cabo operaciones eficientemente sin la necesidad de tener oficiales de la flota pegados al cogote.

La coronel Carabali asintió con la cabeza.

—Por supuesto, señor. Todo irá bien.

—Coño, coronel, en las operaciones siempre hay algo que no sale como debe, lo que pasa es que debe ser razonable.

Carabali sonrió, y luego se despidió con un saludo militar.

—Sí, señor. Le haré saber a mi personal que confía en él e insistiré en que pregunten si tienen alguna duda.

—Y eviten pulsar botones extraños. —Geary no pudo evitar mencionarlo.

—Desde luego, señor. Puesto que asaltaremos una nave que probablemente alberga a prisioneros de guerra de la Alianza, les ordenaré a mis líderes de escuadra que actúen con el máximo nivel de disciplina. No dispararán a nadie ni a nada a menos que estén seguros de que es el enemigo.

—Buena idea.

—Además, son todos voluntarios —añadió la coronel—, puesto que hay posibilidades de que los síndicos preparasen los núcleos de energía para que exploten cuando la fuerza de salto esté a bordo.

Geary apretó los dedos al pensar sobre lo que acababa de escuchar.

—No sabe cuánto aprecio que estén dispuestos a participar en la operación pese a los riesgos, coronel. He avisado a los síndicos para que no hagan nada, y de lo que les pasará si lo hacen. Al fin y al cabo sus naves no pueden escapar.

La coronel del cuerpo de marines enseñó los dientes.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted, coronel. Avíseme si hay algún cambio significativo en el plan. La imagen de Carabali desapareció, y Geary se recostó con un suspiro.

—¿Otra crisis superada? —le preguntó Rione.

—Bueno, más bien otra crisis con la que he lidiado —respondió Geary—. ¿Ha llegado algo a sus oídos que deba saber?

Ella le devolvió una mirada aviesa, ya que sabía que se refería a sus espías en la flota.

—Nada que no pueda esperar. —Rione vaciló. Luego se levantó y se acercó lo suficiente como para susurrar—. Solamente algunos de mis espías han podido enviarme informes. Todos afirman que su decisión de volver inmediatamente a Lakota ha descolocado a sus oponentes. Aparentemente están esperando a ver qué pasa antes de dar el siguiente paso.

—Gracias. ¿Qué opina? ¿Cómo lo ve?

—¿Me está pidiendo consejo? —preguntó Rione fríamente—. ¿Por qué no vuelve a preguntarle a la capitana de su buque insignia de nuevo?

Oh, por el amor de mis antepasados...

—A ella ya le pregunto sobre las operaciones de la flota. ¿Hay algo malo en ello?

—Claro que no —dijo Rione con un tono que explicitaba lo contrario. Luego respondió a la primera pregunta sin perder un instante—. Si sus enemigos en la flota se mantienen quietos y expectantes. Hasta que no se aclare la situación en este sistema estelar no van a hacer nada por miedo a quedarse bloqueados mientras intentan plantar cara a una trampa sándica seria.

Geary asintió con la cabeza, guardando para sí lo que pensaba. Si falló, tendrán lo que necesitan para relevarme de mi cargo como comandante de la flota. Conste que tampoco es que vaya a quedar mucho que comandar si finalmente se da el caso. Además, aparentemente, ninguno de ellos quiere intentar superar a los sándicos en este sistema.

Sus ojos volvieron a posarse sobre el visor, buscando lo que ya debería haber llegado. Seguía sin aparecer la fuerza sándica que los perseguía y que debería salir por el punto de salto de Ixion. Geary, inquieto, tamborileó con los dedos sobre uno de los brazos de su asiento de comandante. ¿Por qué no habían aparecido todavía? Ya llevaban algo más de dos horas allí. Cada minuto que pasaba era un regalo, pero no se fiaba de los regalos cuyas razones desconocía. Cuando habló con Rione y le dijo que tenía la esperanza de disponer de tres horas antes de que llegasen y que había rezado por ello, en realidad contaba con algo menos de dos horas antes de que apareciesen los perseguidores sándicos. Incluso aunque hubiese decidido tomarse su tiempo para reorganizar las flotillas sándicas, dirigirse hacia Ixion y una vez allí descubrir que la

flota de la Alianza había saltado de vuelta, una fuerza de persecución decente debería haber aparecido ya por la puerta de Lakota.

Otro mensaje urgente, esta vez procedente de la Ócrea, situada a treinta segundos luz de distancia, lo que hacía la comunicación pesada pero no inaguantable. Geary se preguntó qué razón habría para que el crucero pesado lo llamase, y luego recordó que le había pedido que capturase e interrogase a algunos síndicos.

—Al habla Geary. ¿Ha hablado alguno de los síndicos?

El capitán de la Ócrea asintió con la cabeza.

—Uno sí. La mayoría recitó esas chorradas síndicas de que es un privilegio ser un ciudadano de los Mundos Síndicos. Sin embargo, un recluta veterano parecía creer que no se podía destruir a esta flota y que cualquiera que lo hiciese iría en contra de la voluntad de las estrellas del firmamento, así que nos contó absolutamente todo lo que sabía, pensando que era el único modo de reparar el daño que nos había causado al ayudar a atacarnos. —Hizo una pausa para ver cómo reaccionaba Geary.

—Esa es la actitud —comentó Geary.

Un minuto después, el capitán de la Ócrea asintió.

—Opino lo mismo, señor. El tripulante síndico no tenía demasiada información, pero sabía que destruimos el buque insignia durante el combate antes de que saltásemos a Ixion. El director ejecutivo síndico no pudo salvarse, lo que dejó a dos directores ejecutivos inferiores pero del mismo rango peleándose para saber cuál debería asumir el mando de la fuerza que nos perseguiría a Ixion. Nuestra fuente no pudo recordar cuánto tiempo estuvieron con eso exactamente, pero dijo que por lo menos cuatro horas, puede que incluso estuviese más de cinco horas con la flotilla síndica parada sin hacer nada.

El oficial hizo una pausa para que Geary dijese algo.

—¿Cuatro horas por lo menos? —preguntó Geary. Había apuntado al centro de la formación síndica precisamente con la esperanza de que pasase algo así, pero no sabía si había tenido éxito—. ¿Seguro que dice la verdad?

—Sí, señor. Por desgracia, no pudo decir nada más exacto sobre la fuerza que salió en nuestra busca hacia Ixion que «Era grande». Lo único útil además de lo que le acabo de decir es que parece saber que a algunas de las naves gravemente dañadas que se quedaron aquí les obligaron a transferir a parte de su tripulación a las naves que nos persiguen. El hombre cree que para reemplazar a las bajas, pero dijo que muchas naves andan escasas de personal experimentado. Últimamente los síndicos han tenido muchas más pérdidas de gente entrenada de lo normal, al menos a un ritmo superior del que tardan en reemplazarlos. —El capitán de la Ócrea sonrió, satisfecho.

—Buen trabajo —dijo Geary con total sinceridad—. ¿Cree que merece la pena mandar a alguno de los prisioneros a alguna nave con instalaciones de interrogatorio

más sofisticadas?

—Lo dudo mucho, señor. Ni siquiera el que nos ha contado todo eso sabe más. En mi opinión, no merece la pena seguir teniéndolos a bordo. —El oficial al mando de la Ócrea se detuvo, aparentemente al haber recordado súbitamente algo—. Supongo que podemos devolverlos a sus cápsulas de escape y lanzarlos de nuevo al espacio. Es lo que hemos hecho últimamente en estos casos, ¿no?

Geary asintió, intentando no evidenciar que se sentía reconfortado. No hacía mucho, el capitán de la Ócrea, al igual que el resto de oficiales de la flota, habría lanzado a los síndicos al espacio en caso de no poder tratar con ellos. El hecho de proceder con ellos de un modo más humano hubiese salido de él mismo era una buena señal. El concepto de honor estaba recuperando su antiguo sentido.

—Me parece una opción excelente.

El oficial al otro lado sonrió.

—¿Debería darle algún mensaje de las estrellas del firmamento para que lo extienda?

Geary casi salta de la silla ante la oportunidad que se le presentaba, pero luego se tranquilizó. De algún modo que no sabría definir, se sentía mal, como si alguien lo avisase de algo que no podía oír ni ver, pero que sentía.

—Eso quizá no sea tan buena idea. Puede extender lo que ya cree, pero no me gustaría ofender a las estrellas del firmamento afirmando que hablan por mi boca.

Entonces la sonrisa del capitán de la Ócrea se esfumó.

—No pretendía sugerir un sacrilegio, señor.

—Lo sé, pero puede que lo que nosotros consideramos adecuado no lo sea para ellas, ¿no cree? Mejor no arriesgarse a meter la pata y tener que pedir perdón.

—Cierto —dijo el oficial al mando de la Ócrea—. Parece que ahora mismo tenemos su favor, y no me gustaría que cambiase. Gracias, señor. Lanzaremos las cápsulas síndicas en unos diez minutos.

—Me parece bien. Le doy las gracias de nuevo. Buen trabajo.

En cuanto la ventana con el capitán del Ócrea se desvaneció, Geary se giró para hablar con Desjani y con Rione y darles toda la información para que le facilitasen su interpretación.

—Los dos directores generales que sobrevivieron querían ganarse el reconocimiento de destruir a esta flota en Ixion, así que se pasaron horas discutiendo sobre quién asumiría el mando. Copresidenta Rione, ¿los síndicos no tienen algún tipo de sistema para decidir las jerarquías, como nuestra fecha de ingreso?

Ella negó con la cabeza.

—La posición de director general implica estar al mando, tanto de las decisiones militares como de las civiles. Su prestigio depende en parte de su rango, pero también de su influencia política.

—¿O sea, que su estructura de mando se parece a...? —Miró a Desjani con una expresión de disculpa—. ¿Se parece al modo en que funcionaba antes esta flota? La verdad es que siendo síndicos habría esperado una estructura más rígida. Todo lo que he visto hasta el momento refleja esa actitud.

—Hasta cierto punto —dijo Rione pacientemente, a la vez que disfrutaba viendo a Desjani algo incómoda—. A todo el que esté por debajo del rango de director general más le vale hacer lo que le digan sin rechistar. Sin embargo, cuando llegas a ese rango, la cosa cambia. Entre los directores síndicos es común competir para conseguir asignaciones de nivel cada vez mayor, hasta llegar a conspirar, adular en exceso, o dar puñaladas traperas con tal de avanzar en su camino hacia el Consejo Ejecutivo.

—Se parece bastante a lo que hacen nuestros políticos —murmuró Desjani como para sí misma, pero en un tono de voz suficientemente alto como para que Rione pudiese oírlo.

Sin embargo, en la cara de Rione se dibujó una sonrisa fría mientras miraba a Geary.

—El que se gane el reconocimiento de acabar con Geary dará un paso más que importante en su carrera hacia el Consejo Ejecutivo. Por lo tanto es fácil imaginarse por qué los dos directivos generales de las flotillas síndicas que sobrevivieron se pasaron un tiempo precioso luchando por el puesto de comandante. Al contrario de lo que el tripulante síndico cree, seguramente no estaban discutiendo, sino intentando convencer a los oficiales al mando de la flotilla de que las normas y las regulaciones decían que él o ella debería asumir el mando. Y esos mismos oficiales estarían aterrorizados de aceptar seguir las órdenes de alguien sin una justificación burocrática clara que les permitiese afirmar que no habían tenido otra opción.

—Eso ya no se parece a esta flota —dijo Geary. La Alianza había buscado un líder después de morir el almirante Bloch. Sin embargo, los síndicos de la flotilla habían intentado obrar según las regulaciones. Si la flota se hubiese plegado a las regulaciones, su estatus de comandante nunca se habría puesto en duda, ya que su jerarquía se basaba en una promoción póstuma, de hacía ya un siglo, muchas décadas antes que cualquier otro capitán de la flota. No era difícil adivinar que los problemas en los que se podían meter los comandantes de las naves si rompían las normas habían equilibrado las cosas—. Hemos tenido mucha suerte; eso nos ha dado al menos cuatro horas de ventaja sobre nuestros perseguidores síndicos, quizá algo más.

—No hemos tenido suerte —dijo Desjani—. Usted hizo que el primer ataque fuese dirigido al punto de la formación síndica en el que pensaba que estaba localizado el buque insignia.

Entonces Rione tomó la palabra con actitud mordaz.

—No debemos olvidar que sea quien sea el que está al mando de las naves

síndicas que se quedaron aquí, es el director general que perdió la disputa sobre quién asumiría el mando de los perseguidores. Eso podría tener un peso decisivo en sus reacciones.

—Tiene razón, bien visto —afirmó Geary—. Pero ¿cómo responderá?

—Pase lo que pase en este sistema, será culpa del que asumió el mando y se marchó con la fuerza que nos persigue. Quería ser el comandante para ganarse una reputación, y ahora en lugar de eso podría tener que cargar con las culpas. Cuando la fuerza que nos sigue llegue a Lakota, su director general estará loco por asestarnos un golpe terrible al ver lo que hemos hecho.

Cuatro horas por lo menos. Los músculos de la espalda de Geary se relajaron un poco.

La flota podía hacerles mucho daño con cuatro horas de ventaja.

Capítulo 3

Otros tres cruceros ligeros síndicos saltaron por los aires. Luego, los elementos más importantes de la flota de la Alianza confluyeron en la flotilla enemiga Herida. Entonces volvió a verse salir de los navíos síndicos un enjambre de cápsulas de escape que contenían a la tripulación que quedaba en aquellas naves en mal estado, dado que ya no podían luchar y eran poco más que cascarones. La flotilla Herida escapaba lentamente de los atacantes de la Alianza, por lo que la velocidad de encuentro era relativamente baja, cero con uno c, o lo que es lo mismo, solo treinta mil kilómetros por segundo. Un encuentro solía implicar ver a naves cruzándose a una velocidad combinada de cerca de cero con dos c, que era el límite en que los sistemas de puntería podían actuar sin que su efectividad se viese mermada por los efectos relativistas que comban la visión exterior del universo.

Y pese a todo, incluso a cero con uno c, las pasadas en las que las naves descargaban su artillería duraban solo una fracción de segundo, mientras el armamento estaba dentro del área de disparo, y los sistemas de puntería apuntaban y disparaban dado que los sentidos del ser humano no pueden reaccionar con la velocidad suficiente.

La Primera y la Séptima División de Cruceros de Batalla, que entre las dos contaban con solo tres navíos de combate, fueron las primeras en alcanzar el área de disparo. El resto de naves de la Alianza hacía lo propio desde detrás de ellas y por encima de la grande y achatada esfera de la formación síndica. Era una disposición desastrosa, pero seguramente la habían conformado de ese modo por ser la más adecuada para llevar a cabo las reparaciones. Puesto que las naves enemigas que quedaban en la flotilla Herida no podían maniobrar, los navíos de combate de la Alianza podrían atravesar y atacar la formación sin ningún tipo de problema. La nave *Osada*, del capitán Duellos, lideraba a la *Formidable* y a la *Atrevida* en una pasada a muy poca distancia sobre el único acorazado de la formación que había conseguido cargar parte de su armamento. Normalmente un acorazado podía plantar cara a varios cruceros de batalla al menos durante algún tiempo, pero en este caso la nave solamente tenía algunos de sus sistemas a medio reparar. Sus escudos estaban llenos de huecos; el casco, de bastantes agujeros todavía sin sellar, y gran parte de su armamento estaba inoperativo. Los cruceros de la Alianza lanzaron una lluvia de proyectiles mientras lo superaban, apuntando con sus lanzas infernales sobre todo lo que todavía funcionase.

Mientras los cruceros de batalla de Duellos avanzaban a toda velocidad, la *Oportuna*, la *Radiante* y la *Inspiradora* apuntaron su armamento sobre uno de los cruceros de batalla síndicos y un crucero pesado situado a no mucha distancia, que había conseguido poner a punto algunas de sus armas. Una oleada de disparos dejó

totalmente inoperativos a ambos objetivos mientras la Séptima División de Cruceros de Batalla seguía a las unidades de Duellos en dirección al maltrecho crucero de batalla enemigo que había abandonado la flotilla Herida e intentaba unirse a los dos acorazados que cargaban contra la Alianza en su fútil misión de proteger las naves dañadas.

Algunos minutos después, la *Leviatán*, del capitán Tulev, guió a sus cruceros de batalla para destrozar otros dos cruceros pesados y terminar de una vez por todas con el armamento que le quedaba al acorazado.

La capitana Desjani había entrado en modo de selección de objetivo y tenía los ojos clavados en su visor mientras el *Intrépido*, el *Arrojado* y el Victorioso acortaban distancias con el crucero de batalla síndico de la flotilla Herida al que todavía le quedaba armamento.

—*Intrépido* y *Arrojado*, apunten al armamento. Victorioso, apunte al resto de sistemas operativos —les ordenó.

La gran formación síndica se iluminó demasiado rápido como para que los sentidos de Geary pudiesen percatarse de algo, pero el visor se actualizó rápidamente a la vez que los sensores de la flota analizaban los resultados de la pasada. El crucero de batalla síndico tenía la etiqueta «Misión de destrucción» y todos los sistemas inoperativos. Mientras tanto, los consultores del *Intrépido* informaron sobre el resultado de la débil respuesta enemiga.

—Impacto de lanza infernal sobre los escudos delanteros. Sin daños. El *Arrojado* informa de dos impactos. También sin daños. Victorioso sin impactos.

—Es demasiado sencillo —refunfuñó Desjani.

—Ya tendrá un combate decente con esos dos acorazados que tenemos ahí delante —le dijo Geary.

—Tiene razón. —Desjani se alegró y se concentró en los siguientes objetivos de su nave.

Unos cinco minutos después, la Sexta División de Cruceros de Batalla atacó a la flotilla Herida. A la división del capitán Badaya solo le quedaban la *Ilustre* y la *Increíble*, pero era más que suficiente como para ocuparse de dos cruceros pesados síndicos dañados, que eran ya los últimos navíos de combate enemigos con armamento todavía operativo. Cuando los dos últimos cruceros de batalla de la Alianza destrozaron la nave síndica, tuvo lugar una erupción de cápsulas de escape procedente de todos los buques de combate de la flotilla Herida, lo que significaba que los últimos miembros de las tripulaciones abandonaban sus naves dado que ya no quedaba esperanza alguna de poder defenderse.

—Tampoco están haciendo explotar sus naves —comentó Rione.

—No —le contestó Geary—. Igual que con las naves de reparación. Los síndicos son los dueños de este sistema estelar y saben que tendremos que abandonarlo, por lo

que esperan poder recuperar las naves en caso de que no podamos destruirlas. Por lo tanto, tenemos que asegurarnos de que no sea así.

Los cruceros de batalla de Duellos alcanzaron a otro crucero pesado que intentaba unirse al de batalla síndico que todavía sobrevivía, y lanzó sobre él una lluvia de disparos que atravesaron más que sus defensas. No demasiado lejos delante de ellos estaba el maltrecho crucero de batalla enemigo, que se arrastraba tan rápido como podía hacia el par de acorazados que se aproximaban pero que todavía estaban a cierta distancia. Justo detrás de las naves de Duellos llegaron los cruceros de batalla de la Séptima División, que hicieron añicos lo que quedaba del crucero pesado gracias a unas cuantas lanzas infernales que dispararon mientras lo superaban.

El crucero de batalla síndico parecía estar en una situación sin salida, pero cuando Duellos se acercó con la *Osada*, la *Formidable* y la *Atrevida* para darle el golpe de gracia, la nave síndica pivotó justo en el momento indicado y aceleró en dirección descendente y a babor. Los cruceros de batalla de Duellos iban a bastante más velocidad que el enemigo, por lo que no pudieron reaccionar a tiempo y solo le lanzaron unas cuantas lanzas infernales a larga distancia.

Sin embargo, la *Radiante*, la *Inspiradora* y la *Oportuna* estaban lo bastante detrás del primer grupo de cruceros de batalla de la Alianza como para poder reaccionar a la maniobra evasiva síndica, y a la vez suficientemente cerca y en la retaguardia del enemigo como para que este no pudiese maniobrar de nuevo antes de ponerse a tiro.

Geary intentó ponerles cara a los capitanes de la *Radiante*, la *Inspiradora* y la *Oportuna*, pero curiosamente le resultó imposible. ¿Por qué nunca se habían hecho notar? Sintió malestar por no conocerlos, e intentó quedarse con el detalle de que tenía que ocuparse de ello en cuanto tuviese tiempo.

El crucero de batalla síndico se inclinó y se desplazó ligeramente hacia un lateral debido al empuje producido por los impulsores de maniobra operativos. El cambio de situación le permitió usar las lanzas infernales que le quedaban, por lo que al instante salió disparado un chorro de puntas cargadas contra la *Radiante*, la *Inspiradora* y la *Oportuna* a la vez que modificaban sus vectores de movimiento ligeramente para pasar justo sobre la zona de estribor de la nave síndica. Los escudos de la *Radiante* se iluminaron al recibir algunos impactos mientras la *Inspiradora* lanzaba una ráfaga de infernales sobre los debilitados escudos síndicos. Estos acabaron por colapsar, y finalmente los proyectiles de la Alianza atravesaron la nave, destrozando el casco, los mamparos, el equipamiento, y a cualquier tripulante con la suficiente mala suerte como para toparse en su camino.

Para cuando la *Leviatán*, la *Dragón*, la *Decidida* y la *Valiente* alcanzaron el crucero de batalla síndico, este ya no podía maniobrar y tan solo respondió con una lanza infernal. Entonces los cruceros de batalla de Tulev la hicieron trizas y siguieron avanzando en dirección a los acorazados y a las otras unidades ligeras que intentaban

agruparse, dejando tras de sí una mole silenciosa.

—Las unidades de armamento y de propulsión están inoperativas, pero sigue habiendo algo funcionando; además, su tripulación no ha abandonado la nave —dijo Desjani casi rogando que le ordenasen aproximarse al *Intrépido* para destrozar lo que quedaba.

Geary asintió con la cabeza mientras miraba el visor.

—El *Arrojado* está en una mejor posición. Deje que se ocupe él.

Desjani asintió casi sin poder reprimir su decepción.

El *Arrojado* se inclinó levemente hacia arriba y a un lado mientras centelleaba al disparar una ráfaga de lanzas infernales sobre la nave enemiga. Mientras el navío de la Alianza avanzaba a toda velocidad, el crucero sándico explotó de repente al sobrecargarse los núcleos de energía.

—¿Había expulsado alguna cápsula de escape? —preguntó Geary al darse cuenta de que no había visto ninguna.

Un consultor negó con la cabeza.

—Solo un par antes de que explotase, pero la explosión las alcanzó.

—Cabrón —dijo Desjani entre dientes, refiriéndose claramente al oficial al mando de la nave sándica, que había esperado tanto que no había dado tiempo a sus tripulantes a abandonar la nave.

—¿Le apena la muerte de esos sándicos? —le preguntó Geary, sorprendido de que a Desjani le afectase. Tanya Desjani no solo creía que su deber era destruir naves enemigas y matar soldados de las fuerzas sándicas, sino que además solía sentir cierto placer al vengarse de aquel modo.

Ella, ante aquella pregunta, frunció el ceño.

—Está muy bien que esa tripulación ya no sea una amenaza para los nuestros —comenzó a explicar Desjani—, pero el oficial al mando está en la obligación de ofrecerles la oportunidad de luchar. Ya sabe a qué me refiero.

Y así era. Hacía un siglo, cuando su situación en la batalla de Grendel había pasado de desesperada a imposible, le había dado ese tipo de órdenes a su tripulación para que abandonase la nave.

—Sí, lo sé.

La avalancha de cruceros de batalla de la Alianza, que se sentía en su elemento al permitirle su velocidad alcanzar a enemigos más ligeros, destrozaron con gracia a una serie de naves de caza asesinas y cruceros ligeros sándicos, casi como si fuese la antesala de la destrucción de los dos cruceros ligeros situados a poca distancia que quedaban operativos. Al ver cargar a los cruceros de batalla a través del espacio para aplastar a las naves enemigas mientras los acorazados de la Alianza todavía estaban alcanzando a la flotilla Herida, Geary entendió por qué los mejores oficiales de la Alianza tenían como aspiración asumir el mando de un crucero de batalla. Era tan

glorioso como las cargas de caballería que tenían lugar en la superficie planetaria. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse cuántas veces habrían saltado por los aires al enfrentarse a los acorazados y sus poderosas defensas, y si el número de enfrentamientos en los que los cruceros habían sido capaces de cargar *gloriosamente* en el campo de batalla contra el enemigo no se acercaría al de las ocasiones que habían sufrido por sus carencias defensivas.

Detrás del *Intrépido* y de los demás cruceros de batalla, los acorazados de la Alianza habían alterado sus cursos ligeramente, apuntando más allá de la flotilla Herida, para interceptar a los dos acorazados síndicos, todavía a varios minutos luz de distancia. A su alrededor, algunos destructores y cruceros ligeros, que habían terminado de eliminar a las naves síndicas cercanas, se estaban reuniendo con los acorazados. Y justo en la retaguardia de lo que a duras penas se podría denominar formación de la Alianza estaban las cuatro naves auxiliares junto con su escolta de cuatro acorazados, los dos cruceros de batalla de Crésida, y unos veinte cruceros ligeros y destructores. A diferencia del resto de naves de la Alianza, las auxiliares habían mantenido un rumbo directo para interceptar a las naves de reparación síndicas situadas en el centro de la burbuja de restos de la flotilla Herida.

—Nuestros cruceros de batalla más adelantados están a dos minutos luz de esos dos acorazados síndicos —comentó Desjani—. Se les ha designado como flotilla síndica Bravo. Me pregunto por qué el sistema no los habrá llamado flotilla síndica Suicida.

Tenía parte de razón, sin embargo Geary señaló a las naves auxiliares de la Alianza.

—Si consiguen de algún modo llegar a las auxiliares, podrían hacernos mucho daño.

Desjani negó con la cabeza.

—Si consiguen seguir adelante pese a lo que se dirige hacia ellos, estarán tan debilitados que las naves de Crésida podrán ocuparse.

—No me gusta que los cruceros de batalla se enfrenten a acorazados —dijo Geary, preocupado por si sus agresivos oficiales se dejaban llevar por el entusiasmo de la batalla. Sin embargo, no podía ordenarles que dejaran de comportarse de manera tan combativa. Ninguno le haría caso. Volvió a manipular los controles de comunicación.

—A todas las formaciones de cruceros de batalla de la Alianza, en cuanto realicen las pasadas sobre la flotilla síndica Bravo, reduzcan la velocidad hasta igualarla a la de la flotilla Herida y esperen a recibir órdenes. Que todas las formaciones de acorazados de la Alianza ajusten también sus velocidades a la flotilla Herida en cuanto la flotilla Bravo sea destruida.

Mientras decía aquello, empezaron a salir en dirección a la flotilla Herida los

transbordadores procedentes de las naves de la Alianza, cada uno orientado según su propio objetivo. La mayoría se dirigía a los restos de la Audaz, mientras que las demás se encaminaron hacia las naves de reparación y los navíos de combate cercanos para cerciorarse de que estaban realmente abandonados y no había riesgo si las naves de la Alianza se aproximaban.

Los transbordadores todavía estaban de camino a sus objetivos cuando los cruceros de batalla de Duellos y la flotilla Bravo se cruzaron a una velocidad combinada de algo más de cero con dos c. A esa velocidad, los efectos de la relatividad distorsionaron la percepción de los objetos lo suficiente como para que apuntar resultase complicado, y la ventana de lanzamiento, cuando el armamento tuvo a tiro al enemigo, fue de la menor porción posible de un segundo.

Cuando ambas formaciones de naves se separaron, Geary pudo apreciar que los escudos de los acorazados síndicos se habían debilitado y que no habían recibido impactos. Sin embargo, estos habían concentrado su notable potencia de artillería sobre la *Formidable*. Estaba claro que se habían percatado del daño que había sufrido en su última batalla con el enemigo y que todavía evidenciaba. Así, esta recibió una ráfaga de impactos y perdió una parte importante de su poder ofensivo, pero consiguió evitar sufrir más desperfectos en las unidades de propulsión y así seguir con sus compañeras.

La Radiante, la *Oportuna* y la *Inspiradora* fueron las siguientes en hacer blanco sobre los acorazados, que vieron como sus escudos se debilitaban algo más. Lamentablemente, durante el proceso la *Oportuna* recibió varios impactos.

Los cuatro cruceros de batalla de Tulev concentraron sus disparos sobre el acorazado síndico que tenían más cerca al pasar al lado de la zona de babor del enemigo, con lo que consiguieron abrir algunos huecos en los escudos, aunque la *Dragón* recibió algunos impactos.

Desjani, por su parte, lanzó sus cruceros de batalla mientras Geary deseaba que no se acercase demasiado para lanzar la ráfaga a los todavía peligrosos acorazados síndicos. Estos intentaron concentrar sus disparos sobre el ya dañado *Arrojado*, pero Desjani había planeado la maniobra de modo que este estuviese situado lejos del enemigo, lo que ayudaría a prevenir que recibiese el daño que sufrió la *Formidable*. El *Intrépido* y el Victorioso dispararon sobre el acorazado síndico que tenía los escudos en mejor estado, con lo que consiguieron debilitarlos todavía más a la vez que evitaban sufrir daños.

Entonces, la *Ilustre* y la *Increíble* pudieron machacar finalmente a los acorazados enemigos. Mientras los dos cruceros de batalla de la Alianza realizaban las pasadas, el enemigo siguió avanzando, con los escudos seriamente debilitados, pero con los sistemas de defensa y de armamento todavía intactos, dibujando una curva con el fin de interceptar a las naves auxiliares de la Alianza.

No obstante, hacia ellos se dirigían los acorazados de la Alianza de la Segunda, Quinta y Octava División. Doce contra dos era ya una proporción bastante difícil de salvar, pero es que además las naves de la Alianza tenían sus escudos al máximo, mientras que los de los síndicos se estaban recuperando lentamente.

Geary sonrió al ver que las tres subformaciones de la Alianza se habían ajustado al plan que coordinaba sus movimientos. La Gallarda, la Indomable, la *Gloriosa* y la *Magnífica* pasaron justo sobre los acorazados síndicos, seguidas solo milisegundos después por la *Incansable*, la *Represalia*, la *Soberbia* y la *Espléndida*, que atacaron desde debajo, y unos segundos después el *Impávido*, el *Resuelto*, el *Temible* y el *Vengativo* hicieron lo mismo desde estribor. Todo aquel poder de artillería dejó sin margen de maniobra a las asediadas naves síndicas. Estas respondieron y consiguieron impactar un par de veces sobre la *Gloriosa* y el *Impávido*, pero cuando la docena de acorazados de la Alianza las superaron, dejaron tras de sí una creciente nube de trozos que evidenciaban la destrucción de uno de los acorazados síndicos, y los restos que se alejaban dando vueltas de lo que antes había sido el segundo acorazado síndico. De este último salieron algunas cápsulas de escape mientras se escoraba hacia uno de los laterales de su vector original.

Cuando el capitán Armus y su Décima División de Acorazados alcanzaron el área de disparo treinta segundos después, lo único que quedaba para sus cuatro navíos era destrozar los restos de la segunda nave para convertirla en porciones todavía más pequeñas.

Geary suspiró aliviado, y luego volvió a tocar los controles.

—A todas las naves de la Alianza a excepción de la formación de naves auxiliares: dispónganse con el *Intrépido* como buque insignia según se les ha detallado.

Geary pudo ver en su visor cómo el aspecto de la formación en proceso se asemejaba a una bola irregular que se extendía hacia delante y ligeramente hacia arriba de la flotilla síndica Herida, con las subformaciones dispuestas alrededor de cruceros de batalla y de acorazados de la Alianza, formando algo parecido a una esfera. No era precisamente bonito, pero funcionaría.

Desjani le dirigió una mirada inquisitoria, ya que sabía que a Geary le gustaban las formaciones ordenadas.

—¿Para ahorrar en células de combustible?

—Sí, en parte. Así las naves maniobran lo mínimo posible. Además, he pensado que si la flota aparenta estar un poco descentrada cuando la fuerza de persecución síndica aparezca, quizá piensen que seguimos al borde de la destrucción, igual que cuando abandonamos Lakota por primera vez.

—¿Cree que van a pensar eso cuando vean lo que les hemos hecho en este sistema estelar? —preguntó ella, poco convencida.

—Las posibilidades de que incluso una fuerza desorganizada pudiese destrozar a los síndicos que había aquí son bastante altas. Quizá no engañemos a los síndicos, pero tampoco tiene sentido gastar células de combustible ahora mismo. En cuanto la fuerza que nos persigue aparezca, nos marcharemos a toda prisa y dejaremos todo limpio.

Todas las naves de la Alianza pivotaron para utilizar sus unidades de propulsión principales y así reducir la velocidad de modo que no quedasen muy alejadas de las más que importantes naves auxiliares, a la vez que ocupaban su posición en lo que Geary había llamado Gran Bola Fea. Con la situación bajo control, sin noticias de la fuerza que los perseguía, y con los combatientes síndicos operativos más cercanos a casi una hora luz de distancia y escapando de la flota de la Alianza como alma que lleva el diablo, Geary cedió a la tentación y activó la visión de uno de los oficiales del cuerpo de infantes de marina, que estaba tomando la Audaz de nuevo.

Los transbordadores se acoplaron a los restos de la Audaz no solo por las esclusas externas y por el puerto de acoplamiento, sino también por varios huecos que habían causado las explosiones sobre el casco del acorazado. Los destacamentos de infantes de marina entraron en la silenciosa nave como un enjambre, preparados para enfrentarse a cualquier cosa. En aquel momento, el punto de vista que le ofrecía la armadura de combate del infante que había elegido mostraba un interior del acorazado extraño. Estaba tremendamente dañado y no tenía luz propia. El teniente del cuerpo de infantería y su escuadra de marines llegaron a una esclusa interior que había sido reparada lo mínimo para que siguiese funcionando y que se adentraba en zonas en las que se habían puesto parches temporales para sellar los agujeros en los mamparos y así mantener el aire.

Los infantes de marina de la Alianza se movieron rápidamente mientras los sensores de sus armaduras de combate analizaban la zona en busca de bombas trampa y sus armas buscaban un objetivo en cuanto salían de una esquina y avanzaban por pasillos abarrotados de restos. No aparecieron ni enemigos ni trampas, lo cual, en lugar de tranquilizarlos, los puso más nerviosos. Llegaron a otra escotilla, esta vez cerrada. Los infantes se detuvieron, la mayoría en guardia, con las armas preparadas, mientras uno de ellos pegaba una minicarga para volar la cerradura.

—¡Nada de granadas aturdidoras! —gritó alguien a través de los circuitos de comunicación de los infantes de marina.

—Pero, señor, podría...

—Podría haber prisioneros de guerra de la Alianza al otro lado de la escotilla, y no sabemos en qué condiciones estarán. Incluso una carga aturdidora podría matarlos. Disparen solo después de apuntar, y que nadie lo haga a menos que estén seguros de que el objetivo es enemigo. Le volaré personalmente la tapa de los sesos a cualquier gilipollas o hijoputa que joda a un prisionero de guerra de la Alianza, ¿entendido? —

Se escuchó un coro de personas asintiendo.

Uno de los infantes agarró la escotilla y tiró para abrirla mientras sus compañeros elevaban sus armas para apuntar al interior del gran compartimento que había ante ellos. Durante un instante Geary temió que el compartimento estuviese lleno de cadáveres del personal de la Alianza. Finalmente pudo ver expresiones de resignación, rebeldía y miedo en las caras que se giraron hacia la escotilla. Las expresiones cambiaron, incrédulas, cuando los prisioneros reconocieron las armaduras de combate de los infantes de marina de la Alianza.

—El aire apesta —le informó el teniente de infantería a su superior—. La concentración de CO2 es muy alta.

—Sacadlos de ahí tan rápido como podáis —les ordenaron—. La Tercera Sección está acoplando un corredor de evacuación entre la última esclusa y los transbordadores. ¡Venga, rápido!

En los uniformes de los prisioneros se podían ver las insignias de varias naves. En los más adelantados Geary pudo ver las de la Infatigable, la propia Audaz, el crucero pesado Bacinete, y el destructor Talwar. Algunos de los prisioneros de la Alianza liberados sonreían mientras los infantes de marina los sacaban del fétido compartimento, mientras otros parecían estar aturridos mientras los empujaban en dirección a la esclusa.

—¡Primera escuadra! ¡Dispónganse a lo largo de los corredores para dirigir a los prisioneros y que avancen!

Un suboficial mayor con una insignia de la *Atrevida* y un brazo en un cabestrillo improvisado se detuvo al salir del compartimento.

—Es la primera vez en mi vida que me alegro de ver a un infante de marina —le dijo a uno de ellos—. Lo besaría ahora mismo.

—No es mi tipo, señor —le respondió el infante—. Inténtelo con mi amigo de ahí adelante, pero siga caminando.

Otra comunicación del sistema interno del cuerpo de infantería.

—¡Han encontrado otro compartimento por ahí, teniente! ¡Parece que también hay un montón de calamares espaciales!

—¡Sacadlos de ahí y llevadlos al corredor de evacuación! ¡Venga, rápido!

Geary cortó la conexión, deseando poder seguir mirando pero a sabiendas de que tenía otras responsabilidades. Vio que Desjani lo miraba, y asintió con la cabeza.

—Los infantes de marina están sacando a los nuestros de la Audaz. Parece ser que hay bastantes.

—Bien. —Desjani también asintió en dirección a su visor—. Las auxiliares se están aproximando a las naves de reparación síndicas en este mismo momento.

Las cuatro naves auxiliares de la Alianza alcanzaron a las cuatro grandes naves de reparación síndicas, y se dispusieron a colocarse en posición a su lado mientras los

apéndices de los sistemas transportadores se extendían en dirección descendente, como si fuesen criaturas gigantes intentando copular con compañeras todavía más grandes. De hecho, en cierto modo, era así. Le llevó un rato navegar por los menús, pero finalmente Geary consiguió que apareciese un gráfico que monitorizaba la actividad dentro de las naves síndicas. Unos símbolos que representaban ingenieros de la Alianza estaban haciendo explotar mamparo tras mamparo hasta allanar el terreno hacia los almacenes síndicos de materias primas. Cuando se abría un camino nuevo, se extendía por él un nuevo apéndice para adentrarse en la nave enemiga y comenzar a transferir los materiales.

—Menuda imagen más inquietante, ¿no? —murmuró Rione desde detrás de su hombro. Se había levantado y puesto a su lado justo detrás de él—. ¿O solamente es así bajo la perspectiva de una mujer?

Geary negó con la cabeza.

—No cuando los apéndices empiezan a succionar material de las naves síndicas. Supongo que no estamos acostumbrados a ver parásitos de ese tamaño.

—¿Tienen lo que necesitamos?

—En parte. —Geary frunció el ceño al ver el visor. En él aparecieron un montón de ventanas con información detallada sobre lo que necesitaba la flota y lo que se había encontrado en el interior de las naves de reparación síndicas. Aquel maremágnum de términos en letra pequeña y poco familiares hicieron que le resultase imposible saber lo que pasaba—. ¿Por qué esto no me dice simplemente cuánto necesitamos de cada cosa y cuánto hemos conseguido? Capitana Desjani, podría pedirle a alguno de sus consultores de ingeniería que me configurase una pantalla que mostrase de manera más simple cómo va el reabastecimiento de los almacenes de las naves auxiliares.

Desjani asintió con la cabeza y pasó la orden. Luego sonrió satisfecha.

—Hemos recibido dos transbordadores de abastecimiento llenos desde la *Titánica*, señor. Las reservas de células de combustible del *Intrépido* volverán a estar al sesenta y cinco por ciento en cuanto se instalen las nuevas. También hemos recibido sesenta cápsulas de metralla y siete nuevos misiles espectro, además de repuestos nuevos que necesitábamos y que no podíamos fabricar por nosotros mismos.

—Excelente. ¿Es todo lo que le va a mandar la *Titánica* al *Intrépido*?

—En cuanto sea posible, nos mandarán un tercer transbordador, señor.

La cosa mejoraba. Geary sonrió.

—Ojalá pudiésemos conseguir comida.

Uno de los consultores de ingeniería se acercó y carraspeó para llamar la atención.

—Disculpe, señor. Si me permite... —Sus dedos manipularon los controles a toda

velocidad, y Geary vio aparecer una ventana con gráficas de barras que mostraban la capacidad total de los almacenes de las naves auxiliares, el total de los materiales encontrados en las auxiliares de los síndicos, y lo que se había transferido.

—Gracias. ¿Qué es esta columna?

—Comida, señor —respondió el ingeniero satisfecho, como el que responde a una pregunta que su superior todavía no ha pronunciado—. Todas las naves síndicas que hemos abordado tienen reservas de comida. Por lo que he escuchado, la comida de las naves civiles es bastante decente. No es que sea suficiente, pero estamos consiguiendo más.

—¿Están analizando las muestras en busca de contaminación? —preguntó Rione.

El ingeniero se sorprendió.

—Sí, señora copresidenta, seguro, como con el resto de los materiales que estamos sacando de los almacenes. De todos modos, me cercioraré.

—Que sea un análisis completo. Macro, micro, nano, orgánico e inorgánico —añadió Rione.

—Sí, señora copresidenta. Me aseguraré de que, eh... —El ingeniero hizo una pausa, preguntándose claramente si Rione podía darle órdenes a él y a las naves auxiliares.

—Asegúrese de que se lleven a cabo los análisis —dijo Geary.

Al sentirse liberado por recibir las órdenes de quien correspondía, el ingeniero realizó un saludo militar y volvió a toda prisa a su puesto para comunicarlas.

—Perdón por confundir a su ingeniero —dijo Rione—. Debería haberle dicho a usted que se lo ordenase.

—No pasa nada, y me alegro de que lo comentase. Con todo lo que está pasando, alguien podría olvidarse de realizar todos los análisis posibles para asegurarse de que los síndicos no envenenaron la comida antes de abandonar las naves.

—A veces es bueno tener a uno de esos ladinos políticos cerca, ¿no? —Rione comenzó a girarse para volver a su asiento, pero se paró al ver que Geary recibía otro aviso.

La coronel Carabali parecía satisfecha del modo que lo parecían los infantes de marina.

—Creemos haber encontrado todos los compartimentos de prisioneros que había en la Audaz —le informó—. Es una suerte que no hubiese muchos muertos. Estaban bastante abarrotados y en malas condiciones, pero parece que el personal más veterano de cada compartimento rotó a los prisioneros para que ninguno estuviese siempre en la peor situación. Mi equipo de exploración afirma que en un día más, aproximadamente, los prisioneros empezarían a morir por las condiciones. Todos necesitan comer, y la mayoría sufren lesiones tratadas deficientemente y los que las sufrieron de poca importancia no han recibido ninguna atención de los síndicos.

—¿Cuántos son? —preguntó Geary mientras pensaba en el tamaño de las tripulaciones de los navíos de combate de la Alianza que habían perdido en ese sistema.

—Todavía los estamos contando. Aproximadamente unos novecientos del personal de la flota y dieciocho infantes de marina. La capitana Crésida ha insistido en que la mayoría vaya a la *Furiosa*, la *Implacable* y los cruceros ligeros de la formación aunque los acorazados también solicitaron algunos. La capitana Crésida también ha interceptado algunos transbordadores cargados para la *Conquistadora* —dijo Carabali en un tono que dejaba claro que no consideraba que el trabajo de un infante de marina fuese entrar en disputas entre los oficiales de la flota—. Parece ser que se llevaron a otros prisioneros de la Alianza a otras naves de este sistema estelar. Según algunos de los que hemos liberado, lo han hecho en naves mercantes obligadas a prestar servicio como transporte de presos. ¿Hay posibilidades de rescatarlos?

—No demasiadas, y cuanto más tiempo pasa, menos. —La fuerza síndica que los perseguía podía aparecer en cualquier momento, y cuanto más tiempo pasase, más probable sería que llegasen de repente—. Solo hemos capturado dos mercantes síndicos situados en las cercanías, y ambos estaban llenos de suministros. Hay dos docenas más de naves mercantes visibles en el sistema, pero están fuera de nuestro rango de análisis, por lo que no sabemos qué transportan. Además, puesto que no hemos avistado ningún campo de trabajo en este sistema estelar con personal de la Alianza, es posible que se los llevaran en naves que ya han salido del sistema.

—Entiendo, señor. Ahora mismo nos estamos preparando para abandonar la Audaz —dijo Carabali—. ¿Qué hacemos con lo que queda de la nave?

Geary hizo una mueca. Aunque quería de veras salvar la nave, lo que quedaba de la Audaz seguramente sería incapaz de defenderse por sí sola, no podría mantener el ritmo de la flota, no podría ser remolcada sin poner en riesgo a las demás naves, y probablemente ni siquiera podría ser reparada en el mejor astillero espacial imaginable. Aquella valiente nave de combate se enfrentaba a su único destino, el desguace. Y no tenía sentido dejar que los síndicos aprovecharan su metal.

—¿Se puede hacer explotar el núcleo de energía?

—Sí, señor. Todavía es suficientemente potente.

—Entonces prográmelo para que se sobrecargue en seis horas y salgan de ahí.

Seis horas deberían ser suficientes. No se le venía a la cabeza ninguna situación en la que la flota de la Alianza tuviese que permanecer más tiempo cerca de la flotilla Herida.

—¡Espere! —dijo Rione, que se inclinó hacia delante para hablar con Geary—. Espere antes de tomar la decisión de destruir a la Audaz de ese modo.

Geary suspiró y volvió a hablar con la oficial de marines.

—Olvide eso último. No programe la sobrecarga todavía. Espere un momento. —

Luego se giró hacia Rione—. ¿Por qué no quiere hacer explotar a la Audaz? ¿Por qué íbamos a dejarles recuperarla?

—No pretendo que se la devolvamos a los síndicos —respondió fríamente—. Hay un montón de naves síndicas persiguiéndonos, y podríamos utilizar cualquier arma a nuestro alcance para equilibrar la balanza. Manipule la nave para que explote, pero no a una hora determinada, si no cuando los síndicos la recuperen.

Geary no pudo evitar sonreír ante aquella idea. Aunque las bombas trampa eran de bastante mal gusto, en casos como ese usarlas como armas era aceptable. Entonces, justo al pensar eso, se le ocurrió otra idea.

—A lo mejor podríamos manipular todas las naves para que los núcleos de energía exploten cuando los síndicos las ocupen.

Desjani, que estaba escuchando, hizo una mueca de fastidio.

—Es una pena que no podamos hacerles daño hasta que el combate en este sistema se haya terminado.

—Sí, ya —dijo Geary—. Es que no...

Su voz se apagó y miró a Desjani con los ojos como platos.

Ella hizo lo mismo.

—Hay un montón de naves con los núcleos de energía funcionales. Si pudiésemos manipularlos para que explotasen cuando...

—¿Como si fueran minas?

—¡Exacto, como minas! ¡Minas gigantes programadas como explosivos de proximidad! Solo tenemos que hacer que la fuerza que nos persigue pique el anzuelo y se acerque a la flotilla Herida.

—Sería un campo de minas infernal. ¿Es posible hacerlo? —le preguntó a Desjani.

Giró la cabeza hacia el consultor de ingeniería.

—Teniente Nicodeom, dígame si es posible manipular los navíos de combate síndicos abandonados para que actúen como minas, y que exploten por una sobrecarga en los núcleos de energía cuando un objetivo entre en un área delimitada.

El teniente de ingeniería pareció sorprenderse, luego adoptó una expresión pensativa.

—El modo más fácil seguramente sería usar espoletas conectadas a los sistemas de control del núcleo de energía. Daría algo de trabajo, capitana, ya que habría que ajustar la programación de las espoletas inteligentes según la estimación del radio en que sería efectiva la explosión del núcleo, además de tener en cuenta el tiempo que tardaría en hacer que los núcleos de todas las naves se sobrecargasen, extender cables de control y sincronizar las interfaces con los sistemas de control del núcleo de los síndicos.

—¿Y dónde tenemos lo necesario para hacer eso? —preguntó Desjani.

—Los mejores ingenieros armamentísticos de la flota están en la auxiliares, capitana, que además es el mismo lugar en el que están las espoletas. Tiene que llevar a las auxiliares hasta las naves síndicas en las que quiera instalarlos y mandar transbordadores para transportar al personal y el material necesario desde las auxiliares a las naves síndicas.

La sonrisa dibujada en la cara de Desjani aumentó de tamaño tanto que casi parecía que la iba a partir la cara en dos.

—¿Ha escuchado eso, señor?

Geary asintió, a sabiendas de que también estaba sonriendo. Las cuatro naves auxiliares estaban con las naves de guerra de la flotilla Herida, justo donde debían estar.

—Creo que es hora de llamar a la capitana Tyrosian. Espero que no necesite muchos detalles para poder hacerlo a toda prisa.

El teniente Nicodeom volvió a tomar la palabra.

—Capitán Geary, señor, eso es todo un reto. Si realmente van a añadir espoletas a cada nave síndica y sincronizarlas en tan poco tiempo, es el tipo de reto al que un buen ingeniero se enfrentaría por amor al arte. No hay nada mejor que montar una explosión tan grande de ese modo.

—Gracias, teniente. —Geary golpeó los controles para llamar a la capitana Tyrosian, y le explicó lo que querían hacer—. ¿Pueden hacerlo, capitana Tyrosian? —preguntó al final—. Sé que es todo un reto de ingeniería en muy poco tiempo, y me han dicho que es el tipo de cosas que solo los mejores ingenieros armamentísticos podrían hacer.

Era difícil decirlo con más descaro, pero tampoco era momento de andarse con delicadezas. Además, estaba hablando con una ingeniera, así que tampoco importaba demasiado.

Los ojos de la capitana Tyrosian, que a veces parecían apagarse cuando se le hablaba de operaciones, se iluminaron con el entusiasmo.

—¿Convertir en armas a las naves síndicas, y usar espoletas de proximidad? ¿Quiere que las conectemos y configuremos los tiempos para que produzcan una explosión en masa?

—Sí, esa es la idea.

—Está hecho, señor —respondió Tyrosian con confianza—. ¿Para cuándo?

—Unas dos horas.

La ingeniera sacudió ostensiblemente la cabeza al escuchar aquello, pero luego asintió.

—Estará a tiempo, señor.

En cuanto la imagen de Tyrosian desapareció, Geary se giró para mirar a Rione.

—Gracias por la idea.

Rione arqueó las cejas.

—Parece que sus ideas han superado con mucho a mi modesta sugerencia.

—No se nos habría ocurrido sin ella —dijo Geary.

Desjani miró a Rione e inclinó ligeramente y en silencio la cabeza, agradecida. Rione, a su vez, respondió sonriendo fríamente.

Geary, haciendo como que no se había dado cuenta de la escena, analizó el visor que contenía el sistema estelar, mientras se frotaba el mentón con una mano.

—El problema va a ser hacer que los síndicos entren en el área de la explosión. Tenemos que engañarlos para que no se den cuenta de que los estamos llevando ahí deliberadamente, y no va a ser fácil.

—Estoy segura de que podrá hacerlo —dijo Rione.

—Ya tenemos reclamos para que se dirijan a la flotilla Herida —comentó Desjani.

Geary frunció el ceño al mirar la pantalla de su visor. Se refería a las naves auxiliares. Sin ellas, la flota de la Alianza estaría perdida, con la certeza de que acabarían agotando las células de combustible además de la munición mucho antes de volver al espacio de la Alianza. Eso hacía que protegerlas fuese más que importante, y a la vez las convertía en posibles señuelos para atraer al enemigo.

—Ya lo hicimos en Sancere, ¿volverán a caer?

—Solo tenemos que hacerlo de otra forma —respondió Desjani.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Geary.

En cuanto lo dijo, salieron algunas. No es que lo volviesen loco, pero bastaban para, entre los dos, ir entretejiendo el plan. De vez en cuando miraba a Rione por si quería añadir o comentar algo, pero esta permanecía mirando su visor, imperturbable.

—Capitana Tyrosian, coja al personal y a los transbordadores que no esté usando para saquear las naves de reparación o montando la explosión de las naves averiadas y póngalos a sacar de forma más que visible el material que haya en las naves síndicas de la flotilla Herida.

La ingeniera, que sin lugar a dudas estaba preparada para informarle, orgullosa de los avances del saqueo, se quedó callada y confusa.

—¿Perdone, señor?

—Quiero que los síndicos nos vean coger desesperadamente todo lo que podamos —le dijo Geary—. Comida y lo que sea. Necesitamos que crean que vamos a permanecer ahí tanto como sea posible para coger todo lo que podamos. Tiene que parecer que estamos locos por conseguir suministros, capitana Tyrosian.

—Pero... sí estamos locos por conseguir suministros —afirmó Tyrosian.

Desjani evitó reírse por muy poco, y en su lugar hizo un ruido, atragantándose, hacia uno de los lados de Geary, que este ignoró.

—Capitana Tyrosian —comenzó a explicarle con paciencia—, vamos a hacer que sus auxiliares permanezcan en la flotilla Herida más tiempo del prudencial cuando la flotilla Persecutoria aparezca. Van a centrarse en ustedes ya que las auxiliares son una parte crucial de la flota. Los síndicos necesitan una razón legítima para que tus naves se queden mientras ellos se aproximan a ellas, y esa razón será que necesitamos coger todo lo que podamos de esos restos.

Tyrosian tardó un momento en responder.

—¿Vamos a volver a ser el cebo?

—Así es, capitana, van a volver a ser el cebo.

La ingeniera pareció entristecerse, pero asintió.

—Está bien, señor.

Geary se vio obligado a añadir algo más.

—Supongo que no tengo que decirle que haremos todo lo que sea posible para que no los destruyan realmente.

—Gracias señor, se lo agradezco.

—Les mandaré instrucciones detalladas de las maniobras que deben realizar en cuanto la fuerza síndica que nos persigue aparezca y sepamos cuáles son sus vectores de movimiento. Gracias, capitana Tyrosian.

Veinte minutos después, mientras los tripulantes, pertrechados con trajes de supervivencia, fingían coger los suministros de las naves síndicas y meterlos en los de la zona de carga de los transbordadores, Geary escuchó el aviso que tanto había temido.

—Avistada la fuerza síndica de persecución en la salida del punto de salto de Ixion —anunció el consultor de operaciones.

Geary contuvo la respiración mientras los sensores de la Alianza analizaban la fuerza síndica del punto de salto, que se encontraba en aquel momento a quince minutos luz, lo que significaba que habían tenido ya quince minutos para reflexionar sobre qué hacer antes de que la flota de la Alianza advirtiera siquiera su presencia en aquel sistema estelar.

El número de naves de caza asesinas y cruceros ligeros que lo formaban era todavía impresionante pese a todas las bajas que la flota de la Alianza había causado. Sin embargo, el número de cruceros pesados se había diezmado durante el último enfrentamiento. Muchos de ellos habían sido destruidos, y otros veintidós estaban entre las naves gravemente dañadas que habían quedado en aquel sistema estelar. De estos, nueve ya habían sido destruidos, y los que quedaban habían sido abandonados en la flotilla Herida. Así, en la flotilla que los perseguía solo quedaban dieciséis cruceros pesados.

Entonces aparecieron las naves más importantes. Cada vez eran más. Diez acorazados. Quince. Treinta y uno. Seis cruceros de batalla. Trece cruceros de batalla.

—Treinta y un acorazados y trece cruceros de batalla —murmuró Desjani—. No está mal.

—Están mejor que nosotros —dijo Geary.

Luego revisó unas cifras que ya se sabía de memoria. A la flota de la Alianza todavía le quedaban veintidós acorazados, los dos acorazados de reconocimiento, y diecisiete cruceros de batalla. Además de veintinueve cruceros pesados. No obstante, un gran número de las naves de la Alianza había sufrido un daño considerable, y aunque las habían reabastecido con nueva munición, seguramente los síndicos tenían a su disposición bastantes más misiles y metralla.

Treinta y un acorazados enemigos. Geary tardó un tiempo en calmarse. Tenía que respetar la capacidad de combate a la que se enfrentaban, y al mismo tiempo no ponerse nervioso.

—Solo les sacamos bastante ventaja en el número de cruceros pesados —dijo en voz alta.

Desjani negó con la cabeza.

—Hay otra cosa en la que tenemos ventaja —dijo ella, corrigiéndolo—. La última vez que el comandante síndico nos vio estábamos escapando para sobrevivir, y ha tenido once días para que se le quede esa imagen en la cabeza. Sin embargo, lo que va a ver ahora es el daño que le hemos hecho a las naves que dejaron atrás, por lo que se va a poner como una furia. El exceso de confianza y la ira suelen llevar a la imprudencia, señor.

—Ahí tiene razón —dijo Geary. No pudo evitar pensar que quizá ese mismo exceso de confianza y de ira, en mayor grado que la del resto de oficiales de la flota, era lo que le había llevado a tomar la imprudente decisión de ir por primera vez a Lakota. Sin embargo por aquel entonces tampoco es que importase demasiado. Lo que importaba era aprovecharse del más que probable estado de ánimo del comandante enemigo—. Veamos si hace lo que esperamos.

Los minutos pasaron y cada vez se hizo más evidente que el comandante síndico, ya fuese de forma imprudente o no, estaba haciendo lo que habían previsto. La formación enemiga había alterado ligeramente su curso y aceleraba para interceptar a las naves de la Alianza. Era la típica formación en caja dispuesta de manera rectangular con uno de los lados anchos mirando a la flota de la Alianza. Era una formación decente, adecuada para diversos cometidos, y cuya longitud, anchura y profundidad podían ajustarse según la situación táctica. Sin embargo, tenía sus limitaciones en lo que respectaba a su capacidad de artillería para enfilar a un punto dado de una formación enemiga, y a su velocidad para cambiar la orientación. Parecía que solo los habían entrenado para utilizar esa disposición. Eso suponiendo que no fuese la única permitida.

—Se dirigen a las naves de la Alianza situadas en la flotilla Herida —dijo Desjani

con una sonrisa.

Geary comprobó cuánto tardarían en interceptarlos. Puesto que la flota de la Alianza había aminorado su velocidad para igualarla a la de la flotilla Herida, todas las naves de la Alianza se movían en dirección opuesta a la fuerza de persecución síndica, a algo menos de cero con cero dos c. Tras ellos, y cada vez a más velocidad, se encontraban los síndicos, que ya habían alcanzado cero con cero siete c. Geary configuró los sistemas de navegación para que considerasen que la fuerza que los perseguía seguiría acelerando hasta cero con uno c, y el resultado que obtuvo fue que los alcanzarían en dos horas con cincuenta y un minutos.

Eso suponiendo que las naves de la Alianza no realizasen ninguna maniobra. Durante bastante tiempo el plan de Geary había sido escapar en cuanto la fuerza que los perseguía apareciese, puesto que, dado el tamaño de la fuerza enemiga y la situación de su propia flota, no veía otra alternativa. Sin embargo, la posibilidad de usar a la flotilla Herida como arma había cambiado las cosas. Además, a menos que por alguna razón ilógica los síndicos dejasen de perseguirlos, tendría que acabar enfrentándose a ellos igualmente. Por lo menos en aquella situación tenía opciones de salir victorioso.

—¿Cree que pensarán que estamos aquí esperándolos? —preguntó Rione.

—Con suerte pensarán que estamos decidiendo qué hacer —le respondió Geary. Exactamente igual que en el sistema natal de los Mundos Síndicos, cuando la flota de la Alianza desperdició su precioso tiempo discutiendo sobre quién asumiría el cargo y qué se debería hacer—. Además, la formación Gran Bola Fea hará que se planteen si sigo al mando.

—¿Gran Bola Fea? Vale, entiendo. Va a aparentar indecisión y un miedo paralizante.

—Esa es la idea —dijo Geary, deseando que, efectivamente, tanto la indecisión como el miedo siguiesen siendo una apariencia.

Rione se acercó de nuevo a Geary y se aseguró de que el campo de atenuación de sonido que envolvía el asiento de Geary estuviese activado.

—Incluso yo me doy cuenta de que nos enfrentamos a un combate muy arriesgado. ¿Qué posibilidades tenemos?

—Depende —dijo Geary. Ella reaccionó irritándose—. En serio. Si algunas cosas salen como he planeado, tenemos bastantes posibilidades.

—¿Y si no?

—Pues la cosa se pondría fea. De todos modos, tendremos que enfrentarnos a ellos antes o después.

Rione clavó los ojos en Geary durante un rato.

—No es necesario que te diga lo importante que es que el *Intrépido* llegue al espacio de la Alianza. El *Intrépido*, no toda la flota. La llave hipernética que

transporta podría equilibrar la guerra incluso aunque toda esta flota se perdiese.

Geary miró hacia la cubierta.

—Lo sé. ¿Por qué me lo dices si sabes que no es necesario?

—Porque sigues centrado en salvar tantas naves de la flota como te sea posible. No debes olvidar qué es lo que buscamos. ¿Se trata de perder al *Intrépido* intentando salvar a tantas otras como puedas, o de llegar con él a casa sin importar cuántas naves de la Alianza queden por el camino. Tu deber es centrarte en esta nave.

—No hace falta que me des lecciones sobre lo que es el deber —dijo Geary entre dientes. Rione tenía gran parte de razón, él era consciente de ello, pero no era el tipo de razón que iba a dejarle vivir tranquilo.

—Las demás naves podrían retener a la fuerza persecutora síndica mientras un destacamento especial de alta velocidad, conformado alrededor del *Intrépido*, carga tantas células de combustible como sea posible y se marcha en dirección al espacio de la Alianza —dijo Rione insistiendo, con un tono de voz neutral.

—Te refieres a que escapemos, ¿no? Estás sugiriendo que el *Intrépido* y unas pocas naves más abandonen a su suerte al resto de la flota.

—¡Sí! —Entonces Geary la miró a la cara y vio en sus ojos que no le gustaba lo que estaba diciendo, pero se sentía obligada a insistir. El deber. Su deber con la Alianza—. ¡Tienes que verlo en conjunto, John Geary! ¡Todos debemos hacerlo! No se trata de lo que queremos hacer, sino de lo que debemos hacer.

Él volvió a dirigir su mirada hacia la cubierta.

—Hay que hacer todo lo que sea necesario para vencer, ¿no? Se trata de eso, ¿verdad? —Rione no contestó—. Lo siento, pero no soy el héroe adecuado para esa tarea. No puedo hacer lo que me pides.

—Todavía hay tiempo...

—No digo que no sea posible, digo que no puedo hacerlo. No voy a abandonar las demás naves a su suerte. No acepto que nuestro fin justifique traicionar la confianza de aquellos que han depositado sus destinos en mis manos.

La voz de Rione sonó iracunda a la vez que suplicante.

—Todos ellos juraron sacrificarse por la Alianza.

—Sí, es cierto. Y yo también. —Volvió a mirarla—. Pero no puedo hacerlo, aunque le cueste la guerra a la Alianza. El precio a pagar sería demasiado alto.

La ira de Rione iba en aumento.

—Podemos permitirnos cualquier precio que sea necesario, capitán Geary. Por nuestro hogar. Por nuestras familias.

—¿Se supone que debería ser yo quien les diga eso a sus familias? «Gente de la Alianza, he sacrificado a vuestros padres, a vuestras parejas, a vuestros hijos, por vosotros.» ¿Quién crees que aceptaría ese trato? ¿Pensaría alguien que merece la pena a cambio de ganar?

—¡Todos nosotros todos los días! ¡Ya lo sabes! ¡Todos aceptan el trato cuando mandan a los soldados a la guerra! ¡Sabemos que arriesgan sus vidas por nosotros!

También tenía razón en eso, pero solo en parte.

—Nos confían sus vidas, pero no para que las desperdiciemos —dijo Geary con tono severo—. No voy a cambiar las vidas de la tripulación de esta flota por la llave hipernética síndica. Los dirigiré al campo de batalla, a dar lo máximo para llevar la llave al espacio de la Alianza, pero no voy a asumir que las vidas de los míos son el precio que hay que pagar. En el momento en que decida que cualquier precio está justificado, faltaré a lo que entiendo que es mi deber y la confianza que han depositado en mí. Ganaremos o moriremos, pero juntos, con honor.

Rione lo miró fijamente durante un rato. Luego negó con la cabeza.

—Una parte de mí está furiosa contigo, pero la otra se siente muy afortunada de que no haya podido convencerte. No soy un monstruo, John Geary.

—No he dicho que lo seas. —Se acercó con un movimiento brusco a la pantalla, en la que se podían ver claramente los movimientos de los navíos de combate que había en el sistema estelar—. Sin embargo, hoy vaa morir mucha gente por las decisiones que tome ahora, y que he tomado. A veces me pregunto en qué me convierte eso.

—Mira a los ojos de tus compañeros, John Geary —dijo Rione con voz tranquila—, a los de aquellos que no vas a abandonar. En sus ojos verás lo que eres.

Rione volvió a su sitio. Geary respiró profundamente. Desjani parecía totalmente absorta en sus cosas. Se preguntó qué habría adivinado de lo que habían hablado él y Rione.

Tanto por las ganas de distraerse como porque realmente tenía que hacerlo, se puso en contacto con la capitana Crésida.

—Les voy a ordenar a las naves auxiliares que se alejen de la flotilla Herida en dos horas. Hasta ese momento se dejarán ver claramente sacando todo lo que podamos de las naves síndicas, como si estuviésemos desesperados.

Crésida asintió con la cabeza. Tan solo la velocidad con la que hizo el gesto denotaba lo nerviosa que estaba. Aquellos treinta y un acorazados y trece cruceros de batalla se iban directos a por su grupo, y para defender a las naves auxiliares solo disponía de dos cruceros de batalla, cuatro acorazados, de los cuales tres estaban dañados de distinta consideración, y un conjunto de escoltas en el mismo estado.

—Cubriremos a las auxiliares, pero vamos a necesitar apoyo.

—Lo tendrá —le prometió Geary—. Que la *Furiosa* y la *Implacable* no se lancen contra los acorazados síndicos. Intente frustrar sus ataques en lugar de plantarles cara. —Le estaba recitando consejos tácticos de tiempos de paz de hacía un siglo a alguien que había participado en docenas de combates.

Sin embargo Crésida volvió a asentir con la cabeza como si Geary hubiese

compartido con ella un poco de sabiduría arcana.

—La *Guerrera* no puede maniobrar lo suficiente como para esquivar, tendrá que hacer frente al ataque. No sé cómo andarán la *Majestuosa* y la *Orión*.

El informe de estado mostraba que tanto la *Majestuosa* como la *Orión* habían recuperado la mayor parte de su capacidad de maniobra, por lo que Geary supuso que estaba expresando sus dudas sobre cómo se comportarían al tener delante a aquella masa de acorazados síndicos. Él tampoco lo tenía claro.

—Entiendo. La *Conquistadora* no debería darle problemas.

El capitán Casia tenía técnicamente más rango que Crésida, pero Geary había dado órdenes basadas en un laborioso plan para que Casia se limitase a defender a las naves auxiliares de forma que no pudiese interferir con las acciones de la oficial, mucho más capacitada que él.

—Espero que la *Conquistadora* consiga causarle algún quebradero de cabeza al enemigo —dijo Crésida.

—Yo también. Desbarataremos su embestida antes de que lleguen ahí. Con suerte habrán sufrido suficiente daño como para que el plan funcione.

Crésida sonrió mientras miraba a Geary.

—Y si no, hay destinos peores. Además, tengo a gente esperándome.

Le llevó un instante darse cuenta de que no se refería que la esperasen en casa, sino a lo que pasaría si la *Furiosa* caía durante el combate.

—La necesitamos, capitana Crésida. Haga lo que debe, pero sepa que la Alianza tiene ya demasiados héroes muertos.

—Eso es cierto. —Crésida volvió a asentir.

Geary cortó la comunicación y se quedó mirando el visor, en el que se veía a la poderosa fuerza síndica acelerando para atacarlos. Se preguntó cuántos más héroes muertos habría en la Alianza cuando terminase el día.

Capítulo 4

—¿No va a cambiar de formación? —volvió a preguntarle la capitana Desjani.

—¡No, no voy a cambiar de formación! —Geary la miró con mala cara. ¿Cuántas veces se lo habría preguntado durante la última hora? —Tenemos que aparentar ser un blanco fácil y desorganizado.

—Señor, con el debido respeto, ya somos un blanco fácil y desorganizado con esta formación. —Desjani observó que Geary fruncía todavía más el ceño, pero pese a ello siguió hablando—. Nuestra potencia de artillería está muy dispersa. Los síndicos podrán aplastar a las subformaciones una tras otra, igual que hicimos nosotros con los débiles grupos síndicos que encontramos cuando llegamos.

Desjani era cabezota, pero también inteligente. En cualquier otra situación seguramente tendría razón. Geary se sosegó.

—No podemos plantarles cara con toda la flota. Si tenemos en cuenta que seguramente tienen a su disposición muchísima más metralla y misiles que nosotros, nos sacan demasiada ventaja en potencia de artillería.

—Si nos centramos en una parte de su formación, tal y como hicimos la última vez que estuvimos en Lakota...

—Mira, Tanya. —Señaló el visor—. La última vez los síndicos se condenaron a sí mismos extendiéndose para atraparnos porque eso nos permitió concentrar nuestros ataques y atravesarlos. Sin embargo, el director general que está actualmente al mando ha sido lo suficientemente listo como para aprender la lección, y ahora la formación síndica es una caja bastante densa.

—Pues entonces podemos maniobrar a su alrededor.

—¡No con los niveles de células de combustible que tenemos y con las naves auxiliares en mente! Han cogido un montón de material, y así de cargadas son tremendamente pesadas. —Desjani miraba, concentrada, el visor, intentando encontrar alguna contraargumentación. Geary consiguió seguir hablando en tono calmado con bastante esfuerzo—. La desventaja de esa formación es que es tan profunda y densa que el director general no puede moverla con facilidad. Si la trampa que hemos preparado falla, tendremos que sacar partido de todas las ventajas que tengamos al alcance para atacar una y otra vez sobre las esquinas.

—Nos llevaría toda la vida diezmarlos con esa estrategia —dijo Desjani—. Además, tampoco nos quedan células de combustible como para hacerlo.

Esperó un rato antes de contestar. Mientras tanto miró al visor, en el que se veía a la fuerza síndica que los perseguía situada a ocho minutos luz de distancia. Ya había alcanzado una velocidad de cero con uno c y seguía cargando de frente contra ellos. La formación de caja que habían adoptado parecía un ladrillo gigante apuntando a la burbuja de la Alianza. Desjani tenía razón, eso estaba claro. Geary era consciente de

ello. Un combate cara a cara con la formación síndica seguramente acabaría con la flota de la Alianza hecha pedazos ante la formación síndica, mucho más poderosa. Sin embargo, y por lo menos, el desenlace tendría lugar en poco tiempo.  Por qué alargar la situación y ver desaparecer las naves una a una y durante más tiempo, para finalmente tener que enfrentarse al mismo final?

La opción que quedaba era escapar en aquel instante tan rápido como pudiesen, saltar a otro sistema estelar sabiendo que los síndicos les pisar an los talones, sin poder detenerse nunca a reabastecer a las naves auxiliares. Antes o después tendrían que dar la vuelta y plantar cara, y seguramente en peores condiciones. Se habían visto forzados a permanecer en aquel sistema para que las naves auxiliares pudiesen recoger materiales, pero al final la flota se quedaría sin células de combustible a menos que consiguiesen más suministros, y no se le ocurría modo alguno de hacerlo sin tener que enfrentarse a la fuerza que los perseguía.

— C mo quiere morir? —le susurr  finalmente.

Desjani se quedó mirándolo.

—Se trata de salir victoriosos, señor.

—Entonces lucharemos aquí e intentaremos minimizar las ventajas de las que disponen los síndicos. Si el plan funciona, tendremos muchas más posibilidades de conseguirlo. Si finalmente no es así, haremos que paguen el máximo precio posible por la victoria. Si les plantamos cara frontalmente, seguramente habremos sido destruidos antes de que podamos hacerles nada.

Ella lo miró fijamente, y al final asintió lentamente con la cabeza.

—Golpear una y otra vez, a sabiendas de que el tiempo se acaba, dándolo todo porque no habrá razón para reservar nada. Porque esto es lo más cerca que llegaremos a estar de casa.

—Podría ser el caso, sí. —Suspiró lenta y profundamente, agradecido por haber podido compartir aquello con alguien.

Desjani miró de refil n durante un instante hacia la parte trasera del puente de mando.

— Se lo va a contar a ella?

 A ella? A Rione.

—Es muy valiente, pero creo que le costará entenderlo.

—S , creo que tiene razón. Capitán Geary, si no salimos de esta, tenemos que asegurarnos de que la victoria de los síndicos les salga tan cara que deseen no haberse enfrentado nunca a nosotros.

Geary sintió que en su boca se dibujaba una sonrisa y asintió.

—Vaya si lo haremos.

—Tiempo restante estimado para el encuentro con la flotilla Persecutora, una hora y media —anunció el consultor de operaciones.

Todo volvía a depender de la precisión. Sus instructores, oficiales experimentados después de décadas maniobrando con flotas fallecidas hacía ya tiempo, le habían gravado en la cabeza que la peor tentación a la que debía hacer frente un comandante era actuar demasiado pronto. Era cómodo ceder al gatillo fácil cuando veías al enemigo acercarse durante horas o incluso días. Entonces realizabas cambios demasiado pronto, cambios que debían esperar hasta el último momento, cuando el enemigo no tuviese tiempo para reaccionar. En caso contrario, este podría actuar, y tú te verías obligado a volver a introducir cambios, ante los que volverían a responder. Lo había visto durante los ejercicios de la flota: algunos comandantes agotaban a sus tripulaciones y a sus naves antes incluso de intercambiar disparo alguno.

Había que aparentar indecisión, pánico, a la vez que se esperaba acechante, preparado para saltar sobre la presa. La flota esperaba órdenes. Confiaban en él pese a que seguramente estaban teniendo lugar, en muchas de las naves de la flota, discusiones semejantes a la que había tenido con Desjani. No obstante, habían visto cómo se alzaba con la victoria en situaciones desesperadas, por lo que esperaron.

Al menos la mayoría. El capitán Casia no estaba tranquilo.

—¡La fuerza de ataque síndica está a menos de cincuenta minutos de establecer contacto! ¿Por qué siguen mis naves a cero con cero dos c y junto a los restos síndicos?

—Sus naves están escoltando a las naves auxiliares de la Alianza —respondió Geary.

—¡Somos los que estamos más cerca del enemigo y la formación de apoyo más cercana está a por lo menos media hora de distancia!

—Así es, capitán Casia.

Casia se acaloró.

—Hablaré con el resto de oficiales de la flota para pedir que se celebre inmediatamente una reunión para decidir si está preparado para seguir al mando. ¡Necesitamos un comandante que actúe, no a uno que deja que su flota espere tranquilamente mientras una fuerza síndica muy superior se acerca!

Lo fácil sería perder el control, pero era algo que Geary no se podía permitir. Además, tener que preocuparse por una reunión de oficiales no era precisamente la mejor distracción en aquel momento. Por suerte había aprendido lo suficiente como para saber cómo tratar a Casia.

—¿Me está diciendo que renuncia al honor de luchar en primera línea de batalla? —le pregunto Geary, mientras añadía cierto tono de sorpresa a sus palabras.

—¿Renun...? —Casia se calló de repente y tragó saliva. Luego volvió a hablar con un tono de voz menos chulesco—. Yo no he dicho eso.

—He dispuesto a la flota de modo que su división de acorazados sea la primera en

enfrentarse al enemigo. ¿Quiere que informe al resto de la formación de que renuncia al papel que se le ha asignado?

—Yo... ¡Mi nave y mi tripulación se merecen la oportunidad de plantar cara!

—Y así será, capitán Casia. Estoy seguro de que la *Conquistadora* y su tripulación estarán a la altura.

Al no poder contradecir lo que Geary había dicho sin ponerse en evidencia ante el resto de oficiales, Casia cortó súbitamente la comunicación.

Geary se recostó y se frotó la frente, deseoso de que los síndicos se diesen prisa y llegasen de una vez. Ya se sentía agotado, y la jornada no había hecho más que empezar.

—¿Una barrita? —le dijo Desjani, ofreciéndole una.

—Dígame que no es una Danaka Yoruk.

—No es una Danaka Yoruk.

—Gracias. —Geary cogió la barrita que le ofrecía y leyó la etiqueta—: Es una Danaka Yoruk. ¿Por qué me dijo que no lo era?

—Porque es lo que me pidió que le dijese —respondió Desjani, que no pudo evitar sonreír. Cuanto más se acercaba el momento, más mejoraba su humor—. Es lo único que queda. Son las que peor saben, por eso siempre se acaban antes las demás. Dentro de poco empezaremos las raciones síndicas que requisamos en Sancere.

—¿A qué saben?

—El cocinero que se ofreció voluntario a probarlas dijo que tienen una gran virtud. —Señaló la barrita que sostenía Geary—. Comparada con ellas, las Danaka Yoruk saben bien.

—Si hoy tengo que enfrentarme a la muerte, ¿por qué la última barrita que me tome tiene que ser una Danaka Yoruk? —dijo Geary, quejándose. Abrió el envoltorio, mordió un trozo e intentó masticarlo sin saborearlo. Solo lo consiguió a media.

La ración en forma de barrita había conseguido una cosa: quitarle por un momento de la cabeza la fuerza síndica mientras se la tragaba. Cuando volvió a centrarse en el visor, vio que quedaban cuarenta minutos para que los síndicos llegasen a la zona de combate. Cinco minutos más. Luego empezará el juego. Antepasados, hoy necesito todo lo que podáis darme. Por favor, guiadme.

Organizó una conferencia con la capitana Tyrosian, la capitana Crésida y el capitán Casia.

—Que sus últimos transbordadores vuelvan ahora mismo. Capitana Tyrosian, abandonen las naves de reparación síndicas. En cuatro minutos les enviaré las maniobras que deberán realizar sus naves. Capitana Crésida y capitán Casia, sigan las órdenes que se les han dado pero recuerden que la prioridad máxima de sus naves es maniobrar para proteger a las naves auxiliares de la Alianza de la mejor forma que sean capaces.

Vio como los dos últimos transbordadores se acoplaban a los puertos de la *Titánica* y la *Hechicera* mientras los sistemas transportadores que todavía unían a las naves auxiliares con las naves de reparación síndicas se retiraban. Después comprobó el último vector de movimiento de la flota síndica y le pidió al sistema un plan de navegación, al que hizo algunos pequeños ajustes de última hora. El último minuto se esfumó, por lo que volvió a establecer contacto con las auxiliares.

—Capitana Tyrosian, que sus naves aceleren todo lo que puedan. Tan pronto como salgan de la flotilla Herida, viren tres grados a babor y un grado en dirección descendente. Informe a las personas al mando de la *Titánica*, la *Genio* y la *Trasgo* de que van a maniobrar lo que sea necesario para asegurarse de que el vector de interceptación más rápido que la flotilla síndica pueda trazar para alcanzarlas pase justo por el centro de la flotilla Herida.

—Sí, señor —afirmó la capitana Tyrosian.

—El éxito del plan de batalla depende de usted y del resto de auxiliares, capitana. Le aseguro que el resto de la flota irá en su ayuda.

Tyrosian, pese a estar claramente nerviosa, consiguió forzar una sonrisa.

—Sé que hay que preparar un buen espectáculo para los síndicos, señor. No le defraudaremos.

Geary volvió a comprobar el visor. Los síndicos estaban a tres minutos luz, y el retraso que había entre lo que veía y su situación real hacían que el tiempo fuese cada vez menor. ¿Había llegado el momento de mover algunas naves? Todavía no. Tenía que hacerlo con precisión, en el momento adecuado. Tenía que parecer que reaccionaban de forma poco sistemática, desorganizada, cuando en realidad estaba aproximando sus naves a los síndicos para atacarlos de cerca y a la vez.

La *Titánica*, la *Hechicera*, la *Trasgo* y la *Genio* aceleraban a un ritmo que hacía daño a la vista. Normalmente ya eran lentas, pero en aquel momento era incluso peor puesto que a ello había que sumarle la masa de lo que habían tomado de las naves de reparación síndicas. Ya lo había previsto y esperaba que los sistemas de navegación y su propia experiencia con las naves auxiliares fueran suficientes como para evitar que fuesen barridas por la fuerza síndica demasiado pronto.

Entre las cuatro naves auxiliares y la fuerza síndica que las perseguía estaban los cuatro acorazados y los cuatro cruceros de batalla de Crésida, que también aceleraban, manteniendo por el momento sus posiciones relativas. A su alrededor había dos cruceros pesados, veinte cruceros ligeros, y algunos destructores actuando como escoltas y manteniendo también la velocidad y la posición con respecto a las naves auxiliares de la Alianza.

Geary sintió un remordimiento al ver a sus unidades alejarse de las desiertas naves de la flotilla Herida, con los restos de la Audaz en el centro de la formación, como protestando por abandonarla finalmente. No te preocupes, amiga. No te vamos

a entregar a los síndicos. En breve van a descubrir que todavía te queda algo para ellos.

Cuando las naves auxiliares dejaron atrás a las naves s ndicas de la flotilla Herida y alteraron sus cursos, la *Titánica* comenzó a quedarse atrás, y la *Trasgo* hizo lo propio para no dejarla sola.

—La *Titánica* est  actuando como si hubiese perdido una unidad de propulsión principal —informó Desjani.

Dados los informes de daño de la *Titánica*, Geary sintió una ligera preocupación por si la pérdida de la unidad de propulsión había ocurrido en realidad y no fuera simulada, pese a saber qué es lo que estaban haciendo las naves auxiliares exactamente.

—Bien hecho. La verdad es que parece que ha perdido realmente su capacidad de propulsión, y junto con la *Trasgo* se est  asegurando de que el rumbo para interceptarlas pasa por el centro de la flotilla Herida.

—La *Guerrera* también se est  quedando atrás para permanecer con la *Titánica* y la *Trasgo* —dijo Desjani dejando implícito lo obvio: que tanto la *Conquistadora* como la *Majestuosa* y la *Orión* habían seguido acelerando junto con la *Hechicera* y la *Genio* para situarse en una posición algo más segura.

A Geary se le ocurrieron muchos comentarios y órdenes que darles directamente a los oficiales de la *Conquistadora*, la *Majestuosa* y la *Orión*, pero acabó por ignorar la mayoría por ser poco profesional, aunque echarles la bronca le habría hecho sentir mucho mejor. Manipuló el panel de control y estableció contacto con ellos en una frecuencia audible para toda la flota.

—*Conquistadora*, *Majestuosa* y *Orión*, las naves auxiliares de alta velocidad *Titánica* y *Trasgo* se est n exponiendo deliberadamente a un grave peligro y necesitan todo el apoyo cercano posible. Aprox mense a la *Guerrera* y ayuden en la defensa de la *Titánica* y la *Trasgo*.

Si aquello no hacía que los tres acorazados se avergonzasen por no cumplir con su deber, al menos tendría razones sólidas para relevar del mando a sus oficiales. Sin embargo, tenía la impresión de que incluso a oficiales tan difíciles de tratar como el capitán Casia y la comandante Yin les importaría más lo que pensasen de ellos sus colegas que los propios síndicos, por lo que retroceder an para cubrir a la *Titánica* y a la *Trasgo*.

— Ad nde van esos cruceros pesados? —preguntó Rione.

Geary era consciente de que se refería a la *Ichcahuipilli* y a la *Rondel*, que en aquel instante estaban alejándose de los cruceros de batalla de Crésida, la *Implacable* y la *Furiosa*, y de los síndicos.

—Sus  rdenes son que se alejen todo lo que puedan puesto que transportan a todos los prisioneros heridos que estaban retenidos en la *Audaz* —respondió Geary.

—Le habrá costado que obedezcan una orden como esa.

—Sí. No querían irse sin luchar, ni ellos ni los heridos que llevan consigo.

—Hay algunas variaciones en los vectores de la *Conquistadora*, la *Orión* y la *Majestuosa* —dijo Desjani—. Parece que finalmente se dirigen hacia la *Titánica* y la *Trasgo*.

Rione se acercó a Geary y le habló en voz baja.

—¿Tiene la flota posibilidades de seguir adelante si salva a la *Hechicera* y a la *Genio* pero pierde a la *Titánica* y a la *Trasgo*?

—Si se da el caso, no queda otra —respondió Geary con un tono de confianza que en realidad no sentía. Ni las mejores tácticas de la galaxia salvarían a la flota si se quedaban sin células de combustible. En el peor de los casos, podría acabar teniendo que decidir qué naves abandonar con la esperanza de que las restantes pudiesen llegar al espacio de la Alianza.

Rione le devolvió la mirada, como si leyese sus pensamientos. Luego asintió con la cabeza y volvió a su sitio.

Un rato después la capitana Desjani tomó la palabra, con los ojos clavados en el visor.

—Me pregunto cómo será estar en una de esas naves auxiliares, viendo cómo la flotilla síndica se dirige hacia ti, a sabiendas de que tienen unos sistemas de propulsión y una capacidad de maniobra limitadas, al igual que su defensa, y que carecen de sistemas de ataque. —Miró a Geary—. Los navíos de combate solemos mirar como inferiores a las auxiliares y a sus tripulaciones, pero hay que ser muy valiente para ir a la batalla en naves como esas. —Geary asintió—. Tendré un crucero de batalla —dijo Desjani finalmente—, pero les debo unas copas a esas tripulaciones cuando volvamos a casa.

—Podemos mandarles algunas cajas de la sala de oficiales del *Intrépido*, capitana —sugirió el teniente Nicodeom—. Nos encantaría participar.

—Vale —dijo Desjani—. Recuérdemelo, teniente.

Después de aquel largo y aparentemente lento camino que había recorrido la flotilla síndica que los perseguía, la batalla estaba llegando al punto en el que los acontecimientos se sucederían a una velocidad trepidante. Incluso a una velocidad de cero con uno c, llevaba algún tiempo recorrer las vastas distancias que había en un sistema estelar normal. Sin embargo, una vez que los contendientes habían hecho el trayecto y estaban lo suficientemente cerca de sus objetivos, los momentos que seguían parecían sucederse en un abrir y cerrar de ojos, como de hecho ocurría. Los sentidos y la capacidad de reacción del ser humano estaban preparados para reaccionar ante objetos moviéndose a décimas de kilómetros por hora, no a movimientos de interceptación que tenían lugar a miles de kilómetros por segundo.

Geary suspiró lenta y pausadamente, con la mirada clavada en el visor. Las

subformaciones de la flota de la Alianza, conformadas alrededor de una o dos divisiones de acorazados o cruceros de batalla, seguían dispersas en la formación Gran Bola Fea. La fuerza de apoyo que comandaba la capitana Crésida, los cuatro acorazados, el resto de naves de escolta y las naves auxiliares estaban situados en la parte posterior e inferior de la burbuja. La flotilla Herida, cuya formación parecía una esfera chata, flotaba tras las naves auxiliares, que se alejaban de ella, y se inclinaba poco a poco hacia arriba en relación con las naves de la Alianza mientras estas seguían un curso en dirección descendente con respecto a ella.

La sorpresa que habían preparado en la flotilla Herida podía nivelar las cosas, pero para que así fuese tenían que asegurarse de que el ataque de los síndicos pasase por aquel grupo. La formación irregular y dispersa de la flota de la Alianza hacía complicado que el enemigo identificase un patrón de contraataque, que además le habría ofrecido un objetivo alternativo. La Gran Bola Fea tenía la virtud de presentar a la flota como un conjunto de naves inconexas y preparadas para ser barridas. Para los síndicos, que, a juzgar por lo que Geary sabía, creían todavía que la efectividad en combate dependía sobre todo de lo regia que fuese la formación y de cómo de ordenadas se mantuviesen sus filas, la flota de la Alianza parecía un grupo desorganizado, por lo que tenía menos aspecto de amenaza de lo que realmente era.

Cuanto más se acercasen los síndicos, más concentrarían sus fuerzas contra las naves auxiliares, ajustando con precisión los movimientos de cada formación para aproximarse a la vez. Las subformaciones de cruceros de batalla de la Alianza estaban situadas en el extremo delantero de la Gran Bola Fea, por lo tanto en el punto más alejado del enemigo, por lo que tendrían que dar la vuelta primero para poder interceptar a la fuerza síndica que los perseguía. Por suerte, ese tipo de movimiento agresivo era exactamente lo que los síndicos esperaban ver.

Si la sorpresa que habían preparado salía bien, sus fuerzas, concentradas, deberían poder atacar con fuerza a los síndicos más o menos al mismo tiempo y desde varios ángulos. Si al final no funcionaba... las subformaciones tendrían que realizar pasadas una y otra vez sobre los bordes de la caja síndica, evitando ofrecerles la posibilidad de centrarse en un punto y esperando poder diezmarlos antes de que las naves de la Alianza sufriesen daños irreparables y agotasen las células de combustible al realizar esos ataques a alta velocidad. Las posibilidades de que esa estrategia funcionase iban desde pocas a ninguna, pero era la mejor de las opciones que se le habían ocurrido a Geary.

Sabía que todos los que estaban en el puente de mando lo estaban mirando, pero nadie dijo nada. Sabía que tenía que evitar distracciones, sentir cuál era el momento exacto para ordenarles a las subformaciones que modificasen sus vectores de movimiento, tener en cuenta el retardo que existía entre la imagen del enemigo que veía, el tiempo que necesitaba para virar y acelerar según el tipo de nave, y el tiempo

que tardaba la señal en recorrer el espacio que había entre las naves cuando emitía una orden.

—Formación de la Alianza Bravo Cinco. —Era la conformada alrededor de los cuatro cruceros de batalla del capitán Duellos—. Aceleren hasta cero con cero ocho c y maniobren para interceptar a la fuerza de persecución síndica.

No tenía tiempo para ajustar al máximo los movimientos de cada subformación, pero podía darles las velocidades para que estableciesen contacto con el enemigo en el momento preciso, y esperaba que la mayoría de los comandantes fuesen por lo menos capaces de seguir las recomendaciones de los sistemas de navegación.

Unos pocos minutos después estableció comunicación con la subformación conformada alrededor de la Séptima División de Cruceros de Batalla.

—Aceleren hasta cero con cero nueve c y maniobren para interceptar a la fuerza de persecución síndica.

Durante los siguientes minutos le ordenó al resto de cruceros de batalla que virasen en dirección al enemigo y acelerasen. Luego esperó un poco más antes de hacer lo propio con las subformaciones de acorazados. Estos últimos estaban más cerca de las naves auxiliares, pero también aceleraban a menor ritmo.

En el visor de Geary se podía ver cómo la formación Gran Bola Fea se deformaba por uno de los lados, como si fuese un balón deshinchándose mientras las subformaciones de la Alianza, una tras otra, viraban hacia dentro en dirección al camino que llevaban las naves auxiliares. No parecía una flota maniobrando para plantar cara, sino subformaciones que decidían actuar individualmente.

—Muy bien —dijo Desjani con admiración—. Parece penoso, pero está muy bien. Si estuviese viéndolo desde fuera de la flota, pensaría que cada subformación está actuando por su cuenta.

—Esperemos que funcione. —El sonido de las palabras de Geary dejó paso a su respiración.

La acción estaba teniendo lugar a lo largo del trayecto que llevaba de vuelta al punto de salto de Ixion, con la subformación de la Alianza que contenía a las naves auxiliares trazando un curso hacia el que avanzaba la formación síndica con forma de caja, que se acercaba cada vez más desde un ángulo ligeramente superior. Mientras tanto, la Gran Bola Fea se deformaba por su cara superior delantera en dirección a aproximadamente el curso por el que pasarían las naves auxiliares de la Alianza. Entre las fuerzas de la Alianza y la formación de persecución síndica se encontraba la esfera chata de la flotilla Herida. La fuerza síndica estaba cada vez más cerca de las naves auxiliares, por lo que Crésida aceleró con la *Furiosa* y la *Implacable* en dirección al enemigo, a sabiendas de que sus naves no sobrevivirían a un enfrentamiento directo, pero con la intención de frustrar el asalto sobre las naves auxiliares.

Por su parte, el rumbo de los síndicos dependía del de sus objetivos, esto es, la lenta formación de naves auxiliares. Estas habían mantenido los cursos y las velocidades prefijadas de forma que el camino más rápido y corto entre ellas y los síndicos pasase justo por el medio de la flotilla síndica, que iba a la deriva, totalmente abandonada y formada por naves síndicas en mal estado. El instinto del ser humano tendía a buscar objetos tras los que esconderse incluso en el espacio, incluso cuando estos objetos que tenían que ofrecer la protección parecían cuanto menos inadecuados, por lo que los movimientos de las naves auxiliares tenían la apariencia de ser totalmente naturales; un intento desesperado de protegerse tras el único obstáculo que había entre ellas y el enemigo.

Un comandante síndico menos seguro de que las fuerzas de la Alianza estaban desorganizadas e intentaban escapar, de que estaban acabadas; menos concentrado en la gloria y el ascenso que le otorgaría acabar con la flota de la Alianza, y menos iracundo después de ver las bajas que los suyos habían sufrido en el sistema estelar Lakota, podría haberse preguntado por qué las naves auxiliares estaban tan poco defendidas. Sin embargo, el evidente y frenético saqueo hasta el último momento que habían llevado a cabo en las naves abandonadas de la flotilla Herida coincidía con lo que los síndicos esperaban que hiciese una flota de la Alianza desesperada por conseguir provisiones.

Todo parecía perfectamente natural para aquel que no mirase más allá de lo que parecían ser navíos de combate de la Alianza intentando mantenerse a salvo tras los restos de las naves que formaban la flotilla Herida, que era lo único que las separaba de la apremiante fuerza de persecución síndica. Aquellos cruceros de batalla de la Alianza dando la vuelta y cargando desordenadamente sobre el enemigo también eran lo esperable, al igual que las tardías maniobras de los acorazados que salían en ayuda de las naves auxiliares. Sin duda era lo que el comandante síndico esperaba.

Como solía decir el segundo oficial al mando de Geary: «Si todo parece ir según el plan, intenta encontrar algo que hayas pasado por alto y que podría mandarlo todo al garete».

Parecía evidente que al general síndico nunca le habían dado ese consejo, por lo que seguía cargando, confiado, a través del rumbo de interceptación más directo y corto que su flotilla podía trazar. No había duda, ya saboreaba la victoria. Las naves abandonadas de la flotilla Herida no podían maniobrar ni tenían los sistemas de armamento operativos, por lo que no constituían una amenaza para las naves que transitaban la formación tranquilamente gracias a los previsibles rumbos de los restos a la deriva.

Si no hubiese sido por la inspiradora sugerencia de Victoria Rione, el director general síndico habría estado a salvo suponiendo que eso era verdad. Al fin y al cabo, se suponía que los campos de minas deberían estar tan escondidos como fuese

posible, no dispuestos a plena vista. Además, se suponía que las minas eran lo suficientemente pequeñas como para poder ocultarlas, no del tamaño de núcleos de energía de navíos de combate.

Geary observó el camino que seguía la fuerza síndica. La caja se deslizaba con su lado ancho hacia delante siguiendo un vector que pasaría casi por el centro exacto de la esfera chata de la flotilla Herida. Dado que las naves auxiliares de la Alianza habían virado ligeramente en dirección descendente, y que la fuerza que las perseguía se acercaba desde arriba, la esfera síndica quedaba ligeramente ladeada hacia arriba en relación con la formación de caja, lo cual reducía el ángulo de encuentro. Esta última era mucho más ancha y larga que la esfera de la flotilla Herida, pero algo menos profunda. Mientras avanzaba con intención de interceptar a las naves auxiliares, dentro de la formación de caja algunas unidades realizaron leves ajustes en sus cursos con el objetivo de evitar los restos y así pasar por encima o por debajo de las naves que formaban la flotilla Herida, y atravesarla.

Las espoletas de proximidad inteligentes, que habían fabricado a partir de las minas de la Alianza, montadas en la parte exterior de los cascos de aquellos restos, y que estaban configuradas para causar la tremenda explosión que producirían aquellas improvisadas armas a las que estaban conectadas, detectaron al enemigo acercándose y calcularon el tiempo que debían tardar en detonar las cargas para atrapar a sus objetivos, que se acercaban a casi una décima de la velocidad de la luz. En cuanto la formación síndica llegó al punto exacto, las espoletas activaron las sobrecargas de los núcleos de energía que todavía seguían operativos en las naves abandonadas y se produjo una explosión increíblemente destructiva ante la que los síndicos no tuvieron tiempo de reaccionar.

Fueron tantos los núcleos de energía que explotaron que se iluminó una región entera del espacio. Entre aquellos núcleos estaban los de la Audaz, una nave de la Alianza destrozada pero a la que todavía le quedaba un último golpe que asestar al enemigo. Una oleada de restos, partículas y energía se expandió en todas direcciones y a gran velocidad, y alcanzó tanto su intensidad como su extensión máxima en la fracción de segundo en que la formación síndica que los perseguía atravesaba el lugar.

Geary observó, en tensión, cómo el centro de la formación síndica desaparecía dentro de aquellas tremendas explosiones. Las esquinas de la caja quedaron fuera de la zona de destrucción, pero su centro la había sufrido de lleno.

Un instante después se actualizó el visor, que mostraba un análisis del estado de la flota síndica mientras esta salía despedida del epicentro de destrucción de la flotilla Herida, que todavía seguía expandiéndose.

De repente se escucharon murmullos de alegría alrededor de Geary. Desjani lanzó un grito ahogado de júbilo. Él se quedó quieto, asombrado ante el daño que habían

conseguido infligir al enemigo.

Todas las naves de la flotilla Herida, sin excepción, habían desaparecido fruto de la explosión de sus núcleos de energía. La mayoría de las naves de caza asesinas que se encontraban en el epicentro de la explosión también se desvanecieron, y de las que estaban en las zonas más densas quedaron solo trozos demasiado pequeños como para preocuparse por ellos. Además, había pedazos bastante grandes que el sistema había etiquetado como los restos de los cruceros ligeros y los cruceros pesados situados dentro de la zona de explosión. Del radio de acción emergieron dos cruceros pesados todavía intactos, pero con los sistemas destrozados y desplazándose sin control en dirección descendente y a babor. De aquel tipo de navíos solo había cinco, situados en los extremos de la formación síndica.

Todos los cruceros de batalla síndicos de la zona de la explosión habían quedado fuera de combate, algunos hechos literalmente trizas y otros de una pieza pero con los sistemas inoperativos. De los trece cruceros de batalla síndicos con los que contaba la fuerza persecutora, nueve habían sido destruidos o bien habían quedado inservibles.

Por otra parte, de los treinta y un acorazados síndicos, veinte habían quedado dentro del radio de la explosión. De ellos, ocho todavía estaban intactos, pero inoperativos. Otros nueve estaban gravemente dañados, todavía temblando por el daño sufrido y con muchos sistemas inoperativos pero sorprendentemente enderezados. Los otros tres también habían sufrido daños, pero parecían estar todavía en condiciones de luchar.

—Parece que la suerte ha cambiado de bando —dijo Desjani. Sus ojos refulgían con el ansia del combate mientras las fuerzas enemigas comenzaban a reagruparse.

Había posibilidades de que el director general síndico al mando de la flotilla que los perseguía hubiese muerto con la explosión de la flotilla Herida o que estuviese en una nave con todos los sistemas destruidos y fuese incapaz de comunicarse con el resto de sus unidades. Sin un mando, las naves síndicas supervivientes siguieron ejecutando sus últimas órdenes y se lanzaron sobre las naves auxiliares de la Alianza. En aquel momento su formación parecía el perfil de una caja, con el centro destruido y quedándose atrás mientras las demás naves avanzaban.

La *Furiosa* y la *Implacable*, cuya carga desesperada se dirigía en aquel momento contra un enemigo bastante diezmado, desgarró uno de los lados de la caja vacía, concentrando sus disparos sobre los acorazados síndicos más adelantados en aquel abrir y cerrar de ojos en que estuvieron a tiro. La escolta de los cruceros de batalla de la Alianza se centró en las unidades ligeras síndicas, y eliminaron unas cuantas naves de caza asesinas y un par de cruceros ligeros.

En cuanto las naves de la capitana Crésida se alejaron vertiginosamente y comenzaron a ejecutar una maniobra tremendamente acusada de viraje para lanzarse en otra ráfaga sobre los síndicos, el acorazado enemigo, que había recibido salvadas

continuas de misiles espectro, metralla y lanzas infernales, comenzó a escorarse, con los sistemas de propulsión al máximo de su capacidad pero con la parte delantera destrozada.

—Detectados impactos sobre la *Furiosa*. Una batería de infernales y un proyector de campos de anulación inutilizados —anunció el consultor de combate con voz clara—. Registrada la pérdida de dos baterías de lanzas infernales y daños poco importantes en uno de los sistemas de propulsión de la *Implacable*. Ambos cruceros de batalla han agotado sus misiles y su metralla en la pasada. Registrada la pérdida de los sistemas de combate de la *Utap*, aunque mantiene capacidad de maniobra. Registrados daños serios en la *Arbalesta* y en la *Pico de Cuervo* aunque pueden seguir a su formación.

Dos minutos después, las subformaciones de la Alianza alcanzaron el punto de interceptación. El capitán Tulev avanzó con la *Leviatán*, la *Decidida*, la *Dragón* y la *Valiente* contra otro de los bordes de la formación enemiga. Los cruceros de batalla de la Alianza volvieron a concentrar sus disparos. Un acorazado síndico recibió un daño considerable, y uno de los cruceros de batalla enemigos que quedaban operativos salió despedido a la deriva con los sistemas inoperativos.

La siguiente ráfaga fue cosa de Duellos y sus naves, la *Osada*, la *Formidable* y la *Atrevida*, que causaron daños serios en otro acorazado síndico. A continuación llegaron los cinco cruceros de batalla que quedaban de la Sexta y Séptima División, que destrozaron a los tres cruceros de batalla síndicos restantes.

Después llegó el turno de la Cuarta División de Cruceros de Batalla. Aunque era más que importante que el *Intrépido* llegase sano y salvo al espacio de la Alianza, a Geary no se le ocurrió una excusa para que no participase en el combate. Aunque les hubiese dicho a todos que la nave transportaba la llave hipernética síndica, la tripulación habría protestado de todos modos, quejándose por no ocupar el lugar que se merecían en combate, y habrían sufrido la vergüenza de quedar relegados fuera de la batalla.

Eso sin mencionar lo avergonzada que se sentiría Tanya Desjani. Conociéndola, habría renunciado a su puesto antes de sufrir aquella ofensa.

Habían escuchado sus palabras y también habían aprendido algunas lecciones, pero si los presionaba demasiado acabarían rebelándose contra lo que ellos veían como una humillación. Era un hecho que Geary tenía que aceptar.

El *Intrépido*, el *Arrojado* y el *Victorioso* se abalanzaron sobre la formación síndica que contenía a un acorazado ya bastante dañado y al único crucero de batalla síndico que quedaba. Los navíos de combate de la Alianza viajaban a casi cero con cero ocho c, y los síndicos todavía algo por encima de cero con uno, por lo que el instante que duró la pasada fue tan breve que los sentidos no pudieron captarla. Primero los síndicos estaban ante ellos, y un instante después ya estaban detrás. El

Intrépido todavía temblaba por los impactos recibidos durante los milisegundos en los que había estado dentro del área de disparo enemiga.

—Fallos registrados en los escudos de la zona delantera y de babor —informó el consultor de control de daños—. Armamento perdido en la batería de lanzas infernales Alfa Uno. Daños estructurales registrados en los sectores cuarenta y cinco y uno veintisiete.

—Muy bien —dijo Desjani, con los ojos clavados en el visor, que mostraba el resultado de las ráfagas que los cruceros de batalla de la Alianza acababan de realizar. En su cara se dibujó una sonrisa fiera—. ¡Premio!

Geary se encontró a sí mismo sonriendo también. El último crucero de batalla síndico estaba expulsando cápsulas de escape, y acto seguido explotó al sobrecargarse sus núcleos de energía. Por su parte, el acorazado síndico, que ya estaba dañado, había recibido todavía más impactos e iba cada vez más lento.

Pero un instante después la sonrisa desapareció. Los cruceros de batalla de la Alianza estaban dando la vuelta para realizar más pasadas, los acorazados y el resto de la flota todavía estaba llegando, y aunque las naves auxiliares y sus escoltas habían acelerado al máximo y habían virado en dirección ascendente y a un lado, los síndicos estaban a punto de entrar en el área de disparo. Tanto las naves auxiliares como su escolta iban en la misma dirección que los síndicos, que cada vez estaban más cerca, por lo que la velocidad relativa era mucho menor. El encuentro tendría lugar a una velocidad que el ojo humano podía captar.

Geary se dio cuenta de que Desjani lo estaba mirando y señaló a las naves auxiliares.

—Si las perdemos, no importará cuántos síndicos hayamos eliminado hoy. Perderemos el combate de todos modos.

—Hay que arriesgarse —dijo en voz baja.

—Lo sé.

La *Guerrera*, que ya había sufrido daños importantes tanto en Vidha como la primera vez que la flota de la Alianza había estado en Lakota, realizó una maniobra rápida para bloquear a los síndicos, que ya estaban apuntando a la *Titánica* y a la *Trasgo*. Algunas naves de caza asesinas síndicas pensaron que podrían superar al acorazado en mal estado, pero aprendieron rápidamente que a la *Guerrera* todavía le quedaban recursos, y sus lanzas infernales, todavía operativas, destrozaron a las débiles naves síndicas. Un crucero ligero enemigo que llegaba justo detrás de las asesinas intentó plantarle cara, pero acabó también fuera de combate.

No obstante, tras ellos llegaron dos acorazados síndicos casi intactos, que lanzaron sus misiles contra la *Titánica* y la *Trasgo*. Tanto la *Guerrera* como los destructores de la Alianza que estaban con ella marcaron como objetivos aquellos misiles síndicos, e interceptaron la mayoría, pero les resultó imposible entablar

combate directo.

La *Guerrera*, que ya solo podía moverse de forma casi lamentable, se escoró para interponerse en el camino de los dos acorazados síndicos, que concentraron sus disparos sobre ella y en pocos segundos la destrozaron. Todos sus sistemas quedaron inoperativos. Geary maldijo en voz baja al imaginarse los estragos que aquella ráfaga habría causado en la tripulación de la nave de la Alianza.

Solo quedaban la *Conquistadora*, la *Orión* y la *Majestuosa* junto con unos cuantos cruceros pesados, ligeros, y los destructores que las acompañaban. La *Conquistadora*, al ver como habían destruido a la *Guerrera*, pareció quedarse inmóvil, y mantuvo la misma velocidad y curso que los dos acorazados síndicos, cada vez más cerca. La *Orión* comenzó a deslizarse en dirección ascendente, y luego se dirigió hacia la *Conquistadora* como si intentase ponerse a cubierto cerca de aquel acorazado todavía intacto.

Geary nunca sabría qué intentó hacer la *Majestuosa*. ¿El último acorazado de retaguardia que quedaba estaba intentando virar para enfrentarse al enemigo, o estaba escapando? En algunos momentos, en los más benévolo, se imaginaba a la tripulación de la nave y a su oficial al mando inspirados por el sacrificio de la *Guerrera*, llenos de valentía y dispuestos a enmendar los errores que habían cometido en el pasado. Sin embargo, fuese cual fuese su verdadera intención, pagó el precio más alto por no haber llevado a cabo las reparaciones del armamento y las defensas a buen ritmo.

Los acorazados síndicos lanzaron una oleada de misiles sobre la *Majestuosa* con el fin de sobrecargar sus defensas. Finalmente tres misiles consiguieron impactar directamente sobre la nave y destrozaron sus unidades de propulsión. Entonces el navío de la Alianza, fuera de control, viró hacia arriba dando vueltas, mientras el acorazado síndico alteraba su curso para aproximarse a la indefensa nave y ponerse al alcance de lanzas infernales. La metralla colapsó lo que quedaba de sus escudos, y finalmente las infernales penetraron en un casco reparado de forma inadecuada, lleno de puntos flacos.

Geary observó cómo la *Majestuosa* se iluminaba una y otra vez. Poco a poco la imagen del acorazado comenzó a desaparecer bajo la lluvia de misiles síndicos, metralla, y una incesante tormenta de lanzas infernales que hicieron añicos a la nave de la Alianza. Luego hubo una gran explosión que iluminó el espacio durante unos instantes como resultado de los núcleos de energía de la *Majestuosa* colapsando ante tal estrés.

Finalmente la luz se apagó, y en su lugar apareció un campo de restos entre los cuales quedaban todavía misiles síndicos que buscaban infructuosamente su objetivo.

—Joder —dijo Desjani entre dientes. Geary no supo si lo decía por los síndicos que acababan de destruir a la *Majestuosa* o por la tripulación y los oficiales de la

nave de la Alianza que se habían condenado.

La *Conquistadora*, todavía fijada en la misma trayectoria, seguía atacando a las unidades ligeras sindicas que entrasen en su área de disparo. Por su parte, la *Orión* se había movido en dirección ascendente, por lo que estaba tan lejos como la *Conquistadora*, lo que la dejaba en una posición bastante inútil en lo que respectaba a la defensa de las naves auxiliares. Los cruceros pesados de la Alianza y los destructores se habían alejado de la segunda, y avanzaban a través de la escolta sindica intentando alcanzar a la *Titánica* y a la *Trasgo*. Estas, por su parte, hacían todo lo posible por defenderse, que desgraciadamente no era demasiado. Un misil sindico alcanzo de pleno a la *Trasgo* e hizo que se estremeciese. Otra nave asesina consiguio acercarse lo suficiente como conseguir dos impactos de lanzas infernales sobre la *Titánica* antes de que el destructor de la Alianza, el *Represalia*, apareciese desde arriba e hiciese saltar por los aires a la nave sindica gracias a varios disparos bien calculados.

Geary tardío un rato en darse cuenta de que la muerte de la *Majestuosa* quiza no había sido en vano.

—Cuando los sindicos fueron a por la *Majestuosa*, tuvieron que modificar su trayectoria, por eso les lleva más tiempo alcanzar a la *Titánica* y la *Trasgo*.

Desjani tardío un momento en maniobrar con el *Intrépido* y estudiar el visor.

—La Quinta División de Acorazados podría llegar a tiempo —dijo.

Podría. Estaba claro que no podría contar con la *Conquistadora* y la *Orión*. Geary echo un vistazo al resto de la formación sindica. Las naves que quedaban estaban alterando su curso para dirigirse hacia la *Titánica* y la *Trasgo*, y posteriormente a la *Hechicera* y a la *Genio*, que estaban tras ellas. Por lo tanto, los bordes de la formación en caja, cuyo centro había desaparecido, estaban reagrupndose al trazar vectores apuntados hacia las naves auxiliares de la Alianza.

Sin embargo, las subformaciones construidas alrededor de los acorazados de la Alianza iban en esa misma dirección. El capitán Armus, de la *Coloso*, guiño a la *Amazona*, la *Espartana* y la *Custodia* contra uno de los bordes de la formación sindica, que se basaba en tres acorazados enemigos que prácticamente estaban intactos. Cuando aquellas grandes naves establecieron contacto unas con otras, las cuatro de la Alianza dispararon todo lo que tenían sobre la nave sindica más adelantada, e impactaron sobre una segunda cuando se sobrepasaban. De la primera no quedo más que un montón de amasijos, y la otra había recibido un daño considerable. Por su parte, la *Coloso* y la *Espartana* habían recibido varios impactos, pero ninguno era realmente importante.

Al mismo tiempo se encontraron frente a frente las unidades ligeras de ambos bandos. Las naves de la Alianza, en aquel momento superiores en número, destruyeron a los cruceros ligeros y a las asesinas sindicas con oleadas de disparos.

Poco después, la *Incansable*, la *Represalia*, la *Espléndida* y la *Soberbia* barrieron a los dos acorazados síndicos y a la escolta que formaba otro de los bordes de la cada vez más caótica formación síndica. Las naves síndicas fueron totalmente destruidas, pero a cambio se perdió el crucero pesado *Avanbrazo*.

La *Titánica* recibió otro impacto. Luego un crucero ligero síndico realizó una pasada sobre la *Trasgo* mientras los destructores de la Alianza hacían lo propio con la intención de dejar fuera de combate a la nave enemiga.

Un crucero pesado síndico que todavía quedaba en pie junto con dos cruceros ligeros y varias naves de caza asesinas se lanzaron contra la *Titánica*.

—Mierda —masculló Geary.

No había estado mirando a la *Furiosa* y a la *Implacable*, que por fin habían completado su largo y acusado viraje a través del espacio y que en vez de seguir apuntando a los buques capitales síndicos se centraron en la amenaza más próxima de las naves auxiliares. Ambos cruceros de batalla de la Alianza se lanzaron con una ráfaga, con la que destrozaron el crucero pesado en el proceso, hicieron saltar por los aires a uno de los cruceros ligeros y despedazaron a un segundo, mientras su escolta acababa con las naves de caza asesinas.

—No está mal —dijo Desjani mientras su propia división de cruceros de batalla daba la vuelta—. Ya le dije que Crésida se pegaría a las naves auxiliares si le decía que contaba con ella.

Por otra parte, intentando esquivar los ataques, la *Orión* se vio directamente en medio de la *Titánica* y la *Trasgo*, y los dos acorazados que habían destruido a la *Majestuosa*. Puesto que los acorazados síndicos habían gastado todos los misiles que les quedaban, intentaron acercarse al área de las lanzas infernales, mientras las naves auxiliares aceleraban todo lo que podían con la esperanza de mantenerse fuera.

La *Orión* empezó a quedarse atrás, saliendo de la trayectoria de disparo entre los acorazados síndicos y las naves auxiliares, como si hubiese perdido los sistemas de propulsión, pese a que Geary no veía problemas en los informes.

—Suficiente. Si la comandante Yin sobrevive a este combate, será relevada de su puesto. —Sus ojos se centraron en la *Conquistadora*, que todavía estaba demasiado lejos de la *Titánica* y de la *Trasgo* como para protegerlas de los dos acorazados síndicos—. Y el capitán Casia lo mismo. Haré que esos dos inútiles comparezcan ante un tribunal militar.

Desjani hizo una mueca, como una sonrisa forzada.

—Han demostrado ante el enemigo que son unos cobardes. Si quisiese, podría ejecutarlos por proceso sumarísimo. Con la grabación de lo que acaban de hacer como prueba oficial nadie se opondría.

En aquel momento, con el destino de la *Titánica* y la *Trasgo* pendiendo de un hilo, aquella opción parecía más que buena. Si finalmente perdía aquellas dos naves

por haber renunciado Casia y Yin a combatir, era consciente de que no sería capaz de resistirse a la tentación de hacer lo que Desjani le acababa de decir.

Las lanzas infernales comenzaron a salir desde los acorazados síndicos, situados en el límite del área de disparo. Estas impactaron sobre los escudos de ambas naves auxiliares y consumieron parte de sus escudos. Geary sabía que sus defensas no podrían soportar el daño continuado que un par de acorazados podían infligirles, aunque fuese desde la distancia máxima.

Entonces la Flanconada se interpuso entre los acorazados síndicos y las naves auxiliares de la Alianza. Fue capaz de atraer los disparos síndicos durante un rato, hasta que los impactos hicieron saltar por los aires al destructor de la Alianza.

Finalmente, aquellos sacrificios y maniobras posibilitaron que el *Impávido*, el *Resuelto*, el *Temible* y el *Vengativo* alcanzasen el área de disparo de los dos acorazados síndicos. Los cuatro acorazados de la Alianza dividieron sus ataques. Dos de ellos dispararon sin cesar sobre uno de los acorazados enemigos, mientras los otros dos hacían lo propio con el que quedaba mientras la Quinta División de Acorazados los alcanzaba finalmente.

Cuando los acorazados de la Alianza comenzaron a alejarse, pudo verse a las dos naves síndicas temblar ante los impactos y reducir de forma drástica su velocidad dado que los disparos habían ido dirigidos sobre los sistemas de propulsión. La *Titánica* y la *Trasgo* salieron lentamente del área de fuego mientras las maltrechas naves síndicas intentaban mantenerlas a tiro. Entonces, desde otro ángulo, aparecieron los cuatro cruceros de combate de Tulev para realizar una segunda pasada que destruyó al acorazado síndico más retrasado.

Geary parpadeó al intentar tener en cuenta todo lo que estaba pasando en el campo de batalla. Desjani estaba llevando al *Intrépido*, al *Arrojado* y al *Victorioso* contra la malherida nave síndica. En otro punto, la *Venganza* y la *Vindicta* se estaban cebando sobre los restos del acorazado síndico que casi destruye a la *Titánica* y a la *Trasgo*. El otro acorazado, que todavía estaba en condiciones de luchar, había sido despojado de su escolta y estaba siendo machacado por continuas ráfagas llevadas a cabo por las subformaciones de Geary. Habían aplastado a la formación síndica. Lo único que quedaba de ella era un rastro de naves destrozadas y unos restos que llevaban al lugar en el que había estado la flotilla Herida. La única formación síndica organizada que quedaba en el sistema estelar Lakota era la fuerza de guardia, formada solamente por un par de acorazados y dos cruceros de batalla junto con sus escoltas, que además estaba a bastante distancia y se dirigía tan rápido como podía hacia la puerta hipernética.

—Ganamos.

Las lanzas infernales del *Intrépido* atravesaron el acorazado síndico, y después su campo de anulación junto con los del *Arrojado* y el *Victorioso* abrieron varias

oquedades de gran tamaño en el casco de la nave enemiga. Desjani suspiró larga y profundamente mientras su nave se alejaba del enemigo. Luego asintió con la cabeza, mirando a Geary.

—Sí, señor. Lo ha conseguido.

—Ganamos —repitió Geary—. Es la flota la que ha ganado, no yo.

—Usted ayudó —dijo secamente Rione.

Geary suspiró profundamente y contactó con la flota.

—A todas las naves de la Alianza, rompan formaciones y asegúrense de que no escape ninguna nave síndica. Los destructores y los cruceros ligeros que estén libres recojan las cápsulas de escape de la Alianza.

El espacio del sistema estelar Lakota estaba lleno de restos navales y cientos de cápsulas de escape síndicas. Por su parte, las naves de Geary se abalanzaban sobre las unidades síndicas dañadas pero todavía con vida para destrozarlas y sumarlas a la mencionada cantidad de restos y de cápsulas de escape que seguían saliendo mientras sus naves eran destruidas.

No obstante, la victoria había tenido un precio. Habían perdido a la *Majestuosa*, además de los cruceros pesados Utap, Avanbrazo y Facón. Los defensores de las naves auxiliares también habían sufrido bajas importantes. Además de la Flanconada, los cruceros ligeros Jubón, Carta y Ote habían sido destruidos, y a ellos había que sumarles los destructores Brazal, Kukri, Hastarii, Petardo y Spiculum. La mayor parte del resto de la flota había sufrido daños de diversa consideración y habían perdido tripulantes. Si se comparaba con las pérdidas que habían sufrido los síndicos, era insignificante, pero Geary tendría que luchar contra la tristeza que le producía pensar en la pérdida de los suyos.

—Señor, no podemos salvar a la *Guerrera* —dijo Desjani con tono sombrío.

No pudo responder aunque quisiese hacerlo. La *Guerrera* había hecho un trabajo más que estupendo; su tripulación había llegado hasta las últimas consecuencias por cumplir su misión de proteger a las naves auxiliares. Se merecía sobrevivir, volver con orgullo al espacio de la Alianza. Sin embargo, el acorazado, que ya antes estaba dañado, había quedado destrozado. Sus sistemas de propulsión habían sido destruidos, al igual que todo su armamento, y los sistemas de soporte vital habían quedado en muy mal estado debido a los impactos recibidos en el casco. Al ver las imágenes y los informes del estado de la *Guerrera*, Geary no pudo evitar recordar los restos de la Audaz.

—Comandante Suram —comenzó Geary—, han llevado a cabo su trabajo de una forma tan brillante que seguramente sus antepasados están más que orgullosos de ustedes. Sin embargo, la *Guerrera* no puede ser reparada. Abandonen la nave.

Bastante tiempo después de que tuviese que haber llegado una contestación, el consultor de comunicaciones hizo un anuncio.

—Señor, estamos recibiendo una llamada de emergencia de voz desde la *Guerrera*. La señal es bastante débil, pero hemos conseguido arreglar el sonido para que se entienda.

Geary presionó sobre la opción «Aceptar» para escuchar el mensaje. La voz del comandante Suram estaba distorsionada de una forma bastante extraña, fruto de los arreglos que le habían tenido que hacer para que fuese inteligible.

—Todos los sistemas inoperativos salvo los controles de emergencia del núcleo de energía. Estamos intentando realizar un apagado seguro del núcleo. La *Guerrera* no puede seguir luchando. Muchas cápsulas de escape destruidas durante el último enfrentamiento. Miembros de la tripulación que entran en las cápsulas de escape abandonando la nave. Por el honor de nuestros antepasados.

—¿Cómo que seguir luchando?

—Sin los sistemas están ciegos —dijo Desjani—. Con sus propios ojos y lo poco que puede quedar de sus equipos solo pueden ver algunas explosiones y signos de combate, pero no tienen ni idea de que somos nosotros acabando con los síndicos. Hay que mandar a algunas naves a recoger al resto de la tripulación de la *Guerrera* —añadió rápidamente—. Le recomendaría...

—Señor —otro consultor comenzó a hablar con un tono de alarma—, estamos recibiendo indicaciones de que el núcleo de energía de la *Guerrera* está fluctuando. Seguramente los sistemas de control de emergencia también están dañados, por eso fallan.

—¿Cuánto queda hasta que explote? —preguntó Desjani rápidamente.

—Es imposible predecirlo, capitana. Podría aguantar hasta que consigan apagarlo, o podría haber explotado ya sin que nosotros hayamos visto todavía la luz.

Desjani miró a Geary con expresión sombría. Geary asintió con la cabeza. Era su turno. Las naves que se acercasen a la *Guerrera* para salvar a la tripulación que había quedado atrapada se arriesgaban a entrar en el área de una posible explosión.

—¿A quién me recomendaría para llevar a cabo el rescate? —le preguntó a Desjani.

—A las naves del Vigésimo Escuadrón de Destruidores —respondió inmediatamente—, todavía se mantienen unos cerca de otros y están bien situados, aunque la *Guerrera* fue a la deriva después de quedar fuera de combate, o mejor dicho, el combate siguió y la *Guerrera* fue a la deriva. Los destructores tardarán cerca de media hora en llegar y hacer que su velocidad coincida con la de los restos.

—Vale. —Geary manipuló los controles mientras pensaba en lo que iba a decir—. Vigésimo Escuadrón de Destruidores, los miembros de la tripulación de la *Guerrera* están atrapados a bordo de su nave. El núcleo de energía está fluctuando de manera incontrolada y podría explotar en cualquier momento. Quiero saber qué destructores de su escuadrón se ofrecerían voluntarios para acercarse e intentar rescatar a la

tripulación.

Aunque la respuesta tardó poco en llegar, pareció pasar una eternidad.

—Señor, al habla el capitán de corbeta Pastak, de la Jabalina. La Arabas, la Balta, la Dao, la Jabalina, la Kukuri, la Sabar y la Wairbi se ofrecen voluntarias para ayudar a la *Guerrera*. Todas las naves están acelerando al máximo para interceptarla.

Geary miró su visor. Eran todas las naves que quedaban de ese escuadrón.

—No deje que olvide este detalle —le dijo en voz baja a Desjani.

—No, señor —respondió—. ¿Esperaba otra cosa?

—No lo sé. Lo único que sé es que estoy tremendamente orgulloso de estar al mando de esta flota.

—Tiempo estimado para que los destructores alcancen la *Guerrera*, veintitrés minutos —anunció el consultor de navegación.

—Intente comunicarles a los supervivientes que los destructores están en camino.

—Sí, señor. Ahora mismo estamos estableciendo comunicación con las cápsulas de escape que salieron de la *Guerrera*. Intentaremos pasar el mensaje a través de ellas.

Geary asintió con la cabeza, ausente. Se imaginaba la escena en la nave de la Alianza, con los tripulantes que todavía podían trabajar intentando mantener el núcleo bajo control mientras los demás esperaban en los restos el rescate o la muerte.

—¿Está el comandante Suram en una cápsula de escape? —preguntó Geary, pese a imaginarse la respuesta.

—No, señor. El oficial de más rango a bordo de las cápsulas es el teniente Rana, gravemente herido.

Se sintió algo distante mientras veía los símbolos de las cápsulas de escape escapando a toda velocidad en dirección contraria a la *Guerrera*, con la mente obnubilada por todas las bajas que habían sufrido ese día. Las cápsulas estaban diseñadas para acelerar lo más rápido posible y alejarse de la nave original, ya que se había asumido que la distancia podía ser crítica, y en este caso al menos era verdad.

—¿Cuánto falta para que las cápsulas de escape estén fuera del área estimada de explosión de los núcleos de energía de la *Guerrera*?

—Cinco minutos, señor. La estimación se basa en lo que sabemos del estado de sus núcleos de energía y de la información que nos está llegando.

Siete minutos después, con los destructores del Vigésimo Escuadrón todavía situados a dieciséis minutos de distancia, Geary vio desaparecer a la *Guerrera* en una esfera de luz y escombros. Se aseguró de que las cápsulas estuviesen suficientemente lejos como para evitar la zona de peligro, cerró los ojos y suspiró profunda y lentamente. Después contactó con la Jabalina.

—Capitán de corbeta Pastak, su nueva misión es recoger las cápsulas de escape de la *Guerrera*. Estaban suficientemente cerca de la explosión de los núcleos como

para haber sufrido algún daño. Gracias a todas sus naves por su esfuerzo, de veras, gracias.

Al poco tiempo, Pastak asintió con aspecto lúgubre. Geary se recostó en su asiento y volvió a cerrar los ojos.

—¿Señor? —le susurró Desjani. Geary sacudió la cabeza, negándose a contestar. Un momento después se cogió el antebrazo con una mano y apretó con fuerza para sentirse desahogado durante un instante. Ella sabía cómo se sentía, y de algún modo le hacía más fácil sobrellevarlo.

Capítulo 5

Geary suspiró a medida que la tensión de tener que preocuparse por el desenlace de la batalla se convertía en el dolor de tener que enfrentarse al resultado de esta. Se sentía increíblemente pesado, como si hubiese pasado casi una semana en vez de un día en el puente de mando del *Intrépido*.

—La fuerza de guardia síndica está a unos treinta minutos luz de la puerta hipernética —dijo Desjani con un tono de voz que evidenciaba su cansancio—. Si mantienen esa velocidad, llegarán en unas cuatro horas y media.

—Bien. —Geary se frotó los ojos y miró al visor. En aquel momento la fuerza síndica estaba a casi dos horas luz de la flota de la Alianza. Si estuviesen más cerca, mucho más cerca de hecho, tendría que preocuparse de si intentaban una carga contra el *Intrépido* y las naves auxiliares, pero a esa distancia les llevaría casi un día acercarse antes siquiera de lanzar la carga—. Supongo que podemos decidir luego qué hacer con respecto a ellos.

No daba la impresión de que hubiese mucho más de lo que preocuparse. Parecía evidente que la fuerza de guardia síndica iba a pegarse a la puerta hipernética, igual que la última vez que la flota de la Alianza había estado en el sistema estelar Lakota. Además, la puerta estaba a unas dos horas luz y media a babor de la flota de la Alianza. Por su parte, el planeta habitado del sistema orbitaba en el lado opuesto de la estrella con relación a la flota de la Alianza, a casi dos horas luz y cuarto de estribor. Las dotaciones militares síndicas no serían una amenaza siempre que no se acercasen al planeta habitado, y Geary no tenía intención de hacerlo.

Por lo demás, la presencia síndica del lugar empezó a dejarse de notar en cuanto la luz fruto de la batalla alcanzaba las distintas zonas del sistema estelar Lakota. Las naves mercantes escapaban con la intención de guarecerse en cualquier lugar que estuviera a su alcance. Las colonias y las instalaciones mineras de los planetas exteriores estaban dejando fuera de servicio el equipamiento y enviando a la población a los refugios. Estaban acostumbrados a que la Alianza bombardease sus planetas, por lo que las gentes de Lakota se esperaban lo peor. No es que fuese lo que iba a suceder, pero por el momento a Geary no le apetecía decírselo.

Alrededor del *Intrépido*, las dispersas naves de la Alianza realizaban reparaciones de emergencia y se ocupaban de las naves enemigas que habían quedado fuera de combate pero que no habían sido destruidas, asegurándose de que sus núcleos de energía se sobrecargasen. No iban a dejar nada para los síndicos. Los transbordadores iban y venían entre las naves de la Alianza, transportando piezas de recambio importantes para las que más lo necesitaban. Los destructores y los cruceros ligeros revoloteaban por el espacio, buscando y recogiendo todas las cápsulas de escape de las unidades de la Alianza que se habían perdido durante el combate. Había llegado a

oídos de Geary que una de esas cápsulas contenía a los tripulantes que habían abandonado la *Infatigable* durante la primera batalla en Lakota hacía ya semanas, que luego habían sido capturados y llevados a bordo de los restos de la *Audaz*, que después habían sido liberados por los infantes de marina y transportados al crucero pesado *Facón*, para abandonarlo cuando este fue destruido y ser rescatados de nuevo por el crucero ligero *Tsuba*. Se preguntaba si esa gente consideraría que había tenido buena o mala suerte, y si se preocuparían por verse a bordo de naves cada vez más pequeñas.

Rione se levantó. Su expresión era adusta.

—Tengo que hacer un par de cosas. Avíseme si necesita algo —le dijo a Geary.

Eso de necesitar algo podía significar muchas cosas. La ambigüedad de la frase le hizo preguntarse si había llegado el momento de volver a compartir una relación carnal. Entonces Geary vio a Desjani apretar los dientes durante un instante, con los ojos clavados en el visor, antes de relajarse. Parecía que había interpretado la frase de un modo que no le había gustado. Geary ya había percibido ese tipo de reacciones en ella en otras ocasiones y se preguntaba si Desjani estaría más preocupada por la influencia que Rione tenía sobre él de lo que pensaba.

Tampoco podía ponerse a hablar sobre aquel tema allí mismo, por lo que se giró hacia Rione y sacudió la cabeza.

—Estaré bien, no se preocupe. Vaya a descansar un rato.

Desjani se relajó una vez que Rione se marchó.

—Usted también debería descansar, señor.

—Hay bastantes asuntos de los que ocuparse ahora que ha terminado el combate —le respondió Geary.

—Podemos ocuparnos nosotros. Ya ha ordenado a las naves que se dispongan en formación Delta Dos en cuanto terminen sus operaciones postcombate. Pueden hacerlo sin que los supervise todo el tiempo. Incluso la *Orión* y la *Conquistadora* pueden llevar a cabo sus tareas si no están a tiro.

—Sí, supongo que tiene razón. —Geary se levantó y se sorprendió de lo inestable que se sentía de pie—. Y usted, ¿va a descansar?

Desjani hizo una mueca, excusándose.

—Yo soy la oficial al mando del *Intrépido*, señor.

—Claro, y los capitanes de los navíos de combate nunca descansan. —Vaciló, pero finalmente hizo la pregunta que tanto había evitado—: ¿Cuántos ha perdido el *Intrépido*?

Ella suspiró profundamente y respondió con voz firme.

—Doce. Hemos tenido suerte. Otros diecinueve están heridos, dos de ellos de gravedad.

—Lo siento. —Geary se frotó la frente. Solo se le ocurrían frases sin sentido

sobre el honor del sacrificio. Eran doce tripulantes que no volverían al espacio de la Alianza; que no volverían a ver sus casas, ni a sus familias, ni a sus seres queridos. Habían sido doce en una nave poco dañada. Si se multiplicaba ese número teniendo en cuenta el resto de la flota, aquella gran victoria, de repente, dejaba de ser motivo de alegría.

Quizá Desjani se sintiese del mismo modo. Como si leyese su mente, sacudió la cabeza.

—Supongo que ahora mismo todos estamos un poco conmocionados, señor. Pero mañana podremos verlo claramente y apreciar lo que hemos conseguido. Ahora mismo solo intento seguir adelante.

—Los dos, usted y yo. —Se rascó el pescuezo—. ¿Qué iba a hacer?

—Descansar, señor —respondió Desjani.

—Si es capaz de recordarlo, es que está mejor que yo. Volveré dentro de un rato.

—Sí, señor.

—Llámeme en una hora o así.

—Sí señor.

—En serio, capitana Desjani.

—Sí, señor.

Abandonó el puente de mando, seguro de que Desjani ya tenía decidido no llamarlo a menos que se presentase una emergencia, pero estaba demasiado cansado como para seguir discutiendo.

La alerta del intercomunicador del camarote sonó con fuerza, por lo que Geary se despertó de repente. Se había quedado dormido en una silla y le llevó un momento enderezarse antes de aceptar la llamada.

—Capitán Geary —comenzó Desjani—, hay un problema con la puerta hipernética.

Súbitamente se despertó del todo.

—¿Refuerzos síndicos?

La flota no estaba preparada para otra batalla importante. Los alienígenas que había al otro lado del espacio síndico ya habían mandado una fuerza de gran tamaño al sistema estelar Lakota la última vez que la Alianza había estado allí, desconcertándolos pero dándoles a la vez la oportunidad de destruir a su flota. Y casi lo consiguen. La primera vez habían sabido de algún modo que la flota de la Alianza se dirigía a Lakota, pero al saltar directamente de vuelta deberían haber despistado el sistema de rastreo de los alienígenas.

—No, señor. —La tranquilidad que sintió al escuchar aquello se desvaneció en cuanto Desjani pronunció las siguientes palabras—. La fuerza de guardia síndica está destruyendo la puerta.

Geary llegó al puente de mando en un tiempo récord. Se paró ante su asiento y miró las imágenes de la pantalla. Le llevó un rato aceptar lo que estaba viendo. Tal y como Desjani le había dicho, la fuerza síndica que estaba en la puerta hipernética había abierto fuego contra ella.

—Están atacando la puerta mientras estamos a horas luz de distancia. —Su incredulidad era evidente.

Desjani estaba mirando su propio visor. Entonces hizo un gesto de desdén.

—La persona al mando de esa fuerza síndica está aterrorizada. Tiene órdenes de que no nos dejen llegar hasta ella y por eso la está destruyendo antes de que hagamos nada.

—¡Pero nuestra flota está tan lejos que incluso es posible que no suframos daños por la explosión! —Geary se quedó mirando a la representación de la fuerza de guardia enemiga—. Y sus naves están justo ahí, al lado. ¿Por qué suicidarse cuando no es necesario?

Entonces fue Rione quien contestó, con un tono de voz cortante. No se había dado cuenta de que había llegado al puente de mando, pero seguramente habría entrado justo detrás de él.

—Está claro que el comandante síndico no sabe lo que va a pasar cuando se destruya la puerta hipernética. No le han informado, ya sea por un inapropiado sentido de la confidencialidad o porque nadie pensó en hacerlo después de que esta flota estuviese aparentemente a punto de ser destruida en este mismo sistema hace casi un par de semanas.

Desjani tomó la palabra como si hablase para sí misma.

—O porque el Consejo Ejecutivo síndico no quiere que los comandantes sepan lo que pasaría para asegurarse de que siguen la orden sin rechistar.

Geary tenía la impresión de que la opción de Desjani era la correcta. Los líderes síndicos querían asegurarse de que la flota de la Alianza no llegase a una puerta hipernética, por lo que habrían decidido ocultar cualquier información que pudiese hacer dudar a sus comandantes sobre llevar a cabo la orden de destruir la puerta, o no.

—Por lo tanto —continuó Rione como si Desjani no hubiese dicho nada—, la persona al mando está yendo a lo seguro, aterrada ante la posibilidad de que esta flota vuelva a hacer algo que se supone que es imposible, sin saber que su opción los condenará.

Geary se giró hacia ella.

—¿Está diciendo que los síndicos van a lo seguro porque creen que esta flota puede conseguir hacer lo imposible? —preguntó.

Rione lo miró fríamente.

—No me eche la culpa; es usted quien lo consigue.

Era evidente que seguir discutiendo con Rione sería infructuoso, como siempre.

Entonces se paró a pensar durante un rato, y llamó a la *Furiosa*.

—Capitana Crésida, ¿podría ofrecerme una estimación del tiempo que le llevaría a la fuerza de guardia síndica hacer que la puerta hipernética explote?

Varios segundos después apareció la imagen Crésida asintiendo.

—Un momento, señor. —Miró a uno de los lados, observando algo con detenimiento, y luego se giró de nuevo hacia Geary—. Suponiendo que sigan disparando y destruyendo los ronzales al ritmo actual, según mis cálculos empezaría a desencadenarse la explosión descontrolada en unos veinte o treinta minutos. Siento no poder ser más precisa, pero la estimación es sobre todo teórica, puesto que prácticamente no tenemos información sobre el proceso de explosión de las puertas hipernéticas.

Veinte o treinta minutos. Y la puerta estaba a dos horas luz y media de distancia.

—Entonces probablemente explotó hace unas dos horas.

Unos cuantos segundos después, Crésida volvió a asentir con la cabeza.

—Así es, señor.

—¿Existe algún modo de calcular la intensidad de la descarga de energía antes de que nos alcance?

—El pulso energético se va a propagar hacia fuera a la velocidad de la luz, capitán Geary. —Crésida negó con la cabeza—. Lo sabremos cuando nos alcance, que podría ser en unos veinte minutos.

No tenían mucho tiempo para reaccionar. Geary se giró con un movimiento rápido hacia Desjani.

—Trace un curso opuesto a la localización de la puerta hipernética.

Mientras ella hacía lo que le había pedido, él analizó la imagen que le mostraba la pantalla, observando la posición de las naves hasta darse cuenta de que no tenía tiempo para ordenarlas.

—Ciento cuarenta grados a babor y doce en dirección descendente —dijo finalmente Desjani.

Geary golpeó los controles de comunicación para hablar con toda la flota.

—A todas las naves de la Alianza, cambien su curso inmediatamente. Que todas las naves viren ciento cuarenta grados a babor y doce en dirección descendente, y aceleren hasta cero con uno c. Repito, viren ciento cuarenta grados a babor y doce en dirección descendente y aceleren hasta cero con uno c. La fuerza de guardia síndica del sistema ha hecho explotar la puerta hipernética, lo que ha generado una descarga de energía de una magnitud desconocida, que podría, teóricamente, alcanzar el rango de supernova. En quince minutos, que todas las naves dejen de acelerar y pivoten hasta orientar la proa hacia la localización de la puerta hipernética. Configuren los escudos de esa zona a la máxima potencia posible y pongan en máxima prioridad los sistemas de reparación y de control de daños.

Geary sintió como se pegaba al asiento en cuanto Desjani ejecutó las órdenes y el *Intrépido* comenzó a trazar el nuevo curso. Las unidades de propulsión funcionaban a la máxima potencia mientras los amortiguadores inerciales sufrían para contrarrestar el efecto.

—Capitana Desjani —comenzó a decir Geary—, ¿podría el *Intrépido* sobrevivir a un pulso de energía con el rango de nova a esta distancia de la fuente?

Estaba casi seguro de que ya sabía cuál sería la respuesta, y no era la que más le gustaba. Sin embargo, quería asegurarse.

—Lo dudo mucho. —Desjani frunció el ceño y miró de un lado al otro el puente de mando. Entonces se fijó en un consultor—. ¿Puede confirmarlo?

El consultor, por su parte, manipuló con rapidez un panel de información y luego sacudió la cabeza.

—No, señora. El pulso perderá intensidad rápidamente según se aleje de la fuente, pero a la suficiente velocidad. Los escudos y las defensas de un crucero de batalla no podrían aguantarlo ni siquiera a la máxima potencia y habiéndose preparado. Los destructores y los cruceros quedarán destruidos. Los acorazados, a esta distancia, tienen algunas posibilidades. No muchas, pero algunos podrían sobrevivir, aunque sin tener en cuenta el estado en el que quedarían. —Hizo una pausa y miró un par de datos más—. De todos modos, después de que los escudos colapsasen, sus tripulaciones morirían por la radiación, así que tampoco importa demasiado.

Desjani lanzó un profundo suspiro y miró a Geary.

—Esperemos que no sea una supernova.

—Estaba pensando lo mismo —respondió Geary.

Desjani pareció vacilar. Finalmente se giró hacia el mismo consultor de antes.

—¿Y el mundo habitado del sistema?

Geary la miró, extrañado. Estaba tan preocupado por su propia flota que ni se le había pasado por la cabeza lo que pasaría con el planeta síndico. Sin embargo, Desjani sí había pensado en ello, o al menos en que le interesaría.

El consultor se rascó la ceja con una mano mientras manipulaba el panel de información de nuevo.

—Hay muchos datos desconocidos. Si el pulso energético es de escala nova o semejante, quedarán poco más que las cenizas. Si es de bastante menos, la parte orientada hacia la puerta hipernética quedará arrasada. Sin embargo, la zona resguardada podría salvarse aunque tendría que enfrentarse a tormentas terribles. Sobre la cuestión de si el planeta será habitable o no después de esto, es difícil saberlo.

—¿Y la estrella? —preguntó Geary—. ¿Cómo afectará a Lakota?

—Es imposible saberlo sin los datos sobre la energía que la alcanzará, señor. —El consultor negó con la cabeza—. Si tiene la magnitud de una nova, afectará bastante a

la estrella, pero tampoco habrá nadie como para preocuparse. Si finalmente es menos, sea lo que sea, es difícil de determinar. Las estrellas sufren reacciones internas increíblemente complejas constantemente. Se autorregulan, pero incluso la estrella más estable sufre algunas variaciones. Si tuviese que decir algo, diría que si el pulso que esperamos es significativo, causará suficientes complicaciones con la fotosfera de la estrella Lakota como para que experimente variaciones mayores a intervalos más breves.

—Por lo que, aunque el planeta pudiese seguir albergando vida, la estrella podría volverlo inhabitable durante el futuro próximo.

—Exacto, señor. No podría asegurarlo, pero me parece la opción más probable.

Desjani frunció el ceño y miró el visor.

—El planeta está a casi cinco horas luz de la puerta hipernética y a dos y cuarto de esta flota. Si les mandamos un aviso, tendrían tiempo para por lo menos enviar a la gente a los refugios, aunque tampoco es que vaya a hacer mucho por la zona que reciba el pulso directamente.

Aquella soldado, que se había lamentado por no poder usar proyectores de campos de anulación sobre planetas enemigos, estaba en aquel momento hablando de alertarlos.

—Gracias por reparar en ello —le dijo Geary.

—Necesitamos que haya supervivientes, señor. Gente que les diga a otros síndicos que no fue la Alianza quien lo hizo.

Desjani solo estaba siendo pragmática. O eso, o lo estaba justificando de ese modo. Se preguntó cuál de las dos opciones sería. Los ojos de Geary volvieron a posarse sobre el visor del sistema estelar Lakota. Se fijó en la información sobre el mundo habitado principal, sobre la representación de las colonias de otros planetas y satélites, sobre las instalaciones orbitales y el tráfico espacial civil que todavía no había alcanzado un lugar en que pudiesen guarecerse sus tripulaciones por si la flota de la Alianza decidía atacarlos. También se fijó en aquel maremágnum de pequeños símbolos que representaban cápsulas de escape síndicas procedentes de las naves de combate y de reparación, y que escapaban para ponerse a salvo. En aquellas cápsulas había cientos, seguramente miles de síndicos. Geary no quería una estimación de cifras. En caso de que el pulso tuviese una mínima potencia, no tendrían opción alguna de sobrevivir, y tampoco podía hacer nada al respecto.

—Tengo que emitir para todo el sistema estelar.

¿Cómo iba a decirles a todas aquellas personas que la muerte podría estar ya acechándoles? Geary intentó hablar de forma calmada, aunque era consciente de que su voz tenía un tono sombrío.

—Gentes del sistema estelar Lakota, las naves de los Mundos Síndicos situadas en la puerta hipernética han abierto fuego contra ella para que la flota de la Alianza

no pueda utilizarla. Cuando reciban este mensaje, la puerta ya habrá sido destruida. Cuando esto suceda, se liberará un pulso de energía que podría llegar a ser tan potente como para liquidar toda la vida del sistema estelar. Si tenemos suerte, el pulso será mucho más débil, aunque hay muchas posibilidades de que sea extremadamente peligroso para los humanos, las naves, y las instalaciones del sistema. Les insto a que tomen medidas para protegerse en el poco tiempo que queda. —Geary hizo una pausa, luego habló lentamente—: No sé cuántos humanos de este sistema sobrevivirán. Que las estrellas del firmamento velen por todos nosotros, y que los antepasados den la bienvenida a aquellos que mueran hoy. Por el honor de nuestros antepasados. Les habla el capitán John Geary, comandante de la flota de la Alianza.

Fue Victoria Rione quien rompió el silencio que siguió a aquellas palabras.

—Ya estaban protegiéndose de un posible bombardeo por nuestra parte; a lo mejor ayuda.

—Es posible, aunque tampoco va a ayudar a los síndicos de las cápsulas de escape. —Solo le hizo falta echar un vistazo rápido al visor para confirmar que las cápsulas del enemigo estaban a demasiada distancia como para que las naves de la Alianza pudiesen llegar a ellas—. A menos que la descarga sea prácticamente inofensiva, no se salvarán.

—Gracias a las estrellas del firmamento que nosotros ya recogimos a los nuestros —dijo Desjani entre dientes.

—Dos minutos para el giro, capitana —anunció el consultor de navegación.

Los movimientos iniciales para acelerar en dirección contraria a la localización de la puerta hipernética se habían llevado a cabo nave a nave según recibían las órdenes, por lo que las más alejadas comenzaron más tarde. Sin embargo, la siguiente maniobra se basaba en el momento en que Geary había enviado la primera orden, por lo que quince minutos exactamente después del mensaje, la flota de la Alianza giró al unísono, cada nave apuntaba sus proas hacia el lugar en el que todavía estaba, intacta la puerta hipernética, mientras temblaba al ritmo que marcaba la fuerza síndica al destruir los roncales. No obstante, la luz que mostraba aquella escena era de hacía unas dos horas y media. Era una imagen del pasado. Hacía más de dos horas que la puerta había dejado de existir, que había sido reemplazada por una descarga de energía de una intensidad desconocida. Las naves de la Alianza se enfrentaban a la fuente del pulso energético con los escudos y las defensas al máximo, alejándose avanzando hacia popa a una velocidad cercana a cero con uno c, lo cual reduciría la fuerza del impacto.

—Escudos delanteros a la máxima potencia —informó el consultor de batalla a la capitana Desjani—. Todos los compartimentos sellados. Tripulación preparada para recibir el impacto. Capacidad de reparación en la máxima prioridad.

—Perfecto. —Desjani inclinó la cabeza durante un instante con los ojos cerrados

y los labios moviéndose en silencio.

Rezar en aquel momento era una buena idea, pensó Geary. Él también pronunció en silencio unas palabras durante un rato, rogándole a las estrellas del firmamento que protegiesen a su flota y a su tripulación, y pidiéndole a sus antepasados que ayudasen en lo que fuese posible.

—Preparados para el primer momento estimado de impacto —dijo otro consultor—. Tres... dos... uno... Impacto.

El instante pasó sin que sucediese nada. La imagen de la distante puerta hipernética seguía en el mismo sitio, todavía fluctuando mientras los ronzales que contenían la matriz energética eran destruidos uno a uno. Había sido absurdo pensar que la primera estimación de Crésida sería tan precisa, pero era propio de la naturaleza humana establecer un momento crítico.

Pasó otro minuto. Todo el mundo en el puente de mando del *Intrépido* observaba con atención los visualizadores, como si de algún modo fuesen a avisarlos pese a que el pulso los alcanzaría a la velocidad de la luz, por lo que no tendrían tiempo de percibirlo.

Geary miraba la lejana imagen de la puerta hipernética, con sus niveles de energía fluctuando dentro de ella. Los sensores de la flota podían captarlo incluso a esa distancia. Nunca olvidaría lo que sintió al estar cerca de una puerta explotando, cuando el *Intrépido*, el *Arrojado* y el *Diamante* lucharon para evitar que la de Sancere destruyese el sistema estelar. El mismísimo espacio se combó cuando se liberó la energía, y se produjeron efectos que notaron incluso los cuerpos humanos próximos pese a los escudos y las defensas de las naves. Tan solo el plan de choque teórico de la capitana Crésida para minimizar la descarga de energía resultante había salvado a las tres naves de la Alianza y quién sabe cuántos más navíos y habitantes del sistema estelar Sancere.

Se preguntó cómo se habrían sentido las tripulaciones de las naves síndicas que estaban destruyendo la puerta de aquel sistema, si habrían experimentado aquellas fuerzas y se habrían cuestionado las órdenes que habían recibido, o si habrían siquiera tenido tiempo para darse cuenta de que su obediencia los estaba condenando no solo a ellos, sino a gran parte de los habitantes de Lakota. Nunca lo sabría. Aquellas naves desconocían la energía que estaban liberando, por lo que seguramente habían sido destruidas hacía algo más de dos horas, y sus tripulaciones silenciadas.

Un minuto más. Luego dos. Geary escuchó murmullos a su alrededor. No podía escuchar lo que decían, pero los tonos eran claramente de plegaria. Las palabras exactas de los rezos cambian, pero siempre significan lo mismo. Por favor, piedad, pues no hay nada más que las capacidades o los dispositivos humanos puedan hacer.

La onda expansiva golpeó al *Intrépido*. Geary tuvo que aplacar un brote de pavor cuando la nave se sacudió y las luces se atenuaron. Era consciente de que si el pulso

de energía hubiese sido suficientemente potente como para destruir al *Intrépido*, el crucero de batalla habría saltado en pedazos antes siquiera de que tuviese tiempo de asustarse.

—Escudos delanteros debilitados un treinta por ciento. Sin daño en el casco. Pérdidas de energía de poca consideración en los sistemas de la nave afectados.

Los informes llegaron uno detrás de otro mientras Geary esperaba a que su visor se despejase y le revelase el estado de su flota, sobre todo si los navíos ligeros habían podido sobrevivir al impacto.

—Los cálculos preliminares sitúan la descarga de energía en la fuente a cero con trece en la escala de novas Yama-Potillion.

—Cero con trece —murmuró Desjani. Luego bajó la cabeza de nuevo y movió los labios sin que se escuchase sonido alguno en ningún momento.

Geary hizo lo mismo, dando las gracias porque la descarga energética fuese mucho más débil de lo que podría haber sido.

El visor finalmente se despejó, y los símbolos comenzaron a actualizarse frenéticamente. Los ojos de Geary se desplazaron con velocidad sobre los informes del estado de la flota, en busca de sistemas marcados en rojo. Los que más habían sufrido habían sido los destructores, puesto que sus escudos también eran los más débiles, aunque ninguno parecía haber sufrido daños importantes. Habían quedado inutilizados un montón de subsistemas y algunos cascos habían sufrido daños, pero aparte de eso incluso las naves más frágiles habían quedado intactas.

En el lugar en que habían estado situadas la puerta hipernética y las naves síndicas cercanas, ya no había nada. Los sensores de la flota tardaron un rato en encontrar lo que quedaba de la fuerza de defensa síndica. De las más frágiles, solo trozos demasiado pequeños como para que el sistema los identificase al momento. Por otra parte, unos restos de gran tamaño que se alejaban dando vueltas del lugar que antes ocupaba la puerta hipernética fueron etiquetados como lo único que quedaba de los dos cruceros de batalla síndicos. De los acorazados, uno también había saltado por los aires en un montón de pedazos, mientras que el otro se había partido en dos trozos que parecían estar en bastante mal estado. Mientras Geary miraba, uno de ellos explotó. O mejor dicho, vio la luz de la explosión que había tenido lugar hacía ya dos horas y media.

—Nunca sabrán qué les pasó. Estaban tan cerca de la descarga de energía que ni los escudos reforzados habrían sido suficientes.

Desjani asintió.

—Es lo que nos habría pasado a nosotros en Sancere si los cálculos de la capitana Crésida no hubiesen funcionado, ¿verdad?

—Exacto.

—En cuanto lleguemos a casa, la invito a una copa. Se lo debo.

Geary no pudo evitar reír durante un instante al sentirse liberado.

—Me parece que le debemos más que eso. Una botella de la mejor bebida que podamos encontrar. Y vamos a medias.

En la boca de Desjani se dibujó una breve y pequeña sonrisa.

—Hecho. —La sonrisa se desvaneció—. ¿Y ahora a dónde vamos?

—Dirijámonos al punto de salto de Branwyn. ¿Qué curso deberíamos seguir si mantenemos esta velocidad? —Podría haberlo mirado él mismo sin problemas, pero en aquel momento no confiaba en su capacidad para usar la cabeza.

Desjani miró al consultor de navegación, que halló rápidamente la solución.

Geary esperó un rato para asegurarse de que su voz fuese firme; luego manipuló de nuevo el circuito de comunicaciones.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza, vuelvan a su posición en la formación de flota Delta Dos. En tres cinco que todas las unidades viren a la vez a estribor ciento seis grados, cuatro grados en dirección ascendente.

En aquel momento, una vez que la onda expansiva los había sobrepasado, podían ver cómo se extendía hasta las partes del sistema estelar que todavía no había alcanzado. Era como ver una terrible imagen de antes y después. Más allá de la onda, antes de que impactase sobre las diferentes regiones, Lakota rebosaba vida y actividad, pero en cuanto se extendía a través del sistema estelar y sobrepasaba las naves y los asentamientos humanos, dejaba tras de sí un panorama de restos y muerte.

Por su parte, las cápsulas de escape síndicas habían sido aniquiladas por el pulso, destrozadas como un enjambre de mosquitos al paso de un vehículo pesado a gran velocidad. Los tripulantes que había en su interior habían muerto al instante. Un par de cargueros, que estaban demasiado lejos de ninguna parte como para encontrar un lugar donde resguardarse, habían quedado hechos pedazos. Una colonia situada en un satélite de un gigante gaseoso se había visto protegida por el mismo planeta, aunque este último había perdido una parte importante de la región superior de su atmósfera cuando el pulso lo sobrepasó. Sin embargo, la colonia fue una excepción. Otros dos asentamientos, situados en un quinto planeta, habían resultado dañados de gravedad, y un tercero localizado en otro satélite seguramente había sido destruido.

Sin embargo, había sido más duro ver los efectos de la descarga de energía sobre el planeta habitado. En el lado orientado en dirección opuesta al pulso, se habían perdido o dispersado grandes porciones de atmósfera, y las superficies de los océanos, mares, ríos y lagos se habían vaporizado en un instante. Los bosques y los campos eran pasto de las llamas, y la temperatura era tan alta que poco quedaba aparte de los restos carbonizados. Las ciudades se habían derretido, y ya no eran más que planicies formadas por los restos. El pulso había destruido los pequeños asentamientos de una forma tan despiadada que cualquier intento o tentativa se había desvanecido.

Medio planeta había muerto en cuestión de segundos.

—Existen posibilidades de que las personas resguardadas a suficiente profundidad en el lado expuesto hayan sobrevivido al impacto de la onda expansiva —informó un consultor.

—¿Y las consecuencias? —preguntó Rione.

El consultor hizo una mueca.

—Muchos estarán atrapados. Sin suministros de comida, con una atmósfera sensiblemente más delgada en todo el planeta, con toda el agua evaporada y el aire lleno de ceniza. Y va a haber tormentas terribles. No sé, señora copresidenta. Las personas que estén en los refugios podrían tener alguna oportunidad, aunque la vida va a ser tremendamente dura. A los que le alcanzó el impacto... En fin, no me gustaría estar en su situación, y tampoco intentar sobrevivir allí.

Geary asintió con la cabeza.

—Y todo eso con una descarga de energía de solo cero con trece en la escala de novas. De las descargas posibles, es bastante poco.

Desjani tenía los ojos clavados en la pantalla, con expresión severa, pero no dijo nada mientras veía la imagen del planeta destrozado.

—Al mirar todo esto —dijo Rione con voz calmada—, es difícil verlos como enemigos. Solo parecen gente que necesita ayuda.

Geary volvió a asentir, en silencio.

—¿Podemos ayudarlos de algún modo? —preguntó Rione.

Geary negó con la cabeza.

—Desafortunadamente, tengo experiencia con estas cosas. Cuando era oficial subalterno, la estrella del sistema Cirinci lanzó una llamarada que frió gran parte de las regiones del principal planeta habitado de aquel sistema estelar orientadas hacia él. —Nadie en el puente de mando del *Intrépido* parecía reconocer aquel suceso. La historia popular había olvidado aquella tragedia de hacía más de un siglo entre un mar de desastres que se habían sucedido según la guerra se descarnaba década tras década.

Geary acalló aquel conocido sentimiento que le producía verse entre extraños, con su vida perdida en el tiempo, y señaló el visor con una mano.

—Por lo que veo, lo de Cirinci no fue como esto, pero tuvimos que agotar los recursos de las organizaciones de ayuda humanitaria para saber lo que podía hacer la flota, y la respuesta fue que no demasiado. El gobierno de la Alianza tuvo que requisar muchos cargueros civiles para transportar los suministros de rescate y reconstrucción, y aun así llevó mucho tiempo. Creo que al final los únicos recursos militares que utilizaron fueron algunos transportes de tropas de gran tamaño para trasladar a los trabajadores de tareas humanitarias y recoger a los evacuados. Incluso aunque esta flota estuviese abastecida al máximo, y está lejos de estarlo, no sería más

que una gota en el océano de todo lo que los supervivientes de este sistema estelar necesitan. Y tampoco es que podamos esperar precisamente la gratitud de los líderes sindicos. Seguirán haciendo todo lo que puedan para destruirnos si seguimos aquí.

Rione suspiró.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—Diremos en cada sistema sindico por el que pasemos que aquí necesitan ayuda. —Geary señaló al panel—. Algunos mercantes sobrevivieron a la onda expansiva; se protegieron tras los planetas disponibles, ya fuese por suerte o porque recibieron el aviso a tiempo. Esas naves pueden ir a buscar ayuda.

—Sí. Le dirán a todo el mundo lo que ha sucedido aquí. —Rione miró directamente a Geary y este asintió una vez más.

Ya no era cuestión de ocultar el peligro potencial derivado del colapso de las puertas hipernéticas, sino más bien de enfrentarse al resultado de que se supiese lo sucedido en cuanto la información se extendiese a la misma velocidad que los humanos pasan la información.

Finalmente Desjani volvió a hablar.

—Los líderes sindicos. —Se giró con una mirada severa hacia Geary—. Después de lo de Sancere seguramente algunos sospechaban lo que pasaría si destruían la puerta hipernética que había aquí. Sin embargo, dieron la orden, y aparentemente no le dijeron a nadie lo que podía pasar. Si la descarga de energía hubiese sido suficientemente potente, todas las personas que había en el sistema estelar habrían muerto y nadie podría contar lo sucedido. —Volvió a mirar el visor con la imagen del planeta devastado—. Esto no es guerra, es una atrocidad llevada a cabo contra esta gente por sus propios líderes en un intento de destruir a esta flota.

No había mucho más que añadir salvo asentir de nuevo en silencio.

Desjani volvió a tomar la palabra, con tono cortante.

—Podría haber prisioneros de guerra de la Alianza en ese planeta. Es posible que hayan llevado a algunos después de los combates que hubo en el sistema hace ya casi dos semanas.

Los ojos de Geary volvieron a posarse sobre la imagen del planeta en ruinas. Se obligó a dar una respuesta.

—Si estaban en la parte del planeta que recibió el impacto, ya no podemos encontrarlos ni ayudarlos.

—¿Y si estaban en el otro lado? —Desjani se giró hacia los consultores y comenzó a dar órdenes a gritos—: ¡Quiero un análisis minucioso del planeta antes de que fuese alcanzado por la onda expansiva con el fin de encontrar cualquier rastro de campamentos de prisioneros de guerra o algún indicio de que retuviesen en alguna parte a personal de la Alianza! ¡Óptico, de comunicaciones, todo!

—Capitana, los análisis del planeta llevados a cabo antes del impacto de la onda

expansiva no revelaron ningún indicio...

—¡Hágalo de nuevo! ¡Si hay siquiera una pulga procedente de la Alianza en ese planeta quiero saberlo!

La voz de Desjani resonó en el puente de mando del *Intrépido*, que se había quedado súbitamente en silencio. Los consultores aceptaron las órdenes a toda velocidad y comenzaron a trabajar. Desjani se recostó en su asiento de capitana, mirando al visor mientras Rione la observaba con expresión sombría. Luego se marchó del puente de mando sin mediar palabra. Geary vaciló al ver la frustración y la ira que sentía Desjani ante lo que había pasado en aquel sistema estelar. Finalmente, se marchó también en silencio. A veces incluso los amigos más próximos necesitan cierta distancia.

Geary deambuló por los corredores del *Intrépido* durante un rato, apenado e inquieto. Estaba saliendo de la depresión postvictoria, fruto del inevitable coste de bajas, cuando volvió a sentirse abatido al ver la destrucción causada por el colapso de la puerta hipernética.

Los miembros de la tripulación que conocía también estaban afectados, además de algo aturdidos al ver que habían sobrevivido y salido victoriosos. Algunos días después asumirían el peso de la victoria y después se sentirían eufóricos. Sin embargo, hasta entonces, se sentirían sobre todo agradecidos por seguir vivos y tener la oportunidad de volver a casa. Parecían sobrecogerse ante su presencia más que de costumbre y, puesto que le costaba soportar aquello, Geary se retiró a su único cobijo seguro disponible.

Cuando finalmente llegó a su camarote, ansiando estar un rato a solas, vio a Rione, observando el visor estelar con actitud distante.

—Mis condolencias por las pérdidas que ha sufrido la flota —dijo casi en voz baja.

—Gracias.

Geary se sentó, con los ojos clavados en el visor. No tenía ganas de estar cerca de nadie ni de hablar de las bajas de la flota. No mientras los recuerdos de la destrucción causada por el colapso de la puerta hipernética estuviesen todavía frescos en su memoria.

—Por lo que sé —continuó Rione—, la capitana Faresa murió en la *Majestuosa*.

—Nadie consiguió salir de la nave —dijo Geary tajantemente.

—Y el capitán Kerestes murió en la *Guerrera* junto con el comandante Suram.

Aquellas palabras le remordieron la conciencia. Kerestes había permanecido en una posición ofensivamente pasiva, algo que Geary había considerado un imposible. Tenía tanto miedo de cometer un error que hacía todo lo posible para evitar hacer algo. En comparación, durante el poco tiempo que había ejercido como capitán de la *Guerrera*, el comandante Suram había conseguido motivar a su desanimada

tripulación y luchar bien.

—Tengo intención de hacer todo lo que esté en mi mano para que el comandante Suram reciba el reconocimiento que se merece como oficial al mando de esa nave. El capitán Kerestes era un cero a la izquierda.

Geary se preguntó durante un instante si Kerestes habría sobrevivido lo suficiente como para estar entre los que intentaron abandonar la nave. Era tan probable como que muriese en su camarote cuando las lanzas infernales sándicas destrozaron la *Guerrera*. Una carrera dedicada a evitar realizar cualquier acción que pudiese parecer desacertada había acabado a manos de navíos de combate a los que no les importaba en absoluto si la hoja de servicio del capitán Kerestes estaba libre de meteduras de pata o no.

—¿Y el capitán Falco?

Geary casi se estremeció al pensar en el demente capitán Falco, confinado en su alojamiento mientras la *Guerrera* luchaba por última vez. Todavía no había averiguado cómo habían sido sus últimos momentos. Ni siquiera si alguien lo sabía.

—Lo que hizo ese hombre me hizo sentir repulsa, pero esa no es forma de morir.

—Lo más probable es que estuviese a salvo y protegido en sus delirios —sugirió Rione—, creyéndose al mando de la flota, vendiendo cara su derrota, luchando heroicamente hasta el final. Sin darse cuenta de lo poco que controlaba su destino en realidad.

Geary no la miró directamente.

—¿Te estás burlando de él?

—No. A veces me pregunto cuán distintos serán los delirios de Falco de lo que tú y yo hacemos. —Hizo una pausa—. Faresa, Kerestes y él han muerto en combate. Al menos te ahorra tener que preocuparte de tres consejos de guerra si llegamos al espacio de la Alianza.

Geary perdió el control.

—¡Mierda, Victoria, si estás intentando encontrar un resquicio de luz en todo esto, me parece que no lo estás consiguiendo! ¡No estaba dispuesto a perder dos naves a cambio de que se hiciese algo de justicia con esos tres! ¡No veo una mierda de justicia en lo que le ha pasado a Falco!

Rione, ante la explosión de ira de Geary, guardó silencio durante un momento.

—Sé que has mirado sus informes de antes de que los capturasen los sándicos. Viste sus discursos. Viste cómo celebraba triunfante unas victorias en las que se perdieron docenas de importantes navíos de combate de la Alianza a cambio del mismo número de sándicos. ¿Crees que se pasaría algún tiempo, por poco que fuese, preocupándose por las pérdidas de esas naves?

—Esa no es la cuestión —respondió Geary, fríamente.

—No, claro que no. No te juzgas comparándote con gente como Falco. —Rione

suspiró lentamente—. Por lo que sé, esos tres oficiales murieron en sus naves.

A Geary ni siquiera se le había ocurrido la idea de que no fuese así.

—¿Hay algo que haga pensar lo contrario?

Ella sonrió adustamente.

—Una mente desconfiada. Creo que si la capitana Faresa hubiese tenido tiempo, sus partidarios la habrían ayudado a abandonar la *Majestuosa*. Pero nadie gozó de esa oportunidad. Los que querían utilizar a Falco podrían haberlo ayudado a salir de la *Guerrera*, pero... —Hizo una pausa—. Era un idiota y un demente, sin embargo, lo último que hizo fue rechazar la oportunidad de salir de la *Guerrera*. ¿No lo has oído? Sobrevivieron algunos testigos. Falco afirmó que su deber era quedarse en la nave, aunque es bastante difícil saber si sabía realmente lo que estaba pasando. Supongo que podemos ser magnánimos con el muerto y asumir que sí.

A Geary no le costaba nada creérselo. En su mente podía ver al capitán Falco moverse de forma rimbombante a través de los destrozados corredores de la *Guerrera*, con su experimentada expresión de camaradería y confianza dirigida hacia los oficiales y la tripulación que esperaban el fin junto a él. Un papel teatral perfecto. Y si al final había recobrado a tiempo una parte de cordura suficiente como para darse cuenta del destino que lo esperaba si volvía al espacio de la Alianza, es posible que encontrase preferible la opción de tener un final y una muerte gloriosos a la vergüenza de enfrentarse a un consejo de guerra. Tanto si lo sabía como si no, había elegido morir bien y le había dejado el sitio que ocuparía en una cápsula de escape a alguien que, gracias a eso, había sobrevivido.

—No hay vivo que sepa lo que se le pasó por la cabeza en esos momentos, así que no encuentro ninguna razón para no concederle el beneficio de la duda y asumir que fue así. —Geary frunció ligeramente el ceño al ocurrírsele una cosa—. ¿Verdad? Porque no hay nadie que viese lo suficiente y sobreviviese como para contarlo, ¿no?

Rione también frunció el ceño.

—¿Cómo pretendes que lo sepa?

—Obviamente lo habrás escuchado de boca de gente que lo vivió en persona. Tenías espías en esas naves, ¿no?

—Exacto; tenía. Uno abandonó la *Guerrera*. Ninguno de los que estaba en la *Majestuosa* lo consiguió, como habrás deducido.

Mierda.

—Debería haberme dado cuenta de que tus espías murieron junto con el resto de personas que no abandonaron las naves. Lo lamento.

Ella asintió sin evidenciar lo que sentía.

—Corren los mismos riesgos que los demás miembros de la flota.

Geary la observó detenidamente, con los nervios al límite.

—A veces te comportas como una zorra de sangre fría.

—¿Y qué pasa? ¿Tú prefieres zorras de sangre caliente?

—Joder, Victoria...

Ella levantó la mano.

—Cada uno se enfrenta al dolor a su manera. Tú y yo lo hacemos de formas muy diferentes.

—Sí, es cierto.

Miró hacia la cubierta, a sabiendas de que seguía con el ceño fruncido. Había algo más que le preocupaba, algo cuya causa todavía no había descubierto. Algo relacionado con las pérdidas de la flota de la Alianza. *Majestuosa*, *Guerrera*, *Utap*, ¿*Avanbrazo*?

Debió de sobresaltarse al venírsele aquello a la cabeza porque Rione le habló en tomo amigable.

—¿Qué pasa?

—Me acabo de acordar de una cosa. —El acorazado *Avanbrazo*, la nave a la que había sido destinado el teniente Casell Riva desde la *Furiosa*. Había sido prisionero de los síndicos durante casi diez años, luego la flota lo liberó del campo de trabajo enemigo y lo llevó a Lakota, y en aquel momento podría estar muerto. Intentó recordar cuántos tripulantes habían abandonado la *Avanbrazo* antes de que explotase. ¿Estaría Riva entre ellos? Desjani no había dicho nada, pero seguro que se había dado cuenta mucho antes que él.

—¿Qué cosa?

—Un asunto privado del personal. —Tuvo que pronunciar aquellas palabras con cuidado para que Rione les encontrase sentido—. Siento haberme puesto de esa manera. —Rione se quedó quieta durante tanto tiempo que Geary acabó levantando la mirada y la vio, observándolo—. ¿Qué?

—¿Eres capaz de seguir adelante?

—Claro.

—¿Claro? —Rione sacudió la cabeza—. Hemos sufrido bajas importantes, y sé que el desastre del planeta habitado de este sistema estelar causado por la destrucción de la puerta hipernética pesa sobremanera sobre tus hombros. Después de asumir el mando de la flota, conseguiste estabilizarte durante bastante tiempo al borde del precipicio, a punto de caer si la presión era demasiado grande. No estabas acostumbrado al tipo de bajas en combate al que se había habituado la Alianza, por lo que cada nave perdida pesaba sobre ti como una losa. Necesitabas a alguien que te animase, que te empujase a seguir, y durante un tiempo yo cumplí ese papel, tanto el de aliada a la que pedir ayuda como el de adversaria con la que enfrentarse. Pero ya no.

—¿Perdón? —Geary la analizó, intentando adivinar qué quería decir.

—¿Por qué luchas? —le preguntó Rione a la vez que giraba la cara de nuevo

hacia el visor estelar.

—Por la gente de esta flota. Por la Alianza. Ya lo sabes.

—Sé que eso son abstracciones. No conoces ni a una décima parte de la gente de esta flota. La Alianza que conociste cambió, y sé que te preocupa la manera en que tu propio hogar ha cambiado. —Rione volvió a mirar al frente—. No luchas por abstracciones. Nadie lo hace. Eso es en apariencia. Por grandes causas, por motivos importantes, dicen, pero cualquier político con un mínimo de experiencia aprende rápidamente que lo que realmente motiva a la gente son las pequeñas cosas, lo personal. Los amigos cercanos, la familia, esa pequeña zona llamada hogar. Adornan todo eso con ideales y dicen que son importantes, pero precisamente son importantes por esas razones pequeñas y cercanas. Quizá los soldados juran luchar por su bandera, pero en realidad lo hacen por el compañero que tienen al lado. Tú has encontrado algo de ese tipo, John Geary. Está en esta flota. Es una conexión personal que te da la fuerza y la determinación necesaria para continuar.

Geary la miró fijamente.

—Y dime, ¿cuál es esa conexión?

—No cuál, sino quién. Alguien que no soy yo. —Rione volvió a analizar la estrella—. Yo sé quién es, pero dudo que tú lo sepas por ahora. O quizá todavía no lo has aceptado.

—Entonces dímelo.

—No. Acabarás descubriéndolo. Entonces tendrás que enfrentarte a ello. Por ahora, tanto yo como la flota necesitamos lo máximo de ti, así que por mi parte lo acepto sin más. —Rione suspiró profundamente y se giró hacia él—. ¿Adónde vas a llevarnos?

Aquel cambio repentino de tema lo sorprendió, pero tampoco estaba interesado en continuar indagando en aquella idea de Rione sobre cuál sería su conexión personal, así que señaló el visor.

—Ya lo has oído. Nos dirigimos al punto de salto de Branwyn.

Ella arqueó una ceja.

—Eso no significa que vayas a utilizarlo. Era el objetivo de la primera vez que estuvimos en este sistema estelar. La línea más recta posible hacia el espacio de la Alianza que puedas trazar.

—Tienes razón. A los síndicos deberían quedarles suficientes combatientes importantes como para plantar cara, y sabemos que están construyendo reemplazos para las pérdidas que han sufrido pese a lo que les hicimos a los astilleros de Sancere porque tienen más en otros sistemas estelares. No obstante, después de lo que hemos hecho aquí, tendrán que reunirlos. Deberíamos poder atravesar Branwyn sin problemas, y de allí ir a Wendig. Se supone que en el primero habrá una presencia síndica mínima, y según los datos que hemos conseguido de los síndicos, el segundo

lleva totalmente abandonado casi treinta años. Desde ese sistema se nos abrirán un par de opciones, pero me inclino por ir a Cavalos. Allí hay una presencia síndica importante, por lo que probablemente no esperarán que vayamos.

Rione asintió lentamente con la cabeza.

—Entiendo. ¿Crees que las minas que los síndicos depositaron delante del punto de salto a Branwyn la primera vez que estuvimos aquí serán un problema?

—No. —Geary señaló el visor—. Las colocaron tan cerca del punto de salto que no pudieron mantenerse estables en el lugar. Ya lo sabíamos por aquel entonces, y también que tardarían un par de semanas en alejarse del punto, por lo que en aquel momento no jugaba precisamente a nuestro favor. —Hizo una pausa y se rió, afligido—. Leches, seré estúpido... La descarga de energía seguramente ha freído las minas situadas en los puntos de salto del sistema estelar. Ya no importa si siguen en el mismo sitio o no.

—Lamentablemente, seguro que tienes razón. Ojalá fuese lo único que destruyó el pulso. ¿Crees que nos encontraremos muchas minas en el sistema al que quieres ir?

—Probablemente no. Según los de Inteligencia, si nuestras estimaciones sobre la existencia de minas de los síndicos son mínimamente acertadas, las utilizaron casi todas al intentar atraparnos en Lakota o en las proximidades, por lo que tendrán que fabricar muchas más y llevarlas hasta donde esperan que vayamos antes de poder volver a intentarlo.

—Bien. —Se dio la vuelta y dirigió hacia Geary una mirada inquisitoria—. Eso con respecto a la amenaza síndica. ¿Y los alienígenas?

—No sé. —Geary frunció el ceño mientras miraba las estrellas virtuales—. Han intervenido activamente en nuestra contra, y de algún modo rastrean los movimientos de la flota, pero ahora mismo no se me ocurre nada.

—A mí tampoco. Tienes que poner sobre aviso a más personas y ver lo que se les ocurre para ayudar. —Rione advirtió claramente la sorpresa de Geary ante aquella sugerencia—. Hay oficiales de la flota en los que puedes confiar. No puedes intentar solucionar un problema como este tú solo.

—Tienes razón. Algunos ya están al tanto, pero no he tenido oportunidad de hablar de esto con el grupo.

Rione asintió con la cabeza. Aquella noticia no la cogió por sorpresa.

Geary sacudió la cabeza al reflexionar sobre las implicaciones del intento de los alienígenas de destruir a su flota. Fuesen lo que fuesen, estaba claro que su tecnología era superior a la humana.

—No estoy seguro de si debería alegrarme de no haber detectado más movimientos contra nosotros, o preocuparme por no haber descubierto nada de lo que los alienígenas están tramando.

—Yo diría que lo segundo —dijo Rione.

—No esperaba menos. ¿Algo más?

—Sí. —Rione sonrió leve y burlescamente al ver que Geary se exasperaba—. Tus enemigos internos, los oficiales de alto rango de la flota que han estado conspirando contra ti desde que asumiste el mando.

Si había algo que detestaba de verdad en aquella situación, era tener que tratar con los oficiales desleales que permanecían en la sombra.

—¿Sabes algo en particular? ¿Algo sobre sus planes?

—No, pero sé que tienen que estar preparando algo, y que pretenden actuar en no mucho tiempo.

—¿Por qué? —Geary se inclinó hacia adelante—. Algo en particular te habrán dicho tus espías para haber llegado a esa conclusión.

—¡No me han dicho nada! —Rione se acercó a él, enojada—. ¿Es que no lo entiendes? Con cada victoria, con cada sistema estelar que atraviesas y con cada paso que nos acerca al espacio de la Alianza, tu leyenda se hace más grande y tu prestigio en la flota aumenta. La derrota de los síndicos en este sistema ha sido un logro increíble, y si quieres reconocer en parte el peso que mi pequeño comentario ha tenido en esta victoria, eres libre de hacerlo, pero el mero hecho de prestar atención a esas sugerencias es algo más que digno. La flota cree en ti. Las tripulaciones de todas tus naves susurran que las mismísimas estrellas del firmamento intervinieron para evitar que la descarga de energía destruyese la flota, que intervinieron porque tú estás al mando.

Geary se quedó mirándola, aterrado. ¿Explicaba aquello la forma en que la tripulación del *Intrépido* lo había visto hacía poco?

—¿Lo dices en serio?

—Puedo enseñarte los informes que me han enviado, o puedes dar una vuelta por la nave y escuchar lo que dice la tripulación. Incluso los que no dan crédito a la intervención divina para salvarnos creen, con buenos motivos, que tu previsión de los daños y tu rápida reacción salvaron a muchas naves y personal. Los que no creían en Jack Black Geary, el mito, empiezan a creer en Black Jack Geary el hombre, y aquellos que siempre creyeron en ti tienen ahora una fe inquebrantable. Tus enemigos de la flota pueden darse cuenta de todo esto, igual que yo. Después de lo que has conseguido aquí, volver y aniquilar a una fuerza síndica que te superaba en número y que había hecho que la flota escapase, el enemigo debe de estar cada vez más desesperado. Pese a no creer en ti, tienen que estar llegando a la conclusión de que es posible que acabes llevando a esta flota a casa. Saben que tienen que desacreditarte o pararte los pies pronto, o se quedarán sin oportunidades.

Geary asintió con los ojos entrecerrados, pensativo.

—¿Qué crees que van a hacer? .

No lo sé. Es lo que intento averiguar. Pueden minar tu prestigio denunciando

escándalos personales tuyos, pero solo con eso no conseguirán sacarte del puesto de comandante de la flota. Ya no. Sus cabezas visibles, como Casia, han perdido todo el crédito, no solo por tu última victoria, sino también por sus últimas acciones. Debes asumir que los enemigos de verdad que tienes entre los oficiales de alto rango de la flota acabarán por hacerse notar. Tienen que atacar, y deben hacerlo cuanto antes. De algún modo.

—Lo dices como si fuesen a atacarme de verdad.

—Podrían hacerlo. Por suerte, en esta nave estás rodeado de los que creen en ti, sobre todo de tu capitana especial, que se sacrificaría gustosa por Black Jack. — Rione vio su reacción de enfado—. No te quejes. Estate agradecido. Ella y yo tenemos nuestras diferencias, pero ahora mismo ambas estamos comprometidas en asegurarnos de que no te pase nada.

De todas las cosas raras que habían sucedido desde que lo sacaron de la hibernación, la idea de que tanto Victoria Rione como Tanya Desjani trabajasen guardándole las espaldas era la más extraña.

—Tengo que organizar una reunión con los oficiales al mando de las naves. ¿Asistirás?

—Esta vez no —respondió Rione—. Seguiré los acontecimientos desde la distancia, pero me gustaría ver lo que dicen sin que esté presente.

Geary la miró de reojo.

—Las conferencias de la flota se llevan a cabo bajo las condiciones de seguridad más extremas. Se supone que nadie puede seguir lo que ocurre sin estar presente.

—Bueno, entonces supongo que se desvanece otra ilusión. Cualquier sistema de seguridad creado por humanos puede romperlo otro humano, John Geary. —Se acercó a la escotilla—. Estaré atenta. ¿Qué vas a hacer con el capitán Casia y con la comandante Yin?

—Todavía estoy intentando decidirlo —respondió con sinceridad.

—No tienes que ser Black Jack para ejecutarlos, ya lo sabes. Incluso el almirante Bloch podría hacerlo dando una simple orden.

—Lo sé. Es que no sé si quiero hacerlo realmente. ¿Crees que deberían ser ejecutados?

—Sí, y tan pronto como fuese posible, capitán Geary —afirmó Rione con total seriedad mientras se marchaba.

Capítulo 6

Geary entró con paso seguro en la sala de conferencias, aunque en realidad era un compartimento de tamaño normal dentro del *Intrépido*, con una mesa poco destacable fijada en uno de los laterales, el software de conferencias creaba la ilusión de que era una habitación lo bastante grande como para albergar a los oficiales al mando de cada una de las naves de la flota, dispuestos a lo largo de la mesa virtual, extendida para que entrasen todos.

Pese a que la mesa estaba rodeada de cientos de oficiales, la única persona presente físicamente en la habitación era la capitana Desjani. Los demás eran imágenes, lo que les permitía permanecer en sus naves y asistir a la reunión al mismo tiempo. Si se exceptuaba el retardo de algunos segundos que afectaba a las reacciones de los oficiales situados en las naves más alejadas, las imágenes actuaban como si los oficiales estuviesen allí realmente.

Nunca le habían gustado aquellas conferencias, y parte de lo que tenía que tratar ese día era lo suficientemente desagradable como para que aquella incluso le gustase menos de lo normal. Decidió comenzar con tono optimista y saludó con la cabeza a los oficiales reunidos.

—Me gustaría comenzar la reunión dándoles la enhorabuena a los oficiales y a los reclutas de la flota por esta gran victoria. No solo hemos vengado las pérdidas de la última vez que la flota estuvo en el sistema estelar Lakota, sino que desde los combates de Kaliban hasta aquí hemos conseguido igualar el marcador de naves perdidas por la flota desde que llegó al sistema estelar síndico. Por esa razón tienen derecho a sentirse orgullosos por los grandiosos logros alcanzados, conseguidos con el coraje y el espíritu de lucha que poseen las gentes de esta flota.

Casi todo el mundo sonrió. Geary se percató de que Casia fruncía el ceño desde la distancia, y de que la comandante Yin observaba, nerviosa, la superficie de la mesa.

—Por desgracia —continuó Geary—, no todas las personas de esta flota pueden sentirse honestamente partícipes de esta alabanza. Durante la última batalla, dos naves evitaron el combate. O mejor dicho, dos oficiales al mando evitaron el combate.

El ambiente de la sala se volvió de repente extremadamente tenso. El silencio se hizo tan intenso que parecía que el más mínimo sonido los dejaría sordos. El capitán Casia se había sonrojado. La comandante Yin, por su parte, había palidecido. Nadie más los miraba. Si alguna vez habían tenido apoyo, lo habían perdido.

Geary miró a Casia.

—Capitán Casia, desde este momento queda relevado del mando de la *Conquistadora*. Su oficial ejecutivo actual asumirá el mando en funciones. Comandante Yin, queda relevada del puesto de oficial al mando en funciones de la

Orión. El oficial de operaciones de la *Orión* asumirá el cargo de oficial al mando en funciones desde este mismo instante. Ambos serán transferidos a la *Ilustre*, donde les asignarán las tareas que el capitán Badaya considere *Oportunas*.

Había reflexionado sobre lo mejor que podía hacer con Casia y Yin, que se habían mostrado abiertamente en contra de él en las reuniones, y la idea de reunirlos en la misma nave que Badaya, que apoyaba a Geary por razones equivocadas, era lo más simple.

La comandante Yin hizo una mueca, pero al final no dijo nada. Sin embargo el capitán Casia se puso en pie y habló en voz alta.

—¡No puede relevar a un oficial de alto rango sin una buena razón!

Geary consiguió mantener un tono de voz calmado.

—Sus naves evitaron el combate. Tenían órdenes de proteger a las naves auxiliares de la flota, y en lugar de hacerlo se mantuvieron demasiado lejos como para poder protegerlas, y solo entraron en combate cuando los navíos enemigos se acercaron lo suficiente a ustedes como para constituir una amenaza para sus propias naves. Renunciaron a entablar combate con las unidades enemigas cuando, tanto por deber como por honor, deberían haberlo hecho.

—¿Me acusa de cobardía? —dijo Casia, casi gritando.

—Sí.

Aquella palabra cortó el aire y atravesó la sala. En una flota tan obsesionada con el honor, acusar a alguien de algo así abiertamente era casi impensable.

Entonces el capitán Tulev rompió el silencio que siguió a la respuesta de Geary.

—Siento verme obligado a afirmar que los informes del combate respaldan totalmente la acusación del capitán Geary.

—Si es así —dijo el capitán Armus, a la vez que se inclinaba hacia delante, tanto con el tono de voz como con la expresión severa—, y estoy de acuerdo con el capitán Tulev en que efectivamente lo es, relevar de sus cargos, sin más, al capitán Casia y a la comandante Yin, a la vista de sus acciones, es un castigo que se queda corto.

—Ejecute a los cobardes —murmuró alguien.

De repente todo el mundo comenzó a gritar, muchos secundando aquella sugerencia, y otros protestando. Geary presionó el control que le permitía silenciar a todo el mundo. En su opinión, aquella era una de las funciones más útiles del software de conferencias. Luego esperó un momento para captar de nuevo la atención.

—Estoy al tanto de que el reglamento de la flota me otorga la posibilidad de ordenar el fusilamiento de cualquier oficial que demuestre claramente cobardía ante el enemigo. —Miró de nuevo a Casia y se sorprendió al ver que no apartaba la mirada pese a que el miedo en su cara era evidente. Aunque a regañadientes, Geary sintió cierto respeto por Casia, que, a pesar de todo, no se había derrumbado.

—El reglamento de la flota exige su fusilamiento —dijo la capitana Kila, la oficial al mando de la *Inspiradora*. ¿Por qué habría decidido hablar finalmente en una reunión de la flota?

Fuese cual fuese la razón, lo había desafiado, con la intención de que actuase de un modo que no quería. Geary negó con la cabeza.

—Eso es incorrecto.

Aparentemente, Kila no se enfadó sino que se sorprendió.

—El reglamento al respecto es claro y no presenta excepciones. —Los oficiales asintieron a lo largo de la mesa. La comandante Yin parecía a punto de desmayarse.

Geary volvió a negar con la cabeza.

—Seguramente todos los oficiales de la flota están al tanto de la norma en vigor número treinta y dos, ¿verdad? «En cualquier situación, el comandante de la flota puede ejercer su derecho a tomar una decisión propia y adoptar las medidas necesarias y pertinentes haciendo caso omiso de las regulaciones precedentes, siempre y cuando dichas medidas no violen las leyes de la Alianza ni el juramento realizado por el comandante de la flota de defender a la Alianza contra todo enemigo interno o externo.»

—Pero ¿se pretendía que pudiese aplicarse a un caso como este? —quiso saber el capitán Armus.

—Le aseguro que sí. —Geary volvió a mirar a lo largo de la mesa—. El reglamento de la flota se adoptó hace unos cien años. Por aquel entonces yo era teniente, y tuve que asistir a reuniones de los oficiales que redactaron ese nuevo reglamento.

La capitana Kila se disponía a hablar pero cambió rápidamente de idea.

Para sorpresa de Geary, fue Crésida quien tomó la palabra.

—Señor, admito que tiene derecho a apartarse de la regulación en este caso, pero no entiendo por qué iba hacerlo. ¿Por qué ser misericordioso con oficiales cuyos errores han contribuido a perder otras naves? Si hubiesen apoyado a la *Guerrera* y a la *Majestuosa*, podrían haber sobrevivido a la batalla, y eso sin tener en cuenta a los cruceros y a los destructores que se perdieron defendiendo a las auxiliares.

Era una pregunta bastante acertada.

—Voy a ser claro, capitana Crésida. He decidido no ordenar el fusilamiento de esos dos oficiales porque no he querido ser misericordioso.

Aquellas palabras produjeron sorpresa y desconcierto en las personas que había en la sala, incluyendo a Crésida.

—¿Cómo que no ha querido ser misericordioso?

—No. —Geary miró a Casia y a Yin—. Enviar a estos dos oficiales a los brazos de sus antepasados sería acabar con su sufrimiento en este mundo. Sin embargo, mientras vivan, tendrán que verse las caras con algunos de los oficiales y los

tripulantes a los que les fallaron. Oficiales y tripulantes que saben lo que hicieron. Durante lo que les queda de vida, tendrán que verse las caras con los que saben que decidieron actuar como unos cobardes.

Después de aquellas palabras se hizo un largo silencio, hasta que Tulev volvió a hablar.

—Capitán Geary, ¿está seguro de que esos dos oficiales sentirán el desprecio y la reprobación con tanta severidad como lo haríamos usted o yo? ¿O por el contrario se sentirán simplemente agradecidos porque sus vidas no se hayan puesto a disposición del cumplimiento del deber o del castigo por los errores cometidos?

Otra buena pregunta. Geary volvió a mirar al lugar que ocupaba Casia, que lo observaba con ojos de angustia, y a Yin, que casi temblaba mientras evitaba las miradas de los demás.

—¿Le parece que estén agradecidos, capitán Tulev?

Armus frunció el ceño al mirarlos.

—Sugiero que se les permita defenderse, capitán Geary. Me gustaría oír qué es lo que ellos quieren.

—Su petición es razonable, capitán Armus, y a la vista del servicio que ha prestado, no tengo inconveniente en conceder lo que pide. —Armus había sido como una piedra en el zapato de Geary más de una vez, pero durante el combate lo había hecho bien, y con honor. Armus no pudo ocultar su satisfacción ante la respuesta de Geary mientras este se giraba hacia Casia.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué castigo considera adecuado?

Casia miró a lo largo de la mesa, reunió fuerzas y volvió a mirar a Geary.

—Solicito la ejecución del oficial de la flota. Me acusa de cobardía, y veo en los ojos de muchos de mis compañeros que están a favor. Les demostraré que no tienen razón cuando me enfrente al pelotón de fusilamiento.

Otro hecho sorprendente. Geary analizó las expresiones de los demás oficiales, y vio en sus caras que estaban de acuerdo. Era lo que querían.

Bajó la mirada un momento, preguntándose por qué le resultaba tan difícil tomar una decisión que tanto la normativa como el honor y los oficiales de la flota apoyaban. Le había dado muchas órdenes a la flota, y había mandado muchas veces a las naves a batallas en las que constantemente la muerte era uno de los resultados posibles. Solo en el último combate habían muerto doce tripulantes a bordo del *Intrépido* por las órdenes que había dado. Sin embargo, aquello era distinto. Aquello era ordenar deliberadamente que un oficial muriese.

Geary volvió a alzar la mirada. Casia esperaba la decisión, con unos ojos que suplicaban: déjeme morir con honor.

—Muy bien. —Geary asintió lentamente con la cabeza—. Acepto su petición, capitán Casia. Apruebo su ejecución mediante fusilamiento.

En la boca de Casia se formó una sonrisa siniestra.

—En Lakota. Quiero que sea antes de que la flota abandone Lakota.

—Muy bien —repitió Geary—. Coronel Carabali, por favor, busque voluntarios entre sus infantes de marina para formar el pelotón de fusilamiento. —Entonces suspiró profundamente y clavó su mirada en la comandante Yin—. ¿Comandante, también quiere defenderse?

Geary pensó que acabaría por derrumbarse, pero de repente se puso en pie de un salto.

—¡Seguía órdenes! —dijo gritando.

Aquellas palabras dejaron perpleja a la sala, y se hizo el silencio.

—No las mías —dijo finalmente Geary.

—¡Usted no está capacitado para comandar a la flota! —dijo Yin, con los ojos como platos—. ¡Solo es la cabeza visible de los que lo usan en contra de la Alianza! ¡Quieren llevarlo a casa con el crédito que le otorgan todas estas victorias y ponerlo de dictador! A usted y a su... a su compañera.

No había pasado mucho tiempo desde la última vez que atacaron a la copresidenta Rione, por lo que a Geary no le extrañó que Yin volviese sobre el tema. Luego se dio cuenta de que todos los presentes en la reunión miraban o intentaban claramente evitar mirar a la capitana Desjani. Ella, por su parte, tenía la mirada fijada en Yin. Si los ojos de Desjani fuesen baterías de lanzas infernales, de la comandante Yin no habrían quedado más que cenizas a la deriva.

Estaba claro que los rumores de que mantenía una relación con Desjani no habían desaparecido. De todos modos, tampoco había ninguna manera aceptable de ocuparse de ello en aquel momento. Por lo tanto, Geary se centró en el resto de la acusación de Yin. Pensaba que el principal motivo que tenían los que se oponían a que estuviese al mando de la flota era que simplemente no les gustaba, o que no creían en él. Sin embargo, si lo que decía Yin era cierto, algunos de ellos temían que Geary, o los que lo apoyaban, pretendiesen derrocar el gobierno de la Alianza. Era posible que sus enemigos actuaran en contra de él por razones que respetaba.

Todavía estaba reflexionando sobre aquello cuando, de repente, el capitán Duellos comenzó a hablar.

—Comandante Yin, ¿quién le dio las órdenes si no fue el capitán Geary?

Ella se estremeció, tragó saliva y respondió, vacilante.

—El capitán Numos.

—El capitán Numos está arrestado —dijo Duellos—. No puede dar órdenes, ya lo sabe.

—¡Sé que tanto el arresto como las órdenes dadas en relación con él fueron ilícitas!

El comandante Neeson, de la *Implacable*, tomó la palabra, desconcertado.

—¿Sigue aplicándose la acusación de cobardía ante el enemigo si la comandante Yin afirma que seguía órdenes que consideraba legítimas?

—Sabía que no lo eran —respondió el capitán Badaya, de la *Ilustre*—. La comandante Yin tenía que ser consciente de ello.

—Pero si dice que evitó actuar por esa razón, no es lo mismo que cobardía, ¿no? —Neeson parecía estar frustrado.

Geary dio un puñetazo en la mesa para captar de nuevo la atención de Yin.

—Comandante, entiendo que afirma haber evitado entablar combate con el enemigo siguiendo las órdenes del capitán Numos. ¿Rechaza entonces la acusación de cobardía?

Yin estaba temblando, pero aun así consiguió decir una palabra.

—Sí.

Tulev sacudió con la cabeza.

—Eso sigue siendo desobediencia ante el enemigo, lo cual constituye un delito penado con la ejecución.

Entonces comenzaron a escucharse conversaciones en voz baja a lo largo de toda la mesa. Eran los oficiales discutiendo sobre el tema. Geary reflexionó al respecto durante un momento.

—Comandante Yin, aquí hay cuestiones difíciles de dirimir. No estoy seguro de ordenar la ejecución de un oficial bajo circunstancias en las que podría pensar que sus acciones estaban justificadas. —Todo el mundo escuchaba atento lo que decía—. Sin embargo, usted misma ha admitido que violó las órdenes que le di, no solo en el campo de batalla sino también al consultar al capitán Numos. Solo por eso relevarla de su puesto está más que justificado. Sin embargo, no voy a ordenar unilateralmente la ejecución de un oficial que afirma creer que su comportamiento estaba motivado por el deber. Permanecerá bajo arresto, comandante Yin, hasta que esta flota vuelva al espacio de la Alianza, y allí, en un consejo de guerra, se presentarán las acusaciones pertinentes en su contra. En el consejo podrá defender sus acciones y recibir la justicia que un juzgado formado por sus iguales considere adecuada.

Nadie objetó nada. El capitán Armus frunció el ceño, y luego asintió de mala gana. La comandante Yin volvió a sentarse, aunque más bien pareció dejarse caer en el sitio al fallarle finalmente las piernas.

Geary se giró hacia el capitán Casia.

—Capitán Casia, ¿fueron sus acciones al mando de la *Conquistadora* durante la última batalla el resultado de las órdenes emitidas por alguien distinto al comandante de la flota?

Casia vaciló, pero finalmente negó bruscamente con la cabeza.

—Soy el único responsable de mis actos.

¿Por qué tenía que mostrar un comportamiento admirable precisamente en

aquellos momentos?

—Está bien. Coronel Carabali, informe a sus infantes de marina a bordo de la *Conquistadora* y la *Orión* de que deben arrestar al capitán Casia y a la comandante Yin y prepararlos para que sean transferidos a la *Ilustre*. Capitán Casia, comandante Yin, por favor, abandonen la reunión.

Casia miró a la mesa durante un momento con expresión desafiante, tocó los controles de su panel y desapareció. La comandante Yin, cuya mano temblaba claramente, hizo lo mismo rápidamente.

Después de aquello, discutir los movimientos de la flota parecía mucho menos interesante. Geary hizo aparecer en el visor estelar una imagen en tres dimensiones del espacio cercano que emergía sobre la mesa.

—Vamos a sacar partido de la ventaja que hemos cosechado aquí para avanzar hacia el espacio de la Alianza. Nuestro siguiente objetivo será Branwyn. No espero que encontremos resistencia, pero debemos estar preparados para enfrentarnos a minas colocadas en el punto de salto o a una posible fuerza síndica que intente entorpecer nuestro paso. —Señaló hacia delante, hacia una tenue estrella roja situada a unos cuantos años luz de Branwyn—. Después, nos dirigiremos a Wendig. Se supone que ese sistema está totalmente abandonado. A menos que suceda algo inesperado allí, seguiremos en dirección a Cavalos.

—¿Por qué no a Sortes? —pregunto el capitán Armus.

Geary señaló el sistema estelar en cuestión.

—Porque tienen una puerta hipernética síndica. Hemos causado muchas bajas en los síndicos desde lo de Kaliban, pero ahora andamos escasos de suministros, y muchas de nuestras naves están dañadas. Prefiero evitar combates importantes hasta que nuestras auxiliares tengan tiempo para fabricar todas las células de combustible, munición y piezas de repuesto que puedan con las materias primas que hemos conseguido aquí, y hasta que los navíos de combate hayan tenido tiempo para reparar tantos desperfectos como sea posible.

—Pero aun así podríamos intentar usar la puerta hipernética para volver a casa —dijo Armus. Parecía que el elogio que acababa de recibir no era suficiente como para que aceptase sin rechistar los planes de Geary.

—Creo, capitán Armus —comenzó a decir Geary pacientemente—, que los síndicos se asegurarán de tener los medios suficientes disponibles como para destruir la puerta hipernética antes de que la alcancemos.

—Pero merece la pena intentarlo, ¿no? —Nadie respondió, por lo que Armus frunció el ceño y miró a su alrededor, impaciente—. Hemos sobrevivido sin problemas al colapso de la puerta hipernética de este sistema.

—Hemos tenido muchísima suerte —afirmó la capitana Crésida—. Es posible que la próxima vez todas y cada una de las naves de la flota sean destruidas.

Duellos asintió.

—Y eso sin mencionar lo que el colapso de la puerta le ha hecho a este sistema. Hablo por mí y solo por mí, pero lo sucedido aquí es más que suficiente para mi conciencia.

—¿Cree que los síndicos seguirán las órdenes de destruir más puertas después de lo que ha pasado en este sistema? —preguntó el comandante Neeson.

—Diría que depende de lo que sepan de lo que pasó en Lakota —dijo Duellos—. Y si se lo creen o no. Algunas naves civiles síndicas que sobrevivieron ya se dirigen a los puntos de salto para extender la noticia y buscar ayuda, pero debemos asumir que los líderes síndicos van a intentar minimizar el desastre que acaba de tener lugar, censurar las noticias tanto como sea posible, y que aunque lleguen al punto de admitir que algo ha pasado, nos culparían a nosotros.

—Nos han enseñado un arma —dijo la capitana Kila, tomando la palabra de nuevo—. Podemos utilizarla. Si enviamos destacamentos para destruir las puertas hipernéticas de cada sistema estelar síndico por el que pasemos cerca, podríamos...

—Podríamos morir —dijo el capitán Tulev, interrumpiéndola—. Ya ha visto lo que le ha sucedido a los navíos de combate síndicos que destruyeron la puerta hipernética de este sistema. ¿Cuántas misiones suicidas debemos mandar hasta acabar con los síndicos?

—Podemos buscar voluntarios —dijo con tranquilidad—. Esta es una oportunidad sin precedentes de infligir un daño incalculable a los Mundos Síndicos.

—¿Daño? —El comandante Landis, de la *Valiente*, sacudió la cabeza—. Quiero tanto como cualquiera de nosotros que esos cabrones síndicos sufran, pero eliminar un sistema estelar de golpe...

—Usted ya ha bombardeado planetas síndicos —señaló el capitán Armus.

—Sí, es cierto —asintió Landis—, pero esta vez es distinto. Me he sentido mal viendo lo que ha sucedido, y no me avergüenzo de admitirlo. He luchado al máximo por la Alianza, y les aseguro que lo seguiré haciendo mientras sea necesario, pero no quiero ver cómo le sucede algo así a otro planeta habitado, sea nuestro o suyo.

Los labios de Kila se arquearon hasta dibujar una pequeña sonrisa.

—Está bien, comandante. De todos modos estoy segura de que no tendremos problemas para encontrar voluntarios suficientes.

—Aunque pudiésemos encontrar voluntarios —dijo Geary cortando la conversación—, no aprobaré ni permitiré que se realicen misiones suicidas mientras esté al mando de esta flota.

Entonces Vendig, al mando de la *Ejemplar*, habló rápidamente.

—Podríamos usar naves robóticas, tripuladas por inteligencias artificiales. Sacaríamos a las tripulaciones y...

Un coro de protestas ahogó la voz de Vendig. Una de esas protestas se escuchó

por encima de las demás.

—¿Lanzar inteligencias artificiales armadas para destruir sistemas estelares ocupados por humanos? ¿Usted escucha lo que está diciendo?

El capitán Badaya negó con la cabeza y tomó la palabra durante el silencio que siguió a aquel alboroto repentino.

—El comandante Landis ha puesto sobre la mesa una verdad desagradable. Lo que le ha pasado a Lakota podría pasar en cualquier sistema estelar de la Alianza que posea una puerta hipernética. Si nuestra gente ve los registros de lo que pasó en este sistema estelar, exigirán que se apague nuestro propio sistema hipernético. ¿Quién querría una bomba como esa delante de casa?

—La hipernet no puede apagarse sin más —terció la capitana Crésida—. Es una red de energía estabilizada con mucha delicadeza. No se puede apagar así por las buenas.

—¿Por qué coño la habremos construido? —se preguntaron algunos.

Por alguna razón todos miraron a Geary. Él les devolvió la mirada.

—A mí no me pregunten. Yo me he hecho esa misma pregunta, y tampoco andaba por aquí cuando la construyeron. No obstante, tenemos que enfrentarnos a ese hecho, al igual que los síndicos.

—Tiene que haber una salida —insistió el comandante Neeson—. Mientras esas puertas sigan operativas, son un arma potencial. Si descubriésemos un modo de utilizarlas como armas sin que a la vez sean una amenaza para nosotros, los síndicos no se atreverían a... —Hizo una pausa, dubitativo, y miró a su alrededor—. Ellos también podrían descubrirlo. El potencial destructivo de las puertas hipernéticas está muy por encima de cualquier arma que nosotros o los síndicos hayamos tenido en nuestro poder hasta ahora. Tanto ellos como nosotros podríamos exterminarnos mutuamente.

Al final, las cartas se habían dispuesto sobre la mesa. Geary asintió con la cabeza.

—Sí, también lo he pensado. ¿Quién querría empezar una guerra que conduciría a una extinción de la especie? ¿Capitana Kila?

Kila miró fijamente a Geary pero no dijo nada.

El capitán Tulev señaló con un dedo el visor estelar.

—Enséñenoslo, por favor, capitán Geary. Cargue la grabación de lo que sucedió después de que la puerta hipernética colapsase.

No quería volver a verlo, ni siquiera una representación, pero Geary acabó cargando la grabación y reproduciéndola a cámara rápida de modo que la onda expansiva atravesase la imagen del sistema estelar Lakota en unos treinta segundos.

Todo estaba en silencio cuando terminó la grabación. Entonces Tulev señaló la imagen en la que se acababa de ver el sistema estelar hecho trizas.

—Podríamos enviárselo a los síndicos. No tienen nada parecido puesto que sus

sensores quedaron destruidos por el pulso de energía. Enviémoslo a las naves que están abandonando el sistema en busca de ayuda y a todas las demás que podamos, y asegurémonos de que puedan hacer lo mismo.

—¿Para que sepan todavía antes lo que pueden hacer las puertas hipernéticas? —preguntó Armus sarcásticamente.

—No necesitan que se lo digamos —respondió Crésida—. Ya tienen datos de lo que sucedió en Sancere, e incluso la persona menos brillante puede comprobar el daño que ha sufrido Lakota Tres, calcular la energía necesaria para producir ese efecto, y analizar la órbita y la rotación del planeta para confirmar que el impacto procedía del lugar en el que estaba la puerta hipernética. Sin embargo, si les enviamos ahora la información que tenemos, de la cual podemos omitir cualquier dato sobre el colapso de la puerta que queramos intentar ocultarles, quedará demostrado que no somos los causantes de la destrucción. —Eché un vistazo a la mesa—. Mi reputación, como en el caso del comandante Landis, habla por sí misma. No quiero que me culpen de lo que ha sucedido aquí. Ha sido pasarse de la raya. Mataré tantos síndicos como sea necesario para ganar la guerra, pero no quiero acabar con sistemas estelares enteros.

—Exacto —dijo Tulev en la misma dirección—. Es importante que los síndicos sepan que no hemos sido nosotros para que la población no exija represalias de ningún tipo. Y también es importante el impacto que tendrá en su población. —Señaló de nuevo el visor estelar—. Acabarán viéndolo, por todas partes, hagan lo que hagan sus líderes para intentar ocultarlo. Verán lo que le puede pasar a un planeta con una puerta hipernética en casa. ¿Qué les dirán entonces los líderes síndicos? Intentarán echarnos la culpa, y la gente de los sistemas estelares con puertas hipernéticas tendrán miedo de que les hagamos lo mismo a sus planetas. Si sus líderes intentan convencerlos de que pueden detenernos, la gente querrá saber por qué no lo hicieron en Lakota. Si le dicen a los suyos que no tienen que temer ataques de este tipo llevados a cabo por la Alianza porque ella no ha sido, querrán saber cuál fue entonces la causa.

Todos reflexionaron sobre aquello a la vez que comenzaban a aparecer sonrisas sombrías en muchas de las caras.

—Estarán en una posición de la que no podrán escapar —dijo Badaya, de acuerdo con lo expuesto—. Es una sugerencia realmente brillante, capitán Tulev. Provocará una preocupación importante en la población de todo el espacio síndico y pondrá en graves aprietos a sus líderes, que tendrán que lidiar con un miedo en masa a las puertas hipernéticas.

El comandante Neeson, que parecía preocupado, negó con la cabeza.

—¿Y qué pasará cuando nuestra gente se entere? No podemos evitar que la noticia cruce la frontera hacia el espacio de la Alianza. Tendremos que enfrentarnos a

los mismos problemas.

—Nuestros líderes tienen que saber que existe este problema —afirmó el capitán Badaya, echando una mirada llena de significado a Geary. En lo que respectaba a aquel oficial, Geary debería ser el único líder de la Alianza, un dictador apoyado por gran parte de aquella flota. Las obsesiones de Yin no eran tan infundadas después de todo, aunque Geary no quisiese saber nada de aquella idea.

—También tenemos que decidir qué hacer —continuó Badaya— antes de que los síndicos decidan atacar nuestras puertas.

Geary frunció el ceño, preocupado de nuevo por lo que los líderes electos de la Alianza podrían decidir. Entonces vio a la capitana Crésida asintiendo.

—Creo que podemos aplacar la amenaza —afirmó—. He estado pensando... Tenemos dos resultados experimentales en los que basarnos, los únicos casos conocidos de colapso de una puerta hipernética. Esta flota es la única que tiene en su poder todos los datos resultantes de la observación de ambos incidentes. Con esos datos, podría perfeccionar el algoritmo de selección que usamos en Sancere, y hacerlo más fiable y preciso a la hora de minimizar la emisión de energía resultante del colapso de las puertas.

—¿Y eso qué tiene de bueno? —preguntó Badaya—. No podemos acercarnos lo suficiente a una puerta síndica como para detenerlos a tiempo, y tampoco queremos destruir las nuestras.

—Pero si los síndicos intentan hacer colapsar una de las nuestras —le respondió Crésida—, y hemos puesto cargas que se autodestruyan en todos los ronzales de las puertas, unidas a un programa automático de colapso controlado que se activaría si la puerta sufre el suficiente daño...

Una onda de alivio se hizo casi palpable.

—¡Podríamos asegurarnos de que ninguna de nuestras puertas destruya su sistema!

—Es posible —dijo Geary, cauteloso—, pero no sabemos lo fiable que sería el algoritmo puesto que solo disponemos de dos colapsos en los que basar los cálculos. Si al final no es tan fiable como esperamos, seguro que no nos gustará comprobarlo de la manera más dura. Además, llevará tiempo tener el diseño terminado, aprobado e instalado en todas las puertas hipernéticas al alcance de los síndicos.

La capitana Crésida hizo una mueca, aunque acabó asintiendo.

—Es cierto, señor.

—Pero es mejor que nada —añadió Tulev.

—Mucho mejor —dijo Geary, de acuerdo—. Capitana Crésida, por favor, continúe trabajando en la idea. Si podemos ofrecer esa solución cuando volvamos al espacio de la Alianza, seremos capaces de proteger nuestros hogares de lo que ha sucedido aquí. —Sus ojos volvieron al visor estelar y se percataron de todo el camino

que les quedaba. La flota todavía andaba escasa de suministros, seguía siendo perseguida por fuerzas síndicas que podrían acabar con ella si la cogían en mala posición, y le quedaba mucho espacio por recorrer para salir de territorio enemigo.

No pareció preocuparle a nadie. Nadie cuestionó que Geary utilizase la expresión «cuando» volvieran en lugar de «si» volvieran. Estaba nervioso, pues temía el hecho de que su flota, o al menos la mayoría de ella, estuviese dispuesta a hacer lo que le pidiese en aquel momento, segura de que lo que Geary ordenase llegaría a buen puerto. Aquello estaría bien si fuese algún tipo de genio, pero ya había cometido un montón de errores. Antepasados, quiero que confíen en mí, no que tengan fe ciega. Lamentablemente, sentían por él las dos cosas, tanto si lo quería como si no, y eso se sumaba a la angustia que le producía ordenar la ejecución de Casia.

—Gracias —dijo Geary—. Les doy las gracias de nuevo a ustedes y a sus tripulaciones por haber conseguido el tipo de victoria que se recordará mientras dure la Alianza. —Vio a Duellos y a Badaya mirándolo, lo cual significaba que tenían intención de quedarse después de que terminase la reunión para hablar en privado. Sin embargo, en aquel momento no estaba preparado y negó con la cabeza hacia cada uno de ellos para indicarles que hablarían más tarde—. Nos vemos en el sistema estelar Branwyn.

Las imágenes desaparecieron y la sala pareció encogerse a una velocidad increíble. Geary se dejó caer pesadamente en cuanto desapareció la última imagen, con los ojos clavados en el visor estelar, preguntándose durante cuánto tiempo más podría evitar cometer un error fatal para toda la flota; preguntándose si realmente sería capaz de desactivar aquellas puertas hipernéticas bomba con las que los misteriosos alienígenas habían conseguido engañar a los humanos para que las colocasen en las partes del espacio que ocupaban.

—Lo conseguiremos.

Geary se había olvidado de que Desjani estaba presente físicamente, por lo que no se dio cuenta de que estaba en la misma sala, mirándolo.

—Sé que es duro, señor, pero ha conseguido traernos hasta aquí —señaló el visor.

—No puedo hacer milagros —dijo con un tono de voz apagado.

—Si usted nos guía de la forma adecuada, será la flota la que haga los milagros. Ya lo ha visto en Lakota.

Él se rió durante un instante.

—¡Ojalá pudiese creérmelo! Aunque es verdad que la flota hizo un trabajo extraordinario. No tengo nada que discutir ahí. —Luego la sonrisa desapareció y se giró hacia las estrellas.

—Casi cometo errores letales la primera vez que estuvimos en Lakota. No puedo permitirme cometer más, y eso me asusta, Tanya.

—No tiene que ser perfecto.

—¿No es lo que esperan las estrellas del firmamento de mí? —preguntó Geary a la vez que sentía que se tensaba su tono de voz.

Ella frunció el ceño.

—No soy lo suficientemente sabia como para saber lo que esperan, pero sí lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que no habrían elegido a un humano si quisiesen la perfección. Señor, normalmente ganar consiste en cometer menos errores que el enemigo, o levantarse más veces cuando lo derriban. Y usted hace ambas cosas.

Él la miró con ojos inquisitorios.

—Gracias. Soy consciente de que me ha dicho algunas veces que sabe que soy humano, pero otras sigo pensando que espera que sea alguna especie de deidad perfecta.

Desjani frunció todavía más el ceño.

—Eso sería blasfemia, señor, además de injusto para usted.

—¿Y aun así cree que puedo hacerlo? —Una cosa era que Desjani dijese eso creyendo que era perfecto, y otra que supiese que no lo era y pese a todo creyese en él. Si era así, significaba mucho más.

—Sí, señor. —Miró hacia abajo durante unos instantes—. Mis antepasados me dijeron que confiase en usted, que nuestro destino era... servir juntos.

Tardó un momento en responder, intentando asegurarse de decir lo correcto.

—Me alegro de que sirvamos juntos. Ha sido valiosísima.

—Gracias, señor.

No sabía por qué, pero de repente sintió la necesidad de cambiar de tema.

—La *Avanbrazo* fue destruida en combate, pero he comprobado que el teniente Riva pudo escapar. Ahora mismo está a bordo de la *Inspiradora*.

—Seguro que allí será feliz —respondió Desjani, con un tono de voz mucho más frío—. Hay algunas oficiales atractivas en esa nave, y eso suponiendo que esta vez no lo intente con una recluta. —Vio la reacción de Geary y se encogió de hombros con total indiferencia—. El teniente Riva cortó todos los lazos que lo unían a mí hace una década, señor, aunque no me di cuenta de verdad hasta hace poco. Lamento cualquier pérdida de un miembro de la flota de la Alianza, pero en lo personal, no me importaría no volver a escuchar su nombre.

—Perdón —dijo Geary—. Por sacar el tema, quiero decir.

—No pasa nada. He aprendido mucho sobre los hombres desde que tuve una relación con él, mucho sobre cómo deben ser. —Miró hacia abajo y se mordió un labio—. Pero estábamos hablando de volver a casa, sobre si sería capaz de hacerlo.

—Sí.

Ella debió de notar la falta de entusiasmo en el tono de Geary, y de algún modo supo a qué se debía.

—Sigue siendo su hogar, señor.

—¿Seguro? —Geary se quedó en silencio de nuevo, pero sabía que Desjani esperaba que añadiese algo más, como si supiese que tenía más que decir—. ¿Cuánto ha cambiado en un siglo? La gente que conocía ya no está. Saludaré a sus hijos ancianos y a sus nietos. Los edificios que vi nuevos, serán viejos. Los que vi viejos habrán sido derribados, y en su lugar habrá otra cosa. En esta nave me gusta fingir que no ha pasado tanto tiempo, pero cuando vuelva al espacio de la Alianza, vaya a donde vaya, habrá cosas que me recuerden que mi hogar ya no está.

Desjani suspiró.

—No le faltarán amigos.

—Sí, sí que me faltarán. Lo que no me faltará es gente que quiera estar cerca de Black Jack Geary —dijo, dejando que la amargura que sentía se notase en su tono de voz—. No estarán interesados en mí, sino en el gran héroe que creen que soy. ¿Cómo puedo evitarlo? ¿Cómo puedo llegar a conocer a alguien si eso me va a perseguir vaya adonde vaya?

—No será fácil —dijo Desjani, admitiéndolo—, pero la gente acabará conociéndolo. Tal y como han hecho las personas de esta flota. Verán quién está más allá del héroe, y veo cómo reacciona cuando se lo digo, y lo siento, pero es un héroe. Todos los de esta flota estarían muertos o en campos de trabajo síndicos desde hace tiempo si no fuese por usted. Es algo que tiene que admitir.

—Todavía puedo cometer un error tan grave como para que pase algo así —dijo Geary—. Mire, ojalá no me llamase héroe.

—La flota sabe...

—No, la flota no. Tú.

Desjani permaneció en silencio durante un momento, luego asintió con la cabeza.

—Necesita poder huir de eso a veces, lo entiendo. Pero creo que será feliz cuando vuelva a casa. Conocerá a gente, y la gente acabará conociéndolo a usted —repitió Desjani—. De igual forma que algunos lo conocen ahora.

—Ya. Hay gente en la flota que me conoce. Gente de la que me tendré que separar. —Esta vez, ella no contestó, y Geary alzó la vista para ver a Desjani observando la cubierta, con expresión firme, ocultando los sentimientos. Era la primera vez que pensaba en serio sobre el hecho de dejarla, o no verla todos los días, y eso le hacía sentir como si le diesen un puñetazo en la boca del estómago. Geary se preguntó cuál sería su expresión cuando se dio cuenta de eso—. Tanya...

—No, por favor. Solo lo haría más difícil.

No estaba seguro de lo que había querido decir, pero sabía que tenía razón.

—Está bien.

—Tendrá a la copresidenta Rione —dijo Desjani de repente.

—No, ya no la tengo ahora. No de ese modo. —Hizo una mueca, esperando no

haber parecido insensible—. Nos utilizamos. Yo necesito a alguien que mantenga una posición escéptica con respecto a mí, y que esté dispuesta a contarme abiertamente sus dudas; y ella necesita... bueno, no sé lo que necesita.

Desjani habló muy bajo.

—Parece que le ha dado lo que quiere.

A Geary le costó bastante no estremecerse. Desjani había dado en el clavo. De pleno. ¿Por qué tenía sexo con una mujer si ni siquiera estaba remotamente seguro de cuáles eran sus sentimientos hacia él?

—Últimamente no. Aunque a lo mejor debería dejarlo del todo.

—Si la flota lo necesita...

—Esa es una buena justificación, ¿no? Justo el tipo de abuso de poder que se supone que evito.

Ella sonrió brevemente.

—Sí.

—Tampoco es que a Rione y a mí nos vaya tan bien. Sobre todo cuando... — Geary dejó de hablar al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir: «Cuando se pone celosa por tu culpa».

Sin embargo, Desjani en aquel momento parecía más distante, como si hubiese escuchado cómo terminaba la frase.

—No le he dado razones para eso. Ni usted.

—Parece que ella no piensa lo mismo —dijo, frustrado—. Y el resto de la flota igual, aparentemente. ¿Qué vamos a hacer, Tanya?

Desjani era consciente de que en aquel momento no se refería a los síndicos ni a la flota. Miró hacia una esquina de la sala durante un rato antes de responder con un tono de voz tranquilo y controlado.

—No podemos hacer nada, señor.

—No, no podemos. —Aquel «señor» claramente marcado ponía de manifiesto sus posiciones. Ella era su subordinada, y él su comandante, y no había nada que hacer al respecto. Geary miró hacia abajo, intentando entender lo que sentía, y deseando que Desjani no hubiese caído en los juegos políticos que lo rodeaban.

—Lo siento.

—Gracias —respondió ella—. Yo también lo siento.

Solo después de que Desjani se hubiese ido se preguntó por qué lo sentía ella exactamente, y lo hizo solo entonces porque no estaba totalmente seguro de haberlo dicho del modo que creía haberlo dicho.

—Capitán Geary, al habla la capitana Desjani. Ha habido algunos problemas con el recuento de los prisioneros liberados de la Audaz debido al combate posterior y a las pérdidas de algunas de las naves que participaban en el rescate, pero ya hay

disponible una lista preliminar. Actualmente se está trabajando en su comprobación y se espera que esté terminada antes de que alcancemos el punto de salto a Branwyn.

Geary sintió cierta liberación al escuchar aquella noticia, que le recordaba que había conseguido rescatar a algunos de los tripulantes de la Alianza que habían sido capturados durante los primeros combates en el sistema estelar Lakota, todo aquello a la vez que alcanzaba el control de comunicaciones de su camarote.

—Gracias, capitana Desjani. No era necesario que me mantuviese al tanto de eso. No es mi oficial adjunto. —Tampoco tenía un oficial adjunto, claro estaba. Las costumbres del almirante Bloch habían muerto con él en el sistema nativo síndico, y Geary no quería sacar a ningún oficial de sus importantes tareas al cargo de las naves. Además, los sistemas automáticos de los que disponían podían hacer prácticamente todo el trabajo de los adjuntos.

—Me alegra poder ayudar en lo que pueda, señor.

Geary sonrió y cortó la conexión. Luego se giró para ver a Victoria Rione, que lo miraba con expresión inquisitoria. Había ido al camarote para hablar sobre la reunión de la flota que había observado sin asistir, pero fueron interrumpidos por el aviso de Desjani.

—¿Y bien? —preguntó—. Eran buenas noticias.

—Sí —asintió Rione con una voz gélida—, que te ha dado con gran alegría tu querida asistente.

Geary notó cómo se caldeaba, en contraposición a la frialdad de Rione.

—¿Te refieres a la capitana Desjani?

—¿A quién si no? Toda la gente de la flota sabe lo que siente por ti. No tienes que restregármelo.

—¡Eso son rumores, y lo sabes! Nunca ha actuado de forma que diese pie a ello, ni yo tampoco —dijo Geary—. Nadie de los que me encuentro en los pasillos del *Intrépido* me mira con gesto de desaprobación. Si la tripulación de la nave creyera que la capitana Desjani y yo pensásemos siquiera en eso, habría...

—¡En absoluto! —Rione le echó una mirada de ira y exasperación—. ¡Si tú y esa mujer os liaseis en el puente de mando de la nave, los consultores mirarían para otra parte educadamente y aprobarían con regocijo que su respetada capitana y su héroe legendario hayan encontrado la felicidad juntos! ¿Cómo es posible que no te des cuenta?

—Eso es ridículo. Saben que tú y yo estamos juntos.

—¡Puede que a veces andemos juntos, pero cualquiera puede ver que estamos tan emocionalmente unidos como el día en que te despertaron de la hibernación!

Iba a protestar, pero se lo pensó mejor. Rione tenía razón. Aunque sus cuerpos estuviesen juntos, su espíritu estaban separados. Lujuria y amor era cosas totalmente distintas. Era consciente de cuál era la razón del deseo que sentía por Victoria Rione,

y tampoco podía hacerlo pasar por otra cosa.

—Pero en público seguimos actuando como una pareja. Si te dejase por Desjani...

—¡Lo aplaudirían! ¡Soy una civil, y una política! ¡No confían en mí, no me consideran una de ellos, y no lo soy!

—Eso no significa que...

—¡Sí, sí que lo significa! ¡Si se hiciese una votación en la flota mañana, los oficiales y los tripulantes votarían en masa por meterme en una cápsula de escape y mandarme en dirección al campo de trabajo síndico más cercano, y porque ella viniese a tu camarote para calentar tu cama y tu cuerpo desde ese momento, y que le den a los reglamentos! ¡Y ella lo sabe! ¿Por qué crees que se siente tan incómoda cuando alguien saca el tema?

—¡Tiene todo el derecho del mundo a sentirse incómoda! —respondió Geary rápidamente y con malas maneras—. Nunca ha hecho nada que justifique que la gente tenga la impresión de que quiere eso.

Rione clavó los ojos en él durante un rato largo.

—¡Claro que no ha hecho nada, y tú tampoco!

—¿Cómo? ¿Estás insinuando algo sobre mis sentimientos hacia ella?

—¡No, no estoy insinuando nada, lo estoy diciendo claramente! Está clarísimo que prefieres su compañía a la mía o a la de cualquier otra persona. ¡Es más, ella siente lo mismo, y lo sabes!

—¡No sé de qué me hablas! —dijo Geary, rugiendo—. ¡Tenemos que trabajar juntos! ¡Es buena en estrategias militares, y tiene buenos instintos, así que está claro por qué quiero consultar con ella! ¿Por qué cojones estás tan celosa?

—¡Porque la prefieres antes que a mí, idiota! ¡Si no fuese por su honor y por el tuyo, y no tengo problema en admitir que son impecables, y vuestra negativa a violar las normas por vuestra puta entrega a cumplir vuestro deber y vuestras obligaciones como oficiales, estaríais cada momento del día juntos! ¡Y de la noche! ¡Si la cosa llegase a ese punto, Desjani sentiría el tipo de felicidad que hasta ese momento solo ha sentido destruyendo navíos de combate síndicos! ¡Si no te das cuenta de todo eso, entonces es que eres más inocente de lo que pensé que un hombre podría llegar a ser! —Se quedó mirándolo como intentando decidir cómo continuar, pero entonces alzó las manos, aparentemente en un gesto de frustración absoluta, y salió del camarote echando chispas.

A Geary se le ocurrió la respuesta obvia justo cuando la escotilla se cerró. ¡A lo mejor la prefiero a ella porque no me grita tanto como tú! Pero tampoco tenía mucho sentido malgastar aquella contestación para un camarote vacío, y estaba claro que no iba a perseguirla por el corredor para decírselo. En cualquier caso, no estaba seguro de considerar aquel comentario tan acertado cuando se calmase.

Además, era consciente de que una respuesta sincera sería distinta. Me gusta

Desjani porque me entiende. Aunque cree que soy algún tipo de gran héroe en una importante misión, también parece saber quién soy realmente. Y trabajamos bien juntos, como si instintivamente supiésemos lo que el otro necesita. Nos gustan las mismas cosas, podemos charlar, y puedo relajarme con ella de manera que con los demás no puedo. Eso convertía a Desjani en una gran capitana para su buque insignia, una gran compañera con la que discutir las cosas, una grata persona que tener cerca, y...

Mierda.

Rione tiene razón.

Se sentó un momento, intentando averiguar qué debería hacer. En realidad, en cierto modo, Desjani y él ya lo habían hablado. No iban, ni deberían, hacer nada inapropiado para un comandante y una de sus oficiales subordinadas. Eso tampoco significaba que no pudiesen tener una relación de trabajo cercana y, de hecho, lo que había pasado hacía poco ponía de manifiesto lo importante que era su ayuda en situaciones críticas. Tenía que asegurarse de no ir más allá, de no presionarla de un modo distinto al profesional. Ella no lo había empujado a que se lo contase, y él no tenía siquiera derecho a hacerlo.

Eso sin mencionar las airadas acusaciones de Rione de que Desjani sentía algo por él. No podía suponer sin más que fuese verdad, y tampoco actuar como si lo fuese. Lo mejor para todos los involucrados era que no fuese cierto.

Entonces Geary recordó cuál había sido el motivo de su (última) discusión con Rione, y cargó el listado preliminar del personal de la Alianza que había sido liberado de la Audaz. La lista era gratificadamente larga, aunque no quería compararla con la del total de las tripulaciones de las naves de la Alianza que se habían perdido en aquel sistema estelar. Por esa misma razón no quiso entretenerse pensando en el hecho de que esos mismos prisioneros liberados serían necesarios para llenar los huecos que habían dejado las bajas de las naves supervivientes. La mayoría, hasta hacía poco prisioneros, eran reclutas, por supuesto, y entre ellos había un número respetable de oficiales subalternos. Solo había un oficial con un rango superior al de teniente. Geary se paró y miró el nombre del comandante Savos durante un momento. Luego vio que ahora se encontraba a bordo del crucero de batalla *Implacable*, y llamó a la nave.

—Si el comandante Savos está en condiciones, me gustaría hablar con él.

Diez minutos después, la *Implacable* le informó de que Savos estaba esperando para hablar con él. Geary se levantó, se aseguró de que su uniforme estuviese decente, y finalmente le ordenó a la nave activar la comunicación.

La imagen del comandante Savos, antiguo oficial al mando del crucero ligero Espuela, que había sido destruido durante la primera visita de la flota al sistema estelar síndico, daba pena. Su uniforme parecía ser nuevo, ya que obviamente en la

Implacable le habían entregado uno para reemplazar al que había llevado puesto cuando abandonó su nave, y durante el cautiverio. Sin embargo, el resto de la imagen de aquel hombre reflejaba por lo que había tenido que pasar durante las últimas semanas. Estaba demacrado, con la cara marcada por la tensión de encontrarse encerrado como prisionero. En uno de los laterales de la cabeza tenía un parche flexible, y el ojo del mismo lado evidenciaba todavía los restos de una herida desagradable. Pese a todo, el comandante Savos intentó permanecer firme y realizó un saludo militar. Geary le devolvió el saludo, a la vez que se sentía culpable por haberlo mandado llamar y se preguntaba por qué nadie se había molestado en decirle que el comandante Savos no estaba en las mejores condiciones.

—Descanse, comandante. Siéntese. ¿Lo tratan bien en la *Implacable*?

Savos se sentó con cuidado, intentando mantenerse ligeramente rígido, como si pretendiese sentarse cuadrándose. Luego asintió.

—Sí, señor. La *Implacable* se ha portado maravillosamente bien con todos. Nos han tratado excelentemente bien, aunque la comida sándica que conseguimos deja un poco que desear.

—Y que lo diga. Yo empiezo a echar de menos las barritas Danaka Yoruk, y nunca pensé que eso fuese posible. —Geary hizo una pausa—. ¿Cómo está?

—Más contento de lo que pensé que podría llegar a estar hace un par de días, señor —dijo Savos con una sonrisa que se esfumó de inmediato—. Los sándicos no nos dieron de comer lo suficiente, y a veces se empleaban duro con nosotros. De todos modos, ahora estaremos bien.

—Es usted el oficial de más rango de los prisioneros liberados.

—Sí, de entre los de la Audaz, señor —asintió Savos—. Escuché algunas cosas que me hacen pensar que uno o más capitanes podrían haber sido capturados y llevados a navíos de combate sándicos para ser interrogados. —El comandante hizo una pausa, aparentemente afligido. Geary sabía en qué pensaba: en el mismo dolor que sentía él ante la posibilidad más que real de que algunos de los navíos de combate sándicos que habían destruido albergasen prisioneros de guerra de la Alianza. No podían haberlo sabido de ningún modo, y tampoco podían salvarlos, pero el mero hecho de saberlo hacía que Geary se sintiese mal al pensar en las batallas que habían librado en ese lugar.

Entonces Savos volvió a tomar la palabra.

—Después de ordenar que abandonasen la Espuela, me temo que quedé inconsciente durante un rato mientras la nave recibía más impactos. Fue mi tripulación la que me ayudó a escapar en una de las cápsulas, pero me llevó un par de días recuperarme del todo. Esa podría ser la razón por la que me dejaron en la Audaz en lugar de llevarme con ellos para interrogarme, tal y como hicieron con los demás oficiales de alto rango.

—¿Qué le han dicho nuestros médicos sobre su lesión?

—No es nada que no pueda arreglarse, señor. —Savos sonrió casi con una mueca y señaló con una mano la venda que tenía en uno de los lados de la cabeza—. Si no me la hubiesen tratado, podría haber tenido problemas serios en el futuro, pero me han dicho que ahora todo irá bien.

—Bien. Siento lo de la Espuela.

Savos volvía a parecer angustiado. Luego respondió:

—No fue la única nave que se perdió, señor.

—No, pero tampoco lo hizo sin hacérselo pagar caro al enemigo. Su nave luchó bien. —Geary sabía que eso era lo que cualquier buen oficial al mando quería escuchar—. El combate con la fuerza perseguidora síndica ha hecho que haya cierta confusión entre los prisioneros que se liberaron y las tripulaciones de otras naves que perdimos. Estamos realizando un recuento de los primeros. En cuanto tengamos una lista con los de la Espuela, me aseguraré de que le manden una copia.

—Gracias, señor.

—Seguramente los distribuiremos por la flota, entre las naves que necesiten reemplazos por las bajas que sufrieron en combate —le dijo Geary—. Avíseme si quiere que alguien esté en la misma nave que usted.

El comandante Savos asintió.

—Gracias, señor.

Geary observó al oficial durante un rato. Savos le había causado una grata impresión, y necesitaba un oficial para el mando de la *Orión*. ¿Estaría preparado para el cargo? Puede que ir de un crucero ligero a un acorazado fuese un salto demasiado grande, sobre todo teniendo en cuenta que estaba sufriendo efectos secundarios derivados de las heridas de combate. Lo mejor era no presionarlo demasiado. Ya comprobaría cómo estaba Savos cuando la flota llegase a Branwyn y tomaría la decisión pertinente.

—Ya sé que la sección de Inteligencia está realizando rondas de preguntas a los prisioneros liberados pero ¿hay algo que crea que debería saber cuanto antes?

Savos se quedó pensativo durante un instante.

—Escuchamos muy pocas cosas. Nos cogieron y nos organizaron para trabajar en grupos. Por lo demás, nos tuvieron encerrados en los compartimentos. Pero hay algo que seguramente debería saber.

—¿Qué?

—Nosotros no sabíamos qué era lo que pasaba ayer, pero los síndicos eran conscientes de que yo era el oficial de más rango de los prisioneros que había en la Audaz. Un grupo de tipos de sus Fuerzas Rápidas de Asalto me sacaron del compartimento, me pegaron las armas a la cara y me preguntaron si era verdad que realmente estaba usted al mando de la flota y si era cierto que había prohibido matar

prisioneros síndicos. —Savos se encogió de hombros—. No supe por qué me lo preguntaban, pero les contesté que sí a ambas preguntas. Luego les dije que había insistido en seguir las viejas normas de guerra, y que todos estábamos acatando esas órdenes. También les dije que siempre cumplía sus promesas. Entonces uno de ellos dijo algo así como «A la mierda con nuestras órdenes». Luego me tiraron en mi compartimento, y eso es todo lo que supe hasta que los infantes de marina forzaron la escotilla hasta abrirla. Los guardias síndicos seguramente se marcharon a toda velocidad hacia las cápsulas de escape después de hablar conmigo.

Geary se preguntó cuáles serían aquellas órdenes. ¿Cortar el soporte vital de los compartimentos de prisioneros? ¿Configurar el núcleo de energía de la *Audaz* para que se sobrecargase? Parecía que la amenaza que representaba, apoyada por su historial, había funcionado en esa ocasión.

—Gracias, comandante. Descanse un poco. Se lo ha ganado. Volveremos a hablar en Branwyn.

—Sí, señor. —Savos se acercó a su panel de control, pero luego se paró—. Están asustados, señor. Le tienen miedo a esta flota. Y a usted. Pude notárselo.

—¿Eh?

¿Cuál era la forma adecuada de responder ante aquello? Nunca había ejercido de líder gracias al miedo, aunque que tu propia flota te temiese era bastante distinto a que lo hiciese tu enemigo. Sin embargo, tampoco era como se veía a sí mismo.

—Bueno, deberían temer a cualquier integrante de la flota, comandante Savos. No podría haber hecho nada si no fuese por los hombres y las mujeres de cada una de las naves de esta flota.

Savos parecía agradecido, como si no se esperase que le dijese lo que era evidente, o eso le pareció a Geary. Luego la imagen del hombre desapareció, y Geary volvió a quedarse a solas.

—El transbordador que lleva al capitán Casia y a la comandante Yin a la *Ilustre* está en camino —le informó Desjani, como si transportar a un oficial de alto grado ante el pelotón de fusilamiento y encarcelar a una segunda fuese de lo más normal en la flota.

—¿Están los dos en el transbordador?

La imagen de Desjani que había en el visor de comunicaciones de su camarote asintió.

—La *Conquistadora* y la *Orión* siguen estando cerca la una de la otra, así que no tenía sentido gastar células de combustible en dos transbordadores. El pájaro debería llegar a la *Ilustre* en veinticinco minutos.

Por lo tanto, quedarían alrededor de cuatro días hasta que saltasen a Branwyn. Era tiempo más que suficiente como para que el pelotón hiciese su trabajo en Lakota, tal y como Geary le había prometido a Casia. Y, pese a ello, parecía que el tiempo del

que disponían se esfumaba.

Le parecía mal quedarse sentado en su camarote, trabajando o no, mientras aquel transbordador se dirigía a la *Ilustre* con su pequeño cargamento de prisioneros e infantes de marina desempeñando la función de guardias. Geary fue hasta el puente de mando, se sentó cerca de Desjani y vio que faltaban veinte minutos para que el transbordador llegase a la *Ilustre*. Se preguntaba si la coronel Carabali habría encontrado ya suficientes voluntarios para el pelotón de fusilamiento del capitán Casia, pero acabó por decidir que no estaba preparado para preguntar. No tenía ganas de pensar en ello, pero tampoco podía evitarlo.

Diez minutos más tarde apareció un aviso.

—Registrado accidente en el vuelo de transbordador Ómicron Cinco Uno — anunció un consultor.

Geary todavía estaba fijándose en la pantalla cuando Desjani lanzó un grito ahogado al darse cuenta.

—Ese es el pájaro que lleva a Casia y a Yin.

Miró al visor con un mal presentimiento.

—Era el pájaro que llevaba a Casia y a Yin. —Tanto las imágenes como el texto anunciaban lo mismo: el transbordador había explotado—. ¿Ya está? ¿No queda nada?

Desjani tenía el ceño fruncido mientras manipulaba los controles.

—Los accidentes de transbordadores son inusuales, pero no imposibles. Sin embargo, el nivel de avería... Los sistemas dicen que debe de haber sido provocado por un fallo catastrófico en las células de combustible del transbordador. ¿Cuál sería la causa?

—El destructor Estocada está cerca del lugar del accidente —dijo el oficial de operaciones—. Pide permiso para proceder a acercarse al lugar en busca de supervivientes o de pruebas materiales.

Geary también había pensado en la necesidad de enviar una nave para esas tareas.

—Informe a la Estocada de que tiene permiso para hacerlo —dijo Geary, intentando todavía digerir lo que acababa de suceder.

Desjani sacudió la cabeza, aparentemente enfadada.

—Las posibilidades de que haya supervivientes son nulas, pero es posible que la Estocada encuentre algo entre los restos que ayude a explicar qué ha pasado.

La nave todavía estaba dirigiéndose a la zona de escombros, que hasta hacía poco había sido el vuelo Ómicron Cinco Uno, cuando Rione entró a toda velocidad en el puente de mando y se inclinó hacia Geary para hablar en el tono de voz más bajo posible.

—Ha sido un accidente muy extraño, y han muerto dos oficiales que podrían haber dado nombres.

Él la miró fijamente.

—¿Crees que...?

—Es posible que Casia dijese algo cuando se encontrase finalmente ante el pelotón de fusilamiento. Yin podría haberse derrumbado o haber revelado algo si decidíamos interrogarla. ¿Qué opinas?

No le gustaba aquella idea, pero la coincidencia de aquel accidente mortal en aquel transbordador en particular hacía que la sugerencia que acababa de ofrecerle Rione fuese demasiado convincente como para ignorarla. Alguien había destinado sus esfuerzos a ir contra Geary hasta el punto de ser capaz de matar. Hasta entonces no se había tomado en serio las advertencias de Rione, pero en aquel momento prácticamente no había dudas. Fuesen quienes fuesen, estaban dispuestos a matar al personal de la Alianza en el nombre de la resistencia contra Geary y su mando en la flota. Si se creía lo que resultó ser la última declaración de la comandante Yin, también pretendían evitar que se convirtiese en dictador si la flota volvía a casa y, al igual que Rione, estaban dispuestos a matar con tal de que eso no pasase. Sin embargo, al contrario que ella, ellos habían pasado de las amenazas a las acciones reales y, al contrario que Rione, no habían ido directamente contra Geary sino contra otros oficiales de la flota.

Eso significaba que sin duda estaban dispuestos a realizar más ataques de ese estilo. La única cuestión era cuándo, dónde y cómo.

Capítulo 7

No había visto al capitán Numos desde después de la batalla de Ilión. Numos no se levantó cuando la imagen de Geary apareció en su camarote, que también era su celda. En lugar de eso, se quedó mirando a Geary con la misma expresión de desprecio y aversión que había mostrado la primera vez que se vieron.

—¿Qué quieres?

Se negó a entrar en el juego de Numos, y en lugar de eso negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que ya lo has escuchado. La tripulación de un transbordador, cuatro infantes de marina y dos oficiales de la flota han muerto. ¿De verdad te crees que lo que me importa de ti ahora mismo es tu comportamiento?

—¿Me estás acusando de tener algo que ver?

—No. —Aquella respuesta directa parecía haber sobresaltado a Numos—. Solo pretendo reflexionar sobre las consecuencias. Han silenciado al capitán Casia y a la comandante Yin para evitar que hablasen. Si hay algo que pudieses decir, deberías preocuparte de lo que tus supuestos amigos están planeando.

Numos echó una risotada burlona.

—Ya, ¿y se supone que debería confiar en ti? ¿Cómo sé que no has preparado este desafortunado accidente para librarte de dos oficiales que desafiaron tu autoridad?

—Si quisiese a cualquiera de los dos muerto —comenzó a decir Geary—, tenía razones más que justificadas para ordenarlo según el reglamento de la flota. De hecho, el capitán Casia se iba a enfrentar a un pelotón de fusilamiento. ¿Por qué iba a destruir un transbordador para asesinar a alguien que ya estaba condenado a muerte?

—Ya has eliminado a la capitana Faresa, Franco, Midea, Kerestes... ¿Me olvido de alguien?

Geary se sentó y miró fijamente a Numos.

—No eres tan estúpido. Sabes que esas muertes fueron en combate. Sabes que Midea fue la causante de su propia muerte. Me he preguntado muchas veces cómo la mantenías bajo control.

Numos se encogió de hombros.

—Respetaba a la autoridad legítima.

Se había planteado si su antipatía por Numos habría infectado sus recuerdos, volviéndolo peor de lo que realmente era. Parecía no ser el caso.

—A lo mejor sí que eres tan estúpido. Tus amigos han asesinado a sangre fría a miembros de la flota de la Alianza.

—Pensé que habías dicho que fue un accidente.

—No, yo no he dicho eso. Has sido tú quien ha utilizado esa palabra varias veces. Es curioso que lo tengas tan claro. —Al ver cómo los ojos de Numos refulgían de ira, Geary supo que sus palabras habían sido certeras—. No sé si realmente crees que hay

alguna oportunidad de que te acepten como comandante de la flota en caso de que yo falte. No te equivoques, no la hay. Tampoco sé si crees que planeo convertirme en dictador cuando vuelva a la Alianza, pero eso no va a pasar.

—¿Y se supone que debería creerte?

Geary analizó a Numos durante unos segundos.

—Creí que te afectaría un poco más la muerte de unos compañeros oficiales. — Numos lo miraba impasible—. Si hay más accidentes, acabarás en una sala de interrogatorios, capitán Numos. Sé que has recibido entrenamiento para enunciar las respuestas de forma que puedas burlar los escáneres cerebrales, pero tengo muy buenos interrogadores en la flota. También sé que aunque por ahora no puedo llevar a un capitán a un interrogatorio por falta de motivos que lo justifiquen, ocurrirá otro accidente que despertará lo suficiente mi preocupación como para hacerlo. —Numos se acaloró, pero no dijo nada—. Díselo a sus amigos.

Geary se levantó, pulsó los controles y la imagen de Numos se desvaneció de su camarote.

—Te dije que iba a ser una pérdida de tiempo —dijo Rione, recostándose en su asiento. No había participado en la conversación virtual, pero había podido observarla entera.

—Tenía que intentarlo. —Geary negó con la cabeza—. No sé cómo he conseguido evitar ordenar que le peguen un tiro a Numos o lo lancen por la esclusa de aire más cercana.

—Black Jack podría hacerlo. —Rione parecía pensativa—. Black Jack hace lo que le da la gana, y de hecho creo que debería ordenar que interroguen a Numos ahora.

—Ya, claro. —Geary se sentó, y se frotó la frente—. He sondeado a algunos de los demás oficiales. Todos están de acuerdo en que podría deshacerme de él, pero con eso asustaría a los que creen que quiero convertirme en dictador, y alentaría a los que quieren que lo haga. Cualquiera de las dos cosas provocaría más reacciones de las que quiero. Necesito más motivos.

—Esos motivos de los que hablas podrían implicar más muertes —recalcó Rione.

—Soy consciente de ello. Pero precipitarse podría causar todavía más. Supongo que tus espías siguen sin tener nada de lo que informar, ¿no?

—No. —Rione frunció el ceño—. La flota está excitada con lo del accidente del transbordador, pero todos parecen estar sorprendidos y conjeturando sobre qué causaría la avería de las células de combustible. Parece que nadie insinúa abiertamente que tú tengas algo que ver, ya que todos parecen ser más listos que Numos y saben que no necesitabas hacer explotar el transbordador para matar a Casia y a Yin si es lo que querías. No hay más que silencio entre tus oponentes en la flota. Ojalá supiese qué significa.

Geary analizó a Rione durante casi un minuto antes de hacerle la pregunta que le había estado rondando.

—¿Por qué nunca me dijiste que algunos de los que se oponen a que esté al mando de la flota lo hacen porque temen que me convierta en dictador?

Rione hizo un gesto de desdén.

—Porque el motivo exacto por el que lo hacen no marca la diferencia en absoluto.

—Tú misma estarías dispuesta a matarme para evitar que me vuelva un dictador. —Rione no respondió, y Geary sintió que tenía que enmendar lo que acababa de decir—. Entiendo que sigues estando dispuesta a hacerlo si fuese necesario. Por eso creo que, si su motivo exacto es el mismo que el tuyo, es importante. ¿Por qué no se han puesto en contacto contigo? ¿No eres famosa por tu lealtad a la Alianza? ¿O es que lo hicieron?

Ella se echó a reír.

—¿Te estás poniendo paranoico? Todavía me quedan cosas que enseñarte para que seas un político. No, John Geary, no han contactado conmigo. Estoy convencida de que nuestras motivaciones coinciden parcialmente en algún punto. Quiero decir, ni ellos ni yo queremos que seas un dictador. Pero yo también quiero que el gobierno electo de la Alianza siga manteniendo el poder, y sospecho que tus enemigos, como la difunta comandante Yin y sus amigos, creen que es necesario un dictador militar. Simplemente, no quieren que seas tú.

Eso tenía sentido.

—Como Falco. Algunos otros oficiales de alto rango creen que para salvar a la Alianza hay que derrocar al gobierno. —Rione asintió—. Sin embargo, cada vez me resulta más difícil creer que apoyan a Numos. De la conversación que acabo de mantener con él he sacado en claro que es demasiado arrogante como para ser un peón serio, y demasiado estúpido como para hacerlo él solo. Pese a todo me causa problemas, y seguramente eso hace que les resulte útil.

—Sí, es muy posible —dijo Rione—. Estoy de acuerdo con lo que dices, con que los conspiradores se alegran de poder sacar provecho de la hostilidad de Numos hacia ti, pero también con que es demasiado orgulloso y poco listo como para hacer de títere. Teniendo en cuenta todo eso, supongo que no tiene mucho sentido llegar al punto de interrogarlo ahora.

—Exacto. Me juego el cuello a que no sabe nada que nos resulte útil. —Geary miró el visor estelar y sintió que tenía que sacar otro tema—. ¿Cuántos oficiales de la flota estarían dispuestos a apoyar una dictadura? Tengo entendido que la mayoría, por lo que a lo mejor debería preguntar cuántos no están dispuestos a hacerlo, dado que seguramente sea una cifra menor. Duellos no lo haría; Tulev no creo, y Crésida...

—Yo no estaría tan segura respecto a Crésida —respondió Rione—. Y ahora mismo tampoco estoy tan segura de Tulev. El gobierno civil estaba ya preocupado

por el tema de la lealtad de sus oficiales desde antes incluso de que volviesses milagrosamente de entre los muertos. Y es culpa nuestra. Somos conscientes de ello. Están en el frente, viendo cómo sus amigos y sus compañeros mueren, y nosotros no podemos decirles que todo eso sirve para estar más cerca de la victoria. Es lo que ha estado pasando desde hace un siglo. Sus abuelos y sus abuelas, sus padres y sus madres, han visto a sus compañeros morir, o incluso han perecido ellos mismos. A veces incluso me sorprende que el gobierno electo de la Alianza haya conseguido sobrevivir a la guerra durante tanto tiempo.

—¿Ha cometido el gobierno tantos errores?

Rione hizo un gesto de rabia con la mano.

—Tiene su parte de culpa, al igual que el ejército. Pero no se trata de eso, sino de la frustración. De un siglo de guerra sin final a la vista. La gente quiere algo, lo que sea, algo que les dé la esperanza de que existe ese final. —Rione sacudió la cabeza mientras miraba a Geary—. Entonces apareciste tú. El héroe legendario que volvería para salvar a la Alianza cuando más lo necesitaba. ¿Todavía te preguntas por qué tantas personas tienen los ojos fijos en ti?

—Ese héroe es un mito —insistió Geary.

—No del todo, y en algunos casos, lo que piensas prácticamente no importa. Se trata de lo que los demás piensan, que puedes salvar a la Alianza, o destruirla. Tardé en aunar ambas posibilidades. Encarnas la antigua dualidad, por un lado el preservador, y por el otro el destructor. Primero vi al destructor, luego al preservador, y ahora a ambos. —Volvió a negar con la cabeza—. No envidio tener que personificar ambos papeles, ni lo que implica ser un héroe legendario.

—¡Yo nunca me ofrecí a serlo! —Geary se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro, enfadado de nuevo—. Vosotros me lo hicisteis, el Gobierno, mientras yo iba a la deriva hibernando en el sistema estelar Grendel, convirtiéndome en el ídolo de los escolares para tener algo con que inspirar a la gente para luchar.

—El gobierno de la Alianza creó un mito, John Geary. Pero tú eres real, y tienes el poder real de preservar o destruir la Alianza. Si todavía no lo has aceptado del todo, hazlo ya.

Geary dejó de caminar y dirigió hacia Rione una mirada cortante.

—Nunca ha sido mi estilo creer que fui enviado por las estrellas del firmamento para salvar el universo, ni siquiera a la Alianza.

Rione arqueó una ceja.

—Quizá eso sea lo único que impide que la destruyas. A lo mejor es por eso por lo que te escogieron.

—¡Venga, no me digas que tú también estás empezando a creerte eso! —Geary hizo un gesto de frustración—. Ya es sobradamente difícil.

—Pensé que te gustaba que tu capitana especial te mirase con esos ojos,

idolatrándote —dijo Rione.

—Pues no, ni yo lo hago ni ella tampoco. ¿Y por qué cojones estamos hablando de repente otra vez de la capitana Desjani?

En lugar de responder, Rione se puso de pie.

—Tengo que ocuparme de un par de asuntos. ¿Todavía va a saltar la flota a Branwyn según lo previsto?

—Sí —dijo Geary rápidamente. Seguía enfado con ella—. Llegaremos al punto de salto en cuatro días, a menos que tenga lugar otro de esos «accidentes».

Rione iba a salir ya por la escotilla cuando se paró y miró hacia él.

—Habría intentado detenerlos si supiese que alguien iba a sabotear el transbordador. Sí, es verdad que pensaba que Casia y Yin debían morir por lo que habían hecho y porque los consideraba una amenaza para la Alianza, pero nunca dejaría que otras personas inocentes muriesen por ello.

La miró fijamente.

—No se me vino a la cabeza pensar que lo habrías hecho.

—Antes o después, se te habría ocurrido.

Geary se quedó mirando la escotilla después de que se marchase, dándose cuenta de que tenía razón, y preguntándose por qué a veces le daban tanto miedo sus aliados como sus enemigos.

La transmisión procedente de lo que una vez había sido el planeta habitable del sistema estelar Lakota estaba llena de interferencias, y la parte del sonido era casi ininteligible debido al ruido. Geary manipuló los controles para aplicar los filtros de corrección. Consiguió aclarar la imagen y el sonido se volvió inteligible, aunque en algunas partes había extraños blancos como resultado de los intentos infructuosos del software por encontrar la palabra adecuada.

Al frente de la imagen había un hombre, y detrás de él una mesa a la que estaban sentados una docena de hombres y mujeres. Todos tenían aspecto de haber pasado varios días con la misma ropa, y de haber sido días bastante duros. Estaban en una habitación sin ventanas visibles, cuya estructura y apariencia encajaban con la impresión de que era un refugio subterráneo.

El hombre hablaba desesperadamente, pestañeando continuamente por el cansancio.

—Le rogamos a cualquier nave de este sistema estelar que lleve las noticias del desastre que ha tenido lugar aquí a las autoridades que puedan prestarnos ayuda. Lakota Tres está sufriendo una intensa actividad tormentosa. Según las estimaciones, se ha perdido entre el diez y el veinte por ciento de la atmósfera. La actividad de la estrella podría estar fluctuando, lo cual produciría más caos en este mundo. La mayoría de los sistemas eléctricos del planeta están destruidos por culpa del pulso

energético que impactó sobre nosotros. No podemos estimar el número de muertos, pero seguramente sean muchos millones. No hemos podido establecer contacto con nadie del hemisferio que recibió de lleno el pulso. Los supervivientes de este requieren desesperadamente alimentos, refugio y otras necesidades. Por favor, avisen a quien pueda ayudar.

La imagen comenzó a temblar, y el mensaje comenzó a repetirse.

Geary cerró la transmisión y dejó salir un largo suspiro de angustia.

—No podemos hacer nada.

Desjani asintió con la cabeza, con expresión triste.

—Ni siquiera podemos enviar transbordadores que atraviesen la atmósfera sin correr el riesgo de perderlos.

—¿Encontró algún indicio de prisioneros de guerra de la Alianza en el planeta?

Desjani negó con la cabeza, esta vez con expresión abatida.

—Solo algunas indicaciones sin importancia. Incluso aunque realmente estuviesen allí, no podríamos rescatarlos. El planeta va a ser un infierno hasta que la atmósfera vuelva a estabilizarse.

Geary manipuló los controles de comunicación.

—Autoridades de Lakota Tres, al habla John Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza. Lamento profundamente no poder auxiliarlos, no tenemos medios para prestar ayuda humanitaria. Sin embargo, informaremos de sus necesidades a cualquier entidad de los Mundos Síndicos con que nos encontremos. —Se le ocurrió que con tantos sistemas eléctricos destruidos, era posible que las autoridades de Lakota Tres no supiesen lo que estaba pasando más allá de la atmósfera del planeta—. Sepan que algunas naves civiles de los Mundos Síndicos sobrevivieron al pulso energético y se dirigen a los puntos de salto de este sistema. He dado órdenes de que ninguna de mis unidades entable combate con ellas y les hemos enviado informes precisos sobre el desastre que acaba de ocurrir para ayudar a las autoridades de otros sistemas estelares de los Mundos Síndicos a responder a sus necesidades. Que las estrellas del firmamento les sean propicias y que sus ancestros les ofrezcan tanto consuelo como sea posible.

Cortó la transmisión y miró al consultor de comunicaciones.

—Intente que llegue a la fuente del mensaje de socorro, y que se repita hasta que abandonemos el sistema estelar. Además, envíele el mensaje a las naves mercantes síndicas que se dirigen afuera del sistema. —La flota estaba hecha para el combate, por lo que no había mucho más que pudiese hacer—. Capitana Desjani, voy a organizar una pequeña reunión en una hora, y me gustaría que asistiese.

—Claro, señor —asintió Desjani—. ¿Debería prepararme de algún modo para la reunión?

—Solo hace falta que traiga el cerebro y el sentido común.

Una hora después, Geary miró a lo largo de la sala de conferencias, en la que estaban físicamente presentes él, la capitana Desjani, la copresidenta Rione, y, virtualmente, el capitán Duellos, Crésida y Tulev. A simple vista las seis figuras parecían idénticas, pero el retardo ocasional de varios segundos en las reacciones de los que asistían a la reunión a través del software delataba su naturaleza virtual.

—Quería hablar con ustedes porque todos han escuchado que creemos que existe una especie no humana en el extremo opuesto del espacio síndico.

—¿Creemos? —preguntó la capitana Crésida—. Por las evidencias que he podido observar, es más que una creencia.

—Y hay más evidencias de las que no les he podido hablar hasta ahora. —Geary hizo una pausa, sin estar seguro de cómo decirlo—. Saben que íbamos a derrotar a una de las flotillas síndicas de Lakota cuando apareció otra mucho más grande por la puerta hipernética, y como consecuencia esta flota casi queda atrapada y destruida. —Rione sabía de qué estaba hablando, pero nadie más, por lo que todos lo miraban atentamente, intentando claramente establecer la relación entre aquello y los alienígenas—. La sección de Inteligencia del *Intrépido* interceptó varias emisiones de las naves síndicas que llegaron a través de la puerta, mensajes que revelaban que estaban más que sorprendidos de estar en Lakota. Habían entrado en el sistema hipernético con la intención de ir al sistema estelar Andvari.

Les permitió que lo digiriesen durante un momento. Crésida, posiblemente la mayor experta de la flota sobre la hipernet, fue la primera en hablar.

—¿Cómo cometieron semejante error? No, es que es imposible cometer un error como ese. Es imposible marcar un destino en la hipernet y acabar en otro.

Geary asintió con la cabeza.

—Eso me han dicho. No hay ningún modo que nosotros sepamos.

Desjani fue la primera en captarlo. Su cara se enrojeció de ira.

—Fue cosa de ellos. Sean lo que sean. Cambiaron el destino de las naves síndicas para que nos tuviésemos que enfrentar a una fuerza muy superior.

—Es la única conclusión que tiene sentido —dijo Geary—. Intervinieron con la intención de destruir esta flota.

—¿Por qué? —Tulev fue el primero en ver más allá de la rabia que producían las acciones de los alienígenas y preguntarse el porqué, lo cual tampoco era extraño.

—Ojalá lo supiese. No quieren que volvamos a casa. ¿Será porque quieren que la Alianza pierda? No lo creo. Si quisiesen ayudar a los síndicos a derrotarnos, podrían ofrecerles más avances, pero por lo que sabemos, nos dieron en secreto la tecnología de la hipernet tanto a la Alianza como a los Mundos Síndicos al mismo tiempo hace ya décadas.

—¿Qué son? —preguntó Desjani—. ¿Qué sabemos sobre ellos?

Geary se encogió de hombros.

—Nada más que sombras y especulaciones. Hay algunos indicios, que aparentemente prueban que están ahí y que intervienen en la guerra, pero nada más concluyente. Si realmente redirigieron a la flotilla síndica, no solo significa que pueden hacer cosas con la hipernet que nosotros ignoramos, sino que además pueden monitorizar esta flota sin que nos demos cuenta, saber dónde estamos y adónde vamos, y conseguir la información desde cualquier parte, a prácticamente tiempo real y a distancias estelares.

Los demás se quedaron mirándolo según se les venía a la cabeza todo lo que aquello implicaba, aunque nadie puso en duda la explicación.

—Los síndicos saben más sobre los alienígenas, seguro —le dijo Rione al grupo—, pero la información que tienen en su poder la conocen muy pocas personas, de hecho, le han ocultado a la población síndica su existencia. Es posible que solo los líderes de más alto rango de los Mundos Síndicos sepan todo. Nosotros no hemos encontrado nada en las emisiones que hemos interceptado.

—¿Son humanos? —preguntó Tulev.

—No lo creo —respondió Geary—. Si fuesen humanos... ¿por qué iban a mantenerlo en secreto? ¿Y cómo es posible que exista otra fuerza humana lo suficientemente poderosa como para mantener a los síndicos dentro de sus fronteras sin que nosotros sepamos nada? Tienen que haber venido de alguna parte.

—Vale, no son humanos. —Tulev negó con la cabeza—. ¿Cuál es su forma de pensar? No es como la nuestra.

—Aun así podemos adivinar sus intenciones —insistió Desjani.

Duellos tenía el ceño fruncido, pensativo.

—Mi abuela me contó un antiguo acertijo cuando era pequeño. Quizá nos ayude a comprender a qué nos enfrentamos.

—¿En serio? ¿De qué se trata?

Duellos hizo una pausa melodramática.

—¿Plumas o plomo?

Geary se mantuvo expectante, pero Duellos no dijo nada más.

—¿Ya está? ¿Plumas o plomo?

—Pero ¿qué clase de acertijo es ese? Solo nos ofrece dos opciones —dijo Crésida. Luego se encogió de hombros—. Me rindo. ¿Cuál es la solución?

—Depende. —Duellos sonrió al ver como todo el mundo se irritaba—. El que plantea el acertijo es un demonio, y es él quien elige cuál es la respuesta correcta. Para adivinarla debes saber cuál es, en esa ocasión, la opción que el demonio considera correcta.

—¿Y cómo se supone que sabes lo que piensa un demonio? —En cuanto Geary pronunció aquellas palabras, se dio cuenta de a dónde quería llegar Duellos—. Igual que con los alienígenas.

—Exacto. ¿Cómo vamos a responder a una cuestión que nos ha planteado alguien que no es humano, si no tenemos ni idea de lo que significa ni de cuál cree él que es la respuesta correcta?

—Además, ¿qué esperan de nosotros, honor o mentiras? —preguntó la capitana Crésida. Todos se giraron para mirarla—. ¿Con quién han estado en contacto los alienígenas? Con los síndicos.

Rione asintió.

—Cuyos líderes han roto cada uno de los acuerdos que tenían con nosotros, incluso cuando cumplirlos les habría resultado beneficioso a largo plazo a los Mundos Síndicos.

—Sus líderes no piensan a largo plazo —comentó Duellos—. Solo piensan en los beneficios a corto plazo.

Geary negó con la cabeza.

—¿Habrán sido tan estúpidos como para usar esas tácticas contra una especie alienígena que cuenta con una tecnología claramente superior a la de la raza humana? —La respuesta se hizo evidente en cada una de las caras de la sala—. Sí, a lo mejor sí que lo han hecho. —Después de todo, aquellos mismos líderes habían roto repetidas veces los acuerdos que tenían con la flota, incluso a sabiendas de que podía tomar represalias barriendo planetas enteros.

—Esa tecnología superior debe de haber sido una tentación irresistible para ellos —comentó Rione fríamente—. Puede que hayan estado dispuestos a intentar lo que sea con tal de conseguirla, por lo que los alienígenas habrán acabado creyendo que no se puede confiar en la raza humana. Puede que consideren que lo que han hecho lo han hecho para defenderse, como un medio para neutralizarnos.

—Pero, si los síndicos están tratando con los alienígenas —dijo Crésida—, aparentemente sin buenos resultados puesto que no han dado señales de tener ninguna tecnología demasiado superior a la de la Alianza si exceptuamos la hipernet, que también tenemos, ¿por qué iban a enfrentarse a nosotros? Sabemos, por la disposición de las puertas hipernéticas en los extremos de las fronteras síndicas, que temen a los alienígenas. ¿Por qué iban a comenzar una guerra contra nosotros?

—¿Porque estaban rodeados? —dijo Duellos—. La Alianza por un lado y los alienígenas por otro. Eso dejaba a los Mundos Síndicos acorralados por dos fuerzas distintas. Seguramente tenían miedo de que los aplastásemos cuando descubriésemos que existen esas criaturas.

—Pero, entonces, ¿por qué comenzar una guerra contra nosotros? —preguntó Crésida—. Es decir, ¿por qué hacer realidad esa pesadilla?

Geary sacudió la cabeza.

—En los tiempos de paz, las naves de la Alianza viajaban a través del espacio de los Mundos Síndicos. Los navíos de combate solo lo hacían a veces, cuando llevaban

a cabo misiones diplomáticas, pero los cargueros lo hacían con mucha más frecuencia. Los ciudadanos de la Alianza también iban a los Mundos Síndicos, por negocios o por placer. Cualquiera de ellos podría haber encontrado indicios de la existencia de los alienígenas, o incluso podrían haber establecido contacto directamente.

—Eso está muy bien, señor, pero comenzar una guerra para impedir que el tráfico ocasional de la Alianza atravesase su territorio parece un poco exagerado. Podían haberlo cortado de raíz aduciendo un montón de excusas, ¿qué iba a hacer la Alianza? Además, ¿cómo podían estar seguros de que los alienígenas no los atacarían mientras guerreaban con nosotros?

Duellos se encogió de hombros.

—A lo mejor los líderes síndicos pensaban que podrían derrotarnos rápidamente.

—¡Eso no tiene sentido! —objetó Crésida—. ¡Ni siquiera ellos serían tan estúpidos como para creer que podrían hacer eso!

—Pensaban que la Alianza se derrumbaría ante el primer embate —dijo cortantemente Desjani—. Que no tendríamos el carácter suficiente como para responder ante las pérdidas iniciales y atacarlos.

—Eso no lo sabemos —dijo Rione con un tono poco marcado pero pese a todo claramente displicente—. Fue el argumento que se utilizó para unir a la Alianza después de los primeros ataques. La razón por la que creó el ejemplo de heroísmo más grande de todos los tiempos, la prueba de que los síndicos estaban equivocados si creían eso.

De la que nació la leyenda de Black Jack Geary. Luchando hasta el final contra viento y marea. Un ejemplo heroico con el que inspirar a todo el mundo. Geary intentó no fijarse en que no lo miraban.

Tulev se encogió de hombros.

—Puede que fuese una argumentación útil para unir a la Alianza, pero no quiere decir que fuese verdad —sugirió mientras miraba a Desjani, que permanecía con los ojos entrecerrados como respuesta al tono de Rione—. ¿Qué otra respuesta hay?

—A lo mejor llegaron a algún tipo de acuerdo con los alienígenas —sugirió Rione—. Sin duda con la intención de ocuparse de ellos en cuanto hiciesen lo propio con nosotros.

—¿Qué tipo de acuerdo? —preguntó Geary, mientras su mente viajaba hasta los tiempos que eran recientes para él, pero de hacía un siglo para los demás—. Es posible que un pacto de no agresión asegurase sus fronteras con los alienígenas, pero los síndicos no habrían podido darle un golpe contundente a la Alianza. Sus fuerzas militares no eran lo suficientemente numerosas como para superar el gran tamaño de la Alianza, del mismo modo que la Alianza no tenía suficiente poder como para derrotar a los extensos Mundos Síndicos. Nosotros lo sabíamos tan bien como ellos.

Por eso nos sorprendieron tanto sus ataques, incluyendo el de Grendel.

—Puede que ahí esté la respuesta —dijo Desjani, con la expresión ensombrecida ante aquella idea emergente—. Eso que todos han dicho me ha hecho pensar en algo. —Manipuló los controles y sobre la mesa apareció un área del espacio que a Geary le resultaba terriblemente familiar—. El espacio de la Alianza que hace frontera con los Mundos Síndicos —explicó Desjani, como suponiendo que Rione no sabría reconocer la zona que se mostraba. Esta reaccionó endureciendo su expresión ligeramente—. Últimamente he pasado algo de tiempo estudiando el comienzo de la guerra. Aquí se muestran los primeros ataques síndicos de hace un siglo. Shukra, Thabas, Diómedes, Baldur y Grendel. ¿Por qué atacaron Diómedes en lugar de Varandal? ¿O Shukra en lugar de Ulani?

Geary frunció el ceño. No sabía aquello, nunca lo había sabido, puesto que había estado perdido, hibernando, desde aquel primer ataque sorpresa síndico en Grendel. Durante los meses posteriores a que lo despertasen, evitó analizar los primeros ataques de los síndicos puesto que todavía le dolía saber que la tripulación que había tenido en aquellos días había muerto en aquella batalla o en las siguientes, o, con suerte, debido a la edad, mientras su cápsula de escape iba a la deriva entre los demás restos de la batalla de Grendel.

—Buena pregunta. La verdad es que leí por encima esos sucesos y supuse que habrían atacado la base de la Alianza en Varandal.

—No lo hicieron —le confirmó Duellos, mirando fijamente el visor.

—¿Por aquel entonces Varandal no seguía siendo una base importante?

Desjani asintió.

—Era el principal puerto espacial en lo referente a reparaciones, abastecimiento y mando de la flota de la Alianza en todo ese sector del espacio.

—Entonces tiene pinta de ser un objetivo mucho más importante que el que eligieron. ¿Sabe alguien por qué no atacaron Varandal?

Una vez más, volvió a ser Desjani quien respondió.

—Las historias dicen que se suponía que Varandal, Ulani y otros sistemas estelares importantes eran los siguientes objetivos de una oleada de ataques que finalmente no se produjeron debido a las bajas sufridas por los síndicos en el primer embate. Se supone —dijo Desjani marcando las últimas palabras—. Está claro que supusieron eso porque toda la Alianza estaba de acuerdo en que los síndicos no podían pretender que la primera oleada de ataques sorpresa pudiese infligir tanto daño como para ser decisivo. Los síndicos no disponían de suficientes fuerzas, tal y como dijo el capitán Geary, como para atacar todo lo que tenían que atacar y al mismo tiempo.

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó Rione.

Desjani la miró fríamente, pero su voz mantuvo un tono profesional, tranquilo.

—Quizá los síndicos esperaban disponer de más fuerzas de las que sabemos. ¿Y si llegaron a un acuerdo y esperaban recibir ayuda? ¿Y si esperaban contar con un aliado, uno muy poderoso, que atacase lugares como Varandal mientras ellos hacían lo mismo con Diómedes?

Todo el mundo se quedó en silencio durante más tiempo que las anteriores veces. La expresión de Rione volvió a endurecerse, aunque sus sentimientos ya no estaban motivados por Desjani.

—Los alienígenas traicionaron a los síndicos.

—Al prometerles que los ayudarían a atacar a la Alianza.

—Y al final no aparecieron, por lo que dejaron que los síndicos luchasen solos. Les mintieron a los líderes síndicos, que se creían los amos de la superchería, y los dejaron meterse en una guerra con la Alianza que no podían ganar. No podían admitir abiertamente que habían sido engañados en algo tan importante, y ya habían entablado combate con la Alianza, por lo que tampoco podían salir de la guerra que habían empezado.

Crésida asintió con la cabeza.

—Los alienígenas no quieren que gane ningún bando. Por eso intervinieron en Lakota. El capitán Geary lo estaba haciendo demasiado bien, causando suficientes pérdidas en los síndicos como para, tal vez, desequilibrar finalmente la balanza en contra de los síndicos, y acercándose cada vez más al objetivo de llevar la llave hipernética síndica al espacio de la Alianza. Los alienígenas quieren que la humanidad esté en guerra, quieren que nos dediquemos en cuerpo y alma a ella. Pero ¿es algo meramente defensivo? ¿O están esperando a ver cuánto somos capaces de debilitarnos antes de entrar ellos en juego?

—Creo que podrían destrozarnos cuando quisiesen utilizando las puertas hipernéticas —comentó Geary.

—Pero todavía no lo han hecho —respondió Crésida—. Si están siguiendo nuestros pasos, tal y como parece indicar lo que ha sucedido aquí en Lakota, seguramente saben que, después del colapso de la puerta hipernética síndica de Sancere, somos conscientes del poder destructivo potencial de las puertas. Si realmente las quieren utilizar para eliminarnos, ¿por qué no las han activado ya?

—¿Plumas o plomo? —preguntó Duellos, mientras se miraba atentamente las uñas.

Aunque era bastante frustrante, Geary tenía que admitir que Duellos tenía parte de razón.

—Podemos especular hasta el infinito sin llegar a ninguna conclusión, puesto que no sabemos nada sobre aquello a lo que nos enfrentamos.

—Sabemos que han descubierto cómo jugárnosla —insistió Desjani—. Señor, mire el patrón de acciones. Intervienen desde las sombras, y saben cómo conseguir

que llevemos a cabo acciones que o bien nos hacen daño o bien nos lo pueden hacer.

—Pues sí, es verdad —dijo Duellos—. Lo que significa que muy probablemente utilizan esas estrategias entre ellos. Parece que prefieren hacer que el enemigo cometa errores y acabe dañándose a sí mismo.

Rione asintió.

—Averiguando qué quiere y ofreciéndoselo. Deben de tener unas habilidades políticas formidables.

—Y los síndicos intentaron aprovecharse de ellos —dijo Geary enfadado—. Se metieron con quien no debían, y toda la humanidad ha salido escaldada.

—¿Y por qué no lo confesaron? —preguntó Crésida—. No tienen la más mínima posibilidad de ganar la guerra ni la han tenido desde hace tiempo. ¿Por qué no dijeron que los habían engañado los alienígenas, que les dijeron que nosotros los íbamos a atacar, o algo así, para ponernos de su lado contra esas cosas, sean lo que sean?

Rione negó con la cabeza.

—Los líderes de los Mundos Síndicos no pueden permitirse admitir que han cometido un error como ese. Rodarían cabezas, seguramente en sentido literal. Incluso aunque los que cometieron el error fuesen los antepasados de los líderes síndicos actuales, la legitimidad de estos se basa en ser los sucesores elegidos por los anteriores. Se supone que los escogen por sus capacidades y sus habilidades. Admitir que una generación de líderes cometió ese terrible error pondría en duda la legitimidad de los sucesores que eligieron y del propio sistema en sí. Para ellos es mucho más fácil y seguro seguir ese camino tan ruinoso que admitir haber cometido errores tan serios e intentar cambiar la situación.

—¿De verdad son tan estúpidos? —preguntó Crésida.

—No, no son tan estúpidos. Si admiten los errores cometidos por los líderes de los Mundos Síndicos, unos errores tan serios que se han visto atrapados en una guerra que no parece tener fin, está claro que perderán poder, y si pierden poder, en el peor de los casos morirán antes o después, y en el mejor verán esfumarse todas sus riquezas y su posición. Sin embargo, mientras sigan con su política actual, pueden permitirse esperar a que suceda algo. No se trata de hacer lo mejor para los Mundos Síndicos, o para la Alianza o para la humanidad en general. Se trata de hacer lo que es mejor para ellos mismos. Lucharán hasta que no queden navíos de combate ni soldados rasos, puesto que así consiguen que otros paguen por sus fallos y retrasan el día en que tendrán que rendir cuentas personalmente.

Geary se percató de que el resto de oficiales intentaban no mirar directamente a Rione. Sabía qué pasaba. No era simplemente que tuviese sentido que los síndicos pudiesen estar haciendo aquello, sino que Rione lo entendía y podía explicarlo, lo cual significaba que podría pensar del mismo modo.

Rione miró a su alrededor perfectamente consciente de ello.

—Lo había olvidado. Todos ustedes son muy nobles y honorables. Ningún oficial militar de alto rango permitiría que la gente muriese antes que admitir que se ha cometido un error, ni se aferraría a un curso de actuación con tal de mantener su posición.

Un montón de caras se enrojecieron. Geary tomó la palabra antes de que otro lo hiciese.

—Vale, captado. Sin embargo nadie de los aquí presentes hace ese tipo de cosas. Y sí, incluyo a la copresidenta Rione. Forma parte de esta misión, y arriesga su vida como el resto de tripulantes de esta flota. Y ahora volvamos a canalizar nuestra ira contra el enemigo, no contra nosotros mismos.

—¿Qué enemigo? —preguntó Duellos—. Llevamos toda la vida pensando que el «enemigo» son los síndicos. Son los que nos atacaban, los que bombardeaban nuestros planetas, y los que mataban a nuestros amigos y familiares. Y, sin embargo, durante todo ese tiempo hemos tenido otro enemigo distinto, del que nadie sabía nada.

—¿Es eso realmente cierto? ¿Seguro que nuestros líderes no saben nada? —preguntó Desjani.

Todas las miradas se dirigieron hacia Rione, que se sonrojó ligeramente pero les devolvió la mirada, desafiante.

—Yo no. Y por lo que sé, ningún senador sabe nada de los alienígenas.

—¿Y el Consejo de Gobierno? —preguntó Duellos.

—Lo ignoro. —Rione miró a los demás y vio dudas en ellos—. No tengo ninguna razón para mentir —afirmó bruscamente—. Sé que hay asuntos extremadamente delicados sobre los que solo se informa a los miembros del Consejo de Gobierno. Supuestamente algunos de esos asuntos solo se les comunican a los nuevos miembros verbalmente, nunca por escrito, pero no sé si es verdad o no. Es algo que solo saben los miembros del Consejo, y no desvelan sus secretos.

Geary asintió con la cabeza.

—Me lo creo, es verosímil. Sin embargo, ¿usted qué diría, señora senadora? —Usó aquel título a propósito, con el fin de hacer hincapié en el cargo político que ocupaba Rione—. Si tuviese que decir algo, ¿sabe o ha escuchado algo con relación al Consejo de Gobierno que le haga pensar que podrían saberlo?.

Ella frunció el ceño y torció la cabeza, pensativa.

—Es posible, pero depende de cómo se interprete.

—¿Se interprete qué?.

Rione frunció todavía más el ceño.

—Cuestiones sobre las que sabe que no debería preguntar por razones de seguridad de la Alianza, informes secretos concernientes a proyectos y presupuestos, y ese tipo de cosas. Pero hay muchas otras explicaciones posibles para todo eso.

Miren, soy tan desconfiada como cualquier política. Analizo todo lo que escucho para conseguir todas las interpretaciones posibles. Si el Consejo de Gobierno tiene alguna pista sobre la existencia de esos alienígenas, han hecho un muy buen trabajo para mantenerlo en secreto. De lo que estoy segura es de que yo no sospechaba nada hasta que el capitán Geary me enseñó lo que había descubierto.

—Entonces dejamos esa cuestión a un lado —dijo Crésida—, ¿no? Nunca se ha encontrado ninguna especie inteligente que no esa humana, ni han contactado con nosotros, que sepamos. Además, la guerra nos ha obligado a centrarnos en otros temas. El capitán Geary tiene una perspectiva más fresca.

—Yo más bien diría que tengo una perspectiva menos congelada —respondió Geary. Todo el mundo sonrió al escuchar aquel chiste sobre su período de hibernación. Nunca pensó que fuese capaz de hacer una broma como esa—. La cuestión es la siguiente: ¿debemos mantenerlo en secreto, o debemos empezar por contárselo a muchas otras personas?

Hubo un largo rato de silencio, hasta que Rione tomó la palabra en un tono de voz que denotaba hastío.

—Tenemos miedo de que la humanidad utilice las puertas hipernéticas para borrarse del mapa a sí misma debido al odio generado por esta guerra. Si la gente se enterase de que la guerra es el producto del engaño de otra especie inteligente, y que esa misma especie nos la ha jugado colocando en los sistemas estelares que controlamos sistemas para exterminarnos, ¿qué va a hacer la masa?, ¿qué va a exigir?

—*Venganza* —respondió Tulev.

—Eso mismo. Una guerra a una escala todavía mayor, contra un enemigo con un poder y un tamaño desconocidos, y con una tecnología claramente superior.

Crésida apretó los puños.

—La verdad es que no me importaría demasiado que muriesen muchas cosas de esas. Se lo han ganado. Pero si nos paramos a pensar en cuántos humanos morirían...

—Creo que ya han respondido a mi pregunta —afirmó tajantemente Geary—. Debemos guardar el secreto, además de averiguar cómo contrarrestar a los alienígenas sin comenzar una guerra todavía mayor.

Duellos hizo una mueca a la vez que fruncía el ceño, mientras tamborileaba en silencio con los dedos sobre la mesa que tenía al lado.

—Un enemigo a la vez. Esa es mi recomendación. Tenemos que ocuparnos de los síndicos antes de poder tener siquiera la esperanza de poder hacer lo mismo con los alienígenas.

—¿Y cómo vamos a derrotar a los síndicos si los alienígenas los ayudan activamente? —pregunto Crésida. Duellos frunció todavía más el ceño.

—Ojalá tuviese la respuesta.

Por alguna razón, todos se giraron para mirar a Geary.

Él les devolvió la mirada.

—¿Qué? ¿Creen que sé cómo hacerlo?

Para su sorpresa, fue Crésida la que respondió.

—Señor, ha demostrado tener una capacidad especial para distinguir lo que los demás considerábamos evidente o lo que ni siquiera nos habíamos planteado. Es posible que se deba a que tiene un punto de vista distanciado del nuestro en muchos sentidos, o puede que, eh... tenga la inspiración necesaria para ver cosas que los demás no podemos ver.

¿Inspiración? ¿Qué querría decir con eso? Geary miró a Crésida y a los demás, y obtuvo la respuesta, tanto en la cara de esta, ligeramente avergonzada, como en la expresión de confianza de Desjani, o en la mirada comedida de Rione.

—¿Creen que las estrellas del firmamento se comunican conmigo? Creo que lo sabría si fuese el caso.

Duellos volvió a fruncir un poco el ceño.

—No, no lo sabría —dijo, corrigiéndolo—. Ese no es su método. O al menos se supone que no lo es.

—¡Nadie sabe cuál es su método! Después de todo lo que hemos pasado, ¿por qué creen que me llega la inspiración divina?

Entonces respondió Desjani:

—En privado nos dice continuamente que no es más que una persona normal, que no es excepcional. Sin embargo, hace cosas excepcionales. O es un hombre extraordinario, o lo es la ayuda que recibe, y no soy tan presuntuosa como para pensar que mi ayuda es tan especial.

Aquella era una clara trampa dialéctica.

—Capitana Desjani, y todos los demás: la única ayuda extraordinaria que tengo es la suya. —Todas las caras coincidieron en mostrar desacuerdo en mayor o menor medida—. No pueden arriesgar el destino de la flota, o de la Alianza entera, por el hecho de que tienen la vaga creencia de que recibiré inspiración divina cuando lo necesite.

—Y no lo hacemos —afirmó Tulev—. Nos basamos en lo que ha hecho hasta ahora. Siga haciendo lo mismo. —Cuando Tulev se dio cuenta de lo jocoso de su afirmación, de su naturaleza casi irracional, se dibujó en su cara una extraña sonrisa.

Siga haciendo lo mismo. Salvar a la flota. Ganar la guerra. Plantarle cara a un enemigo anónimo y con un poder desconocido, que no es humano, y ocuparse de él. Geary no pudo evitar echarse a reír.

—Lo intentaré, pero ahora mismo no me llega ninguna inspiración. Necesito que sigan haciendo lo que han hecho hasta ahora: que me ofrezcan su inestimable apoyo, su ayuda y sus sugerencias.

Crésida sacudió la cabeza.

—Ojalá se me ocurriese algún consejo sobre cómo luchar contra los alienígenas. Por lo menos pensar sobre el tema nos valdrá para pasar el rato mientras la flota está en el espacio de salto hacia Branwyn.

Tres días después, Geary dio la orden de saltar, y la flota de la Alianza abandonó el sistema estelar Lakota por segunda y, con suerte, última vez.

Después de la tensión vivida durante las últimas semanas y de los combates en el sistema estelar Lakota, los días en el espacio de salto de camino a Branwyn resultaron ser un período de recuperación grato aunque también breve. Todo el mundo trabajó duro para reparar el daño sufrido durante los combates, aunque también hubo tiempo para relajarse un poco, tanto emocional como mentalmente. Pese a lo extraño y misterioso del espacio de salto, Geary lamentó tener que volver al espacio normal cuando llegaron a su destino.

El visor de estado del sistema estelar, que mostraba los datos cargados que habían conseguido en distintos archivos de los sistemas estelares síndicos, comenzó a mostrar datos actualizados según los sensores de la flota de la Alianza analizaban la presencia humana en Branwyn.

Sorprendentemente, en la estrella había más presencia síndica de la esperada. Muchos de los sistemas estelares que habían sido olvidados por la red hipernética habían entrado en declive más rápida o más lentamente cuando el tráfico espacial que una vez había necesitado atravesar el sistema usando la comunicación mediante salto dejó de emplearlos y comenzó a utilizar las puertas hipernéticas, que permitían moverse directamente entre dos puntos de la hipernet.

Sin embargo, las instalaciones mineras de Branwyn, de las que dependía casi toda la presencia humana del lugar, eran mucho más grandes que las que venían recogidas en las guías estelares de los Mundos Síndicos que la flota de la Alianza había conseguido en Sancere.

—¿Por qué? —dijo Geary en voz alta.

Desjani sacudió la cabeza, aparentemente sorprendida, al igual que él.

—No hay militares síndicos. Ni naves de vigilancia, ni ninguna fuerza esperándonos. Nunca había visto un sistema síndico ocupado que careciese de la más mínima instalación para fuerzas de seguridad internas.

En el visor la información seguía actualizándose. Aparecieron unos cuantos cargueros que iban y venían de uno de los demás puntos de salto que había en el sistema estelar Branwyn.

—¿A dónde lleva ese punto de salto?

Vio la respuesta a la vez que lo enunciaba un consultor.

—Sistema estelar Sortes, señor.

Una presencia síndica notable en un sistema estelar olvidado por la hipernet, con

un tráfico aparentemente regular hacia otro sistema con puerta hipernética. Sin embargo, no parecía que estuviesen minando nada que no hubiese también en Sortes.

—¿Qué coño?

Victoria Rione se echó a reír, por lo que llamó su atención.

—¿Nadie entiende lo que está pasando? ¿No entienden lo que están viendo? Es todo ilegal, una instalación pirata si prefieren llamarlo así, montada por empresas sindicas que intentan burlar los controles gubernamentales y los impuestos. Nada de lo que sacan de aquí se regula ni se grava, lo que camufla los costes extras de trasladar el material de contrabando hasta un sistema estelar conectado a la red hipernética y ocultar su origen.

—¿Cómo sabe eso? —le preguntó Geary.

—Porque en el espacio de la Alianza aparecen de vez en cuando operaciones semejantes. Es ilegal, pero también tentador. Uno de los pasatiempos del Senado de la Alianza es aprobar leyes para intentar asegurarse de que nadie pueda salirse con la suya, pero la gente siempre anda buscando resquicios legales.

Una operación ilegal. Geary se preguntó si la gente de Branwyn prestaría ayuda al asolado sistema estelar Lakota o simplemente se esconderían para evitar que los cogiesen.

—Envíenles los registros de lo que sucedió en Lakota y la llamada de socorro del planeta habitado. ¿Qué pasaría si las autoridades sindicas o los militares descubriesen lo que sucede aquí?

Rione se encogió de hombros.

—Algunos seguramente ya lo saben. Supongo que algunos sobornos a las personas adecuadas hacen que esto quede en secreto. Aunque al pasar nosotros por aquí seguramente llamaremos demasiado la atención como para que puedan seguir ocultándolo.

Comprobó el visor de navegación.

—Solo nos llevará cuatro días llegar al punto de salto de Wendig. Las auxiliares ya están agotando el material que cargamos en Lakota. ¿Cree que podríamos confiar en que estos sindicos nos suministren materias primas sin contaminar si se las pedimos?

—¿Confiar en una operación pirata? ¿Qué beneficios puedes ofrecerles?

—Ninguno —respondió Geary.

—Pues entonces esa es la misma confianza que puedes depositar en ellos.

Pese a que la presencia síndica en Branwyn mostraba evidencias de estar realizando una evacuación de emergencia a toda velocidad y sin ninguna amenaza para la flota de la Alianza, Geary estaba inquieto. Como no era capaz de sentarse y pensar tranquilamente, comenzó a dar largos paseos por los pasillos del *Intrépido*.

Los cruceros de batalla eran naves de gran tamaño, pero no lo suficiente como para no encontrarse con cierta frecuencia con la capitana Desjani, que pensaba en sus cosas y se hacía notar entre su tripulación. Irónicamente, dejarse ver con ella era mucho mejor defensa contra los rumores de que llevaban una conducta poco profesional que evitarla, puesto que si no los veían paseando y charlando juntos, chismorrearían diciendo que se encontraban en lugares donde no podían verlos para hacer cosas que no querían mostrar.

La mayor parte de las conversaciones eran sobre temas profesionales. La guerra, cómo dirigir la nave, las ventajas de los distintos tipos de navíos, tácticas, logística, asuntos de personal, y adónde se dirigiría la flota. No eran el tipo de temas que alguien que los escuchase por casualidad calificaría como propios de una conversación informal, aunque a ella le fascinaba. Estaba claro que le encantaba ser oficial de la flota.

Sin embargo, según pasaba el tiempo, Desjani comenzó a hablar más sobre su planeta natal, Kosatka, y sobre el espacio de la Alianza en general; de su familia, y poco a poco Geary comenzó a entrar en esos mismos temas. Al final se encontró trayendo a su memoria recuerdos que le resultaban dolorosos, pensamientos sobre gente y lugares que se habían desvanecido, y se sorprendió de poder hablar de todo eso con ella y de notar una sensación no solo de melancolía sino también de liberación.

—Hace tiempo me dijo que había conocido a alguien en la Impertérrita —dijo Desjani sacando el tema, mientras caminaban a través de un largo pasillo en dirección a la zona de propulsión. Era ya bastante de noche en la nave, y por el oscuro corredor tan solo se veía algún oficial o tripulante haciendo algún recado. Aquel comentario trajo con él un remolino de recuerdos dolorosos y recientes que giraba sobre el sistema natal síndico.

—Sí —dijo Geary en voz baja—, mi sobrina nieta, la hermana del capitán Michael Geary. Me dio un mensaje para ella.

Desjani estaba mirando su tableta de lectura.

—¿La comandante Jane Geary? No es que esté en la Impertérrita, es que es la oficial al mando. —Entonces frunció el ceño—. Un acorazado comandado por una Geary. Es un poco raro, aunque nunca escuché nada malo sobre ella.

Geary intentó no resoplar. La flota moderna asignaba a sus mejores oficiales a los cruceros de batalla, los que podían ser los primeros en cargar sobre el enemigo y también los primeros en morir.

—Es posible que la juzguen según unos criterios imposibles de cumplir.

—¿Los de su tío abuelo? —preguntó Desjani. Luego sonrió—. Es posible. —La sonrisa se desvaneció—. Cuando volvamos, tendrá que decirle que su hermano seguramente está muerto. Lo lamento.

—No va a ser fácil.

—Pero ¿tiene que decirle algo de su parte?

—Sí. Es sobre lo último que me dijo antes de que la Resistente fuese destruida. — Se paró a pensar y luego decidió que si había alguien que podía comprender el mensaje que no fuese Geary, debía de ser Desjani—. Me pidió que le dijese que ya no me odiaba.

Ella pareció sorprenderse un poco. Luego su expresión adoptó un aspecto pensativo.

—Los criterios imposibles. ¿Michael Geary lo odiaba por lo que había tenido que vivir?

—Eso dijo. —Durante el poco tiempo que había podido hablar con su sobrino nieto, no habían tenido oportunidad para hablar mucho más.

—Pero cambió de idea. —Desjani lo miró durante un rato largo—. Porque utilizó a la Resistente para contener al enemigo. Un último esfuerzo en retaguardia para permitir que el resto de la flota escapase, el mismo tipo de acción que lo hizo a usted legendario. Entonces lo entendió, ¿no?

—Sí. —Se sintió tremendamente liberado al poder compartir aquello. Tanya Desjani lo había comprendido. Por supuesto—. Se dio cuenta de que no lo hice porque pensase que era un héroe, ni porque buscase la gloria. Lo hice porque mucha gente contaba conmigo. Por eso.

—Y él tuvo que hacer lo mismo. —Asintió con la cabeza—. Hace falta ser un héroe para hacer eso, señor.

—No, no hace falta. —Geary se encogió de hombros, a la vez que sentía aflorar el dolor que le producía pensar en la muerte de su antigua nave hacía un siglo, o en las naves de aquella flota que recientemente se habían perdido llevando a cabo aquel mismo tipo de acciones desesperadas en retaguardia—. Acabar en una situación así es cuestión de suerte.

—Es posible. —Desjani miró con expresión seria a Geary—. Pero aquello que hace alguien que se ve en una situación como esa no es cuestión de suerte simplemente, señor. Lo eligen, como todos los demás, y son esas decisiones las que nos definen. Ya sé que no le gusta que se lo diga, pero es usted un héroe, señor. Si fuese un fraude, la gente ya se habría dado cuenta.

—Soy humano, Tanya.

—Claro que lo es, y eso es lo que lo hace un héroe. Los hombres temen a la muerte, y al dolor, pero cuando superamos el miedo para proteger a otros, hacemos algo de lo que estar orgullosos.

Sorprendido, Geary anduvo en silencio un rato sin decir nada.

—Nunca lo había visto de esa forma. Es usted muy buena con las palabras. Está claro por qué su tío quería que formase parte de su agencia literaria.

Ella miró a la cubierta y sonrió con cierta melancolía.

—Mi destino está entre las estrellas, capitán Geary. Creo que es algo que he sentido toda la vida.

—¿Tiene idea de por qué?

—No. Siempre me han atraído. Es extraño que desde pequeña mirase hacia el inmenso vacío que hay en el espacio y creyese que ese mismo vacío contenía lo que realmente me importaba, pero es lo que siempre he sentido.

—¿El *Intrépido*? —dijo Geary, tomándole el pelo—. Está claro que le encanta estar en el puente de los cruceros de batalla.

Desjani se echó a reír. Era tan raro que Geary no estaba seguro de si era la primera vez que lo escuchaba.

—¡Espero que no! Me encanta el *Intrépido*, pero las naves de ese tipo son damas que exigen mucho de sus capitanes. Son relaciones demasiado centradas en uno de los dos, ya sabe. A mí me gustaría algo más equilibrado.

—Todavía sonreía y, a su pesar, se preguntó cómo sería una relación de ese tipo con Desjani. Sin embargo no podía, ni él, ni tampoco ella, eso estaba claro, por lo que siguieron avanzando por el corredor, desviando la conversación hacia temas más seguros, como los últimos cambios en los sistemas de puntería de las lanzas infernales.

Cuando llegó a su camarote, se sorprendió al ver que, pese a ser ya tarde, estaba allí Rione, de pie ante el visor estelar, como si llevase mucho tiempo estudiándolo.

—¿Ocurre algo?

—No lo sé —respondió Rione—. Yo solo soy tu antigua amante. Ha sido con ella con quien has estado hablando.

Geary puso mala cara.

—Te refieres a la capitana Desjani. Es la capitana de mi buque insignia...

—Y no estabais hablando solo de vuestra amada flota —dijo Rione acabando la frase. Sin embargo, no lo dijo enfadada, sino derrotada.

—No va a pasar nada entre nosotros, Victoria. Ya sabes por qué no puede haber nada entre Tanya Desjani y yo.

Rione siguió mirando para otro lado durante un rato. Luego volvió a mirar a Geary con expresión insondable.

—Ya hay algo entre vosotros. No es algo físico. No, y tampoco habéis hecho nada incorrecto. No tengo problema en admitirlo. Tampoco lo haríais, ninguno de los dos. Pero sí que hay un vínculo sentimental entre vosotros, un sentimiento que va mucho más allá de lo profesional, y sabes que es verdad, John Geary. —Suspiró profundamente, y volvió a apartar la mirada—. No seré el segundo plato de ningún hombre.

No supo qué decir.

—No pensé...

—No, es cierto. Nunca te hice pensar que estuviese interesada en algo más que en las relaciones meramente físicas de las que disfrutamos a veces, pero una mujer fuerte necesita a un hombre fuerte, y al final acabé queriendo de ti algo más que sexo. Sin embargo ahora no puedo tenerlo. Admítelo, no me quieres. Deseas mi cuerpo, pero ni me quieres ni podrás quererme.

—No sería sincero si dijese que te quiero —dijo Geary—, pero no te desearía si no te admirase tal y como eres.

Rione miró a una de las esquinas del camarote con una sonrisa afligida.

—Eso es justo lo que toda mujer quiere. Que la deseen y la admiren.

—Lo siento. Siempre has dicho que nunca nos hicimos ninguna promesa.

—Es cierto, pero rompí el trato. Al menos en parte. No te engañes, no estoy loca por ti; pero tampoco voy a ser tu segundo plato —repitió—. Tengo mi orgullo. —Eché a andar hacia la escotilla, se paró antes de abrirla y se volvió para mirarlo—. En cuanto salga, cambia la configuración de seguridad para que no pueda volver a entrar cuando lo desee.

Geary asintió con la cabeza.

—Vale, si es lo que quieres.

—Lo que yo quiero ya no importa demasiado. Tienes que entender lo que he querido decir. Solo voy a volver aquí como consejera.

—Gracias. Tus consejos han sido muchísimo más valiosos de lo que crees.

Ella hizo una mueca, y luego sacudió la cabeza.

—La Alianza necesita a esta flota, y ella a ti. Seguiré siendo tu aliada y tu confidente mientras seas fiel a tus creencias y a la Alianza, pero no volveré a tu cama, y te pido que no vengas a la mía, porque sé que mientras le hagas el amor a mi cuerpo pensarás en ella, y no podré soportarlo.

Geary se quedó sentado bastante tiempo después de que la escotilla se cerrase, dándose cuenta de que lo que decía Victoria Rione era verdad. La única mujer que podía tener de la flota no era la que quería, y Rione tenía todo el derecho del mundo a negarse a ser el premio de consolación.

Se levantó, se acercó al panel de control de la escotilla y reseteó la configuración para que Rione no pudiese volver a entrar por su cuenta en el camarote. Al acabar de hacerlo sintió que aquella vez era definitivo, que Rione no volvería a menos que fuese para hablar de la situación de la flota. No pudo evitar sentirse culpable y a la vez aliviado.

Capítulo 8

Dos días más en Branwyn. El tiempo que quedaba hasta que llegasen al punto de salto. Los síndicos seguían abandonando el lugar lo más rápido posible. Nadie había respondido al mensaje de la flota de la Alianza sobre la situación de Lakota, por lo que a Geary solo le quedaba esperar que la gente de aquel sistema reaccionase de algún modo para prestar ayuda.

—¿Qué le han dicho últimamente sus espías? —dijo Geary a la vez que se dejaba caer en su asiento.

La imagen virtual del capitán Duellos, sentado cómodamente, pareció ofenderse.

—Los políticos tienen espías. Yo tengo fuentes, mi querido capitán Geary.

—Discúlpeme.

—Disculpado. Tampoco es que tenga mucho que decir, pero pensé que podíamos charlar.

—Y pensó bien. ¿De qué quiere hablar?

—De la presión. —Duelos hizo un gesto hacia el visor estelar—. Si llegamos a Cavalos, esta flota estará a cinco o seis saltos de un sistema estelar síndico de la frontera, desde donde podríamos saltar al espacio de la Alianza. Alguien no muy astuto pensaría que se siente liberado al ver lo cerca que estamos de casa. Sin embargo, me gusta más pensar que espera, cada vez con mayor intensidad, que la espada caiga finalmente sobre nosotros.

Geary asintió.

—Está en lo cierto. Con cada paso con el que nos acercamos a casa me pregunto si no me estará esperando un desastre en el último momento. Por cierto, he planeado seis saltos desde Cavalos, puesto que tenemos que evitar los sistemas síndicos con puerta hipernética.

—Cierto. —Duelos observó la representación de las estrellas—. Los síndicos tienen que estar cada vez más desesperados. Deben de estar preparando todo lo que les queda para pararlo.

—Para pararnos.

—Tiene razón, aunque es normal personalizar algo tan impersonal como una flota.

—Supongo que tiene razón. —Geary hizo una mueca al mirar el visor—. Que los síndicos estén concentrando los navíos de combate que les quedan para utilizarlos contra nosotros debería darles una oportunidad a las naves que se quedaron atrás cuando esta flota se encaminó al sistema nativo síndico. Como poco deberían poder enviar refuerzos que se reúnan con nosotros en el sistema fronterizo al que nos dirigamos. No obstante, no hay manera de comunicarse con la gente del espacio de la Alianza para contarles lo que pasó ni dónde estamos.

—Es una lástima que no se lo digan los alienígenas, aunque supongo que deberíamos estar agradecidos de que no se lo digan a los síndicos.

—Sí. —Geary apoyó las palmas de las manos sobre la cara al sentir cómo se le levantaba un preocupante dolor de cabeza—. Cambiemos de tema.

Duellos parecía estar pensando en algo.

—¿Quiere hablar de temas personales?

—¿Suyos o míos? —preguntó Geary secamente.

—Suyos.

—Qué miedo. ¿Sobre qué?

Duellos frunció ligeramente el ceño y, bajando levemente la vista, dijo:

—Sobre usted y Tanya Desjani.

—No. No hay nada entre nosotros, ni lo habrá.

—La flota tiene cada vez más claro que sí que hay algo. Todo el mundo sabe que la copresidenta Rione ya no pasa las noches con usted en su camarote, y que ella y la capitana Desjani siguen manteniendo una relación tensa. —Duellos se encogió de hombros—. Se supone que ha ganado la mejor mujer. La flota, naturalmente, reconoce que Tanya Desjani es mejor que cualquier política.

Geary suspiró exasperado.

—Es una mujer maravillosa, pero también es mi subordinada. Conoce el reglamento tan bien como yo, y como ella.

—Podría saltártelo, ya lo sabe —sugirió Duellos—. Es un caso excepcional. Usted es Black Jack Geary.

—El héroe prácticamente mítico que puede hacer lo que quiera. No puedo permitirme verme de ese modo. —Geary se levantó y comenzó a pasear con inquietud pese a estar cansado—. Si me salto esa norma, ¿por qué no hacer lo mismo con otras? Si sigo por ese camino, ¿cuándo llegaría el momento de aceptar la oferta del capitán Badaya de convertirme en dictador simplemente porque puedo? Además —añadió—, Tanya no lo haría. Ni lo haría, ni me dejaría hacerlo.

—Seguramente está en lo cierto —dijo Duellos, dándole la razón—, pero tendrá que esforzarse para que no se note el deseo en sus ojos incluso cuando pronuncia su nombre.

Geary se dio la vuelta para ver directamente a Duellos.

—Espero que esté de broma. ¿En serio?

—Yo lo he notado, pero no se preocupe. En principio parece que solo pasa cuando dice «Tanya». Si solo dice «capitana Desjani» parece totalmente profesional. —Duellos hizo una mueca—. Y conste que tampoco es que ella ponga otra cara a veces cuando lo mira.

¿En serio?

—Espero que no hayamos...

Duellos levantó una mano, adelantándose a lo que iba a decir.

—No hace falta. Nunca lo he puesto en duda. Jaylen Crésida y yo conocemos a Desjani lo suficiente como para saber que no solo se siente angustiada, sino también atenazada por la culpabilidad de tener esos sentimientos hacia usted. Tener una relación sentimental con el oficial al mando de la flota va contra sus creencias. —Duellos se encogió de hombros—. Aunque ahora, eso está claro, cree en usted.

Al sentir su propia parte de culpa y de angustia, Geary se frotó la cara con las dos manos.

—Debería irme del *Intrépido*. No tengo derecho a hacer que pase por esto.

—Abandonar el *Intrépido* no servirá de nada. Tal y como me dijo la capitana Crésida: «Cuando Tanya fija un objetivo, no deja que se le escape. Es incapaz de hacerlo». Jaylen tiene razón; no va a dejar de importarle solo porque abandone la nave, y si no es capaz de ver a su objetivo se afligirá todavía más. Además, siendo francos, la tripulación del *Intrépido* está bastante orgullosa de tenerlo a bordo. Yo le diría que no la deje.

Geary asintió con la cabeza, y luego se preguntó si aquel «la» de Duellos se referiría a Tanya Desjani o a la nave.

—Pero si la tripulación cree que hay algo entre nosotros...

—Lo cree, pero no de ese modo. Pese a la campaña continua que afirma lo contrario, gran parte de la flota cree que están ligados emocionalmente aunque siguen comportándose de forma profesional y manteniendo las distancias.

—Pero es que incluso eso está mal —insistió Geary, dejándose caer en su asiento.

—Sí, si hacemos una lectura estricta del reglamento, pero tiene un aire romántico en plan amor que no puede consumarse, y creo que el hecho de que cumplan las normas pese a lo que sienten el uno por el otro hace que su situación sea más cautivadora. Es como en las sagas clásicas. —Duellos sonrió al ver la mirada seria de Geary—. Usted me ha hecho una pregunta y yo le respondo.

—¿Muchos de esos clásicos no terminan en tragedia?

Duellos volvió a encogerse de hombros.

—La mayoría, pero esta es su saga. Todavía está escribiéndola.

Por alguna razón aquello hizo que Geary sonriese levemente.

—Entonces creo que tengo que pararme un buen rato a pensar en el argumento.

—Los clásicos no serían interesantes si no les pasasen cosas terribles a los personajes —afirmó Duellos.

—Nunca he pretendido que mi vida sea interesante, y estoy seguro de que no tengo derecho a hacer que la vida de Desjani sea interesante en ese plan.

—Ella también escribe su propia historia. Puede que seas su superior en el puente de mando, pero Tanya Desjani no me parece el tipo de persona que permite que los demás, que nadie, de hecho, le diga cómo debe escribir su historia.

No pudo rebatir aquel comentario.

—De todos modos, no son más que especulaciones. Volvamos a los asuntos impersonales —dijo Geary refunfuñando—. Espero que la gente no esté haciendo que Tan... que la capitana Desjani lo pase mal con esto.

—Si fuese el caso, es muy capaz de responder. He de admitir que me sorprende tu aparente preferencia por las mujeres peligrosas, pero es que además ellas parecen preferirte a ti también.

Como no era capaz de ofrecer una buena respuesta ante aquella observación, Geary cambió de tema.

—No sabía que Crésida y tú fueseis amigos.

Duellos se encogió de hombros.

—Y no lo éramos. Prácticamente no nos conocíamos. Pero desde que asumiste el mando hemos tenido motivos para hablar. Es una mujer bastante impresionante. No estoy seguro de si tiene el temperamento necesario para un puesto más alto, más independiente, pero Jaylen Crésida es una científica brillante. A veces me pregunto qué habría conseguido si buscase metas pacíficas, en lugar de estar en esta guerra. —Entonces pareció pensar sobre algo—. Mi esposa y yo tenemos un par de amigos en nuestra tierra; tendremos que ingeniárnosla para presentárselos. No sería una mala opción para ninguno de ellos.

—Me lo creo. —Había evitado mirar los archivos personales de los capitanes al mando de las naves, pero hacía tiempo que había aprendido cosas sobre ellos personalmente—. Entonces, dejando a un lado mi vida no amorosa y sus ganas de liar a la capitana Crésida...

Duellos sonrió durante un instante y se recostó, pensativo de nuevo. Al momento puso mala cara.

—No soy capaz de averiguar qué trama el capitán Numos. Lo más seguro es que no haya aceptado estar bajo arresto. Y aunque le estuviera pasando mensajes a los que lo apoyan, lo hacen tan cuidadosamente que ni los posibles rumores llegan a nadie que pueda contármelos.

—¿Y qué me dices de la capitana Faresa? ¿Hay algún indicio que llevase hasta ella antes de que la *Majestuosa* fuese destruida?

—Nada que yo pudiese averiguar. Faresa siempre siguió a Numos pasase lo que pasase. El capitán Falco intentó alguna vez dar órdenes, y lo hizo con torpeza. Aunque siguiese vivo, ahora mismo no serviría como cabeza visible. —Duellos frunció bastante el ceño—. Tus enemigos tienen que organizarse alrededor de alguien, algún oficial suficientemente respetado como para aparentar ser una alternativa a usted, pero no he sido capaz de encontrar a esa persona, y me preocupa.

—Podemos conjeturar —dijo Geary, agradecido de que la conversación se alejase finalmente de su vida personal.

—No lo tengo claro. El cabeza visible que lo reemplace tendría que llamarle la atención aunque solo fuese un poco a los que creen en usted. Eso quiere decir que no puede ser alguien del que se sepa que está en su contra, y ser a la vez un oficial al mando decente.

Geary repasó mentalmente a los oficiales que conocía.

—Alguien en quien probablemente confiamos, entonces.

—Tulev y Crésida no, eso está claro. Armus tampoco, aunque no confiemos en él. Es brusco, tanto hablando como cuando hace las cosas de forma directa. No podría llevar el engaño. Badaya ha hecho bastante ruido últimamente, pero se mantendrá leal a usted mientras crea que se hará con el poder cuando la flota vuelva al espacio de la Alianza.

—Nos siguen quedando un montón de candidatos.

—Así es —dijo Duellos—. Estoy en ello. Con suerte daremos con algo interesante en breve.

—Gracias. Le preguntaré a la copresidenta Rione, a ver qué pueden averiguar sus espías. —Duelos hizo una mueca—. ¿No confía en ella? —preguntó Geary.

—No es eso. Confío en que hará lo mejor para la Alianza. Lo que me preocupa es qué considerará ella que es mejor para la Alianza.

Su preocupación era legítima. Geary asintió con la cabeza. Entonces se le ocurrió algo.

—¿Y Cáligo, de la Radiante; y Kila, de la *Inspiradora*?

Duelos se paró a pensar durante un momento sobre lo que le acababa de decir.

—Si me permite la pregunta, ¿qué le ha hecho pensar en ellos?

—Me acabo de dar cuenta de que casi ni los conozco pese a que ambos son capitanes de cruceros de batalla. Aunque Kila se hizo notar en la última reunión.

—Cáligo es así —dijo Duellos—. Nunca he hablado demasiado con él. Prácticamente solo se sienta y observa. Le gusta quedar en segundo plano. —Duelos adoptó una expresión pensativa, oscurecida por su ceño fruncido—. Interesante, sobre todo dado el tipo de oficiales que creemos que actúan en su contra.

Geary no pudo evitar pensar lo mismo.

—Pero ¿cómo es?

—Nunca ha llegado a mis oídos nada malo sobre él, aunque tampoco es que escuchase muchas cosas buenas al respecto —dijo Duellos—. Hace su trabajo y no da problemas, aunque ha impresionado a algunos lo suficiente como para conseguir estar al mando de un crucero de batalla.

En otras circunstancias, habría parecido el tipo de oficial que a Geary le gustaba tener trabajando con él. Sin embargo, en aquel momento se quedó pensativo, y se enfadó consigo mismo por preocuparse por la lealtad y las intenciones de un compañero oficial basándose simplemente en datos poco claros.

—¿Y Kila?

—Kila. Ahora que lo dice, ha estado bastante tranquila. —Duelos parecía estar un poco incómodo—. Me temo que seré algo imparcial. Tuvimos una relación cuando ambos éramos alféreces. Después de terminar el adiestramiento no duró mucho. Cuando nos fuimos cada uno por su lado, dejó claro que se había separado en más de un sentido.

—Vaya —dijo Geary en un gesto de comprensión.

—Al final me sentí aliviado —respondió Duellos—. Sandra Kila es ambiciosa y agresiva. E inteligente.

—Se parece un poco a Crésida.

—Eh..., más bien a la gemela maligna de Crésida. Kila suele impresionar a sus superiores, pero no es muy querida entre sus iguales ni entre sus subordinados debido a que su agresividad se vuelve crueldad fácilmente, incluso cuando se trata de competir por misiones o en los resultados de evaluaciones.

Aquello no cuadraba. Geary sacudió la cabeza.

—No parece el tipo de persona que se queda sentada en silencio y que prácticamente pasa desapercibida para el comandante de la flota. Así no se consiguen buenas valoraciones. ¿Por qué nunca está entre los protagonistas de las discusiones y de los debates? ¿Por qué no trata de adularme? Los comentarios que hizo en la última reunión no tuvieron demasiado énfasis y parecían querer presionarme, no apoyarme para, de ese modo, impresionarme.

—A lo mejor tiene en mente una meta más alta. —Duelos lo dejó caer y continuó hablando, pensativo—. Aunque a muchos oficiales no les gusta debido a su experiencia personal o a la reputación que tiene. Si Kila fuese un animal, sería de esos que se comen a sus crías.

Geary arqueó una ceja mientras miraba a Duellos.

—¿No dijo que iba a ser solo algo imparcial?

—Solo un poco —dijo Duellos, dándole la razón—. Pero la opinión que tengo no es en absoluto la única en esa dirección. Nunca la aceptarán como comandante en funciones de la flota; y es lo suficientemente inteligente como para saberlo.

—¿Por qué iba una oficial de la flota tan ambiciosa como ella a reconocer que tiene un tope? He conocido a oficiales de ese tipo. Quieren llegar a lo más alto. Siempre apuntan al máximo, y no se detienen, pero no se dan cuenta de que sus estrategias terminan embarrándolos y al final no pueden ascender de rango.

—Sí, pero... —Duelos hizo un gesto, como si estuviese molesto—. Esta no es la flota que conoció. Si Kila pudiese seguir impresionando a sus superiores, podría esperar que la ascendiesen a pesar de los deseos de sus subordinados. Las habilidades diplomáticas son lo más importante que debe tener alguien que aspira a los rangos más altos.

—¿No querrá decir habilidades políticas? —dijo Geary sarcásticamente.

—Tampoco hay que ser ofensivos. —Duelos se quedó sentado, en silencio, durante un momento. Luego asintió con la cabeza—. Aunque nos resistimos a enfrentarnos a ese hecho, tiene razón. El almirante Bloch era mucho mejor político que oficial, y eso le sirvió para ascender y conseguir finalmente el puesto de oficial al mando de la flota. Aunque a esta y a la Alianza no les sirvió tanto como a él, eso está claro. A lo mejor nos hemos vuelto cada vez más hostiles con gente como la copresidenta Rione porque vemos en ellos aquello en lo que nos hemos convertido.

—Rione no es tan mala —dijo casi automáticamente. Duellos le devolvió la mirada. Después de un rato, Geary acabó asintiendo—. Bueno, a lo mejor a veces, pero está de nuestra parte.

—Esperemos que siga así.

Era el momento de cambiar otra vez de tema.

—¿Tiene idea de si Cáligo o Kila están entre los que apoyan la oferta de Badaya de que me convierta en dictador?

Duelos reflexionó durante unos minutos.

—Diría que Cáligo sí, pero no recuerdo nada que me haga pensar eso. Kila... bueno, no creo que le guste aceptar a cualquier otro oficial como dictador. No es tanto una cuestión de apoyar al gobierno electo como de su propio ego. Veré qué puedo averiguar. Si me permite el comentario, parece preocupado.

Geary suspiró profundamente.

—Tengo sospechas de que el accidente en el que murieron Casia y Yin no fue tal. Cualquiera de ellos podría haber decidido dar los nombres de los demás oficiales, pero al explotar el transbordador ya no podrán decir nada. —Duelos, durante un instante, se quedó helado. Luego asintió lentamente—. Y si los que se oponen a mí, los mismos que quieren que esté otro al mando de la flota, o en el puesto de dictador, están dispuestos a hacer eso, puede que la próxima vez sea peor.

—Veré qué consigo averiguar. Tiene más amigos y más apoyo en la flota que nunca. A lo mejor alguien puede contarnos algo.

—Algo me dice que son mis enemigos los que tienen que decirme algo —le contestó Geary.

Quedaban nueve horas para llegar al punto de salto de Wendig, y el ciclo nocturno del *Intrépido* estaba a la mitad cuando el sonido del aviso de mensaje despertó a Geary. Pulsó el botón para aceptar la comunicación y frunció el ceño al ver que el mensaje procedía de la comandante Gaes, del crucero pesado *Loriga*. ¿Por qué le enviaría un mensaje de máxima prioridad con el nivel de seguridad más alto?

No había vídeo, tan solo la voz tensa de la comandante Gaes.

—La flota de salto en sistemas de los gusanos.

La comunicación se cortó, y Geary frunció todavía más el ceño, extrañado. ¿Qué leches significaba aquello? La frase era un galimatías, como si las palabras estuviesen mezcladas.

Como si alguien intentase confundir al software que controla las transmisiones de la flota y que analiza las comunicaciones verbales. Se suponía que nada debería poder espiar los mensajes configurados con el máximo nivel de seguridad, pero por aquel entonces Geary tenía mucha menos fe que hacía unos meses en la protección que ofrecían los sistemas.

¿Qué palabras iban claramente juntas? Salto y sistemas. Sistemas de salto. Sistemas de salto de la flota. En. Gusanos. De repente la frase se ordenó y cobró sentido: «Gusanos en los sistemas de salto de la flota».

Salió a toda velocidad de la cama, se puso el uniforme y llamó a Desjani.

—Capitana, tengo que verla a usted y al oficial de seguridad del sistema cuanto antes.

En menos de un minuto, Desjani estaba en la escotilla de su camarote, acompañada por un capitán de corbeta alto y delgado y con los ojos permanentemente centrados en lo que tenía frente a su cara en lugar de en el mundo exterior.

Geary se aseguró de que la escotilla se sellase y de que los sistemas de seguridad estuviesen activados. Entonces les repitió el mensaje que había recibido.

Desjani tomó aire.

—¿Quién le envió esto, señor?

—Preferiría no decirlo. ¿Podrían confirmarme si es verdad?

—¿En el *Intrépido*? Claro, señor —afirmó Desjani, casi a la vez que giraba hacia el oficial de seguridad del sistema—. ¿Cuánto?

El capitán de corbeta hizo una mueca mientras sus ojos analizaron un visor virtual que solo él podía ver.

—Media hora, capitana. ¿Suponemos que los gusanos son malware?

—Hasta que averigüemos lo contrario, sí.

Veinte minutos después, Desjani volvió al camarote de Geary junto con el capitán de corbeta, que parecía alterado.

—Sí, señor. Estaban ahí muy bien camuflados.

—¿Qué habrían hecho? —preguntó Geary.

—Cuando saltásemos, habrían iniciado una serie de fallos destructivos en el sistema. —Con la luz de noche que había en el camarote de Geary, la cara del capitán de corbeta parecía ser más pálida—. El *Intrépido* no habría salido del salto.

Entonces Geary se preguntó lo pálido que parecería estar él en aquel momento.

—¿Cómo han conseguido infiltrarnos algo así?

—Tienen que conocer nuestros sistemas de seguridad de arriba abajo, señor. Además, sean quienes sean, son muy buenos. Es un diseño excelente para ser algo

creado para causar tanto daño.

Geary miró a Desjani, que parecía estar a punto de estallar y ponerse a ahorcar a cualquier sospechoso de poner a su nave en semejante peligro. Sin embargo, el mensaje decía que estaban infectados los sistemas de la flota. ¿Habían saboteado a todas las naves para que se destruyesen, o era él el único objetivo? Podría hacerse una idea más aproximada de la amenaza si analizaban las naves de sus oficiales aliados más próximos.

—Capitana Desjani, quiero que usted y su oficial de seguridad del sistema avisen a los oficiales al mando de la *Osada*, de la *Leviatán* y de la *Furiosa* con el nivel máximo de seguridad. Cuéntenles lo que había camuflado en el sistema de salto del *Intrépido*, pídanles que examinen los suyos y díganme lo que encuentran en cuanto lo hagan.

—Sí, señor. —El saludo militar de Desjani fue tan rápido y cortante como el movimiento de una espada. Luego se marchó junto con el capitán de corbeta.

Media hora después, Geary estaba en la sala de conferencias de la flota observando las caras llenas de determinación e ira no solo de Desjani, sino también del capitán Duellos, Tulev y Crésida, presentes gracias al modo de reunión virtual. Tulev, que parecía estar inusualmente agitado, habló primero:

—Un gusano. Sí. Cuando la *Leviatán* intentase saltar la próxima vez, el gusano habría desconectado los sistemas de salto.

Duelos asintió con la cabeza, confirmando lo que Tulev acababa de decir.

—La *Osada* igual. No encontramos ningún elemento destructivo, solo un gusano diseñado para desactivar momentáneamente los sistemas de salto.

Crésida tomó la palabra con una extraordinaria tranquilidad, como si intentase mantener el control más de lo normal.

—La *Furiosa* estaba infectada con un malware parecido al del *Intrépido*. Habríamos saltado, pero no habríamos podido salir.

Desjani se puso roja.

—Entonces, sea quien sea el que esté detrás de esto, quería que como mínimo el *Intrépido* y la *Furiosa* fuesen destruidos, y que por lo menos parte del resto de la flota se quedase atrás.

—Los que intentan sacar al capitán Geary de su puesto al mando de la flota han decidido declararle la guerra a sus compañeros —afirmó Duellos, con un tono severo que contrastaba con sus comedidas palabras—. Ya no se trata de política. Esto es un sabotaje. Traición. Deben de haber atacado a la *Furiosa* porque todo el mundo sabe que la capitana Crésida apoya firmemente al capitán Geary.

—¿Por qué no hicieron entonces lo mismo con usted y con Tulev? —preguntó Desjani.

—Esa es una pregunta interesante para la que no tengo una respuesta segura.

Podría conjeturar que la capitana Crésida es más impulsiva que yo y que Tulev, y que los responsables de esto tenían miedo de que tomase medidas agresivas contra cualquiera que intentase asumir el mando, si sospechaba siquiera que habían sido los responsables de la pérdida del *Intrépido*.

—¡Y habrían hecho bien! ¡Deberíamos aplicarles un castigo ejemplar! —añadió Crésida, moviendo una mano como si sostuviese una pistola.

—Es lo que haremos cuando los encontremos —prometió Geary.

—Arrestarlos no sería suficiente —insistió Crésida—. Esto es mucho peor que lo que hicieron Casia y Yin. Se podría argumentar que lo que hicieron Numos y Falco era con buena fe, pero en la flota seguramente no hay más de un puñado de personas dispuestas a admitir la idea de intentar destruir deliberadamente a dos de nuestros cruceros de batalla. Sobre todo de ese modo, dejándolos atrapados para siempre en el espacio de salto.

Geary asintió con la cabeza, mientras sentía que su interior se revolvía ante aquella idea.

—Si identificamos finalmente al responsable, haré que lo ejecuten. —Había sido un «si» importante, pero Geary se sorprendió al ver la tranquilidad con la que había prometido ejecuciones sumarísimas de colegas de la flota. No obstante, tal y como había dicho Crésida, aquello era el tipo de puñalada traperera que horrorizaría a la mayoría del personal de la armada. El capitán Casia había abandonado a sus compañeros, pero no había intentado matarlos.

—¿Cómo vamos a encontrar a los responsables?

Todos se quedaron en silencio, con aspecto de estar enfadados o afligidos.

El sistema de seguridad de la sala emitió una alerta, lo que significaba que alguien quería entrar. Geary comprobó quién era.

—Está aquí la copresidenta Rione. ¿Alguien le ha dicho algo? —Todos los demás oficiales negaron con la cabeza—. ¿Alguien se opone a dejarla entrar y contarle lo que sucede? A ninguno de nosotros se nos ocurre ninguna idea para atrapar a los saboteadores, pero quizá a ella sí. —De nuevo, Desjani estuvo a punto de decir algo, pero al final sacudió la cabeza como el resto.

Geary hizo que la escotilla dejase pasar a Rione. Luego la miró mientras entraba, echaba un vistazo a aquel reducido grupo, y se sentaba en un asiento libre.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó rápidamente, al mismo tiempo que sus ojos se clavaban en Geary, haciéndole otra pregunta que no había llegado a formular: «¿Y por qué no me lo has dicho ni me has invitado al grupo?».

Nadie dijo nada, por lo que Geary la puso al corriente, a la vez que observaba su reacción. Rione abrió los ojos muy lentamente y de par en par, aunque también se puso algo roja. Geary se preguntó si los demás, que no estaban en absoluto tan acostumbrados como él a analizar las reacciones de Rione, se darían cuenta de

aquello, o si por el contrario creerían que no había reaccionado de ninguna forma ante aquella información.

Al terminar, Rione suspiró profundamente y cerró los ojos.

—Hay que decírselo a todo el mundo.

—¿Qué? —Fue Crésida la que lanzó la pregunta con incredulidad, pero podría haber sido cualquiera de los presentes en la sala.

Rione abrió los ojos de repente, y respondió mirando a cada uno de los capitanes.

—Conozco la forma de pensar de los militares. Hasta ahora es un secreto, y consideran que los secretos deben seguir siendo lo que son, y creen que la mejor forma de guardarlo, para evitar que la gente intente averiguar cosas, es que nadie sepa que existe. Pero este no es el caso.

—¿Quiere que le demostremos a la gente que hizo esto que sabemos lo que han hecho? —preguntó Crésida.

—¡Lo sabrán de todos modos cuando la flota salte en ocho horas tal y como está previsto! O retrasan el salto sin dar explicaciones, lo cual hará que los descubran y causará problemas con el resto, o buscan el malware en cada una de las naves para poder saltar tranquilamente. —Rione miró a los demás—. Díganles a todos lo que ha pasado. Tanto los políticos como los militares guardamos secretos entre nosotros porque no queremos que la gente se ponga a investigar, pero en este caso necesitamos la información. Una vez que la gente lo sepa o sospeche que se ha hecho con malas intenciones, habrá muchos ojos y cabezas atentas al asunto para saber más, para averiguar quién está involucrado. —Su expresión se endureció—. Hay que decírselo a todos. Habrá miles de tripulantes y oficiales intentando indagar en lo que puedan, buscando en su memoria cualquier cosa que hayan visto u oído que pueda guardar relación con esto. Buscarán más sabotajes, y por lo que sabemos, hay más. Los enemigos que tenemos en la flota han cometido un grave error haciendo algo que hará enfurecer a prácticamente todo el mundo, y que además los pondrá alerta por la amenaza que constituyen.

Duellos frunció el ceño.

—¿Y si nuestros enemigos de la flota afirman que lo que decimos no es cierto, que hemos sido nosotros los que hemos montado todo esto?

—Cuanto más tiempo lo oculten, más personas sospecharán eso. —Rione dio un golpe con la palma de la mano sobre la mesa—. ¡Díganselo ya! Que vean sus reacciones iniciales, que vean lo sorprendidos, lo horrorizados y lo enfurecidos que están. Hagan exactamente lo mismo que harían si fuesen los síndicos los que infiltraron los gusanos.

Tulev asintió.

—Podemos mandar un aviso de máxima prioridad a todas las naves. Ordenar un análisis a fondo de los sistemas para asegurarse de que no hay nada más acechando

en los sistemas automatizados.

—Y —añadió Rione— dar a conocer la pérdida del transbordador en Lakota. Ese extraño accidente en el que murieron dos oficiales que podrían dar nombres de los conspiradores. Pocos pondrían en duda que el destino del transbordador fue cosa de los mismos que han intentado destruir navíos de combate al completo.

Uno a uno, tanto Duellos como Crésida y Desjani acabaron asintiendo. Geary se giró hacia esta última.

—Por favor, que su oficial de seguridad del sistema prepare un aviso en el que además figure lo que sabemos del gusano. El *Intrépido* y la *Furiosa* podrían no ser las únicas naves de la flota con gusanos diseñados para hacer que se pierdan. Mándemelo cuando esté listo, y lo enviaremos con la máxima prioridad.

—Sí, señor.

—Al resto, gracias por sus aportes y sean discretos hasta que decidamos qué hacer. Intenten descubrir algo en sus naves que nos lleve hasta quién ha hecho esto, y de qué forma.

Las figuras del resto de oficiales desaparecieron en cuanto cortó la conexión de software, por lo que solo quedaron allí Rione, Desjani y Geary. Rione se levantó, con los ojos clavados en Geary, como si no hubiese nadie más allí.

—Puedo ayudarte si me dejas.

Luego se marchó a la misma velocidad que los que habían estado allí virtualmente y que se habían desvanecido.

Geary miró a Desjani y frunció el ceño, puesto que, al contrario que de costumbre, no había salido a toda prisa para llevar a cabo las órdenes lo más rápido posible.

—¿Qué?

Desjani vaciló, pero luego habló en voz baja, mirando hacia otro lado de la sala.

—Mi oficial de seguridad del sistema encontró algo más.

—¿Otro gusano? —dijo Geary, preguntándose por qué no se lo había comentado antes.

—No. Modificaciones no autorizadas en las configuraciones de seguridad. — Desjani suspiró hondo—. La escotilla de mi camarote. Se ha modificado recientemente su configuración para que la copresidenta Victoria Rione pueda acceder libremente.

Geary se quedó mirando, sin decir nada durante un rato, intentando comprender lo que aquello significaba.

—¿Por qué iba a hacer eso? Ya no puede entrar en mi camarote...

—¿Seguro?

Dudó. Al final pidió un informe remoto.

—También han cambiado mi configuración hace poco; para permitir de nuevo el

acceso de Victoria Rione. —Recordó los comentarios de Rione, cuando admitió que lo mataría si fuese necesario para proteger a la Alianza, pero ¿por qué en aquel momento?

—¿Seguro que fue ella la causante de estas modificaciones?

—No puedo probarlo —dijo Desjani a regañadientes—, pero ¿quién iba a hacerlo si no?

—¿Por qué iba a querer tener acceso a nuestros camarotes?

Desjani se mordió el labio, y su cara se puso roja, bien por ira o bien por vergüenza, o quizá por una mezcla de ambas, y luego volvió a hablar con una tranquilidad artificial.

—Ambos sabemos que me ve como a una rival.

—No creerá que...

—No sé de qué es capaz la copresidenta Victoria Rione, señor.

¿Qué podía decir ante aquello? Rione le había dicho abiertamente que estaba dispuesta a matarlo si tenía buenas razones. Sin embargo, habrían sido motivos de peso relacionados con el destino de la Alianza, y si todavía tenía intención de hacer algo así, ¿por qué le pidió que cambiase la configuración de seguridad para que no pudiese entrar? Geary reflexionó empleándose al máximo, intentando separar sus sentimientos de todo lo que había visto sobre Rione, de todo lo que había aprendido sobre ella tanto en público como en privado.

—Sé que una vez sufrió una crisis, pero me cuesta mucho creer que la copresidenta Rione haya organizado su asesinato por ser su rival amorosa. Estaba dispuesta a alejarse de mí, Tanya.

—Qué amable —dijo Desjani entre dientes. Su cara acabó por evidenciar su enfado.

Ojalá hubiese un modo de estar seguro. Geary acabó dándose cuenta de que lo había.

—Voy a ver si está dispuesta a que le pregunten sobre este tema en una sala de interrogatorios.

Desjani se sorprendió.

—¿Pretende someter a un alto cargo civil electo de la Alianza a un interrogatorio llevado a cabo por el personal de Inteligencia militar?

—No, pretendo pedirle que lo haga. —Se levantó, y notó que tenía un nudo en la garganta—. Si realmente está lo bastante loca como para planear un asesinato, al pedirle eso debería lanzarse a mi yugular. Sin embargo, si acepta, quedaría limpia. —Al levantarse, Desjani pareció estar inquieta y no muy contenta—. No creo que sea peligrosa ni para mí. —No ahora mismo, al menos—. Ni para la flota.

—Con el debido respeto, señor, no puede permitir que un sentimiento de lealtad inapropiado o unos sentimientos personales pendientes se interpongan a la hora de

realizar evaluaciones objetivas sobre el peligro que un individuo puede constituir para la flota.

Geary también se enfadó un poco, pero en realidad no tenía derecho a ponerse así puesto que había sido él quien había dejado que lo relacionasen con Rione.

—La lealtad que siento hacia Rione como persona no se acerca siquiera al deber que siento hacia esta flota y la Alianza. Y no hay nada pendiente de esos sentimientos. —Desjani, de algún modo, evidenció no estar de acuerdo pese a no decir ni hacer nada—. Confíe en mí, en que puedo valorar correctamente la situación.

—Sí, señor.

—Voy a seguir adelante con esto. Que conste que no estoy ignorando ni sus valoraciones ni lo que me dice.

—Sí, señor.

—Joder, Tanya...

—Sí, señor. Es su decisión.

Reflexionó sobre las posibles respuestas, pero la mayoría de ellas habrían sido injustas, poco profesionales o, simplemente, poco sabias.

—Gracias.

—Llevaré a cabo las órdenes que me corresponden, señor. Tendré preparado el mensaje que pidió tan pronto como sea posible, señor.

Quería gritarle, pero Desjani estaba comportándose de un modo totalmente adecuado y profesional.

—Gracias —repitió Geary, evidenciando que estaba irritado.

Mientras Desjani se marchaba, con la espalda cuadrada o simplemente recta, Geary se pasó un rato quejándose de lo injusto que era tener que lidiar con los problemas amorosos que tenía con una mujer con la que no podía tener una relación.

Victoria Rione no se lanzó a su yugular, aunque parecía estarlo pensando.

—¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo? —Hacía bastante tiempo que no escuchaba su tono de voz tan frío—. ¿De verdad crees que pondría en peligro a esta flota teniendo algo que ver con los gusanos que habéis encontrado?

—¿Por qué tienes libre acceso al camarote de la capitana Desjani? —le preguntó Geary directamente—. Han modificado la configuración hace poco, sin que ella lo supiese.

—¡No tengo ni idea! —Rione parecía estar a punto de ponerse a gritar de lo enfadada que estaba—. Puede que fuese ella la que...

—También modificaron la configuración de seguridad de mi camarote para darte libre acceso otra vez.

Rione se tragó lo que iba a decir y se quedó mirándolo.

—Mierda. Pero ¿tú te crees que soy tan tonta como para hacer algo que me señale

tan claramente, capitán Geary?

—No —respondió—. He estado pensando, y si pudieses haber cambiado las configuraciones, también podrías haber utilizado alguna identidad falsa que te permitiese el acceso. Eres demasiado lista como para dejar una evidencia tan clara de tu culpabilidad. Sin embargo, quiero saberlo sin que quede lugar para la duda.

Ella lo miró durante un momento antes de responder.

—Porque los demás oficiales estarían encantados de creerse lo peor de mí, de una política.

—Eso me temo. Por eso hicieron esto, estoy seguro. Para desacreditarte, como representante política de la Alianza, y para privarme de tus consejos.

Rione acabó por relajarse un poco, y jugueteó un poco con su pelo.

—Muy bien. Veo que te he enseñado algunas cosas. ¿Estás seguro de que quieres que el personal de Inteligencia se meta en esto?

—Sí. Necesito que declaren ante los demás que dijiste la verdad, y que nos ayuden con estos problemas. Con los traidores y con los alienígenas, me refiero. Ambos se han tomado más en serio sus ataques a esta flota, por lo que tengo que asegurarme de que algunas personas sepan a qué nos enfrentamos.

Rione reflexionó durante un momento, asintió, y echó a andar hacia la sección de Inteligencia en cuanto Geary avisó al personal.

Cuando llegaron a la escotilla de alta seguridad por la que se entraba a la sección de Inteligencia, el teniente Íger los estaba esperando, vestido con un uniforme que delataba haber sido puesto a toda prisa, y con una expresión de preocupación motivada porque lo hubiesen despertado tan pronto. Cuando Geary y Rione se estaban acercando, llegaron a toda prisa la capitana Desjani y el capitán de corbeta encargado de los sistemas de seguridad en dirección contraria. Desjani le ofreció a Geary una tableta de lectura, con una expresión tan impasible como la de Rione.

Leyó el aviso rápidamente y añadió algo más de información: «Todo indica que el que ha realizado el sabotaje es alguien de esta flota. Cualquiera que sepa algo al respecto deberá contactar con el buque insignia cuanto antes. Es tremendamente importante encontrar a los responsables del intento de destrucción de, por lo menos, dos de nuestros navíos y de sus tripulaciones, antes de que cometan otro acto de traición contra la Alianza o contra sus compañeros de la flota».

Desjani leyó lo que había añadido y asintió dando el visto bueno sin mediar palabra. Geary vaciló, pero acabó enseñandoselo al teniente Íger para que lo viese. El oficial de Inteligencia lo leyó por encima rápidamente. La conmoción que se observaba en su cara evidenciaba que ya lo había asimilado. Luego Geary presionó el botón de aceptar y el mensaje se envió. En poco tiempo, los oficiales al mando de las demás naves de la flota se despertarían con muy malas noticias. Geary no pudo evitar preguntarse cuántos de ellos se angustiarían no por el sabotaje, sino por el hecho de

que lo hubiesen descubierto.

—Gracias, capitana Desjani.

—Sí, señor. —Los ojos de Desjani se dirigieron a Rione, luego a Geary de nuevo —. ¿Algo más, señor?

Sí, deja de comportarte de ese modo tan jodidamente frío y formal.

—Habrá una conferencia de la flota dentro de algunas horas.

—Sí, señor. —Se despidió con un rígido saludo militar y se marchó junto con el oficial de seguridad del sistema.

Geary se volvió hacia Rione, la miró durante un instante, y vio que ella no había podido ocultar totalmente su satisfacción al ver a Desjani marcharse, en posición firme.

—Teniente Íger. Necesitamos una sala de interrogatorios.

Íger, que todavía estaba impresionado, se sorprendió.

—¿Ya tienen un sospechoso, señor?

—Tenemos a alguien al que probablemente identifiquen como sospechoso, teniente. En realidad no creo que esté involucrada, pero hay evidencias que la señalan, por lo que ha aceptado responder a cualquier pregunta en un medio preparado para llevar a cabo interrogatorios.

El teniente Íger asintió con la cabeza, aunque seguía perplejo. Entonces su mirada se dirigió hacia Rione y abrió los ojos de par en par con un sentimiento de sorpresa renovado.

—¿Se... señora copresidenta?

—Acabemos con esto —ordenó Rione.

Sin darle más vueltas, Íger los llevó hasta la zona de Inteligencia, a través de más escotillas de alta seguridad, mientras el personal del área que estaba de turno a aquella hora miraba aquella extraña procesión casi sin disimular su preocupación. Un oficial se acercó a Íger para preguntarle si necesitaba ayuda, y este le dijo que no con la mano.

El teniente de Inteligencia selló la escotilla que llevaba a la sala de interrogatorios que había tras él y luego miró con nerviosismo a Rione.

—Señora copresidenta, ¿sería tan amable de entrar por esa escotilla y sentarse en la silla roja?

Rione asintió altivamente y se dirigió al lugar sin decir palabra, mientras Íger llevaba a Geary a la sala de observación contigua. Había un separador que actuaba como un espejo unidireccional, por lo que tenían una visión clara de Rione mientras esta se sentaba y mirada fijamente de frente a lo que para ella era una pared en blanco. Íger manipuló los controles y activó los dispositivos que no solo iban a analizar los indicios físicos externos, sino también a realizar escaneos remotos de su cerebro y otros tipos de mediciones para saber claramente si la persona que estaba en

la sala de interrogatorios mentía o decía la verdad.

Íger se giró hacia Geary.

—Señor... ¿Quién...?

—Yo haré las preguntas.

El teniente volvió a manipular los controles y asintió hacia Geary.

Este se serenó, y habló claramente, puesto que sabía que sus palabras se repetirían dentro de la sala de interrogatorios.

—Copresidenta Rione, ¿tenía conocimiento previo de los gusanos que se encontraron en los sistemas de salto del *Intrépido* y de otras naves?

—No. —Aquella única palabra fue tan seca y directa como una ráfaga de metralla.

Los indicadores que había ante Geary brillaron en verde.

—¿Tiene conocimiento de la existencia de algún malware en las naves de la flota de la Alianza?

—Ahora sí —respondió Rione fríamente.

Geary hizo una mueca. Tenía que formular mejor las preguntas.

—¿Tenía algún tipo de conocimiento, del tipo que sea, sobre las modificaciones llevadas a cabo bien en mi camarote, bien en el de la capitana Desjani, antes de que se lo dijese?

—No.

—¿Ha hecho algo que pudiese hacer daño a alguna de las naves de la flota de la Alianza?

—No.

—¿Conoce a alguien que pudiese estar planeando ese tipo de acciones?

—Desde luego que no. Solo sospecho de algunos individuos que podrían estar involucrados.

Geary se detuvo e intentó pensar en otras preguntas. Luego miró al teniente Íger. Este asintió con la cabeza, se humedeció los labios con nerviosismo, y habló con el tono tranquilo e inexpresivo propio de un interrogador.

—Copresidenta Rione, ¿informaría a las autoridades pertinentes si sospechase de cualquier tipo de acción dirigida contra la Alianza o contra cualquier nave o persona de esta flota que esté cumpliendo con sus deberes con la Alianza?

—Sí, lo haría.

—¿Haría daño, o permitiría que otras personas hiciesen daño, a esta nave?

—No.

—¿Haría daño, o permitiría que otras personas hiciesen daño a cualquier persona de esta nave?

—Eso dependería de si tengo o no buenas razones para creer que está actuando en contra de la Alianza.

Los indicadores seguían en verde. Íger volvió a manipular los controles y luego habló con Geary.

—Señor, todos los resultados determinan que todo lo que dice es verdad. No está... a gusto, pero en su interior está siendo sincera, y las respuestas son cortas y directas.

Geary miró durante un rato largo los indicadores. Todos confirmaban lo que acababa de decirle Íger. Sin embargo, aquel «no está a gusto» era una buena forma de decir que los resultados indicaban grandes niveles de ira. Se preguntó en qué medida estaría aquella ira dirigida hacia él, cuánta hacia Desjani, y cuánta hacia el enemigo. Tengo a Rione en el único sitio en que podría saber qué significa cada una de sus respuestas. ¿Hasta qué punto has sentido algo por mí? ¿Cómo te sientes ahora? ¿Justificarías intentar hacer daño a Desjani si pensases en ella como una amenaza? No obstante, no podía preguntarle aquello. Aunque el teniente Íger no estuviese allí, hacerle aquellas preguntas rompería el pacto tácito por el que Rione había aceptado entrar en la sala de interrogatorios.

—Gracias, teniente. Saquemos a la copresidenta Rione de ahí. Habrá una reunión de oficiales al mando en unas cuantas horas. Me gustaría que asistiese.

—Sí, señor. —El teniente Íger pareció quedarse perplejo. Durante el último siglo, aquellas reuniones se habían convertido en juntas políticas, en asambleas cerradas en las que hacer tratos, y en las que los oficiales de más alto rango trataban de conseguir el apoyo de oficiales al mando de menos rango. Las personas de menor categoría quedaban excluidas, de forma que no podían saber cuáles eran los movimientos políticos que los altos oficiales estaban debatiendo.

—¿Le ha echado un vistazo a lo que le dije que mirase en el extremo opuesto del espacio síndico?

—Sí, señor. —La expresión de Íger volvía a ser de preocupación—. ¿Quiénes son? ¿Qué hay en el otro extremo del espacio síndico, señor?

—No tengo la menor idea, teniente. Aunque los líderes síndicos de mayor rango sí lo saben. ¿Está de acuerdo conmigo en que, sean lo que sean, han intervenido de forma activa en contra de esta flota?

—Sí, señor —repitió Íger—. Deben de haber sido los responsables de que la flotilla síndica se desviase a Lakota, pero ¿por qué?

—No lo sabemos, no podemos saberlo, está claro. Nuestra mejor teoría es que quieren que la humanidad siga enzarzada en esta guerra, y que tienen miedo de que consigamos una ventaja definitiva si llegamos a casa con la llave hipernética síndica. —Íger asintió con mala cara—. No vamos a hablar de este tema en la reunión, y no quiero que le diga nada a nadie sobre esto. No obstante, necesito que piense en ello, y en cualquier cosa que haya oído o escuchado gracias a las posibilidades de la sección de Inteligencia que pueda ofrecer algún tipo de información sobre esta amenaza.

—Entiendo, señor.

Después de que Desjani se uniese a ellos, el teniente Íger los guió de nuevo al corredor, donde la tenue luz del ciclo nocturno de la nave y la falta de más movimiento denotaban que todavía quedaban algunas horas para que el día comenzase oficialmente.

Rione esperó hasta que estuvieron a solas. Luego le hizo una pregunta en un tono tan bajo que Geary casi no pudo oírla.

—¿Quién me ha tendido la trampa?

—Si lo supiésemos, sabríamos también quién infiltró los gusanos.

—No necesariamente. Puede que sean cosas totalmente distintas. Ya sé lo que piensas. Soy la única mujer de esta nave capaz de actuar así por celos.

Tardó un momento en captar lo que Rione había querido decir.

—La capitana Desjani no haría eso.

—Me alegro de que lo tengas tan claro.

Geary miró a Rione.

—Tanya Desjani es una persona muy directa. Si quisiese hacerte daño, te cazaría y te daría una paliza. Se enfrentaría a ti cara a cara. Llevas suficiente tiempo en la nave como para saberlo.

Rione le devolvió la mirada durante un rato, y luego la bajó.

—Sí. No es el tipo de persona que te da una puñalada traperera.

—Ahora mismo tengo suficientes problemas como para que vosotras dos os andéis matando

—¿Le vas a decir lo mismo a ella?

Entonces Geary se dio cuenta por primera vez de que hacía tiempo que Rione había dejado de referirse a Tanya Desjani por su nombre.

—Ya lo hice, y volveré a hacerlo. Os necesito a las dos.

Rione arqueó las cejas mirando a Geary, con expresión sardónica.

—¿Cómo, nos necesitas a ambas? ¿Esta noche, quizá? Me sorprendes.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sé a qué crees que te refieres. —Rione se recompuso—. Le soy leal a la Alianza, capitán Geary. Haré lo que sea necesario por ayudarla. Ahora mismo eso implica ayudarte a ti lo mejor que pueda. Ni tú ni ella debéis tenerme miedo si no hacéis nada en contra de la Alianza. Sabes que te estoy diciendo la verdad.

Geary se dio cuenta de que era cierto, puesto que se había registrado una pequeña variación de aquella declaración en la sala de interrogatorios.

—Gracias. Sé que no es fácil.

—Espero que te estés refiriendo a la situación de la flota.

Geary la miró fijamente, preguntándose si debería admitir que también se refería a temas personales. Los ojos de Rione, mientras le devolvía la mirada, refulgían de

ira.

—No te atrevas siquiera a sentir pena por mí. Fui yo la que te dejé. —Rione se dio la vuelta airadamente y se alejó a toda velocidad.

El ambiente que reinaba en aquella ocasión en la sala de conferencias era distinto al de otras veces. No había tensión, la reunión no estaba motivada por la política, ni había preocupación por los síndicos. Era algo introspectivo. Todas las presencias virtuales de los oficiales al mando observaban a su alrededor como esperando ver algún tipo de indicio sobre quién había intentado sabotear la flota. Sin embargo, aquellos mismos ojos también se posaron sobre el teniente Íger, que parecía incómodo, fuera de lugar; y sobre Victoria Rione, que estaba sentada con una cara tan inexpresiva y tan en silencio, que podría haber pasado perfectamente por una talla de piedra.

Geary se levantó, y todos los ojos se fijaron en él.

—Todos saben el porqué de esta reunión. He recibido informes de cada una de sus naves y se ha confirmado que todas han sido saboteadas infiltrando un malware de tipo gusano en los sistemas de salto. La mayor parte de esos gusanos habrían hecho que sus naves simplemente no pudiesen saltar la próxima vez, y dejarían los sistemas desactivados durante el tiempo que se tardase en neutralizarlos. Tres naves, los cruceros de batalla *Intrépido*, *Furiosa* e *Ilustre*, tenían gusanos que sí les habrían permitido saltar pero que, sin embargo, las dejarían atrapadas para siempre en el espacio de salto. —Hizo una pausa para que los demás lo asimilasen.

»Alguien ha intentado echarme del cargo que ocupó al mando de la flota destruyendo una nave de combate de la Alianza y su flota. Alguien ha intentado destruir también a la *Furiosa* y a la *Ilustre*. —Geary miró a Badaya, cuya expresión estaba marcada por la ira—. Fuese quien fuese, conocía los códigos de acceso diarios de los filtros del sistema y podía acceder a los medios necesarios para transferir el malware a cada una de las naves de la flota. Eso quiere decir que ha tenido que ser alguien que viste el traje de la Alianza. Ya no se trataba de una cuestión de no estar de acuerdo, ni de debate, ni de diferencias personales, ni es la obra de alguien leal a la Alianza. Es un acto de traición. Es un acto de cobardía. ¿Ha encontrado alguien alguna información que nos pudiese ayudar a identificarlos?

Miró de arriba abajo la larga mesa virtual, y cruzó su mirada con cada uno de los oficiales al mando. Le faltó poco para detenerse en la comandante Gaes, pero recordó a tiempo que no debía hacerlo. En aquella ocasión había sido una informante terriblemente importante, y no podía arriesgarse a ponerla en un compromiso. La Loriga fue una de las naves que siguieron a Falco, y parecía que fuese quien fuese el que seguía conspirando contra Geary, pensaba que Gaes seguía siendo lo sobradamente discreta como para seguir formando parte del complot. O eso, o Gaes

había conseguido tener suficientes contactos entre los conspiradores como para conocer sus acciones.

Los capitanes Cáligo y Kila no habían revelado nada más que los mismos sentimientos que todos los demás.

Era imposible saber si alguna de aquellas caras reflejaba culpabilidad en lugar de ira o miedo. Geary hizo un gesto hacia Íger.

—El teniente Íger es el oficial al cargo de la sección de Inteligencia del *Intrépido*, y tiene información sobre la copresidenta Rione.

Los oficiales al mando de las naves de la República Callas y de la Federación Rift miraron a Rione y se quedaron boquiabiertos y con expresión compungida, pero esta se mantuvo suficientemente firme como para dirigirles una mirada tranquilizadora.

El teniente Íger comenzó a hablar con el tono de voz que utilizaba para enunciar los informes.

—Se me informó de que se habían llevado a cabo modificaciones en el software de seguridad del *Intrépido* que incriminaban a la copresidenta Rione.

—¿Por qué está aquí? —preguntó el capitán Armus, de la *Coloso*—. Deberían...

—Deje que Íger termine de hablar... —le interrumpió Geary, con un tono de voz frío como el hielo.

Íger continuó como si no se diese cuenta de que lo habían interrumpido.

—La copresidenta Rione se ofreció voluntariamente a que se le realizase una serie de preguntas en una sala de interrogatorios de clase seis. Se le hicieron las antedichas preguntas para determinar si efectivamente estaba involucrada en aquellas o en algún otro tipo de modificaciones del software, y los resultados determinaron que sus respuestas, en las que afirmaba no saber nada al respecto, fueron totalmente veraces.

Durante un momento se hizo el silencio. Entonces tomó la palabra el comandante del *Vengativo*.

—¿De clase seis? ¿Hay alguna forma de engañar o burlar la clase seis?

—Un entrenamiento especializado podría ofrecer modos de evitar dar respuestas falsas, pero tanto yo como mi personal hemos sido entrenados para detectar cuándo alguien utiliza ese tipo de técnicas —respondió el teniente Íger—. Quizá no podamos obligar a que se responda de forma precisa, pero podemos saber si está eludiendo la verdadera pregunta para que la respuesta no se registre como falsa. La copresidenta Rione no utilizó esas estrategias. Sus respuestas fueron directas e inequívocas.

—Entonces, ¿eso qué quiere decir, que alguien ha intentado incriminar a la senadora Rione?

—Efectivamente, esa sería mi conclusión, señor.

—Eso también es traición. —El oficial al mando del *Vengativo* se recostó, negando con la cabeza con incredulidad.

Geary se inclinó ligeramente hacia delante y habló con un tono de voz más alto de lo normal.

—Soy consciente de que, desde el momento en que asumí el mando de la flota, algunos oficiales no lo aprobaron, de que algunos han extendido rumores sobre mí, y de que algunos han intentado que la gente se ponga en mi contra. Sin embargo, esto no es ya una cuestión política sobre quién está al mando de la flota. Alguien ha intentado destruir tres importantes navíos de combate. Las naves en las que sus amigos y camaradas están de servicio, las mismas naves que han luchado a su lado. Me da igual hasta qué punto ha hablado cualquiera de ustedes mal sobre mí en el pasado, ni me importa lo que se hizo antes. No se trata de mí. Quienquiera que hiciese esto atacó también a la flota, y a naves en las que no estaba presente. Si alguno de ustedes ha ayudado ya sea de forma activa o pasiva a los que están detrás de esto, por favor, replantéense a quién le son leales. Les prometo, delante de todos, que no se llevarán a cabo acciones disciplinarias contra cualquiera que acuda con información relacionada con este sabotaje, a esta traición, siempre y cuando no participase activamente en la creación de los gusanos y en su infiltración, o no fuese consciente de su contenido o de lo que se pretendía hacer con ellos.

Volvió a reinar el silencio, aunque la verdad es que tampoco esperaba que nadie se pusiese de pie y montase la escena de señalar acusadoramente a alguien al grito de: «¡Fue el capitán X!». Eso sería un desenlace adecuado para una obra de ficción, pero en el mundo real las cosas no se solucionaban solas tan fácilmente.

El capitán Badaya habló por primera vez.

—Hay alguien dispuesto a matar al personal y a destruir las naves de la Alianza. Perdimos un transbordador antes de salir de Lakota en un supuesto accidente. —Eché un vistazo a lo largo de la mesa—. En un tipo de accidente bastante raro pero creíble de no haber evidencias de irregularidades. El capitán Casia y la comandante Yin murieron en ese transbordador, y ahora sospecho que fue por el temor a que identificasen a algunos de los que conspiran contra el capitán Geary. Cualquiera de los que esté involucrado en esto debería tener en cuenta que, sea quien sea el cabecilla, está dispuesto a silenciar en cualquier momento a los posibles eslabones débiles. Si los cogen, estoy seguro de que la persona al mando de la flota los ejecutará. Si se quedan callados, corren el riesgo de que sus compañeros de conspiración los silencien para siempre. La única salida que les queda es destaparse. —dijo Badaya para terminar, mientras su mirada furiosa recorría la mesa.

—¿Por qué iba a hacer alguien eso? —preguntó la persona al mando de la *Atrevida*—. Todo el mundo sabe que hay personas que han estado en desacuerdo con que el capitán Geary asumiese el mando de la flota. Yo mismo tuve mis dudas. No obstante, ha demostrado lo que vale. La mayoría de los que dudaban, y me incluyo entre ellos, están ahora muy satisfechos con que sea él el que esté al mando.

Entonces fue el capitán Duellos quien respondió:

—Usted mismo ha expuesto la razón. Los responsables de esto no pueden esperar ser capaces de convencer a los capitanes de la flota para desbancar a Geary de su puesto. Su única opción para conseguirlo es eliminándolo.

—¡Pero incluso cualquier sospechoso de intentar asesinarlo a él y a las tripulaciones de las otra naves...!

—Tenga en cuenta lo que habría pasado si no hubiésemos encontrado los gusanos. El *Intrépido*, la *Furiosa*, y la *Ilustre* habrían desaparecido en el salto, ya que sus sistemas habrían funcionado con normalidad. El resto habríamos encontrado los gusanos bloqueando los sistemas de salto, y hubiésemos saltado en cuanto estos hubiesen vuelto a estar operativos. Todo esto nos llevaría unas cuantas horas como mínimo. Por lo tanto, hubiéramos supuesto que, por alguna razón, los gusanos que encontramos en nuestros sistemas no funcionaron en el caso de las tres naves que realizaron el salto según lo previsto. Cuando finalmente llegásemos a Wendig, las otras tres naves no estarían aguardándonos, tal y como esperábamos. No encontraríamos indicios de lo que pasó con ellas, ni evidencias de que sus sistemas de salto fueron infectados por gusanos distintos de los que había en el resto de naves.

El comandante Neeson asintió, con cara seria.

—No habría evidencias de la destrucción intencionada de las tres naves. Muy ingenioso. La mayoría estaríamos más que apenados y conmocionados por la pérdida de las tres naves y del capitán Geary, pero tendríamos que elegir a un nuevo comandante de la flota. Me pregunto quién se habría presentado para el puesto.

—¿Numos? —preguntó el capitán Armus.

Geary negó con la cabeza.

—En vista de la seriedad de este intento de sabotaje contra la flota, he ordenado que se interrogue al capitán Numos para saber si tiene algún conocimiento sobre quién está detrás de esto. No obstante, sospecho que no va a decir nada.

—¿Por qué? —preguntó Badaya.

—Porque la *Orión* no tenía el mismo tipo de gusano que el *Intrépido*, la *Furiosa* y la *Ilustre*. Numos no tiene la más mínima posibilidad de que lo acepten como comandante de la flota, pero si supiese quién está detrás de las pérdidas de esas tres naves, podría chantajear a los responsables. Así que habrían intentado ocuparse de él.

Rione lo miró sorprendida, y luego asintió con una leve sonrisa de satisfacción, como la de una profesora cuyo alumno demuestra inesperadamente que ha estado atento a la lección.

—Numos intentó dejar colgado al capitán Falco —dijo el capitán del *Vengativo* en la misma dirección—. ¿Piensa que no está relacionado con quien planeó lo de los gusanos?

—Creo que habrían estado dispuestos a utilizar a Numos —explicó Geary—, pero

no podían haber confiado en él. —Volvió a recorrer con la mirada la mesa de conferencias virtual—. Todas las naves están realizando análisis adicionales en sus sistemas para asegurarse de que no hay más peligros escondidos. Cuando los resultados den el visto bueno a todas las naves, saltaremos a Wendig. Antes de saltar, le ruego enérgicamente a cualquiera que sepa algo sobre este asunto que me informe a mí o a cualquier otra persona que esté al mando en la que confíe. Nuestro enemigo son los síndicos, no nosotros mismos. Algunas personas de esta flota lo han olvidado, y ahora están del lado de aquellos contra los que luchamos.

El capitán Badaya asintió con decisión.

—Cualquier decisión que tome el capitán Geary gozará del respaldo de esta flota.

Un destello de incomodidad atravesó la cara de Duellos, pero no dijo nada.

Por su parte, Geary era consciente de que no podía permitirse ofender en aquel momento a la poderosa facción de Badaya, no cuando había un peligro interno con el que la flota tenía que lidiar.

—Que nuestras acciones sean del agrado de nuestros antepasados —dijo Geary detenidamente—. Cuando quede poco para saltar a Wendig, informaré a todas las naves sobre si el salto se realiza según lo previsto.

Las imágenes de los oficiales al mando se desvanecieron en un instante. Por su parte, el teniente Íger, agradecido, salió rápidamente de la sala, seguido de la copresidenta Rione, con gesto altivo. La capitana Desjani, que tenía los ojos clavados en la espalda de Rione, también se marchó.

Sin embargo, se quedó una inesperada figura. Geary comprobó su identidad. Era el capitán de corbeta Moltri, oficial al mando del destructor Taru.

—¿Sí, capitán? —le dijo Geary.

Moltri tragó saliva y apartó la mirada al hablar.

—Señor, creo que sé cómo se propagaron los gusanos a través de la flota sin que los detectasen los sistemas de seguridad.

—¿Está usted involucrado? —A Geary le costó mantener un tono de voz tranquilo. Moltri parecía estar no solo asustado, sino también tremendamente avergonzado, lo cual no tenía mucho sentido.

El capitán de corbeta negó con la cabeza rápidamente.

—No, señor. No... a sabiendas. —Cerró los ojos, visiblemente nervioso. Luego miró fijamente a Geary y comenzó a hablar con decisión—. Hay... un tipo de programas que se pasan entre aquellos... que están interesados en ellos. Dada su naturaleza, hay que pasarlos de manera que se salten la seguridad. Hay toda una subred en la flota para pasarse esos programas de forma encubierta.

Moltri sacó su tableta y manipuló algunos controles, con expresión sombría y las manos temblando.

—Le he mandado una muestra, señor. Su personal de seguridad será capaz de

utilizarlo para averiguar los medios por lo que se pasa. Le juro, señor, que no tenía ni idea de que alguien podría utilizar este método para propagar un gusano peligroso, pero creo que es así como se hizo.

—Gracias, comandante Moltri —dijo Geary—. Le echaré un vistazo. Puede que haya prestado un gran servicio para la flota.

Moltri apretó los dientes como si sintiese dolor.

—Por favor, no le diga a nadie que estoy relacionado con el contenido que le acabo de mandar, señor. No estoy orgulloso de ello. En absoluto. Nunca le haría daño a nadie. Lo juro.

—Entiendo.

—Soy consciente de que tomaré acciones disciplinarias, señor. Por favor, que no aparezca la verdadera razón en el informe.

Geary, cada vez más desconcertado por la angustia de Moltri y por lo que decía, le respondió con tranquilidad.

—Si no guarda relación con ese asunto, no aparecerá. Gracias, comandante.

La imagen de Moltri desapareció como si estuviese escapando. Geary comprobó la bandeja de mensajes y encontró lo que Moltri le acababa de enviar. Luego ejecutó el programa que contenía y observó las imágenes mientras se le revolvía el estómago. Estaba claro por qué Moltri y los demás interesados en aquel tipo de material lo habían distribuido de forma encubierta. Geary cerró rápidamente el programa y llamó a la capitana Desjani y a su oficial de seguridad del sistema.

Desjani no se había alejado todavía demasiado, por lo que volvió rápido. Sin embargo, al oficial de seguridad le llevó algunos minutos llegar. Geary les ofreció su unidad informática.

—Échenle un vistazo.

Al principio el oficial de seguridad pareció indignarse, pero luego ambos pusieron mala cara y se resignaron.

—Veo que siguen encontrando nuevos medios para distribuir este tipo de material. ¿Me permite enviármela a mi dirección? —Geary asintió—. Con este mensaje podré localizar y monitorizar la subred desde la que se envió originalmente —le explicó el oficial de seguridad.

—¿Podrá decirnos si fue este el método que utilizaron para distribuir los gusanos?

—Si esta subred es como las que he visto antes, lo más probable que no pueda demostrarse, señor. Sin embargo, apostarí a que fue lo que usaron. Esta subred podría estar configurada para acceder a todas las naves de la flota.

La reacción de Geary seguramente se hizo evidente.

—¿Hay alguien en cada una de las naves a quien le gusta este tipo de material?

—No, señor —se apresuró a decir el oficial de seguridad—. Las subredes que se usan para distribuir este tipo de cosas están diseñadas para no dejar huellas cuando se

descarga o se sube el material. Y se distribuye automáticamente a cada nodo de la red, es decir, a cada nave. Cualquier persona de cualquier nave lo tendría al alcance si lo deseara, pero identificar a quien lo ha hecho, o incluso en qué nave está, es casi imposible.

Las implicaciones de aquello estaban claras.

—Entonces las posibilidades de averiguar quién metió los gusanos en la subred son bastante pocas.

El oficial de seguridad hizo un gesto de impotencia.

—«Pocas» es seguramente una palabra demasiado optimista en este caso, señor. Ahora que tenemos sus propiedades, podemos monitorizar la subred, por lo que no podrán volver a hacer lo mismo.

—¿Monitorizarla? Desactívela. ¿Estamos seguros de que no hay otras subredes activas? —preguntó Desjani.

El oficial de seguridad pareció sorprenderse ante aquella pregunta.

—Sabemos que hay otras subredes activas, capitana. Mientras sepamos dónde están, podemos monitorizarlas y saber qué es lo que hacen con ellas. Si desactivamos una, acabará apareciendo de nuevo y tendremos que volver a encontrarla, y hasta que lo hagamos, no sabemos para qué la utilizan. Como con esta. Si hubiésemos tenido constancia de ella, habríamos detectado al gusano en cuanto lo metieron en la subred, así que el que usó esta en particular lo hizo seguramente por esa razón. —El capitán de corbeta levantó la unidad informática de Geary—. Pero me ha ordenado que la desactive, así que es lo que haré. La gente a la que le gusta esto tendrá que buscar un reemplazo, y eso lleva tiempo.

Geary reflexionó sobre la diferencia moral que había entre permitir que un material como aquel se distribuyese entre la flota a cambio de poder controlar otros usos menos deseables, y desactivarla corriendo el riesgo de que su sustituta también se utilizase para el sabotaje.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Para crear una subred que la sustituya, señor? ¿En las condiciones actuales? —Los ojos del oficial de seguridad parecieron perderse en la distancia—. Medio día.

—¿Medio día? —Geary intercambió con Desjani una mirada de irritación. No había opción, dado el tipo de amenaza que un gusano como aquel constituía para la flota—. Déjela activa y asegúrese de que la monitoricen.

La capitana Desjani hizo un gesto hacia el oficial de seguridad.

—Adelante, pero primero enseñeme eso. —El oficial de seguridad vaciló, miró a Geary, que también dudó, y luego, rápidamente y a regañadientes, le hizo un gesto de aprobación.

—¿Este? —Desjani abrió el archivo de la unidad informática de Geary, lo observó con indiferencia durante unos segundos, y luego lo cerró—. ¿Lo que se ve es

real?

El oficial de seguridad negó con la cabeza.

—Normalmente, no. Producir este tipo de material es ya suficientemente malo, y si utilizasen a personas reales, los productores acabarían pasando la eternidad en la cárcel. Son imágenes generadas por ordenador pero muy realistas.

—Parece de verdad —dijo Geary, a la vez que se sentía sucio por haberlo visto.

—Sí, señor. Eh... de eso se trata.

—Gracias. Ocúpese de eso. —Geary se estremeció una vez que el oficial de seguridad se hubo marchado.

Desjani parecía haber tragado algo asqueroso.

—Sé por qué ha aceptado dejar activa la subred, pero también soy consciente de cómo se debe de sentir. ¿De dónde sacó eso?

—De alguien del que, a juzgar por su aspecto, nunca esperaría que le gustasen ese tipo de cosas.

—Sea quien sea, necesita que le realicen una evaluación psiquiátrica.

—Sí. —Geary tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa—. ¿Puedo ordenar que le realicen la evaluación confidencialmente?

Ella asintió.

—Sí, aunque no entiendo por qué iba a protegerlo, sea quien sea. El mero hecho de tener esto en su poder supone una violación seria del reglamento.

—Porque esa persona estuvo dispuesta a que supiese eso de él a cambio de que pudiese proteger a la flota —respondió Geary.

Desjani hizo una mueca.

—Seguro que no ha sido fácil. No le voy a preguntar quién fue.

—¿Había visto algo de este estilo antes?

Desjani negó con la cabeza.

—Había oído hablar de ello, pero nunca lo había visto.

—Yo tampoco. —Geary se frotó la cara con las dos manos—. Discúlpeme, Tanya. Tengo que llamar a los psiquiatras y a un oficial de la flota, y luego voy a darme una ducha. Infórmeme sobre lo que averigüe su oficial de seguridad.

—Sí, señor. —Desjani se paró en la puerta y se giró para mirarlo—. Me gustaría pedir perdón por no haber confiado en su juicio sobre la copresidenta Rione, señor.

—No pasa nada, capitana Desjani. Tener a alguien que es sincero contigo nunca hace daño. Y por lo menos usted dice su nombre.

—¿Perdón, señor?

—Nada. Por favor, avíseme cuando completen el barrido de los sistemas del *Intrépido*.

Tres horas después, una vez que todos los sistemas de la flota se analizaron por triplicado y los oficiales de seguridad, que eran conscientes de que sus vidas podían

depender de haberlo encontrado todo o no, acreditaron que estaban libres de malware, Geary ordenó que la flota saltase a Wendig. Pese al nudo que se le formó en la garganta cuando el *Intrépido* entró en el espacio de salto, todo transcurrió a la perfección.

Capítulo 9

No era difícil adivinar por qué Wendig no había tenido una puerta hipernética síndica, ni por qué los informes enemigos indicaban que el sistema estelar se había abandonado cuando se construyó su hipernet. El único misterio era por qué seguía habiendo gente allí. Solo había tres planetas orbitando la estrella, además de un montón de asteroides. Dos de los planetas tenían órbitas distantes. Eran bolas de roca congelada que daban vueltas a más de cinco horas luz del débil calor de una también débil estrella roja. El planeta situado a nueve minutos luz de la estrella tenía muy poca atmósfera, e incluso por encima era venenosa para los humanos, pero una vez había albergado a por lo menos dos ciudades cubiertas. Al volver a echar un vistazo a los datos, Geary decidió que aun en el mejor de los casos, «pueblo» sería una mejor descripción que «ciudad» para ambos asentamientos.

Dejando aquello a un lado, no quedaba ningún otro rastro de la humanidad en todo el sistema estelar Wendig. Por aquel entonces, uno de los pueblos presentaba un aspecto oscuro y frío, aunque el otro seguía estando habitado pese a que muchas de sus zonas parecían inactivas.

—Ellos, o sus padres, debieron de quedarse abandonados aquí cuando las compañías síndicas que les daban trabajo se marcharon del sistema —comentó Desjani.

—Sí. No veo otra razón por la que pudieran haberse quedado.

—¿Capitán? —El consultor de comunicaciones hizo un gesto hacia su visor—. Están emitiendo una señal de socorro. Procede del planeta habitado.

Aquello le traía a la memoria recuerdos desagradables de Lakota. Tanto Desjani como Geary fruncieron el ceño a la vez que pulsaban sus visualizadores para ver la señal.

Tan solo era audio; una voz que se esforzaba por hablar con tranquilidad.

—A cualquiera que pase por el sistema estelar Wendig o cerca de él, al habla el pueblo Alfa del planeta Wendig Uno. —Geary pensó por centésima vez, aproximadamente, que las mentes pensantes de las compañías de los líderes síndicos no solían bautizar con nombres grandilocuentes a sus mundos ni a sus ciudades, a menos que eligiesen esos apelativos con intenciones propagandísticas—. Los sistemas de soporte vital que nos quedan corren el riesgo de dejar de funcionar en cualquier momento —continuó el mensaje—. Nos hemos comido todo lo que quedaba en este planeta para que sigan funcionando, pero ya se han agotado todos los recursos. Quedan algo más de quinientos sesenta habitantes, y necesitan ayuda de emergencia y ser evacuados. Por favor, respondan. —Luego hubo una pausa, después un registro de la fecha y de la hora en formato universal, y el mensaje comenzó a repetirse.

Geary comprobó los datos.

—Han estado emitiendo esto durante un mes.

—¿A cualquiera cerca de Wendig? —preguntó Desjani—. Deberían saber que lo más cerca que alguien va a estar de aquí es en el sistema estelar más cercano, y el mensaje tardará años en llegar. Incluso así, es demasiado débil como para que se escuche a distancias interestelares. A menos que un investigador astronómico que esté escaneando esa banda de frecuencia dé con él, nadie lo va a escuchar, y los investigadores se saltan las bandas que utilizan los sistemas de comunicaciones humanos porque están llenas de ruido.

—Puede que esa gente lleve emitiendo peticiones de rescate desde hace años y que nadie los haya escuchado. ¿Siguen vivos? —preguntó Geary.

Entonces respondió otro consultor.

—La ciudad no está a una temperatura cómoda para los humanos, pero todavía conserva algún calor, y las lecturas de la atmósfera dicen que es respirable. Sin embargo, los sistemas de circulación y de generación de aire deben de estar en mal estado, dado el nivel de agentes contaminantes que se pueden apreciar en los análisis espectrales.

Geary miró a Desjani, que tenía cara de circunstancia. Entonces se dio cuenta de que la estaba observando y se recompuso, incómoda.

—No es una buena forma de morir, señor. Ni siquiera para los síndicos.

—Quinientos sesenta. Familias, seguramente. Adultos y niños. —Geary le ordenó al asistente de acantonamiento automático de la base de datos de la flota que hiciese los cálculos—. Podríamos alojarlos.

—¿Alojarlos? —Desjani se quedó mirándolo.

—Sí. Tal y como ha dicho, es una forma fea de morir, congelándose poco a poco y sintiendo que el aire es cada vez peor. Podríamos llevarlos a otra parte.

—Pero... —Desjani se paró y habló pausadamente—: Señor, eso sería como una gota en el mar. Sí, es verdad que es... trágico. Incluso pese a ser síndicos, pero mucha gente muere cada segundo en esta guerra. En este mismo momento es muy probable que algún planeta de la Alianza esté siendo bombardeado por navíos de combate síndicos, y que miles de nuestros civiles estén muriendo.

Geary asintió para dejar entrever que era consciente de que lo que decía era verdad. Sin embargo...

—¿Cuál es la Tercera Verdad?

Ella lo miró durante un rato largo antes de responder.

—Solamente aquellos que son misericordiosos pueden esperar misericordia. Hace mucho tiempo que no escucho recitar las Verdades.

—Supongo que hace un siglo solíamos hacerlo más a menudo. —Geary bajó la mirada, mientras elaboraba sus argumentos—. Soy consciente de lo que ha pasado. Y

también soy consciente de lo que podrían estar haciendo las naves síndicas ahora mismo, pero ¿cómo vamos a seguir navegando y dejar que esta gente muera? Lo que pudiésemos hacer en Lakota habría sido insignificante dada la escala de la tragedia, pero aquí podemos marcar la diferencia.

—Señor, un retraso podría acarrear consecuencias terribles. No sabemos qué tipo de fuerza síndica podría estar persiguiéndonos, o qué fuerzas se están movilizando para bloquearnos en el siguiente sistema estelar. Ir a ese planeta implicaría pasar un día más en este sistema estelar; y maniobrar para recogerlos nos haría gastar unas reservas de células de combustible que no nos podemos permitir agotar. No las gastaríamos todas, pero sí algunas. Se comerán nuestras raciones mientras estén a bordo de nuestras naves, y también andamos escasos de comida. Mientras estén con nosotros habrá que vigilarlos constantemente para asegurarse de que no nos sabotean. Y tendremos que encontrar un modo de dejarlos en el siguiente sistema estelar sin que nos cueste demasiado tiempo ni demasiadas reservas de combustible, y todo eso mientras, posiblemente, esquivamos a una flotilla enemiga. —Desjani marcó cada uno de los puntos, y luego habló con firmeza—: Señor, el coste de este gesto podría ser mayor de lo que podemos permitirnos.

—Entiendo. —Y era cierto. ¿Cómo iba a justificar poner en peligro de aquel modo a tantos miles de personas que formaban el personal de la flota, e incluso a la misma Alianza, a cambio de salvar a unos cientos de civiles enemigos? Tampoco es que no tuviese otras cosas de las que preocuparse, como averiguar quién había infiltrado el gusano en los sistemas de salto, que además podría aprovecharse de que se centrasen en esos síndicos para llevar a cabo más sabotajes. Geary deseó que, durante la travesía hasta Wendig, alguien hubiese hurgado en su conciencia hasta conseguir alguna información importante que ofrecerle, pero al final no sucedió. Las fuentes de Rione y de Duellos tampoco habían descubierto nada nuevo. Sin embargo, ¿era realmente aquello importante para decidir si ayudar a aquella gente?—. Copresidenta Rione, ¿qué opina?

Rione tardó un momento en responder.

—No voy a discutir los argumentos en contra de ayudarlos —respondió finalmente con una voz inexpresiva—, pero usted quiere hacerlo, ¿verdad, capitán Geary? —Geary asintió—. Entonces mi consejo es que siga sus instintos. Siempre que lo ha hecho, ha sido lo correcto.

Desjani se giró lo suficiente como para mirar a Rione. Luego, su expresión cambió al reflexionar.

—La copresidenta Rione tiene razón, señor. Sobre lo de sus instintos. A usted lo guían de forma distinta que a nosotros.

Geary consiguió no gruñir. Lo guían. Las mismísimas estrellas del firmamento. O eso era lo que Desjani y gran parte de la flota creía.

—No obstante, señor —continuó Desjani—, sigue siendo muy arriesgado. Mi recomendación sigue siendo la misma. Además, es muy posible que otra fuerza síndica pase por este sistema persiguiéndonos, y también oirán el mensaje de socorro.

Geary asintió, agradecido de ver que había una alternativa humana. Entonces se le ocurrió otra cosa.

—¿Se desviaría para ayudar a esos civiles la posible fuerza síndica que viene tras nosotros?

Desjani apretó los labios hasta formar una fina línea, y luego negó con la cabeza.

—Probablemente no, señor. Seguramente no, de hecho. Mandarían a su comandante a un campo de trabajo por perder el tiempo.

Lo que decía era creíble. Desjani no quería desviarse para ayudar a aquella gente, por bastantes razones, pero le había dado una respuesta sincera pese a que iba contra su recomendación. Geary pensó en la gente de Wendig Uno. Era bastante posible que algunos, incluso los adultos, no hubiesen visto nunca una nave en su sistema estelar. ¿Por qué iban a ir allí una vez construida la hipernet? Entonces, con sus soportes vitales desvaneciéndose, alzarían la vista y verían a la flota pasar y marcharse. Después, a lo mejor, aparecería una flotilla síndica, y la verían pasar y marcharse de nuevo. Y ya no habría más naves. El aire se volvería cada vez más frío y difícil de respirar. Los ancianos y los niños morirían uno a uno, y los ciudadanos más fuertes se apelotonarían desesperadamente mientras la muerte los fuese alcanzando, poco a poco, hasta que el sistema estelar Wendig careciese de toda vida humana, tal y como había sido durante milenios antes de que las primeras naves llegasen.

Geary respiró profundamente. La visión que acababa de tener de la colonia moribunda había sido muy real, como si estuviese allí. ¿De dónde había salido?

A lo mejor estaba siendo guiado. Sabía lo que le decía el corazón, y lo que le habían enseñado. Y contra todo aquello estaba la cruel realidad de la guerra y de las obligaciones del mando. Sin embargo, no había flotillas síndicas pisándoles los talones, ni una amenaza inminente que contraponer a aquellas vidas inocentes.

Todo el mundo lo miraba, expectante. Solo él podía tomar una decisión. Aquel hecho desequilibraba la balanza, puesto que era responsabilidad suya tomar decisiones duras, y seguir de frente abandonando la colonia a su suerte no requería tomar una decisión, justo al contrario; implicaba quedarse de brazos cruzados hasta que aquella opción fuese demasiado compleja como para llevarla a cabo.

—Creo —comenzó a decir— que tenemos el deber de ayudar a esa gente. Esto es una prueba que debemos superar para demostrar que seguimos creyendo en aquello que hizo grande a la Alianza. Y la pasaremos.

Daba la impresión de que todos los que estaban en el puente de mando del *Intrépido* habían estado conteniendo el aliento y en aquel momento se habían relajado a la vez. Geary miró a Desjani, temiendo ver una expresión de desaprobación en su

cara. Era consciente de lo que pensaba de los síndicos, y le estaba pidiendo que arriesgase su nave para salvar a algunos.

Sin embargo, Desjani no parecía estar enfadada. Lo miraba como si intentase ver algo que no se pudiese observar a simple vista.

—Está bien, señor —dijo—. Pasaremos la prueba.

El mensaje de vídeo procedente de Wendig Uno se veía entrecortado debido a la estática, lo cual era otro recordatorio desagradable de lo que habían dejado atrás en Lakota.

—No puedo rastrear la señal debido a las interferencias. Seguramente se debe a que su equipamiento está hecho de repuestos —dijo el consultor de comunicaciones.

En la pantalla apareció un hombre con cara de estar desconcertado.

—Navíos de guerra de la Alianza, hemos recibido su mensaje. Les estamos tremendamente agradecidos por la ayuda. ¿Se ha acabado la guerra? ¿Cómo es que se han adentrado tanto en el espacio de los Mundos Síndicos?

Geary comprobó la situación y vio que la flota estaba todavía a casi dos horas luz de Wendig Uno. Eran una situación bastante incómoda para mantener una conversación, teniendo en cuenta que la respuesta tardaría dos horas en llegar a los síndicos, y la de estos, de nuevo, otras dos en llegar a Geary.

—Al habla el comandante de la flota de la Alianza. No les vamos a mentir, la guerra no se ha terminado. Esta flota está en una misión de combate, retornando al espacio de la Alianza, pero no atacamos a civiles. Nos desviaremos de nuestro rumbo por este sistema lo suficiente como para poder mandar transbordadores y evacuar a su gente. No puede haber retrasos. Les juro por el honor de mis antepasados que mientras estén a bordo de las naves de la Alianza serán tratados adecuadamente, y que los pondremos a salvo en el siguiente sistema estelar de los Mundos Síndicos al que vayamos. Realicen un recuento preciso de la gente implicada, agrupada por familias para asegurarse de que no se separen durante el trayecto. Consideramos que la plataforma de aterrizaje situada en la zona noroeste del asentamiento es el lugar más adecuado para que aterricen los transbordadores. Hay arena amontonada sobre la antedicha plataforma y es necesario, si fuese posible, que la despejen. Cuando los transbordadores lleguen, deberían estar todos esperándolos en el punto de acceso más cercano a ella. No podrán llevar ningún tipo de arma, ni nada que pueda usarse como tal. Las pertenencias personales no podrán superar los diez kilos por persona. ¿Alguna pregunta?

Geary se recostó en su asiento y cerró los ojos. Si tenían alguna pregunta, no la escucharía hasta dentro de, por lo menos, dos horas.

Menos de dos horas después, la capitana Desjani recibió un mensaje, se levantó de su puesto de comandante, se acercó para hablar con Geary y activó el campo de

atenuación de sonido.

—Mi oficial de seguridad del sistema me ha informado de que la subred de la que nos hablaron antes de abandonar Branwyn se ha vuelto a usar para intentar infiltrar un gusano. Se ha identificado y bloqueado, pero las tentativas para identificar el punto de origen no han dado resultado.

—¿Volverían a ser los sistemas de salto el objetivo?

—No, señor. —Desjani hizo un gesto con la cabeza hacia el visor del sistema estelar—. Se habría infiltrado en los sistemas de combate de dos navíos, y habría hecho que se fijase como objetivo el pueblo ocupado por los civiles síndicos para realizar un bombardeo de munición cinética sobre él. Se les ha enviado un aviso de seguridad del sistema a todas las naves de la flota para que lleven a cabo un barrido de los sistemas de combate para encontrar cualquier gusano que pudiese haberlos infectado a través de otros medios.

Aquello hizo que contuviese el aliento durante un instante.

—Así que los saboteadores están igual de dispuestos a matar a síndicos indefensos como a sus camaradas de la Alianza desprevenidos. ¿Qué naves?

—La munición se habría lanzado desde la *Osada* y la *Furiosa*, señor.

—Dos naves comandadas por dos de las personas que más me apoyan en la flota. —Geary sintió cómo su ira iba en aumento. Las flota y los transbordadores no habrían sido capaces de rescatar a los supervivientes síndicos antes de que la munición los alcanzase—. Alguien tiene un sentido de la venganza enfermizo y una disposición bastante alarmante para hacer cualquier cosa.

Desjani evidenció con su expresión que estaba de acuerdo.

—En media hora sabrán que el gusano ha sido bloqueado. Era cuando se suponía que se debería lanzar la munición.

—Gracias, capitana. Tengo que hablar con un par de personas.

Geary salió del puente de mando y esperó hasta estar en su camarote, con todas las opciones de seguridad activadas, antes de llamar a Rione y contarle lo sucedido.

—No sé si reaccionará alguien cuando vea que el gusano no ha funcionado, pero podrías poner a tus fuentes sobre aviso.

Rione, con la cara pálida, asintió.

Geary también informó al capitán Duellos, y luego esperó, preguntándose qué haría si no hubiesen detectado o bloqueado algún gusano; si alguna de sus naves realizase un bombardeo de munición sobre aquella colonia síndica agonizante. No obstante, no sucedió nada, ni lo avisó nadie. Tampoco es que esperase que, una vez pasado el tiempo, alguien montase en cólera súbitamente, decepcionado. Pese a todo, por lo que parecía, no se había notado ningún rastro de frustración en nadie. Lo único de lo que podía estar seguro era de que, para entonces, los que habían infiltrado los gusanos estarían al tanto de que habían descubierto la ruta que utilizaba en la subred.

De eso y de que, fuese quien fuese el que había intentado destruir tres navíos de combate de la Alianza, tampoco estaba de acuerdo con que Geary ayudase a aquellos síndicos. Por lo menos le animó a convencerse de que estaba haciendo lo correcto.

Después de todo aquello, llegó una respuesta de la colonia síndica.

El hombre que había visto antes estaba inquieto. Geary no pudo evitar preguntarse cuánto aumentaría su nerviosismo de saber que su asentamiento había estado cerca de convertirse en un gran cráter.

—Señor, mi gente está muy preocupada. Por favor, no se lo tome a mal, pero muchos no confían en la Alianza. A menos que las cosas hayan cambiado mucho desde que no tenemos noticias del exterior, y de eso hace ya décadas, en esta guerra no se respeta demasiado a los civiles. Estoy intentando convencerlos para que confíen en usted porque no se me ocurre ninguna razón por la que fuese a molestarse en matarnos a bordo de sus naves en vez de dejarnos morir aquí mismo. Bueno, ninguna razón salvo... salvo las mujeres, las chicas... y las niñas. Lo siento, pero debe entender qué es lo que tememos. ¿Qué puedo decirles, señor?

Geary reflexionó sobre la respuesta que iba a darles. Estaba claro que aquel hombre quería y necesitaba que lo convenciesen si pretendía ofrecerle a los suyos argumentos convincentes.

—Dígale a su gente que el capitán John Geary está al mando de esta flota por la gracia de sus antepasados, y que nunca los deshonrará haciendo daño a los indefensos ni faltando a su promesa. Le repito que le doy mi palabra de honor. Siempre que no intenten perjudicar a mis naves, no tienen nada que temer. Cualquier integrante de esta flota que intente hacer daño a cualquiera de los suyos tendrá que hacer frente a los cargos establecidos por el código de justicia de esta flota. Podría haberles mentido sobre la guerra, o sobre la misión de combate de mi flota. Pero no lo hice. Su gente no supone ningún tipo de valor militar, pero son personas. No vamos a permitir que mueran si podemos evitarlo. Por favor, denos la información que necesitamos en cuanto sea posible.

La siguiente mitad del día transcurrió con tanta normalidad que no parecía real. Geary dio el visto bueno a que se hiciese público lo del último gusano pese a que temía que aquello pudiese hacer que los oficiales que no estaban de acuerdo con su decisión de ayudar a los síndicos apoyasen a los saboteadores. Sin embargo, se extendió un sentimiento generalizado de rechazo ante la idea de que se manipulasen los sistemas de combate de las naves. Los humanos nunca habían dejado de desconfiar en los sistemas de combate automatizados, por lo que alguien que manipulase el software para hacer que dichos sistemas actuaran por su cuenta no sería precisamente bien visto por nadie.

Los transbordadores viajaban de nave en nave, entregando nuevas células de combustible, munición, repuestos y cualquier otra cosa que hubiesen fabricado las

naves auxiliares para abastecer a la flota durante el tiempo que había pasado desde que abandonaron Lakota. Geary se alegró de ver que las reservas de células de combustible estaban de nuevo al sesenta y cinco por ciento. No es que fuese demasiado, pero estaba mejor que antes. El comandante Savos fue transferido a la *Orión* para ejercer como su oficial al mando, totalmente consciente del reto al que se enfrentaba. Con suerte podría cambiar a su nave, al igual que había hecho el comandante Suram con la *Guerrera*.

La respuesta de los síndicos no llegó hasta que la flota de la Alianza estuvo a menos de una hora luz de distancia de Wendig Uno, a unas diez horas de llegar al planeta si mantenían su velocidad.

—Vamos a confiar en usted porque tampoco tenemos otra opción. Algunos de los nuestros están utilizando los pocos trajes de supervivencia en buen estado que nos quedan para despejar la plataforma de aterrizaje que nos ha indicado. Estaremos todos esperando a los transbordadores.

Desjani escuchó el mensaje con gesto de resignación. Por su parte, Rione no dejaba entrever lo que pensaba. Todas las demás personas a las que Geary pudo observar parecían estar desconcertadas, intentando adivinar por qué estaba haciendo aquello. En cierto modo, era bastante deprimente. No obstante, ya nadie se oponía, lo cual era por lo menos esperanzador.

Cuando se aproximaron a Wendig, se lanzaron los transbordadores. Los navíos de combate de la Alianza redujeron su velocidad para que les diese tiempo a aterrizar en la superficie, cargar a la gente y volver a las naves. Geary monitorizó la operación desde el puente de mando del *Intrépido*. Cada transbordador llevaba un destacamento de infantes de marina pertrechados con sus armaduras de combate por si acaso. No era que le encantase la idea, puesto que implicaba perder capacidad de carga para transportar en los transbordadores a los pasajeros, y por lo tanto utilizar más, pero la coronel Carabali había insistido, y al final se había dado cuenta de que aquella reiterada sugerencia era lo prudente.

—Todos los pájaros en tierra —anunció el consultor de operaciones.

En la pantalla, desde arriba, Geary pudo ver los transbordadores posados, a los infantes de marina saliendo de estos para vigilar y proteger a los pasajeros, y las pasarelas de evacuación internarse en las cámaras estancas del asentamiento civil. Luego activó el vídeo en primera persona desde el punto de vista de uno de los infantes de marina. El exterior del pueblo síndico parecía abandonado, y en la zona se veía un montón de nieve tóxica y arena apilada contra los muros, además de restos de equipamiento que habían aprovechado ensuciando aquel paisaje inerte. Geary no pudo evitar estremecerse al contemplar aquella fría imagen en la que solo había desolación.

—¿Se imagina verse atrapado en un lugar así? —le preguntó a Desjani.

Esta vio la imagen y frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Carga completa —informó la coronel Carabali. Había insistido en que aquella era una expedición terrestre, y por lo tanto una operación de los infantes de marina—. Transbordadores recogiendo las pasarelas de evacuación. Tiempo estimado de despegue, cero tres minutos.

—¿Algún problema, coronel? —preguntó Geary.

—Todavía no, señor. —Ante algo más de quinientos síndicos, Carabali tenía claro que solo era cuestión de tiempo que apareciesen problemas.

—Pájaros de vuelta según lo establecido —anunció el consultor de operaciones—. Tiempo estimado de reencuentro con los navíos de combate, veinticinco minutos.

Desjani manipuló su panel de control.

—Coronel Carabali, por favor, confirme que se ha registrado a los síndicos en busca de armas o material destructivo.

Carabali pareció sentirse un poco ofendida al ver que una oficial de la flota había puesto en duda el trabajo de sus infantes de marina.

—Lo confirmo. Se han realizado análisis completos. Están limpios. Y tampoco es que lleven demasiado.

Geary y Desjani bajaron al puerto de acoplamiento para ver la llegada de los civiles síndicos destinados en el *Intrépido*. Bajaron de los transbordadores entre filas de infantes de marina con sus armaduras de combate y sus armas en alto. Algunos síndicos intentaban hacerse los valientes, pero todos parecían asustados. Eran cincuenta y uno. Sus ropas de civil eran una mezcla de estilos y tipos, por lo que Geary dedujo que seguramente se debía a que habían saqueado antiguos almacenes y armarios una vez que se les gastó la que tenían. Todos parecían estar un poco demacrados, lo cual reflejaba que debían de haber consumido raciones pequeñas durante los últimos años al irseles agotando las reservas de comida.

Intentaban no mirar a la nave ni al personal de la Alianza que había en la cubierta del hangar. Entonces, mientras los observaba, Geary se dio cuenta de que aquella gente nunca había visto a extraños, ni había estado en lugares que no le resultasen familiares. Aunque estaban bastante lejos de los orígenes del ser humano tanto en el tiempo como en el espacio, aquellos síndicos eran como los antiguos habitantes de una pequeña isla que se encuentran por primera vez con naves venidas de tierras remotas. Y no solamente naves, sino navíos de combate llenos de personas que se suponía que eran sus enemigos acérrimos.

Desjani permaneció a su lado, con la postura firme y una expresión impasible mientras miraba a los civiles enemigos caminar por la cubierta de su nave.

Geary reconoció al hombre con el que había hablado antes y avanzó hacia él.

—Bienvenido al buque insignia de la flota de la Alianza. Tendremos que tenerlos vigilados, y esta nave no está diseñada para albergar a demasiados pasajeros, por lo

que su alojamiento será más bien reducido.

El hombre asintió con la cabeza.

—Soy el alcalde de... Bueno, era el alcalde de Alfa. Tampoco es que podamos quejarnos de sus condiciones. Hay un ambiente cálido y podemos respirar. La verdad es que no estábamos seguros de si nuestros sistemas de soporte vital aguantarían hasta que llegasen sus transbordadores. —Los ojos del hombre seguían delatando la inquietud que sentía ante los recuerdos de lo que debió de haber sido una espera agonizante—. Pero por lo menos sabíamos que estaban en camino. No pasó ninguna nave por aquí desde que se marchó la compañía. Antes de que nos llegase su mensaje, estábamos preparándonos para echarlo a suertes, aunque algunos decían que los ancianos no deberían hacerlo porque tampoco iban a durar demasiado.

No era difícil adivinar cómo se habría sentido aquella gente.

—¿Por qué no los evacuaron del sistema estelar junto con el resto?

El alcalde hizo un gesto de desconcierto.

—No lo sabemos. Todos los que nos quedamos aquí abandonados trabajábamos para subcontratas de la misma empresa, y nuestros superiores se marcharon en la última nave enviada por otra compañía. Nos dijeron que las naves encargadas de evacuarlos llegarían en poco tiempo, pero nunca lo hicieron.

—Les estamos llevando a Cavalos, así que supongo que, al final, llegaron.

El alcalde sonrió, nervioso.

—Mejor tarde que nunca, ¿no? ¿No nos dijo que era el capitán John Geary? Conocemos ese nombre. Sale en nuestros libros de historia, aunque supongo que cuentan cosas distintas a las de los suyos. ¿Es su nieto?

Geary negó con la cabeza.

—Soy el mismo John Geary. Es una larga historia —añadió, al ver al alcalde mirándolo con incredulidad—. Baste con decirle que luché en Grendel durante la primera batalla de esta guerra y que, si las estrellas del firmamento así lo disponen, veré también el último combate.

Al lado del alcalde había una mujer. Sus ojos iban continuamente de este a Geary, y de Geary a tres muchachos abrazados a ella. El mayor, un chico joven, vio que su padre retrocedía un poco y le lanzó a Geary una mirada desafiante.

—¡Ni te atrevas a hacerle daño a mi padre!

Antes de que Geary dijese nada, se dio cuenta de que Desjani volvía a estar a su lado, observando al joven, con expresión todavía impasible pero con unos ojos que delataban una inexplicable tristeza.

—Mientras esté en mi nave, nadie le hará nada a tu padre siempre y cuando él haga lo mismo.

El joven avanzó un poco, interponiéndose entre Desjani y su madre.

—No te creo. Sabemos lo que habéis hecho.

Para sorpresa de Geary, Desjani se arrodilló de forma que su cabeza quedase al mismo nivel que la del chico.

—Hombre de los Mundos Síndicos —le dijo al chico como si tuviese la edad de su padre—, bajo el mando del capitán John Geary, la flota de la Alianza ya no ataca a inocentes ni a desamparados. Incluso aunque él dejase su puesto, no volveríamos a hacerlo, ya que nos ha recordado lo que significa el honor para un soldado. No es necesario que protejas a tu familia de nosotros.

El chico, que se quedó boquiabierto al ver cómo le había hablado, asintió con la cabeza.

Desjani se levantó y miró al joven, luego a su madre, e intercambió con ella algún tipo de mensaje sin que mediasen las palabras. Esta también asintió, reconfortada. Luego Desjani miró a su alrededor, adoptó el tono de voz que utilizaba para dar órdenes, y sus palabras resonaron en el puerto de acoplamiento.

—Ciudadanos de los Mundos Síndicos, soy la capitana Desjani, oficial al mando del crucero de la Alianza *Intrépido*. No son personal combatiente y, por lo tanto, los trataremos como civiles que necesitan ayuda humanitaria, a menos que intenten dañar esta nave o a su tripulación. Sigán las instrucciones y las órdenes que les demos. Cualquiera que no las siga o intente hacerle daño a esta nave o a cualquier persona de la Alianza, será considerado como personal combatiente, y se le tratará en consecuencia. Serán necesarios unos tres días más hasta que lleguemos al punto de salto de Cavalos, y luego algo menos de nueve días en el espacio de salto hasta llegar a nuestro destino. Según las guías más recientes de los sistemas estelares de los Mundos Síndicos que tenemos en nuestro poder, en esa estrella hay una presencia notable de humanos. Una vez que lleguemos, buscaremos un lugar a salvo para entregarlos.

Desjani frunció el ceño al ver con detenimiento a los civiles síndicos.

—Haré que mi personal médico les haga una revisión en busca de problemas graves. Si son inteligentes cooperarán con ellos tanto como puedan. Sus raciones serán equivalentes a las que consume mi tripulación. Ahora mismo prácticamente solo queda comida síndica caducada, así que no se esperen un festín. ¿Alguna pregunta?

Una mujer, de mediana edad, tomó la palabra.

—¿Por qué?

Desjani miró de reojo a Geary, y este le indicó que podía responder ella misma si quería. Se puso de frente a la mujer y dijo tajantemente.

—Porque solamente aquellos que son misericordiosos pueden esperar misericordia. Y porque así lo requiere el honor de nuestros antepasados. Infantes de marina, escolten a los civiles a sus alojamientos.

Pese a los temores de Geary, no hubo más intentos de sabotaje durante los

siguientes días en los que la flota recorrió el espacio que los separaba del punto de salto a Cavalos. Por su parte, los civiles síndicos estaban tan aterrorizados que ninguno se atrevió a dar problemas. Mientras estaba en el puente de mando del *Intrépido* esperando a dar la orden de saltar, Geary miró a Desjani, taciturna y observando su visor, en el que se podía ver una imagen de Wendig Uno.

—¿Sucede algo? —le preguntó.

Desjani negó con la cabeza.

—Estaba pensando en cómo me sentiría si fuésemos a saltar y siguiesen allí. He pensado mucho en eso, e hizo lo correcto, señor.

—Hicimos lo correcto, capitana Desjani. —Ella lo miró y asintió. Geary observó por última vez Wendig Uno, inerte de nuevo, como durante los incontables años que había pasado así hasta que llegaron los seres humanos. Luego dio la orden—: A todas las naves, salten a Cavalos.

Nueve días, un período de tiempo notablemente largo en el espacio de salto durante el que era imposible no pensar sobre qué habría pasado si no hubiesen descubierto el gusano infiltrado. Geary se encontraba observando aquel monótono gris y aquellas misteriosas y titilantes luces, mientras sentía una acuciante sensación de incomodidad, como si la piel no se adaptase a él, y se preguntaba durante cuánto tiempo podría un ser humano permanecer en aquel espacio sin volverse loco.

Los civiles síndicos permanecieron tranquilos pero asustados, las tripulaciones siguieron trabajando en las reparaciones necesarias para subsanar el daño interno que sus naves habían sufrido en combate, y Geary se encontró más preocupado por los enemigos que tenía dentro de la flota que por el ejército síndico. Este último había sido su primera preocupación, claro que por aquel entonces sus enemigos de la flota no constituían una amenaza mortal para él ni para las naves que la formaban.

Cuando llevaban cinco días en el espacio de salto, recibió el único tipo de mensaje breve que se podía transmitir mientras permaneciesen allí. Era de la capitana Crésida, y decía: «Progresando». Si consiguiese atenuar, aunque solo fuese parcialmente, la amenaza de extinción que se cernía sobre la especie humana fruto de la explosión de las puertas hipernéticas, le quitaría un gran peso de encima.

Nueve días, una hora y seis minutos después de haber saltado en Wendig, la flota de la Alianza apareció en el espacio normal del sistema estelar síndico de Cavalos, con su armamento preparado para la acción y los sensores buscando posibles objetivos. No obstante, en los puntos de salto no había minas, ni flotillas síndicas, ni naves de vigilancia. Parecía que la inesperada victoria que la Alianza había cosechado en Lakota había golpeado con dureza a los síndicos.

En Cavalos había una presencia humana decente. A unos ocho minutos luz de la estrella orbitaba un planeta habitado relativamente cómodo, y alrededor de esta, más

lejos, por lo menos otra docena de planetas interesantes daban vueltas, incluyendo los típicos tres gigantes gaseosos, entre los que había uno con una actividad minera aparentemente relevante y una instalación orbital. Alrededor del planeta habitado orbitaban un crucero ligero síndico obsoleto y un par de corbetas de níquel todavía más anticuadas.

Geary analizó la situación, y luego miró a Desjani.

—No es más que la típica fuerza de autodefensa de los sistemas situados en el espacio profundo síndico. No constituye una amenaza.

Ella se encogió de hombros.

—Deberíamos ocuparnos de ellos si tuviésemos oportunidad. Son objetivos legítimos.

—Lo sé, pero espero que no sean tan estúpidos como para cargar contra nosotros, y por nuestra parte, no disponemos ni del tiempo ni de las células de combustible suficientes como para intentar perseguirlos.

Desjani asintió.

—De todos modos no son nada. En lo que respecta a las amenazas internas, todos los oficiales de seguridad del sistema de la flota están en máxima alerta, pero por ahora no ha sucedido nada.

Parecía no haber ninguna amenaza para la flota, lo cual le permitía poder volver a preocuparse de los síndicos de Wendig.

Parece que este sistema estelar no se ha deteriorado demasiado desde que se construyó la red hipernética. ¿Qué opina de dejar a los pasajeros en esa instalación orbital? No está muy lejos del rumbo que vamos a seguir y no nos obligaría a internarnos demasiado en el sistema.

La instalación orbital síndica que daba vueltas alrededor del gigante gaseoso estaba situada a una hora luz y cuarto de distancia de la flota de la Alianza, un poco desviada del camino que seguiría la flota si se dirigiese directamente a los puntos de salto hacia las siguientes dos estrellas entre las que Geary tendría que decidir: Anahalt o Dilawa. No tendrían que desviarse demasiado, de todos modos. El mayor coste derivado de depositar a los civiles síndicos sería tener que volver a reducir la velocidad de la flota mientras los transbordadores realizaban las entregas, lo cual implicaba una pérdida de tiempo y un gasto pequeño pero real de células de combustible.

Desjani frunció los labios mientras comprobaba los informes de los sensores de la flota.

—Tienen una cantidad reseñable de zonas frías, por lo que podrían expandirse hacia ellas si fuese necesario. O eso, o poseen más sistemas de soporte vital en las zonas ya ocupadas de los que necesitan. Deberían poder acoger a los civiles de Wendig sin problemas.

—¿Copresidenta Rione? —preguntó Geary.

—Confío en sus valoraciones profesionales respecto a este tema —respondió.

—Entonces está decidido. —Geary ordenó sus pensamientos durante un instante y luego activó el circuito de comunicaciones.

—Al habla el capitán John Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza. Esto es una emisión en abierto para todos los habitantes y las autoridades de los Mundos Síndicos del sistema estelar Cavalos. No tenemos intención de llevar a cabo acciones militares en este sistema estelar a menos que seamos atacados. Si es así, responderemos con toda la fuerza que sea precisa.

Hizo una pausa.

—Esta flota transporta a quinientos sesenta y tres ciudadanos civiles de los Mundos Síndicos, evacuados del sistema estelar Wendig como respuesta a su llamada de socorro debido a la avería de sus sistemas de soporte vital. Vamos a entregarles a estos civiles en la instalación orbital principal del gigante gaseoso situado a cinco con tres horas luz de su estrella. Atacar a esta flota mientras nos dirigimos hacia allí podría causar daños a sus propios ciudadanos, por lo que lo inteligente sería contenerse.

Suspiró profundamente antes de continuar.

—Esta flota estaba en el sistema estelar Lakota cuando unos navíos de combate de los Mundos Síndicos destruyeron la puerta hipernética que había en aquel sistema y se desencadenó una onda destructiva que causó daños serios en el planeta habitado y en otros elementos humanos situados en el sistema. Vamos a proceder a transmitir copias de nuestros registros de lo sucedido y de los mensajes de socorro emitidos por los supervivientes de Lakota Tres a todas las naves y planetas ocupados de este sistema. Los supervivientes necesitan ayuda desesperadamente, por lo que les rogamos que informen de lo sucedido lo antes posible.

»Repito, se responderá de forma aplastante contra cualquier ataque contra esta flota. Por el honor de nuestros antepasados. —Se recostó en su asiento y se dirigió a Desjani—: ¿Ha sido lo bastante intimidatorio?

—Si son inteligentes, sí.

Sorprendentemente, los síndicos no respondieron inmediatamente al mensaje de Geary sobre lo sucedido en Lakota. Las naves que transitaban el sistema estelar seguían el patrón usual de escape hacia puntos de salto o instalaciones pero, por lo demás, no había indicios de respuesta alguna a la presencia de la flota de la Alianza salvo la evidente actividad defensiva en el planeta habitado. Del mismo modo, los saboteadores internos tampoco habían dado señales de vida, lo cual no era precisamente tranquilizador sino, más bien, preocupante, ante el temor de que hubiesen pasado algo por alto.

Al final, mientras la Alianza se aproximaba a la instalación orbital síndica, a

menos de dos horas de viaje, alguien reaccionó.

—Estamos recibiendo una transmisión de la instalación síndica —anunció el consultor de comunicaciones del *Intrépido*.

Geary la aceptó, y vio la imagen de una mujer de pelo gris y ojos nerviosos.

—No se acerquen a esta instalación. Aquí no pueden aterrizar sus transbordadores —dijo tajantemente.

—Pues vamos a hacerlo —respondió Geary—. Vamos a depositar a los ciudadanos de los Mundos Síndicos y luego nos marcharemos.

—Si intentan invadir esta instalación, nos defenderemos.

—No tenemos intención de invadir instalación alguna en este sistema estelar. En los transbordadores irá personal de seguridad de los infantes de marina. Asegúrese de que no haya presencia armada cerca de estos cuando depositen a los ciudadanos. Una vez se los entreguemos, se marcharán tanto los transbordadores como los infantes.

La mujer negó con la cabeza, mientras el miedo teñía la expresión de su cara.

—No puedo autorizar ni permitir presencia de ningún miembro de la Alianza en mi instalación. Nos defenderemos.

A Geary nunca le habían gustado los burócratas, sobre todo aquellos que parecían incapaces de ajustarse a la realidad cuando esta chocaba frontalmente contra las normas que los regían.

—Escuche. Si intentan atacar de algún modo mis naves, a mis transbordadores, o a mi personal mientras depositamos a sus civiles, emplearé semejante fuerza contra su instalación que los quarks que forman su composición atómica no podrán volver a unirse jamás, ¿queda claro? Si atacan a los civiles que vamos a depositar, haré lo mismo. Son su gente. ¡Nos hemos arriesgado a rescatarlos y estamos gastando nuestro tiempo en depositarlos ahí, así que más les vale ocuparse adecuadamente de ellos! —La voz de Geary subió de tono progresivamente mientras hablaba, y acabó con un grito que pareció aterrorizar a la intendente de la estación síndica.

—Sí..., entendido —dijo entrecortadamente—. Haremos los preparativos para recibirlos. Bajo coacción. Por favor, hay familias en esta estación...

—Entonces mejor que no haya problemas —respondió Geary, a la vez que intentaba que su tono de voz volviese a ser normal—. Algunas de las personas que hemos rescatado en Wendig tienen problemas de salud de larga duración de los que no han podido ser tratados aquí. Hemos hecho lo que hemos podido, pero van a necesitar más atención médica. Voy a serle sincero: me parece vergonzoso que sus líderes abandonen seres humanos y dejen que acaben muriendo por fallos en los sistemas de soporte vital.

—¿No va a matarnos, ni a destruir la estación? —La intendente parecía tener problemas para captar la idea.

—No. Cualquier valor militar que pudiese tener su estación no compensaría el

sufrimiento que esas acciones provocarían en los civiles que habitan este sistema.

—¿Entonces es verdad que ha salvado a gente de Wendig? Pensábamos que no quedaba nadie allí. —Parecía que iba a darle un ataque a la mujer—. Se supone que todo el mundo debería haber sido evacuado cuando se abandonó el sistema.

—Las personas que rescatamos nos dijeron que la compañía en la que trabajaban ellos, o sus padres, nunca envió ninguna nave. Tampoco tuvieron forma de saber por qué, claro está. Quizá usted pueda ayudarlos —añadió Geary mordazmente.

—¿Cuántos... cuántos son?

—Quinientos sesenta y tres. —Pudo ver aquella pregunta en su cara, la misma que se hacían los síndicos y gran parte del personal de la Alianza. ¿Por qué? Se sintió irritado al tener que volver a enfrentarse a aquella cuestión, cuya respuesta le parecía evidente, por lo que añadió bruscamente—: Eso es todo.

Desjani volvía a aparentar estar absorta haciendo algo en su visor.

—¿Cuándo vamos a llevar a los síndicos en los transbordadores? —preguntó Geary, con un tono de voz que todavía evidenciaba enfado.

—Deberían estar yendo al puerto de acoplamiento ahora mismo —respondió Desjani con un tono de voz que a Geary le pareció sospechosamente tranquilizador. Todavía estaba intentando decidir si enfadarse también por aquello cuando Desjani se levantó—. Ahora mismo iba a bajar para ver cómo se marchan.

Geary se tranquilizó y se levantó también.

—¿Puedo ir con usted?

—Claro, señor.

En el puerto de acoplamiento se representó la misma escena que había tenido lugar once días atrás, aunque en aquella ocasión justo al revés, con los civiles síndicos subiéndose al transbordador. Varios se pararon para saludar rápidamente a algunos miembros de la tripulación del *Intrépido* que habían ido al puerto y permanecían a un lado, observando en silencio. Los infantes de marina tenían el mismo aspecto amenazante de siempre, con sus armaduras de combate, pero los síndicos parecían tenerles menos miedo.

El antiguo alcalde de Alfa se giró hacia Desjani y Geary mientras subían.

—Gracias. Ojalá supiese qué más decirles. Nunca olvidaremos esto.

Para sorpresa de Geary, fue Desjani quien contestó.

—Si en el futuro tienen la oportunidad, tengan la misma compasión con los ciudadanos de la Alianza.

—Le prometo que así será, y que les diremos a los demás que hagan lo mismo.

La mujer del alcalde se acercó y miró a Desjani intensamente.

—Gracias, señora, por salvar la vida de mis hijos.

—Capitana —dijo Desjani, corrigiéndola, a la vez que se le dibujaba en un lateral de la boca media sonrisa. Bajó ligeramente la mirada y saludó con la cabeza al chico,

que la miró con respeto y realizó un saludo militar al estilo síndico. Ella le devolvió el saludo y dirigió su mirada de nuevo hacia la madre.

—Gracias, capitana —dijo esta—. Ojalá esta guerra se termine antes de que mis hijos tengan que enfrentarse en combate a su flota.

Desjani volvió a asentir sin decir nada. Luego observó con Geary cómo el último de los civiles síndicos entraba rápidamente en los transbordadores. Mientras la escotilla se cerraba, habló en un tono de voz muy bajo, de forma que solo Geary pudiese escucharla.

—Es más fácil cuando no les pones cara.

Le llevó un rato entender a qué se refería.

—Se refiere al enemigo.

—Sí.

—¿Había conocido alguna vez a un síndico?

—Solo a prisioneros de guerra —respondió Desjani en tono displicente—. Síndicos que han intentado matarnos a mí y a otros ciudadanos de la Alianza hace no demasiado. —Cerró los ojos durante un momento—. No sé qué le pasó a la mayoría, pero sé lo que le pasó a algunos.

Geary dudó sobre si hacer la pregunta obvia. Poco tiempo después de asumir el mando de la flota, se enteró, horrorizado, de que a veces mataban prisioneros de guerra con absoluta indiferencia. Era el fruto de un siglo de guerra en el que las atrocidades habían alimentado más atrocidades. Nunca le preguntaría a Desjani si había participado en aquel tipo de crímenes.

No obstante, ella abrió los ojos y lo miró fijamente.

—Vi cómo lo hacían, pero no pulsé nunca el gatillo. Ni di órdenes. Pero lo vi, y no hice nada por detenerlo.

Geary asintió, con los ojos clavados en los de Desjani.

—Le enseñaron que era aceptable.

—Eso no es excusa.

—Sus antepasados...

—Me dijeron que no estaba bien —lo interrumpió Desjani. Aquello era algo que rara vez le hacía a Geary—. Lo sabía. Lo sentía. Pero no hice caso. Soy responsable de mis actos. Sé que pagaré por ello. Puede que esa sea la razón por la que perdimos tantas naves en el sistema nativo síndico. Puede que sea por eso por lo que esta guerra ha durado tantos años. Es un castigo por apartarnos de lo que estaba bien, por creer que lo que está mal es necesario.

No iba a llevarle la contraria, ni a condenar a alguien que ya había asumido toda la culpa. De hecho, podía solidarizarse con ella.

—Sí, a lo mejor estamos siendo castigados.

Desjani frunció el ceño.

—¿Señor? ¿Por qué iban a castigarlo por acciones que se llevaron a cabo mientras usted no estaba entre nosotros?

—Ahora estoy entre ustedes, ¿no? Formo parte de esta flota y le soy leal a la Alianza. Si ustedes están siendo castigados, entonces yo también. No he sufrido tanto durante todos estos años como vosotros, pero me han arrebatado todo lo que conocía.

Ella sacudió la cabeza, frunciendo todavía más el ceño.

—Usted mismo acaba de decir que esta es su flota, y que le es leal a la Alianza. Eso no se lo han arrebatado.

Geary la miró extrañado, y se sorprendió al darse cuenta de que nunca había visto las cosas de ese modo.

Desjani lo miró fijamente.

—Lo enviaron cuando lo necesitábamos. Nos ofrecieron una segunda oportunidad. Y a usted también. No dejaron que muriese en la batalla de Grendel ni después, cuando los sistemas de su cápsula de escape podían haber fallado sin más. Se nos ofrece compasión si demostramos ser dignos de ella.

Volvía a sorprenderlo con un punto de vista que nunca se le había ocurrido, y que lo incluía a él dentro de un todo; no como un héroe mitológico sino como uno más.

—Puede que tenga razón —dijo Geary—. No podremos ganar esta guerra a menos que vayamos a por todas y utilicemos las puertas hipernéticas, provocando el suicidio de la especie. Si esta guerra se termina alguna vez, no será derrotándolos solo en el campo de batalla, sino también estando dispuestos a perdonar a los síndicos, siempre y cuando estos estén también dispuestos a mostrar que están realmente arrepentidos. Quizá nos estén dando un ejemplo a seguir.

Ella se quedó en silencio durante un rato, y él hizo lo mismo. Las puertas internas del puerto de acoplamiento que los separaban del transbordador se sellaron, luego se abrieron las de fuera, y el pájaro salió volando, con los pasajeros síndicos en su interior y en dirección a su instalación. Al final, Desjani le devolvió la mirada.

—Me he pasado mucho tiempo queriendo castigar a los síndicos, hacerles daño, igual que hacen ellos con nosotros.

—Entiendo las razones —dijo Geary—. Gracias por apoyarme en ayudar a esos civiles. Soy consciente de que iba en contra de sus creencias.

—De lo que eran mis creencias —lo corrigió Desjani. Se quedó en silencio durante un rato, pero Geary esperó, ya que sentía que tenía algo que añadir—. Pero el ciclo de la venganza no tiene fin. Me he dado cuenta de algo. No quiero tener que matar a ese chico algún día, cuando tenga la edad suficiente para luchar.

—Yo tampoco. Ni a su padre o a su madre. Y tampoco quiero que el muchacho tenga que intentar matar a ciudadanos de la Alianza. ¿Cómo podemos terminar con esto, Tanya?

—Ya encontrará una manera, señor.

—Gracias.

Lo había dicho en tono sarcástico, y estaba seguro de que había sonado como tal, pero Desjani sonrió levemente.

—¿Ha visto cómo nos miraban? Tenían miedo, luego mostraron incredulidad, y finalmente estaban agradecidos. —Dejó de sonreír y miró a su alrededor—. Me gusta luchar. Me gusta enfrentarme cara a cara con lo mejor que tengan los sindicatos, pero ya han muerto suficientes personas como esas. ¿Podremos convencer a los sindicatos de que dejen de bombardear objetivos civiles?

—Podemos intentarlo. Nuestro armamento para bombardeos es lo suficientemente preciso como para seguir eliminando objetivos industriales a la vez que minimizamos las pérdidas de civiles.

En aquel momento la cara de Desjani se ensombreció.

—¿Ellos matan a los nuestros pero nosotros no matamos a los suyos?

—Tiene que ser un acuerdo mutuo. Cuando volvamos, se lo diremos: dejen de bombardear a nuestra gente, y nosotros seguiremos sin bombardearles.

—¿Por qué iban a...? —Desjani dejó la pregunta a medias y observó a Geary durante un rato—. Podrían creer que vamos a cumplirlo puesto que ha demostrado que estamos dispuestos a hacerlo.

—Es posible.

—¿Y si no lo hacen?

—Seguiremos atacando objetivos militares e industriales. —Desjani hizo una mueca—. Escuche, Tanya, si esa gente no tiene nada por lo que trabajar o luchar, serán una carga para los sindicatos que tengan que preocuparse de darles de comer y de ocuparse de ellos.

—Construirán nuevas zonas industriales. Nuevas defensas.

—Que también destrozaremos. —Geary inclinó la cabeza bruscamente para señalar el espacio que había más allá del casco del *Intrépido*—. Desde que el ser humano consiguió viajar habitualmente por el espacio, tenemos la capacidad de destruir cosas con rocas lanzadas desde grandes distancias más rápido de lo que los humanos situados en los planetas pueden construirlas. Los sindicatos podrían utilizar incontables recursos y esforzarse al máximo para reconstruirlas, pero no conseguirían seguir el ritmo.

Ella reflexionó, y asintió.

—Tiene razón, pero ese mismo razonamiento podía aplicarse desde hace ya mucho tiempo, cuando empezamos a bombardear a poblaciones civiles además de a objetivos industriales y militares. ¿Por qué empezamos a hacerlo, hace ya tanto tiempo?

—No lo sé. —Geary dejó la mente en blanco, intentando imaginarse el momento en que la gente que había conocido hacía un siglo se volvió como la de ahora. Sin

embargo, no hubo ningún momento, ningún punto exacto, sino, tal y como le había dicho Victoria Rione, una pendiente resbaladiza en la que una decisión aparentemente razonable llevaba a otra más impetuosa—. Quizá fuese la venganza por los bombardeos síndicos sobre los planetas de la Alianza. Quizá una táctica desesperada al ver que la guerra nunca terminaba. Un intento para hundir la moral del enemigo. Lo estudiamos cuando era un oficial subalterno, aunque fue una lección de lo que no funcionaría. Una y otra vez, a lo largo de la historia, las personas han intentado bombardear a sus enemigos lo suficiente como para que se rindiesen. Sin embargo, al ver que sus hogares o sus creencias estaban en peligro, nunca se rendían. Es algo totalmente irracional, pero somos humanos, después de todo.

—Los bombardeos síndicos nunca consiguieron que quisiésemos abandonar —dijo Desjani—. Nos frustramos con nuestros líderes, pero queríamos que ganasen. No queríamos que se rindiesen. No obstante, ya no hay mucha gente, sobre todo en la flota, que crea que nuestros líderes puedan ganar la guerra. Por eso...

Geary la miró en cuanto dejó de hablar otra vez.

—¿Por eso me hizo esa oferta el capitán Badaya? ¿También está al corriente de eso?

—Sí, señor. Por supuesto, señor. Está en boca de todos.

—No voy a aceptar, Tanya. No voy a traicionar a la Alianza de ese modo, aceptando la oferta de convertirme en dictador. Ya se lo he dicho a Badaya. —Ella miró a la cubierta, impasible—. No funcionaría, y estaría mal.

Entonces Desjani habló en voz muy muy baja.

—Tengo que hacerle una pregunta, ¿le han ofrecido algo más? ¿Si aceptaba?

Intentó recordarlo, puesto que fuese lo que fuese, parecía preocupar bastante a Desjani, pero no se le ocurrió nada.

—No, nada en particular. Me lo plantearon de forma muy general.

—¿Está seguro? —Entonces su voz dejó entrever su enfado, aunque seguía hablando en voz muy baja—. ¿No le prometieron nada más, capitán Geary? —Este negó con la cabeza, evidenciando su desconcierto—. ¿A nadie, capitán Geary?

¿A nadie? ¿A quién...? Se dio cuenta de que seguramente había delatado su sorpresa.

—¿Se refiere a usted? —susurró, demasiado asombrado como para usar eufemismos.

Ella volvió a mirarlo directamente. Luego estudió su expresión, y pareció relajarse.

—Sí. Algunos me han instado a que... me ofreciese yo misma. Me preguntaba si ya lo habrían hecho ellos.

Geary sintió cómo se ponía rojo, y cómo sentía vergüenza e ira, todo a la vez. Era incapaz de recordar la última vez que había estado tan enfadado.

—¿Quién? —dijo en voz baja con fiereza—. ¿Quién coño se ha atrevido a pedirle algo así? No es un premio, ni una ficha del juego. Dígame quién ha sido, y... —Entonces fue él quien ahogó sus palabras, consciente de que ni siquiera el comandante de la flota podía amenazar con partir a un subordinado en trocitos y echarlo fuera por la esclusa.

Desjani sonrió con los labios apretados.

—Puedo defender mi honor yo misma, señor. Pero gracias. Muchas gracias.

—Tanya, te prometo que si encuentro...

—Deje que yo me encargue, señor. Por favor. —Él asintió a regañadientes—. Deberíamos volver al puente, señor, y analizar lo que sucede. —Volvió a asentir. Una parte de la boca de Desjani se arqueó—. No sería un buen dictador, ¿verdad?

—Probablemente no.

—A lo mejor también hay una razón para eso.

Se mantuvo a la espera de que algo saliese mal, pero los transbordadores de la Alianza depositaron a todos los civiles y volvieron a elevarse. Luego retornaron a sus respectivas naves sin que los síndicos intentasen interferir en la operación.

—¿Puede confirmarme que hemos llevado a cabo una operación sin que los síndicos intenten sabotearnos o poner trampas a todo lo que puedan? —preguntó Desjani.

—Así es. Y, por lo que parece, tampoco han intentado poner ninguna trampa nuestros propios saboteadores. —Geary analizó el visor, tan incrédulo como Desjani. Todos los transbordadores habían vuelto ya, y la flota de la Alianza avanzaba trazando un arco a través del sistema estelar Cavalos en dirección al punto de salto que los conduciría bien a Anahalt, bien a Dilawa—. ¿Tres días más para el punto de salto?

—Así es, señor. A menos que suceda algo. —Desjani apretó los dientes al escuchar la alarma—. Y acaba de suceder.

Estaban apareciendo navíos de combate síndicos por el punto de salto al que se dirigían.

Capítulo 10

—Diez acorazados síndicos, doce cruceros de batalla, diecisiete cruceros pesados, veinticinco cruceros ligeros y cuarenta y dos naves de caza asesinas —anunció el consultor de operaciones.

—Eso es más o menos nuestra fuerza —comentó Desjani—, aunque les sacamos bastante ventaja en las unidades más ligeras. ¿Evitarán actuar o lucharán?

—Seguramente tienen órdenes de detenernos o retrasarnos —dijo Geary—. Decidan lo que decidan hacer de entre esas dos opciones, tienen que luchar.

—Puede que estén demasiado asustados como para plantar cara después de lo que hizo esta flota en Lakota. —Desjani hizo una pausa al ocurrírsele algo—. Puede que no sepan lo que sucedió en Lakota. A lo mejor creen que la fuerza persecutora que destruimos allí sigue tras nosotros y que aparecerá en cualquier momento.

—Es probable que tenga razón, puesto que vienen de Anahalt o de Dilawa. —Geary observó las imágenes de la formación síndica, situada a ocho horas luz, y cómo esta se desviaba siguiendo un nuevo vector. Los síndicos habían gozado ya de ocho horas para decidir qué hacer y empezar a actuar—. Hasta ahora están ordenados según la típica formación síndica en forma de caja.

—A lo mejor ese director general es tan estúpido como el de Kaliban —sugirió Desjani. Aquel comandante enemigo había cargado de frente, sin más, contra la flota de la Alianza, superior en número, lo que le permitió a Geary aniquilar a las fuerzas síndicas utilizando toda la potencia de artillería disponible.

—Estaría bien —dijo Geary—, pero no podemos contar con ello. Sospecho que estamos matando directores generales síndicos estúpidos más rápido de lo que los ascienden.

—Siempre me ha costado sobrevalorar la capacidad de cualquier sistema para ascender a gente estúpida.

Pese a que el combate era inminente, Desjani estaba de suficiente buen humor como para estar de broma, y Geary tenía que admitir que había tenido su gracia.

—Vamos a suponer que no es tonto. ¿Cree que atacará nuestros flancos con pasadas rápidas, o, si divido la formación, intentará ir de frente contra una de las subformaciones?

Desjani se paró a pensarlo.

—Les han enseñado a luchar como lo hacíamos nosotros, con cargas directas. Aunque intenten llevar a cabo algo elaborado, lo más probable es que carguen contra una parte de nuestra formación en lugar de realizar una pasada contra un flanco o una esquina, tal y como usted nos ha enseñado. Diría que eso es lo que va a hacer.

En el mejor de los casos, concentraría su flota en una gran formación para que los síndicos cargasen de frente. No obstante, una disposición como esa implicaría que

muchas de sus naves no podrían atacar a la formación enemiga, que era menor, lo que disminuiría sensiblemente su superioridad. Por otra parte, si los síndicos se centraban en una subformación en lugar de ir directamente contra el cuerpo principal de la flota, tácticas como las utilizadas en Kaliban tampoco funcionarían. Tenía que echar mano de algo diferente.

Entonces Rione llegó al puente de mando y se paró ante del visor antes de ocupar su puesto y dirigirse a Geary.

—¿Qué piensa hacer?

Geary señaló su propia pantalla, en la que se podía ver proyectado, a partir de su velocidad y su curso, el amplio arco que dibujaba la formación síndica virando con decisión hasta formar un vector que interceptaría el arco de curso de la flota de la Alianza, como dos líneas curvas aproximándose desde horas luz de distancia para acabar uniéndose igual que dos sables gemelos chocando.

—Tengo intención de plantar cara al enemigo, señora copresidenta, en algo menos de día y medio.

Rione observó en su visor el informe de la flota enemiga, luego miró a Geary y sacudió la cabeza.

—Es como luchar contra una hidra. No importa cuántos navíos de combate destruyamos, siempre hay más.

—Siguen construyéndolas y, al contrario que nosotros, pueden conseguir refuerzos —señaló Geary.

—Recomendaría que se intentase capturar vivo al director general síndico, capitán Geary. Es posible que pueda ofrecernos algunas respuestas.

—Haré lo que pueda, señora copresidenta.

—Capitana, estamos recibiendo una transmisión muy reducida procedente del principal planeta habitado. Va dirigida al capitán Geary.

Desjani lo miró con recelo. Estaban todavía a casi ocho horas luz de establecer contacto con la flotilla síndica, y aún no habían adoptado su formación de combate.

—Yo la atiendo —dijo Geary—. Deje que Desjani la vea.

La ventana que apareció ante él mostraba a una mujer mayor sentada sobre un escritorio, con un uniforme de director general síndico de rango medio.

—Supongo que estará preguntándose por qué la oficial síndica de mayor rango de este sistema estelar se está comunicando con usted, capitán Geary, y además está haciéndolo de forma que se minimicen las posibilidades de que alguien lo descubra.

La mujer señaló hacia una foto que había sobre el escritorio, en la que se veía a un hombre joven que Geary no era capaz de reconocer.

—Tenía un hermano, murió en un accidente. O eso pensaba yo. Ahora tengo un hermano, y sé que lo que pasó en realidad fue que una compañía relacionada con un

líder bastante importante de los Mundos Síndicos desestimó evacuarlo a él y al resto de sus compañeros de Wendig, porque eso les permitía reducir levemente las cifras de la columna de gastos del informe anual de dicha compañía. También tengo una cuñada, alguna sobrina y un sobrino de los que nunca había tenido noticia y que están vivos gracias a usted.

Entonces, de repente, Geary se dio cuenta de a quién pertenecía la cara de la imagen. Era el alcalde de Alfa, décadas más joven.

La directora general del planeta síndico agitó la cabeza.

—Eso sin contar todas las vidas que se habrían perdido en este sistema estelar si hubiese decidido bombardear este planeta. Pero ha llegado a mis oídos lo que dice la gente procedente de lugares como Corvus, Suthah e incluso Sancere, así que soy consciente de que se ha comportado del mismo modo en todos lados, de que solo ha atacado objetivos militares e industriales como respuesta a ataques dirigidos contra usted. No sé cuántos millones o incluso cuántos miles de millones de ciudadanos de los Mundos Síndicos podría haber matado con facilidad, pero sí sé que no lo hizo.

Entonces la directora general planetaria síndica sonrió adustamente.

—Y ahora me encuentro dándole gracias a la flota de la Alianza por todas esas vidas pese a que tengo órdenes de hacer lo necesario para que pierdan naves, sea cual sea el precio, o para retrasarlos, sin importar las bajas potenciales de civiles que pueda sufrir este sistema estelar. Estoy al tanto de la situación en la que se encuentra. Nos han dicho media docena de veces que su flota estaba atrapada y que sería destruida en poco tiempo. Cómo ha conseguido llegar hasta aquí es algo que solo saben las estrellas del firmamento. El hecho de que esté al mando, capitán Geary, y de que el proceso de identificación llevado a cabo por los Mundos Síndicos arroje resultados positivos, me hace preguntarme si no será cierto que las estrellas del firmamento han intervenido en esta guerra. Que disponga de una fuerza diseñada para la guerra y que la haya usado para salvar las vidas de sus enemigos hace que me sienta agradecida de que lo hayan hecho.

»Se lo debo, capitán Geary, y creo firmemente en que se deben pagar las deudas. Su flota va a enfrentarse con una fuerza de los Mundos Síndicos notable, pero a la que superan en número considerablemente. Aunque nuestros líderes intentan mantener clasificada al más alto nivel la información sobre usted y su flota, circulan por ahí muchos informes no oficiales verosímiles. Basándome en ellos, espero que esa fuerza síndica no venza, teniendo en cuenta lo que ha hecho hasta ahora, no es algo que me haga tener miedo. En lo que respecta a la gente de aquí, su flota constituye una amenaza menor que la que responde ante el Consejo Ejecutivo de los Mundos Síndicos.

La directora general síndica volvió a sacudir la cabeza.

—No olvidaré lo que ha hecho, capitán Geary. Muchos de nosotros hemos

acabado entendiendo que esta guerra dejó de tener sentido el mismo día que comenzó. Estamos cansados de intentar mantenernos unidos en nuestros sistemas estelares mientras nuestros líderes dilapidan los recursos de los Mundos Síndicos en una guerra que no se puede ganar. Cuando vuelva a su hogar, dígales a sus líderes que aquí hay gente cansada de luchar y que quiere hablar.

La directora general hizo una pausa.

—Cuando se abandonaron las instalaciones de Dilawa hará unos veinte años, se consideró que no era rentable llevarse las reservas de materiales que todavía quedaban en los almacenes mineros, por lo que se dejaron allí muchas cosas. Lo digo por si necesita suministros cuando se marche de aquí.

La ventana se quedó en blanco, y Geary se recostó, pensativo.

—¿Podemos confiar en ella? —preguntó Desjani.

—No lo sé. ¿Dónde está la copresidenta?

—En su camarote, creo.

—Envíele una copia de esto y pregúntenle qué opina. —Desjani hizo una mueca y vaciló lo suficiente como para que Geary lo notase—. No importa, ya lo hago yo.

Cinco minutos después Rione estaba en el puente de mando.

—Creo que está siendo sincera.

—Quiere hablar de paz, espera que derrotemos a esa flotilla síndica y nos ha dicho dónde podemos encontrar materias primas para reabastecer a la auxiliares —dijo Geary—. Si los líderes síndicos se enterasen, le cortarían la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

Rione asintió mirando a Geary, con expresión pensativa.

—Esto implica que la jerarquía síndica está más podrida de lo que pensábamos. Una directora general de un sistema estelar síndico nos ha dicho directamente que no apoya la guerra.

—Incluso nos respalda a nosotros en lugar de a sus propias fuerzas —le comentó Desjani a Geary, aparentemente dividida entre un sentimiento de gratitud y otro de repulsa.

En lugar de responder a lo que había dicho Desjani, Rione se dirigió a Geary.

—La flota síndica ha sido uno de los mecanismos más importantes con los que han contado los líderes de los Mundos Síndicos para mantener el control sobre su territorio. Cualquiera que intentase mostrar cierta independencia se encontraría con navíos de combate preparados para reforzar la voluntad del Consejo Ejecutivo. Cuánto más daño infliges a su flota, más posibilidades tienen líderes locales como la directora general de hacer lo que les parezca.

—No obstante, esa flota está formada por sus propias gentes —le dijo Desjani a Geary—. El hecho de que aparentemente esté dispuesta a apoyarnos incluso en su contra debería ser relevante a la hora de juzgarla.

Rione sacudió la cabeza al dirigirse de nuevo a Geary.

—Un sistema estelar olvidado por la hipernet seguramente tiene proporcionalmente menos ciudadanos sirviendo en la flota y, según pasa el tiempo, siente cada vez menos que forma parte de los Mundos Síndicos.

Geary miró a Desjani, y fue entonces cuando se dio cuenta de que ambas mujeres estaban hablando con él e ignorándose mutuamente, como si estuviesen en habitaciones separadas y solo se pudiesen comunicar directamente con él.

Desjani se encogió ligeramente de hombros.

—La directora general síndica que vimos era una política, y supongo que como tal sentirá menos reparos al sacrificar personal militar.

Aquello hizo que Rione apretase visiblemente los dientes, pero siguió sin mirar a Desjani.

—Ya tiene mi valoración, capitán Geary. Ahora, si me disculpa, tengo que ocuparme de otros asuntos. —Se dio la vuelta bruscamente y se marchó del puente.

Geary apoyó los dedos de una mano sobre la frente durante un momento, intentando calmar un incipiente dolor de cabeza.

—Capitana Desjani —dijo en voz baja, de forma que solo ella pudiese escucharlo—, me gustaría que se abstuviese de enfrentarse abiertamente a la copresidenta Rione.

—¿Abiertamente? —respondió Desjani en un tono de voz semejante—. No entiendo, señor.

Geary dirigió hacia ella una mirada incisiva, mientras Desjani lo observaba con una mirada de desconcierto a todas luces fingida.

—No quiero entrar en detalles.

—Me temo que tendrá que hacerlo, señor.

Puede que Desjani creyese que, en lo que se refería al mando de la flota, lo guiaban las estrellas del firmamento, pero estaba claro que en lo que respectaba a tratar con Rione tenía una opinión distinta.

—Bastaría con que actuase como si estuviesen en la misma sala.

—Pero no está, señor. Se ha marchado del puente.

—¿Se está burlando de mí, capitana Desjani?

—No, señor. Nunca haría eso, señor —dijo totalmente seria, o al menos eso le parecía a él.

Estaba claro que era el momento de retirarse. No podía entrar en detalles ni enfadarse sin llamar la atención de los consultores que había en el puente de mando, y tampoco lo necesitaba.

—Gracias, capitana Desjani. Me alegro mucho de oírlo. Ya tengo suficientes cosas de las que preocuparme.

Por lo menos, Desjani pareció arrepentirse un poco cuando Geary se marchó del

puente de mando, intentando alcanzar a Rione. Sospechaba que tenía alguna otra impresión que compartir con él, y además quería preguntarle algo.

Rione avanzaba con rapidez, por lo que la alcanzó al pasar la mitad del corredor.

—Dime la verdad —le dijo Geary—, ¿está la Alianza igual de mal?, ¿también está a punto de romperse?

—¿Por qué me lo pregunta? —El tono de voz de Rione era tan inexpresivo como siempre.

—Porque no parecías estar muy contenta ante la evidencia de lo mal que le van las cosas a los síndicos. Me has dicho que los militares de la Alianza están descontentos con nuestro gobierno, que todo el mundo está cansado de la guerra, pero ¿está la cosa tan mal como en el espacio síndico? ¿Corre la Alianza el riesgo de descomponerse?

Rione se paró, clavó sus ojos en la cubierta, y asintió con la cabeza lentamente sin dirigirle la mirada.

—Un siglo de guerra, John Geary. No pueden derrotarnos, y nosotros a ellos tampoco, pero podemos seguir hasta que nos rompamos.

—¿Por eso viniste en esta expedición? No era solamente porque tuvieses miedo de que Bloch pudiese convertirse en dictador, sino porque estabas segura de que lo conseguiría, de que los ciudadanos de la Alianza, cansados de esta guerra, lo seguirían dado que han perdido su fe en la Alianza.

—Bloch no lo habría conseguido —dijo Rione con tranquilidad—. Habría muerto.

—Lo habrías matado. —Ella asintió—. Bloch seguramente sabía lo que pretendías, y es más que posible que tomase medidas contra ti.

—Lo hizo. —Durante un instante se dibujó una pequeña sonrisa en la cara de Rione—. No habría sido suficiente.

Geary se quedó mirándola.

—¿Y qué te habría pasado?

—No estoy segura. Tampoco habría importado. Lo importante era pararle los pies al dictador.

Geary no atisbó el más mínimo rastro de burla o mentira en Rione. Hablaba en serio.

—Estabas dispuesta a morir para asegurarte de que estuviese muerto. Victoria, a veces me das miedo.

—A veces yo misma me doy miedo. —Seguía totalmente seria—. Ya te lo dije, John Geary. Creía que el hombre al que amaba había muerto en esta guerra. No tenía ninguna otra razón para vivir salvo mi devoción por la Alianza. Si esta se derrumbaba, entonces no me quedaría nada. Mi marido murió por ella, y si fuese necesario, yo haría lo mismo.

—¿Por qué no me dijiste esto desde el principio?

Rione lo observó durante un rato antes de responder.

—Porque si habías salido del mismo patrón que el almirante Bloch, no necesitarías que te animasen. Pero si al final eras realmente como Black Jack, no me creerías, puesto que la idea de que la Alianza se estaba desmoronando sería demasiado dura para ti como para aceptarlo. Tenías que ver la situación por ti mismo para entender lo mal que están las cosas. Yo ya te dije cosas, pero no siempre te diste cuenta. —Rione sacudió la cabeza—. Te tanteé, te vigilé, e hice lo necesario para influir en tus actitudes hacia la situación actual.

—¿Qué tuviste que hacer? —La frase sonó fría incluso para Rione—. Una vez me dijiste que no habías dormido conmigo solo para influir en mí.

Los ojos de Rione siguieron fijos en él.

—No era la única razón, es cierto, pero era una parte. ¿Contento? Tuviste mi cuerpo, y yo el tuyo, y en aquellos oscuros encuentros nocturnos te susurré que tenías que proteger a la Alianza de aquellos que estaban dispuestos a destruirla, según ellos, para salvarla. Ah, y me encantó el sexo. No tengo inconveniente en admitirlo. Entonces llegó el día en que ya no te tuve miedo, y en el que supe que mis sentimientos empezaban a traicionar al hombre que todavía amaba y podía seguir vivo. No es que te entregase a ella porque fuese noble, John Geary, lo hice por mí misma, y porque ya había hecho lo que tenía que hacer.

No se creía todo aquello. La postura y la expresión de Rione no habían cambiado, pero le recordaba a las palabras que había pronunciado una vez estando borracha. Geary se dio cuenta de aquello al ver que, pese a estar justificando todo con total tranquilidad, no había mencionado el nombre de Tanya Desjani.

—No me entregaste a nadie, y menos a la capitana Desjani.

—Puede que te hayas mentido a ti mismo, John Geary, pero hazme caso.

—¿Entonces por qué sigues en el *Intrépido*? Todavía quedan un montón de naves de la República Callas a las que podrías ser transferida.

—Porque me necesitarás cerca de ti cuando volvamos a casa. No como una amenaza, sino como una aliada. Sé cómo van a reaccionar los líderes de la Alianza ante ti. Black Jack, el salvador de la flota y de la Alianza, ha vuelto. No vas a aceptar lo que algunos te van a ofrecer a cambio de más poder para ellos mismos. Tampoco vas a hacer lo que otros temen, que es acaparar todo el poder. No, John Geary — insistió Rione —, te mantendrás en lo alto del bastión de la Alianza y la defenderás de todos sus enemigos, tanto los internos como los externos, porque así es como eres, alguien salido de un pasado más simple. Y yo te ayudaré a luchar contra los que, desde dentro, intenten manipularte o actuar contra ti por miedo.

—¿Contra mí? ¿Crees que los líderes de la Alianza son un peligro para mí?

—Si estuviese en el Consejo de Gobierno cuando volviesses, pediría que te

arrestasen de inmediato y te aislasen acusándote falsamente en público de estar cumpliendo algún tipo de misión secreta, porque pensaría que eres el mismo tipo de persona que el almirante Bloch o el capitán Falco. No obstante, he aprendido que no es así, y es lo que le diré a los senadores que conozco. Créeme, me necesitarás — afirmó Rione—. Incluso los políticos a los que no les gusto, y de esos hay bastantes, saben que no traicionaría a la Alianza. Todos tendrán en cuenta lo que les diga.

Geary miró en otra dirección, y se acarició el cuello con una mano, intentando pensar. No importaba lo difícil que fuese llevar a la flota de una pieza a casa, ya que, una vez lo hiciese, la vida sería más fácil. Renunciaría al cargo y se marcharía a alguna parte donde no lo reconociesen, intentando ocultarse de la leyenda de Black Jack y de las irreales y devotas expectativas de aquellos que creían que había sido enviado por las mismísimas estrellas del firmamento para salvar a la Alianza. Era algo que había tenido en mente para evitar que todo aquello lo superase, incluso aunque la idea de abandonar la flota y a su gente le resultase cada vez más difícil. Sin embargo, en aquel momento tenía que admitir que, como poco, se vería obligado a enfrentarse a más problemas antes de poder dejar atrás aquellas responsabilidades.

—Gracias, Victoria. Estoy seguro de que tu ayuda será más que importante.

Ella negó con la cabeza.

—No me des las gracias. No lo hago por ti.

—Gracias de todos modos. ¿Quieres hablar sobre el combate en ciernes?

—Lo harás bien. Siempre lo haces.

Geary estaba a punto de explotar.

—¡Joder, lo último que yo o cualquier otra persona de esta flota necesita es que me confíe demasiado! ¡Voy a intentar reducir al máximo las pérdidas, pero este combate será doloroso, complicado y difícil!

Rione sonrió de modo irritante.

—¿Ves? Ya eres consciente de ello. No necesitas que te lo diga. ¿Algo más?

—Sí —dijo Geary con los dientes apretados—. ¿Qué opinas de lo de ir después a Anahalt o a Dilawa?

Rione extendió las manos con un gesto de desdén.

—Haz lo que te diga tu instinto, capitán Geary. Es mucho mejor que el mío, por lo menos mientras sigamos en el espacio síndico.

—Aun así me gustaría saber qué opinas, si deberíamos confiar o no en la directora general síndica.

—Por supuesto que no. No obstante, eso no significa que esta vez no esté siendo sincera. Comprueba si lo que dijo sobre Dilawa coincide con los informes de los sistemas estelares síndicos que hemos conseguido. —Rione se dio la vuelta para marcharse, pero luego habló por encima del hombro—. Ese es mi consejo político. Si quieres un consejo militar, pregúntaselo a tu compañera. Así tendréis más

oportunidades profesionales de pasar tiempo juntos.

Geary observó cómo se alejaba, sin decir nada; así no habría oportunidad para una última réplica.

Cuatro horas para establecer contacto con los síndicos. La flota de la Alianza y la flotilla síndica estaban a menos de cincuenta minutos luz la una de la otra, desplazándose a cero con uno c, a una velocidad combinada de encuentro de cero con dos c, la máxima en la que los sistemas de puntería eran efectivos. Podía ver lo que las naves síndicas habían estado haciendo hacía poco menos de una hora, y lo mismo podían hacer estos con respecto al estado de la flota de la Alianza. Todavía era demasiado pronto para establecer la formación de combate, para permitirle al comandante síndico saber cómo había planeado Geary el encuentro con el enemigo.

—¿Capitán Geary? Tenemos que enseñarle algo.

Aceptó el mensaje de la capitana Desjani y se dirigió al compartimento desde el que lo había llamado, intentando no parecer inquieto mientras se cruzaba con los miembros de la tripulación del *Intrépido*. Pese a que tenía que concentrarse en el combate inminente, lo habían distraído constantemente con preocupaciones sobre lo que los enemigos internos podrían hacer. Parecía que habían intentado atacar de nuevo.

El compartimento resultó ser una de las estaciones de control de los sistemas principales, lo que en principio confirmaba sus temores. Mientras se sellaba la escotilla detrás de Geary, pudo ver a Desjani, al capitán de corbeta que ocupaba el puesto de oficial de seguridad del sistema del *Intrépido*, y a la presencia virtual de la capitana Crésida.

—¿Qué pasa ahora?

Desjani y el capitán de corbeta miraron a Crésida, que hizo un gesto hacia algunos de los módulos del sistema que había tras ella.

—He estado pensando, señor —comenzó a decir Crésida—, intentando averiguar cómo podían estar los alienígenas controlándonos. El asunto de los gusanos me hizo reflexionar sobre nuestros sistemas, sobre si habría algo más escondido en ellos.

Geary frunció el ceño.

—¿Los alienígenas? ¿No se trata de otro gusano generado desde alguna parte de la flota?

—No, señor. Hemos encontrado algo que no puede proceder de fuentes internas. Tuvimos que meter en esto al oficial de seguridad del sistema de la capitana Desjani.

—¿No pudo proceder de dentro? —Geary miró desconcertado a Desjani y al capitán de corbeta—. Pero ¿encontraron algo más?

Crésida asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Lo que me preguntaba era: si había algo más ahí, algo que les

permitía a los alienígenas controlar nuestros movimientos, ¿cómo podía seguir oculto? Puesto que los análisis de seguridad lo habían pasado por alto, tenía que ser algo que no hubiésemos utilizado o intentado utilizar, así que busqué algo diferente, algo fuera de lo normal, intentando atisbar cualquier cosa inusual o imprevista en alguna parte de nuestros sistemas.

El oficial de seguridad del sistema de Desjani pulsó un control y a su lado apareció un visor virtual, que mostraba una extraña imagen de lo que parecían ser ondas superpuestas con límites fluctuantes.

—Eso muestra órdenes transmitidas a través de los sistemas de navegación —comenzó a explicar el oficial—. No el código, sino la propagación de la señal electrónica. Es una representación, claro está, realizada de forma que podamos entenderla. Lo que la capitana Crésida descubrió es que los comandos llevan algo anexo. —Señaló las fluctuaciones superiores y laterales.

Crésida también hizo un gesto hacia ellas.

—No sé cómo lo hacen, pero, de algún modo, están codificando un gusano utilizando modulación de probabilidad autosostenida a nivel cuántico. Cada una de las partículas que forman la señal tienen propiedades cuánticas, claro está. Pues bien, los alienígenas han grabado algún tipo de programa en estas propiedades. Sé que no es natural porque debería haber variaciones probabilísticas en el modo en que tienen lugar los límites cuánticos de las partículas que forman la señal. Pues no hay. Sigue patrones. No sabemos qué hacen estos patrones, ni cómo actúan, pero está claro que no deberían estar ahí.

Desjani asintió sin quitar los ojos de la pantalla.

—Creemos que hemos encontrado al espía alienígena, capitán Geary.

—No me fastidies. ¿Está en los sistemas de navegación?

—Y en los de comunicación. Estamos monitorizando los demás sistemas pero no hemos encontrado nada, todavía.

Geary contempló el visor, anonadado.

—Está configurado para saber a dónde nos dirigimos y comunicárselo a alguien. ¿Puede esta cosa enviar mensajes a velocidades superiores a la de la luz?

Crésida hizo un gesto de frustración.

—¡No lo sé! No tengo ni idea de cómo funciona, y menos todavía de lo que hace. Lo único que sé es que se supone que no debería estar ahí.

El capitán de corbeta tomó la palabra.

—Obviamente, ninguno de los programas de seguridad y los cortafuegos podían haberlo detectado. Para ellos es algo... desconocido, se podría decir que alienígena, si me permite usar ese término.

—¿Y no podemos hacer nada al respecto? —preguntó Geary—. ¿Lo único que podemos hacer es dejar que infecte nuestros sistemas?

Aquello hizo que se dibujase una intensa sonrisa en la boca de Crésida.

—No, señor. Puede que no sepamos cómo funciona, pero sí sabemos cómo acabar con él.

—Es la primera vez que la escucho hablar como un infante de marina, capitana Crésida. ¿Cómo acabamos con él?

Crésida volvió a señalar los límites fluctuantes.

—Estoy segura de que podemos generar un patrón de ondas cuánticas con las propiedades opuestas. Es decir, utilizando interferencias destructivas para anular las superposiciones moduladas. No hace falta que sepamos lo que hace el patrón o cómo se autosostiene para crear una breve imagen negativa de él. Cuando las superposiciones alcancen el estado de probabilidad cero, no deberían reaparecer salvo en intervalos aleatorios y poco frecuentes que posiblemente no funcionen.

Geary frunció el ceño, sorprendido.

—¿Cómo es que pueden aparecer intervalos si se han reducido a probabilidad cero?

—Es... algo cuántico, señor. Para nosotros no tiene sentido, pero a ese nivel las cosas funcionan así.

El oficial de seguridad del sistema asintió.

—Efectivamente, señor, la capitana Crésida ha sugerido que se cree un programa antiviral utilizando barridos y anulaciones de los patrones de probabilidad cuántica. Es un concepto totalmente nuevo, pero lo cierto es que crearlo está dentro de nuestras posibilidades.

—Gracias, capitana Crésida. Creo que no exagero si digo que la humanidad está en deuda con usted. Quiero que también se informe de esto al teniente de Inteligencia Íger. ¿Alguna idea de cómo ha llegado a nuestros sistemas?

Los demás intercambiaron miradas. Finalmente respondió Desjani.

—He estado reflexionando bastante sobre esto desde que la capitana Crésida me lo enseñó. Usted sospecha que las puertas hipernéticas son producto de la tecnología alienígena, señor. El *Intrépido*, al igual que el resto de las naves de la flota, tiene una llave hipernética a bordo que contiene su propio sistema operativo.

Crésida abrió los ojos de par en par.

—Que interactúa con los sistemas de navegación de la nave. Puede que tenga razón. Buscaremos en las llaves a ver qué encontramos.

Entonces el oficial de seguridad del sistema frunció el ceño.

—Pero si procede de la llave hipernética, ¿vamos a atrevernos a desinfectar la llave? Eso podría hacer que dejase de funcionar correctamente.

—Tiene razón —dijo Crésida—. Tenemos que actuar con mucho cuidado. No obstante, podemos establecer una pantalla antiviral entre la llave y el resto de los sistemas de la nave cuando tengamos el programa a punto.

—Háganlo ahora —ordenó Geary—. Si necesitan algo, y no disponen de ello todavía, avísenme.

—Sí, señor, pero preferiría esperar a que empiece la batalla.

—¿La batalla? —Geary casi se lleva las manos a la cabeza. Entre la preocupación por los enemigos internos y los alienígenas hostiles, se le había olvidado durante un momento el combate que todavía tenía pendiente—. Sí, claro, después de la batalla. Y si descubren algo relacionado con esto que pueda esperar hasta después, díganmelo luego. —No puedo arriesgarme a estar tan distraído otra vez. Si no estoy concentrado en la amenaza más inmediata podrían desaparecer muchas naves de la flota. Lo que Crésida había descubierto no debería afectar al desenlace del enfrentamiento, pero podría ser algo realmente importante a largo plazo en lo que respectaba a la capacidad de los alienígenas para intervenir del lado de los síndicos. Estamos descubriendo vuestros trucos, cabrones. Cuando sepamos lo suficiente, vamos a hablar seriamente de esta guerra con vosotros y de lo que les hacen los humanos a los no humanos que intentan manipularlos.

Una hora para llegar al área de combate si ambas fuerzas mantenían su curso y sus vectores de velocidad. En aquel momento, Geary podía ver la disposición de la formación síndica de hacía doce minutos, todavía con su forma de caja rectangular, y con uno de los lados cortos orientado hacia la flota de la Alianza, como la cabeza de un martillo preparándose para golpear.

—¿Está lista? —le preguntó a Desjani.

—¿Ahora? —Sus ojos estaban ya centrados en la formación enemiga.

—Sí. No pude hacerlo antes sin que pareciese atípico, y necesito darle tiempo al director general síndico al mando de esa flotilla para que vea lo que estoy haciendo, y así tener tiempo para ver cómo reacciona. —Geary manipuló los controles—. A todas las unidades de la flota de la Alianza, dispónganse en formación Eco Cuatro en tres cero, tomando como referencia el buque insignia *Intrépido*.

En tres cero, la gran formación Delta en la que hasta el momento se había dispuesto la flota se rompió, y los navíos de combate comenzaron a serpentear por todas partes realizando una compleja danza mientras se organizaban en cinco subformaciones.

—Es como la formación que utilizó en Lakota la primera vez —dijo Rione cuando la forma se hizo evidente.

—Algo así —asintió Geary—. Las subformaciones en forma de moneda son muy flexibles. Puedo hacer que cada una de ellas pivote con facilidad dada su forma y su pequeño tamaño. No obstante, esta vez van a disponerse de forma distinta a la Eco Cinco que utilizamos en Lakota.

Se estaban configurando cuatro monedas en disposición de rombo, con los cantos

orientados hacia el enemigo. En la zona abierta del centro del rombo, pero algo retrasada, estaba situada la moneda de mayor tamaño, centrada en el *Intrépido*, también enfocada hacia los síndicos.

—¿Van a volver a hacer de cebo las auxiliares?

—No. Intento protegerlas. Están situadas detrás de mi parte de la formación porque tengo que hacer algo con ellas, y si los síndicos intentar alcanzarlas, tendrán que aguantar un bombardeo bastante desagradable para aproximarse.

Geary esperó, al igual que todos los demás, mientras el tiempo pasaba lentamente y los síndicos se acercaban cada vez más. Lo más seguro era que el comandante síndico no cargase sin más sobre el centro. Sin embargo, el enemigo no estaba maniobrando, no estaba apuntando a ninguna parte de la flota de la Alianza en particular. Veinte minutos para establecer contacto. Quince minutos. *¿Estaba el síndico paralizado por la indecisión, estúpidamente, o, por el contrario, estaba esperando cautelosamente hasta el último momento posible para cambiar el curso de la formación?*

Se estaban acercando demasiado, y la caja síndica todavía podía virar en dirección ascendente, descendente, o a un lado para orientarse hacia una subformación de la Alianza en particular. Geary era consciente de que ya no podía esperar más. Recreó mentalmente las diferentes acciones que podía realizar el síndico, para así calcular los movimientos más inteligentes que podía llevar a cabo la Alianza teniendo en cuenta cómo afectaría el ritmo a los vectores de curso después de realizar los cambios. Entonces, esperando haberlo hecho bien, emitió las órdenes.

—Formación Eco Cuatro Dos, viren a la vez y alteren su curso ochenta y cinco grados a babor y diez grados en dirección ascendente en uno cinco. —Aquello haría que la Eco Cuatro Dos dejase de ser una formación plana que recordaba a un muro avanzando a toda velocidad, con todas las naves orientadas hacia el enemigo, y se convirtiese en otra como el filo de una navaja, con todas las naves apuntando hacia el canto, a la vez que cortaba en dirección ascendente izquierda el espacio por el que debería pasar la flotilla síndica—. Formación Eco Cuatro Tres, viren a la vez y alteren su curso ochenta y un grados a estribor y diez grados en dirección descendente en uno seis. —Otra vez lo mismo, con la salvedad de que la formación situada a la izquierda del rombo se iba a deslizar en dirección descendente derecha.

Tuvo que respirar antes de mandar las siguientes dos órdenes.

—Formación Eco Cuatro Cuatro, viren todos juntos y alteren su curso noventa grados en dirección ascendente en uno siete. Formación Eco Cuatro Cinco, viren todos juntos y alteren su curso noventa y cinco grados en dirección descendente en uno ocho. —Aquello haría que las partes superior e inferior del rombo también avanzasen oblicuamente con respecto al centro.

Era el momento de darle la orden a la porción de la flota más grande, a la gran

formación situada detrás que contenía al *Intrépido* y a las auxiliares.

—Formación Eco Cuatro Uno, pivoten noventa grados en dirección descendente tomando al buque insignia *Intrépido* como centro y alteren su curso en dirección ascendente diez grados en dos cero. Que todas las unidades de la flota de la Alianza disparen sus misiles y sus lanzas infernales en cuanto el enemigo entre en el área de disparo.

Desjani arqueó las cejas al entender las órdenes.

—Si sigue avanzando hacia el centro, lo machacaremos.

—Ojalá lo haga. —Geary observó el visor, en el que se veía a los síndicos cargar hacia ellos a decenas de miles de kilómetros por segundo. En aquel momento la imagen que tenía era casi en tiempo real. Tan solo había un par de segundos de retraso debido al tiempo que tardaba la luz en recorrer el espacio que separaba a ambas fuerzas—. Mierda. Aquí viene. —Las naves de la caja síndica habían virado ligeramente hacia arriba en el último momento posible, en un intento por atacar la subformación de la Alianza situada en la parte superior del rombo.

No obstante, aquella formación ya no se encontraba allí, puesto que en aquel momento se desplazaba trazando una amplia curva descendente hacia los síndicos. Una descarga de misiles seguida de otra de metralla se dirigió a toda velocidad hacia el lugar donde se supone que debería estar la subformación de la Alianza, pero en lugar de alcanzar algún navío, se encontró con el espacio vacío. Los misiles viraron hasta pisarles los talones, en un intento de atrapar a los objetivos que los habían esquivado echándose a un lado.

Sin embargo, la flotilla enemiga había realizado una modificación en su curso mucho más leve, por lo que las subformaciones de la Alianza avanzaron una tras otra cerca del rumbo de los síndicos momentos antes que ellos, y lanzaron sus ráfagas de misiles. La mayoría de los misiles espectro de la Alianza impactaron sobre los bordes más adelantados de la formación síndica, sembrando la destrucción entre los navíos de combate más ligeros y destrozando a los acorazados y a los cruceros de batalla situados en esa parte de la caja síndica.

—Mierda —dijo Geary entre dientes. La modificación en el rumbo que seguían los síndicos no había sido demasiado sensible, pero sí lo suficiente. Las subformaciones de la Alianza habían conseguido evitar los disparos síndicos, pero también se habían quedado fuera del alcance de las lanzas infernales cuando los síndicos salvaron la descarga de misiles. Por lo menos no habían desperdiciado los suministros limitados de metralla que le quedaban a la flota.

No pasaría lo mismo cuando la caja síndica estableciera contacto con la gran formación de la Alianza situada detrás. Las auxiliares de la Alianza, situadas en la parte trasera, habían pivotado hacia arriba a la vez que el muro de la Alianza rotaba en plano y viraba en dirección ascendente, lo que las protegió del primer ataque de

las naves síndicas que pasaron justo por debajo de las naves de la Alianza.

—Exacto y preciso —murmuró Desjani, con los ojos todavía clavados en el visor.

—Puede que demasiado preciso —respondió Geary, al tiempo que manipulaba a toda prisa el circuito de comunicaciones de mando—. A las naves de la formación Eco Cuatro Uno, utilicen todo el armamento, incluida la metralla.

El *Intrépido* y el resto de naves de la Alianza que la acompañaban lanzaron sus misiles, seguidos de las esferas formadas por rodamientos apelsonados. La caja síndica contenía más navíos de combate que la subformación del *Intrépido*, sin embargo, casi todas las naves de la Alianza que conformaban aquella moneda plana podían atacar a los síndicos, mientras que solo las capas situadas en la parte superior de la caja síndica podían abrir fuego contra el enemigo.

Los navíos de combate situados en la parte superior de la caja síndica temblaban al recibir una oleada tras otra de misiles enemigos, seguidas de una lluvia de metralla mientras su formación pasaba a toda velocidad a lo largo de la Alianza, prácticamente dispuesta en horizontal. Casi llegaron a tocarse cuando la parte trasera de los navíos de esta última sobrepasó al enemigo. Los síndicos no habían tenido tiempo para recargar los lanzamisiles que habían utilizado contra la primera subformación de la Alianza, pero pudieron realizar una descarga de metralla.

Durante la breve fracción de segundo en la que sucedió eso, también se expulsaron lanzas infernales, que hicieron blanco sobre escudos debilitados por impactos anteriores, o sobre navíos de combate cuyas defensas habían sufrido averías debido a los ataques recibidos.

Geary sabía que no podía pararse a evaluar los resultados del choque, por lo que, pese a que el *Intrépido* todavía temblaba por los impactos y los consultores estaban anunciando los informes de daños, volvió a dar más órdenes.

—Formación Eco Cuatro Dos, vire ciento diez grados a estribor y dos grados en dirección ascendente en dos cuatro. Formación Eco Cuatro Tres, vire ciento dieciocho grados a babor y dieciséis grados en dirección ascendente en dos cuatro. Formación Eco Cuatro Cuatro, vire cinco grados a estribor y ciento treinta y un grados en dirección descendente en dos cinco. Formación Eco Cuatro Cinco, vire ocho grados a estribor y ciento cincuenta y dos grados en dirección ascendente en dos cinco. —Tomó aire y siguió adelante—. Formación Eco Cuatro Uno, vire tres grados a estribor y ciento sesenta grados en dirección ascendente en dos cinco.

La combinación de todas las maniobras debería hacer que todas las piezas que formaban la flota de la Alianza se diesen la vuelta y volviesen a dirigirse hacia la caja síndica. Debería haber ajustado las órdenes al ver lo que el enemigo estaba haciendo, pero por el momento era suficiente como para que, grosso modo, avanzasen correctamente.

Finalmente, cuando tuvo un momento para comprobar los resultados del

encuentro, Geary se tranquilizó al ver los informes del estado de sus naves. La mayor parte de los misiles síndicos que habían ido contra la formación Eco Cuatro Cinco habían sido destruidos por las defensas de la Alianza mientras intentaban alcanzar a sus objetivos, aunque algunos habían conseguido dar en el blanco. El crucero pesado *Cuchillo* había perdido la propulsión, los cruceros ligeros *Koté* y *Abrojo* habían quedado fuera de combate, el destructor *Mayal* había volado en mil pedazos debido a todos los impactos que había recibido, y los cruceros de combate *Atrevida* y *Osada* habían sufrido daños pero podían seguir a la formación.

El brutal intercambio de disparos entre la Eco Cuatro Uno y la caja síndica había tenido un coste superior para estos últimos que para la Alianza, pero aun así los destructores *Ndziqa* y *Tabar* habían sido destruidos, el crucero ligero *Cercle* había quedado reducido a un montón de restos, y los cruceros pesados *Almete* y *Schischak* habían quedado inservibles. El acorazado de reconocimiento *Aguerrida* había perdido tanto la propulsión como el armamento, y se alejaba de la formación a la deriva. Muchas otras naves de la Alianza habían sufrido daños, aunque, naturalmente, los acorazados eran los que menos.

Los bordes delanteros de la formación síndica habían recibido el grueso de la ráfaga de misiles, y la siguiente zona más dañada era la parte superior que se había enfrentado a poca distancia contra la Eco Cuatro Uno. La ventaja numérica de la que gozaba la Alianza se había hecho notar, sobre todo entre los cruceros ligeros síndicos, mucho menos numerosos, y las naves de caza asesinas. De los veinticinco cruceros ligeros con los que contaba la fuerza síndica al comenzar el combate, veinte o más habían sido destruidos o estaban en tan mal estado que no podían seguir luchando, mientras que de las cuarenta y dos naves de caza asesinas síndicas habían desaparecido veinte. Cinco cruceros pesados enemigos estaban fuera de combate. Y lo mejor de todo era que cuatro cruceros de combate síndicos habían quedado inservibles; uno había sido destruido y los otros tres estaban hechos trizas. Además, un acorazado síndico había perdido casi toda su capacidad de propulsión y se estaba quedando atrás mientras la formación síndica comenzaba a girar hacia uno de los lados para volver a enfrentarse con los navíos de la Alianza.

La he fastidiado, pensó Geary, disgustado. El comandante síndico reaccionó tan tarde que no pude concentrar el ataque correctamente.

No obstante, Desjani parecía contenta.

—¡Mire cómo están! ¡No van a sobrevivir a otra pasada como esta!

Geary no contestó. Permaneció concentrado en los movimientos de los síndicos. Estos últimos seguían dando la vuelta, trazando una gran curva, algo normal cuando las naves se mueven a cero con uno c. Estaba seguro de que iban a atacar a la Eco Cuatro Uno de nuevo, quizá con la intención de disparar la próxima vez sobre las auxiliares de la Alianza. Envió las órdenes al resto de formaciones, haciendo que se

cruzasen con el rumbo que seguirían los síndicos para interceptar a la Eco Cuatro Uno de nuevo, mientras Desjani lo miraba con cierto recelo al notar su tono de voz.

En aquella ocasión, sus previsiones se cumplieron. Mientras la maltrecha caja síndica se acercaba a la Eco Cuatro Uno desde popa y ligeramente abajo, las otras cuatro subformaciones de la Alianza destrozaron todo a su paso desde corta distancia, una tras otra. Cada pasada infligía más daño a las unidades síndicas que iban delante, por lo que la parte frontal de la caja síndica saltaba en pedazos y era reemplazada progresivamente por los navíos de combate que estaban detrás. Muchos de los cruceros pesados enemigos, cruceros ligeros, y naves de caza asesinas explotaron, quedaron hechos añicos, o simplemente a la deriva con los sistemas básicos destruidos. Otros dos cruceros de batalla síndicos salieron despedidos de la formación, a los que luego siguió un tercero, mientras los acorazados situados más adelante seguían recibiendo más y más impactos.

Los síndicos tan solo podían devolver los disparos a cada formación una vez, y, aunque algunas veces alcanzaban a su objetivo, no conseguían hacerle un daño considerable a ninguna nave.

—Eco Cuatro Uno —dijo Geary con tono serio—, viren ocho grados a babor y catorce grados en dirección ascendente en cuatro tres.

Por su parte, la caja síndica seguía su curso. O bien el comandante síndico no había visto a tiempo la maniobra, o su buque insignia había sufrido daños y no podía transmitir las órdenes lo suficientemente rápido. La formación de la Alianza centrada en el *Intrépido* se colocó sobre el borde superior del desgastado frente de la caja síndica. Entonces pudo impactar reiteradamente sobre las naves síndicas sin recibir demasiados disparos a cambio.

Desjani lanzó un pequeño grito de alegría al ver cómo, según avanzaba la Eco Cuatro Uno descargando su munición sobre el enemigo, un acorazado síndico explotaba en mil pedazos, y acto seguido los núcleos de otra nave del mismo tipo y del crucero de batalla que quedaba se sobrecargaban.

No obstante, Geary tenía los ojos clavados en el visor, intentando reconstruir el panorama de lo que había sucedido y pensando en cómo volver a unir las distintas piezas. Los síndicos estaban dando la vuelta de nuevo hacia estribor, inclinados ligeramente hacia abajo. Por su parte, las subformaciones de la flota de la Alianza trazaban curvas, separándose, siguiendo vectores bastante diferentes, y a distancias variables con respecto al buque insignia. Geary había intentado que todos avanzasen a la vez, coordinar las acciones en la primera pasada, y en aquel momento se encontraba con que se le escapaba de las manos. Se había puesto nervioso por haber dado mal las órdenes de aquella primera ofensiva, y en aquel momento los movimientos y las maniobras que había que llevar a cabo, que debían ordenarse en tiempos distintos, se habían vuelto demasiado complejas como para llevarlas a cabo.

Sin embargo, no podía permitirse liberar sin más a la flota para perseguir al enemigo. Las naves se lanzarían como un enjambre sobre la flotilla síndica en combate cuerpo a cuerpo, que incrementaría de forma drástica el riesgo de colisión y les quitaría en gran medida la ventaja en número y en potencia de artillería de la que gozaban. Tampoco podía contar con dejar que la inteligencia artificial de los sistemas de navegación se ocupase del movimiento de las subformaciones, puesto que se centraría en los movimientos con la mayor probabilidad, por lo que sería muy previsible y muy proclive al error.

No se dio cuenta de que estaba mirando al visor sin mediar palabra, intentando evaluar la complejidad de la situación, mientras los preciosos segundos pasaban. Entonces Rione le susurró al oído:

—¿Qué sucede? No hemos perdido tantas naves.

—Es demasiado complejo —respondió Geary en voz baja—. No puedo coordinar...

—¡Pues confíe en sus subordinados, capitán Geary! —le respondió de nuevo con un susurro, irritada—. ¡Deje que los comandantes de las subformaciones realicen las maniobras de sus propias fuerzas mientras usted se ocupa de esta!

Joder, tiene razón. ¿Por qué me da por pensar que tengo que hacerlo todo yo solo? He colocado a personas en las que confío para hacer un buen trabajo al mando de las subformaciones, y ahora no lo estoy permitiendo.

—Capitán Duellos, capitán Tulev, capitán Badaya, capitana Crésida, quedan al cargo de las maniobras de cada una de sus subformaciones para entablar combate con el enemigo.

Aquella abrumadora complejidad se redujo hasta niveles aceptables cuando Geary vio que su nueva preocupación se había reducido a maniobrar su porción de la flota y estar atento a lo que hacía el resto de subformaciones. Tragó saliva al sentir que volvía a tener el control de la situación, y se dio cuenta de que volvía a dominar la coyuntura gracias a no intentar controlarlo todo. *Recuérdalo. Esto no es un monólogo. Estás empezando a pensar que eres Black Jack, ¿verdad?* Se dijo a sí mismo, reprendiéndose.

—Eco Cuatro Uno, viren ciento setenta y cinco grados a babor y veintiún grados en dirección descendente en cinco siete.

Aunque era algo absurdo, puesto que el combate seguía su curso, todos los que estaban en el puente de mando del *Intrépido* parecieron relajarse. Geary tardó un momento en percatarse de que les había contagiado a los demás su propia rabia y su angustia. Entonces se obligó a mirar a su alrededor con una sonrisa.

—Bien hecho. Vamos a acabar el trabajo.

La capitana Desjani terminó de dar las órdenes sobre las prioridades de reparación del daño que había sufrido el *Intrépido* durante los primeros

enfrentamientos, y luego sonrió hacia Geary como una leona que prevé una matanza.

—Deberían haber escapado después de la primera pasada. Si conseguimos que rompan ahora la formación, las unidades que les quedan no van a durar mucho.

—Podemos darles un empujón. —Geary hizo un gesto hacia Desjani—. ¿Puedo establecer una conexión para hablar con los síndicos?

Desjani arqueó una ceja, luego señaló con el dedo hacia el consultor de comunicaciones, manipuló los controles rápidamente y asintió, levantando cuatro dedos.

—Adelante, señor. Canal cuatro.

Geary suspiró para tranquilizarse, activó el circuito, e intentó hablar con confianza.

—A todas las naves de la flotilla de los Mundos Síndicos que se está enfrentando a la flota de la Alianza, les habla el capitán John Geary, comandante en funciones de la antedicha flota. Indudablemente, están esperando los refuerzos procedentes de la gran fuerza síndica con la que nos enfrentamos en Lakota hace unas dos semanas. Les advierto que la destruimos por completo. Les insto a que se rindan ahora para evitar que se pierdan más vidas sin sentido.

Aquello hizo que Desjani volviese a sonreír.

—Eso seguramente va ser un palo para ellos.

—Es la idea.

—Veré qué otros modos hay de que el *Intrépido* les haga daño físicamente. —La Eco Cuatro Uno volvió a dar la vuelta, y se aproximó a la maltrecha formación desde bastante arriba.

Antes de que la subformación pudiese alcanzar a los síndicos, la Eco Cuatro Tres y la Eco Cuatro Cinco hicieron blanco de nuevo sobre la maltratada parte frontal de la caja, lo que provocó que otro de los acorazados enemigos saliese despedido a la deriva a su paso.

—Usen la metralla que queda —le ordenó Desjani al oficial del sistema de combate mientras la Eco Cuatro Uno y la formación síndica seguían dirigiéndose otra vez una contra la otra.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, tuvo lugar otro enfrentamiento. Geary observó cómo los sensores de la flota evaluaban los daños que habían sufrido los síndicos según la Eco Cuatro Dos y la Eco Cuatro Cuatro los alcanzaban desde la parte inferior y superior. Los tres cruceros de batalla síndicos que quedaban habían perdido sus escudos y atacaban frenéticamente desde un extremo de su área de disparo a las siguientes dos formaciones de la Alianza que se le acercaban. En la caja tan solo quedaban seis cruceros pesados. Los demás estaban desperdigados, hechos trizas cada uno a su manera, a lo largo del curso que había seguido la formación síndica a través del espacio. Habían sobrevivido cinco cruceros ligeros y una docena

de naves de caza asesinas. El centro de la formación síndica seguía estando formado por acorazados, de los cuales cinco seguían en buen estado.

Geary apenas tuvo tiempo para desear que los comandantes de la Eco Cuatro Dos y la Eco Cuatro Cuatro no tentasen demasiado a la suerte al enfrentarse a aquellos cinco acorazados cuando sus subformaciones llevaron a cabo la última pasada, en la que los superaron a toda velocidad y a tan poca distancia que Geary sintió por un momento cómo un sentimiento de pavor brotaba en su interior.

Después del último asalto realizado por la Alianza, uno de los acorazados síndicos se quedó retrasado con respecto a la formación en caja, y dos de los tres cruceros de batalla desaparecieron. Sin embargo, la *Osada*, la *Increíble* y la *Ilustre* también sufrieron daños serios, el crucero pesado *Gusoku* explotó, y los destructores *Cestus* y *Balta* también desaparecieron.

—Este combate no va bien —dijo Geary entre dientes para sí mismo.

No obstante, Desjani lo escuch .

—Los síndicos no est n cometiendo errores —dijo en la misma dirección—, pero eso no los va a salvar. Una pasada más y...

— Est n rompiendo la formación! —grit  pletórico el consultor de operaciones.

—Gracias, señor Gaciones —respondió Desjani—. Podía haberlo escuchado sin que gritase.

Mientras el avergonzado consultor volvía a sus asuntos, Geary vio en su pantalla cómo lo que quedaba de la caja síndica se diseminaba finalmente. Dos de los acorazados se mantuvieron juntos, y tres de las naves asesinas se pegaron a ellos en busca de protección, pero el resto de naves s ndicas escaparon raudas en varias direcciones, intentando evitar que la Alianza las persiguiese.

Aquello simplificaba las cosas.

—A todas las naves de la Eco Cuatro Dos, Eco Cuatro Tres, Eco Cuatro Cuatro y Eco Cuatro Cinco, inicien la persecución. La Eco Cuatro Uno se encargará de los dos acorazados que siguen juntos.

Aquello era más fácil de decir que de hacer dado el tiempo y el espacio necesarios para hacer virar a los navíos de combate de la Eco Cuatro Uno, aunque los acorazados de combate síndicos estaban demasiado cerca y eran demasiado lentos como para poder escapar. Mientras la Eco Cuatro Uno daba la vuelta, Geary vio al resto de las formaciones deshacerse a tal velocidad que parecía que estaban saliendo despedidas por algún tipo de explosión inmensa. Los navíos de combate de la Alianza fijaron sus objetivos síndicos individualmente y se lanzaron a realizar pasadas. Cada una de las naves s ndicas que quedaban eran el blanco de varios ataques por parte de la Alianza. En el visor, las proyecciones de los cursos de las naves de la Alianza formaban una intrincada red de la que los síndicos intentaban salir desesperadamente.

— Qu  leches hacen la *Radiante* y la *Inspiradora*? —dijo Desjani en voz alta, sin

dirigirse a nadie en particular.

Geary miró para ver de qué se trataba. Los dos cruceros de batalla habían abandonado la formación y a la *Oportuna*, la otra nave de aquel tipo de la división, y aceleraban para interceptar a los dos acorazados síndicos. Geary volvió a sentir aquella ira causada por las bajas sufridas en combate. Hemos perdido ya suficientes naves hoy como para que esos idiotas ignoren mis órdenes y se lancen en un cara a cara contra los acorazados.

—Van a alcanzarlos bastante antes que nosotros —protestó Desjani, claramente contrariada—. Pero ¿por qué? Ellos solos no pueden acabar ni con uno de los acorazados.

—No —dijo Geary. Luego presionó los controles con más fuerza de lo normal—. *Radiante*, *Inspiradora*, les habla el capitán Geary. Interrumpan inmediatamente la pasada que van a realizar sobre el par de acorazados síndicos.

Esperó. Luego comprobó la distancia que los separaba y el tiempo que tardaría en llegar el mensaje a los dos cruceros de batalla y en volver la respuesta. Sin embargo, nadie respondió. Ambas naves siguieron con la carga. Entonces se dio cuenta de que la *Oportuna* había dado la vuelta y estaba intentando alcanzar a la *Radiante* y a la *Inspiradora* como si también tuviese intención de interceptar a los acorazados síndicos. Necesitó respirar lentamente varias veces para tranquilizarse antes de volver a comunicarse con las naves.

—*Radiante*, *Inspiradora* y *Oportuna*, les ordeno que interrumpen inmediatamente la pasada que van a realizar sobre los dos acorazados síndicos.

Volvió a pasar el tiempo mientras la Eco Cuatro Uno se orientaba para atacar a los acorazados síndicos.

—No queda tiempo para mandarles otro mensaje —dijo Desjani.

Geary sintió que le dolía la mandíbula e intentó relajarla mientras observaba a los tres cruceros de batalla avanzar en una carga sin sentido contra una fuerza superior.

La *Radiante* y la *Inspiradora* dispararon sobre los dos acorazados síndicos, concentrando sus ataques sobre uno de ellos y pasando lo bastante cerca de ellos como para lanzar sus proyectores de campos de anulación, sus lanzas infernales y lo que posiblemente era la última metralla que les quedaba. Los escudos del acorazado que habían fijado como objetivo titilaron pero aguantaron hasta que un segundo proyector penetró lo suficiente como para hacerle un agujero a una de las unidades de propulsión, que lo ralentizó.

No obstante, los síndicos también concentraron sus ataques con mayor potencia. La *Radiante* salió despedida con daños importantes, los sistemas de propulsión destruidos y gran parte de su armamento inservible.

Luego llegó la *Oportuna* en solitario; un crucero de batalla plantando cara a dos acorazados. Las lanzas infernales síndicas destrozaron los escudos de la nave de la

Alianza y luego la despedazaron, aunque se salvó gracias a la velocidad que llevaba, alejándose de los navíos de combate síndicos dando vueltas, terriblemente dañada.

—Si el oficial al mando de la *Oportuna* sigue vivo, voy a matarlo —juró Geary, mientras pensaba en los tripulantes de la Alianza que habrían muerto sin razón alguna en aquella nave.

—Hace seis meses lo habría aplaudido —dijo Desjani, asombrada—. Ahora veo el poco sentido que tiene. ¿Qué hay de valiente en ayudar al enemigo a destruirte? —Su voz cambió y se hizo más dura—. Bien, *Intrépido* —dijo dirigiéndose al puente de mando—, vamos a hacer que esos síndicos lamenten lo que le han hecho a la *Oportuna*.

Los tres cruceros de batalla habían debilitado los escudos de los acorazados síndicos, aunque a cambio habían sufrido daños mucho más relevantes. Los navíos de combate de la Eco Cuatro Uno hicieron blanco sobre los síndicos una y otra vez al superarlos a toda velocidad, y dejaron fuera de combate todos sus escudos. Los cuatro acorazados de la Alianza que formaban parte de la Eco Cuatro Uno dieron los golpes de gracia que convirtieron a uno de los acorazados síndicos en restos vagando a la deriva, y destrozaron la mayor parte de los sistemas de otro.

—A todas las naves de la Eco Cuatro Uno, inicien la persecución. Rompan formaciones y entablen combate con el enemigo en cuanto tenga la oportunidad. —Geary cambió al circuito interno—. Teniente Íger, quiero que averigüe si hay algún director general síndico en las cápsulas de escape. A ver qué puede encontrar.

Había sido un combate desordenado y doloroso. Sin embargo, a la flota de la Alianza le había costado bastante menos que a los síndicos. Mientras observaba los restos de la *Oportuna* vagar por el espacio, Geary no pudo encontrar en aquello ningún consuelo.

Capítulo 11

—No podemos salvar a la *Oportuna*. —La capitana Tyrosian agitó la cabeza, contrariada—. Demasiado daño, y demasiados sistemas inservibles. Incluso aunque quisiese remolcarla, tendríamos que quedarnos aquí para reforzar las partes dañadas del casco, o la nave se haría pedazos.

Geary echó un vistazo a un informe que ya tenía delante, un listado de las bajas que había sufrido la flota. El oficial al mando de la *Oportuna* y su oficial ejecutivo habían muerto, junto con casi el cuarenta por ciento del resto de la tripulación. Miró durante un momento hacia la cubierta. No tuvo que aplacar ningún sentimiento de ira, puesto que estaba tremendamente angustiado por las pérdidas. Luego asintió con la cabeza.

—Vamos a destruirlo. Coja todo lo que pueda sacar de ella con facilidad y lo que vayamos a necesitar para otros cruceros de batalla. Tiene cuatro horas mientras se evacua al resto de la tripulación.

—Sí, señor. ¿Qué hacemos con la *Aguerrida*? —preguntó Tyrosian—. Todavía no estamos seguros de por qué sigue de una pieza, y creemos que lo que queda va a deshacerse en cuanto tenga que soportar la más mínima tensión, pero aun así tengo que preguntárselo.

—Vale. La volaremos también. —En aquel momento ya solo quedaba una nave en la división de acorazados de reconocimiento, la *Ejemplar*—. ¿Qué me puede decir del resto de naves con daños importantes?

Tyrosian frunció el ceño y miró hacia un lado, comprobando informes en su visor.

—Los cruceros pesados *Cuchillo* y *Schischak* vuelven a estar en movimiento aunque no van a estar listos para el combate en una temporada; de hecho la *Cuchillo* tiene que pasar un período de tiempo importante en reparación para subsanar el daño que ha sufrido. El crucero ligero *Abrojo* ha perdido bastantes sistemas pero puede seguir con la flota. Cuatro de los cruceros de batalla, la *Osada*, la *Ilustre*, la *Radiante* y la *Atrevida* también han sufrido bastante daño. En particular, la *Osada* y la *Radiante* difícilmente estarán preparadas para el combate, aunque hemos reparado parcialmente sus sistemas de propulsión.

—Gracias, capitana Tyrosian.

Geary se recostó en cuanto la imagen de Tyrosian desapareció, reflexionando sobre el hecho de que, de entre los cuatro cruceros de batalla que le había mencionado, tres estaban comandados por capitanes veteranos que también estaban al cargo de divisiones de cruceros de batalla. Estaba claro que el viejo espíritu de «que le den a la metralla, carguen a toda velocidad» seguía vigente, y bien vigente, incluso entre las personas que creía que conocía mejor. Por lo menos el que la flota de la Alianza hubiese mantenido el control del campo de batalla les había permitido

recuperar las naves. Si se hubiese visto obligada a retirarse, también habría perdido aquellos cruceros.

Se escuchó un aviso en la escotilla de su camarote y al rato entró la capitana Desjani, que parecía cansada pero también triunfante. Geary tuvo que recordar que, para los estándares de combate de las últimas décadas, incluso una victoria como aquella, que él consideraba demasiado cara, había costado muy poco.

—Tenemos a un director general síndico, capitán Geary —le informó Desjani—. No es el que estaba al mando de todo, que murió cuando uno de los cruceros de batalla explotó, pero sí su segundo de abordo.

—Supongo que deberíamos estar agradecidos de que un comandante síndico que ha cometido tan pocos errores ya no esté disponible para luchar —dijo Geary—. ¿Qué daños ha sufrido el *Intrépido*?

La actitud triunfante de Desjani desapareció, y en su lugar se manifestó el dolor.

—Veinticinco muertos y otros tres con lesiones muy graves, aunque esperamos poder salvarlos. Hemos perdido una batería de lanzas infernales al completo, y, por mucha cinta adhesiva que usemos o por mucho que recemos, no estoy seguro de que podamos volver a ponerla en funcionamiento.

Geary asintió, algo aturdido.

—Si quiere transferir a alguien de la *Oportuna* para cubrir las pérdidas del *Intrépido*, hágamelo saber.

Desjani puso mala cara.

—¿No se puede hacer nada con la *Oportuna*? Mierda. Ya vi que su capitán había muerto.

—Gracias por seguir el ejemplo de los capitanes Cáligo y Kila, de la *Radiante* y la *Inspiradora* —dijo Geary, afligido.

—Si me permite la pregunta, señor, ¿qué piensa hacer con respecto a eso?

Él la miró inquisitoriamente. Parecía que Desjani había escogido cuidadosamente la pregunta.

—Tengo la desagradable sensación de que me va a decir que la flota cree que lo que hicieron fue admirable.

Desjani vaciló, y luego asintió.

—Sí, señor. Lanzarse contra el enemigo sin importar las posibilidades que se tengan, ese tipo de cosas, ya sabe. A ojos de la flota, estaba justificado que ignorasen sus órdenes.

—Lo cual significa que la flota se sentiría consternada si tomase medidas disciplinarias contra ellos. —Geary sacudió la cabeza—. Pensé...

—¿Que habíamos aprendido? —dijo Desjani—. Estamos en ello, señor. Pero también necesitamos el espíritu de seguir peleando y luchar sin importar las posibilidades. Y sabe lo complicado que puede ser cambiar las creencias. Esto es lo

contrario de lo que hicieron Casia y Yin. Desobedecieron sus órdenes para evitar el combate, pero Cáligo y Kila lo desobedecieron para poder luchar. Todo el mundo condenó a los primeros, pero si pretende tratar a Cáligo y a Kila como si hubiesen hecho lo mismo, muy pocos van a ponerse de su parte. Le sugiero, con todo el respeto, que tenga cuidado cuando trate este tema, señor.

—Sí, gracias por el consejo. —Había sido una acción de combate bastante destacable, llevada a cabo con la idea de ganarse la admiración de toda la flota, que había llevado a una nave de la Alianza a la destrucción como pago por aquella admiración. No le gustaba adónde conducían aquellos pensamientos. El comportamiento de Cáligo y Kila se asemejaba perturbadoramente a la forma de pensar de los que habían infiltrado los gusanos en la flota. No obstante, aquello estaba lejos de ser una evidencia que los involucrase en el sabotaje. Tenía que reflexionar al respecto, discutirlo con Rione—. Tampoco es que yo no haya cometido errores esta vez, precisamente.

Desjani frunció el ceño.

—La primera pasada no salió perfecta, pero luego fue todo bien. —Geary no respondió, y ella acusó todavía más el gesto—. Señor, usted me dice continuamente que no es perfecto. Sin embargo, ahora se está condenando a sí mismo por no serlo. Con el debido respeto, está siendo incoherente y extremadamente duro consigo mismo.

Geary se dio cuenta de que, por alguna razón, se había dibujado una sonrisa torcida en su boca.

—¿Con el debido respeto? ¿Y cómo lo diría si no fuese con el debido respeto?

—Le diría que se está comportando como un idiota y que no debe permitir que un paso en falso le haga perder la confianza, señor. Aunque, por supuesto, no es lo que estoy diciendo, señor.

—¿Porque no sería respetuoso? —le preguntó Geary—. Tiene toda la pinta de ser algo a lo que debería hacerle caso. Gracias. ¿Dónde está el director general síndico?

—Fue la Kukuri la que recogió la cápsula de escape en la que iba. Lo está transportando al *Intrépido*.

—Bien. Por favor, dígame al teniente Íger que me avise cuando el visitante esté preparado para hablar conmigo. Me gustaría que también estuviese presente. —Desjani asintió—. Y la copresidenta Rione.

La expresión de Desjani cambió diametralmente.

—Sí, señor.

Había aprendido que cuando Desjani le decía «sí, señor», podía significar un montón de cosas, y el estar de acuerdo no era una de ellas.

—Tanya, es una aliada importante. Comprende cosas que a nosotros se nos escapan. Es una política, y el síndico con el que vamos a tratar también lo es.

—Por lo que hablan el mismo lenguaje —afirmó Desjani de forma que dejaba claro que creía que Rione y el director general síndico compartían muchas otras cualidades—. Entiendo por qué podría ser útil. Informaré al teniente Íger de lo que me acaba de decir, señor.

El director general síndico, que ya estaba en la sala de interrogatorios, estaba haciendo todo lo posible para tener buen aspecto. Quedaba claro que le preocupaba que un posible vídeo sobre él se emitiese en los Mundos Síndicos por razones propagandísticas. El impecable uniforme hecho a medida del director general síndico presentaba indicios de la huida de su última nave, y su aspecto era desarreglado pese a que su corte de pelo seguía teniendo la apariencia de valer tanto como un destructor. Geary miró al teniente Íger.

—¿Ha encontrado algo?

Este sonrió levemente.

—Sí, señor. No ha dicho nada, claro está, pero hemos registrado sus reacciones, incluidos escáneres cerebrales mientras escuchaba mis preguntas. Niega saber cualquier cosa sobre una inteligencia alienígena, pero he observado picos de miedo cuando se lo he preguntado.

—¿Miedo?

—Así es, señor —repitió Íger con firmeza—. No hay lugar a dudas. Al menos, a este director general le dan miedo esas cuestiones.

—¿Está seguro de que no es la pregunta lo que lo ha asustado? —le preguntó Rione—. ¿La posibilidad de que pudiese escapársele información secreta?

—O que sabemos lo suficiente como para hacer esa pregunta —añadió Desjani.

Íger asintió con la cabeza hacia las dos mujeres.

—Le he hecho la pregunta de varias formas, señora copresidenta, y he observado que se iluminaban exactamente las mismas zonas cerebrales. Capitana Desjani, su nerviosismo aumentó de forma notable cuando empecé a preguntarle sobre ese tema, pero se registraron respuestas distintas en su supuesta preocupación porque lo sepamos. ¿Ven los informes? —El teniente manipuló unos controles y al momento aparecieron imágenes del cerebro del director general síndico flotando ante ellos—. ¿Ven esto? Esa es el área del cerebro relacionada con la seguridad personal. Esta es la que reacciona ante la planificación de engaños, es decir, cuando está preparando una mentira. Observen cómo, al introducir variaciones en las preguntas, las reacciones difieren. —Las imágenes se iluminaron y se apagaron en áreas distintas—. Experimenta un miedo bastante arraigado cuando se sacan esos temas, algo que activa una de las partes más antiguas del cerebro humano.

—¿El miedo a lo desconocido, a lo extraño? —preguntó Geary.

—Sí, ese tipo de cosas, señor —respondió Íger.

—Pero de puertas afuera afirma no saber nada.

—Así es, señor.

Geary miró a Rione y a Desjani.

—Creo que debería entrar a hablar con él. El teniente Íger puede monitorizar sus reacciones. ¿Quiere alguna de ustedes, o las dos, entrar conmigo?

Desjani negó con la cabeza.

—Es mejor que lo vea desde aquí, señor. Ya me cuesta bastante no atravesar la pared y ponerle las manos encima a ese gusano síndico.

Rione frunció el ceño, aunque más mentalmente que evidenciando la expresión ante Desjani.

—Creo que debería ir usted primero, capitán Geary. Cara a cara, a lo mejor se muestra más propenso a hablar. Si parece ir bien, siempre puedo acudir para apoyarlo y ejercer la presión que una política de la Alianza puede ejercer.

—Vale. —Íger se acercó a él y, después de pedirle disculpas entre murmullos, le colocó algo diminuto detrás de una oreja—. ¿Qué es eso?

—Un comunicador de corto alcance que opera en una frecuencia que no interfiere con el equipamiento de interrogatorios —le explicó Íger—. Así le pasaremos la información que nos muestre el equipamiento con relación a las reacciones que tenga el síndico mientras habla con él. A efectos prácticos es invisible, aunque si ese director general tiene alguna idea sobre interrogatorios, supondrá que tiene comunicación con quien quiera que lo esté monitorizando.

Unos segundos después, Geary entró en la sala de interrogatorios y selló la escotilla tras de sí. El síndico estaba sentado en una de las dos sillas que había en la sala, ambas sujetas a la cubierta por motivos de seguridad. Cuando Geary avanzó hacia él, el director general se levantó bruscamente, debido al miedo.

—Soy un oficial de los Mundos Síndicos, y...

Geary levantó una mano con la palma abierta, haciendo un gesto para silenciarlo. El director general dejó de hablar pero permaneció de pie.

—He escuchado variantes de eso un montón de veces —le dijo Geary al síndico—. Parece que no ha cambiado demasiado en el último siglo.

Aquello hizo que el síndico se estremeciese levemente contra su voluntad.

—Estoy al tanto de que se ha identificado como el capitán John Geary, pero...

—Pero nada —lo interrumpió Geary—. Sé que sus superiores ya me han identificado y han confirmado quién soy. —Se sentó, intentando tener absoluta confianza, y le hizo un gesto al síndico para que también se sentase. Después de un momento, el hombre tomó asiento, con el cuerpo rígido—. Este tipo de juegos son cosas del pasado, director general Cáfiro. De hecho, ya le han costado demasiadas vidas y recursos tanto a la Alianza como a los Mundos Síndicos, que se han desperdiciado en una guerra que no pueden esperar ganar.

—Los Mundos Síndicos no van a ceder —insistió el director general enemigo.

—Y la Alianza tampoco. Después de casi un siglo supongo que ya todos se han dado cuenta de eso. Por lo tanto, ¿qué sentido tiene? ¿Por qué lucha usted, director general Cáfiro?

Este miró a Geary, inquieto.

—Por los Mundos Síndicos.

—¿De verdad? —Geary se inclinó ligeramente hacia delante—. ¿Entonces por qué actúa según los deseos de la inteligencia alienígena que está al otro lado de su territorio?

El director general miró fijamente a Geary.

—No existe tal cosa.

Miente. La voz del teniente Íger llegó a la oreja de Geary en forma de susurro.

En realidad no habría necesitado que se lo dijese para saber que no estaba diciendo la verdad.

—No me voy a molestar en mostrar todas las pruebas que hemos conseguido. Probablemente los Mundos Síndicos no están al tanto de algunas de ellas. —Que se preocupe el director general síndico—. Pero sabemos que están ahí, que el Consejo Ejecutivo de los Mundos Síndicos hizo un trato con ellos para atacar a la Alianza, y que los alienígenas se la jugaron para que se enfrentasen contra nosotros a solas. —Todo aquello eran más bien conjeturas con cierta base que hechos comprobados, pero Geary no iba a admitir no estar seguro en aquel punto.

El síndico lo miró. Entonces incluso Geary pudo observar los signos externos de la tensión que sentía el síndico sin la ayuda del equipamiento de Íger.

—No sé de qué me está hablando.

Miente parcialmente, aunque pareció sorprenderse cuando le mencioné que los alienígenas los habían traicionado. Es posible que no lo supiese.

Geary miró al director general síndico inquisitoriamente y sacudió la cabeza.

—Tengo entendido que su nombre es Niko Cáfiro. Nivel segundo del rango ejecutivo. Es un grado bastante alto. —El director general, claramente inquieto, se quedó mirando a Geary sin decir nada—. Suficientemente alto como ser el segundo en la línea de mando de la flotilla que acabamos de destruir en este sistema estelar. —Entonces los ojos del director síndico reflejaron ira y miedo—. Hemos nivelado la situación de forma más que notable, director general Cáfiro —afirmó Geary—. Los Mundos Síndicos ya no pueden enfrentarse a nosotros con una superioridad apabullante. Hemos destruido demasiadas naves síndicas en los últimos meses.

«Está ocultando algo», le susurró la voz de Íger. «Cuando hablé de las naves que tenían los síndicos, se activó una cascada de reacciones mentales.»

¿Qué significaba aquello? ¿Que había más síndicos de los que esperaban? ¿O que el director general estaba pensando en las batallas en las que su bando había perdido todas aquellas naves, evitando evidenciar reacciones que pudiesen confirmar la

afirmación de Geary?

—Estamos cerca de la frontera con la Alianza —continuó Geary—. Unos cuantos saltos más, y estaremos en un sistema fronterizo de los Mundos Síndicos. Y desde ahí iremos a casa.

Entonces reaccionó abiertamente.

—Su flota será destruida.

—Voy a llegar con ella a casa —repitió Geary con tranquilidad.

—En alguno de los sistemas estelares fronterizos se topará con todo lo que le queda a los Mundos Síndicos, y lo detendrán —insistió Cáfiro, pese a la falta de convicción en su voz—. Esta flota no va a volver al espacio de la Alianza.

—Es posible que se topen conmigo —dijo Geary—, pero hasta ahora los Mundos Síndicos no han tenido demasiada suerte cuando han intentado detenernos. Además, sabe tan bien como yo que no es necesario que vuelva a casa toda la flota para inclinar la balanza de esta guerra. Solo hace falta que vuelva una nave. La que transporta la llave de la hipernet de los Mundos Síndicos. —El director general Cáfiro no pudo evitar estremecerse—. Y no saben cuál es esa nave. ¿Cómo esperan los Mundos Síndicos impedir que esa nave en particular salte al espacio de la Alianza? Y cuando llegue a casa —dijo Geary resaltando sus palabras, inclinándose ligeramente hacia el síndico—, la Alianza podrá duplicar la llave y los Mundos Síndicos se verán obligados a destruir sus puertas una a una para evitar que la Alianza las utilice. Eso le otorgará una gran ventaja a mi bando, y sabe qué pasa cuando se destruye una puerta hipernética, ¿verdad?

Aquello había sido un palo de ciego, pero Cáfiro torció la mirada, visiblemente incómodo.

—Pensé que habrían informado sobre eso a Effroen.

—¿Effroen?

—La directora general al mando de las fuerzas que quedaron defendiendo Lakota. Tenía órdenes de evitar que utilizase la puerta hipernética costase lo que costase, pero pese a que los que sabíamos algo de lo que había sucedido en Sancere estábamos preocupados por lo que podría pasar si se destruía la puerta hipernética de Lakota, nos ignoraron.

«Parece que está siendo sincero», dijo Íger. «Hay algunos picos de ira cuando se iluminan las áreas de la memoria que concuerdan con recuerdos de sucesos que le hacen disgustarse.»

Geary asintió hacia el síndico.

—Parece que sus superiores están dispuestos a correr muchos riesgos. Riesgos bastante importantes, como el que hizo que esta flota se quedase atrapada en las profundidades del territorio síndico.

—Eso... no fue idea mía.

—¿La emboscada en el sistema nativo de los Mundos Síndicos? ¿El doble traidor que le ofreció a la flota de la Alianza la llave hipernética para que se lanzase de cabeza a la trampa?

—¡Sí! Nunca habría corrido ese riesgo.

Geary sacudió la cabeza.

—Parecía claro que sí. Ustedes lo habrán hecho. Pero les salió el tiro por la culata.

—¡Por su culpa! —gritó Cáfiro, que de repente estaba colorado y visiblemente furioso—. Si no hubiese aparecido... —Se calló súbitamente. El rubor de su cara se fue desvaneciendo a la vez que se ponía pálido de miedo.

—Sí —dijo Geary—. Aparecí. —El director general síndico tragó saliva y lo miró fijamente—. Vamos a pararnos en esto. Alguien, si es que es la palabra correcta para designar a los miembros de una especie no humana inteligente, engañó a los Mundos Síndicos para que empezasen esta guerra. Su Consejo Ejecutivo metió la pata hasta el fondo y se ha negado a admitirlo. Ahora, la Alianza tendrá dentro de poco el medio para neutralizar el sistema hipernético de los Mundos Síndicos porque su Consejo Ejecutivo ha cometido otro error. Empezaron la guerra, y ahora van a perderla. Y usted sigue siéndoles leal pese a que podría estar hablando conmigo de modos de minimizar el daño.

Cáfiro se paró claramente a reflexionar. Sus ojos miraron en varias direcciones antes de volver a hablar.

—¿Está... negociando?

—Simplemente le estoy pidiendo que se plantee alternativas.

—Por el bien de los Mundos Síndicos.

—Exacto. —asintió Geary, con expresión calmada.

—¿Quiere que termine la guerra? —le preguntó Cáfiro.

—Ambos sabemos que la humanidad se enfrenta a otro enemigo. Puede que sea el momento de dejar de matarnos mutuamente, tal y como quieren los que nos han engañado.

Cáfiro volvió a reflexionar, evitando la mirada de Geary durante varios segundos.

—¿Cómo sabemos que mantendrá su palabra?

—La prueba está en todo lo que he hecho en cada uno de los sistemas estelares por los que ha pasado esta flota desde que dejamos el sistema nativo síndico. No haga como que no ha escuchado nada.

El director general Cáfiro apretó ligeramente una palma de la mano contra la otra, y apoyó la punta de los dedos sobre su boca mientras pensaba.

—No es suficiente. No en este momento. Voy a serle sincero; mientras exista la posibilidad de pararlo, nadie hará nada en contra de los miembros actuales del Consejo Ejecutivo.

«Dice la verdad», dijo el teniente Íger, estupefacto.

—¿Y cuando esta flota llegue a casa?

El director general síndico miró a Geary.

—Entonces será un fallo tremendo, su coste incalculable, y las consecuencias demasiado serias como para considerarlas. Sin embargo, incluso entonces, los actuales miembros del Consejo Ejecutivo se negarán a negociar. Es algo que no pueden permitirse, puesto que implicaría cargar con la culpa.

Geary asintió con la cabeza mientras recordaba que Rione le había dicho lo mismo.

—No obstante —añadió Cáfiro, con expresión severa—, después de algo como eso, el resto de los Mundos Síndicos no va a estar dispuesto a sacrificarse para proteger al Consejo Ejecutivo por los errores cometidos.

«Pregúntele si eso implica una rebelión, o nuevos miembros del Consejo», dijo Rione.

Geary asintió con la cabeza como si se dirigiese a Cáfiro, cuando en realidad lo hacía también por las palabras de Rione.

—¿Quiere decir que habrá una revuelta, o que tendremos que tratar con nuevos miembros del Consejo?

Los ojos de Cáfiro miraron en otra dirección.

—No lo sé.

«Miente», dijo Íger.

—Supongamos que hay nuevos miembros —continuó Geary, presionándolo—. ¿Estarían dispuestos a negociar el fin de la guerra?

—¿En estas condiciones? Lo dudo. Dependería de los términos.

«Dice la verdad», afirmó Íger.

—¿Nos ayudarían a enfrentarnos a los alienígenas y dejarían de hacer como que no existen?

—Sí, les... —Cáfiro se puso rojo de repente, claramente enfadado consigo mismo por haber admitido finalmente que sabía lo de los alienígenas.

—Ambos sabíamos ya la verdad —dijo Geary—. Los dos queremos lo mismo. El final de una guerra sin sentido, y unidad para enfrentarnos a algo que amenaza a la humanidad. Esas razones deberían ser suficientes para que trabajemos juntos.

El director general asintió una vez.

«¡Apela a su egoísmo!», le dijo Rione. «¡Nada de lo mejor para la humanidad o los Mundos Síndicos! ¡Su interés personal! ¡No se ha convertido en director general gracias al autosacrificio!»

Tenía razón. Geary dibujó en su boca una leve sonrisa forzada.

—Claro está, cuando hablo de trabajar juntos, me refiero a alguien que conozcamos. Alguien que entienda la situación.

«Sus centros de recompensa del cerebro se están iluminando», comentó Íger.

Cáfiro volvió a asentir, esta vez más firmemente.

—Tal y como ha dicho, tenemos que pensar en el beneficio mutuo.

—Naturalmente —respondió Geary con tranquilidad, pese a que deseaba escupirle. *¿Por qué no habría hecho aquello directamente Rione?* Aunque era cierto que la habría visto con malos ojos, como a cualquier líder actual de la Alianza, después de todo aquel odio y desconfianza fruto de décadas de guerra. Él, el forastero, incluso en aquel momento, tenía una reputación distinta. No obstante, no sabía cuáles eran las palabras precisas, y Rione no se las estaba diciendo, quizá porque pensaba que, de algún modo, ya las conocía. Y a lo mejor era cierto. Geary desenterró los recuerdos de un oficial superior, cuyo mando había sufrido durante varios años. Era un hombre que prácticamente se había desenvuelto en la flota gracias a los juegos políticos y a los intentos de manipular a la gente que lo rodeaba. Tan solo tenía que recordar el tipo de cosas que decía.

—La Alianza necesita trabajar con las personas adecuadas —afirmó Geary, haciendo bastante hincapié en la palabra «adecuadas».

Cáfiro estuvo a punto de sonreír. Sus ojos brillaron con entusiasmo.

—Sí. Conozco a otros que podrían ayudarme. Ayudarnos. —Cáfiro le dedicó a Geary una sonrisa tensa—. Aunque, claro está, poco puedo hacer como prisionero.

—Veo que nos entendemos. —Más que lo que Geary desearía. Estaba claro que aquel director general síndico había sido ambicioso y se había dejado llevar por las ansias de poder, o no habría sido el segundo al mando de aquella flotilla. Por eso había reaccionado así cuando Geary le insinuó aquel trato. Otros directores generales síndicos, menos egoístas y más leales a lo que no fuesen sus intereses personales, como la directora general encargada del sistema estelar Cávalos, habrían sido unos líderes mejores con los que tratar. No obstante, Geary tenía que echar mano de las armas de las que disponía.

Incluso aunque le disgustasen. Armas con las que el síndico había negociado sobre su libertad, pero de las que no se había ayudado todavía para preguntar sobre el destino de los supervivientes síndicos de la flotilla que acababa de ser destruida. Geary trató de mantener un aspecto sereno pese a que coincidía con Desjani en el deseo de estrangular al director general hasta que se le saliesen los ojos de las órbitas.

—Creo que todos saldremos beneficiados si lo liberamos. —Antes de que decida dejar entrar a Desjani para ahogarlo entre los dos. Al final no pudo evitar tocar el tema de los demás supervivientes síndicos—. No hemos capturado más prisioneros. Algunas de las cápsulas de escape de los navíos de combate síndicos que hemos destruido están dañadas, pero parece que podrán llegar a lugar seguro.

—Ah... sí, claro —dijo Cáfiro después de vacilar durante un instante.

—Los Mundos Síndicos tendrán noticias nuestras, director general Cáfiro.

Cuando esta flota llegue a casa. —Geary se levantó para dar por finalizada la conversación y salió de la sala.

—Está nervioso —dijo Íger cuando Geary se unió al grupo—. Sin duda se pregunta si de verdad lo vamos a liberar.

—¿Creen que va a causarle problemas a los síndicos si lo dejamos ir? —les preguntó Geary a Íger y a Rione. Ambos asintieron con la cabeza—. Entonces que abandone la nave, teniente Íger.

—Sí, señor. Lo devolveremos a su cápsula de escape y lo lanzaremos de vuelta al espacio en media hora.

Geary guió a Desjani y a Rione fuera de la zona de Inteligencia.

—Creo que preferiría tener que tratar con los alienígenas —dijo, sin estar seguro de hasta qué punto lo decía de broma.

—Puede que tenga razón —dijo Rione con total sinceridad—. Si nuestras hipótesis están en lo cierto, los alienígenas han actuado contra nosotros y contra los síndicos debido a las experiencias que han tenido con los líderes síndicos. Puede que solo quieran que los dejemos tranquilos, o sentirse seguros. Una vez eliminada la amenaza de las agresiones humanas, esos alienígenas dispondrían de una inmensa cantidad de espacio en el resto de sus fronteras.

Desjani, con la mirada perdida en el corredor, habló como si lo hiciese para sí misma.

—A menos que haya alguna otra cosa en sus fronteras.

Geary frunció el ceño. Luego, de repente, sintió una punzada de preocupación.

—Si ya hay una inteligencia no humana ahí fuera...,

—Podría haber más. De hecho, casi seguro que las hay —murmuró Desjani. Luego miró a Geary—. Tenemos que comprender a ese oponente, y lo que acabo de decir es una posibilidad bastante importante. Puede que se vean presionados entre enemigos potenciales. Es más, puede que estén luchando en una guerra tremendamente diferente a las batallas que estamos teniendo nosotros con los síndicos. Puede que sea por eso por lo que necesitan tenernos controlados, porque tienen que proteger sus flancos. Y a lo mejor, por esa misma razón, tenemos aliados potenciales contra esas criaturas. O incluso unos enemigos también potenciales todavía peores.

Rione tenía el aspecto de haber masticado algo bastante desagradable.

—Es bastante probable que así sea. Aunque no hay manera de que lo comprobemos. Ignoramos demasiadas cosas.

—Ya hemos aprendido mucho. Y aprenderemos más. —Geary deseó que lo que acababa de decir fuese cierto.

Las bolas de restos expandiéndose, conformadas con lo que quedaba de la

Oportuna, la *Aguerrida*, el crucero pesado *Almete* y el crucero ligero *Cercle* estaban ya a bastante distancia de la flota de la Alianza mientras esta avanzaba en dirección al punto de salto de Anahalt o de Dilawa. Geary había ordenado que la velocidad de la flota se mantuviese en cero con cero cuatro c para que a las naves más dañadas, como la *Osada* o la *Radiante*, les resultase más fácil mantener el ritmo, con la esperanza de que se reparasen pronto sus unidades de propulsión. Por otro lado, no había habido más tentativas de infiltrar gusanos en los sistemas. Geary se preguntó si sería porque los responsables de los intentos anteriores estaban ocupados lidiando con el daño que habían recibido sus naves, intentando encontrar nuevos medios para implantar los gusanos, o replanteándose la táctica en vista de que lo que habían intentado hasta el momento les había salido por la culata y solo habían conseguido ganarse la antipatía de la flota.

Geary seguía sin estar seguro de a qué estrella saltar, aunque en aquel instante tampoco es que le apeteciese pensar en eso. En la última batalla la flota había perdido bastante personal y varias naves. Había pasado un montón de tiempo en la flota en tiempos de paz, hacía ya un siglo, y había luchado en una batalla desesperada antes de entrar en hibernación. Sin embargo, en el siguiente siglo, otros habían luchado en incontables batallas, y se habían acostumbrado cada vez más a perder grandes cantidades de naves, de hombres y de mujeres. Geary había intentado evitar tener que enfrentarse a ello, pero al final se dio cuenta de que no podía seguir así. Tenía que aceptar que las victorias suponían un coste, y consultar los informes del personal, que le contarían el precio que habían tenido que pagar las personas que conocía antes de que Geary se relacionase con ellas. Se lo debía.

Geary entró en los archivos del personal y comenzó a leerlos. Capitana Jaylen Crésida. Planeta natal Madira. Su primera misión fue como oficial de artillería en el destructor Shakujo. Se casó hace cinco años con otro oficial de la flota. Quedó viuda hace tres al morir su marido a bordo del crucero de batalla Invencible cuando la nave fue destruida defendiendo Kana, un sistema estelar de la Alianza, de un ataque síndico. No era la misma Invencible que su flota había perdido en Ilión, sino la anterior nave que había recibido ese nombre.

Crésida le había dicho que si moría, tendría a alguien esperándola.

Geary cerró los ojos durante un momento, intentando aliviar el dolor que sentía al leer aquel despacible informe. Luego siguió leyendo, obligándose a enfrentarse al precio de aquella guerra, que había cambiado la Alianza que había conocido, y que había ayudado a forjar la personalidad de las personas que lo rodeaban.

Los padres de Crésida también habían sido bajas de guerra. Su madre murió cuando tenía solamente doce años. Su hermano mayor murió un año antes de que ella se uniese a la flota. Geary no quiso seguir escrutando bajas más allá de aquella generación, por lo que volvió al archivo principal.

Armándose de valor, cargó el archivo del capitán Duellos. Su esposa era una investigadora de un sistema estelar situado a salvo, lejos del frente de batalla, aunque su padre y un tío habían muerto en la guerra. A su hija mayor podrían llamarla a filas al año siguiente.

El capitán Tulev había perdido a su esposa y a tres hijos en un bombardeo síndico en su planeta natal.

Y la capitana Desjani. Le había dicho que sus padres todavía estaban vivos, y así era. También tenía un tío del que le había hablado un par de veces. Sin embargo, nunca había mencionado a una tía que había muerto en un combate terrestre que había tenido lugar en un planeta síndico; ni al hermano menor que había fallecido seis años atrás en su primer combate.

Recordó al joven síndico con el que Desjani había hablado cuando los refugiados de Wendig estuvieron a bordo, el modo en que había tratado a aquel chico y la manera en que lo había mirado cuando se adelantó para defender a su familia. ¿Habría visto a su hermano pequeño en aquel muchacho?

Geary pasó un rato mirando el visor. Luego presionó sobre los controles con los que nunca se había atrevido a enfrentarse. Los informes sobre lo que le había pasado a su familia.

Entonces apareció la familia Geary. Gran parte de ella. No había dejado mujer ni hijos, algo por lo que había dado gracias muchas veces. Sin embargo, tenía una hermana y un hermano, primos, y una tía. Muchos de ellos tenían hijos, y muchos de ellos habían acabado en la flota. Recordó las amargas palabras de su sobrino nieto; que le recordaban que se esperaba que los integrantes de la familia Geary se uniesen a la flota. Muchos lo habían hecho, y muchos habían muerto.

Todavía estaba sentado, intentando asimilarlo, cuando escuchó la alarma de su escotilla.

—Pase.

La capitana Desjani entró y luego se paró, mirándolo.

—¿Qué sucede?

—Estaba... revisando algunos archivos.

Ella vaciló durante un instante, y después se colocó detrás de él, sobre su hombro, para poder leer. Desjani se quedó en silencio durante tanto tiempo que Geary comenzó a preguntarse qué debería hacer. Luego la escuchó hablar con voz suave.

—¿Todavía no lo había visto?

—No, no quería.

—Todos hemos pagado un precio en esta guerra. Su familia ha pagado más de lo que le correspondía.

—Por mi culpa —sentenció Geary. Desjani no dijo nada. No parecía estar dispuesta a negar algo que sabía que era cierto—. ¿Por qué nunca me contó lo de su

hermano?

Volvió a quedarse en silencio durante un momento.

—No hablo de ese tema.

—Lo siento mucho, de veras. Sabe que la habría escuchado.

La respuesta se demoró un rato.

—Sí, sé que lo habría comprendido, pero pensé que ya tenía suficientes preocupaciones. Las pérdidas de mi familia no son especiales.

—Sí, sí que lo son —respondió Geary—. Cada persona es especial. Un siglo de esto, un siglo en el que se ha segado una vida tras otra por una guerra que no lleva a ninguna parte. Qué manera de desperdiciarlas.

—Sí. —Geary sintió la mano de Desjani sobre su hombro y cómo lo apretó ligeramente; el gesto de un compañero que comparte su dolor, y quizá algo más.

Geary puso su mano sobre la de Desjani, y se la cogió.

—Gracias.

—Necesita todo lo que podamos darle.

De repente le pareció que era demasiado. Sus responsabilidades, el dolor que la guerra le había causado a tanta gente y tener que ocultar tanto como pudiese lo que sentía por Desjani. Tenía que llevar al *Intrépido* a casa, llevar la llave hipernética de vuelta a la Alianza, y tenía que hacer muchas más cosas además de esas. La gente esperaba que hiciese mucho más. Geary sintió que se ahogaba ante aquella presión, y su único salvavidas era aquella mano sobre su hombro. Le soltó la mano y se levantó, mirándola de frente.

—Tanya...

—Sí —le dijo de nuevo, aunque no estaba seguro de si ella sabía lo que iba a decir, o si efectivamente lo sabía y quería evitarlo—. Es demasiado peso para un hombre, pero acabará consiguiéndolo —dijo Desjani con seguridad—. Acabará con esta guerra, y salvará a la flota y a la Alianza.

Geary sintió que aquello era la puntilla.

—¡Por el amor de mis antepasados, por favor, no me venga con ese discurso!

—No es un discurso —insistió Desjani.

—¡Sí, sí que lo es! ¡Es el mito de quien soy y de lo que puedo hacer!

—No, es verdad. ¡Mire lo que ha hecho hasta ahora! —Desjani señaló el visor—. No puede detenerse. ¡Soy consciente de que debe de ser duro haber sido elegido por las estrellas del firmamento para llevar a cabo una misión así, pero puede conseguirlo!

—¡No tiene ni idea de lo que pesa tener ese tipo de responsabilidad sobre la espalda!

—Veo cómo le afecta, pero sé que puede soportarlo. Si no, no lo habrían elegido.

—¡A lo mejor hubo un error! —dijo Geary, casi gritando—. ¡A lo mejor no soy

capaz de salvar al puto universo yo solo!

—¡No estás solo! —Desjani estaba claramente alterada. Mientras lo miraba, su cara se retorció de miedo, de esperanza, y de algo todavía más profundo, todo mezclado y a la vez.

—¡Pues es lo que siento! —Geary dirigió bruscamente su iracunda mano hacia el visor que tenía detrás en aquel momento—. Mira todos esos muertos. Y la gente espera que termine con eso. ¿Cómo se consigue? ¡No puedo hacerlo! —¿Le había dicho realmente aquellas tres palabras a alguien, o simplemente habían resonado en su cabeza desde que se vio forzado a asumir el mando de la flota?

—¿Qué más quieres de mí? —le preguntó, desesperada—. Claro que necesitas ayuda. Dímelo, y será tuyo. Haré lo que sea. —Desjani pareció horrorizarse al dejar salir aquellas últimas palabras. Luego miró a Geary.

La desesperación de Geary desapareció al devolverle la mirada. Algo que había permanecido, como mínimo, parcialmente oculto entre ellos, de repente estaba abiertamente sobre la mesa.

—¿Lo que sea?

—Yo no... —Tragó saliva, y luego volvió a tomar la palabra con una tranquilidad claramente forzada—. No tengo honor. Soy consciente de ello.

—Para, Tanya. Tienes honor de sobra.

—¡Una mujer honorable no sentiría eso por su oficial al mando! Y tampoco hablaría de ello. Ni estaría dispuesta a... —Desjani ahogó las palabras y miró a Geary de nuevo con desesperación.

Podía estirar el brazo y poseerla. En ese mismo instante. Geary se miró las manos, pensando en el precio que tantas personas habían tenido que pagar. Había estado dispuesto a utilizar a Victoria Rione cuando ella misma se lo ofreció, al igual que ella lo había utilizado a él. Pero no podía hacerle eso a Tanya Desjani. Incluso aunque ella y prácticamente todos lo excusasen, justificándose en que lo había hecho el héroe venido del pasado. Pero no podía hacerle eso. El mero hecho de pensarlo hacía que se le revolviese el estómago. Aquello, más que cualquier otra cosa, le decía que lo que sentía por ella era real, que no estaba intentando cobijarse de nuevo en un puerto tranquilo, sin más, mientras la tormenta de sus responsabilidades se volvía demasiado tempestuosa.

—No voy a despojarte de tu honor —le susurró.

—Ya lo tienes —respondió Desjani, en tono de angustia.

—No. No tomaré nada que tú no me ofrezcas.

—Ya es tarde. Juro que no lo busqué, y juro que intenté luchar contra ello, pero pasó.

Geary volvió a alzar la vista, y vio su desesperación.

—Viviremos para llegar al espacio de la Alianza, o moriremos en el camino. Si

vivimos...

Desjani asintió.

—Puedo renunciar a mi cargo. No será suficiente para devolverme mi honor ni para quitarte la carga que he puesto sobre ti, pero...

—¿Renunciar a tu cargo? ¡Tanya, te desvives por ser oficial de la flota! ¡No puedo permitirte que hagas eso por mi culpa!

—Aquel oficial que no pueda desempeñar sus obligaciones según lo que establece el reglamento debe... —comenzó a decir Desjani, con expresión severa.

—Dimito yo —la interrumpió Geary—. En cuanto lleguemos a casa. Nunca quise tener esta responsabilidad, y una vez lleve a la flota a casa, nadie podrá pedirme nada más. Ya no seré oficial de la flota, no podrán cuestionar tu honor, y...

—¡No! —mientras lo miraba, Desjani parecía estar horrorizada—. ¡No puedes! ¡Tienes una misión!

—Nunca pedí ni quise...

—¡Te la otorgaron! ¡Porque las estrellas del firmamento sabían que podías conseguirlo! —Desjani se alejó, negando con la cabeza—. No puedo permitir que mis sentimientos influyan en ti de este modo. Hay mucha gente que depende de ti. Si hago que rehúyas esta misión, seguramente me la juren, y con razón. Di que no lo vas a hacer. Di que no era en serio. —Volvió a mirarlo, en silencio—. ¡Dilo! ¡Si no, juro que si llego con esta nave al territorio de la Alianza, me marcharé al espacio más recóndito al que pueda ir un ser humano! —Geary luchó por encontrar las palabras, y Desjani dio otro paso atrás—. Si es necesario que la tentación que acabo de poner sobre la mesa deje de estar en esta nave, lo haré. Haré lo que sea necesario.

Geary volvió a encontrar las palabras.

—No. Por favor. Eres la oficial al mando del *Intrépido*. Es tu sitio. Te... te prometo que no dimitiré hasta que se termine la guerra. —Aquellas palabras lo abrasaron. Nunca lo había querido aceptar, aunque sabía que, al mismo tiempo, era lo que muchos esperaban de él.

—No es a mí a quien tienes que prometérselo —respondió Desjani, con un tono de voz y una expresión más calmada.

—Sí —insistió él—. Es algo que he evitado porque me ponía los pelos de punta, pero pensar en no volver a verte me asusta todavía más. Enhorabuena.

—Yo... yo no...

—No, es cierto. Nunca intentarías manipularme a propósito. —*No como Rione*, pensó Geary—. Yo tomé la decisión. Llevaré a cabo la misión. Siempre que tú no renuncies a tu puesto. Necesito que estés conmigo para poder tener alguna oportunidad de conseguirlo. Cuando complete la misión, y ya no esté al mando de la flota, te diré lo que me gustaría decirte ahora.

Desjani asintió.

—Gracias, capitán Geary. Sabía que haría lo correcto.

—En contraposición a lo que quiero hacer en estos momentos.

Sorpresivamente, Desjani se rió.

—Si ambos hiciésemos lo que queremos hacer en estos momentos, seríamos personas distintas. Pero, aunque es duro, debo permanecer firme, aquí, en lugar de acercarme para tenerlo más cerca. Mucho más cerca. No. Usted tiene mi honor, y yo su promesa. Si ese regalo le da la fuerza necesaria para hacer lo que debe, para mí es un precio bajo.

—¿Entonces consideras que es un coste? —le preguntó Geary.

Desjani asintió con la cabeza a la vez que se desvanecía su sonrisa.

—Mi honor es lo más valioso que tengo. Que tenía. Sé que no vas a utilizarlo en mi contra, y también sé que está a salvo en tus manos, pero a veces siento que era lo único que me quedaba. Me arrepiento de haberlo perdido.

—Entonces te prometo que lo mantendré a salvo hasta que pueda devolvértelo.

—Pero... ya no lo tengo. Para mi vergüenza... ya no lo tengo.

Geary negó con la cabeza.

—Yo quiero devolvértelo, y tú que lo conserve. Hay una manera de hacerlo si es lo que quieres.

—¿Cómo podría tener ambos...? —Pareció sorprenderse. Miró durante un instante en otra dirección antes de volver a mirar a Geary—. ¿Seguro que querías decir eso?

—No puedo lanzarme y decirte lo que siento, al igual que tú. No hasta que la guerra termine y deje de ser tu oficial superior, pero te prometo por el honor de mis antepasados que quería decir eso.

Desjani pestañeó, volvió a tragar saliva, y miró a Geary, seria.

—Debe saber algo, capitán Geary. Ahora mismo es el comandante de mi flota; haré lo que diga y actuaré en deferencia a usted. Está en una misión divina, y mientras dure, bajo su mando, lo seguiré hasta el mismísimo infierno. Pero cuando todo haya pasado, y la guerra se termine, vendrá a mí el hombre, no el cargo, con mi honor. Ni siquiera entonces será cualquier otro, sino ese en particular, y no me subordinaré a nadie ni en mi vida ni en mi casa. Lo tendré solamente como un compañero, como un igual, para que esté siempre a mi lado. Cualquier hombre que quiera compartir su vida con Tanya Desjani tendrá que aceptarlo.

Geary asintió.

—Cualquier hombre que conozca a Tanya Desjani aceptaría con mucho gusto esas condiciones y se comprometería a respetarlas.

Ella volvió a mirarlo, y sonrió.

—Es muy duro, y tengo miedo de que lo sea todavía más mientras esto no se acabe. Pero cuando llegue el día en que termine su misión, aceptaré que me devuelva

mi honor, con todo lo que ello implica.

Todo lo que tenía que hacer era llevar a la flota hasta casa, y ganar una guerra sin cuartel que había durado un siglo. No obstante, nunca habría pensado que pudiese llegar tan lejos y hacer lo que había hecho. Si, de algún modo, fuese capaz de acabar con aquella guerra, con todas aquellas muertes...

Y, por primera vez desde que lo despertaron y lo sacaron de la hibernación, supo, sin lugar a dudas, que aún había algo por lo que vivir, algo que no era deber. Habían tocado el tema, y era posible que ni siquiera volviesen a mentarlo mientras durase la guerra, pero eran conscientes de lo que sentían el uno por el otro, y de la promesa que se habían hecho.

—En ese caso, capitana Desjani, echemos un vistazo al visor estelar y decidamos cuál va a ser el siguiente movimiento para seguir rumbo a casa. Tenemos una flota que salvar y una guerra que terminar.

Dedication

To Jack M. Hemry (LCDR, USN, retired)
and Iris J. Hemry, my parents.
One word I never said often enough: thanks.
For S., as always.

Praise for THE LOST FLEET: FEARLESS

“Straightforward, solidly written military space opera . . . It’s all good fun and Campbell has actually given some thought to the problems of combat in space.”

— Don D’Ammassa, *Critical Mass*

“Another satisfying [Campbell] cocktail to slake the thirst of fans who like their space operas with a refreshing moral and an intellectual chaser . . . *The Lost Fleet* deserves to find a home on your bookshelf.” — *SF Reviews.net*

“A great and gripping read. It’s a fast-paced roller coaster of action and intrigue, with realistic characters and situations.”

—*TCM Reviews*

Praise for

THE LOST FLEET: DAUNTLESS

“A rousing adventure.”

— William C. Dietz, author of *When All Seems Lost*

“Jack Campbell’s dazzling new series is military science fiction at its best. Not only does he tell a yarn of great adventure and action, but he also develops the characters with satisfying depth. I thoroughly enjoyed this rip-roaring read, and I can hardly wait for the next book.”

— Catherine Asaro, Nebula Award-winning author of *The Ruby Dice*

“Black Jack Geary is very real, very human, and so compelling he’ll leave you wanting more.

Jack Campbell knows fleet actions, and it shows . . . [*The Lost Fleet: Dauntless* is] the best novel of its type that I’ve read.”

— David Sherman, coauthor of the Starfist series

“A slam-bang good read that kept me up at night . . . a solid, thoughtful, and exciting novel loaded with edge-of-your-seat combat.”

— Elizabeth Moon, Nebula Award-winning author of *Victory Conditions*

“[*Dauntless*] should please many fans of old-fashioned hard SF.”

— *Sci Fi Weekly*

“Readers will admire and like [Geary], who believes in honor, teamwork, and civilized behavior

. . . This is a hard military science novel with space battles out of *Star Wars*. The battle scenes are so intricately described that readers will be able to visualize them . . . A fast-paced but intricate story line and fully developed characters turn this novel into a fun reading experience.

Fans of David Weber, Elizabeth Moon, and Peter F. Hamilton will find *The Lost Fleet: Dauntless* thoroughly enjoyable.”

— *SFRevu*

“This is an amazing piece of military science fiction writing, with a protagonist who is remarkable and memorable . . . Campbell writes well. Period. The book flows well, with an excellent mix of action and philosophical debate . . . Overall, this is just a plain good read with memorable characters and scenes, and a writing style that is aimed at people who like to think and ponder while enjoying the action. Bravo.”

— *Rambles. net*

“*The Lost Fleet: Dauntless* is well written, with a hero who’s all too human and battle weary.

There’s much here that will remind readers of *Battlestar Galactica* . . . The battles are well done, but it’s the characters who drive the story.”

—*Fresh Fiction*

“[Campbell’s] space operas [seek] to add new layers to the conventions of military SF.”

— *SF Reviews.net*

“Lots of fun and I devoured it in a day. I can’t wait for the sequel.”

— *The Weekly Press* (Philadelphia)

“Campbell’s book takes a sharp look at military discipline (and the lack thereof) in wartime . . .

engaging and interesting.”

— *Romantic Times Book Reviews*

ACKNOWLEDGMENTS

I remain indebted to my agent, Joshua Bilmes, for his ever-inspired suggestions and assistance; to my editor, Anne Sowards, for her support and editing; and to Cameron Dufty at Ace, for her help and assistance. Thanks also to Catherine Asaro, Robert Chase, J. G. (Huck) Huckenpohler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk, and Constance A. Warner, for their suggestions, comments, and recommendations. Thanks also to Charles Petit, for his suggestions about space engagements.

And in memory of USS *SPRUANCE* (DD-963): launched 10 November 1973; commissioned 20

September 1975; decommissioned 23 March 2005; sunk as a target off the Virginia Capes 8

December 2006. The first and finest, she taught me about ships the hard way.

THE ALLIANCE FLEET
CAPTAIN JOHN GEARY ,
Commanding (acting)

As reorganized following the losses suffered immediately prior to Captain Geary assuming command in the Syndic home system.

Ship names in bold are those lost in action, with the name of the star system of their loss given afterward.

SECOND BATTLESHIP
DIVISION
Gallant
Indomitable
Glorious
Magnificent

THIRD BATTLESHIP
DIVISION
Paladin> (lost at Lakota)
Orion
Majestic
Conqueror

FOURTH BATTLESHIP
DIVISION
Warrior
Triumph (lost at Vidha)
Vengeance
Revenge

FIFTH BATTLESHIP
DIVISION
Fearless
Resolution
Redoubtable

Warspite

SEVENTH BATTLESHIP
DIVISION

Indefatigable (lost at Lakota)

Audacious (lost at Lakota)

Defiant (lost at Lakota)

EIGHTH BATTLESHIP
DIVISION

Relentless

Reprisal

Superb

Splendid

TENTH BATTLESHIP
DIVISION

Colossus

Amazon

Spartan

Guardian

FIRST SCOUT BATTLESHIP
DIVISION

Arrogant (lost at Kaliban)

Exemplar

Braveheart

FIRST BATTLE CRUISER
DIVISION

Courageous

Formidable

Intrepid

Renown (lost at Lakota)

SECOND BATTLE CRUISER
DIVISION
Leviathan
Dragon
Steadfast
Valiant

FOURTH BATTLE CRUISER
DIVISION
Dauntless (flagship)
Daring
Terrible (lost at Ilion)
Victorious

FIFTH BATTLE CRUISER
DIVISION
Invincible (lost at Ilion)
Repulse (lost in Syndic
home system)
Furious
Implacable

SIXTH BATTLE CRUISER
DIVISION
Polaris (lost at Vidha)
Vanguard (lost at Vidha)
Illustrious
Incredible

SEVENTH BATTLE CRUISER
DIVISION
Opportune
Brilliant
Inspire

THIRD FAST FLEET AUXILIARIES DIVISION

Titan

Witch

Jinn

Goblin

THIRTY-SEVEN SURVIVING HEAVY CRUISERS
IN SEVEN DIVISIONS

First Heavy Cruiser Division

Third Heavy Cruiser Division

Fourth Heavy Cruiser Division

Fifth Heavy Cruiser Division

Seventh Heavy Cruiser Division

Eighth Heavy Cruiser Division

Tenth Heavy Cruiser Division

minus

Invidious (lost at Kaliban)

Cuirass (lost at Sutrah)

Crest , ***War-Coat*** , ***Ram*** , and ***Citadel*** (lost at Vidha)

Basinet and ***Sallet*** (lost at Lakota)

SIXTY-TWO SURVIVING LIGHT CRUISERS
IN TEN SQUADRONS

First Light Cruiser Squadron

Second Light Cruiser Squadron

Third Light Cruiser Squadron

Fifth Light Cruiser Squadron

Sixth Light Cruiser Squadron

Eighth Light Cruiser Squadron

Ninth Light Cruiser Squadron

Tenth Light Cruiser Squadron

Eleventh Light Cruiser Squadron

Fourteenth Light Cruiser Squadron

minus

Swift (lost at Kaliban)

Pommel , ***Sling*** , ***Bolo*** , and ***Staff*** (lost at Vidha)

Spur , ***Damascene*** , and ***Swept-Guard*** (lost at Lakota)

ONE HUNDRED EIGHTY-THREE SURVIVING DESTROYERS
IN TWENTY SQUADRONS

First Destroyer Squadron
Second Destroyer Squadron
Third Destroyer Squadron
Fourth Destroyer Squadron
Sixth Destroyer Squadron
Seventh Destroyer Squadron
Ninth Destroyer Squadron
Tenth Destroyer Squadron
Twelfth Destroyer Squadron
Fourteenth Destroyer Squadron
Sixteenth Destroyer Squadron
Seventeenth Destroyer Squadron
Twentieth Destroyer Squadron
Twenty-first Destroyer Squadron
Twenty-third Destroyer Squadron
Twenty-fifth Destroyer Squadron
Twenty-seventh Destroyer Squadron
Twenty-eighth Destroyer Squadron
Thirtieth Destroyer Squadron
Thirty-second Destroyer Squadron
minus

Dagger and ***Venom*** (lost at Kaliban)
Anelace , ***Baselard*** , and ***Mace*** (lost at Sutrah)
Celt , ***Akhu*** , ***Sickle*** , ***Leaf*** , ***Bolt*** , ***Sabot*** , ***Flint*** , ***Needle*** ,
Dart , ***Sting*** , ***Limpet*** , and ***Cudgel*** (lost at Vidha)
Falcata (lost at Ilion)
War-Hammer , ***Prasa*** , ***Talwar*** , and ***Xiphos*** (lost at Lakota)

SECOND FLEET MARINE FORCE

Colonel Carabali commanding (acting)

1,560 Marines divided into detachments on battle cruisers and battleships.

ONE

TWO of the armored bulkheads surrounding hell-lance battery three alpha on the Alliance battle cruiser *Dauntless* shone like new. They were new, the broken fragments of the originals having been cut away and new material fastened into position. The other two sides of the compartment housing the hell-lance battery were scarred by enemy fire but in good enough shape to have been left in place. The hell-lance projectors themselves betrayed recent repairs, using improvised fixes that would never pass muster with a fleet inspection team, but the nearest fleet inspection team was a great distance away back in Alliance space. For now, with the Alliance fleet trapped deep inside Syndicate Worlds' space, all that mattered was that these hell lances were ready once again to hurl their charged-particle spears at the enemy.

Captain John Geary ran his eyes down the rank of the hell-lance battery's crew. Half of the sailors here were new to this battery, having been cannibalized from other hell-lance crews on the ship to replace losses suffered at Lakota Star System. Like their battery, two of the original crew still bore marks of combat, one with a flex-cast covering his upper arm and another with a heal-pad sealed over the side of her leg. Walking wounded, who should have been allowed to recuperate before returning to their guns, but that was a luxury neither *Dauntless* nor any other ship in the Alliance fleet could afford right now. Not with combat once again imminent and the fleet in danger of total destruction.

"They insisted on returning to their duty station," Captain Tanya Desjani murmured to Geary, her expression proud. Her ship and her crew. They'd fought hard and well, they'd worked around the clock to get this battery back online and ready to engage, and now they were ready to fight again.

He couldn't forget that the damage that had been repaired, the sailors who weren't here because their bodies awaited burial, were the result of his decisions.

And yet now those sailors watched him with eyes reflecting confidence, pride, determination, and their unnerving faith in Black Jack Geary, legendary hero of the Alliance. They were still ready to follow him. They were following his orders, right back to the place where this fleet had left a lot of destroyed ships. "Damn fine work," Geary stated, trying to put the right amount of emotion into his voice and no more. He knew he had to sound concerned and impressed but not overwrought. "I've never served with a better crew or one that fought harder." True enough.

Before being rescued from a century of survival sleep and brought aboard *Dauntless*, his combat experience had consisted of a single, hopeless battle. Now he had a fleet of ships and sailors depending on him, not to mention the fate of the Alliance itself.

And maybe the fate of humanity as well.

No pressure. No pressure at all.

Geary smiled at the crew of the hell-lance battery. "In six hours we'll be back in Lakota Star System, and we'll give you something to shoot at." The sailors grinned back fiercely. "Get a little rest before then. Captain Desjani?"

She nodded to him. "At ease," she ordered the gun crew. "You're off duty for the next four hours, and authorized full rations." The sailors smiled again. With food stocks running low, meals had been cut back to stretch available supplies.

"The Syndics will be sorry we came back to Lakota," Geary promised.

"Dismissed," Desjani added, then followed Geary as he left the battery. "I didn't think we could get Three Alpha fully operational in time," she confessed. "They really did a fantastic job."

"They've got a good captain," Geary observed, and Desjani looked abashed at the praise even though she was a seasoned veteran of far more battles than Geary had fought. "How's *Dauntless* doing otherwise?" he asked. He could have simply looked up the data in the fleet readiness system, but preferred being able to talk to an officer or a sailor about things like that.

"All hell lances operational, null-field projector operational, all combat systems optimal, all hull damage from Lakota either repaired or sealed off until we can get to it," Desjani recited immediately. "We're at full maneuvering capability."

"What about expendables?"

Desjani grimaced. "No specter missiles left, twenty-three canisters of grapeshot remaining, five mines, fuel-cell reserves at fifty-one percent."

Ships were never supposed to go below 70 percent fuel-cell reserves, to leave enough margin of safety. Unfortunately, every other ship in the fleet was at about the same level of fuel-cell reserves as *Dauntless*, and he didn't know when he could get any of those ships back up to 70

percent even if they managed to fight their way out of Lakota again.

As if reading his mind, Desjani nodded confidently. "We've got the auxiliaries with us to manufacture new expendables, sir."

"The auxiliaries have been building new expendables and repair parts as fast as they can. Their raw-material bunkers are almost empty again," Geary reminded her.

"Lakota will have more." Desjani smiled at him. "You can't fail." She halted for a moment and saluted him. "I need to check on a few more things before we reach Lakota. By your leave, sir."

He couldn't help smiling back even though Desjani's confidence in him, shared by many others in the fleet, was unnerving. They believed he'd been sent by the living stars themselves to save the Alliance, miraculously found frozen in survival sleep but still alive, just in time to get stuck with command of a fleet trapped deep in enemy space. They'd grown up being told the legend of the great Black Jack Geary,

epitome of an Alliance officer and a hero out of myth. The fact that he wasn't that myth didn't seem to have impressed them yet. But Desjani had seen enough of him firsthand to know that he wasn't a myth, and she still believed in him. Since Geary thought a great deal of Desjani's own judgment, that was very reassuring.

Especially in comparison to those officers in the fleet who still thought he was a fraud or the mere shell of a once-great hero. That group had been working to undermine his command since he'd very reluctantly taken over the fleet after Admiral Bloch was murdered by the Syndics. He hadn't wanted that command, still being dazed by the shock of learning that the people and places he had known were now a century in the past. However, as far as Geary was concerned, he hadn't had much choice but to assume command since his date of commission was also about a hundred years ago, making him by far the most senior captain in the fleet.

Geary returned Desjani's salute. "Sure. A ship captain's work is never done. I'll see you on the bridge in a few hours."

This time Desjani's grin was fiercer as she anticipated battle with the forces of the Syndicate Worlds. "They won't know what hit them," she vowed as she headed off down the passageway.

Either that or we won't, Geary couldn't help thinking. It had been an insane decision, to take a fleet fleeing a trap from which it had barely escaped and turn it to charge right back into the enemy star system in which it had narrowly avoided being destroyed. But the officers and sailors on *Dauntless* had cheered it, and he had no doubt those on other ships had as well. There were many things he was still trying to figure out about these sailors of the Alliance in a time a century removed from his own, but he knew they could and would fight like hell. If they were going to die, they wanted to do it facing the enemy, on the attack, not running away.

Not that most of them expected to die, because most of them trusted him to lead them home safely and save the Alliance in the bargain. *May my ancestors help me.*

VICTORIA Rione, Co-President of the Callas Republic and member of the Alliance Senate, was waiting in his stateroom. Geary paused as he saw her. She had access to his room at any time since she'd spent quite a few nights here at sporadic intervals, but Rione had mostly avoided him since Geary had ordered the fleet back to Lakota. "What's the occasion?" he asked.

Rione shrugged. "We'll be back at Lakota in five and a half hours. This may be the last time we get a chance to talk since the fleet could be destroyed soon afterward."

"I don't think that's a good way to inspire me before battle," Geary observed, sitting down opposite her.

She sighed and shook her head. "It's insane. When you turned this fleet around to

go back to Lakota, I couldn't believe it, then everyone around me started cheering. I don't understand you or them. Why are the officers and crew happy?"

He knew what she meant. The fleet was low on fuel cells, very low on expendable munitions, damaged from the battle at Lakota and previous encounters with Syndic forces, the formation a tangle from the frantic retreat out of Lakota and the hasty reversal to head back to the enemy star system. Looked at rationally, it seemed insane to attack again, yet in one moment back at Ixion he had known it was the right move to rally his fleet. The fact that either trying to make a stand at Ixion or fleeing through that star system would have guaranteed destruction had made the decision easier. "It's hard to explain. They have confidence in me, they have confidence in themselves."

"But they're rushing back to fight in a place they barely escaped from! Why should that please them? It makes no sense."

Geary frowned, trying to put something he knew on a gut level into words. "Everyone in the fleet knows they're going to face death. They know they'll be ordered to charge straight at somebody else who will be doing their level best to kill them, and they'll be trying to kill the other guy."

Maybe being happy to be going back to fight at Lakota doesn't make sense, but what else about what they have to do makes sense? It's about being willing to do that, to keep hitting longer and harder than the other guy and believing that will make a difference. They believe defeating the Syndics is critical to defending their own homes, they believe they have a duty to defend those homes, and they're willing to die fighting. Why? Because."

Rione sighed more heavily. "I'm just a politician. We order our warriors to fight. I understand why they fight, but I can't understand why they're cheering this move."

"I can't claim to really understand it myself. It just is."

"They cheered the orders, and obeyed them, because you gave them," Rione added. "What are these warriors fighting for, John Geary? The chance to get home? To protect the Alliance? Or for you?"

He couldn't help a small laugh. "The first and the second, which are really the same thing since the Alliance needs this fleet to survive. Maybe a little bit of the third."

"A bit?" Rione snorted her derision. "This from the man who's been offered a dictatorship? If we survive our return to Lakota, Captain Badaya and his like will make that offer again."

"And I'll turn it down again. If you'll recall, all the way to Ixion we were worried that I'd be deposed as commander of this fleet once we reached that star system. At least this is a better problem to worry about."

"Don't think your opponents among the senior officers in this fleet will stop just because you did something that has most of the fleet cheering!" Rione reached to tap

some controls, and an image of Lakota Star System sprang to life over the table his stateroom boasted. Frozen on the display were the positions Syndic warships had occupied at the moment the Alliance fleet had jumped out of Lakota. A lot of Syndic warships, substantially outnumbering the battered Alliance fleet.

“You told me we couldn’t have survived if we tried to run through Ixion. All right. Why will things be different once we reach Lakota again?”

Geary pointed to the display. “Among other things, if we’d tried to run through Ixion Star System, the Syndic pursuit probably would have appeared behind us within a matter of hours.

We’d had five and half days in jump space to repair damage from the battles in Lakota, but that wasn’t enough. By turning and jumping back to Lakota, we gained another five and a half days for our damaged ships to repair themselves. There are limits to the repairs we can do in jump space, and I won’t be able to get status updates from other ships until we enter normal space again, but every ship has orders to put priority to getting all of their propulsion units back online.

At the very least, we’ll be able to run faster once we emerge into normal space again at Lakota.

That’s not to mention the other repairs that ships are getting done, to weapons and armor and other damaged systems. By the time we emerge at Lakota, our ships will have had eleven days to repair the damage they suffered in our last encounter. ”

“I understand that, but we’ll still be low on supplies and deep in enemy territory,” Rione said.

She shook her head. “Certainly we won’t encounter the same size force of Syndic warships that we left at Lakota. They must have sent a powerful force in pursuit of us. But there’ll be some Syndic warships there, and the ones that followed us surely turned around the moment they realized we must have turned and jumped back for Lakota. Those ships will still be only hours behind us.”

“They had to assume we might wait in ambush outside the jump point at Ixion,” Geary pointed out. “So they spent at least a few hours getting their own formation ready before they jumped after us. They must have come out at Ixion going a lot faster than we did, which means they’ll take longer to get turned around, and since they have to assume we might ambush them at Lakota, too, they would’ve needed to keep their formation, which would also have taken more time than what we did, turning every ship in place. Give us three hours before the pursuit force arrives, and we might make it. Give me six hours, and there’s a decent chance we can get this fleet to another jump point and safely out of Lakota.”

“They’ll still be right behind us, and we’ll still be low on supplies.”

“They’ve been running harder and maneuvering more than we have. If they don’t stop to replenish their own fuel cells and weapons, they’ll be in trouble, too. And if

we get a breather in normal space, our auxiliaries can distribute to our warships the fuel cells and weapons they've manufactured in the last eleven days. That'll help. But you don't have to remind me that we're low on everything. *Dauntless* is barely above fifty percent on its fuel cells."

"Is that what you and your Captain Desjani were doing? Checking fuel-cell status?"

Geary frowned. How had Rione known he was with Desjani? "She's not 'my' Captain Desjani.

We were inspecting a hell-lance battery."

"How romantic."

"Knock it off, Victoria! It's bad enough that my enemies in this fleet are spreading rumors that I'm involved with Desjani. I don't need you repeating them!"

It was Rione's turn to frown. "I don't repeat them. I don't want to undermine your command of this fleet. But if you continue to be seen with another officer with whom rumor links you—"

"I'm supposed to avoid the captain of my flagship?"

"You don't *want* to avoid her, Captain John Geary." Rione stood up. "But that's your affair, if you'll pardon the term."

"Victoria, I've got a battle coming up, and I really don't need distractions like this."

"My apologies." He couldn't tell if she was really sorry or not. "I hope your strategy of desperation works. You've been randomly alternating between cautious actions and wildly risky moves ever since you gained command of this fleet, and it's kept the Syndics off balance. Maybe that will work again. I'll see you on the bridge in five hours."

He watched her go, then leaned back, wondering what Rione was thinking now. Aside from being his off-and-on lover, this period being one of those "off" times, she'd been an invaluable adviser since she never hesitated to speak her mind. But she kept her secrets. The only thing he knew for certain was that her loyalty to the Alliance was unshakeable.

A century before, the Syndics had launched surprise attacks on the Alliance and begun a war they couldn't win. The Alliance was too big, with too many resources. But so were the Syndicate Worlds. A century of stalemate, of bitter war, of uncountable dead on both sides. A century of Alliance youth being taught to revere the heroic figure of John "Black Jack" Geary and his last stand at Grendel Star System. A century in which everyone he had once known had died, in which the places he had known had changed. Even the fleet had changed. Not just better weapons and such, but a hundred years of trading atrocities with the Syndics had turned his own people into something he hadn't recognized.

He'd changed, too, since being forced to take command of the fleet as it teetered on the brink of total destruction. But at least he'd reminded these descendants of the people he'd known what real honor was, what the principles were that the Alliance was supposed to stand for. He hadn't been remotely prepared to command a fleet of this size, let alone one crewed by officers and sailors who thought differently from him, but together they'd made it this far toward home. Their home, that is. His home wouldn't be recognizable. But he'd promised to get them home, his duty demanded it, and he was damned well going to get the job done or die trying.

His gaze came to rest on the display of Lakota Star System. So many Syndic warships. But the Syndics had been hurt during the last engagement, too. It had been impossible to be sure how badly hurt with the final hours a flurry of battles throwing out debris that blocked the views of sensors. He couldn't even know what losses the Alliance battleships *Defiant*, *Audacious*, and

Indefatigable had inflicted in their last moments of life as they held off the Syndics long enough for the rest of the fleet to escape.

How confident had the Syndic commander been that the Alliance fleet was truly beaten this time and would only keep fleeing blindly? How many Syndic warships had pursued the Alliance fleet to Ixion, and how many had been left behind to guard against the unlikely (or insane, depending on the viewpoint) possibility that Alliance warships would quickly return to Lakota? The only way to answer those questions would be to stick the fleet's head in the lion's mouth and see what shape the lion's teeth were in.

He checked the time again. In four and a half more hours, they'd know.

DAUNTLESS'S bridge had grown comfortingly familiar since his first time here in the wake of Admiral Bloch's death. Not the physical layout, which now seemed natural, but the equipment both more advanced than he'd once known and cruder in its outward appearance, the triumph of necessity over form. A century ago, on Geary's last ship, everything had been smooth, with clean lines and careful attention to outward show. But that ship had been designed and built with the expectation that it would serve for decades, one of comparatively few warships in a fleet not engaged in combat. *Dauntless*, on the other hand, reflected generations of warships constructed hastily to replace increasingly horrible losses, with an expected life span measured in a couple of years at best. Rough edges, ragged welds, uneven surfaces were good enough for a ship that might be destroyed in its first engagement, to be quickly replaced by another bearing the same name. Geary still hadn't gotten used to the expendable-ship philosophy born of ugly experience, which those rough edges broadcast.

Expendable ships and expendable crews. So much knowledge of tactics had been lost in a century of trained personnel dying before they could pass on their learning

and experience to new generations of sailors. Battles had degenerated into slugging matches, with head-on charges and hideous losses. It had been far easier to accept the roughness of the edges on the ship than it had to be to accept the kind of combat casualties this fleet had regarded as routine.

But he'd kept *Dauntless* and her crew alive all the way from the Syndic home system to here, coming to know them until they were a comfort instead of a jarring reminder of those long dead.

The watch-standers he had come to recognize and know by name, the amateurs he'd helped keep alive long enough for them to gain experience. Most of *Dauntless*'s crew had come from the planet Kosatka, a place Geary had visited once, literally more than a hundred years ago. Alone in this future, he'd come to see them as a family to partly replace what he had lost.

Captain Desjani smiled at him in greeting as Geary strode onto the bridge and dropped into his fleet command seat, positioned next to Desjani's own ship's captain command seat. She'd startled him at first, too, with her bloodthirstiness toward the enemy and willingness to accept tactics that appalled Geary. But he'd come to understand the reasons for her attitudes, and she'd listened to him and adopted beliefs closer to those of her ancestors. Besides which, his ancestors knew what a capable captain she was and how well she could handle her ship in action. Now Desjani's presence was undeniably the most comforting thing on this bridge. "We're ready, Captain Geary," she reported.

"I never doubted that." He tried to breathe calmly, look confident, speak with assurance. Even though he dreaded what might be awaiting this fleet when it left the jump point at Lakota, he knew he was always being watched by officers and sailors whose own confidence depended on what they saw in him.

"Five minutes to exit," the operations watch-stander announced.

Captain Desjani not only appeared calm and confident, she actually seemed to feel that way. But then Desjani always seemed to get more serene as combat and the chance to blow away Syndics drew closer. Now she looked at Geary and smiled tightly. "We've got some comrades to avenge in this star system."

"Yeah," Geary agreed, wondering whether or not Captain Mosko had survived the death of his battleship *Defiant*. Not likely. But Mosko was just one among many Alliance sailors who might have survived to be taken prisoner at Lakota. In addition to four battleships and a battle cruiser, the Alliance fleet had lost two heavy cruisers, three light cruisers, and four destroyers fighting the Syndics at Lakota. *Maybe we'll get a chance to liberate some of them. The Syndics shouldn't have been in any hurry to move those prisoners anywhere, so maybe some are still where we can reach them.*

The hatch to the bridge opened, and Geary looked back to see Rione taking the observer's seat in the back. Her eyes met his, she nodded at him with a cool

expression, then Rione sat back to gaze at her own display. Desjani, apparently busy with her own work, didn't turn to greet Rione, and for her part the Alliance politician didn't seem to take notice.

"Two minutes to exit."

Desjani turned back to Geary. "Do you wish to address the crew, sir?"

Did he? "Yes." Geary paused to gather his thoughts. He'd had far too much experience with giving speeches before battles since assuming command of the fleet. Triggering the internal comm circuit, he put every effort into sounding upbeat. "Officers and crew of *Dauntless*, I am once more honored to be leading this fleet and this ship into combat. We expect to encounter Syndic defenders immediately upon exiting jump. I know we'll make them sorry they met us, and we won't leave Lakota without avenging our comrades who were lost here. To the honor of our ancestors."

Another announcement came on the heels of his closing sentence. "Thirty seconds to exit."

Desjani's voice rang through the bridge. "All combat systems active. Shields at maximum.

Prepare to engage the enemy."

"Exit."

The gray emptiness of jump space went away in an instant's time, replaced by the star-filled darkness of normal space. The Syndic minefield was still there, of course, but *Dauntless* and the other Alliance ships were already turning upward sharply as they exited the jump point, maneuvering to avoid the mines. Geary scanned his display anxiously, praying that the Syndics hadn't laid more mines outside the jump point.

The star-system display had been frozen, showing the situation as it had existed in this star system when the fleet jumped out less than two weeks ago, the enemy-ship positions shown all tagged with "last-known-position" markers, which really meant "it could be anywhere except this exact location." Now the old ship symbols disappeared in a flurry of updates as the fleet's sensors scanned their surroundings and made identifications.

Geary squinted, trying to take it all in. There weren't any defenders right at the jump exit, but there were Syndic ships scattered all over the system it seemed. Lots of them. He had a momentary sinking feeling as he saw the numbers of enemy warships still within Lakota. Had he truly jumped right back into the teeth of superior enemy forces?

Then he focused on the identifying data and readiness assessments and saw a very different picture. The big cluster of Syndic ships located ten light-minutes from the jump exit consisted in great part of large numbers of repair ships, and the warships in it were all damaged significantly, with many systems evaluated as off-line while they

were being fixed. The entire formation, a flattened sphere, was limping in-system at barely point zero two light speed.

The next largest formation, almost thirty light-minutes from the jump exit, had a mix of fully operational and slightly damaged warships, but only four battleships and two battle cruisers were among them.

All over the expanse of Lakota Star System between the jump exit and the inhabited world were other Syndic ships. Less badly damaged but still mauled Syndic warships crawling toward the orbital docks, freighters hauling supplies, civilian ships crossing between planets. Scores of sitting ducks, with too few guards standing sentry over them to stop the Alliance fleet from bagging every one within reach.

Desjani let out a gasp of pure pleasure. “Captain Geary, we are going to *hurt* them.”

“Looks like it.” His own formation was a jumbled mess, but he couldn’t take time to sort it out now. He had a lead on the main Syndic pursuit force which had followed them to Ixion, but they’d come back through this jump exit sooner or later, and he didn’t want the damaged Syndic warships and all of those helpless repair ships to get away.

As if reading his mind, Desjani pointed to the depictions of the enemy repair ships. “Preliminary assessments are they’re pretty heavily loaded. They won’t be able to run fast even if they can break away from the ships they’ve been fixing up.”

“Too bad our own auxiliaries can run faster because they’re *not* heavily loaded,” Geary remarked, then he and Desjani exchanged a glance as the same idea apparently hit them both. “Is there any chance we can take those Syndic repair ships intact? We can’t use any spares they’ve manufactured, but if they’ve got raw-material stockpiles on board, we can transfer those to our auxiliaries.”

Desjani rubbed the back of her neck with one hand as she thought. “You’d think the Syndics would set the power cores on them to overload when they abandon ship. Lieutenant Nicodeom,”

she called to one of the watch-standers. “You’re an engineer. Will they blow up those repair ships when we close to engage?”

The lieutenant frowned at his own display for a moment. “Blowing up a ship by core overload is done when recovery is judged highly unlikely, Captain. We don’t blow up our own ships, no matter how badly damaged, in a star system we control. As far as I know, the Syndics follow the same policy.”

“And this is a Syndic star system!” Desjani turned an enthusiastic look on Geary. “They’ll abandon ship when we shoot them up, but leave the ships intact. They know we can’t stay in this system, so they’ll want the ships recoverable once we leave, and they don’t know we want to loot them. We just have to make sure they don’t realize we’re seizing some of the repair ships intact until we’ve got as many as we need.”

“Okay.” Geary tried to calm himself. It seemed too good to be true, but it still wouldn’t be easy to carry it out. “We can send most of the destroyers and light cruisers after the damaged Syndic warships proceeding independently, and send our battleships and battle cruisers toward the repair ships and the crippled warships with them. Some of those damaged Syndic warships could have substantial firepower available if they manage to get combat systems back online before we intercept. But we also need to hit the operational Syndic flotilla thirty minutes away hard, so they —” Something finally registered on him. “There’s nothing at the hypernet gate. The Syndics pulled their guard flotilla out of there.”

Desjani’s breath caught. “Can we—? No, we can’t reach the gate before that guard force does.

They haven’t seen us yet”—and they wouldn’t until the light from the fleet’s arrival reached them in about twenty-six more minutes—“but when they do, they’ll still have too big a lead.”

“I’m afraid so,” Geary agreed. Normally, an enemy hypernet gate wouldn’t be an option, impossible to use, but *Dauntless* carried a Syndic hypernet key provided by the supposed Syndic traitor who had helped lure the Alliance fleet deep into Syndic space and the ambush awaiting it in the Syndic home star system. The Syndics, knowing they couldn’t allow the Alliance fleet to get home with that key, had already proven they would destroy their own hypernet gates before the Alliance fleet could use them.

Which wasn’t merely disappointing but also very dangerous. “We could still risk it,” Desjani argued. “If we do fail to stop them from destroying that gate, we could deal with it. The energy discharge from the collapsing gate at Sancere wasn’t too much for our shields to handle.”

Geary shook his head. “Nova, Captain Desjani,” he stated very softly for only her ears. Desjani grimaced and nodded. According to the best estimates they had, the energy output released by a collapsing hypernet gate could vary from effectively nothing to something equaling a nova, an exploding star. No ship could survive that, or outrun it. “No, the gate isn’t a realistic goal.”

He hadn’t told her yet that the Alliance fleet might have its destination changed once within the Syndic hypernet system, hadn’t told any of his ship captains. That would have to change. Some of his other officers, including Desjani, needed to know that they had other enemies besides the Syndics actively working against them. “We’ve only got a short time to do a lot before the Syndic pursuit force gets here from Ixion. We need to overwhelm that big force of crippled ships and auxiliaries, take out as many other Syndic ships as we can, get our own auxiliaries in to loot the Syndic repair ships, protect our auxiliaries from any desperate Syndic counterstroke, and, uh .

..”

“That sounds like enough to start,” Desjani observed.

His fleet, a disordered mass of ships, was “climbing” up between the Syndic minefield and the jump point behind them, still moving at only point zero five light speed. There wasn’t any actual up or down in space, of course, but humans needed those concepts to orient themselves. By long-standing convention, the direction above the plane of the star system was up, the direction beneath it down, toward the sun was starboard (or starward), and away from the sun was port.

Those conventions were the only way he could give an order to all of his ships and have them understand what he meant.

By the time the fleet reached a place where it could accelerate back “down” and toward the enemy, orders had to be in place for them, telling each ship where to go. He had to set everything up on the fly, with every moment critical. If only he didn’t have to do so much himself . . . Why the hell *did* he need to do so much himself? Why not trust an officer he knew was good at her business and had been watching him work for months now? “Captain Desjani, would you set up the maneuvering plan for the destroyers and light cruisers while I take care of the heavies? We’ll need to have our boarding parties able to reach as many of the Syndic repair ships as possible at about the same time.”

Desjani’s face lit up and she nodded without hesitation. “I’m on it, sir. I’ll link our maneuvering displays so we’re coordinating movements as we lay them out.” She leaned forward and studied her display, then her hands began flying across her controls.

Focusing on his own display, Geary tried to sort out where his heavy cruisers, battleships, and battle cruisers were, where he needed them to go, and when he needed them to be there. His divisions were scrambled, further complicating the situation, and many ships still had limited combat capabilities from damage sustained the last time they were in Lakota. Practically all of them were back at full propulsion capability, but even with his experience with choreographing the movements of ships, he never could have sorted out the mess in the time available if not for the way the maneuvering systems provided simple intercept solutions as fast as he could designate a ship and an objective. While he did that, solutions appeared for light cruisers and destroyers as well, reflecting Desjani’s work, and he found himself adapting to her inputs even as she adapted to his.

“*Audacious* is with that big group of Syndic repair ships and damaged warships,” Desjani noted quickly. “What’s left of her, anyway.”

What was left of *Audacious* wasn’t much, Geary saw as he focused on the derelict. His fleet’s optic sensors were sensitive enough to track small objects across the length of a star system and could easily provide a sharp image of something only

ten light-minutes distant. With all of its command, control, and combat systems dead, and its hull shape distorted by massive damage, the hulk hadn't registered immediately on the fleet's sensors as a friendly warship. The Alliance battleship, one of the three that had formed a rear guard as the fleet escaped Lakota, had been pounded badly. Her heavily armored hull had taken so many hits that it looked like sheet metal that had been pelted by acid rain and left to disintegrate. Either during the battle or afterward, every weapon on *Audacious* seemed to have been destroyed, and not a single propulsion unit was apparently capable of any thrust. But the Syndics were towing the hulk along with them. "What are they doing? Why have they got *Audacious* with them?"

Desjani frowned, then her expression cleared. "Prison barracks. See? There's heat and atmosphere leaking out, which means the Syndics have patched some compartments and kept life support up. I'd be willing to bet that *Audacious* is full of Alliance prisoners of war. They're probably using them for the heavy labor on those Syndic ships that need repair."

"Damn." Adjust the plan. They'd have to take what was left of the broken Alliance battleship, too, before . . . "Tanya, would they blow the power core on *Audacious*?"

She nodded, her face grim. "We've done it. They've done it. They're surely already preparing to do it again."

Nothing to lose, then. One of his greatest shocks had been seeing Alliance fleet personnel preparing to cold-bloodedly murder prisoners of war by blowing up their captured ship with them still aboard. This fleet, *his* fleet, would no longer do such a thing, but the Syndics hadn't had any such change of heart that Geary knew of. He need have no fear of putting a thought into the Syndics' heads that hadn't already occurred to them. Geary paused in his work and tapped the communications controls. "All Syndicate Worlds' personnel in Lakota Star System, this is Captain John Geary, the Alliance fleet commander. Be advised that if the Alliance prisoners of war on the battleship *Audacious* or on any other ship or location are murdered by core overload or other atrocity, I will ensure that every Syndicate Worlds' ship, shuttle, and escape pod in this star system is destroyed. Leave our prisoners alive, and I swear on my ancestors' honor that you'll be allowed to escape. Kill our prisoners, and I promise just as strongly that you will die as painful a death as I can arrange." It would take about ten minutes for that message to arrive at the Syndic formation containing *Audacious*, soon after the Syndics there saw the light announcing the arrival of the Alliance fleet. Hopefully that would be soon enough.

"That should get their attention," Desjani muttered, her eyes on her display again, her hands racing over the controls.

Geary refocused on his own task, now ensuring he had the remains of *Audacious*

covered as well. The task seemed to take forever, great curves arching across the maneuvering display in an interleaving and intricate dance, even though he knew it was taking only seconds to plan the movements of numerous ships.

“Got it,” Desjani gasped.

Tagging a last heavy cruiser and reading the maneuvering solution the system generated, Geary nodded. “Me, too. Double-check our work while I go over it, too, okay? Make sure we’ve got the heavies and the lighter ships coordinated enough to support each other where needed.”

“Halfway done, sir.”

He ran his eyes across his and Desjani’s work, seeing the graceful arcs of projected ship courses streaking across space, the whole thing forming a picture of beauty that belied the deadly purpose behind it. The movements of the destroyers and cruisers didn’t match the courses with the heavier ships perfectly, but everything worked and could be cleaned up in the time needed to close to contact with the enemy. He’d wondered if Desjani would just throw ships at the enemy, but she’d coordinated every movement so warships were working together in improvised formations that tried to maximize the combat capability of each ship. Clearly Desjani had not just been watching Geary control this fleet, but also learning from watching. Taken together, their work made the most of the current state of the fleet by dividing the bulk of it into about twelve subformations, each centered on at least one battle cruiser or battleship division. “Looks good.

Looks very good.”

“Same here, sir.”

“Has that Syndic guard force reacted to us yet?”

“Not yet. They won’t see us for another . . . nineteen minutes.”

It was hard to believe that they had only been in Lakota Star System for eleven minutes. There wasn’t any way to counter a reaction that hadn’t happened yet, and waiting to see what the Syndics did would certainly be a mistake when every minute counted. Geary punched his controls again.

“All units in the Alliance fleet, this is Captain Geary. Maneuvering plan orders are being transmitted to you now. Execute immediately upon receipt. It is critically important that we gain control of as many Syndic repair ships as possible before they realize we’re out to capture those ships instead of just shooting them up, so all units engaged in taking down enemy repair ships must adhere as closely as possible to the time line. It’s also critical that we not accidentally trigger a core explosion on one of the Syndic repair ships. We assume there are Alliance prisoners of war aboard the wreck of *Audacious*, so ensure no fire hits the wreck. All other units, try to inflict maximum damage on Syndic units that come within range. We want to leave as little as possible for them to salvage. Use hell lances as much as possible and employ

expendable munitions only when absolutely necessary.”

He switched to another circuit, to the commander of the Marines embarked on his major combatants. “Colonel Carabali, work with the commanders of the warships going after the Syndic repair ships to ensure their boarding parties have Marine backup. Also prepare an assault force to retake the wreck of *Audacious* and liberate any prisoners. Time is critical. I’ve sent you a copy of the fleet maneuvering plan, so you’ll know which of our ships are going near

Audacious. You have authority to use shuttle assets from any of those ships except our own auxiliaries to get your Marines to *Audacious* and evacuate prisoners. Any questions?”

“No, sir,” Carabali answered crisply. “I’ll have my plan ready for your approval within half an hour.”

“Thank you, Colonel. I may well be distracted dealing with Syndic warships and the overall situation. If you don’t hear from me, assume the plan is approved and proceed with executing it.”

“Command by negation, sir?” the Marine colonel asked in surprise.

“That’s right. You’re my landing force commander, and you’ve proven you’re good at it. Get to work and let me know if you need more fleet assets dedicated to the task.”

Carabali nodded, not quite suppressing a grin, then she saluted sharply. “Yes, sir!”

On to a third circuit, calling the commanding officer of *Witch*, who was also commander of the Fast Fleet Auxiliaries division comprised of *Witch*, *Goblin*, *Jinn*, and *Titan*. “Captain Tyrosian, we intend taking control of as many Syndic repair ships as possible. We need to loot their raw-materials bunkers as fast as we can. Is there some kind of conveyor we can run from our ships to the Syndic bunkers?”

Five light-seconds away, Tyrosian seemed dazed, blinking at Geary, then abruptly jerked into speech. “We have loading conveyors, but our systems won’t mate with their systems, sir.

Incompatible, by design of course. We’ll have to use the Syndic conveyors to get the materials to a loading point, then transfer them to our conveyors. The transfer will cause a significant delay.”

Geary gritted his teeth and turned to Desjani again. “The conveyor systems on our auxiliaries won’t mate with the Syndic conveyors accessing their raw-materials bunkers.”

“Blow the Syndic hulls open and run our conveyors right into the bunkers,” Desjani suggested in a “the-solution-is-obvious” tone of voice.

“Excellent idea.” Geary repeated it to Tyrosian.

“That will inflict some structural damage, sir—” Tyrosian began.

“We only need those Syndic repair ships to hold together until we get what we

want off them!

After that I don't care if they break into a million pieces because of the structural damage from the holes we blew through them. Hell, I want them to do that so the Syndics can't salvage them.

Get your engineers ready to go. We need the raw materials unloaded fast. Will you need assistance from the Marines in blowing access holes through the Syndic ships?"

Tyrosian managed to look offended. "Engineers are better at demolishing things than Marines are," she declared.

"I'll arrange a contest sometime, Captain Tyrosian. Execute your orders and let me know immediately if you run into any trouble."

Geary slumped back, breathing heavily, amazed at how quickly they'd been able to put the plan together. He glanced over at Desjani again and saw her also leaning back, grinning at him, her face slightly reddened as if she'd just sprinted to finish a race. "Captain Desjani, has anybody ever told you that you're a damned fine fleet officer?"

Desjani's grin widened. "Thank you, sir."

As Geary caught his breath, he marveled at the experience. He and Desjani had worked together many times before, but never this well. Anticipating each other, supporting each other, setting up the movements for the fleet together. The closest thing he could compare it to was having sex without having sex.

He took another look at Desjani's flushed, happy face and wondered if that metaphor wasn't a bit too close for comfort. Her eyes caught his, her smile faded into an anxious expression, and she looked away. Great. Something in his own face had made her uncomfortable.

Now what? Find something else to focus on. Like the developing battle. "How long left until that Syndic guard force sees us?"

"Five minutes," Desjani replied, composed and professional again.

"The big formation of crippled ships and repair ships should have reacted to us by now."

"Some of them are. See this activity? Lines being severed between some of the warships and nearby repair ships. It looks like the Syndic warships in the formation that can fight are getting ready to fight or run."

"I hope the repair ships don't try to run, too." "Try" being the operative word. Even the so-called Fast Fleet Auxiliaries in the Alliance fleet were faster in name than practice, and they were purportedly designed to keep up with warships. Essentially mobile factories, most auxiliaries or repair ships weren't supposed to be able to maneuver anything like warships, with propulsion capabilities that accelerated them only sluggishly and couldn't come close to matching the velocities of

combatants. Moreover, these Syndic repair ships were heavily loaded with the raw materials needed to manufacture replacement items, spare parts, weapons, and fuel cells, making them even more ponderous.

The leading elements of the Alliance fleet were clearing the top of the minefield that had prevented a direct run into or out of the jump point. As they did, each ship canted over and down and accelerated straight toward the enemy, the fleet seeming to be bending over the top of the mines like a waterfall in reverse.

Dauntless cleared the top of the mines, too, pivoting downward, the force of her acceleration obvious even though the inertial dampers were whining as they tried to block out the effects on the ship and crew. When it came to closing on the enemy, Desjani didn't waste time. "The Syndic guard force must have seen us by now," Desjani observed. "Since we're accelerating toward them, we'll see their reaction in . . . twenty or twenty-five minutes, depending on what they do in the meantime."

After the frantic activity they'd just gone through, those twenty minutes crawled by like a video playing in slow motion. At least the delay gave Geary time to go through the status reports streaming in from his ships, his first chance for a good look at their supply states and repair progress since the fleet had hastily jumped back for Lakota.

In the last fight at Lakota, *Warrior* had taken the brunt of fire from four Syndic battleships blundering past the Alliance auxiliaries that *Warrior* had been ordered to protect. Her crew had worked themselves to exhaustion patching up serious damage sustained at Vidha, so that the battleship could once again face the enemy, but now *Warrior* was once again barely combat-capable. Geary couldn't help shaking his head grimly as he viewed the latest status of the stricken battleship. She could keep up with the fleet, but *Warrior* would be out of the line of battle again for a long time.

The battleships *Orion* and *Majestic*, also badly damaged at Vidha, hadn't done nearly as inspired a job of fixing themselves up since then and remained barely combat-capable even though they'd taken little more injury the first time the fleet had been at Lakota. *Amazon*, *Indomitable*,

Vengeance, and *Reprisal* were the next most badly damaged battleships, but all had made heroic repair efforts in the time allowed by the jumps away from and back to Lakota and were in good enough shape for combat.

The battle cruisers, which traded greater acceleration and maneuverability for the heavier armor and shields of the battleships, had paid the usual price for the bargain. Most of them had taken significant damage as the fleet had fought its way out of Lakota, but like *Dauntless*, most had been able to get at least the majority of their hell lances back online and their propulsion units functional. Only *Daring* and *Formidable* were still in bad enough shape that they needed to be kept back from any major fighting. Geary hoped he could manage to keep the commanding officers of

those ships from nonetheless charging into the biggest fight they could find.

The rest of the fleet, the heavy and light cruisers and the many destroyers, were much the same though there hadn't been many badly damaged destroyers or light cruisers when they jumped out of Lakota with the Syndics on their heels. If the smaller combatants took major hits, they didn't have the size or armor to withstand the resultant damage and were usually blown apart or knocked completely out of action. Only Geary's attempts to protect his light combatants during the last battle had kept them from being decimated. As it was, four destroyers and three light cruisers hadn't survived the fleet's last visit to Lakota.

The four auxiliaries, vital to the fleet's survival, had emerged from the last encounter almost untouched, thanks in great part to *Warrior's* stout defense. The one hit that *Titan* had taken had been patched up in the days since the battle.

As long as he didn't pay attention to the total lack of specter missiles among his ships, the almost exhausted supplies of grapeshot and the low fuel-cell states, the surviving ships of the fleet actually appeared to be in decent shape.

"Why haven't the Syndics done more repairs?" Geary wondered out loud. "They've had as long as we have, but their ships are still showing a lot of unfixed damage."

Desjani gave him a surprised look. "From what I know, they don't maintain the same onboard repair capability. It's more centralized with them. Supposed to be more efficient, I guess, and allows smaller crews on their warships. Odds are very little work was done before those repair ships showed up, and it would have taken them a while to be summoned after the battle even if they were in a nearby star system. They're close enough to where the last engagements were fought with us that I bet that formation has only been under way for a day or so."

"The Syndics were more like us before the war," Geary noted. "I guess they changed in response to their own losses. But what you're describing is something designed for peacetime, when there's the luxury of time and the ability to wait until you get to a repair facility or it comes to you. That may save the Syndics money in the short term, but it can't be helping their sustained combat capability in the long run."

She grinned. "Not today, for sure." Desjani paused as she noticed something. "We've got light from the Syndic guard force's reaction."

He hastily switched displays, seeing the images of two battleships on vectors accelerating toward the Alliance fleet. "Just two battleships? What about the rest?"

"We don't have light on their reactions, yet." Desjani checked something. "The two battleships are only twenty-two light-minutes away now since they're coming at us. When the rest of the force reacts, we should see it in the next few minutes."

It took a couple of minutes longer than expected, leading Desjani to predict that

the rest of the guard force was accelerating away from the Alliance fleet. She turned out to be right. “They’ve split up.”

“Split up?” As Geary watched the display, sensors throughout the fleet observed the time-delayed light showing the actions of the Syndic ships and provided rapid updates and estimates.

Two of the battleships, both battle cruisers and the lighter Syndic warships, were accelerating like bats out of hell, on vectors clearly aimed at the hypernet gate. They were still twenty-eight light-minutes away and pushing their velocity up past point one light. Even though some of the lightly damaged warships in the guard flotilla were lagging slightly, it wasn’t by much. He didn’t need to run the figures to know the Alliance fleet couldn’t possibly catch them. “They’re going to defend and if necessary collapse that hypernet gate so we can’t use it. But why split up a force that’s already badly outnumbered? Why send those other two battleships toward us? Is it some sort of diversion?” He ran out the vectors for the two battleships, and the answer became obvious. The two battleships were headed for the large formation of damaged Syndic warships and repair ships.

“Going to defend their comrades,” Desjani replied matter-of-factly. “It’s a hopeless gesture, but that Syndic commander is making it.”

Two battleships. Even counting out the badly damaged Alliance battleships like *Warrior*, he still had at least sixteen battleships to hurl against them, plus over a dozen battle cruisers. “It’s what battleships do,” Geary stated softly, remembering the words of Captain Mosko before he took *Defiant*, *Audacious*, and *Indefatigable* to their deaths holding off the Syndics closing on the rest of the Alliance fleet. “But this is hopeless. The other ships can’t get away no matter what those two battleships do. The battleships can’t even get to us until over four hours after we intercept that formation. They’re being thrown away for no reason.”

“Maybe the Syndic commander has orders to defend those other ships and the hypernet gate, too, and has to make the gesture.”

That sounded entirely too likely to be true. A mission too great for the forces assigned, and so some of those forces would be sacrificed to satisfy the unreasonable expectations of the high command. In Geary’s time a century earlier those sorts of things had only happened in exercises, fake losses in fake battles, but even then he’d wondered if things would truly be different in a real conflict as he was assured by his seniors, or if the same patterns would play out even though the costs were far higher. From what he’d learned of the war, and seen of it in person, too often the latter was true. “All right, Captain Desjani, let’s make sure our fleet will be properly arrayed to take out those battleships without losing any of our own ships.”

“Captain Desjani,” the engineering watch-stander called. “*Dauntless* just went below fifty percent on fuel cell reserves. ”

Desjani nodded, then glanced at Geary. “The old girl’s never been this low before.”

The “old girl” had left her commissioning dock less than two years ago, but it was still a chilling thing to hear. If they didn’t manage to loot those Syndic repair ships, the Alliance fleet wouldn’t get much farther home. Warships couldn’t run on prayers.

Forty minutes since they’d arrived in Lakota again. So far things looked very good. But how much longer would they have before the massive Syndic pursuit force came in behind them, determined to ensure that the Alliance fleet didn’t escape again?

TWO

POURING over the top of the Syndic minefield, the jumbled warships of the Alliance fleet had accelerated onto individual vectors. For a moment, the sight of it had brought to Geary's mind the chaotic arrival in Corvus right after he'd assumed command, the Alliance fleet breaking into a wild scramble to attack a few weak Syndic warships. But this time was far different. This time the Alliance warships were following orders, tearing off on courses and speeds that would bring coordinated attacks to bear on every Syndic warship the fleet could reach. Even those officers who didn't like the way Geary fought shouldn't have any problems here, with so many targets available for the ships of the Alliance fleet.

With the orders given, the fleet reacting as it should, and no Syndic pursuit force yet showing up astern, Geary had one of those lulls created by the vast distances of a star system. Even with his ships accelerating to point one light speed, it would take more than an hour and a half just to cover the ten light-minutes separating the fleet from that big Syndic formation of damaged warships and repair ships. But the Syndics were also moving away from the Alliance ships, though unable to do so nearly as fast the Alliance fleet was charging at them.

"Estimated time to intercept one point seven hours," Desjani grumbled. "They're running, but we'll still be on them well before those two Syndic battleships can reach us."

"We'll have to make sure those battleships are stopped dead before they can smash their way through to any of our auxiliaries." On Geary's display, paths arced through space as Alliance destroyers and light cruisers pulled ahead of the heavier combatants, aiming not only for the largest Syndic formation but also smaller groups and individual ships. "Call it two more hours before we take those Syndic ships. We'll be lucky if we achieve that before the Syndic pursuit comes in behind us."

"Do you suppose any more Syndic reinforcements showed up here after we left?" Desjani wondered.

"Good question. We can't assume the totals we saw at Lakota last time we were here reflect what the Syndics have available now and in the pursuit force. But it looks like what's here is going to fight." Geary watched some of the damaged warships that had been proceeding independently toward the inner planets alter their vectors to come around and head toward individual rendezvous with the two battleships, trying to build a scratch task force. Counting up the ships involved, and their states of repair, Geary shook his head. He knew how they were feeling, badly outnumbered and not prepared for this kind of battle. His own fleet had faced a similar situation when it had last been at Lakota.

Out of the almost eighty Syndic battleships and battle cruisers the Alliance fleet

had once faced at Lakota, at least six Syndic battleships and ten Syndic battle cruisers had been destroyed during those battles. Alliance sensors had also been able to confirm twenty Syndic heavy cruisers destroyed then, as well as dozens of light cruisers and Hunter-Killers. But numerous Syndic warships had been badly damaged as well, some of them by *Audacious*, *Indefatigable*, and

Defiant as they fought to the last. Those damaged Syndic ships had been left behind here when the Syndic commander took a strike force in pursuit of the fleeing Alliance fleet.

The large formation of crippled Syndic ships included four battleships and no less than seven battle cruisers as well as thirteen heavy cruisers. Trying to close with that formation of badly hurt warships right now in addition to the two combat-effective battleships from the guard force were one more battleship, two battle cruisers, and another three heavy cruisers, all of which had suffered significant damage. Scattered around them were about a dozen light cruisers and HuKs, which had been limping for repair docks, and some of those were also trying to join in the defense of their helpless fellows.

He ran out the course vectors and the times. If all of those ships managed to join together, it would create a weak but dangerous flotilla. But with the distances involved and the propulsion damage so many had suffered, the Syndic defenders could only arrive in staggered waves of a few ships at a time unless they pulled back and tried to form up farther away from the Alliance fleet, at the cost of letting the Alliance ships tear apart the big formation unhindered. That would buy the Syndics a little time, but not enough to save them unless the pursuit force came through that jump point a lot sooner than Geary hoped.

A pair of tugs had been dragging a riddled Syndic heavy cruiser only three light-minutes from the jump point. The unlucky heavy cruiser must have been forced to wait the longest for a tow to show up. Now, with no hope of running away from the Alliance destroyers and light cruisers heading for them, the crews of the tugs abandoned ship, escape pods spitting frantically from the slow, clumsy vessels. Several escape pods erupted from the heavy cruiser itself as well, marking the flight of the salvage crew left aboard the ship.

The Alliance destroyers *Jinto* and *Herebra* reached the tugs first and blew them into fragments with close-in hell-lance fire before altering course to head for their next targets. Right behind them, *Contus*, *Savik*, and the light cruisers *Tierce*, *Ward*, and *Lunge* rolled past above and to port of the abandoned heavy cruiser, hell lances slamming repeatedly into the hulk until it shattered into multiple fragments. "Let's see them recover that," Geary remarked.

"There goes another one," Desjani noted gleefully, as a solitary Syndic light cruiser whose remaining crew had also abandoned ship came apart under the fire of a

half dozen Alliance destroyers.

Struck by a sudden thought, Geary sent out orders. “*Ocrea*, pick up some of the escape pods from that Syndic heavy cruiser. I want to know what the crew members from that ship can tell us about how long it took the pursuit force to jump after us and anything else they can tell us about the pursuit force.” One of his own heavy cruisers, *Ocrea* wouldn’t have interrogation facilities anything like those on *Dauntless*, but he didn’t have the luxury of the time to get those prisoners to a capital ship for questioning. Hopefully some of the Syndic crew members would spill their guts after the shock of having the Alliance fleet reappear and destroy their ship.

It was also time to update the maneuvering plan based on what the Syndics were doing. The Syndic defensive moves had actually simplified the Alliance requirements. As Syndic warships came together, Alliance ships that had been dispersed to hit each one individually could also merge into larger formations. Geary frowned at the display, where the enemy flotilla filled with damaged warships had been tagged with the name Casualty Flotilla. The tactical systems automatically named enemy formations, so he was surprised that one had a specific status designator rather than a generic name like “Flotilla Alpha.” It was always a little unnerving to him when automated support systems acted a bit too human.

He wasn’t trying anything fancy that would require a lot of maneuvering. The subformations would be concentrated into loose, larger formations, which would sweep directly over the largest Syndic formation, the Casualty Flotilla, then onward to hit the less-badly damaged warships trying to form into their own flotilla, then soon afterward the two battleships racing outward from the guard force. “How’s this look to you?” he asked Desjani.

She studied it, face intent. “A series of fast firing runs over the Casualty Flotilla to knock out the weapons on the Syndic warships that have any working? You don’t want to destroy them right away?”

“Not until our auxiliaries are done looting their repair ships. I don’t want to risk debris from destroyed warships messing up our pillaging operation. We can finish off everything when we pull away from the Casualty Flotilla. We’ll have four of our battleships with the auxiliaries then.”

Desjani nodded. “Even the Third Battleship Division should be able to handle destroying enemy ships with all of their systems knocked out. But you need to leave a couple of more battleships or battle cruisers with the formation containing the auxiliaries.”

“Why? I know *Warrior* has been beat to hell again, but *Orion* and *Majestic* can put up a fight and

Conqueror is in good shape. I’m sticking *Conqueror* with them since she’s part of the same battleship division. Those four battleships should be able to handle anything

that manages to get through the rest of the fleet.”

Desjani kept her expression controlled and her voice bland. “That’s true, if *Orion*, *Majestic*, and

Conqueror do not have *difficulties* engaging the enemy.”

Meaning that their commanding officers might find reasons to avoid battle. He had to admit that Desjani’s diplomatically worded statement was justified. Captain Casia of *Conqueror* hadn’t inspired any confidence. Commander Yin, acting commander of *Orion* since Captain Numos had been relieved of command and placed under arrest, made Casia look like a paragon of a combat officer by comparison. And *Majestic*’s acting commander, who had also gotten his job when his former captain (Numos’s ally Captain Faresa) had been relieved for cause, was such a nonentity that Geary had trouble remembering the man’s face. In a perfect world he would have replaced all of them by now, but a fleet fleeing for its life through enemy territory was far from a perfect world, especially when the fleet’s politics left Geary’s hold on command tenuous enough that he couldn’t afford to be seen acting too high-handedly. Some officers might work against him more vigorously as a result, and other officers would believe such behavior meant Geary was on his way to accepting the role of the dictator they either hoped or feared he would become.

His frown deepened. “I hate to waste a couple of more capital ships just because those three battleships might encounter problems.”

“If the wreck of *Audacious* does hold prisoners who need to be liberated,” Desjani pointed out,

“they’ll need all the shuttles they can get to transfer them off, and ships nearby big enough to hold the liberated prisoners at least temporarily.”

“Good point.” But that still left the problem of two capital-ship commanders who wouldn’t be thrilled to be told to stay back with the auxiliaries. Who might find ways to avoid following his orders, and if they were doing that to race into battle, most of their fellow commanders wouldn’t condemn them for it or approve of Geary raising hell with them for abandoning their escort duty.

The doctrine of all-out attack was still too thoroughly engrained in the fleet. He glanced back to where Co-President Rione was sitting, watching events with an unreadable expression. “Madam Co-President, I’d appreciate your advice on how to phrase some orders—”

“I heard you.” Rione broke in. “Thank you for deigning to include me in your discussions.” She paused just long enough for that to sink in. “You’re sending these ships to ensure our own people, recently taken prisoner, are liberated and brought to safety. If any Syndic warships get through to the space near what’s left of *Audacious*, they could disrupt that action, or even cause some of those prisoners to be killed. What more justification do you need to offer? What more honorable task can a ship

be assigned than ensuring our people are safely recovered?”

Geary nodded. “Very well put, Madam Co-President.” That left the question of who to send. He ran his eyes across the display, trying to decide who could be trusted and who wouldn’t take exaggerated offense at what Rione had pointed out was indeed a highly honorable assignment even if it wasn’t in the front of the engagement. He’d already heard indirectly that some officers were regarded as his favorites, and it wouldn’t do to reinforce that impression even if it was in many ways true. He did like certain commanding officers because they were capable as well as aggressive, smart as well as brave, loyal to their duties to the Alliance rather than to political games meant to advance their careers. Captain Cresida, for example . . .

Whose battle cruiser *Furious* along with *Implacable* were the last surviving ships of the Fifth Battle Cruiser Division. And he needed two ships. “I’ll send Cresida. Her ship and *Implacable*.”

Desjani’s eyebrows shot up, then hastily lowered again. “She’s used to being in the thick of battle.”

“Exactly. She’s proven her ability to carry out this task.”

“I’m glad I’m not the one who’ll be telling her that, sir,” Desjani responded dryly.

“We’re almost a light-minute away from *Furious* now. That ought to be outside the blast radius,”

Geary noted. Desjani grinned.

He changed the plan, let Desjani see it again for a sanity check, then transmitted the changes. On the heels of that, he called *Furious*. “Captain Cresida, I’m giving *Furious* and *Implacable* the most important job in the fleet. I want you to make sure our imprisoned personnel, and our auxiliaries, are well protected.”

Geary barely heard Desjani’s low murmur. “Tell her that you’re counting on her.” She saw his reaction. “It’s true. Say it. Sir.”

The exchange had taken only a couple of seconds. Geary continued the same transmission. “I’m counting on you, Captain Cresida.” It felt absolutely shameless to use that on Cresida. But it was true. Desjani was right about that.

Cresida’s reply took a little over two minutes, given the distance between her ship and

Dauntless. To Geary’s surprise, Cresida sounded not angry but both pleased and determined.

“Yes, sir. *Furious* and *Implacable* won’t let our imprisoned comrades down, and won’t let you down.”

Geary stole a glance at Desjani, who was apparently absorbed in studying her display. Desjani had been giving advice that way almost from the first time he’d met her, Geary realized. Maybe she believed the living stars themselves had sent him, but if she thought there was something Geary needed to know, she’d tell him and keep

repeating it until he paid attention. Just as importantly, Desjani wasn't blindly accepting his plans, instead telling him what she thought needed to be changed. He wondered now if she ever had shown total acceptance of his plans, or if her unquestioning faith in his mission had never gotten in the way of telling him when she thought something should be done differently. "Thank you, Captain Desjani."

She glanced his way and nodded with a slight smile. "Captain Cresida needs to be handled just so, sir."

"Just keep giving me advice when I need it."

This time Desjani looked surprised at the statement. "That's my job, sir. Though if I may say so, you take it much better than Admiral Bloch ever did."

He checked the time. Still no sign of the Syndic pursuit force and still over an hour left before the Syndic Casualty Flotilla was overhauled. This was going to be a long day no matter what happened.

"Captain!" a watch-stander called to Desjani. "We've spotted escape pods leaving the repair ships in the Casualty Flotilla."

"What?" Geary thought he and Desjani had said it simultaneously. But the display was indeed showing a swarm of escape pods leaving the Syndic repair ships. "They're punching out of their ships this early?"

Desjani was frowning, apparently trying to figure out what kind of Syndic trick this was. "Did they figure out how badly we need what's in the bunkers on those repair ships? Are they going to blow up all of them before we even get within a couple of light-minutes?" she wondered.

Before Geary could answer, his internal communications circuit buzzed urgently. Lieutenant Iger in the intelligence section. It was very unusual to hear from him during a battle since his work dealt with longer-term collection and analysis, everything of tactical importance being automatically shown on the displays before Geary and other commanders. "Yes, Lieutenant?"

Iger's head within the small pop-up window inclined diffidently. "Sorry to bother you during an action, sir, but—"

"Just tell me, Lieutenant. What is it?"

The intelligence officer looked startled, then spoke quickly. "We've confirmed these are standard Syndic repair ships."

Geary waited, but like the engineers on his own auxiliaries, the intelligence officer apparently expected him to just know things sometimes. "Meaning what? Why are they abandoning ship so early?"

"Because they're not military, sir."

"They're not military?"

Desjani, overhearing, gave Geary a surprised look.

"Yes, sir," Iger responded. "Syndic major logistics support isn't handled by

combat arms. It's handled by a different directorate and contracted out to corporations. Our fleet never sees repair ships like these because they're never supposed to go where they can encounter Alliance warships."

"They're civilian?" Geary demanded.

"Yes, sir. Military-related civilian, of course. Totally legitimate targets. But no military personnel aboard, no combat training, no defenses. That's why they're abandoning ship. They and their corporations aren't paid to engage in combat. From what we know, the crews would get in trouble if their actions somehow caused us to inflict more damage on those repair ships. So they're punching out now."

"Wait a minute. They want to ensure as little damage as possible is done to those repair ships?"

Iger nodded vigorously. "We know that?"

"Yes, sir. From captured records and prisoner interrogations. Most Syndic fleet personnel don't like the civilian contract people because they don't think they get proper support from them. The civilian contractors are also paid considerably more, which is probably the real main point of contention as far as Syndic military personnel are concerned."

"I'll be damned." Geary thought for a moment. "Then they won't have rigged any traps on those repair ships?"

Iger hesitated, clearly thinking, looked sideways as someone else in the intelligence section spoke to him, then nodded again. "I'd regard that as very unlikely, sir. They'd lose their jobs if their corporations thought they had caused more damage to those ships. It's safe to assume they've shut down all systems and left the repair ships to coast in the hope that we'll ignore them or just toss a few shots at them as we cruise past."

"They're going to be disappointed. Thanks, Lieutenant. Excellent work by you and your people."

As Lieutenant Iger's image vanished, Geary turned to speak to both Desjani and Rione, then repeated what the intelligence officer had said. "You've never seen these sorts of repair ships?"

he asked Desjani.

She shook her head. "Only in briefing documents on Syndic ship types. No, I've never encountered one and don't think I ever ran a simulation with one in it, either."

Turning back to Rione, Geary addressed her. "Does what Lieutenant Iger said make sense to you?"

"As a civilian?" she asked sardonically.

"Yes." More importantly, as a civilian after a century of war. Geary's last experience with other civilians had been almost one hundred years ago, before the war with the Syndicate Worlds began. He'd seen what a century of war had done to

the officers and sailors of the fleet, and wondered how it had changed civilians.

Rione gazed at him, seeming to guess the reasons for his question. “Certainly. As much as they’d like their military forces to triumph, as much as they’ve grown to hate the enemy, civilians are still not prepared to stand up to battle. Even if some individuals in those crews were ready to resist, they would have been carried away by the mass of their fellows who only wanted to avoid dying.” Rione caught the expression on Desjani’s face. “They’re *not* cowards,” she added in a very cold voice. “Someone who isn’t trained or mentally toughened for combat isn’t going to stand and fight the way military fighting forces are. They’re surely smart enough to know they don’t stand a chance against us.”

Desjani shrugged, her eyes on Geary. “Neither do those Syndic warships heading to intercept this fleet.”

But Geary shook his head at her. “Staying with those ships when they lack any combat training or capability wouldn’t accomplish anything. You or I would at least ensure they weren’t captured intact if we had any suspicion the enemy intended doing that, but dying to no purpose wouldn’t serve our cause.” He jerked his chin toward the display, which showed the two Syndic battleships charging toward them, still hours away from contact. “The Syndic commander is throwing away those ships and crews because he or she can, because those crews will follow senseless orders, even though it’s a total waste. May the living stars help me if I ever decide to waste lives like that just because I can.”

Desjani frowned slightly, her eyes averted as she thought. It had to be a difficult concept for someone raised and trained to believe that honor demanded fighting to the death. For someone who already knew she would do that if necessary. But then she had made that commitment before joining the fleet and lived with it since then. “Yes, sir,” she responded eventually. “I see your point. We expect obedience from those under us, and in return they deserve respect for their willingness to follow orders to the death.”

“Exactly.” She’d actually said it better than he had. He remembered Desjani once telling him that she’d been offered a job at her uncle’s literary agency before she joined the fleet, and once again wondered what Desjani would have been like if she hadn’t been born and brought up amidst a war already ancient to the Alliance.

Rione spoke again, her tone genuinely curious. “There’s something I don’t understand here. You watched the crews of the crippled Syndic warships we’ve already overrun hastily abandoning their own ships, yet didn’t seem to find it dishonorable the way you did the civilians fleeing their ships. Why?”

Desjani grimaced but didn’t turn or answer, so Geary did. “Because the warship crews waited until the last minute to abandon ship,” he explained.

Co-President Rione eyed him for a moment as if judging his seriousness. “Even

though the action was inevitable, the fact that they waited made it better than if they'd left as soon as it was certain they couldn't escape our pursuit. *That* makes it all right?"

"Well . . . yeah." Geary looked toward Desjani, but she didn't seem interested in helping explain anything to Victoria Rione. "Something might happen. Something unexpected. Maybe we'll veer off. Maybe some big Syndic force will appear behind us at the jump point or come in through the hypernet gate again and cause us to run. Maybe the ships headed for them in particular will have something happen and drop their pursuit. Maybe they'll get another weapon working and be able to put up a decent fight. Maybe a lot of things. So you wait as long as possible, just in case."

"Just in case a miracle happens?" Rione asked.

"Pretty much. Yeah. Because they do. Sometimes. If you keep fighting or remain ready to fight even after it seems hopeless."

She frowned at him, then lowered her eyes for a few moments in thought. "Yes," Rione finally said. "Sometimes miracles happen. As long as you don't give up while any hope remains. I do understand. But at what point does the hope for a miracle change from inspirational motivation to suicidal insanity?"

How to answer that? "It depends," Geary finally stated.

Co-President Rione's eyes rose and locked on his. "And it's the job of the commander to judge the situation and decide whether continuing to hope for a miracle is sensible or insane?"

He didn't like thinking of it in those terms, but . . . "Yeah. I guess so."

Rione's smile appeared to be half-mocking. "Like coming back to Lakota instead of running through Ixion or trying to stand and fight there? I hope your judgment remains as sound in the future, Captain Geary. You seem to have a talent for sniffing out miracles."

He nodded back, unsure of how to respond to that, then faced forward again, noticing as he did so that Desjani seemed slightly baffled. "What's the matter?"

Captain Desjani shook her head. "Nothing, sir."

"Like hell. Is there something I ought to know?"

"No, sir," Desjani repeated, then twisted her mouth in annoyance before answering in a low voice. "I'm just . . . surprised to find myself agreeing with Co-President Rione on anything, sir."

"You're both crazy."

Desjani grinned.

"Update on Syndic warships in the Casualty Flotilla," the operations watchstander announced.

Geary checked his display. Of the four Syndic battleships undergoing extensive repairs, only one showed signs of powering up any of its weaponry. The others

apparently had their systems so badly damaged or extensively dismantled for repairs that they couldn't be activated on such short notice. Out of the seven battle cruisers in the formation, only two revealed indications that some of their hell-lance batteries were being charged. The twelve heavy cruisers seemed marginally better off, with five showing weapons activity.

One of the Syndic battle cruisers, its propulsion system less badly damaged than that of its fellows, had begun accelerating away at a painfully slow rate. "Running?" Desjani wondered, her fingers dancing across controls as she checked something. "Not on that vector. He's trying to join with the other damaged ships forming up ahead of the Casualty Flotilla."

The Syndics were obviously still hoping for their own miracle that would keep the Alliance fleet from annihilating all of the major Syndic combatants currently within reach.

An alert pulsed on his display, drawing Geary's attention. "The automated combat system is recommending we volley rocks at the Casualty Flotilla."

"Kinetic projectiles at ships? Those ships are too badly damaged to maneuver much, but it wouldn't take much to avoid rocks thrown at them from any significant distance." Desjani made a face, checking the recommendation herself. "We'd have to throw a lot of our supply of rocks out there to form a pattern that would have a decent probability of scoring any hits."

"Doesn't seem worth it to me," Geary agreed. "Hey, what about *Audacious*?"

"The recommended pattern would avoid hitting the hulk of *Audacious*, as long as *Audacious* didn't maneuver. Which she could if her tugs yank her off her current course, and walk right into one of our rocks." Desjani shook her head. "And what if the debris from some of the hits on the warships struck the repair ships that we want to loot? Only an artificial intelligence would think this was a good option. I'd give the combat system a 'disregard option' instead of just a

'recommendation noted.' Otherwise, it'll keep trying to refine the recommendation and annoying you with updated alerts about it."

"Good idea." He thumbed the right commands, hoping the disregard order would work since automated systems sometimes seemed able to ignore such commands and kept insistently pushing options they had already been told to forget about. Another case of automated systems acting a little too human at times. "Any idea what made that big hole in *Audacious*? It looks like something blew inside."

Desjani only glanced at her display. "That was her null-field projector self-destructing. The Syndics don't have null-field weapons yet, so there's a multiple-redundant self-destruct capability. Just like for Alliance hypernet keys. We don't want them to fall into enemy hands, either."

"Have any of them ever self-destructed when they weren't supposed to?"

“Not that I’ve heard of. The weapons-design bureau assured us that it can’t possibly happen, so we don’t worry about it.” Desjani spoke with apparent total seriousness, but couldn’t quite keep from smiling at the actual absurdity of her statement. While declarations from the weapons design bureau were supposed to be nonfiction, sailors soon learned from experience to treat them all as fantasy until confirmed by real-world events.

Geary barely managed not to laugh. “Of course not.” His alert chimed to mark the arrival of Colonel Carabali’s plan. He skimmed through it, stealing occasional looks at the display to make sure nothing unexpected was happening.

The Marine plan was simple enough, using detachments from all four of the battleships accompanying the Alliance auxiliaries, which were heading straight for the Syndic Casualty Flotilla of which *Audacious* was a part. Most of the Marines would assault *Audacious*, using every shuttle available from the battleships and Captain Cresida’s battle cruisers. In addition, each boarding team from an Alliance auxiliary would be accompanied by a single Marine fire team to check for booby traps on the repair ships or some Syndic fanatic determined to die fighting.

He paused at the situation assessment. “I hadn’t noticed the Syndics evacuating *Audacious*,” he remarked to Desjani.

She checked her own display, tapping some recall commands, then nodded. “They pulled out when the other Syndics were bailing out of the repair ships. That’s why we didn’t notice it, but if you do a situation replay, you can see it clearly enough. There’s no change in the readings from

Audacious, so they didn’t vent atmosphere or anything like that.”

“Let’s hope it simplifies things.” He marked the plan approved and sent it back. Even though the Marines had been told they didn’t need positive approval, a clean paper trail on orders usually made people happy.

Ten minutes later, as Geary watched for the arrival of the pursuit force and felt pressure building in his head from the growing tension, he got another alert, this time a high-priority communication. Geary barely suppressed a groan when he saw the identification tag. Captain Casia of *Conqueror*, one of the biggest openly pain-in-the-butt senior officers whom he had to deal with right now. But this might be legitimately important. Not likely coming from Casia, but he couldn’t risk blowing it off. He tapped the acknowledge control and a window showing Casia’s frowning face popped into existence. “Captain Geary,” Casia stated heavily, “I’ve been informed that Marines attached to my ship will be employed in an operation to rescue presumed Alliance prisoners being held by the Syndics on the wreck of *Audacious*.”

Geary glanced at *Conqueror*’s position. Ten light-seconds away. Not too annoying a delay in communications, even if the communication itself looked like it would be annoying. “That’s correct, Captain Casia,” Geary stated in formal tones, then waited

to see what Casia's problem was this time.

"I've also been informed that there is no fleet command oversight for the Marines involved,"

Casia ground out.

Geary gave Casia's image a perplexed look. "That's incorrect, Captain Casia. I'm exercising command over Colonel Carabali, who is in turn directing the Marines according to my orders."

Twenty seconds later, Casia's image frowned even deeper as his reply showed up. "Perhaps oversight of Marines on fleet missions was much laxer before the war. I'm talking about the routine practice of fleet officers conducting direct supervision of Marine officers and senior enlisted who are engaged in ship-boarding operations."

"What?" The command and control systems allowed higher-ranking individuals to see and hear whatever any particular Marine in battle armor was doing, something that Geary thought an occasionally useful but usually dangerously distracting option. Geary muted his comm circuit and pivoted slightly to stare at Desjani. "Captain Desjani, is it true that fleet officers *routinely* look over the shoulder of Marines engaged in ship-boarding ops?"

Desjani rolled her eyes in aggravation. "Who brought that up?"

"Captain Casia."

"That figures. Sir," she added hastily as if suddenly remembering she was discussing the issue with her fleet commander. Desjani sighed, ran one hand through her hair, then spoke in a monotone. "Such oversight for warship boarding has been routine as long as I've been in the fleet."

"Why?"

"Because it's feared that Marines boarding a warship will punch the wrong buttons and wreck or blow up important things, including the ship."

"Am I wrong in assuming that the Marines have orders *not* to punch buttons unless they know what they're doing?" Geary demanded.

Desjani shrugged. "Of course they have orders not to punch strange buttons, sir. But they *are* Marines."

That was a point, Geary had to admit. Thousands of years of human technological advancement had yet to produce a single piece of equipment that was Marine-proof, or sailor-proof, for that matter. That was one of the main reasons why chief petty officers in the fleet and sergeants in the Marines had no fear of being rendered obsolete, since one of their primary functions remained to yell, "Don't Touch Anything Unless I Tell You To," at the more-junior enlisted whenever necessary. But because the Marines did have sergeants, Geary didn't see what purpose was served by having fleet officers tag along with the Marines via the command and control system.

"What level of officers are we talking about? The ones assigned to this oversight

of Marines?”

“Ships’ commanding officers,” Desjani replied in the same monotone.

“You’re kidding.”

“No, sir.”

“Who’s supposed to be commanding their ships while they’re supervising junior Marine officers?”

Desjani’s mouth twisted into a bitter smile. “I asked that same question of Admiral Bloch the last time I was assigned to stay on the shoulder of a Marine second lieutenant as he led a platoon aboard a Syndic warship. Admiral Bloch informed me that he had every confidence that an officer of my skills and experience could easily do both things at once.”

Not for the first time, Geary felt a guilty sense of relief that Admiral Bloch had died before Geary had been required actually to serve as Bloch’s subordinate. “I think I can already tell the answer to this, but do you personally see any good reason for doing that?”

Another shrug. “It’s possible to find reasons, but there’s plenty of reasons not to do it, too. I wouldn’t ever do it by choice, sir.”

“That’s what I thought. I wouldn’t, either.” Turning back to front, Geary unmuted his circuit and gave Casia a serious but noncommittal look. “Thank you for bringing this to my attention. I’ll ensure the Marines are aware of the need to consult fleet officers before taking any actions that might impact on the safety or security of the ship they’re boarding.”

Another twenty seconds or so, and Casia’s frown was just as deep, but now accompanied by a slightly flushed face. “There are good reasons for current policies, Captain Geary. Failure to abide by experience gained in *wartime* could have deadly results for those prisoners we hope to liberate.”

That was as pointed a barb as had been shot his way in a while, Geary reflected. It was true in a way, because he did lack the length of wartime experience of the other officers in the fleet. But also untrue, because he hadn’t learned any wrong lessons. If there was one thing he was certain of, it was that senior officers had no business riding on the backs of junior officers trying to do their jobs. He’d had entirely too much experience dealing with that as a junior officer himself.

“Thank you for your input, Captain Casia,” Geary stated in a level voice. “It will be given full consideration, and any actions deemed appropriate will be taken.” Maybe peacetime experience wasn’t the same as wartime experience, but it had taught Geary how to say “get off my back” in totally professional and polite language.

From the look on Casia’s face less than half a minute later, that officer hadn’t had any trouble deciphering the meaning behind Geary’s words. “After the disaster this

fleet experienced during our last period in Lakota—”

Geary used his authority as fleet commander and activated his override. If he listened, he'd get mad, and he didn't want anger clouding his judgment. Wishing for a moment that Captain Casia had his own “disregard option” button, Geary spoke in a hard voice. “If you want to be relieved of command prior to combat, Captain Casia, you can retransmit your last message. Or you can stop beating a dead horse and get on with your job. If you wish to have a personal meeting after this engagement to discuss the command structure of this fleet and your place in it, I will be happy to oblige. Rest assured that the Marines are being competently supervised and that your concerns have been noted for the record. End of transmission,” he added unnecessarily before breaking contact with *Conqueror*.

Captain Desjani was doing a very good imitation of someone totally unaware that her superior officer was unhappy. Around the bridge of *Dauntless*, the watch-standers were doing the same imitation with varying degrees of success. They couldn't have heard anything Geary had said within the sound-deadening field that gave privacy to his conversations with other ships, but any junior officer soon learned the essential art of reading a superior's mood by unspoken clues like body language.

Geary fumed a moment longer, then took a deep breath and called Colonel Carabali, who eyed him warily. “Colonel, I'm assuming that having fleet commanding officers directly supervising your people going aboard *Audacious* would be an unwelcome distraction.”

“That's a safe assumption, Captain Geary,” the Marine colonel agreed.

“I'm also assuming that your senior enlisted and junior officers are capable of preventing any Marines from pushing buttons at random or accidentally overloading *Audacious*'s power core.”

“Yes, sir.”

“And I'm assuming that if any Marine needs guidance or instructions from fleet personnel on how to deal with anything aboard *Audacious* they will have both the knowledge and ability to ask for those things.”

“Yes, sir.”

“In short, Colonel, I am assuming that your Marines have the experience, training, and intelligence to carry out their tasks without direct supervision from senior fleet officers.”

“Yes, sir.”

“Good.” Geary felt himself relaxing, while Carabali watched him as if she were trying to spot an ambush. “I'd appreciate it if you were to help me demonstrate the truth of my assumptions. If your Marines can take *Audacious* without blowing up anything or venting the ship's atmosphere into space, I will be able to provide a solid example of their ability to function effectively without fleet officers breathing down

their necks.”

Colonel Carabali nodded. “Of course, sir. There won’t be any screwups.”

“Hell, Colonel, there are always screwups in any operation. Let’s just keep them within reason.”

Carabali finally grinned, then saluted. “Yes, sir. I’ll let my people know of your confidence in them and reemphasize that they should ask for guidance if in doubt.”

“And avoid pushing strange buttons,” Geary couldn’t help adding.

“Absolutely, sir. Because we’ll be assaulting a ship that likely holds many Alliance prisoners of war, I’ve had my platoon and squad leaders instruct their Marines to exercise the highest level of fire discipline. They won’t shoot at anyone or anything unless they know it’s enemy.”

“Good idea.”

“They’re all volunteers as well,” the colonel added. “Since there’s a chance the Syndics might have rigged the ship’s power core to blow once our assault force is aboard.”

Geary felt his teeth clench at the thought. “I can’t tell you how much I appreciate their willingness to participate in the operation despite that chance, Colonel. I’ve warned the Syndics not to try anything like that, and warned what will happen to them if they do. Their escape pods can’t outrun our ships.”

The Marine colonel bared her teeth. “Thank you, sir.”

“Thank you, Colonel. Let me know if anything significant about the plan changes.” Carabali’s image vanished, and Geary leaned back with a sigh.

“Another crisis averted?” Rione asked.

“Dealt with, anyway,” Geary responded. “Have you heard anything I should know about now?”

She gave him an arch look, knowing he was referring to her spies within the fleet. “Nothing that can’t wait.” Rione hesitated, then stood up and walked close enough to speak softly. “Only a few of my agents have been able to get quick reports to me. They all say that those opposed to you were thrown off completely by your decision to return immediately to Lakota. Your opponents are now apparently waiting to see what happens before preparing their next moves.”

“Thank you. What do you think? How does it all feel to you?”

“You want *my* advice?” Rione asked coldly. “Why not ask your flagship’s captain again?”

Oh, for the love of my ancestors. “I ask her questions about fleet operations. Is there something wrong with that?”

“Of course not,” Rione replied in tones that implied the opposite, then answered his first question without missing a beat. “Your enemies in the fleet are quiet and waiting. Until the situation in this star system is resolved, they won’t act for fear that

they themselves will be stuck trying to handle a dangerous Syndic trap.”

Geary nodded, keeping his thoughts to himself. *If I fail, they have what they need to push for my replacement as fleet commander. Not that there's likely to be much of the fleet left to command if I fail. And apparently none of them want to try overcoming the Syndic presence in this star system.*

His eyes went to the display, looking again for what ought to be there by now. Still no Syndic pursuit force arriving via the jump point for Ixion. Geary's fingers drummed restlessly on one arm of his command seat. Why hadn't the pursuit shown up yet? They'd been in this star system for well over two hours now. Every additional minute was a gift, but he distrusted gifts that came for reasons he didn't understand. While he had told Rione of his hope for three hours' grace time and had been praying for that much, he'd actually assumed it would be less than two hours before the leading elements of the Syndic pursuit appeared. Even allowing for time needed to reorganize the Syndic flotillas, then to turn around at Ixion once they discovered the Alliance fleet had jumped back here, a decent pursuit should already have shown up in Lakota again.

Another high-priority message, this one from *Ocrea*, thirty light-seconds distant, which would make for a slow but not intolerable conversation. Geary wondered why the heavy cruiser would be calling him, then remembered that he'd asked that ship to pick up and interrogate some Syndics. “Geary here. Did any of the Syndics talk?”

Ocrea's captain nodded. “One did. Most of them just parroted the usual Syndic nonsense about it being a privilege to be a citizen of the Syndicate Worlds. But we got one senior enlisted who's apparently decided that this fleet can't be destroyed and that anyone trying is going against the will of the living stars. So he's spilling his guts about whatever he knows, thinking that's the only way to atone for helping to attack us.” He paused for Geary's reaction.

“I like that attitude,” Geary noted.

One minute later, *Ocrea's* captain nodded. “Me, too, sir. This Syndic sailor doesn't know much, but he did know that we took out the Syndic flagship during our fight before the jump for Ixion.

The senior Syndic CEO didn't make it off alive, and that left two CEOs of lower-but-equal rank arguing over who would get to command the force pursuing us to Ixion. Our source can't remember exactly how long, but he said it was at least four hours. Maybe even more than five, while the Syndic flotilla here hung around doing nothing.” The other officer paused for Geary's reply.

“At least four hours?” Geary questioned. He'd targeted the center of the Syndic formation hoping for that, but hadn't known if he'd succeeded. “That sailor is certain?”

“Yes, sir. Unfortunately, he can't tell us anything more specific than ‘big’ about

the size of the force that pursued us to Ixion. The only other thing he seems to know that's useful is that some of the badly damaged Syndic ships left behind here were required to transfer some crew members to the ships chasing after us. This guy thought they were to replace battle casualties, but said a lot of ships were undercrewed these days in terms of skilled personnel. The Syndics seem to have lost a larger than usual number of better-trained people lately, more than their training pipeline can replace for a while." This time *Ocrea's* captain smiled in a very satisfied way.

"That's great work," Geary stated with total sincerity. "Do you think any of your prisoners are worth hanging on to for transfer to a ship with more sophisticated interrogation facilities?"

"I really doubt it, sir. Even the one who gave away everything he could doesn't really know anything beyond what I told you. In my opinion, they're not worth keeping." The commanding officer of *Ocrea* seemed struck by an unexpected thought. "I guess we could just put them back in their escape pods and relaunch them. We've done that with others lately, haven't we?"

Geary nodded, trying not to show his relief. Not too long ago *Ocrea's* captain, like every other officer in the fleet, might simply have spaced the Syndic prisoners if dealing with them seemed too difficult. That he had on his own suggested a humane way of getting them off the fleet's hands was a very good sign that the concept of honor was returning to its old meaning. "That sounds like an excellent plan."

The other officer smiled. "Any messages from the living stars that we should give this guy to spread around?"

Geary almost jumped on that opportunity, then paused. It felt wrong in some indefinable way, as if someone was giving him a warning he couldn't hear or see but only sense. "That might not be such a good idea. His own ideas he can spread, but I wouldn't want to offend the living stars by presuming to speak for them."

The smile on the face of *Ocrea's* captain disappeared. "I wasn't suggesting sacrilege, sir."

"I know that. But what we think is okay might not be in their eyes. Right? Better safe than sorry."

"True." *Ocrea's* commanding officer nodded. "We seem to be in their favor right now, and I wouldn't want that to change. Thank you, sir. We'll relaunch the Syndic escape pods within the next ten minutes or so."

"Sounds good. Thanks again for outstanding work."

As the window showing *Ocrea's* captain vanished, Geary turned to speak to both Desjani and Rione, filling them in on the news before adding his interpretation. "The surviving Syndic CEOs each wanted to be the one who could claim credit for destroying this fleet at Ixion, so they spent hours arguing over who would be in

charge. Co-President Rione, don't the Syndics have some sort of seniority system like our date of rank?"

She shook her head. "CEO positions straddle both civilian and military commands. A CEO's standing is partially set by his level, but also by political influence."

"You're saying their command structure resembles . . ." He gave Desjani an apologetic glance.

"Resembles what this fleet was like? I would have expected the Syndics to have a rigid command structure. Everything I've seen reflects that."

"Up to a certain point," Rione explained patiently, though with an amused glance at Desjani's discomfort. "Anyone below the rank of CEO had better do as they're told and not make waves."

But once someone reaches CEO level, the knives come out. Among Syndic CEOs, it's constant political jockeying for position and higher-level assignments, culminating in those who manage to scheme, backslap, and backstab their way to the Executive Council."

"It doesn't sound all that different from our politicians," Desjani murmured as if to herself, yet loudly enough that Rione probably heard it.

But Rione just smiled coldly as she kept her eyes on Geary. "The CEO who can take credit for killing you will be on a fast track for that Executive Council. Small wonder the two surviving CEOs with the Syndic flotilla wasted precious time fighting for the post of commander. Contrary to what that Syndic sailor thought, they most likely weren't arguing with each other but each trying to convince the flotilla's commanding officers that existing orders and regulations meant that he or she should assume command of the flotilla. Those commanding officers would have been terrified of agreeing to follow the orders of someone without good bureaucratic justification that would allow them to claim they'd had no alternative."

"Not the same as this fleet at all, then," Geary observed. The Alliance fleet had looked for a leader after Admiral Bloch died, while the Syndic flotilla had tried to agree on what the regulations said. If the fleet had simply bowed to regulations, his own status as commander never would have been questioned since his seniority as a captain dated from a century ago when he received his "posthumous" promotion, considerably earlier by many decades than any other captain in the fleet could claim. But it was easy to imagine that the other problems ship commanders frightened of breaking the rules would have created would have more than balanced out the scales. "We lucked out, and it bought us at least four hours of delay in the Syndic pursuit, maybe more."

"We didn't 'luck out,' sir," Desjani objected. "You aimed our first attack on the Syndic formation at the point where you thought their flagship would be."

Rione spoke pointedly to Geary. “Don’t forget that whoever is commanding the Syndic ships left here is the CEO who lost that dispute over who’d be in command of the pursuit force. That may influence how they’re reacting to this fleet now.”

“Good point,” Geary agreed. “But how will it influence that CEO?”

“Whatever happens here is the fault of the CEO who assumed overall command and took off with the pursuit force. They wanted the command so they could gain the credit, but now it will position them to receive the blame. When that force gets back to Lakota, their CEO is going to be frantic to deal us a serious enough blow to make up for what you’ve done here.”

At least four hours. The tense muscles in Geary’s back relaxed a bit.

His fleet could do a lot of damage with a four-hour head start.

THREE

THREE more Syndic light cruisers were torn apart, then the major elements of the Alliance fleet converged on the Syndic Casualty Flotilla. A new swarm of escape pods marked many of the remaining crew members on the crippled Syndic warships without any combat capability abandoning their vessels. With the Casualty Flotilla inching away from its Alliance attackers, the engagement speed was a relatively slow point one light speed, or a mere thirty thousand kilometers per second. Fleet engagements often involved ships crossing paths at combined speeds of close to point two light speed, the limit beyond which targeting systems could not effectively adjust for relativistic effects, which warped the outside view of the universe.

As it was, even at point one light speed a firing pass came down to a mere fraction of a second in which weapons were in range, automated systems aiming and firing since human senses couldn't possibly react quickly enough.

The First and Seventh Battle Cruiser Divisions, totaling only three warships each, roared into range first. The Alliance ships were all approaching from behind and slightly above the big, flattened sphere of the Syndic formation. The sphere was a lousy combat formation but had probably been chosen as the most efficient for repair work. With the remaining Syndic ships in the Casualty Flotilla unable to maneuver, the Alliance warships could safely cut through the Syndic formation to attack any ship within it. Captain Duellos's *Courageous* led *Formidable* and

Intrepid in a close pass over the single Syndic battleship in the formation that had been able to charge up some weapons. Normally a battleship could have slugged it out with three battle cruisers for some time, but in this case the damaged battleship had many systems only half-repaired. Its shields were spotty, its armor still had many penetrations unsealed, and most of its weapons were inoperable. The Alliance battle cruisers unleashed a devastating barrage as they tore past, hell lances aimed to knock out anything still working on the battleship.

As Duellos's battle cruisers raced onward, *Opportune*, *Brilliant*, and *Inspire* targeted one of the Syndic battle cruisers and a nearby heavy cruiser, which had managed to get some weapons working. A flurry of hits left both Syndic warships totally disabled as the Seventh Battle Cruiser Division followed Duellos's ships toward the crippled battle cruiser that had earlier left the Casualty Flotilla and was trying to join up with the two Syndic battleships charging on their futile mission to protect the damaged ships.

Several minutes later, Captain Tulev's *Leviathan* led his battle cruisers to knock out two more heavy cruisers and finish off the surviving weapons on the battleship.

Captain Desjani had slipped into her targeting mode, her eyes locked on her display as

Dauntless, *Daring*, and *Victorious* closed the distance to the remaining Syndic Casualty Flotilla battle cruiser that still had working weapons. “*Dauntless* and *Daring* target weapons, *Victorious* target other working systems,” she ordered.

The big Syndic formation flashed past too quickly for Geary’s senses to register anything, but the display updated rapidly as the fleet’s sensors evaluated the results of the firing pass. The Syndic battle cruiser was tagged with a mission-kill marker, all systems taken out, as *Dauntless*’s watch-standers called out the results of the enemy’s weak defensive fire. “One hell-lance hit on forward shields. No damage. *Daring* reports two hits, no damage. *Victorious* reports no hits.”

“It’s too easy,” Desjani grumbled.

“You’ll get a decent fight out of those two battleships up ahead,” Geary assured her.

“That’s right.” Desjani brightened up, focusing on her ship’s next targets.

About five minutes later, the Sixth Battle Cruiser Division hit the Syndic Casualty Flotilla.

Captain Badaya only had *Illustrious* and *Incredible* surviving in his division, but that was more than enough to handle the two injured Syndic heavy cruisers, which were the only warships in the Casualty Flotilla that still had any working weapons. As the last two Alliance battle cruisers smashed the Syndic heavy cruisers, a final burst of escape pods erupted from Syndic warships throughout the Casualty Flotilla, marking the last crew members abandoning their ships now that all hope of resistance was gone.

“They’re not blowing up their ships, either,” Rione observed.

“No,” Geary agreed. “Same logic as with the repair ships. The Syndics own this star system and know we’ll have to leave, so they’re hoping to salvage those ships afterward if we don’t have a chance to destroy them. We’ll have to make sure they can’t do that.”

Duellos’s battle cruisers overtook another Syndic heavy cruiser trying to join up with the surviving Syndic battle cruiser, lashing it with a barrage that tore the heavy cruiser apart. Not much farther onward lay the crippled Syndic battle cruiser limping frantically toward the oncoming but far-distant pair of Syndic battleships. Right behind Duellos’s warships came the battle cruisers of the Seventh Division, which slapped the remains of the heavy cruiser with a few more hell-lance hits as they tore past.

The Syndic battle cruiser seemed in a hopeless position, but as Duellos brought *Courageous*,

Formidable, and *Intrepid* in for a killing shot, the Syndic pivoted at just the right moment and accelerated downward and to port. Duellos’s battle cruisers were moving so much faster than the Syndic that they couldn’t react in time and could only hurl a

few long-range hell lances at the enemy ship.

But *Brilliant*, *Inspire*, and *Opportune* were far enough behind the first Alliance battle cruisers to be able to react to the evasive maneuver, and close enough behind that the Syndic couldn't maneuver again before they got within range.

Geary tried to pull up mental images of the captains of *Brilliant*, *Inspire*, and *Opportune* and found himself oddly unable. Why hadn't those battle-cruiser commanders ever impressed themselves on him? The realization bothered him, and he tried to bookmark in his memory the need to look up all three when time permitted.

The Syndic battle cruiser rolled and pitched slightly under the push of its working maneuvering thrusters. The change in aspect allowed the battle cruiser to bring its surviving hell lances to bear, and the charged-particle streams shot out, targeting *Brilliant* as she, *Inspire*, and *Opportune* altered their own vectors slightly to pass just to starboard and above the Syndic warship.

Brilliant's shields flared from a few hits while she and *Inspire* hurled volleys of hell lances into the weak shields of the Syndic ship. The Syndic's shields collapsed under the barrage, then the Alliance hell lances lashed through the enemy battle cruiser, slicing apart hull, bulkheads, equipment, and any crew members unfortunate enough to be in the way.

By the time *Leviathan*, *Dragon*, *Steadfast*, and *Valiant* reached the Syndic battle cruiser, the enemy couldn't maneuver and could only fire back with a single hell lance. Tulev's battle cruisers battered the Syndic and went onward toward the battleships and lighter units trying to join up, leaving a silent hulk in their wake.

"His weapons and propulsion units are all dead, but something's still working on him, and his crew hasn't abandoned ship," Desjani remarked, her voice almost pleading for an order to swing

Dauntless over and get in the deathblow on the Syndic warship.

Geary nodded, his eyes on the display. "*Daring* is in a better position to finish him off. Let's let her do it." Desjani nodded, barely hiding her disappointment.

Daring angled slightly up and over, flashing by the crippled Syndic battle cruiser in another flurry of hell-lance fire. As *Daring* raced onward, the Syndic ship abruptly exploded as its power core overloaded. "Did any escape pods get away?" Geary wondered, suddenly realizing he hadn't seen any.

A watch-stander shook her head. "A couple launched just before the core blew but got caught in the explosion."

"Bastard," Desjani muttered, clearly referring to the commanding officer of the Syndic ship who'd waited too late to allow the crew to abandon ship.

"You're unhappy about Syndics dying?" Geary asked, surprised at Desjani's being concerned about that. Tanya Desjani not only considered it her duty to destroy

enemy ships and kill enemy military forces, but had usually seemed to derive a vengeful pleasure from the act.

Now she frowned at his question. “It’s just as well those crew members won’t be a threat to our people anymore,” Desjani explained, “but their commanding officer still had an obligation to give them a fighting chance. You know what I mean.”

He did, having given just such orders to most of his own crew to abandon ship a hundred years ago, as his fight at Grendel went from desperate to hopeless. “Yeah. I know.”

The onrushing Alliance battle cruisers, totally in their element as their speed allowed them to run down lighter enemy combatants, gleefully shattered a succession of Syndic HuKs and light cruisers, almost as an afterthought blowing apart the two remaining operational Syndic heavy cruisers nearby. Watching his battle cruisers charging through space to smash enemy ships while the Alliance battleships were still just short of reaching the Syndic Casualty Flotilla, Geary finally understood why the best officers in the Alliance aspired to command battle cruisers. It was as glorious as a charge by ancient horse cavalry on a planetary surface. But even now he couldn’t help wondering how many times battle cruisers had been ripped open in battle against more heavily armored battleships, and whether the number of engagements in which battle cruisers had been able to charge gloriously across the field of battle came anywhere close to the number times they had suffered from their lack of armor.

Behind *Dauntless* and the other battle cruisers, the Alliance battleships had altered courses slightly, aiming farther above the Syndic Casualty Flotilla and at an intercept with the two Syndic battleships still several light-minutes away. All around them, destroyers and light cruisers that had finished wiping out nearby Syndic ships were joining up with the battleships. In the very rear of what could loosely be called the Alliance fleet formation came the four fast fleet auxiliaries with their escorts of four battleships, Captain Cresida’s two battle cruisers, and about twenty light cruisers and destroyers. Unlike the other Alliance ships, the auxiliaries had kept their courses aimed straight for an intercept with the Syndic repair ships in the center of the flattened bubble making up the Casualty Flotilla.

“Our leading battle cruisers are two light-minutes short of those two Syndic battleships,” Desjani remarked. “They’ve been designated Syndic Flotilla Bravo. I wonder why the system didn’t just call them the Syndic Suicide Flotilla.”

She had a point, but Geary gestured to indicate the Alliance auxiliaries. “If they can somehow bull their way through to our auxiliaries, they could hurt us in a critical way.”

Desjani shook her head. “If they manage to get past everything we’ve got headed for them, they’ll be so weakened that Cresida’s ships can handle them.”

“I’m not happy with battle cruisers dueling with battleships, ” Geary noted,

worried that his aggressive commanders might get carried away in the thrill of the battle so far. But he couldn't give orders telling them not to be too aggressive. None of them would listen. He tapped his communications controls again. "All Alliance battle-cruiser formations, upon completion of firing passes against Syndic Flotilla Bravo, brake your velocity to match that of the Syndic Casualty Flotilla and await orders. All Alliance battleship formations are also to brake velocity to match the Casualty Flotilla's speed as soon as Syndic Flotilla Bravo has been destroyed."

As he was speaking, shuttles sprang away from the Alliance ships bearing down on the Casualty Flotilla, each shuttle bending its course toward specific targets. Most were aimed at the wreck of

Audacious, but others headed for Syndic repair ships and nearby warships to ensure they were truly abandoned and safe for the Alliance ships to approach.

The shuttles were still headed for their objectives when Duellos's battle cruisers and Syndic Flotilla Bravo tore past each other at a combined velocity just in excess of point two light speed.

At that velocity, relativistic effects distorted the view of other objects enough to make targeting difficult, and the firing window when weapons were in range of the enemy was the tiniest fraction of a second.

As the two formations of ships separated again, Geary could see that the shields on the Syndic battleships had been weakened, but no hits had been scored. The Syndics, though, had concentrated their massive firepower against *Formidable*, doubtless having seen the damage that Alliance battle cruiser still carried from her last encounter with the enemy. *Formidable* had taken a flurry of hits, losing much of her combat capability, but had avoided taking any more damage to her propulsion units and kept up with her sister ships.

Brilliant, *Opportune*, and *Inspire* hit the Syndic battleships next, weakening the enemy shields a little more, *Opportune* taking several nasty hits in the process.

Tulev's four battle cruisers concentrated their fire on the Syndic battleship closest to them as they shot past just to port of the enemy, managing to cause some spot failures of the battleship's shields but taking a few hits to *Dragon*.

Desjani brought her battle cruisers in while Geary hoped she wouldn't push her firing pass in too close to the still- extremely dangerous Syndic battleships. The Syndics tried to concentrate their fire on already-damaged *Daring*, but Desjani had arranged the intercept so that *Daring* was farthest from the enemy, helping *Daring* to avoid the damage that *Formidable* had suffered.

Dauntless and *Victorious* slammed shots at the Syndic battleship that still had the strongest shields, weakening the enemy's protection further while managing to avoid taking more damage themselves.

That left *Illustrious* and *Incredible* to hammer the first Syndic battleship again. As

the last two Alliance battle cruisers finished their firing passes, the enemy battleships kept onward, their shields seriously weakened but their armor and all weapons and other systems intact, still headed on a curving intercept course aimed at the Alliance auxiliaries.

But bearing down on the Syndic battleships were the Alliance battleships of the Second, Fifth, and Eighth Divisions. Twelve to two would have been awful odds under any circumstances, but the Alliance battleships also had shields at full strength while the Syndics' shields were slowly recovering.

Geary grinned as he saw that the three Alliance subformations had stuck to the maneuvering plan that coordinated their movements. *Gallant*, *Indomitable*, *Glorious*, and *Magnificent* slashed by just above the Syndic battleships, followed milliseconds later by *Relentless*, *Reprisal*, *Superb*, and *Splendid* making a firing pass just beneath the Syndics, a few seconds after that *Fearless*,

Resolution, *Redoubtable*, and *Warspite* pounding them from the starboard side. That much firepower hitting that quickly left the beleaguered Syndics without a chance. The Syndics fired back, scoring a couple of hits on *Glorious* and *Fearless*, but as the twelve Alliance battleships pulled away, they left behind them an expanding ball of debris that marked the destruction of one Syndic battleship and a tumbling mass of wreckage that had once been the second enemy battleship. A few escape pods spat from the ruin of the second battleship as it tumbled silently off to one side of its original vector.

By the time Captain Armus's Tenth Battleship Division reached engagement range thirty seconds later, all his four battleships could do was tear the remains of the second Syndic battleship into a lot of smaller pieces of wreckage.

Geary sighed with relief, then broadcast commands again. "All Alliance ships with the exception of the Auxiliaries formation are to assume station on flagship *Dauntless* as indicated." On his display, the intended formation looked like a ragged ball extending outward in front of and slightly above the Syndic Casualty Flotilla, the subformations built around Alliance battle cruisers and battleships arranged roughly in a sphere. It wasn't pretty, but it would do.

Desjani gave him a questioning look, knowing that Geary favored neat formations. "Saving fuel cells?"

"That's part of it. This keeps maneuvering by our ships to a minimum. I was also thinking that if the fleet looks a little sloppy when the Syndic pursuit force arrives, they might think the Alliance fleet is still on the verge of falling apart like it appeared when we left Lakota the first time."

"Will they believe that after seeing what we've already done to the Syndics in this star system?"

she asked doubtfully.

“The odds were good enough that even a disorganized force could have mangled the Syndics here. Maybe it won’t fool the Syndics, but there’s no sense in wasting fuel cells right now. Once the pursuit force shows up, we’ll get moving fast and get everything neatened up then.”

All the Alliance warships had pivoted to use their main propulsion units to slow down so they wouldn’t get too far from the critically important Alliance auxiliaries, assuming their positions in the formation that Geary had mentally labeled the Big Ugly Ball. With that situation well in hand, the Syndic pursuit force still not having arrived, and the nearest operational Syndic combatants almost a light-hour distant and hauling ass away from the Alliance fleet, Geary gave in to temptation again and pulled up a view from one of the Marine officers retaking the

Audacious.

The shuttles had mated not only with the remains of *Audacious*’s external air locks and shuttle dock but also with a few spots where big holes had been blown in the battleship’s armor. Marine detachments had swarmed into the silent ship, ready for anything. Now, Geary’s view from the combat armor of the Marine he’d chosen showed the battleship’s interior rendered strange by tremendous amounts of internal damage and a lack of regular lighting. The Marine lieutenant and his squad reached an internal air lock that had been repaired just enough to function and passed through into areas where temporary patches had been slapped on holes in bulkheads to seal in atmosphere.

The Alliance Marines moved swiftly, their battle-armor sensors scanning for booby traps, their weapons seeking targets as they came around corners and pulled themselves down passageways cluttered with wreckage. No enemies revealed themselves, and no traps materialized, which instead of being reassuring just made everyone more nervous. Another hatch loomed, this one locked. The Marines paused, most on guard, weapons ready, while one of their number applied a mini charge and blew the lock apart. “No stun grenades!” someone barked over the Marine command circuit.

“But, Sarge, there might be—”

“There might be Alliance prisoners of war on the other side of that hatch, and we don’t know how bad off our own people on this hulk might be. Even a stun charge might kill ’em. Aimed shots only, and nobody fire unless you have positive ID on enemy targets. I’ll personally shoot any bitch or son of a bitch who puts a round into an Alliance prisoner of war. Understand?” A chorus of assents sounded.

One Marine grabbed the hatch and tugged it open as his comrades’ weapons leveled to aim into the large compartment beyond.

For a moment Geary feared that the compartment was stuffed full of dead Alliance personnel, but then he saw resigned, rebellious, and frightened expressions

on the faces turning to the hatch, each emotion changing to disbelief as the former prisoners recognized Alliance Marine combat armor. “The air in there sucks,” the Marine lieutenant reported to his superior. “CO2 is way too high.”

“Get them out as fast as you can,” the order came back. “Third Platoon is rigging an evac tube from the last working air lock to the shuttles. Get them moving!”

The uniforms on the prisoners showed insignia from a mix of ships. In the front ranks Geary saw patches from *Indefatigable*, *Audacious* herself, the heavy cruiser *Bassinet*, and the destroyer

Talwar. Some of the newly liberated Alliance personnel were grinning as the Marines hauled them out of the fetid compartment, some just seemed stunned as the Marines shoved them in the direction of the air lock. “First Squad! Line the passageways to direct these guys and keep them moving!”

A chief petty officer with a patch from *Defiant* and one arm in an improvised sling paused as he came out of the compartment. “First time I was ever happy to see a Marine,” he gasped to one. “I could kiss you.”

“I don’t swing that way, Chief,” the Marine replied. “Try my friend over there. But keep moving.”

Another call on the Marine command circuit. “They found another compartment down this way, Lieutenant! Looks like it’s full of space squids, too.”

“Get ’em out here and on the way to the evac tube! Go, go, go!”

Geary broke the connection, wishing he could keep watching but knowing he had other responsibilities. Seeing Desjani watching him, he gave a nod. “The Marines are getting our people off of *Audacious*. It looks like a lot were on there.”

“Good.” Desjani nodded as well, toward the display before her. “Our auxiliaries are closing on the Syndic repair ships right now.”

The four Alliance auxiliaries had overhauled four big Syndic repair ships, and now were gliding into position directly over the Syndic vessels, conveyor tubes extending outward and down from their undersides as if they were gigantic creatures intent on mating with even more enormous partners. Which, in a way, they were. It took a little playing with his menus, but Geary managed to bring up a diagram showing the activity inside the Syndic ships. Symbols representing Alliance engineers were blowing out bulkhead after bulkhead until clear paths existed into the raw-materials bunkers on the Syndic auxiliaries, then as each path was opened, more Alliance conveyor tubes extended down into the Syndic ships and began draining out their materials.

“Oddly disquieting imagery, isn’t it?” Rione murmured from over his shoulder. She’d gotten up and come to stand just behind him. “Or is that just a woman’s perspective?”

Geary shook his head. “Not once the conveyor tubes started sucking stuff out of

those Syndic ships. I guess we're not used to seeing parasites on that scale."

"Do they have what we need?"

"Some of it." Geary scowled at the display. Multiple overlapping windows showed exhaustive detail on fleet requirements and what had been discovered inside the Syndic repair ships. The mass of small type and unfamiliar terms made it impossible for him to figure out what was happening. "Why can't this just tell me how much we need of each material and how much we're getting? Captain Desjani, could you ask your engineering watch-stander to pop me up a display showing in simple terms where we stand on refilling our auxiliaries' bunkers?"

Desjani nodded and passed on the order, then smiled with satisfaction. "We've received two heavy resupply shuttles from *Titan*, sir. *Dauntless* will be back up to sixty-five percent fuel-cell reserves when the new ones are installed. We've also received sixty more canisters of grapeshot and seven new specters as well as some major spare parts we needed but weren't able to fabricate ourselves."

"Excellent. Is that all *Titan* is sending *Dauntless*?"

"Time permitting, we'll get a third shuttle, sir."

Even better. Geary felt himself smiling. "Now if we can only get food."

The engineering watch-stander had come up and now cleared his throat to attract attention.

"Excuse me, sir. If I may . . ." His fingers tapped controls rapidly, then Geary saw a window appear with bar graphs showing total capacity of the bunkers on his auxiliaries, total materials found on the Syndic auxiliaries, and how much had been transferred. "Thanks. What's this column?"

"Food, sir," the engineer replied in that self-satisfied way of someone who'd already answered a question his superior hadn't yet asked him. "The Syndic ships we've boarded have all had food stocks on them. From what I've overheard, the stocks on the civilian ships are actually really decent food. It's not nearly enough, but we are acquiring more food here as well."

"Are samples being screened for contamination?" Rione demanded.

The engineer looked startled. "Yes, Madam Co-President. I'm sure they are, just like the raw materials we're pulling out of the bunkers. I'll double-check, though."

"Full screening. Macro, micro, nano, organic, and inorganic," Rione added.

"Yes, Madam Co-President. I'll ensure they understand, uh . . ." The engineer paused, clearly wondering if Rione was able to give orders to him and the four Alliance auxiliary ships.

"Make sure it's done," Geary said.

Relieved to have gotten an order from someone he knew could issue one, the engineer saluted and hastened back to his watch station to pass on the orders.

"My apologies for confusing your engineer," Rione stated. "I should have asked

you to tell him to do that.”

“No harm done, and I’m glad you brought it up. With everything else going on, somebody might have neglected to make every possible check of whether those Syndic food stocks were poisoned before their ships were abandoned.”

“Sometimes it’s good to have a devious politician around, isn’t it?” Rione turned to go back to her seat, then paused as another message came in for Geary.

Colonel Carabali looked contented in a Marine sort of way. “We believe we’ve found all of the prisoner compartments on the remains of *Audacious*,” she reported. “It’s a wonder there weren’t a lot of dead because of the crowded conditions and inadequate life support, but apparently the senior personnel in each compartment kept the prisoners rotating so none of them were overwhelmed. My scouts estimated that within another day or so the prisoners would’ve started dying from the conditions. They all need food, and most have barely treated injuries. Minor injuries were left untreated by the Syndics.”

“How many?” Geary asked, thinking of the sizes of the crews on the Alliance warships that had been lost in this star system.

“We’re still getting a count. Roughly nine hundred fleet personnel and eighteen Marines. Captain Cresida insisted on most of them going to *Furious*, *Implacable*, and the heavy cruisers with the formation even though the battleships wanted some. Captain Casia did intercept a few shuttle loads for *Conqueror*.” Carabali’s tone made it clear that she didn’t consider it the Marines’ job to straighten out disputes among fleet officers. “Apparently other Alliance prisoners were taken to other Syndic ships while we were gone from Lakota, so there are more somewhere in this star system. Merchant ships pressed into service as prisoner haulers, according to the ones we liberated. Any chance we can get them?”

“Not much, and getting less by the second.” The Syndic pursuit force could appear at any moment, and the more time that passed, the more likely it would show up very soon. “We only overran two Syndic merchant ships near us, and both were full of supplies. There are a couple dozen more merchant ships visible in this star system, but they’re out of our reach, and we can’t tell what they’re carrying. Since we haven’t spotted any labor camps in this star system with Alliance personnel in them, our personnel taken prisoner might have been on other ships that quickly left this star system.”

“I understand, sir. We’re preparing to pull out of *Audacious*,” Colonel Carabali reported. “What do we do with what’s left of the ship?”

Geary grimaced. As much as he wanted to save that ship, what remained of *Audacious* couldn’t possibly defend itself, couldn’t possibly keep up with the fleet, couldn’t be towed without hazarding the rest of the fleet, and probably couldn’t be repaired at all even in the best shipyard imaginable. A brave warship now faced only

one possible fate, the scrap-yard. And there wasn't any sense in letting the Syndics have that metal. "Can we blow her power core?"

"Yes, sir. It's plenty strong enough to do the job."

"Then set it for overload in six hours and get out of there."

Six hours should be plenty of time. He couldn't imagine any circumstances under which the Alliance fleet would have more time than that to hang around the Casualty Flotilla.

"Wait!" That was Rione, leaning in to speak to Geary, her face intent. "Hold off on deciding to destroy *Audacious* that way."

Geary sighed and spoke to the Marine again. "Belay that. Don't set her for overload yet. Hold on a moment." Then he turned to face Rione. "Why not blow up *Audacious*? Why let the Syndics have her back?"

"I'm not suggesting giving that ship back to the Syndics," Rione replied coldly. "There are a great many Syndic warships in pursuit of us, and we could use any available weapon to balance the odds. Rig the ship so it will explode not at a set time but when the Syndics reoccupy it."

He couldn't avoid a grimace at the thought. Still, as distasteful as booby traps were, they were acceptable weapons in cases like this. Then another thought came on the heels of that. "Maybe we should rig all of the ships to explode their power cores when the Syndics reoccupy them."

Desjani, overhearing, twisted her mouth in an annoyed expression. "Too bad that won't hurt them until our battle in this system is over."

"Well, yeah," Geary agreed, "but it's not like we can . . ." His voice trailed off, and he gave Desjani a startled look.

Her eyes widened. "All of those abandoned Syndic warships with functioning power cores. If we can rig the Syndic ships to explode when we want them to—"

"Like mines?"

"Exactly like mines! *Huge* mines set for proximity detonations! We'd just have to lure the Syndic pursuit force close enough to the Casualty Flotilla."

"That'd be one hell of a minefield. Can we make it work?" he asked Desjani.

She spun to face her engineering watch-stander. "Lieutenant Nicodeom, give me an assessment of whether or not we can rig an abandoned Syndic warship to function like a mine, exploding its power core when a target enters an engagement envelope."

The engineering lieutenant looked surprised, then thoughtful. "The easiest way to do it would probably be to use a mine fuse rigged to the power-core control systems. It'd take some work, Captain, because they'd have to adjust the smart fuse's programming to reflect the estimated kill radius of the power core, factor in the time delay for bringing each ship's core to overload, run some control cables, and work out the interfaces with Syndic core control systems. "

“Where are the resources in the fleet to do that?” Desjani demanded.

“The best weapons engineers in the fleet are on the auxiliaries, Captain. That’s also where we’d get the mine fuses. You’d have to get the auxiliaries to the Syndic ship you wanted rigged with the fuse or else use shuttles to ferry personnel and gear from the auxiliaries to the Syndic ship.”

Desjani’s smile grew so broad it threatened to split her face. “Did you hear all of that, sir?”

Geary nodded, knowing that he was smiling, too. All four auxiliaries were with the Syndic warships of the Casualty Flotilla, right where they needed to be. “I think it’s time to call Captain Tyrosian. Hopefully her engineers won’t need specs for this rush job.”

Lieutenant Nicodeom spoke up again. “Captain Geary, sir, it’s a challenge. If they have to configure those fuses to individual Syndic ships and get them all rigged in a real short time, that’s the sort of challenge any good weapons engineer would do just for the love of it. Making something really big blow up in a new way? It doesn’t get any better than that.”

“Thanks, Lieutenant.” Geary punched the circuit to call Captain Tyrosian, then quickly explained what was needed. “Can you and your people do it, Captain Tyrosian?” he asked at the end. “I know this is a very difficult engineering challenge with a very short time line, and I’m told it’s the sort of thing only the best weapons engineers can handle.” He could scarcely be more blatant, but it didn’t seem to be a good time for subtlety. Besides, he was dealing with an engineer, so subtlety might well be wasted anyway.

Captain Tyrosian’s eyes, which sometimes seemed to glaze over when faced with operational matters, lit with enthusiasm. “Weaponize the abandoned Syndic ships? Proximity fuses? Do you want them linked and timed to create a mass detonation?”

“Yeah, that’d be great.”

“Consider it done, sir,” Tyrosian announced confidently. “When does it need to be in place?”

“About two hours.”

The engineer jerked visibly at that, then nodded. “They’ll be ready, sir.”

As the image of Tyrosian vanished, Geary glanced over at Rione. “Thanks for the idea.”

Rione raised both eyebrows. “Your idea seems to have considerably outstripped my modest proposal.”

“We wouldn’t have thought of it without your suggestion,” Geary noted.

Desjani looked toward Rione and inclined her head slightly in silent agreement. Rione smiled stiffly back at her.

Pretending he hadn’t noticed the byplay, Geary studied his star-system display,

rubbing his chin with one hand. “The problem will be getting the Syndics to enter the danger area when it counts.

We’ll have to fool them without their knowing they’re being led that way. It won’t be easy.”

“I’m sure you can manage it,” Rione remarked.

“We already have decoys in place to lure them toward the Casualty Flotilla,” Desjani pointed out.

He frowned at the display, knowing that she meant the auxiliaries. Without its auxiliaries, the Alliance fleet would be doomed, certain to run out of fuel cells as well as expendable munitions long before it could reach Alliance space again. It made them critically important to protect, and the best possible lures for an enemy attack. “We already did that once at Sancere. Will they be fooled again?”

“We just have to do it differently,” Desjani argued.

“Got any ideas?” Geary asked.

As it turned out, she did. Not ideas that he completely liked, but enough to toss back and forth as they came up with a plan. Every once in a while he glanced at Rione to see if she had anything to add, but Rione was just gazing stony-faced at her own display.

“CAPTAIN Tyrosian, get any shuttles and personnel not engaged in looting Syndic repair ships or rigging up the hulks to explode to work doing highly visible plundering of materials off other Syndic shipping in the Casualty Flotilla.”

The engineer, doubtless ready to announce proudly the progress of the pillaging so far, froze in midword and looked confused. “Sir?”

“I want the Syndics to see us desperately grabbing everything we can,” Geary repeated. “Food and anything else. They need to think that you need to stay with the Casualty Flotilla as long as possible to grab as much as you can. We need to look desperate for supplies, Captain Tyrosian.”

“We . . . are desperate for supplies, sir,” Tyrosian protested.

Desjani barely avoided laughing, instead making a choking sound to one side that Geary ignored.

“Captain Tyrosian, ” he explained patiently, “we’re going to keep your auxiliaries with the Casualty Flotilla long past the point of safety once the Syndic Pursuit Flotilla shows up. They’re going to be focused on you anyway, since your four auxiliaries are the most critical parts of our fleet. The Syndics need a plausible reason for your ships staying with the Casualty Flotilla while the Syndics come right for you. If they think you need to keep grabbing stuff off the Syndic hulks, it will provide that reason.”

Tyrosian took a moment to reply. “We’re bait again?”

“Yes, Captain, you’re bait again.”

The engineering officer looked depressed, but nodded. “Yes, sir.”

“Needless to say,” Geary felt compelled to add, “we’ll do everything we can to keep your ships from actually being destroyed.”

“Thank you, sir. We appreciate that.”

“I will provide detailed maneuvering instructions for your ships once the Syndic pursuit force arrives and we know their movement vectors. Thank you, Captain Tyrosian.”

Twenty minutes later, with a few more Alliance shuttles out among the Syndic hulks and survival-suited sailors making a show of tossing looted supplies from Syndic ships into the open cargo bays of the shuttles, the alarms that Geary had been dreading finally sounded.

“The Syndic pursuit force has arrived at the jump point from Ixion,” the operations watch-stander announced.

Geary held his breath as the Alliance fleet’s sensors evaluated the enemy force appearing at the jump point, which was now fifteen light-minutes away, meaning the Syndics had already had fifteen minutes to decide what to do and to start doing it before the Alliance fleet had even seen their arrival in this star system.

The number of HuKs and light cruisers in the pursuit force was still impressive despite all of the losses that the Alliance fleet had managed to inflict. The ranks of the Syndic heavy cruisers, on the other hand, had been decimated during the engagements at Lakota the last time the Alliance fleet was here, with many destroyed and twenty-two heavy cruisers among the badly damaged ships that had remained in the star system. Nine of those twenty-two had already been destroyed, and the remainder were abandoned and part of the Casualty Flotilla. Only sixteen heavy cruisers remained with the Syndic pursuit force.

The Syndic capital warships flashed into existence, their numbers multiplying. Ten battleships.

Fifteen. Thirty-one. Six battle cruisers. Thirteen battle cruisers.

“Thirty-one battleships and thirteen battle cruisers,” Desjani murmured. “Not too bad.”

“They’re in better shape than ours are,” Geary noted. He checked the numbers he already knew by heart. The Alliance fleet still had twenty-two battleships, the two scout battleships, and seventeen battle cruisers. Plus twenty-nine heavy cruisers. But a number of those Alliance warships had significant battle damage, and even though the Alliance ships had been resupplied with some new expendable munitions, the Syndics probably had much better inventories of missiles and grapeshot on hand.

Thirty-one enemy battleships. Geary took a moment to relax himself, knowing he had to respect that much combat capability and yet not get unnerved by it. “Our only advantage is in the number of heavy cruisers,” he said out loud.

Desjani shook her head, “We’ve got another very big advantage, ” she corrected.

“That Syndic commander last saw us running for safety and has had eleven days to fix that image in their mind. Now that commander is going to see how much damage we’ve done to the Syndic warships left behind here, which is going to create a lot of anger. Overconfidence and anger add up to recklessness, sir.”

“I can’t disagree with your math,” Geary said. He couldn’t help thinking that overconfidence on his part and his own anger at the more recalcitrant among his ship captains might have led him to make a reckless decision to come to Lakota the first time. That scarcely mattered now, though.

What counted would be taking advantage of an enemy commander’s own probable state of mind.

“Let’s see if he does what we expect.”

As the minutes went past, it became increasingly obvious that the Syndic commander, whether reckless or not, was doing as they hoped. The Syndic formation altered slightly as it accelerated toward an intercept with the Alliance ships, the standard Syndic box formation adjusting into a deep rectangular shape with one broad side facing the Alliance fleet. The box was a decent multipurpose formation whose length, width, and depth could be adjusted for different tactical situations, but it had its limitations in terms of bringing firepower to bear on any point in any enemy formation and in adjusting its facing quickly. It seemed to be the only formation the Syndic commanders had been trained (or allowed) to use, though.

“Heading to intercept the Alliance ships with the Casualty Flotilla,” Desjani noted with a smile.

Geary checked the estimated time to intercept. With the Alliance fleet slowed to match the Casualty Flotilla’s velocity, all of the Alliance warships were headed away from the Syndic pursuit force at less than point zero two light speed. Coming on fast behind them and increasing velocity, the pursuit force had reached point zero seven nine light speed. Geary told *Dauntless*’s maneuvering systems to assume the Syndics would continue accelerating to point one light speed and came up with a time to contact of two hours and fifty-one minutes.

Assuming the Alliance ships didn’t themselves maneuver. For a long time Geary’s plan had been to run when the Syndic pursuit force showed up, because given the probable size of the Syndic force and his fleet’s status, he didn’t see any alternative. The plan for using the Casualty Flotilla as a weapon had changed that. Unless the Syndics inexplicably gave up the pursuit, he would have had to fight this force eventually anyway. Now he might be able to beat it.

“Will they believe that we’re just waiting around here for them?” Rione asked.

“Hopefully they’ll think we’re trying to decide what to do,” Geary explained. Just as at the Syndicate Worlds’ home star system, when the Alliance fleet had wasted precious time debating who was in command and what they should do. “The Big

Ugly Ball formation will make them think I may not be in command anymore.”

“Big Ugly Ball? I see. You’re going to simulate indecision and frozen panic.”

“That’s the idea,” Geary agreed, hoping that both indecision and panic would remain simulated.

Rione came close again and ensured that the sound-deadening field around Geary’s command seat was activated. “Even I can tell that this is a very risky battle. What are our odds of winning?”

“That depends,” Geary said. He saw her aggravated reaction. “Honestly. If certain things happen as I’ve planned, we’ve got a good chance.”

“And if they don’t?”

“It’s going to be bad. We’d have to fight them sooner or later.”

She eyed him a moment longer. “I don’t have to tell you how important it is that *Dauntless* get back to Alliance space. Not the fleet as a whole. *Dauntless*. The Syndic hypernet key on her can tip the balance of this war even if every other ship in this fleet is lost.”

He glared at the deck. “I know. Why’d you tell me that when you knew you didn’t have to tell me that?”

“Because you’re still focused on saving as much of this fleet as possible. You can’t forget the bigger picture. If it becomes a matter of losing *Dauntless* while trying to save as much of this fleet as you can, or getting *Dauntless* home no matter how many other Alliance ships are lost, your duty demands that you focus on *Dauntless*.”

“I don’t need lectures on duty,” Geary muttered. Rione was right in a big way, he knew she was right, but it wasn’t a kind of right he could live with.

“The other ships could hold off the Syndic pursuit force while a fast task force built around

Dauntless was loaded with as many fuel cells as they could carry and headed for Alliance space,” Rione insisted, her voice unemotional.

“Run away, you mean. You’re suggesting that *Dauntless* and a few other ships run and leave the rest of the fleet to its fate.”

“Yes!” He looked at her again and saw in Rione’s eyes that she wasn’t liking what she suggested, either, but that she felt obligated to push for it. Duty. Her duty to the Alliance. “You have to remember the big picture, Captain John Geary! We all do! It’s not about what we want, it’s about what we have to do!”

He dropped his gaze to the deck once more. “Whatever we have to do to win. We’re back to that, huh?” She didn’t answer. “I’m sorry, but I’m the wrong hero for that. I can’t do what you’re suggesting.”

“There’s still time—”

“I didn’t say it couldn’t be done, I said *I can’t do it*. I won’t abandon these other ships to their fates. I won’t allow the big picture to justify betraying the trust of the

men and women who've placed their fates in my hands."

Rione sounded both pleading and angry. "They all took an oath to sacrifice for the Alliance."

"Yes, they did. So did I." He finally looked at her again. "But I can't do that, even if it costs the Alliance the war. The price would be too great."

Her anger grew. "We can pay any price that is necessary, Captain Geary. For our homes. For our families."

"I'm supposed to tell their families that? 'People of the Alliance, I sacrificed your parents, your partners, your children, for you.' How many people would really make that kind of bargain?"

Would anyone willing to make that bargain deserve to win?"

"We all make it, every day! You know that! Every civilian makes that bargain when they send their military off to war! We know they're risking their lives for us!"

She was right about that, too. But not entirely. "They trust us not to waste those lives," Geary stated heavily. "I will not trade the lives of the people of this fleet for a Syndic hypernet key. I will lead them and fight like hell to get that key home to Alliance space, but I will not write off the lives of my people as a necessary price for that. The moment I decide that any price is justified is the moment I betray my trust and what I see as my duty. We'll win or we'll die together, with honor."

Rione gazed back at him for a while, then shook her head. "Part of me is very angry with you, and part of me is very grateful that I couldn't convince you. I'm not a monster, John Geary."

"I didn't say you were." He jerked his head toward his display, where the movements of the warships in this star system were clearly shown. "But a lot of people are going to die today because of my decisions now and in the past. Sometimes I wonder what that makes me."

"Look in the eyes of your comrades, Captain Geary," Rione replied in a quiet voice. "The ones you wouldn't leave. Reflected in those eyes you'll see what you are."

Rione returned to her seat. Geary took a few deep breaths, noticing that Captain Desjani was acting totally absorbed in her own work. He wondered what she might have guessed about his and Rione's conversation.

As much to distract himself as because he needed to, Geary called Captain Cresida. "I'm going to order the auxiliaries to break away from the Syndic Casualty Flotilla in two hours. Until then they're going to keep putting on a public display of frantically pulling everything they can off the Syndic ships."

Cresida nodded, only the rapidity of the gesture revealing her prebattle nerves. Those thirty-one Syndic battleships and thirteen battle cruisers were aimed straight at her force, and for protection of the auxiliaries she had only two battle cruisers, four

battleships, of which three were in various states of disrepair, and a gaggle of escorts with varying degrees of damage. “We’ll cover the auxiliaries, but we’re going to need backup.”

“It’ll be coming,” Geary promised. “Don’t let *Furious* and *Implacable* get into a slugging match with those Syndic battleships. Try to disrupt their attacks instead of meeting them head-on.” He was reciting advice from peacetime tactical workshops a century ago to someone who’d fought dozens of battles.

But Cresida nodded again as if Geary had imparted some piece of hidden wisdom. “*Warrior* can’t maneuver well enough to dodge. She’ll have to meet the attack. I don’t know about *Majestic* and *Orion*.”

Geary’s ship status display showed that both *Majestic* and *Orion* had regained most of their maneuvering capability, so he guessed that Cresida was actually expressing doubt about what they’d do when confronted by the mass of Syndic battleships. He wasn’t sure of that himself. “I understand. *Conqueror* shouldn’t give you any trouble.” Captain Casia was technically senior to Cresida, but Geary had painstakingly crafted orders which so limited Casia’s role to close defense of the auxiliaries that he shouldn’t be able to interfere with the actions of the much-more-capable Cresida.

“I hope *Conqueror* manages to give the enemy some trouble,” Cresida observed.

“Me, too. We’re going to disrupt the attack before it reaches you. Hopefully that’ll do enough damage to make the plan work.”

Cresida smiled, startling Geary. “If it doesn’t, there’s worse fates. I’ve got someone waiting for me.”

It took him a moment to realize that she wasn’t talking about someone waiting at home, but rather about what would happen if *Furious* was destroyed in the engagement. “We need you, Captain Cresida. Do your duty, but the Alliance already has too many dead heroes.”

“Yes, it does.” Cresida nodded again.

Geary ended the transmission and stared at his display, where the mighty Syndic pursuit force was still accelerating into its attack. He wondered how many more dead heroes the Alliance would have before this day ended.

FOUR

“YOU’RE not going to change the formation?” Captain Desjani asked again.

“No, I’m not going to change the formation!” Geary gave her an annoyed glance. How many times had she asked the question over the last hour? “We need to look like an easy, disorganized target.”

“Sir, with all due respect, we *are* an easy, disorganized target in this formation.” Desjani saw Geary’s scowl deepen but kept speaking. “Our firepower is spread throughout a wide region. The Syndics will be able to overwhelm each of those subformations one after another, just like we overcame each weak Syndic formation we encountered.”

She was stubborn, but she was smart, and under other circumstances she’d probably be right.

Geary forced down his temper. “We can’t engage them as a fleet. They have too great an advantage in firepower when you take into account that they probably have much bigger stocks of missiles and grapeshot on hand than we do.”

“If we concentrate on one part of the formation like you did last time we were in Lakota—”

“Tanya, look.” He gestured at the display. “Last time the Syndics let themselves get suckered into spreading out to catch us, which allowed us to concentrate and punch through. The CEO in command now was smart enough to learn from that. The Syndic formation is already concentrated into a fairly tight box.”

“Then we can maneuver around it.”

“Not with our fuel cell reserves in the state they are and not with the auxiliaries to worry about!

They’ve taken on a lot of materials, and they’re sluggish as hell again with all of that extra mass.” Desjani glared at the display, clearly wanting to argue some more. Geary kept his voice reasonable with some effort. “The disadvantage of the Syndic formation is that it’s so deep and dense that their CEO can’t maneuver it easily. If our trap fails, we’ll have to take what advantage we can of that by hitting it again and again on the edges.”

“It would take *forever* to wear down that force that way,” Desjani pointed out. “We don’t have enough fuel cells to do that, either.”

He took a moment to reply, looking at the display again, where the Syndic pursuit force was eight light-minutes distant. It had reached point one light speed and was still coming right for them, its box formation looking like a huge brick aimed at the Alliance fleet’s bubble. Desjani was right, of course. He knew that. Sure, a head-on clash of concentrated formations would almost certainly result in the Alliance fleet being shattered against the much stronger Syndic force. But at least the end would

happen quickly. What would be the purpose of drawing it out, losing ships one by one over a much longer period, with the same defeat awaiting them in the end?

The alternative would be to run, now, as fast as the fleet could go, jump to another star system ahead of the Syndics, knowing they'd be right behind this time, the Alliance fleet unable to stop to replenish the auxiliaries again. Sooner or later he'd have to turn and fight, and probably under worse conditions than this. He'd been forced to linger here to restock his auxiliaries, but the fleet would eventually run out of fuel cells if he couldn't replenish those stocks again, and he didn't know how that would be possible without first engaging the Syndic pursuit force.

"How do we want to die?" he finally whispered.

Desjani stared at him. "We're talking about how to win, sir."

"Then we fight here and try to minimize the Syndic advantages. If our plan works, our chances will get a lot better. If it doesn't work, we have to try to make the Syndics pay as much as possible for their victory. A head-on clash will too likely destroy us before we can wear them down at all."

She watched him, then nodded slowly. "Hit them again and again, knowing our time is limited, holding nothing back, because there'll be no reason to hold anything back. This will be as far as we get toward home."

"It might come to that, yeah." He took a long, slow breath, grateful that he'd been able to share that thought with someone.

Desjani flicked her eyes toward the back of the bridge for the barest moment. "Are you going to tell her?"

Her? Rione. "She's brave enough, but I think she'd have a little trouble understanding."

"I think you're right. Captain Geary, if we don't win, we're going to make sure this Syndic victory is one they wish they'd never achieved because it's going to cost them more than they ever imagined possible."

He felt a smile on his lips and nodded to Desjani. "Damn right we will."

"Estimated time to engagement range with Syndic Pursuit Flotilla one and one half hours," the operations watch-stander announced.

IT all came down to timing again. His now-long-dead teachers, officers experienced in decades of fleet maneuvers, had drilled into Geary that the worst temptation a commander faced was to act too soon. Watching the enemy approach for hours or days, it was far too easy to jump the gun, make changes too early that should occur at the last moment before the enemy could see them and react. Make the changes too early, and the enemy would react, then you'd have to change things again, and they'd react again. He'd seen it happen in fleet exercises, as commanders drove ships and crews to exhaustion before the first shots could be exchanged.

Simulate indecision, simulate panic, while all the time real indecision and panic

lurked ready to pounce. His fleet was waiting for orders. They trusted him, even though variations on his debate with Desjani were surely happening on a lot of ships. But they'd seen him snatch victory from the jaws of defeat before this, so they waited.

Most of them waited. Captain Casia wasn't happy. "The Syndic attack is less than fifty minutes away from contact! Why are my ships still at point zero two light speed and accompanying these Syndic wrecks?"

"Your ships are accompanying the Alliance auxiliaries," Geary pointed out.

"We are the closest to the enemy, and the nearest supporting formation is at least half an hour travel time distant! "

"That's correct, Captain Casia."

Casia's face reddened. "I will contact the other officers in this fleet and demand an immediate conference to decide on your competence to command. We need a fleet commander who will act, not one who lets this fleet sit idly while an overwhelming Syndic force approaches!"

It would be much easier to lose his temper with Casia, but he couldn't really afford to do that.

Nor did he need the distraction of dealing with a call for a fleet conference right now.

Fortunately, he'd learned enough about the way this fleet thought to know how to counter Casia.

"Am I correct that you are declining the honor of being in the fore of the battle?" Geary asked, adding a hint of surprise to his voice.

"De—?" Casia broke off his words and swallowed, then spoke with a little less bluster. "That's not what's involved."

"I have arranged the fleet so that your battleship division will meet the enemy first. Do you wish me to inform the fleet that you decline that role?"

"I . . . my ship and my crew deserve a fighting chance!"

"They will have it, Captain Casia. I'm sure *Conqueror* and her crew will acquit themselves well."

Unable to contradict Geary without condemning himself in the eyes of his fellow officers, Casia abruptly broke off the transmission.

Slumping back, Geary rubbed his forehead, wishing the Syndics would hurry up and get here. He felt worn-out already, and the day had a lot left in it.

"Ration bar?" Desjani asked, offering one.

"Tell me it's not a Danaka Yoruk bar."

"It's not a Danaka Yoruk bar."

"Thanks." Geary took the offered bar, then read the label. "It is a Danaka Yoruk bar. Why'd you tell me it wasn't?"

“Because you told me to tell you that,” Desjani explained, unable totally to suppress a grin. Her spirits always rose as action drew closer. “They’re all we have left. They taste the worst, so everybody ate the others first. We’ve got some Syndic ration bars from Sancere that we’re about to break out.”

“What are those like?”

“The chief who volunteered to taste test them informed me that they have one great virtue.” She indicated the bar Geary was holding. “They make Danaka Yoruk bars taste good by comparison.”

“If I have to face death today, why does my possibly last meal have to be a Danaka Yoruk bar?”

Geary complained. He ripped the seal, then bit off a chunk and tried to swallow without actually tasting the bar. It was only partially successful.

The ration bar did accomplish one thing, distracting Geary from the approach of the Syndic pursuit force while he choked it down. When he focused back on the display, it showed forty minutes until the Syndics closed to engagement range. *Five more minutes. Then it’s showtime.*

Ancestors, I need everything you can give me today. Please guide me.

He called Captain Tyrosian, Captain Cresida, and Captain Casia in a linked transmission. “Get your last shuttles recovered now. Captain Tyrosian, break contact with the Syndic repair ships. In four minutes I’ll provide maneuvering orders for your ships. Captain Cresida, Captain Casia, follow your orders but remember that your overriding priority is to maneuver the ships under your command in order to defend the fast fleet auxiliaries to the best of your ability.”

He watched the final two shuttles still out dodge inside their docks on *Titan* and *Witch* as the grapples and conveyors still holding all four auxiliaries to the Syndic repair ships withdrew.

Geary checked the latest vector for the Syndic pursuit force and ran out the maneuvering solution, making a small last-moment adjustment. The last minute ticked down, and Geary contacted the auxiliaries again. “Captain Tyrosian, accelerate your ships at their maximum capability. As soon as you clear the Casualty Flotilla, come port zero three degrees, down zero one degrees. Inform the commanders of *Titan*, *Jinn*, and *Goblin* that they are to maneuver as necessary to ensure the vector for the fastest intercept of them by the Syndic pursuit force passes directly through the center of the Casualty Flotilla.”

“Yes, sir,” Captain Tyrosian acknowledged.

“The success of this battle plan depends upon you and the other auxiliaries, Captain. I assure you that the rest of the fleet will be coming to assist in your defense.”

Tyrosian managed a tense smile. “I know you have to make it a good show for the

Syndics, sir.

We won't let you down."

Geary checked his display again. The Syndics were three light-minutes away now, the time lag between what he saw of them and what they were actually doing at that moment growing steadily shorter. Was it time to move some more of his own ships? Not yet. He had to time it right, make it look like the Alliance fleet was reacting in piecemeal, disorganized fashion while actually bringing his ships in to hit the Syndics at close to the same time.

Titan, *Witch*, *Goblin*, and *Jinn* accelerated with painful slowness, their usual sluggishness now amplified by all the extra mass they'd taken on from the Syndic repair ships. He had factored that in and hoped the maneuvering systems and his own experience with the auxiliaries had been accurate enough to keep them from being overrun by the Syndic pursuit force too soon.

Between the four auxiliaries and the Syndic pursuit force, the four battleships and *Cresida*'s two battle cruisers accelerated as well, maintaining their relative positions for now. Around them, the two heavy cruisers, twenty light cruisers, and destroyers also serving as escorts kept their speed down and held their position on the Alliance auxiliaries, too.

Geary felt an odd pang of regret as he watched the Alliance ships leaving the deserted ships of the Casualty Flotilla behind, the wreck of *Audacious* near the center of the formation seeming to protest this latest abandonment. *Don't worry, lady. We're not giving you back to the Syndics.*

They'll discover that you've got one punch left in you.

As the auxiliaries cleared the Syndic ships making up the Casualty Flotilla and altered course,

Titan began lagging and *Goblin* fell back to stay with her. "*Titan's* acting as if she's lost a main propulsion unit," Desjani reported.

Given *Titan's* record for suffering damage, Geary still felt a worry that the loss of a propulsion unit was real and not simulated, even though he already knew what the two auxiliaries were doing. "Nice job. It looks just like a real loss of propulsion capability, and along with *Goblin*, she's making sure the Syndic intercept path remains centered through the Casualty Flotilla."

"*Warrior* is falling back to stay with *Titan* and *Goblin*." Desjani didn't point out the obvious, that

Conqueror, *Majestic*, and *Orion* had kept accelerating along with *Witch* and *Jinn*, putting them in a marginally safer position.

Geary thought through a number of comments or orders he could direct at the commanding officers of *Conqueror*, *Majestic*, and *Orion*, rejecting almost all of them as unprofessional even though venting them would have made him feel better.

Tapping his controls, he called the battleships on a frequency the entire fleet could hear. “*Conqueror*, *Majestic*, and *Orion*, the fast fleet auxiliaries *Titan* and *Goblin* are deliberately putting themselves into greater danger and can use all of the close support available. Close on *Warrior* and assist her in defending *Titan* and

Goblin.” If that didn’t shame the three battleships into doing their duty, at least he’d finally have unquestionable grounds for relieving their commanding officers. But he had a feeling that even such difficult subordinates as Captain Casia and Commander Yin would be more afraid of the contempt of their fellow officers than they would be of the Syndics, and so would feel forced to fall back to help cover *Titan* and *Goblin*.

“Where are those heavy cruisers going?” Rione asked.

Geary knew she had to mean *Ichcahuipilli* and *Rondelle*, which were now accelerating away from Cresida’s battle cruisers *Implacable* and *Furious* as well as the Syndics. “They’ve been ordered to get clear because they’re packed with as many of the wounded prisoners liberated from *Audacious* as they can carry,” he told her.

“Getting them to obey that order must have taken some work.”

“Yeah. They didn’t want to avoid the fight, and neither did the wounded aboard them.”

“We’re seeing some vector changes on *Conqueror*, *Orion*, and *Majestic*,” Desjani remarked.

“Looks like they are finally dropping back toward *Titan* and *Goblin*.”

Rione came close to Geary and spoke again, her voice low. “Can this fleet make it back if we save *Witch* and *Jinn* but lose *Titan* and *Goblin*?”

“If it comes to that, it’ll have to,” Geary replied with an outward confidence he didn’t feel. All of the tactical success in the galaxy wouldn’t save this fleet if it ran out of fuel cells. At best, he might end up having to decide which warships to abandon in the hope that the remainder could make it through to Alliance space.

Rione gazed back at him as if she had read his thoughts, then nodded and returned to her seat.

After a few moments, Captain Desjani spoke, her eyes on her display. “I wonder what it would be like on one of those auxiliaries, seeing that big Syndic flotilla heading for you, knowing that you had limited propulsion and maneuvering ability, limited defensive capability, and no real means of attack.” She glanced over at Geary. “We look down on the auxiliaries and their crews, those of us in the warships, but it must take a great deal of courage to go to battle in ships like that.” He nodded in agreement. “I’ll take a battle cruiser any day,” Desjani concluded, “but I owe those auxiliaries sailors some drinks when we get back.”

“We can send over some cases paid for by the wardroom on *Dauntless*, Captain,” Lieutenant Nicodeom suggested. “We’ll all be happy to pitch in.”

“Yes,” Desjani agreed. “Remind me to do that, Lieutenant.”

After the long, apparently slow approach of the Syndic pursuit force, the battle was reaching the point where events would begin happening with stunning speed. Even at point one light speed, the vast distances inside a typical star system took time to cover. But once ships traveling those velocities got close enough to their objectives, the remaining intervals seemed to vanish in the blink of an eye, which in fact they did. Human senses and reactions were made to deal with things moving at tens of kilometers per hour, not intercepts occurring at thousands of kilometers per second.

Geary took long, slow breaths, his own gaze fixed on the display. The Alliance fleet subformations, each built around one or two divisions of battleships or battle cruisers, remained scattered in the Big Ugly Ball formation. Captain Cresida’s escort force, the four battleships, the other escorts, and the auxiliaries were at the back and bottom of the bubble. The flattened sphere of the Syndic Casualty Flotilla hung behind the fleeing auxiliaries, its aspect gradually tilting upward relative to the Alliance ships as they headed slightly downward in relation to it.

The surprise they had rigged in the Casualty Flotilla would hopefully substantially even the odds, but to ensure the success of that it was necessary to keep the Syndic attack focused on a line running through that flotilla. The scattered, irregular formation of the Alliance fleet made it hard for the enemy to identify a main axis of striking power to counter, which would have also offered an alternate target for the enemy attack. The Big Ugly Ball also had the virtue of appearing to show a fleet barely held together and ready to fall apart. To the Syndics, who as far as Geary could tell still judged military effectiveness by how precisely everyone maintained position and kept their ranks and files lined up perfectly, the Alliance fleet would look sloppy and therefore less of a threat than it really was.

As the Syndics drew closer, he’d concentrate his forces toward the auxiliaries, timing the movements of each formation to arrive close together. His battle cruiser subformations were farthest forward on the Big Ugly Ball, and therefore farthest from the enemy, so he’d have to turn them first and aim them to intercept the Syndic pursuit force. Fortunately, the sort of aggressive move being initiated by the battle cruisers was exactly what the Syndics would expect to see.

If the surprise worked, his concentrated forces would be able to hit the Syndics hard and at roughly the same time from multiple angles. If the surprise didn’t work . . . then his subformations would have to make repeated fast firing runs on the edges of the Syndic box, avoiding offering a single strong formation for the Syndics to focus an attack on and hopefully wearing down the enemy before the Alliance ships took too much damage themselves and exhausted their fuel cells on all of those fast attacks. The chances of that working were slim to none, but it beat any alternatives

that Geary had been able to come up with.

Geary knew that everyone on the bridge was watching him now, but no one spoke to him. They knew he needed to screen out distractions, feel the right moments to order each subformation onto its new vectors, taking into account the time-delayed picture he had of the enemy movements, the time needed to turn and accelerate for his different ship types, and the time delays in communicating with his own ships. “Alliance Formation Bravo Five.” That was the one built around Captain Duellos’s four battle cruisers. “Accelerate to point zero eight light speed and maneuver to intercept the Syndic pursuit force.” He wouldn’t have time to fine-tune each subformation’s approach, but he could set their velocities to bring them into contact with the enemy at the right time and count on most of his commanders at least being able to follow maneuvering system recommendations for an intercept.

A few minutes later he called the subformation built around the Seventh Battle Cruiser Division.

“Accelerate to point zero nine light speed and maneuver to intercept the Syndic pursuit force.”

Over the next several minutes he ordered the rest of his battle cruisers to turn toward the enemy and accelerate, then waited a short time before beginning to call out similar commands to his battleships in their subformations. The battleships were closer to the auxiliaries, but would accelerate at a slower pace.

On Geary’s display, he could see the Big Ugly Ball formation collapsing in lopsided fashion like an irregular balloon deflating as subformation after subformation of the Alliance fleet moved inward toward points along the path the Alliance auxiliaries were taking. It didn’t look like a fleet turning to fight, but rather like each individual subformation had independently decided to act.

“Very nice,” Desjani said admiringly. “It looks terrible, but it’s very nice. If I was outside this fleet, I’d think every subformation was calling its own shots.”

“Let’s just hope it all works,” Geary muttered under his breath.

The action was playing out along a single path leading back to the jump point from Ixion, with the Alliance subformation containing the auxiliaries a moving target whose path was the aim point for the Syndic pursuit force’s box formation coming from behind and slightly above, while the Alliance Big Ugly Ball formation was collapsing from slightly above and ahead toward roughly the same spot along the projected track of the Alliance auxiliaries. Between the Alliance forces and the Syndic pursuit force was the flattened sphere of the Casualty Flotilla. As the Syndic pursuit force’s intercept of the Alliance auxiliaries drew near, Captain Cresida accelerated *Furious* and *Implacable* toward the enemy, knowing her battle cruisers would never survive a direct clash with the Syndic battleships but aiming to disrupt the enemy assault.

The Syndic path had been dictated by the paths of their targets, the lagging Alliance auxiliaries formation. The Alliance auxiliaries had kept to courses and speeds calculated so that the shortest, fastest path between them and the Syndics stayed straight through the drifting and now-totally abandoned Casualty Flotilla of badly damaged Syndic warships. Human instincts sought things to hide behind even in space and even when the objects screening them were woefully inadequate, so the auxiliaries' movements would seem perfectly natural, a desperate attempt to shield themselves using the only possible obstacle between them and the enemy.

An enemy commander less certain that Alliance forces were disorganized, running, and close to beaten, less focused on the glory and advancement that would come with finally defeating the Alliance fleet and less angered by the renewed losses inflicted on damaged Syndic warships in Lakota Star System might have wondered why the auxiliaries had seemingly been left lightly supported. But the obvious and frantic looting of abandoned Syndic ships in the Casualty Flotilla up until the last possible moment would match Syndic expectations of an Alliance fleet desperate for supplies.

Now the entire situation appeared quite natural to someone not looking beneath the surface appearance of fleeing Alliance warships trying to keep the false cover offered by the hulks of the Casualty Flotilla between them and the threat of the onrushing Syndic pursuit force. The Alliance battle cruisers turning to rush pell-mell into battle also matched expectations, as did the belated maneuvers of the Alliance battleships also to come to the aid of the auxiliaries. It was all no doubt exactly what the Syndic commander expected.

If everything looks like it's going according to plan, Geary's second commanding officer had liked to say, try to spot whatever you missed that's about to bite you in the butt.

Apparently not having had the benefit of such advice, the Syndic CEO was confidently charging along the straightest, tightest intercept his flotilla could manage, doubtless already imagining the sweet taste of victory. The abandoned ships in the Casualty Flotilla couldn't maneuver and had no weapons operational, and so posed no threat to warships that could safely cut very close to the predictable paths of the drifting wrecks.

If not for the inspiration provided by Victoria Rione's suggestion, the Syndic CEO might have been safe in assuming that was true. Minefields, after all, were supposed to be as well concealed as possible, not sitting out in plain sight. Mines were also supposed to be small enough to be hidden by stealth features, not as huge as the power cores of warships.

Geary watched the path of the Syndic pursuit force, the big box sweeping with its broad side forward on a vector that would cause the flattened sphere of the Casualty

Flotilla to pass almost right through the center of the Syndic formation. Because the Alliance auxiliaries had headed slightly down, and the Syndic pursuit force was coming from above, the flattened sphere of the Casualty Flotilla was cocked slightly upward relative to the pursuit force's box, reducing the angle at which they'd meet. That box had greater length and width than the crushed sphere of the Casualty Flotilla, but slightly less depth. As the pursuit force raced toward its intercept of the Alliance auxiliaries, numerous Syndic warships inside the box formation made minor adjustments to their courses, in many cases aiming to skim just above or below the ships of the Casualty Flotilla, to let the Casualty Flotilla pass through the pursuit force's box.

The smart proximity fuses, which had been cannibalized from Alliance mines and mounted on the outside of the hulls of the hulks, their parameters adjusted to reflect the destructive effect of the improvised weapons they were now linked to, watched the oncoming enemy ships, calculating when to detonate their charges in order to catch targets moving toward them at almost a tenth of the speed of light. As the Syndic formation reached the right point, the fuses triggered overloads in the still-active power cores of the abandoned ships in a rippling mass of destruction into which the Syndics raced with no time to react.

An entire region of space lit up as so many power cores blew, including that of *Audacious*, the broken battleship striking one last deathblow against the enemy. A dense field of high-velocity debris, particles, and energy burst outward in all directions, reaching maximum intensity and size in the fraction of a second in which the Syndic formation sped through that area of space.

Geary watched, tense, as the center of the Syndic formation disappeared inside the massive explosions. The edges of the Syndic box were outside the zone of destruction, but its center had been caught almost perfectly.

Moments later the display updated, evaluating the Syndic pursuit force's status as it shot out of the still-expanding death throes of the Casualty Flotilla.

Muffled cheers erupted around Geary. Captain Desjani gasped a brief sound of glee. He simply stared, shocked at how much damage had been inflicted on the enemy.

Every ship in the Casualty Flotilla had disappeared, of course, totally destroyed by the explosions of their power cores. Most of the Syndic HuKs in the blast area had also vanished, those caught in the densest portions of the explosions blown into pieces too small to be worth tracking. Larger chunks of debris marked the remains of light cruisers and those heavy cruisers which had been caught dead on by the blasts. Two heavy cruisers emerged from the edges of the detonation field intact, but with their systems blown, falling off helplessly down and to port.

Only five heavy cruisers survived in the outer parts of the Syndic formation.

Every Syndic battle cruiser in the zone of destruction had been knocked out, some literally broken into pieces and others still in one piece but with no operating systems. Of the thirteen battle cruisers the Syndic pursuit force had boasted, nine were either destroyed or out of commission.

Out of the pursuit force's thirty-one battleships, twenty had been caught in the blast zone. Eight of those were still intact but knocked out. Another nine were badly hurt, staggering onward with shields blown and many systems out. The other three were damaged but appeared still combat-capable.

"I think the odds just shifted in our favor," Desjani announced, her eyes bright with battle lust as the opposing forces began to come together.

Chances were the Syndic CEO in charge of the pursuit force had either died in the destruction of the Casualty Flotilla or was on a ship with all systems blown and unable to communicate with his own ships. Lacking new orders, the surviving Syndic warships stuck to their last commands, bearing down on the fleeing Alliance auxiliaries. Their formation now resembled the outline of a box, with the center torn out and trailing behind as crippled ships fell away.

Furious and *Implacable*, their hopeless charge now facing a much-diminished enemy, tore across one side of the now-empty Syndic box, concentrating their fire on the leading Syndic battleship as the moment of firing opportunity came and went in a flash. The Alliance battle cruisers'

escorts focused their own fire on the lighter units with the Syndics, taking out a few HuKs and two light cruisers.

As Captain Cresida's warships rocketed away and began the vast turn required to make another firing pass at the Syndics, the enemy battleship, which had caught successive volleys of specter missiles, grapeshot, and hell lances, began sliding out of position, its aft propulsion systems still at full strength, but its forward sections torn and battered.

"*Furious* took several hits, one hell-lance battery and null-field projector out of commission," the combat watch-stander reported in a precise voice. "*Implacable* has lost two hell-lance batteries and suffered minor damage to one propulsion system. Both battle cruisers expended all of their missiles and grapeshot on that pass. *Utap* has lost all combat systems but remains able to maneuver. *Arbalest* and *Raven's Beak* have taken serious damage but can remain with their formation."

Less than two minutes later the Alliance subformations began arriving at their intercept points.

Captain Tulev led *Leviathan*, *Steadfast*, *Dragon*, and *Valiant* against another edge of the Syndic formation. The Alliance battle cruisers once again concentrated their fire, and this time as they pulled away one Syndic battleship had taken severe damage and one of the remaining Syndic battle cruisers drifted with all systems dead.

Captain Duellos brought *Courageous*, *Formidable*, and *Intrepid* in next, badly damaging another Syndic battleship, then the five surviving battle cruisers of the Sixth and Seventh Divisions ripped past and took out two of the last three Syndic battle cruisers.

Then it was the Fourth Battle Cruiser Division's turn. As important as it was for *Dauntless* to reach Alliance space intact, Geary hadn't been able to think of any way to keep her out of the battle. Even if he had told everyone that *Dauntless* held the enemy hypernet key, her crew would still have clamored to have their proper place in battle and been deeply ashamed if kept away from the engagement.

Not to mention the shame that Tanya Desjani would feel. Knowing her, she'd probably resign her command rather than endure such a disgrace.

They'd listen to him, they'd learn, but if he pushed too far, they'd rebel against what they saw as humiliation. Geary had to accept that.

Dauntless, *Daring*, and *Victorious* bore down on a portion of the Syndic formation holding an already-damaged battleship and the sole surviving Syndic battle cruiser. With the Alliance warships traveling at close to point zero eight light speed and the Syndics still just above point one light speed, the moment of actual battle was far too brief for human senses to register. The Syndics were ahead, then they were behind, *Dauntless* still shuddering from the hits on her during the millisecond in which she'd been within range of the enemy weapons.

"Spot failures on forward and port shields," the damage-control watch reported. "Hell lance battery one alpha has lost one weapon. Structural damage at frames forty-five and one twenty-seven."

"Very well." Desjani nodded, her eyes on the display where the results of the Alliance battle cruisers' firing pass were appearing. She grinned fiercely. "Got him!"

Geary felt himself smiling grimly as well. The last Syndic battle cruiser was spitting out escape pods, then blew up as its power core overloaded. The already-damaged Syndic battleship had taken more hits and was slowly losing speed.

Then his smile vanished. The Alliance battle cruisers were all turning to make more firing passes, the battleships and the rest of the fleet were still coming on, and even though the Alliance auxiliaries and their escorts had put on a burst of speed and curved their courses up and to the side, the remaining Syndics were closing to firing range. With the fleeing auxiliaries and their close escorts going in the same direction as the oncoming Syndics, the relative speed of the warships was much slower. This encounter would play out slowly enough for human senses to observe.

Geary saw Desjani watching him and indicated the auxiliaries. "If we lose them, then it doesn't matter how many Syndic warships we kill today. We'll still have lost this battle."

"You had to risk it," she said in a low voice.

“I know.”

Warrior, battered at Vidha and again at Lakota the first time the Alliance fleet was here, swung out to block the Syndics aiming at *Titan* and *Goblin*. A pair of Syndic HuKs apparently thought they could dart past the badly hurt Alliance battleship, but learned that *Warrior* could still punch as her few still-working hell lances ripped into the lightly protected HuKs. A Syndic light cruiser right behind the HuKs tried to trade fire with *Warrior*, only to be knocked out as well.

But behind the light cruiser came two almost untouched Syndic battleships. Missiles leaped from them, aiming for *Titan* and *Goblin*. *Warrior* and the Alliance destroyers with her targeted the Syndic missiles, taking out most of the missiles but leaving them unable to engage the battleships directly.

Moving almost painfully, *Warrior* swung again, sliding right across the path of the two Syndic battleships, which concentrated their fire on the Alliance battleship and in moments mangled the warship, knocking out every system on *Warrior*. Geary muttered a brief prayer as he imagined the havoc that barrage had inflicted on *Warrior*'s crew.

That left *Conqueror*, *Orion*, and *Majestic* along with the few heavy cruisers, light cruisers, and destroyers accompanying them. Having watched *Warrior* die, *Conqueror* seemed frozen, staying on the same course and speed as the two Syndic battleships closed. *Orion* began sliding upward, then headed back for a spot close to *Conqueror* as if seeking the safety of a position near the undamaged battleship.

Geary would never know what *Majestic* started to do, whether the rearmost surviving battleship was trying to turn to engage the enemy or to flee. In charitable moments, he imagined that

Majestic's crew and commanding officer had been inspired by *Warrior*'s sacrifice, had finally found their spirit and tried to make up for past failures. Whatever *Majestic*'s intent, her crew finally paid the price for the slow pace of repairs they had made to her weapons and defenses.

The Syndic battleships volleyed their remaining missiles at *Majestic*, aiming to overwhelm her defenses. Three missiles got through and hit aft, wiping out the battleship's propulsion units.

Then as *Majestic* spun out of control up and over, the Syndic battleships altered course to get within hell-lance range of the helpless target. Grapeshot from the Syndics collapsed *Majestic*'s remaining shields, then the enemy hell lances tore into inadequately repaired armor with too many weak spots.

Geary watched hits flaring repeatedly on *Majestic*, the image of the battleship momentarily vanishing under the flurry of impacts as more Syndic missiles, grapeshot, and an unrelenting storm of hell-lance fire tore the ship apart. Then a much bigger explosion lit space for a few moments as *Majestic*'s power core blew

under the stress.

The light faded, leaving a growing field of debris through which a few surviving Syndic missiles quested vainly for a target.

“Damn them,” Desjani muttered. Geary didn’t know if she was referring to the Syndics who had just destroyed *Majestic* or the crew and officers of the Alliance battleship who had doomed themselves.

Conqueror, still fixed on the same trajectory, was lashing out at any lighter Syndic unit that came within range. *Orion* had drifted upward again while remaining as far forward as *Conqueror*, placing herself in an almost totally useless position as far as defending the auxiliaries went. The Alliance heavy cruisers, light cruisers, and destroyers had broken away from *Conqueror*, though, and were slashing through Syndic escorts trying to reach *Titan* and *Goblin*. The two auxiliaries were throwing out as much defensive fire as they could, which unfortunately was very little. A Syndic missile slammed into *Goblin* amidships, staggering the auxiliary. A HuK managed to get close enough to score two hell-lance hits on *Titan* before the Alliance destroyer *Reprise* rolled in from below and took out the HuK with several well-aimed shots.

It took Geary a moment to realize that *Majestic*’s death might not have been in vain. “When those Syndic battleships went for the kill on *Majestic*, it took them off their trajectory and slowed their intercept of *Titan* and *Goblin*.”

Desjani took a moment from maneuvering *Dauntless* to scan her display. “The Fifth Battleship Division might make it in time,” she agreed.

Might make it. He certainly couldn’t count on *Conqueror* or *Orion* being of any use. Geary swung his own gaze to the other side of the Syndic formation. The remaining Syndics were altering course to come around at *Titan*, *Goblin*, and beyond them *Witch* and *Jinn*. As a result, the edges of the box formation whose center had been blown away were folding inward, the four sides of the box collapsing in toward vectors aimed at the four Alliance auxiliaries.

But coming down on the same edges were the Alliance subformations centered on battleships.

Captain Armus in *Colossus* led *Amazon*, *Spartan*, and *Guardian* straight toward one edge of the Syndic formation anchored on three Syndic battleships that had been mostly untouched up to this point. As the huge ships lumbered into contact, the four Alliance battleships volleyed everything they had at the leading Syndic battleship, then hit the second as they flashed past. In their wake, the Alliance battleships left the leading Syndic battleship a pile of junk and the second with significant damage. In exchange *Colossus* and *Spartan* had taken several hits, but none critical.

At the same time, the lighter units on both sides clashed, the now-superior numbers of the Alliance ships telling as Syndic light cruisers and HuKs reeled from

repeated blows.

Soon afterward, *Relentless*, *Reprisal*, *Superb*, and *Splendid* wiped out the two Syndic battleships and their escorts holding another edge of the increasingly chaotic Syndic formation, battering the enemy but losing the heavy cruiser *Vambrace* in the exchange.

Titan took another hit, then a Syndic light cruiser made a firing run on *Goblin* while Alliance destroyers flashed past, trying to knock out the attacker.

A surviving Syndic heavy cruiser led two light cruisers and several HuKs straight for *Titan*.

“Damn,” Geary whispered.

He hadn’t been watching *Furious* and *Implacable*, which had finally completed their long, wide swing through space and instead of aiming for more Syndic capital ships had focused on the closest threat to the auxiliaries. Now the two Alliance battle cruisers tore past, riddling the Syndic heavy cruiser, blowing up one light cruiser and shattering the second, while the battle cruisers’ escorts wiped out the HuKs.

“Not bad,” Desjani praised, her own battle cruiser division still curving up and around. “I told you *Cresida* would stick with the auxiliaries if she knew you were counting on her.”

In trying to avoid the other attacks, *Orion* found itself directly between *Titan* and *Goblin* and the two Syndic battleships that had annihilated *Majestic*. Having expended all of their remaining missiles on *Majestic*, the Syndic battleships were trying to close within hell-lance reach while

Titan and *Goblin* poured on all of the acceleration the damaged auxiliaries could manage in an attempt to stay out of range.

Orion started dropping back out of the line of fire between the Syndic battleships and the auxiliaries as if she had lost propulsion, even though Geary couldn’t see any damage reported to

Orion’s propulsion units. “That does it. If Commander Yin survives this battle, she’s out as commander of that ship.” His eyes focused on *Conqueror*, still far enough ahead of *Titan* and

Goblin to be unable to defend them from the two Syndic battleships. “Captain Casia, too. I’ll court-martial both of their worthless asses.”

Desjani stretched her mouth in a humorless smile. “Cowardice before the enemy. You can just have them shot by order of summary execution. No one could complain with the records of this engagement as the official proof.”

At the moment, with the fate of *Titan* and *Goblin* teetering in the balance, that option sounded entirely too good to Geary. If he lost those two ships because of Casia’s and Yin’s avoidance of battle, he knew he might not be able to resist the temptation to follow Desjani’s advice.

Hell lances from the Syndic battleships began reaching out at extreme range, licking at the shields of *Titan* and *Goblin*. Geary knew the shields on the auxiliaries couldn't long withstand the punishment that a pair of battleships could inflict even at maximum range.

Flanconade weaved between the Syndic battleships and the Alliance auxiliaries, drawing Syndic fire for the few moments needed to tear apart the Alliance destroyer.

The sacrifices and the maneuvers finally added up to a decisive number as *Fearless*, *Resolution*,

Redoubtable, and *Warspite* came within weapons range of the two Syndic battleships. The four Alliance battleships split their fire, two hammering one Syndic battleship and the other two hitting the remaining one as the Fifth Battleship Division finally engaged the enemy.

As the Alliance battleships drew away, both Syndic battleships staggered and slowed dramatically because of blows aimed at their propulsion systems. *Titan* and *Goblin* slowly pulled out of range as the hobbled Syndics tried to keep targeting them, then Tulev's four battle cruisers came in from another angle on their second firing run and smashed the trailing Syndic battleship.

Geary blinked, trying to take in events all through the region of battle. Desjani was leading

Dauntless, *Daring*, and *Victorious* against a hurt Syndic battleship. Elsewhere, *Vengeance* and

Revenge were bearing down on the remaining Syndic battleship that had nearly destroyed *Titan* and *Goblin*. The other Syndic battleships still capable of fighting had been stripped of their escorts and were being slammed by repeated firing passes from Geary's subformations. The Syndic formation had completely fallen apart, replaced by a trail of damaged ships and debris leading back to where the Casualty Flotilla had once existed. The only remaining organized Syndic naval force in Lakota Star System was the guard force, a mere two battleships and two battle cruisers with their escorts, far away and heading for the hypernet gate at a fast clip. "We won."

Dauntless's hell lances tore into the targeted Syndic battleship, then null fields from *Dauntless*,

Daring, and *Victorious* dug huge holes in the enemy vessel. Desjani let out a long breath as

Dauntless left her broken enemy behind, then nodded to Geary. "Yes, sir. You did."

"We won," Geary repeated. "This fleet won this victory, not me."

"You did help," Rione pointed out dryly.

Taking a deep breath, Geary called his fleet. "All ships in the Alliance fleet, general pursuit."

Break formation and ensure no Syndic warships escape. Destroyers and light cruisers not engaged with the enemy are to recover escape pods from Alliance ships.”

Space in Lakota Star System was now filled with wreckage and hundreds of Syndic escape pods.

Geary’s warships were pouncing on surviving but damaged Syndic warships, overwhelming them and adding to the quantity of both debris and escape pods as the remnants of the Syndic force were wiped out.

But the victory hadn’t been painless. *Majestic* was gone, along with the heavy cruisers *Utap*,

Vambrace, and *Fascine*. The defenders of the auxiliaries had taken heavy losses. In addition to

Flanconade, the light cruisers *Brigandine*, *Carte*, and *Ote* had been destroyed, as well as the destroyers *Armllet*, *Kukri*, *Hastarii*, *Petard*, and *Spiculum*. Most of the other ships in the fleet had taken various degrees of damage and lost crew members. Measured against the Syndic losses the price was insignificant, but Geary had to fight off depression as he thought of his own fleet’s dead.

“Sir, *Warrior* can’t be saved,” Desjani stated somberly.

He couldn’t argue that even though he wanted to debate it. *Warrior* had fought so well, her crew going beyond the call of duty to protect the auxiliaries. *Warrior* deserved to survive, to return proudly to Alliance space. But the already-damaged battleship had been riddled, its propulsion systems destroyed, every weapon knocked out, and life support left spotty throughout the hull.

Looking at the readouts and images of *Warrior*, Geary was forcefully reminded of how the wreck of *Audacious* had looked. “Commander Suram,” he ordered, “you and your crew have performed in a manner that brings all possible honor to your ancestors, but *Warrior* is now beyond repair. Abandon ship.”

Long before a reply could have come, the communications watch called out. “We’re receiving a voice-only emergency circuit call from *Warrior*. It’s very weak, but we’ve enhanced it.”

Geary punched *accept* and listened to the message, the voice of Commander Suram oddly distorted by the electronic enhancements required to make the message understandable. “All systems are out except for emergency controls on the power core. We’re attempting a safe core shutdown. *Warrior* cannot continue the fight. Many escape pods damaged or destroyed in the last engagement. Those members of the crew who can be held in the surviving pods are abandoning ship. To the honor of our ancestors.”

“Continue the fight?” Geary wondered.

“With all systems out they’re blind,” Desjani answered. “They can see some explosions and signs of battle with the naked eye and the minor enhancement gear on

their survival suits, but have no idea that's just us mopping up the Syndics. We need to get some ships there to pull off the rest of *Warrior*'s crew," she added quickly, "I'd recommend—"

"Sir," another watch-stander called in an alarmed voice. "We're picking up indications that

Warrior's power core is fluctuating. The emergency control systems must have been damaged, too, and are failing."

"How long until it blows?" Desjani snapped.

"Impossible to predict, Captain. It could hold until they manage a shutdown, or it could have already blown, and we haven't seen the light from it."

Desjani gave Geary a somber look. He nodded, knowing this was his call. Any ship trying to close on *Warrior* to rescue her trapped crew members would risk being caught in a core explosion. "Who were you going to recommend for crew recovery?" he asked Desjani.

"Ships from the Twentieth Destroyer Squadron," she responded immediately. "They're still close together and well positioned, but *Warrior* drifted away from the battle after she got knocked out, or rather the battle kept going and *Warrior* stayed about where she was. Our destroyers will require close to half an hour to get there and match speed to the wreck."

"Okay." Geary tapped his controls, thinking through his words. "Twentieth Destroyer Squadron, members of *Warrior*'s crew are trapped on board. *Warrior*'s power core is fluctuating uncontrollably and may blow at any time. Request to know which destroyers in your squadron will volunteer to close *Warrior* and attempt to take off her remaining crew."

The reply took only a little while, though it seemed agonizingly long. "Sir, this is Lieutenant Commander Pastak on *Gavelock*. *Arabas*, *Balta*, *Dao*, *Gavelock*, *Kururi*, *Sabar*, and *Wairbi* volunteer to assist *Warrior*'s crew. All ships proceeding to intercept *Warrior* at maximum acceleration."

Geary checked his display. Every surviving destroyer in the squadron. "Don't let me forget this,"

he murmured to Desjani.

"I won't," she replied. "Did you expect anything else?"

"I don't know. I do know I am proud as hell to command this fleet."

"Estimated time for destroyers to reach *Warrior* is twenty-three minutes," the maneuvering watch announced.

"Try to get a message through to *Warrior*'s survivors that the destroyers are on the way."

"Yes, sir. We are now in communication with the escape pods launched from *Warrior* and will try to relay through them."

Geary nodded almost absently, his mind's eye too easily imagining the scene on *Warrior* right now, the few sailors who could work on the power core trying to keep it under control, the rest waiting in the ruin of their ship for rescue or death. "Is Commander Suram on one of the escape pods?" he asked, already guessing the answer.

"No, sir. The highest-ranking officer on one of the pods is a Lieutenant Rana, who is badly wounded."

He felt curiously detached as he saw the symbols of the escape pods racing away from *Warrior*, his mind numb after all of the other losses this day. Escape pods were designed to boost rapidly away from their ship on the assumption that distance would be critical, and in this case that was certainly true. "How much longer until the escape pods are outside the estimated danger zone for

Warrior's power-core blast radius? "

"Five minutes, sir. That's the estimate based on the known state of *Warrior's* power core and the readings we're picking up on it."

Seven minutes later, with the destroyers of the Twentieth Squadron still sixteen minutes away, Geary watched the image of *Warrior* blossom into an irregular sphere of light and debris. He confirmed that the escape pods were far enough outside the blast area to be able to ride out the shock wave, then closed his eyes, took a long, slow breath, and called *Gavelock*. "Lieutenant Commander Pastak, please alter your mission to recovery of the escape pods from *Warrior*. They were close enough to the core overload that many probably received some damage. Thank you, thank all of your ships, for your efforts."

Pastak's somber acknowledgment came a few minutes later, then Geary leaned back and closed his eyes again. "Sir?" Desjani whispered. He shook his head, denying any conversation. After a moment, her hand closed over his wrist and squeezed tightly for a second in wordless comfort before being withdrawn. She knew how he felt, and somehow that made it a little easier to bear.

FIVE

GEARY sighed as the tensions of worrying about the upcoming battle were replaced by the pains of dealing with the aftermath of that engagement. He felt incredibly weary, as though he had been on the bridge of *Dauntless* for most of a week instead of most of a day.

“The Syndic guard force is still about thirty light-minutes from the hypernet gate,” Desjani reported, her own voice tired. “If they keep up their speed, they’ll reach it in about four and a half hours.”

“Fine.” Geary rubbed his eyes, then looked back at his display. That Syndic guard force was now almost two light-hours away from the Alliance fleet. If it had been a lot, lot closer, he might have had to worry about a suicide charge against *Dauntless* or the auxiliaries, but at this distance the Syndics would take almost a day to get here after they started such a charge. “I guess we can decide what to do about them later.”

There didn’t seem to be much to worry about for the moment. The guard force was clearly going to stick close to the hypernet gate, just as it had last time the Alliance fleet was here, and that gate lay about two and a half light-hours off to port of the Alliance fleet. The habitable world that Lakota boasted was orbiting on the opposite side of its star from the Alliance fleet, almost two and a quarter light-hours to starboard. The Syndic military assets there wouldn’t be any threat unless the Alliance fleet came close to that world, and Geary had no intention of doing that.

Otherwise, the Syndic presence here seemed rapidly to be going to ground as the light from the latest engagement reached different parts of Lakota Star System. Merchant ships were fleeing for whatever sanctuary they could find, and colonies and mining operations on outer planets were shutting down equipment as they sent their populace to whatever shelters existed. Accustomed to having Alliance forces bombard Syndic worlds, the people in the system expected the worst from the victorious fleet. It wasn’t going to happen, but Geary didn’t feel like explaining that to them at the moment.

All around *Dauntless*, the now-widely dispersed ships of the Alliance fleet were making emergency battle repairs and running down Syndic warships knocked out but not destroyed in the battle, to ensure that their power cores were overloaded. Nothing was to be left for the Syndics to salvage. Shuttles flew between Alliance ships, carrying critically needed replacement parts for those warships requiring them. Destroyers and light cruisers darted around, finding and picking up every Alliance escape pod ejected by ships lost during the battle. Geary had already heard of one such pod, containing sailors who had abandoned the battleship *Indefatigable* during the first engagement in Lakota Star System weeks ago, been captured by the Syndics and taken to the wreck of *Audacious*, been liberated by Alliance Marines earlier

today and taken to the heavy cruiser *Fasciné*, then had to abandon *Fasciné* when the heavy cruiser was shot up, and finally been rescued again by the light cruiser *Tsuba*. He wondered if those sailors regarded themselves as lucky or unlucky, and whether or not they were worried by the fact that they'd kept ending up on progressively smaller warships.

Rione stood up with her own heavy sigh. "I need to check on a few things. Let me know if you need me," she told Geary.

Needing her could mean a number of different things. The ambiguity of the phrase made him wonder if Rione had decided it was time for them to share a physical relationship again. Then Geary spotted Desjani's teeth clenching for a moment, her eyes rigidly fixed on her display before she relaxed herself. Apparently Desjani had interpreted the phrase the same way and hadn't liked it. He hadn't noticed that kind of reaction from her before and wondered if Desjani was more worried about Rione's influence on him than he had realized.

He could scarcely discuss that now, though, so Geary turned toward Rione and shook his head.

"I'll be fine. Get some rest."

"That's not too likely, but I'll try."

Desjani visibly relaxed after Rione had left. "You should get some rest, too, sir."

"There's a lot of after-battle mess to clean up," Geary replied.

"We can handle that. You've already ordered our ships to return to their places in Fleet Formation Delta Two once they finish their postbattle operations. They can do that without you watching them. Even *Orion* and *Conqueror* can carry out tasks reliably if they're not being shot at."

"Yeah, I guess they can." Geary stood, surprised by how unsteady on his feet he felt. "Are you going to get any rest?"

Desjani shrugged apologetically. "I'm the captain of *Dauntless*, sir."

"And captains of warships never get to rest." He hesitated, then asked the question he had wanted to avoid. "How many did *Dauntless* lose?"

She took a deep breath, then answered in a steady voice. "Twelve. We were lucky. Another nineteen wounded, two critically."

"I'm sorry." Geary rubbed his forehead, meaningless phrases about honoring their sacrifices rolling through his brain. Twelve more sailors who would never again see Alliance space, never again see their homes, families, and loved ones. Twelve more just on this lightly damaged ship.

Multiply that across the fleet, and the great victory suddenly felt even less worthy of celebration.

Maybe Desjani felt the same. As if reading his mind, she shook her head. "I guess we're all a little shell-shocked, sir. Tomorrow I'll be able to appreciate what we did

here. Right now I'm just trying to keep going."

"You and me both." He frowned down at the deck. "What was I doing?"

"Rest, sir," Desjani prodded.

"If you can remember that, you're in better shape than I am. I'll be back up here in a little while."

"Yes, sir."

"Call me in an hour or so."

"Yes, sir."

"I mean it, Captain Desjani."

"Yes, sir."

He left the bridge, somehow certain that Desjani had decided that she wouldn't actually call him unless another emergency erupted but too tired to debate the issue any longer.

HIS stateroom comm alert buzzed angrily, jerking Geary awake. He'd fallen asleep in a chair and took a moment to orient himself before acknowledging the call.

"Captain Geary," Desjani reported, "there's a problem at the Syndic hypernet gate."

His stomach turned to lead. "Reinforcements for the Syndics?" His fleet wasn't in any shape to fight another major engagement. The aliens on the other side of Syndic space had diverted a big Syndic force to Lakota the last time the Alliance fleet was in the star system, baffling the Syndics but giving them an opportunity to destroy the Alliance fleet. They'd come far too close to succeeding. Somehow the aliens had known the Alliance fleet would be at Lakota the first time, but his immediate jump back should have thrown off even whatever means of tracking the aliens were using.

"No, sir." Geary's initial relief at Desjani's words vanished as she continued speaking. "The Syndic guard force is destroying the gate."

Geary took the distance to the bridge in record time, coming to a halt beside his command seat and staring at the images on his display. It took him a moment to accept what he was seeing. As Desjani had reported, the Syndic guard force at the hypernet gate had opened fire on the gate.

"They're taking down the gate. While we're still light-hours away." His disbelief must have been obvious.

Desjani was checking her own display and made a gesture of contempt. "The Syndic commanding that guard force has panicked. He or she has orders to ensure you don't use that gate, so they're acting long before they have to act."

"But this fleet is so far away, we're much less likely to be damaged by the resulting energy discharge!" Geary stared at the representations of the Syndic guard force. "And his or her own ships are right there. Why commit probable suicide if you don't have to?"

Rione answered, her voice sharp. He hadn't noticed her coming onto the bridge, but she must have been right behind him. "Obviously because the Syndic commander doesn't know what's going to happen when that hypernet gate collapses. The commander wasn't informed, either because of a misplaced emphasis on secrecy or because no one thought to do so in the wake of this fleet's apparent defeat in this same star system almost two weeks ago."

Desjani spoke as if to herself. "Or because the Syndic Executive Council didn't want their on-scene commander knowing what would happen and deliberately kept that commander in the dark to ensure their orders would be followed."

Geary had a sick feeling that Desjani's guess was the right one. The Syndic leadership would have wanted to ensure that the Alliance fleet couldn't use the hypernet gate, and would have decided to withhold any information that might have caused their own commander to hesitate in carrying out orders to destroy it.

"Therefore," Rione continued as if Desjani hadn't spoken, "that commander is playing it safe, terrified that this fleet will once again do something that is supposed to be impossible, not realizing that playing it safe is actually dooming them."

Geary turned on her. "The Syndics are playing it safe because they think this fleet can do the impossible?" he demanded.

She met his gaze coolly. "Don't blame me. *You're* the one who keeps achieving the impossible."

Arguing with Rione would obviously be as futile as usual. He took a moment to think, then called *Furious*. "Captain Cresida, can you give me an estimate of how long it would take the Syndic guard force to cause that hypernet gate to collapse?"

Several seconds later, Cresida's image appeared and nodded. "Just a moment, sir." She looked to one side, her eyes examining something, then back at Geary. "Assuming they continue firing and destroying gate tethers at their current observed rate, my calculations indicate that it would take between twenty and thirty minutes more for the gate to begin uncontrollable collapse. I'm sorry I can't be more precise, but it's mostly theory since we just don't have enough actual gate-collapse data to reference."

Twenty or thirty minutes. And the gate was two and a half light-hours away. "So it probably collapsed a little over two hours ago."

A few more seconds, then Cresida nodded again. "Yes, sir."

"Is there any way to estimate the level of the energy discharge before it gets to us?"

"The energy pulse is going to propagate outward at the speed of light, Captain Geary." Cresida shook her head. "We'll find out when it hits us. Which could happen in about twenty minutes."

There was very little time left to react. Geary spun to Desjani. "Get me a course

directly away from the hypernet gate's location." While she was coming up with that, he studied his display, looking at the disposition of his ships and realizing he had no time to rearrange them.

"Port one four zero degrees, down one two degrees," Desjani announced.

Geary slapped the fleetwide command circuit. "All units in the Alliance fleet. Immediate course change. All ships come port one four zero degrees, down one two degrees, and accelerate to point one light. I say again, immediate execute turn port one four zero degrees, down one two degrees, and accelerate to point one light. The Syndic guard force has caused the hypernet gate in this system to collapse, generating an energy discharge of unknown scale. The energy discharge is theoretically capable of a nova-scale level. In one five minutes all ships are to cease acceleration, pivot to place themselves bow-on to the Syndic hypernet gate's location, reinforce bow shields to the maximum strength possible, and set maximum preparation levels for damage control and repair."

He slumped backward as Desjani rapped out orders and *Dauntless* swung onto the new course, her propulsion units kicking in hard enough once again to make the inertial dampers whine in protest. "Captain Desjani," Geary asked, "can this ship survive a nova-scale burst of energy at this distance from the source?" He was pretty sure he already knew the answer and pretty sure it wasn't a happy one, but he wanted to be certain.

"I seriously doubt it." Desjani frowned, then glanced around the bridge, focusing on one watch-stander. "Assessment?" she demanded.

The watch-stander tapped a data pad frantically, then shook his head. "No, ma'am. As the burst expands away from the source, its single-point intensity is going to be dropping rapidly, but not nearly fast enough. A battle cruiser's shields and armor, even at full strength, couldn't withstand it even with maximum preparations. Destroyers, cruisers, they'd be totally overwhelmed.

Battleships might have a chance at this distance. Not a big one, but some might make it through, though they'd be completely crippled." He paused and tapped a couple of more times. "The battleships' crews would all be killed by the radiation, though, after it collapsed their shields, so I guess it wouldn't matter."

Desjani blew out a long breath, then looked to Geary. "We'd better hope it's not nova-scale."

"I was thinking the same thing," he agreed.

Desjani seemed to hesitate, then turned back to the same watch-stander. "What about the inhabited world in this star system?"

Geary stared at her. In his concern for the fleet, he hadn't yet considered what would happen to that world. Yet Desjani had, or at least had realized that he would care.

The watch-stander rubbed his brow with one hand and tapped his data pad again. “There’s a lot of uncertainties. If the energy wave is nova-scale or anywhere near that, the planet will be turned into a cinder. If it’s something a great deal lower than that, the side facing the hypernet gate’s former location when the shock wave hits will be fried, but the sheltered side might be able to ride it out though they’ll face horrific storms. Whether the planet will be habitable after that is hard to say.”

“What about the star itself?” Geary asked. “What’ll be the effect on Lakota?”

“That’s impossible to determine without knowing how much energy will hit it, sir.” The watch-stander shook his head. “If it’s nova-scale, the star will be really messed up, but then no one will be left around here to care. Anything less than that, it’s just too hard to estimate. Stars have incredibly complex internal reactions going on constantly. They’re remarkably self-regulating, but even the most stable star has some variability in output. If I had to guess, I’d say that if this energy burst we’re expecting is at all significant, it will cause enough problems inside the star Lakota’s photosphere to make it experience more variability at shorter intervals.”

“So even if the habitable world remains able to support life, the star Lakota may render it uninhabitable in the near future.”

“Yes, sir. I can’t say that will happen, but I’d regard it as a probable outcome.”

Desjani frowned and checked her display. “That world is almost five light-hours from the hypernet gate and two and a quarter light-hours from this fleet. If we sent a warning message, they would get it in time to at least order people into shelter, though that’s unlikely to matter to those on the side of the planet that gets hit.”

The woman warrior who had once expressed regret that null-field weapons couldn’t be used against enemy planets was now willing to warn enemy civilians. “Thank you for thinking of that,” Geary told her.

“We need survivors, sir. People who can tell other Syndics that the Alliance fleet didn’t do this.”

Desjani was just being pragmatic, then. Or justifying her actions on pragmatic grounds. He wondered which it was. Geary’s eyes strayed back to the display of Lakota Star System. He looked at the data for the main inhabited world, at the representations of colonies on other worlds or moons, at the orbital facilities and the civilian space traffic that hadn’t yet reached a place where the crews could take refuge if the Alliance fleet sent warships after them. And at the clusters of small symbols that marked escape pods from Syndic warships and repair ships fleeing for safety. Hundreds, probably thousands of Syndic personnel in those escape pods, but Geary didn’t want an estimate of their numbers. They wouldn’t stand a chance if the energy discharge from the collapsing gate had any power at all, and there was nothing he could do about it. “I need a broadcast to the entire star system.”

How do you tell so many people that death may already be on its way? Geary

tried to speak calmly, but knew his voice sounded bleak. “People of Lakota Star System, the Syndicate Worlds’ warships at your hypernet gate have opened fire on it to prevent its use by the Alliance fleet. By the time you receive this message, the hypernet gate will certainly have collapsed.

When it does so, a burst of energy will be released, a burst which could be powerful enough to wipe out all life in this star system. If we’re fortunate, the energy burst will be much weaker than that, but it could easily be extremely dangerous to all human lives, ships, and installations in this star system. I urge you to take all possible measures in the very short time available to protect yourselves.”

Geary paused, then spoke slowly. “I don’t know how many of the humans in this star system will survive this. May the living stars watch over all here, and may their ancestors welcome all who die this day. To the honor of our ancestors, this is Captain John Geary, commander of the Alliance fleet.”

The silence afterward was broken by Victoria Rione. “They were already anticipating bombardment by us and taking shelter. Maybe that will help.”

“Maybe. It’s not going to help all of those Syndics in escape pods.” It only took the briefest look at the display to confirm that the Syndic escape pods were all too far distant for any Alliance ships to reach in time. “Unless the energy discharge is almost nothing, they won’t stand a chance.”

“Thank the living stars we already got all of ours recovered,” Desjani murmured.

“Two minutes to turn, Captain,” the maneuvering watch advised.

The initial moves to speed away from the Syndic hypernet gate’s location had taken place ship by ship as Geary’s order reached them, the farthest ships turning last. But the next maneuver was based on the time Geary had sent the first order, and so exactly fifteen minutes after Geary’s message, the Alliance fleet turned as one, ship after ship swinging its bows to face the place where the Syndic hypernet gate still appeared intact but wavering as its tethers were blown away by the Syndic guard force. But the light showing that was over two and a half hours old, an image from the past. For well over two hours that gate had been gone, replaced by a discharge of energy of unknown intensity. The Alliance ships were facing the source of the energy burst with their heaviest shields and armor, and still heading away from it stern-first at close to point one light speed, which would reduce the force of the impact. “Forward shields at maximum strength,” the combat-systems watch reported to Captain Desjani. “All compartments sealed, crew braced for damage, repair capabilities at highest readiness levels.”

“Very well.” Desjani bent her head for a moment, her eyes closed, her lips moving silently.

A prayer right now was a good idea, Geary reflected. He also took a moment to say a few words noiselessly, pleading with the living stars to preserve this fleet and

its crews, and with his ancestors for whatever aid they could provide.

“Standing by for earliest assessed possible impact time,” another watch-stander announced.

“Three . . . two . . . one . . . mark.”

The moment passed without any change, the image of the distant hypernet gate still there, still fluctuating as the tethers holding the energy matrix in place were destroyed one by one. It had been absurd to think that Cresida’s earliest estimate would be accurate to the second, but it was human nature to lock on to that time as critical.

Another minute went by, everyone on the bridge of *Dauntless* staring at their displays as if they would somehow provide advance warning, when in fact the wave front would hit at the speed of light, providing no notice before it struck.

Geary stared at the distant image of the hypernet gate, the fluctuations in energy levels inside it obvious to the fleet’s sensors even from this far away. He would never forget how it had felt close to a collapsing gate, as *Dauntless*, *Daring*, and *Diamond* had fought to keep the gate at Sancere from frying the star system it had served. Space itself had been warping inside the gate as the forces within it were unleashed, causing effects echoed within nearby human bodies even through the shields and armor of the warships. Only Captain Cresida’s theoretical firing plan for causing the gate to collapse in a way that minimized the resultant energy discharge had saved the three Alliance warships and who knew how many other ships and inhabitants in the Sancere Star System.

He wondered how the crews of those Syndic ships destroying the gate in this star system had felt, whether they’d experienced those forces and questioned their orders, whether they’d had time to realize that their obedience to commands was dooming not only them but also a great many other inhabitants of Lakota. He’d never know. Unaware of what they were unleashing, those ships had almost certainly been destroyed more than two hours ago, their crews forever silenced.

One more minute. Two more. Geary heard others muttering to themselves, the words inaudible but the tones clearly pleading. *The words of the prayers change, but they always mean the same thing. Have mercy please, because there’s nothing else that human skill or device can do now.*

The shock wave slammed into *Dauntless*. Geary fought down a surge of fear as the ship jerked and lights dimmed, his mind knowing that if the energy burst had been great enough to destroy

Dauntless, then the battle cruiser would have been shattered before he had time to be afraid.

“Forward shields down thirty percent, no hull damage, minor energy leak-through affecting ship systems.” The reports rolled in while Geary waited for the display to

clear and reveal the state of his fleet, whether his lighter ships had been able to survive the blow.

“Preliminary estimate places the energy output at the source at point one three on the Yama-Potillion Nova Scale.”

“Point one three,” Desjani murmured, then she ducked her head again and her lips moved without a sound for a moment.

Geary did the same, breathing his own quick thanks that the energy output had been so much lower than it could have been.

The display cleared, symbols updating rapidly. Geary ran his eyes across his ship-status reports, searching for red-lined systems. The hardest hit had been the destroyers since their shields were weakest, but none seemed to have suffered major damage. A lot of subsystems blown and a few cases of hull damage, but otherwise even the fleet’s smallest ships had come through intact.

Where the image of the Syndic hypernet gate and the nearby Syndic warships had been, there was now nothing. It took the fleet’s sensors a few moments to find what was left of the Syndic guard force. Whatever remained of the smaller warships was in pieces too small for the system to find immediately. Large pieces of debris tumbling away from the former site of the hypernet gate were assessed as the remains of the two Syndic battle cruisers. One of the two battleships had also been shattered into several large fragments, while the other had broken into two segments that seemed very badly torn up. As Geary watched, one of the big segments blew up. Or rather, he finally saw the light from two and a half hours ago showing the segment explode back then.

“They never knew what hit them. That close to the energy discharge, even reinforced shields wouldn’t have been enough.”

Desjani nodded. “That’s what would’ve happened to us at Sancere if Captain Cresida’s calculations hadn’t worked, isn’t it?”

“Yeah.”

“I owe that woman a drink when we get home.”

Geary couldn’t help a short laugh born of relief. “I think we owe her more than that. A bottle of the finest booze we can find. I’ll go halves with you on it.”

Desjani’s mouth widened in a brief, tight smile. “Deal.” The smile vanished. “Where now?”

“Let’s head toward the jump point for Branwyn. What should our course be if we hold this speed?” He could have worked it out himself easily but didn’t trust his thinking at the moment.

Desjani glanced toward her maneuvering watch, who hastily worked out the solution.

Geary paused a moment longer to ensure that his voice would be steady, then

punched his command circuit again. "All units in the Alliance fleet, return to positions in Fleet Formation Delta Two. At time three five all units turn together starboard one zero six degrees, up zero four degrees."

Now that they were behind the shock wave, they could watch it sweep over those parts of the star system that hadn't yet been hit. It was like watching a terrible before-and-after presentation.

Ahead of the shock wave, before it struck each region, Lakota brimmed with life and activity. As the shock wave expanded across the star system and swept over human habitations and ships, it left behind a field of broken debris and death.

The Syndic escape pods had been simply annihilated by the shock wave, wiped out like a swarm of gnats in the path of a heavy, fast-moving vehicle, the sailors inside them dying instantly. A couple of freighters, too far from anywhere to reach safety, had been torn apart. One colony on the moon of a gas giant had been sheltered by the gas giant itself, though the giant had shed a fair amount of upper atmosphere as the shock wave passed by. That colony was an exception though.

Two other colonies, on the fifth planet, were badly damaged, and a third on another moon was possibly wiped out.

Hardest to watch had been the impact of the energy discharge on the habitable world. On the side of the planet facing the shock wave when it hit, huge amounts of atmosphere had been scattered and blown off, the surfaces of oceans, seas, rivers, and lakes flashing to vapor. Forests and fields burst into momentary flame, the heat so intense that they were almost instantly reduced to charred remnants. Cities became melted, flattened fields of wreckage. Towns were so badly crushed by the wave of energy that many to all intents and purposes vanished.

Half a world died in the space of seconds.

"It's possible that people in deep enough shelter on the exposed side might have survived the shock wave's hitting," a watch-stander reported.

"What about the aftermath?" Rione demanded.

The watch-stander grimaced. "A lot of them will be trapped. Food supplies are gone, the atmosphere appreciably thinned worldwide, all that water vapor and ash blown into the air. There are going to be some horrendous storms. I don't know, Madam Co-President. The people on the sheltered side might stand a chance even though life will get awfully rough. The ones who got hit

. . . Well, I wouldn't want to have been there when it hit, and I wouldn't want to be there trying to survive."

Geary nodded. "And that was only a point one three nova-scale output of energy. Way toward the low end of the possible output."

Desjani had her eyes on the display, her face rigid, but she said nothing as she gazed at the image of a ruined world.

“Seeing this,” Rione observed in a quiet voice, “it’s hard to see them as enemies. They just look like people who need help.”

Geary nodded again, silently.

“Can we render any assistance?” Rione asked.

This time he shook his head. “Unfortunately, I have experience with this. When I was a junior officer, the star in the Cirinci system spat out a big flare that fried most of the facing parts of the primary inhabited planet in that star system. ” No one on *Dauntless’s* bridge seemed to recognize the event, a more-than-a-century-old tragedy lost to popularly remembered history in the wake of the many disasters that had followed as war raged for decade after decade.

Fighting off the old feeling of being lost among strangers, his own life vanished in time, Geary used one hand to indicate the display. “Cirinci wasn’t this bad, from what I can see, but we had to run out the disaster-relief requirements to see what the fleet could do, and the answer kept coming up not very damn much. The Alliance government had to requisition lots of civilian freighters to carry the relief-and-rebuilding supplies, and even then it all took too long. I think the only military assets that ended up being used were some of the big troop transports to bring in relief workers and haul out evacuees. Even if this fleet was fully stocked, and it’s far from that, everything we could do would be a drop in the bucket compared to what the surviving people in this star system need. And we couldn’t expect much in the way of gratitude from the Syndic leaders. They’d still do their level best to destroy us if we lingered here.”

Rione sighed. “There’s nothing that can be done?”

“We’ll tell every Syndic system we pass through that they need help here.” Geary pointed to his display. “Some Syndic merchant ships survived the shock wave. They sheltered behind available worlds, either by luck or because they got our warning in time. Those ships can go for help.”

“Yes. They’ll tell everyone what happened here.” Rione’s eyes met his, and Geary nodded once more.

It was no longer a matter of trying to keep secret the destructive potential of collapsing hypernet gates, but rather a matter of dealing with the results of the knowledge of that spreading as fast as humans could pass on reports of disaster.

Desjani finally spoke again. “The Syndic leaders.” She turned a hard gaze on Geary. “After Sancere, some of them surely suspected what destroying this gate could do to this star system.

But they ordered it here anyway, and apparently told no one what to expect. If the energy burst had been strong enough, everyone in this star system would have died and no one could have reported what really happened.” Her eyes returned to the display of the devastated world. “This isn’t war. It’s an atrocity, committed on these

people by their own leaders in an attempt to destroy this fleet.”

There wasn't much he could say to that except to nod once more in silent agreement.

Desjani spoke again, her tone abrupt. “There could be Alliance prisoners of war on that world.

Some of them could've been brought there after our battles here nearly two weeks ago.”

Geary's eyes went back to the image of the ruined world. He forced out an answer. “If they were on the side of the planet that got hit, they're beyond finding and beyond help.”

“What if they're on the other side?” Desjani swung on her watch-standers, barking out orders. “I want a fine-grain analysis of that world prior to the shock wave hitting for any signs of a prisoner-of-war encampment or indications of Alliance personnel being held anywhere. Optics, communications, everything!”

“Captain, analysis of the planet prior to the shock wave's hitting it didn't reveal any such indications—”

“*Do it again!* If there's an Alliance flea alive on that world, I want to know it!”

Desjani's voice echoed on the suddenly silent bridge, then her watch-standers hastily acknowledged the orders and jumped to their tasks. As Desjani slumped in her captain's chair, glaring at her display, Rione eyed her somberly, then left the bridge without another word. Geary hesitated, reading Desjani's mood of frustration and outrage at what had happened in this star system, then left silently as well. Sometimes even the closest friends needed distance.

Geary wandered through the passageways of *Dauntless* for a while, feeling depressed and restless. He'd just been coming out of his postvictory low caused by the inevitable cost of any victory when the sight of the destruction wreaked by the hypernet gate's collapse had made him dejected again.

The crew members he met were subdued as well, but also giddy with the relief of survival and victory. In days to come, the extent of the victory would sink in and elation would follow, but for now everyone was mostly just glad to be alive and still have a chance of getting home. They seemed to regard Geary with even more awe than he'd encountered on any previous occasion.

Not able to stand much of that, Geary retreated to the only sure shelter available.

When he finally reached his stateroom, craving some time alone, Rione was already there and staring at the star display, her attitude distant. “My condolences on the losses to the fleet,” she stated in a low voice.

“Thanks.” Geary sat down, keeping his own eyes fixed on the display, not wanting to be around anyone else at the moment or to talk about his fleet's latest losses. Not when memories of the destruction caused by the hypernet gate's collapse

were still fresh in his mind as well.

“As far as I can tell,” Rione continued, “Captain Faresa died on *Majestic*.”

“Nobody got off that ship,” Geary responded shortly.

“And Captain Kerestes died on *Warrior* along with Commander Suram.”

That stung. Kerestes had been aggressively passive, something Geary had once thought impossible, so afraid of making a mistake that he took every effort to avoid doing anything. By contrast, in his short time as captain of *Warrior*, Commander Suram had motivated her dispirited crew and fought well. “I intend doing everything I can to ensure that Commander Suram receives the credit he deserves as commanding officer of that ship. Captain Kerestes had no role in the matter.” Geary wondered briefly if Kerestes had even survived long enough to be among those trying to abandon ship. It was just as likely that he’d died in his stateroom as Syndic hell lances ravaged *Warrior*, a career dedicated to avoiding any action that might look bad ending at the hands of enemy warships that didn’t care whether or not Captain Kerestes had a service record unblemished by any obvious blunders.

“And Captain Falco?” Rione asked.

Geary almost winced, thinking of the insane Captain Falco, confined to his quarters as *Warrior* fought her final battle. He hadn’t yet discovered what Falco’s last moments had been like, or even if anyone knew. “I hated what that man did, but that’s no way for anyone to die.”

“Most likely he was safely wrapped in his delusions,” Rione suggested. “Believing he was commanding the battle, going down to heroic defeat, fighting to the last. Not realizing how little he really controlled his fate.”

Geary didn’t look at her. “Are you mocking him?”

“No. I sometimes wonder how different Falco’s delusions would be from what you and I are doing.” She paused. “Faresa, Kerestes, and Falco have died in battle. At least that spares you the worry of three court-martials if we make it back to Alliance space.”

His temper boiled over. “Dammit, Victoria, if you’re trying to find a silver lining in this, you’re not doing a very good job! I didn’t want two ships to die so those three could find some measure of justice! I don’t even know what the hell justice would be for Falco!”

She stayed silent for a moment after his outburst. “I know you looked at records from Falco’s past, before he was captured by the Syndics. You saw his speeches. Triumphantly celebrating so-called victories in which dozens of major Alliance warships were destroyed in exchange for at best equal numbers of Syndics. Do you think he would spend a single moment worrying about the loss of a few battleships?”

“That’s not the point,” Geary objected bitterly.

“No, of course not. You don’t judge yourself in relation to people like Falco.”

Rione exhaled slowly. “As far as I can tell, all three of those officers did indeed die on their ships.”

The idea that they might not have hadn’t even occurred to Geary. “Is there some reason to think they didn’t?”

Her smile held no humor. “A suspicious mind. Had Captain Faresa had time, I think her sympathizers among the crew would’ve helped her get off *Majestic*. But no one had such an opportunity. Those seeking to use Falco might have tried to get him off of *Warrior*, but . . .” She paused. “A fool and insane, but his last act was to refuse the chance to be evacuated from

Warrior. You hadn’t heard? A few witnesses survived. Falco declared it his duty to remain with

Warrior, though it’s hard to say if he truly realized what was happening. I suppose we can be charitable to the dead and assume he did.”

Geary had no trouble believing it. He could see in his imagination Captain Falco moving dramatically through the shattered passageways of *Warrior*, Falco’s practiced expression of confident camaraderie being turned to the officers and sailors with him awaiting their doom. The perfect theatrical role, and if Falco had recovered any of his sanity long enough to realize the fate that awaited him in Alliance space, perhaps a welcome chance to find his end as a dead hero rather than in disgrace at a court-martial. But, knowingly or not, he had chosen to die well and given his space in an escape pod to someone else who had lived as a result. “No one living knows what his last thoughts were like, so I don’t see any reason not to grant him that.” Geary frowned slightly as a thought occurred to him. “Is that right? There’s no one alive who saw enough of him to tell?”

Rione frowned back. “How would I know?”

“You’ve obviously heard from eyewitnesses. You must have had some of your spies on those ships, too.”

Her expression twitched, then settled back in emotionless lines. “Had. Past tense. One got off

Warrior. Nobody got off *Majestic*, as you already noted.”

Hell. “I should have realized that your spies on those ships died along with everyone else that didn’t get off. I’m sorry.”

She nodded once, still revealing no feelings. “They ran the same risks as everyone else in this fleet.”

Geary glared at her, his nerves stretched to their limit. “Sometimes you act like a cold-blooded bitch.”

Rione returned an impassive glance. “And you prefer your bitches warm-blooded?”

“Dammit, Victoria—”

She held up one hand. “We all deal with our pain in our own ways, John Geary. You and I handle that very differently. ”

“Yeah, we do.” He looked down at the deck, knowing he was still frowning. Something else was bothering him, something he hadn’t connected yet. Something about the Alliance fleet’s losses.

Majestic, Warrior, Utap, Vambrace . . . Vambrace?

He must have reacted as realization hit, because Rione spoke in a gentler tone. “What’s the matter now?”

“I just remembered something.” The heavy cruiser *Vambrace* , the ship to which Lieutenant Casell Riva had been transferred from *Furious*. A Syndic prisoner for almost ten years, liberated from a Syndic labor camp by this fleet and brought to Lakota, perhaps dead now. He tried to recall how many crew had gotten off *Vambrace* before she blew up. Had Riva been among them? Desjani hadn’t said anything, even though she’d surely realized much sooner than he had.

“Something?” Rione pressed.

“It’s a personal personnel issue.” He had to pronounce the words carefully so they made sense to her. “I’m sorry for blowing up at you.” Rione stayed quiet for so long that Geary looked up finally, seeing her watching him. “What?”

“Can you keep going?” she asked.

“Of course I can.”

“Of course?” Rione shook her head. “We took significant losses again, and I know the havoc created on the inhabited world in this star system by the destruction of the hypernet gate weighs heavily on you. For a long time after assuming command of this fleet, you were balanced on a knife-edge, ready to fall off if the pressure grew too great. You weren’t used to the sort of combat losses the Alliance has become accustomed to, so each ship lost weighed very heavily on you. You needed someone to prop you up, to keep you going, and for a while I filled that role, both as an ally to turn to and as an adversary to be bested. I don’t anymore.”

“Excuse me?” He studied her, trying to figure out what Rione was saying.

“Why are you fighting?” Rione asked, turning to face the star display again.

“For the people in this fleet. For the Alliance. You know that.”

“I know that those things are abstractions. You don’t know a fraction of the people in this fleet.

The Alliance you knew is changed, your own home altered in ways I know have worried you.”

Rione glanced his way again. “You’re not fighting for abstractions. No one does. Humans pay lip service to that, to big causes and great purposes, but any politician of any skill soon learns that what really motivates people is the small, personal things. Close friends, family, the small area they call home. They wrap those things around

ideals and call them precious, but they're precious for the smallest and closest of reasons. Soldiers may swear to fight for their flag, but they really fight because of the soldiers next to them. You've found something like that, John Geary. Here in this fleet, some personal connection that gives you the strength and resolve to continue."

Geary eyed her. "And just what is that connection?"

"Not what. Who. Someone besides me." Rione was back to studying the stars. "I know who. I don't think you know yet. Or you haven't admitted it to yourself yet."

"Then tell me."

"No. You'll figure it out eventually. Then you'll have to deal with it. For now, I and this fleet need you at your best, so I just accept what is." She took a deep breath, then turned to face him.

"Where are you taking the fleet next?"

The sudden shift in topic startled him, but Geary wasn't interested in pursuing whatever Rione's idea of his personal connection could be, so he just pointed to the display. "You heard. We're heading for the jump point for Branwyn."

She raised one eyebrow. "That didn't mean you were going to use that jump point. Your old objective from the first time we were in this star system. As close to a straight shot for Alliance space as you can manage."

"That's right. The Syndics should have enough major combatants left to bring us battle, and we know they're building replacements for their losses despite what we did to the shipyards at Sancere because they have a lot of other shipyards in other star systems. But after what we did here, they'll have to gather those ships. We should be able to transit Branwyn without much trouble, then go from there to Wendig. Branwyn is supposed to have a minimal Syndic presence left, and the records we've captured from the Syndics say that Wendig was completely abandoned almost thirty years ago. From there we'll have a couple of options, but I'm leaning toward Cavalos. There's a strong Syndic presence there, so they'll probably expect us to avoid it."

Rione nodded slowly. "I see. Will the mines the Syndics laid across the jump point to Branwyn during our first time in this star system be an obstacle?"

"No." Geary pointed to the display. "They laid those mines so close to the jump point they couldn't maintain a stable position. We knew that then, but also that it would take a few weeks for the mines to drift away from the jump point, so it didn't do us any good at that time." He paused and gave a pained smile. "Hell, I'm an idiot. That energy discharge will have fried all the mines at all of the jump points in this star system. It wouldn't matter if they were still in position or not."

"Sadly, you're surely right. If only that had been all the shock wave destroyed. Do you believe we'll face many mines in the systems where you want to go?"

"Probably not. According to our intelligence people, if our estimates of the

Syndic mine inventories are anywhere near accurate, they used up everything in their attempt to trap us in or near Lakota. They'll have to manufacture a lot more and get them to where they think we'll be before they can try that again."

"Good." She turned a demanding look on Geary. "That takes care of the Syndic threat. What about the aliens?"

"I don't know." Geary scowled at the virtual stars. "The aliens have actively intervened against us, and somehow they're tracking this fleet's movements, but I'm out of ideas at the moment."

"As am I. You need to make more people aware of them and see what ideas they can contribute."

She obviously saw Geary's surprise at the suggestion. "There are officers you can trust in this fleet. We can't try to solve a problem like this alone."

"That makes sense. A few have already been made aware of it, but I haven't really had any chance to talk it over with that group."

Rione nodded, obviously unsurprised by the news. Geary shook his head as he considered the implications of the alien attempt to destroy his fleet. Whatever they were, they clearly had technology superior to humanity's. "I'm not sure whether to be glad that we haven't detected any more moves against us by them or worried that we haven't spotted anything those aliens are up to."

"I'd suggest worried," Rione stated.

"I thought you might. Is there anything else?"

"Yes." Rione briefly smiled sardonically at Geary's aggravated expression. "Your internal foes, the senior officers in this fleet who've been plotting against you since you assumed command."

If he really hated any part of his current situation, having to deal with disloyal officers who remained in the shadows had to be it. "Is there something specific you know? Something they're planning?"

"No. But I know they must be planning something, and they must be intending to act before much longer."

"Why?" Geary leaned forward. "Your spies must have told you something concrete to have you reach that conclusion."

"I've heard nothing!" Rione stepped closer, her face angry now. "Don't you understand? With every victory, with every star system you get this fleet closer to Alliance space, your legend grows and your standing in the fleet becomes stronger. Defeating the Syndics in this system was an amazing achievement, and if you want to partially credit my minor suggestion for that victory, then feel free, but even listening to such suggestions is a worthy accomplishment. This fleet believes in you. Sailors on every ship in this fleet are whispering that the living stars themselves intervened to prevent that energy discharge from destroying us, intervened because *you* are in

command of the fleet.”

He stared at her, aghast. Did that explain the looks he'd gotten from *Dauntless's* crew recently?

“You can't be serious. ”

“I can show you the reports I've received, or you can walk around this ship some more and listen to the crew talk. Even the ones who don't credit divine intervention with saving us believe with plenty of justification that your recognition of the danger and quick reaction saved many ships and personnel. Those in this fleet who didn't believe in Black Jack Geary the myth are coming to believe in Black Jack Geary the man, and those who always believed in you now have unshakeable faith. Your enemies in this fleet can see that as well as I can. After what you've done here, returning to annihilate a Syndic force that outnumbered you and had this fleet on the run, your enemies will be growing desperate. Despite their own disbelief in you, they have to be coming to the conclusion that you might actually get this fleet home. They know they must discredit or stop you soon, or their chance will be lost.”

Geary nodded, his eyes narrowed in thought. “What do you think they'll do?”

“I don't know. I'm trying to find out. They can nibble away at your standing with accusations of personal scandal, but that alone can't dislodge you from command of this fleet. Not anymore.

Their chosen figureheads like Casia are thoroughly discredited, not only because of your latest victory but also by their own recent actions. You have to assume that your real opponents among this fleet's senior officers will finally have to make themselves more publicly known. Because your opponents have to strike, and they have to do it before much longer. Somehow.”

“You make it sound like they may actually attack me.”

“They might. Fortunately, on this ship you're surrounded by the faithful, most notably your special captain, who would gladly sacrifice herself for Black Jack.” Rione saw his angry reaction. “Don't try to claim otherwise. Just be grateful. She and I have our differences, but right now we are fully committed to ensuring that nothing happens to you.”

Of all the strange things that had happened since he was woken from survival sleep, the idea of Victoria Rione and Tanya Desjani standing on either side of him as bodyguards was perhaps the strangest. “I need to hold a conference with the ship commanders. Will you attend?”

“Not this time,” Rione answered. “I will monitor events remotely, but I'd like to see what people say without me there.”

Geary gave her a look. “The fleet conferences are conducted under a tight security seal. No one not present is supposed to be able to observe events.”

“Ah, well, another illusion shattered. Any security lock a human can make can be

broken by another human, John Geary.” She went to the door. “I’ll be watching. What will you do with Captain Casia and Commander Yin?”

“I’m still trying to decide,” he replied truthfully.

“You don’t have to be Black Jack to have them shot, you know. Even Admiral Bloch could have done it with a simple order.”

“I know. I just don’t know if I want to do that. Do you think they should be shot?”

“Yes, and as soon as possible, Captain Geary,” Rione stated with total seriousness as she left.

SIX

GEARY walked steadily into the conference room. Although it was actually an average-sized compartment inside *Dauntless* with an unimpressive table anchored on one side, the conferencing software created the illusion of a room big enough to hold the commanding officer of every ship in the fleet, arrayed down the length of a table virtually expanded to accommodate them all.

Even though that table was now crowded with hundreds of officers, the only other person physically present in the room was Captain Desjani. The others were images, allowing officers to remain on their own ships and attend the meeting at the same time. Aside from the seconds-long delays in reacting that afflicted those officers on the ships farthest away, the images otherwise acted just as if every officer were actually here.

He'd never liked these conferences, and part of the business he had to do today was distasteful enough to make him look forward to this one even less than usual. Deciding to start on a high note, Geary nodded to the assembled officers. "May I open this meeting by congratulating the officers and enlisted personnel of this fleet on a great victory. We've not only more than avenged our losses from the last time the fleet was in Lakota Star System, we have in battles from Kaliban to here evened the score for all of the ships lost by this fleet since arriving in the Syndic home system. You have every right to feel proud of these great achievements, purchased by the courage and fighting spirit of everyone in the fleet."

Smiles appeared nearly everywhere. Geary noticed Captain Casia frowning into the distance and Commander Yin staring nervously at the table's surface. "Unfortunately," Geary continued, "not everyone in this fleet can honestly share in that praise. In our last engagement, two ships avoided battle. Or rather, two commanding officers avoided battle." The atmosphere in the room had suddenly grown extremely tense, the silence so profound it seemed the slightest noise would deafen everyone. Captain Casia's face had reddened, while that of Commander Yin had paled.

No one else was looking at them. Whatever support they had once had was gone.

Geary faced Casia. "Captain Casia, you are hereby relieved of command of *Conqueror*. Your current executive officer will serve as acting commander. Commander Yin, you are relieved as acting commanding officer of *Orion*. *Orion*'s operations officer is appointed acting commanding officer, effective immediately. Both of you are to transfer to *Illustrious*, where you will be assigned to whichever tasks Captain Badaya finds appropriate." He'd wondered what best to do with Casia and Yin, who had openly opposed him in meetings like this, and the idea of sticking them on the same ship with Badaya, who was supporting Geary for the wrong reasons

had a certain simplicity to it.

Commander Yin's mouth worked, but no sound came out. Captain Casia, though, stood up and spoke loudly. "You cannot relieve a senior officer without good cause!"

Geary somehow kept his voice level. "Your ship avoided combat. You had orders to protect this fleet's auxiliaries, and instead you remained too far from them to defend those ships, engaging only those enemy warships that came close enough to you to constitute a threat to your ship. You refused to engage enemy ships when both duty and honor required it."

"Are you accusing me of cowardice?" Casia almost shouted.

"Yes."

The single word rang through the room. In a fleet so obsessed with honor, to state such a charge openly was almost unthinkable.

Captain Tulev spoke into the silence that followed Geary's answer. "I am unhappy to be forced to agree that the records of the engagement fully support Captain Geary's charge."

"If so," Captain Armus noted, leaning forward, his face and voice hard, "and I agree with Captain Tulev that it *is* so, then simply relieving Captain Casia and Commander Yin of command falls far short of the punishment expected for such acts."

"Shoot the cowards," someone muttered.

Noise erupted as everyone began shouting, many seconding the suggestion, others protesting.

Geary tapped the control that let him silence everyone, one of the best features of the conferencing software in his opinion, then waited a few moments for attention to return to him.

"I am aware that fleet regulations permit me to order death by firing squad on the battlefield for any officer who clearly displays cowardice before the enemy." He looked to Casia again and was surprised that Casia met his eyes even though fear was apparent on the other officer's face. He felt a grudging measure of respect for Casia that the man hadn't collapsed.

"Fleet regulations *require* a firing squad," said Captain Kila, the commanding officer of *Inspire*.

Why had she chosen now finally to speak up at a fleet conference?

Whatever the reason, she had challenged him, trying to force Geary to take an action he didn't want to take. So he shook his head. "That's incorrect."

Kila seemed not hostile but puzzled. "The regulation in question is clear and does not allow exception." Heads nodded around the table. Commander Yin appeared ready to pass out.

Geary shook his head again. "Surely every fleet officer is still familiar with

standing fleet regulation thirty-two? ‘In any situation, a fleet commander is expected to exercise independent judgment and take necessary and appropriate action regardless of the letter of preceding regulations, as long as such action does not violate Alliance law or the fleet commander’s oath to defend the Alliance against all enemies foreign and internal.’ ”

“But was that intended to apply in cases like this?” Captain Armus asked.

“I assure you it was.” Geary looked around the table again. “That fleet regulation was adopted about one hundred and ten years ago. I was a lieutenant, and required to attend briefings by the officers who had drawn up the new regulations. ”

Captain Kila had been about to speak again but hastily subsided.

To Geary’s surprise, Cresida spoke up. “Sir, I accept that you have the right to deviate from regulations in this case, but I don’t understand why. Why show mercy to officers whose failures contributed to the loss of other ships? If they’d supported *Warrior* and *Majestic*, both of those ships might have survived this battle, to say nothing of the cruisers and destroyers lost defending the auxiliaries.”

It was a fair enough question. “To put it bluntly, Captain Cresida, I chose not to order a field execution of those two officers because I wasn’t feeling merciful.”

That brought looks of surprise and bafflement, including from Cresida. “You were *not* feeling merciful?”

“No.” Geary looked toward Casia and Yin. “Sending these two officers to the arms of their ancestors would end their suffering in this world. As long as they live, they’ll have to face some of the officers and sailors they failed. Officers and sailors who know what they did. Every living moment they’ll have to face those who know they chose cowardice.”

A long silence followed before Tulev spoke again. “Are you certain, Captain Geary, that these two officers will feel that scorn and contempt as harshly as you and I? Will they not simply be grateful that their lives have not been given either in the line of duty or as punishment for their failures? ”

Another fair question. Geary looked again to where Casia was glaring at him, his eyes haunted, and Yin was almost shaking as she avoided everyone else’s eyes. “Do they look grateful, Captain Tulev?”

Armus frowned at the two. “I suggest they be given the right to appeal, Captain Geary. I’d like to hear what they want.”

“That’s a reasonable request, Captain Armus, and in light of your service, I have no trouble granting it.” Armus had been a pain in the butt for Geary more than once, but in battle he’d fought well and with honor. Now Armus responded to Geary’s words with ill-concealed satisfaction as Geary turned to Casia. “Well?” he asked. “What do you feel is an appropriate punishment?”

Casia looked around the table, straightening himself, then back at Geary. “I

demand a fleet officer's death. You call me coward. I see agreement in many of my comrades' eyes. I'll prove you all wrong when I face the firing squad."

Another surprise. Geary examined the other officers, seeing approval on their faces. They wanted this.

He looked down for a moment, wondering why it was so hard to make a decision that regulations, honor, and the fleet's officers all agreed was right. He had ordered this fleet into action numerous times, sending ships into combat where death was a constant possibility.

Twelve sailors had died aboard *Dauntless* alone in the last battle. By his orders. Yet that was a far different thing than this, deliberately to order an officer to die.

Geary looked up again. Casia was waiting, his eyes pleading now. *Let me die with honor.*

"Very well." Geary nodded slowly. "Your request is granted, Captain Casia. I will approve execution by firing squad."

Casia's mouth twitched into a ghastly smile. "In Lakota. I want it done before the fleet leaves Lakota."

"Very well," Geary repeated. "Colonel Carabali, please canvass your Marines for volunteers for the firing squad." He took a deep breath, then fixed his gaze on Commander Yin. "Commander, do you also wish to appeal?"

He thought she might break down completely, but Yin suddenly leaped to her feet. "I was following orders!" she shouted.

A moment of baffled silence followed. "Not my orders," Geary finally stated.

"You are not competent to command this fleet!" Yin answered, her eyes wide. "You're only a figurehead for those using you against the Alliance! They want to bring you home with all of these victories to your 'credit' and install you as a dictator! You and your . . . your female companion! "

It had been a little while since the last attack on Co-President Rione, so Geary wasn't surprised that Yin was dragging her into this. But then he realized that everyone in the conference was either looking at or obviously not looking at Captain Desjani. In turn, Desjani had her eyes fixed on Yin. If Desjani's eyes had been hell-lance batteries, there would have been nothing left of Commander Yin but drifting ash.

The rumors of his being involved with Desjani clearly hadn't died. There wasn't any good way to address those now, however. Geary focused instead on the rest of Yin's accusation. He'd been assuming that those opposed to his command of the fleet had been motivated primarily by personal ambition or personal dislike or distrust. Instead, if Yin's words were to be trusted, at least some of them were motivated by fear that Geary or those backing him intended to overthrow the government of the Alliance. Those enemies might be working against him for reasons he could respect.

He was still thinking that through when Captain Duellos spoke sharply. “Commander Yin, whose orders were you following if not Captain Geary’s?”

She wavered, gulped once, then answered unsteadily. “Captain Numos.”

“Captain Numos is under arrest,” Duellos observed. “He is not able to issue orders. You know that.”

“I know that the arrest and all orders pertaining to it were themselves unlawful!”

Commander Neeson of *Implacable* spoke in a puzzled voice. “Does the charge of cowardice before the enemy stand if Commander Yin claims to have been following orders she believed to be legitimate?”

“She knew they weren’t legitimate,” Captain Badaya of *Illustrious* argued. “Commander Yin had to know that.”

“But if she’s saying she avoided action for that reason, it’s not the same as cowardice. Or is it?”

Neeson appeared frustrated now.

Geary rapped one fist on the table to draw Commander Yin’s attention again. “Commander, I understand you to be claiming that you avoided engaging the enemy in accordance with orders from Captain Numos. Are you denying the charge of cowardice?”

Yin visibly quivered, but choked out one word. “Yes.”

Tulev shook his head. “That still amounts to disobedience of orders in the face of the enemy, which is also a battlefield execution offense.”

Low conversations broke out all along the table, officers debating the issue. Geary thought about it himself for a moment. “Commander Yin, there are issues here that don’t have simple answers.

I am hesitant to order the execution of an officer in circumstances under which she may have thought her actions justified.” Everyone was listening intently. “Nonetheless, by your own admission you have violated orders from me, not only on the battlefield but also in conferring with Captain Numos. That alone is more than adequate grounds for relieving you of command.

However, I will not unilaterally order the execution of an officer who claims to have believed her behavior was required by duty. You will be held under arrest, Commander Yin, until such time as this fleet returns to Alliance space, there to have proper charges lodged against you in a court-martial in which you can defend your actions and receive such justice as is considered appropriate by the judgment of your peers.”

No one called out objections. Captain Armus frowned, then nodded unenthusiastically.

Commander Yin made to sit down again, but it looked more like she fell into her seat as her legs gave way.

Geary turned back to Captain Casia. “Captain, were your actions in command of *Conqueror* in the last battle also the result of following orders from someone other than the acting fleet commander?”

Casia hesitated, then shook his head roughly. “No one is responsible for my actions but me.”

Why did Casia have to display admirable behavior now? “All right, then. Colonel Carabali, please instruct your Marines on *Conqueror* and *Orion* to take Captain Casia and Commander Yin into custody and prepare them for transfer to *Illustrious*. Captain Casia, Commander Yin, please leave this conference.”

Casia took a moment to glare around in defiance, then reached for the controls at his location and disappeared. Commander Yin, her hand visibly shaking, followed suit quickly.

After that, discussing movements of the fleet seemed anticlimactic. Geary brought up the star display, a three-dimensional image of nearby space hovering over the table. “We’re going to take advantage of our victory here to continue toward Alliance space. Our next objective will be Branwyn. I don’t expect to encounter any resistance there, but we’ll be prepared for mines at the jump exit and a possible Syndic delaying force.” He pointed onward, to a dim red star a few light-years from Branwyn. “After that, we head for Wendig. That star system is supposed to be totally abandoned. Unless something unexpected happens in Wendig, we’ll then continue on to Cavalos.”

“Why not Sortes?” Captain Armus asked.

Geary indicated the star system in question. “Because it has a Syndic hypernet gate. We’ve inflicted serious losses on the Syndics at Kaliban and since, but we’re low on a lot of supplies and many of our ships have sustained damage. I’d prefer to avoid another major battle until our auxiliaries have had time to manufacture all of the fuel cells, expendable weapons, and replacement parts they can using the raw materials we’ve acquired here, and until our warships have had time to repair as much damage as possible.”

“But we can still try to use that hypernet gate to get home,” Armus argued. Apparently Geary’s earlier praise wasn’t going to incline Armus to accept Geary’s plans quietly.

“I believe, Captain Armus,” Geary stated patiently, “that the Syndics will ensure that they have sufficient means on hand at that hypernet gate to destroy it before we could reach it.”

“It’s worth a try, isn’t it?” No one answered him, causing Armus to frown and look around impatiently. “We easily survived the collapse of the hypernet gate in this star system.”

“We were very, very lucky,” Captain Cresida replied. “Next time, every ship in

this fleet might be destroyed.”

Duellos nodded. “Not to mention what the gate collapse did to this star system. I won’t speak for anyone else, but I have enough on my conscience as it is.”

“Will the Syndics follow orders to destroy another gate after what happened here?” Commander Neeson asked.

“I would think that would depend on whether they hear what happened at Lakota,” Duellos speculated. “And whether they believe it. Some surviving Syndic civilian ships are already headed for jump points to spread the news and ask for help, but we have to assume that the Syndic leadership will attempt to downplay the disaster here, censor the news to the maximum extent possible, and to the degree it admits something happened, blame it on our actions.”

“They’ve shown us a weapon,” Captain Kila spoke again. “We can still use it. If we send out detachments to destroy hypernet gates in every Syndic star system with them that we pass near, we can—”

“We can *die*,” Captain Tulev interrupted. “You saw what happened to the Syndic warships that destroyed the hypernet gate in this star system. How many suicide missions do we launch until we run out of ships?”

“We ask for volunteers,” Kila noted calmly. “This is an unprecedented opportunity to inflict incalculable damage on the Syndicate Worlds.”

“Damage?” Commander Landis of *Valiant* shook his head. “I want those Syndic bastards to suffer as much as anyone, but wiping out star systems at one blow?”

“You’ve bombarded Syndic worlds,” Captain Armus pointed out.

“Yes, I have,” Landis agreed. “But this was different. I felt sick watching it, and I’m not ashamed to admit it. I’ve fought damned hard for the Alliance. I’ll keep fighting for it as long and as hard as I have to. But I don’t want to see that happen to any more habitable worlds, theirs or ours.”

Kila’s lips bent upward in a brief smile. “That’s all right, Commander. I’m sure we won’t have trouble finding enough volunteers.”

“Even assuming we could find such volunteers,” Geary cut in, “I will not approve or allow suicide missions as long as I command this fleet.”

Commander Vendig of *Exemplar* spoke quickly. “We could use robotic ships, crewed by artificial intelligence. Pull off the crews, and—”

A chorus of yells drowned out Vendig, one voice rising above the others. “Unleash armed AIs with instructions to wipe out human-occupied star systems? Are you insane?”

Captain Badaya was shaking his head and spoke into the renewed quiet that followed the outburst. “Commander Landis brought up an ugly truth. What happened at Lakota could happen at any Alliance star system with a hypernet gate. If the people of the Alliance see our records of what happened in this star system, they’ll demand

that our own hypernet system be shut down.

Who wants a bomb that big sitting in their backyard?”

“We can’t just shut the hypernet down,” Captain Cresida interjected. “It’s a finely balanced net of energy. There’s no way just to turn it off.”

“Why the hell did we build it?” someone demanded.

For some reason everyone looked at Geary. He gazed back at them. “Don’t ask me. I wondered the same thing, and I wasn’t around when it was built. But we’re stuck with it, and so are the Syndics.”

“There has to be a solution,” Commander Neeson insisted. “As long as those gates are up, they’re potential weapons. If we could figure out a way to employ them as weapons and hold that threat over them, the Syndics wouldn’t dare—” He paused, looking stricken, and stared around.

“They could figure it out, too. The destructive potential of the hypernet gates is vastly greater than any weapons we or the Syndics have been able to employ before. We and the Syndics could literally wipe each other out.”

That cat was now completely out of the bag. Geary nodded. “That had occurred to me. Who wants to start a war of species extinction? Captain Kila?”

Kila looked steadily back at Geary but said nothing. Captain Tulev pointed one finger toward the star display. “Show us, please, Captain Geary. Play back the recording of what happened after the hypernet gate collapsed.”

He didn’t want to view that again, even in miniature, but Geary brought up the records, setting them to play at a vastly accelerated speed so that the shock wave rolled across the image of Lakota Star System in about thirty seconds.

It was quiet after the recording finished, then Tulev indicated where the images of the ruined star system had played out. “We should send this to the Syndics. They don’t have anything like it because so many of their sensors were destroyed by the energy wave. Send it to the ships leaving this star system for help, and to as many others as we can, and make sure they can send it onward.”

“So they can figure out what the gates can do sooner?” Armus asked sarcastically.

“They don’t need our help to do that,” Cresida answered. “They’ve already got records of what happened at Sancere, and even the dimmest mind can look at the damage to Lakota Three, calculate the amount of energy it took to do that, and work back the planet’s orbit and rotation to confirm that what hit it came from the hypernet gate location. But if we send what we have out now, which we can sanitize of any data about the collapse of the hypernet gate that we want to try to keep from the Syndics, it will prove that we didn’t cause all of that destruction.” She glared around the table. “My reputation, like Commander Landis’s, speaks for itself.

I don’t want to be blamed for what happened here. It’s over the line. I’ll kill as many Syndics as I have to kill to win this war. I don’t want to kill any star systems.”

“Yes,” Tulev agreed. “It’s important the Syndics know we didn’t do this, so there will be no popular demand for retaliation in kind. Also important is the impact it will have on the Syndic population.” He gestured at the star display again. “They’ll see it, all over, no matter how much the Syndic leaders try to suppress it. They’ll see what can happen to a planet with a hypernet gate in the same star system. What do the Syndic leaders say then? If they try to blame us, their people in star systems with hypernet gates will fear we could do the same to their worlds. If those leaders try to claim they can stop us, their people will want to know why they didn’t stop us in Lakota. If they say their people need not fear Alliance attacks of this nature because it was not an Alliance attack that caused it, then their people will demand to know what did cause it.”

Everyone thought about that, and grim smiles started appearing on a lot of faces.

“They’ll be in an impossible position,” Badaya noted approvingly. “That’s a brilliant suggestion, Captain Tulev. It will generate intense public worry all through Syndic space and confront the Syndic leaders with serious problems in how to handle mass fear of the hypernet gates.”

Commander Neeson, looking concerned, shook his head. “But what happens when our people hear about it? We can’t keep that news from crossing the border into Alliance space. We’ll face the same problem.”

“Our leaders need to know this problem exists,” Captain Badaya stated. He gave Geary a meaningful look. As far as Badaya was concerned, Geary should be the only leader of the Alliance, a dictator backed by most of this fleet. Commander Yin hadn’t been totally paranoid in her worries, though Geary himself wanted nothing to do with the idea.

“We need to figure out what to do, too,” Badaya continued, “before the Syndics decide to attack
our gates.”

Geary frowned, worried again about what the Alliance’s elected leaders might decide, then saw Captain Cresida nodding.

“I think we can counter this threat,” she stated. “I’ve been thinking. We have two experimental results to draw on now, the only two known cases of collapsing hypernet gates. This fleet has the only full sets of observations from both incidents. With that data, I can refine the targeting algorithm we used at Sancere, make it more reliable and more certain to minimize energy output from a collapsing gate.”

“What good does that do?” Badaya demanded. “We can’t get close enough to a Syndic gate to stop them in time, and we don’t want to destroy our own gates.”

“But if the Syndics tried to destroy one of our gates,” Cresida replied, “and we had attached self-destruct charges to all of the gate tethers, tied into an automated safe-collapse program that would trigger if the gate suffered enough damage—”

The wave of relief was almost palpable. “We could make sure none of our gates destroyed their own star systems!”

“Maybe,” Geary cautioned. “We have no way of knowing how reliable the algorithm is because we only have two gate collapses to draw on for data. If it wasn’t as reliable as we think, we wouldn’t want to find that out the hard way. It’s also going to take time to get such a design finalized, approved, and installed on every hypernet gate within reach of the Syndics.”

Captain Cresida grimaced but nodded. “That’s true, sir.”

“But it’s better than nothing,” Tulev added.

“Much better,” Geary agreed. “Captain Cresida, please continue work on that concept. If we can offer that when we return to Alliance space, it will protect our homes from what happened here.”

His eyes went back to the star display, realizing how far they had yet to go. A fleet still low on supplies, still pursued by Syndic forces able to destroy it if the fleet was caught in a bad position, still too deep in enemy territory.

No one else seemed worried about that. No one questioned Geary’s use of “when” they got back instead of “if” they got back. He found himself unnerved by the fear that this fleet (or most of it, at least) would do whatever he asked now, all of them certain that whatever Geary ordered would succeed. That would have been fine if he were some sort of genius, but he’d already made plenty of mistakes. *Ancestors, I want their confidence, but I don’t want their faith.* Unfortunately, it seemed he would get both whether he liked it or not, and this was coming on top of his distress over ordering Casia’s execution.

“Thank you,” Geary stated. “Thank you and all of your crews again for achieving the sort of victory that will be remembered as long as the Alliance endures.” He caught Duellos’s eye, then Badaya’s, sensing that both intended staying after the conference for private talks. Right now he couldn’t handle that and shook his head subtly to each to indicate they’d speak later. “I’ll see you all in Branwyn Star System.”

The images of officers vanished, and the room seemed to shrink with incredible speed. Geary sat down heavily as the last image disappeared, his eyes on the star display, wondering how long he could keep from making a mistake fatal to the entire fleet, wondering if he could really help defuse the hypernet gate bombs that the unknown aliens had succeeded in tricking humans into seeding throughout the regions of space they occupied.

“We’ll make it.”

Geary hadn’t remembered that Desjani was physically present, or realized that she had stayed in the room and was now watching him.

“I know it’s hard, sir. But you’ve brought us this far.” She indicated the display.

“I can’t do miracles,” he noted in a bleak voice.

“If you provide the right leadership, then this fleet will perform the miracles. You saw that here at Lakota.”

He laughed shortly. “I wish I could believe that! But the fleet has certainly done an amazing job.

I won’t argue with you there.” The laugh died, and he nodded toward the stars.

“I almost made some lethal mistakes at Lakota the first time around. I can’t afford to make any more, and that’s scary, Tanya.”

“You don’t have to be perfect.”

“Don’t the living stars expect that of me?” Geary asked, hearing his voice get tense.

She frowned. “I’m not wise enough to know what they expect, but I’m smart enough to see that they wouldn’t have chosen a human agent if they wanted perfection. Sir, winning is usually a matter of making one less mistake than the enemy or just getting up one more time than you get knocked down. You’re doing both.”

He gave her an appraising look. “Thank you. I know you’ve told me on a few occasions that you know I’m human, but sometimes I still think you expect me to be some perfect, godlike being.”

Desjani’s frown deepened. “That would be blasphemy, sir. And unfair to you.”

“But you still think I can do it?” It was one thing for Desjani to say that if she believed him perfect, but if she knew he wasn’t perfect and still believed in him, it would mean much more.

“Yes, sir.” She looked down for a moment. “My ancestors tell me to trust you, that we were meant to . . . to serve together. ”

He took a moment to answer, trying to make sure he didn’t say the wrong thing. “I’m glad we’re serving together. You’ve been invaluable.”

“Thank you, sir.”

He didn’t know why, but he suddenly felt the need to bring up something. “*Vambrace* was destroyed in the battle. I saw Lieutenant Riva made it off. He’s on *Inspire* right now.”

“I’m sure he’ll be happy there,” Desjani responded, her tone notably cooler. “There are any number of attractive female officers on *Inspire*, assuming he doesn’t try for an attractive enlisted this time.” She saw his reaction and shrugged with every appearance of uncaring. “Lieutenant Riva burned his bridges with me a decade ago, sir, though I didn’t fully appreciate that until recently. I’d regret the loss of any member of the Alliance fleet, but on a personal level, I really don’t care if I never hear his name again.”

“Sorry,” Geary offered, “for bringing it up, I mean.”

“That’s all right. I’ve learned a lot about men since I was involved with him, a lot about what a man should be.” She looked down and bit her lip. “But we were talking about getting home, about you being able to do that.”

“Yeah.”

She must have heard the lack of enthusiasm in Geary’s voice, and somehow knew what it meant.

“It’s still your home, too, sir.”

“Is it?” Geary fell silent again but knew Desjani was waiting for him to say more, as if she knew he had more he should say. “How much has changed in a century? The people I knew are gone.

I’ll be greeting their now-elderly children and grandchildren. The buildings I last saw new will be old. Old ones will be torn down, with something else in their place. On this ship I can pretend not much time has passed, but once we get back to Alliance space, then everywhere I look there’ll be reminders that my home is dead and gone.”

Desjani sighed. “You won’t lack for friends.”

“Yes, I will. What I won’t lack for is people wanting to be near Black Jack Geary,” he answered, letting the bitterness he felt at the thought enter his voice. “They won’t be interested in me, just in the great hero they think I am. How can I avoid that? How can I get to know anyone when that will be following me everywhere?”

“It won’t be easy,” Desjani admitted. “But people will get to know you. Just like people in this fleet did. Who you really are besides being a hero, and I see how you react when I say that, but I’m sorry, you *are* a hero. Everyone in this fleet would be dead or in Syndic labor camps long ago but for you. You have to accept that.”

“I could still screw up so badly that we’ll end up that way anyhow,” Geary noted. “Look, I wish you wouldn’t call me a hero.”

“The fleet knows—”

“Not the fleet. You.”

She stayed silent for a moment, then nodded. “You need to be able to escape that at times. I understand. But I do believe you’ll be happy once we get home. You’ll get to know people.

People will get to know you,” Desjani repeated. “Just as some of them know you now.”

“Sure. People in the fleet know me. People I’ll have to leave.” She didn’t answer this time, and Geary looked over to see Desjani staring at the deck, her face rigid with suppressed emotions.

For the first time he really thought of leaving her, of not seeing her every day, and felt as if he’d been punched in the gut. Geary wondered how his own expression

looked as he realized that.

“Tanya—”

“Please don’t. It’ll just make it harder.”

He wasn’t sure what she meant, but in some way knew that she was right.

“Okay.”

“You’ll have Co-President Rione,” Desjani added in a rush.

“No. I don’t have her now. Not like that.” He shrugged, hoping he wasn’t sounding callous.

“We’re using each other. I need someone who is skeptical of me and willing to speak openly her every doubt to me, and she needs . . . I’m not sure what she needs.”

Desjani spoke in a very low voice. “It seems that you’re giving her what she wants.”

Geary barely managed not to flinch. Desjani had a point. A very good point. Why was he having sex with a woman when he wasn’t even remotely sure of his feelings about her? “Not lately. But maybe that should stop completely.”

“If the fleet needs it—”

“That’s a fine justification for me to use, isn’t it? Just the sort of abuse of power I’m supposed to be avoiding.”

She smiled slightly. “Yes.”

“It’s not like Rione and I get along that well. Especially when—” He broke off, suddenly realizing that he’d been about to say “when she acts jealous of you.”

But Desjani looked even farther away for a moment, as if she’d actually heard those words. “I’ve given her no grounds for that. Nor have you.”

“She seems to think so,” he noted in frustration. “So does most of the fleet, apparently. What the hell are we going to do, Tanya?”

She knew that he wasn’t referring to the Syndics or the fleet this time. Desjani gazed toward a corner of the room for a while before answering in a calm and controlled voice. “We can’t *do* anything. Sir.”

“No. We can’t.” The carefully emphasized “sir” was meant to remind him of their relative positions. She was his subordinate, he was her commander, and nothing could be done about either of those things. He looked down, trying to understand the feelings inside himself and wishing Desjani hadn’t gotten dragged into the politics surrounding him. “I’m sorry.”

“Thank you,” she replied. “I’m sorry, too.”

It was only after she left that it occurred to him to wonder exactly what she felt sorry for, and only then because he wasn’t entirely sure that he’d meant it the way he’d thought he had.

“CAPTAIN Geary, this is Captain Desjani. The accounting of prisoners liberated from

Audacious was scrambled by the subsequent engagement and the losses of some of the ships involved in the recovery, but a preliminary list is now available. They're working on verifying it and hope to have a finalized list before we reach the jump point for Branwyn."

Geary felt a sense of satisfaction at the news, a reminder that he had succeeded in liberating some of the Alliance sailors captured during the first battles in Lakota Star System, as he reached out and tapped the comm unit in his stateroom. "Thank you, Captain Desjani. You didn't need to track that for me. You're not my chief of staff." He didn't have a chief of staff, of course.

Admiral Bloch's had died along with Admiral Bloch in the Syndic home system, and Geary hadn't wanted to pull any officers out of badly needed primary duties on any of his ships. The automated systems available could do most of the work staffs used to do, anyway.

"I'm happy to help however I can, sir."

Geary smiled and broke the connection, then turned to see Victoria Rione glowering at him.

She'd come here to discuss the fleet conference she had observed but not attended, but had been interrupted by Desjani's call. "Now what?" he asked. "That was good news."

"Yes," Rione agreed in an icy voice, "eagerly delivered by your happy little helper."

He felt heat rising to match her coldness. "Are you talking about Captain Desjani?"

"Who else? Everyone in this fleet knows how she feels about you. You don't have to flaunt it in front of me."

"Those are rumors, and you know it! I've never seen her act that way, and I don't act that way with her," Geary objected. "No one I meet in the passageways of *Dauntless* gives me looks of disapproval. If the crew of this ship thought Captain Desjani and I were even thinking of that, they'd—"

"No, they wouldn't!" Rione gave him a look mixing anger and exasperation. "If you and that woman were screwing on the bridge of this ship, the watch-standers would politely look away and joyfully approve that their respected captain and their legendary hero had found happiness together! How can you not know that?"

"That's ridiculous. They know you and I are together."

"We may walk together at times, but anyone can see that we're no more emotionally tied to each other than we were the day you were defrosted from survival sleep!"

He started to object, then thought better of it. Rione was right about that. Even when their bodies were joined, their spirits were separate. Lust and love were two

different things. He knew which of those motivated him to desire Victoria Rione, and he couldn't pretend otherwise. "We've still publicly been companions. If I left you for Desjani—"

"They'd applaud! I'm a civilian and a politician! They don't trust me, they don't think I'm one of them, and I'm not!"

"That doesn't mean—"

"Yes, it does! If an election on the matter were held tomorrow in this fleet, the officers and sailors would overwhelmingly vote to shove me into an escape pod and eject it in the direction of the nearest Syndic labor camp, and for her to move into this stateroom to warm your bed and body for the foreseeable future and fleet regulations be damned! She knows that! Why do you think she's so uncomfortable when the subject is raised?"

"She has every right to feel uncomfortable!" Geary shot back heatedly. "She's never done anything to justify the impression that she'd want that."

Rione stared at him for a long moment. "Of course she hasn't *done* anything. Neither have you."

"What? Are you implying something about my feelings for her?"

"No, I'm not implying anything, I'm stating it! It's clear you prefer her company to mine or anyone else's. Moreover, she returns the feeling, and you know it!"

"I know nothing of the kind!" Geary roared. "We have to work together! She has a good military mind and good instincts, so of course I want to consult with her! Why the hell are you so jealous of Desjani anyway?"

"Because you like her better than me, you idiot! If not for your honor and her honor, which I will freely admit are impeccable, and both of your refusals to violate regulations because you're both so damned dedicated to your duties and responsibilities as officers, you and she would be spending every waking moment together! And every sleeping moment, too! And if it came to that, she would feel the kind of bliss she's previously only gained from destroying Syndic warships! And if you don't know all of that, then you're even more oblivious than I thought any human male could ever possibly be!" Rione glared at him as if trying to decide whether to say anything else, then threw up her hands in apparently total frustration and stormed out.

The obvious reply came to Geary right after the hatch shut. *Maybe I like her better because she doesn't yell at me as much as you do!* But there wasn't much sense in wasting the comeback by saying it to an empty room, and there was no way he was going to chase her down the passageway to deliver it, and in any event he didn't think he'd believe the retort nearly so wise once his own anger had cooled.

Besides, he knew a totally honest answer would be different. *I like Desjani because she understands me. Even though she thinks I'm some great hero on a great*

mission, she seems to know who I really am, too. And because we work so well together, like we just instinctively know what the other needs. We like the same things, we can talk, I can relax with her in ways I can't with anyone else. Which made Desjani a great captain for his flagship, a great companion to discuss things with, a great person to be around, a great—

Damn.

Rione's right.

He sat there a while, trying to figure out what to do. In a way, though, he and Desjani had already discussed it. They couldn't, and wouldn't, do anything that wasn't appropriate for a commander and one of his subordinate officers. That didn't mean they couldn't have a close working relationship, and indeed, recent events had emphasized how important her assistance was to him during critical situations. But he'd have to make sure not to push beyond that, not to seem to pressure her in any way that wasn't professional. She hadn't invited his feelings for her, and he had no right to even state them to her.

Never mind Rione's angry accusation that Desjani had feelings for him. He couldn't assume that was true and certainly couldn't act as if it was true. It would be better for all concerned if it wasn't true.

Geary finally recalled what had started his (latest) argument with Rione, and called up the preliminary listing of Alliance personnel who had been liberated from *Audacious*. The list was gratifyingly long, though he didn't want to compare it to a list of the total crews of all of the Alliance ships that had been lost in this star system. For that matter, he didn't want to linger on the knowledge that those liberated prisoners would be needed to make up combat losses on his surviving ships. Most of the former prisoners were enlisted personnel, of course, with a decent number of junior officers among them. Only one officer above the rank of lieutenant was listed.

Geary's gaze lingered on Commander Savos's name for a few moments, then he noted that Savos was currently aboard the battle cruiser *Implacable* and called that ship. "If Commander Savos is up for it, I'd like to speak with him."

Ten minutes later, *Implacable* reported that Savos was standing by for his interview. Geary stood up, made sure his uniform looked decent, then told *Implacable* to activate the link.

The image of Commander Savos, former commanding officer of the light cruiser *Spur*, which had been destroyed during the Alliance fleet's first visit to Lakota Star System, looked like hell.

His uniform appeared new, obviously provided by someone on *Implacable* to replace the one Savos had worn while abandoning his ship, then being captured and imprisoned, but the rest of the man reflected what he'd been through in recent weeks. Commander Savos appeared slightly gaunt, his face lined with the strain of his time

as a prisoner. One side of his head was covered by a flex-patch, and his eye on that side bore the remnants of a nasty bruise. Commander Savos nonetheless tried to stand at attention and salute. Geary returned the salute quickly, feeling guilty for having summoned the man and wondering why no one had bothered telling him that Commander Savos wasn't in good shape. "At ease, Commander. Sit down. Are they taking good care of you on *Implacable*?"

Savos sat down carefully, keeping himself slightly stiff as if trying to sit at attention, then nodded. "Yes, sir. *Implacable* 's been wonderful for all of us, sir. Excellent treatment, though the captured Syndic food leaves a bit to be desired."

"You don't have to tell me that. I'm already starting to miss Danaka Yoruk bars, and I never thought that would be possible." Geary paused. "How are you doing?"

"Happier than I imagined I could be a couple of days ago, sir," Savos stated with a grin that quickly faded. "The Syndics didn't feed us enough and worked us hard at times. We'll be okay now, though."

"You're the senior surviving officer among the liberated prisoners."

"Among those on *Audacious*, yes, sir," Savos confirmed. "I heard some things that make me think one or more captains may have been captured but taken to Syndic warships for interrogation." The commander paused, looking distressed. Geary knew what he was thinking, the same pain that troubled Geary at the very real possibility that some of the Syndic warships they'd destroyed had held Alliance prisoners of war. There had been no way to know and no way to save them, but the thought would still disturb Geary whenever he thought about the battles here.

Savos began speaking again. "After I had to order *Spur* abandoned, I'm afraid I was knocked out for a while when the ship suffered some more hits. My crew helped get me off in one of the escape pods, but it took me a few days to get thinking again. That may be why I was left on

Audacious instead of being taken for interrogation like other senior officers. "

"What do our medics say about your concussion?"

"Nothing they can't fix, sir." Savos gave a smile that was almost a grimace and raised one hand toward the bandage on the side of his head. "If it hadn't been treated, I'd have developed serious problems down the road, but I'm told everything should be fine now."

"Good. I'm sorry about *Spur*."

Savos looked distressed again before answering. "She wasn't the only ship lost, sir."

"No. But she also didn't go without making the enemy pay. Your ship fought well." He knew that was what any good commanding officer would want to hear. "The battle with the Syndic pursuit force scrambled up the released prisoners with crew members from other ships we just lost. We're getting the liberated prisoners

sorted out, and once we have a list of those from *Spur*, I'll make sure you get a copy."

"Thank you, sir."

"We'll probably distribute them around the fleet on ships that need replacements for battle casualties," Geary told him. "Let me know if there are any you'd like to be on the same ship with."

Commander Savos nodded. "Thank you, sir."

Geary regarded the officer for a moment. Savos had impressed him, and he needed a new commanding officer for *Orion*. Could Savos handle it? Going from a light cruiser to a battleship might be too big a step, especially if Savos was suffering aftereffects from combat injuries. It would be best not to push him. He'd see what shape Savos was in when the fleet reached Branwyn and make a decision then. "I know intelligence is debriefing all of the liberated prisoners, but is there anything you think I ought to know right away?"

Savos pondered that for a moment. "We heard very little. They'd haul us out in small bunches and put us into working parties, but otherwise we were kept in our compartments. There is one thing you probably ought to know."

"What's that?"

"We didn't know what was going on yesterday, but the Syndics knew I was the senior officer among the prisoners on *Audacious*. A bunch of their Mobile Assault Forces guys hauled me outside the compartment, stuck their weapons in my face, and asked me if you were really in command of the fleet and whether it was true that you'd forbidden the killing of Syndic prisoners." Savos shrugged. "I didn't know why they were asking, but I told them the truth, yes and yes. I told them that you'd insisted on following the old rules of war and that all of us were following those orders. I said you always did what you promised. Then one of them said something like 'screw our orders,' they shoved me back into the compartment, and that's all I knew until the Marines broke the hatch open. Our Syndic guards must have bolted for their escape pods right after they talked to me."

Geary wondered what the "orders" had been. Shut off life support to the prisoner compartments?

Set *Audacious's* power core to overload? Apparently his threat, backed by his record, had worked in this case. "Thank you, Commander. Get yourself some rest. You've earned it. I'll talk to you again at Branwyn."

"Yes, sir." Savos made a gesture toward the controls at his location, then paused. "They're scared, sir. They're scared of this fleet. They're scared of you. I could feel it."

"Huh." How did he respond properly to that? He'd never led by fear, though it was one thing for your own personnel to be afraid of you and another for the enemy to fear you. Still, it wasn't how he saw himself. "Well, they ought to be scared of

everyone in this fleet, Commander Savos, because I couldn't have done a single blessed thing without every man and woman on every ship in this fleet." Savos looked grateful, as if, Geary thought, he couldn't have been expected to state the obvious. Then Commander Savos's image disappeared, leaving Geary alone once more.

"THE shuttle carrying Captain Casia and Commander Yin to *Illustrious* is on its way," Desjani reported, as if transporting one senior officer to meet a firing squad and a second to be imprisoned were the most routine event in the fleet.

"They're both on one shuttle?"

Desjani's image on his stateroom communications display nodded. "*Conqueror* and *Orion* are still close to each other, so there wasn't any sense wasting fuel with two shuttle flights. The bird should be at *Illustrious* in twenty-five minutes."

Which would leave about four and a half days before the fleet jumped to Branwyn. Plenty of time for the firing squad to do its work at Lakota just as Geary had promised Casia, but somehow the time available still felt rushed.

It felt wrong to sit in his stateroom, working or not, while that shuttle was en route to *Illustrious* with its small cargo of prisoners and Marine guards. Geary made his way up to the bridge and sat down near Desjani, noting that the shuttle was now twenty minutes from *Illustrious*. He wondered if Colonel Carabali had managed to find enough volunteers for Captain Casia's firing squad yet but decided he wasn't ready to ask. He didn't want to think about it at all, but couldn't stop thinking about it.

Ten minutes later an alert pulsed.

"Accident on shuttle flight Omicron Five One," a watch-stander called out.

Geary was still focusing on his display when Desjani gasped in recognition. "That's the bird with Casia and Yin on it."

He stared at the display with a sick feeling. "The bird that *had* them on it." Images and text presented the same picture, that the shuttle had blown up. "It's gone?"

Desjani was scowling now, tapping controls. "Shuttle accidents are uncommon but not impossible. But that level of failure—our systems say it must have been the shuttle's fuel cell suffering a catastrophic containment failure. What the hell could've caused that?"

"Destroyer *Rapier* is closest to the accident site," the operations watch called out. "She's requesting permission to proceed to the area in search of survivors and to collect physical evidence."

He should have already thought of the need to send a ship to do that. "Tell *Rapier* that permission is granted," Geary stated, still trying to grasp what had happened.

Desjani shook her head, looking angry. "Chances of survivors are nil, but maybe

Rapier can find something in the wreckage that will help explain what happened.”

Rapier was still on her way to the field of debris that had been shuttle flight Omicron Five One when Rione came quickly onto the bridge, then bent down close to Geary to speak in the barest whisper. “A very unusual accident, and two officers who might have named names are now dead.”

He stared at her. “You think—?”

“Casia might have made a final statement when he faced the firing squad. Yin might have crumbled or revealed something if we decided to interrogate her. What do you think?”

He didn’t want to accept the idea, but the coincidence of a deadly accident on that particular shuttle flight made Rione’s suggestion too convincing to ignore. Someone had escalated their efforts against Geary into the realm of deadly force. He hadn’t really believed Rione’s warning before. Now there seemed little doubt. Whoever they were, they were willing to kill Alliance personnel in the name of contesting Geary’s command of the fleet. Though if what had turned out to be Commander Yin’s final statement was to be believed, they also wanted to prevent him from becoming a dictator if the fleet made it home, and, like Rione, were willing to kill to keep that from happening. Unlike Rione, they had not merely threatened such actions but carried them out, and, unlike her, they had struck not directly at Geary but at other officers in the fleet.

Which meant they were doubtless willing and able to commit more such attacks. The only questions were where, when, and how.

SEVEN

HE hadn't seen Captain Numos since after the battle at Ilion. Numos didn't get up when Geary's image appeared in his stateroom/cell, instead eyeing Geary with the same mixture of contempt and dislike that he'd shown from their first meeting. "What do you want?"

Refusing to let Numos get to him, Geary shook his head. "As I'm sure you've already heard, the crew of a shuttle, four Marines, and two fleet officers are dead. Do you think I care right now how you act?"

"Are you accusing me of being involved?"

"No." The direct answer seemed to startle Numos. "I just want you to consider the implications.

Captain Casia and Commander Yin were silenced to prevent them from saying things. If you could say anything, you should be worried about what your alleged friends were planning."

Numos snorted derisively. "I'm supposed to trust you instead? How do I know you didn't arrange that little accident to get rid of two officers who had challenged your authority?"

"If I had wanted either of them dead," Geary pointed out, "I had full justification to order it openly under fleet regulations. Captain Casia was on his way to face a firing squad. Why would I have destroyed a shuttle to kill a condemned man?"

"You've already eliminated Captain Franco, Captain Faresa, Captain Midea, Captain Kerestes . .

. Have I missed anyone?"

Geary sat down, gazing intently at Numos. "You aren't that stupid. You know those deaths happened in action. You know that Midea caused her own death. I've been wondering how you kept her under control."

Numos shrugged. "She respected legitimate authority."

He'd wondered if his dislike of Numos had tinged his memories, making them worse.

Apparently not. "Maybe you are that stupid. Your friends have cold-bloodedly murdered members of the Alliance fleet."

"I thought you said it was an accident."

"Actually, no, I never said that. You've used the word repeatedly. Funny that you should be so certain." Geary's thrust went home as Numos's eyes glittered with anger. "I don't know whether you think there's some tiny chance that you would be accepted as fleet commander if I were gone. There isn't. I don't know whether you think I plan on making myself dictator when we return to the Alliance. That isn't going to happen."

“I’m supposed to believe you?”

Geary studied Numos for a few seconds. “I did think you’d show a little more emotion over the deaths of fellow officers.” Numos gazed back impassively. “If any more accidents happen, you’re going to be in an interrogation facility, Captain Numos. I know you’ve received training on wording your replies to fool even brain scans, but we’ve got some very good interrogators in this fleet. I also know that while I can’t justify subjecting a fleet captain to interrogation without some grounds right now, another accident will arouse enough concern for me to do so.” Numos reddened but remained silent. “Tell your friends.”

Geary stood up, triggered his controls, and vanished from Numos’s stateroom.

“I told you that it would be a waste of time,” Rione remarked, lounging back in her seat. She hadn’t been part of the virtual meeting, but she’d been able to observe the entire thing.

“I had to try.” Geary shook his head. “I don’t know how I’ve managed to avoid ordering Numos shot and dumped out of the nearest air lock.”

“Black Jack could do it.” Rione seemed thoughtful. “Black Jack gets to make his own rules. I think Black Jack should order Numos into interrogation now.”

“So you told me.” Geary sat down, rubbing his forehead. “I’ve sounded out some other officers.

They all agree that I could get away with it, but it would both frighten those who think I want to be a dictator and encourage everyone who wants me to be a dictator. Both things could trigger more events that I really don’t want. I need more justification.”

“That justification may involve more deaths,” Rione emphasized.

“I know that. Acting prematurely might cause even more. I take it your spies still have nothing to report?”

“No.” She frowned. “The fleet is buzzing over the shuttle accident, but it all seems to be surprise and conjecture over how the fuel-cell failure could have happened. No one seems to be openly implying that you might have had a role in it, since everyone else seems smarter than Numos and knows you didn’t need to blow up a shuttle if you wanted Casia and Yin both dead. The silence is deafening among your opponents in this fleet. I wish I knew what that meant.”

He studied her for almost a minute before asking a question that had been bothering him. “Why didn’t you ever tell me that some of those opposed to my commanding this fleet were motivated by fear of my becoming a dictator?”

Rione made a dismissive gesture. “Because their exact motives didn’t make any practical difference.”

“*You* were willing to kill me to prevent me from becoming a dictator.” She didn’t answer, and Geary felt the need to amend his statement. “I suppose you still are

willing to do that if you think it becomes necessary. But I think their exact motive did matter if it was the same as yours. Why didn't they contact you since your loyalty to the Alliance is so well-known? Or did they contact you?"

She laughed. "Getting paranoid? I'll make a politician of you yet. No, John Geary, they didn't.

I'm convinced that our motives only partly coincided at any point. That is, both they and I don't want you to be a dictator. But I also want the elected government of the Alliance to remain in power. I suspect that your foes such as the late Commander Yin and her friends believe in the need for a military dictator. They just don't want you to be that dictator."

That made sense. "Like Falco. Some other senior officer who thinks the way to save the Alliance is to overthrow its government." Rione nodded. "I have increasing trouble believing that they are backing Numos though. That interview just confirmed for me that he's too arrogant to make a decent pawn, and too dumb to function on his own. But he makes trouble for me, and that probably makes him useful to them."

"That could well be true," she said. "I think your assessment is right, that the conspirators are happy to take advantage of Numos's hostility to you but that Numos is too prideful and unimaginative ever to work as a puppet for them. I suppose in that light there's not much sense in pushing to have him interrogated quickly."

"Yeah. I'll bet he doesn't know a thing that'll help us." Geary stared at the star display, feeling a need to bring something else up. "How many officers in this fleet are willing to back a dictatorship? I've been told it's a strong majority, so maybe I should ask how many *aren't* willing to do that, since that seems to be a much smaller number. Duellos wouldn't, I don't think Tulev would, or Cresida—"

"Don't be so sure about Cresida," Rione objected. "And I'm a little uncertain about Tulev now.

Even before you miraculously returned from the dead, the civilian government was increasingly worried about the loyalty of its officer corps. It's our own fault. We know that. They're on the front lines, watching their friends and comrades die, and we can't tell them that it's bringing us any closer to victory. It's been that way for a century. Their grandfathers and grandmothers, their fathers and mothers, watched comrades die or died themselves in the same war. I'm sometimes surprised that our elected government has managed to survive a war this long."

"Has our government made that many mistakes?"

She waved an angry hand. "It's made its share of mistakes. So has the military. But it's not about that. It's about frustration. A century of war and no end in sight. People want something, anything, that would hold out hope for an end to it." Rione shook her head at Geary. "And then you show up. The hero who legend decreed would return to save the Alliance in its hour of greatest need. Do you wonder that so

many are looking to you?”

“That hero is a myth,” Geary insisted.

“Not entirely, no, and in any event, what you think scarcely matters. It’s what everyone else thinks. You can save the Alliance. Or you can destroy it. It took me a while to put that together.

You embody the ancient duality, the preserver on one side and the destroyer on the other. I saw the destroyer at first, then I saw the preserver, and now I see both.” She shook her head again. “I don’t envy you having to personify those two contrary roles, but that’s what comes with being the legendary hero.”

“I never volunteered to be a legendary hero!” Geary stood up and began pacing angrily again.

“You did this to me, the government, while I drifted around Grendel Star System in survival sleep, making me into every schoolkid’s greatest idol so you’d have something to keep inspiring people to fight.”

“The Alliance government created a myth, John Geary. You’re real, and you have the real power to preserve or destroy the Alliance. If you haven’t fully accepted that yet, do it *now*.”

He stopped pacing and gave her a sour look. “I’ve never been the type to believe I was sent by the living stars to save the universe, or even just the Alliance.”

Rione raised an eyebrow at him. “That may be the only thing that keeps you from destroying the Alliance. Maybe that’s why you were chosen.”

“Don’t tell me that you’re starting to believe that, too!” Geary made a frustrated gesture. “I get too much of that as it is.”

“I thought you liked it when your special captain gazed at you with those worshipful eyes,”

Rione observed.

“No, I don’t, and no, she doesn’t. And why the hell are we talking about Captain Desjani all of a sudden?”

Instead of answering, Rione simply stood up. “I have some other business to attend to. You’re still going to jump the fleet to Branwyn as scheduled?”

“Yes,” Geary snapped, still aggravated with her. “We’ll be at the jump point in four days, barring any more ‘accidents.’”

She was heading for the hatch but paused to look back at him. “I would have tried to stop it if I’d known someone was going to sabotage that shuttle. Yes, I thought Casia and Yin should die because of their actions and because I saw them as a threat to the Alliance, but I wouldn’t have let a number of innocent people be killed.”

He stared at her. “It never occurred to me to think you would have.”

“Sooner or later, it would’ve occurred to you.”

Geary kept looking at the hatch after she had left, realizing that she was right, and

wondering why sometimes his allies scared him as much as his enemies.

THE transmission from what had once been the habitable world in Lakota Star System was streaked with interference, the sound portion garbled by static. Geary tapped the control to apply enhancement filters, and the image cleared, the sound now audible, though with occasional odd gaps as attempts by the software to guess which word to use came up blank.

A man stood in the front of the image, behind him a table at which a half dozen other men and women sat. All of them looked as if they'd been wearing the same clothing for days, and as if those days had been arduous ones. They were in some room without visible windows, whose construction and fittings conveyed a feeling of being an underground shelter.

The man spoke with weary desperation, blinking with fatigue. "We are appealing to any ships in this star system to carry news of our disaster to authorities who can provide aid. Lakota Three is undergoing intense storm activity. Estimates are that between ten and twenty percent of the atmosphere is gone. Lakota star's output may be fluctuating, causing more havoc on this world.

Most electrical systems on the planet were destroyed by the energy pulse that struck us. We're incapable of estimating the number of dead but it surely runs into many millions. We've been unable to establish contact with anyone in the hemisphere that faced the energy pulse. The survivors in this hemisphere are in desperate need of food, shelter, and other necessities. Please notify anyone who can help."

The image stuttered, then the message began repeating.

Geary shut it off, letting out a long, despairing breath. "There's nothing we can do."

Desjani nodded gloomily. "We can't even run shuttles down into that atmosphere right now without risking their loss."

"Did you find any signs of Alliance prisoners of war on the planet?"

She shook her head, looking depressed now. "A few marginal indications. But even if they were there, we couldn't get to them. The planet is going to be a hellhole until the atmosphere stabilizes again."

Geary tapped his communications controls. "Authorities on Lakota Three, this is Captain John Geary, commanding officer of the Alliance fleet. We deeply regret our inability to offer immediate assistance, but have no capability for disaster relief. We will notify any and all Syndicate Worlds' entities encountered of your need." It occurred to him that with so many electronic systems destroyed, the authorities on Lakota Three might have no idea what was going on above the world's atmosphere. "Be advised that a few Syndicate Worlds' civilian ships survived the energy pulse and are heading for jump points out of this star system. I have given orders that they not be engaged by my units and have provided them with clear records of the disaster

here to assist authorities in other Syndicate Worlds' star systems in responding to your need. May the living stars provide for you and may your ancestors offer you what comfort they can."

He ended the transmission, then looked to the communications watch. "Try to punch that through to the origin of the distress message, and set it to repeat until we leave this star system. Also forward that distress message to the Syndic merchant ships heading out of the star system." With a fleet configured for war, there wasn't much else he could do. "Captain Desjani, I'm going to hold a small meeting in one hour. I'd like you to be there."

"Of course, sir," Desjani acknowledged. "Is there anything I should do to prepare for the meeting?"

"Just bring your brains and your common sense."

ONE hour later, Geary looked around the conference room, where he, Captain Desjani, and Co-President Rione were physically present and Captains Duellos, Cresida, and Tulev were virtually present. To the naked eye, all six figures appeared identical, but the occasional extra couple of seconds' delay in reactions from the three who were attending via conferencing software betrayed their virtual nature. "I wanted to talk to you because you've all been told about our belief that there's a nonhuman sentient species on the other side of Syndic space."

"Belief?" Captain Cresida questioned. "From the evidence I've seen, it's a lot stronger than a belief."

"And there's more evidence that I haven't had a chance to share before this." Geary paused, uncertain how to say it. "You know we were on our way to defeating one of the Syndic flotillas in Lakota when a much larger Syndic force arrived via the hypernet gate. This fleet was almost trapped and destroyed as a result." Rione knew what he was talking about, but none of the other officers did, and they were all watching him, plainly trying to figure out the connection to the aliens. "Intelligence on *Dauntless* intercepted a number of signals from the Syndic ships that had arrived via the hypernet gate, messages that clearly revealed that the Syndics were shocked to be in Lakota. They'd entered their hypernet system with a destination of Andvari Star System."

He let them absorb that for a moment. Cresida, perhaps the fleet's best expert on the hypernet, responded first. "They made that big a mistake? No, it's impossible to make that kind of mistake.

There's no way to set one destination on the hypernet and end up in another."

Geary nodded. "So I was told. No way that we know of."

Desjani got it first, her face reddening with rage. "They did it. Whatever they are. They changed the destination of those Syndic ships so we'd be confronted by an overwhelming force."

“That’s the only conclusion that makes sense,” Geary agreed. “They intervened in an attempt to destroy this fleet.”

“Why?” Tulev, not surprisingly, had been the first to look past the outrage of the aliens’ actions and search for a reason.

“Damned if I know. They don’t want us to get home. Is it because they want the Alliance to lose? I don’t think so. If they wanted to help the Syndics defeat us, they could provide the Syndics with more of their technology, but as best we can tell, they secretly gave the hypernet technology to both the Alliance and Syndicate Worlds at about the same time several decades ago.”

“What are they?” Desjani demanded. “What do we know of them?”

This time Geary shrugged. “Shadows and scientific wild-ass guesses. We see signs of them, apparent proof they’re out there and intervening in this war, but nothing about them directly. If they did redirect that Syndic flotilla, it not only means they can mess with a hypernet in ways we don’t understand, it also means they can covertly monitor where this fleet is and where it’s going, and get that information somewhere at something close to real time over interstellar distances.” The others stared at him as the implications of that struck home, but none of them denied his logic.

“The Syndics certainly know more about the aliens,” Rione added to the group. “But that knowledge has apparently been kept very close, and even the existence of the aliens kept secret from most Syndic citizens. Only the Syndicate Worlds’ highest leaders may know everything there is to be known. We’ve found nothing in captured records.”

“Are they human?” Tulev wondered.

“I don’t think so,” Geary answered. “If they were human, why would the Syndics have kept them secret? And how could another human power strong enough to hold the Syndics on a border exist without us knowing something? They would have had to come from somewhere.”

“Not human.” Tulev shook his head. “How do they think? Not like us.”

“Surely we can still figure out their intent,” Desjani insisted.

Duellos was frowning in thought. “My grandmother taught me an ancient riddle when I was quite young. That riddle might help us understand what we’re dealing with.”

“Really? What is it?”

Duellos paused dramatically. “Feathers or lead?”

Geary waited, but nothing else came. “That’s it?”

“That’s it. Feathers or lead?”

“What kind of riddle just asks you to chose between two things?” Cresida asked, then shrugged.

“I give. What’s the answer?”

“It depends.” Duellos smiled as everyone looked aggravated. “The one asking the riddle is a demon, you see. The demon chooses which answer is right. In order to guess the right answer, you have to know what the demon thinks it should be that particular time.”

“How are you supposed to know what a demon thinks?” As soon as Geary said the words, he got Duellos’s point. “Like the aliens.”

“Exactly. How do we answer a question posed by something that isn’t human, when we have no idea what the question means or what the ones asking it want the answer to be?”

“And what do they expect from us? Honor or lies?” Captain Cresida asked. Everyone turned to look at her. “Who have these aliens been in contact with? The Syndics.”

Rione nodded. “Whose leaders have broken every agreement made with us, even when abiding by those agreements would have been in the long-term interests of the Syndicate Worlds.”

“The Syndic leaders don’t think long-term,” Duellos pointed out. “Short-term gain is all that matters to them.”

Geary shook his head. “Would they have been stupid enough to use those kinds of tactics against an alien species that clearly has technological superiority over the human race?” He saw the answer on every other face in the room. “Yeah. Maybe they would have.” After all, those same leaders had repeatedly broken agreements with this fleet, even knowing that the fleet could easily retaliate by wiping out entire worlds.

“The superior technology would have been irresistible bait for them,” Rione observed bitterly.

“They would have been willing to try to acquire it by any possible means, leaving the aliens to conclude that the human race could not be trusted. Anything the aliens have done could have been seen by them as defensive, a means to neutralize humanity.”

“But if the Syndics were dealing with aliens,” Cresida argued, “and unsuccessfully dealing with them apparently because they’ve never surfaced with any technology far in advance of the Alliance except the same hypernet we got, why would they turn around and attack us? We know from the disposition of Syndic hypernet gates on the far border that the Syndics fear the aliens.

Why start a war with us?”

“Because they were surrounded?” Duellos offered. “The Alliance on one side and these aliens on the other side. That leaves the Syndicate Worlds pinned between two powers. They must have feared being crushed between us once we learned of the

existence of the creatures.”

“Then why start a war with us?” Cresida demanded. “Why make their nightmare come true?”

Geary shook his head. “During peacetime, Alliance ships traveled through Syndicate Worlds’

space. Only occasional warships carrying out diplomatic missions, but more frequent freighters.

Alliance citizens also traveled through the Syndicate Worlds on business or pleasure. Any of those might have found clues to the existence of the aliens or been contacted by them directly.”

“Well enough, sir, but starting a war to prevent occasional Alliance traffic through their territory seems like massive overkill. It’s not like the Syndics ever invited much Alliance shipping into their areas of control. They could have choked it off completely using any number of excuses, and what could the Alliance have done? Besides, how could they know the aliens wouldn’t attack them while they were involved in fighting the Alliance?”

Duellos shrugged. “Maybe the Syndic leaders thought they could defeat us quickly.”

“That’s irrational!” Cresida objected. “Even the Syndic leaders couldn’t have been so stupid as to believe they could do that!”

“They thought the Alliance would crack under the first blows,” Desjani cut in. “That we wouldn’t have the spirit to rebound from the initial losses and hit back.”

“We don’t *know* that,” Rione replied with a slightly but unmistakably dismissive tone. “That was the argument used to rally the Alliance after the first attacks. That was why the Alliance made the most of whatever heroic examples existed, as proof that any such Syndic belief was wrong.”

Which was where the legend of Black Jack Geary began. Fighting to the last against overwhelming odds. A heroic example to inspire everyone else. Geary tried not to notice everyone not looking at him.

Tulev shrugged. “It may have been a useful rallying argument for the Alliance, but that doesn’t mean it wasn’t true,” he suggested with a glance at Desjani, whose eyes had narrowed in response to Rione’s tone. “What other explanation exists?”

“Perhaps they reached some sort of agreement with the aliens,” Rione suggested. “Doubtless planning to go back on it as soon as they’d dealt with us.”

“What kind of agreement?” Geary wondered, his mind going back to a time that was the recent past for him but a century old for the others here. “A nonaggression pact might temporarily secure their border with the aliens, but the Syndics couldn’t have decisively beaten the Alliance.

They didn’t have military forces large enough to overcome the sheer size of the

Alliance, any more than the Alliance could muster enough force to defeat the expanse of the Syndicate Worlds.

We knew that as well as they did. That's why the surprise attacks, including the one in Grendel, came as such a shock."

"Maybe there's the answer," Desjani declared, her expression shadowed with an emerging idea.

"What everyone's been saying made me think of something." She tapped some controls and an area of space that Geary found heartbreakingly familiar was displayed above the table. "Alliance space along the frontier with the Syndicate Worlds," Desjani explained to Rione as if she couldn't be expected to recognize a display of the area, causing Rione's expression to harden slightly this time. "I've spent some time recently studying the start of the war. This shows the initial Syndic attacks a century ago. Shukra, Thabas, Diomede, Baldur, Grendel. Why did they hit Diomede instead of Varandal? Why Shukra instead of Ulani?"

Geary frowned. He didn't know this, hadn't ever known it, because he had been lost in survival sleep since that first Syndic surprise attack at Grendel. In the months after his awakening, he'd avoided studying the early Syndic attacks closely since he still felt the pain of knowing his crew from those days had all died in either that battle or later battles or, if lucky, from old age, while Geary's survival pod drifted among the other debris of battle at Grendel. "Good question. I just skimmed those events and assumed they must have hit the Alliance base at Varandal."

"They didn't," Duellos confirmed, studying the display. "Varandal was a major base back then as well?"

Desjani nodded. "The primary command, repair, supply, and docking facility for the Alliance fleet in that entire sector of space."

"That seems a far-more-critical target than some of those that were hit. Does anyone know why they didn't strike Varandal?"

Once again Desjani answered. "Our histories all say that it was assumed Varandal, Ulani, and other high-value star systems were intended for a follow-up wave of attacks that didn't happen because of Syndic losses suffered in the first wave. Assumed," Desjani emphasized. "It's obvious they made that assumption because everyone on the Alliance side agreed the Syndics shouldn't have had any expectation that their first wave of surprise attacks to start this war could have inflicted enough damage on the Alliance to be decisive. The Syndics didn't have enough forces on hand, as Captain Geary says, to hit everything they needed to hit all at once."

"What's your point?" Rione demanded.

Desjani gave her a cold look in return, but her voice stayed professionally calm. "Perhaps the Syndics expected to have more forces than we knew of. Suppose the Syndics had reached an agreement and expected to have help? Suppose they expected

an ally, a very powerful ally, to hit places like Varandal while they hit Diomede?”

This time the silence was longer. Rione’s face hardened again, but now her feelings weren’t directed at Desjani. “The aliens double-crossed the Syndics.”

“By promising to help attack the Alliance.”

“And then didn’t show up, leaving the Syndics to fight alone. They suckered the Syndic leaders, who thought themselves the masters of cunning behavior, into an unwinnable war with the Alliance. But the Syndic leaders couldn’t admit they’d been fooled on such a huge issue, and they’d enraged the Alliance, and so couldn’t get out of the war they’d started.”

Cresida was nodding now. “The aliens don’t want either side winning. That’s why they intervened at Lakota. Captain Geary was doing too well, inflicting enough losses to, perhaps, eventually decisively tip the balance against the Syndics, and getting closer and closer to getting the Syndic hypernet key back to Alliance space. The aliens want humanity at war, and they want us to remain totally absorbed in this war. But is that purely defensive? Or are they waiting to see how much we can weaken ourselves before they move in?”

“We think that they can wipe us out at any time using the hypernet gates,” Geary noted.

“But they haven’t yet,” Cresida argued. “If they’re watching us as the events here at Lakota seem to prove, they must know from the collapse of the Syndic hypernet gate at Sancere that we’re at least learning about the destructive potential of the gates. If they *want* to use the gates to wipe us out, why haven’t they triggered them already?”

“Feathers or lead?” Duellos asked, studying his fingernails.

Frustrating as it was, Geary had to admit Duellos had a point. “We can speculate endlessly and not reach conclusions because we don’t know anything about what we’re dealing with.”

“We know they’ve figured out how to trick us,” Desjani insisted. “Sir, look at the pattern. They intervene in hidden ways, and they know how to get us to do things that either hurt or have the potential to hurt ourselves.”

“Good point,” Duellos conceded. “Which means they very likely adopt such tactics among themselves. They seem to favor causing an enemy to make mistakes that result in self-inflicted injury.”

Rione nodded. “By figuring out what that enemy wants, then offering it to them. They must have formidable political skills.”

“And the Syndics tried to mess with them,” Geary noted angrily. “They poked a hornet’s nest with a stick, and all of humanity got stung.”

“Why haven’t the Syndics come clean?” Cresida wondered. “They don’t have any hope of winning this war and haven’t for a long time. Why not say they were tricked

by the aliens, claim the aliens told them we were going to attack, whatever. Get us on their side against whatever these things are.”

Rione shook her head. “The Syndicate Worlds’ leaders can’t afford to admit they made that kind of mistake. Heads would roll, possibly in a very literal way. Even though the predecessors of the current Syndic leaders actually made the errors, the current leaders derive their legitimacy by claiming to be the chosen successors of past leaders. And all Syndic leaders are supposedly chosen for their competence and abilities. Admit to horrible errors by one generation of leaders and it calls into question the legitimacy of their chosen successors and the entire system. It is much easier and safer for them to continue on a ruinous course of action than it would be to admit to serious errors and try to change the situation.”

“They’re that stupid?” Cresida asked.

“No. It’s *not* stupid. If they admit to mistakes made by leaders of the Syndicate Worlds, mistakes so serious they have trapped the Syndicate Worlds in an apparently endless war, then it is certain they will lose power, and if they lose power, they will at worst die either quickly or slowly, and at best lose every bit of their status and wealth. But as long as they continue the current policies, they can hope something will change. It’s not about what’s best for the Syndicate Worlds or the Alliance or humanity as a whole. It’s about what’s best for them as individuals. They’ll fight to the last warship and ground soldier, because that’s someone else paying the price for their mistakes and putting off the day when they’ll personally be called to account.”

Geary noticed the other officers were trying not to stare at Rione. He knew what was bothering them. Not just the rationale the Syndic leaders were probably using, but also that Rione understood it and could explain it, which meant she could think the same way.

Clearly seeing the same thing, Rione glared around at the others. “I forgot. You’re all so noble and honorable. No senior military officer would ever allow people to die rather than admit a mistake, or cling to a foolish course of action in order to maintain their position.”

This time a lot of faces reddened. Geary spoke before anyone else could. “Point taken. But no one here engages in that kind of thing. And, yes, I include Co-President Rione in that. She came along on this mission, risking her own life along with the sailors of this fleet. Now, let’s redirect our anger at our enemies, not each other.”

“Which enemies?” Duellos wondered. “We’ve spent all of our lives knowing that ‘enemy’ meant the Syndics. They were the ones attacking us, bombarding our worlds, killing our friends and family members. And all that time we had another enemy, one none of us knew about.”

“Is that true, though? *Do* our leaders know about them?” Desjani asked.

Every eye turned again to Rione, who flushed slightly but gazed back defiantly. “I

don't. As far as I know, no senator knows of the aliens."

"What about the Governing Council?" Duellos questioned.

"I don't know." Rione looked at the others and obviously saw doubt there. "I don't have any reason to lie," she snapped. "I know there are extremely sensitive matters of which only members of the Governing Council are apprised. Supposedly some of those matters are passed verbally to new members and never written down, but I don't know that's true. Only the members of the Governing Council know, and they *don't* discuss their secrets."

Geary nodded. "I can easily believe that. What would be your guess, though, Madam Senator?"

He used the title deliberately, wanting to emphasize for the others the political rank that Rione held. "If you had to make a guess, is there anything you know or have heard about the Governing Council that would lead you to think they might know?"

She frowned, bending her head in thought. "Maybe. It would depend upon how you interpreted things."

"Things?"

Rione's frown deepened. "Questions that you're told to stop asking for Alliance security reasons, private statements regarding plans or budgets, that sort of thing. But there are plenty of other explanations for any of that. Listen, I'm as suspicious as any politician. I parse everything I hear for possible interpretations. If the Governing Council has any clue as to the existence of these aliens, they've done a very good job of keeping it quiet. I certainly never suspected it until Captain Geary showed me what he'd figured out."

"But then we'd all stopped asking that question," Cresida observed. "Hadn't we? No nonhuman intelligent species had ever been discovered or contacted us, that we knew of, and the war had us all focused on other matters. Captain Geary had a fresh perspective."

"More like a fresh-frozen perspective," Geary replied, and everyone smiled at the reference to his long period in survival sleep. He hadn't thought that he'd ever be able to joke about that.

"Here's the question: Do we keep them secret? Or do we start telling lots of other people?"

This time the silence stretched, then Rione spoke in a world-weary voice. "We fear that humanity will use the power in the hypernet gates to wipe itself out because of the hatreds generated by this war. If humanity learned that the war had been caused by a trick from another intelligent species, and that the same species had fooled us into planting the means for humanity's extinction throughout the star systems we control, what would the mass of people do? What would they demand?"

"Revenge," Tulev answered.

“Yes. War on an even greater scale, against an enemy of unknown strength, unknown size, and with unquestionably superior technology.”

Cresida clenched her fists. “I don’t particularly care how many of those things died. They’ve earned it. But the thought of how many more humans would perish . . .”

“I think my question has been answered,” Geary stated heavily. “We have to keep the secret, too, yet also figure out how to counter these aliens without starting an even bigger war.”

Duellos pursed his lips as he frowned in thought, the fingers of one hand drumming silently on the table near him. “One enemy at a time. That’s what I’d recommend. We have to deal with the Syndics before we can have a hope of dealing with the aliens.”

“But how can we beat the Syndics if the aliens are actively helping them?” Cresida demanded.

Duellos’s frown deepened. “I’ll be damned if I know the answer to that.”

For some reason everyone else turned to look at Geary.

He stared back at them. “What? Do you think I know how to do that?”

To his surprise, Cresida answered. “Sir, you have shown an ability to see things the rest of us take for granted or just haven’t thought about. Perhaps it’s because you’ve got an outside viewpoint in many ways, or perhaps you’re, um, being inspired to see things the rest of us cannot.”

Being inspired? What could that mean? Geary looked around at Cresida and the others, and saw the meaning, from Cresida’s slightly embarrassed expression to Desjani’s calm belief to Rione’s measuring glance. “You believe the living stars are telling me things? I’d think I’d know if that was happening.”

Duellos frowned slightly again. “No, you wouldn’t,” he corrected. “That’s not how they work.

Or not how they’re supposed to work.”

“No one knows how they work! Why after all we’ve been through would you think I’m getting divine inspiration?”

Desjani answered. “You keep telling us in private deliberations that you’re just a normal man, not exceptional. But you keep doing exceptional things. Either you are an extraordinary man, or you’re receiving extraordinary assistance, and I’m not vain enough to believe any aid I provide is that special.”

That was a neat little logic trap. “Captain Desjani, all of you, any extraordinary assistance I’m getting is from you.” Every face somehow conveyed disagreement. “You can’t risk the fate of this fleet, of the Alliance, on some vague belief that I’ll receive divine inspiration whenever I need it.”

“We’re not,” Tulev stated. “We’re basing it on what you’ve done so far. Just keep

doing it.” A rare smile showed on his face as Tulev signaled that he understood the half-joking/ half-unreasonable nature of his statement.

Just keep doing it. Save the fleet. Win the war. Confront and deal with a nonhuman foe of unknown characteristics and power. Geary couldn't help laughing. “I'll try. But no inspiration is coming to me right now. I need all of you to keep doing what you've been doing, providing invaluable support, advice, and assistance.”

Cresida shook her head. “I wish I could think of some advice for dealing with the aliens. At least thinking about that will give us something to do while the fleet is in jump space en route to Branwyn.”

Three days later, Geary gave the order to jump, and the Alliance fleet left Lakota Star System for the second and, hopefully, last time.

AFTER the many stresses of recent weeks and the struggles within Lakota Star System, the days spent in jump space on the way to Branwyn proved a welcome though brief period of recovery.

Everyone kept working hard to repair battle damage, but they were able to relax a bit emotionally and mentally. Despite the eeriness of jump space, Geary found himself regretting the return to normal space when they reached their destination.

The star-system-status display, loaded with information from captured Syndic star-system directories, updated itself with actual observations as the Alliance fleet's sensors evaluated the human presence at Branwyn. Surprisingly, the star had more Syndic presence than expected.

Most star systems bypassed by the hypernet had declined either slowly or quickly as the space traffic that had once been required to pass through them using the jump drives had instead used the hypernet gates to go directly between any two points on the hypernet.

But here in Branwyn the mining facilities that made up most of the human presence were significantly larger than in the decades-old Syndicate Worlds' star-system guides the Alliance fleet had captured at Sancere. “Why?” Geary wondered out loud.

Desjani shook her head, apparently baffled as well. “There's no Syndic military presence here.

No picket ships, no force guarding against us. I've never seen an occupied Syndic system without at least an internal-security-forces facility.”

Information kept updating on the display, revealing a few cargo ships running to and from one of the other jump points in Branwyn Star System. “Where does the jump point lead?”

He saw the answer even as a watch-stander called it out. “Sortes Star System, sir.”

A robust Syndic presence in a hypernet-bypassed star system, with apparently regular traffic to another nearby star system with a hypernet gate. But there didn't

appear to be anything being mined here that wouldn't also be present at Sortes. "What the hell?" Geary muttered.

Victoria Rione laughed, drawing his attention. "None of you understand this? Don't you realize what you're seeing? This is all unauthorized, a pirate facility if you will, set up by Syndic corporations seeking to bypass central controls and taxation. Everything they pull out of here hasn't been regulated or taxed, which more than makes up for the extra costs of smuggling the material into hypernet-linked star systems and covering up its origin."

"How would you know that?" Geary asked.

"Because similar operations spring up in Alliance space from time to time. It's illicit, but it's profitable. One of the hobbies of the Alliance Senate is passing laws trying to ensure that no one can get away with it, but people are always looking for and finding loopholes."

An illicit operation. Geary wondered whether the people of Branwyn would provide aid to the stricken Lakota Star System or simply hunker down to avoid being caught. "Let's send them the recording of what happened at Lakota and the plea from the habitable planet there. What will happen if the Syndic authorities or their military find out about this place?"

Rione shrugged. "Some of them surely already know. I imagine bribes to the right people keep that knowledge secure. Having us pass through here might draw too much attention to cover up, though."

He checked the maneuvering display. "It'll only take four days for us to reach the jump point for Wendig. The auxiliaries are already drawing down the raw materials we looted at Lakota. Do you think we can trust the Syndics here to provide unsabotaged raw materials if we demand them?"

"Trust a pirate operation? How much profit could you offer them?"

"None," Geary replied.

"Then that's how much trust you could have in them."

WITH the Syndic presence in Branwyn showing every sign of hasty emergency evacuation and no threats toward the Alliance fleet, Geary found himself restless. Unable to sit still and think, he started taking more long walks through the passageways of *Dauntless*. Battle cruisers were large ships, but not so large that such walks didn't often encounter Captain Desjani doing her own thinking and maintaining a constant presence among her crew. Ironically, being openly seen with Desjani was a far better defense against rumors of unprofessional conduct than avoiding her would be, because if they weren't seen walking and talking together, then gossip would assume they were together in places where they couldn't be seen doing things they didn't want seen.

Most of the conversation kept to professional topics. The war, ship-handling, the

merits of different classes of ships, tactics, logistics, personnel matters, and where the fleet should go next.

Not the sort of thing anyone overhearing could possibly construe as social conversations, though Desjani did have a passion for those topics. She truly did love being a fleet officer.

But as time went by Desjani spoke more of her home planet Kosatka and Alliance space in general, of her family, and gradually drew Geary out on the same topics. He found himself bringing up memories that had been too painful to consider, thoughts of people and places now vanished, surprised that he could speak of them with her and feel a sense not only of melancholy but also of release.

“You told me a while ago that you knew someone on *Dreadnaught*,” Desjani brought up once, as they walked through a long passageway running toward the propulsion spaces. It was well into the ship’s night, and only an occasional sailor or officer went past on an errand through the darkened passage.

That brought up a whirl of more recent painful memories, centered on the Syndic home system.

“Yeah,” Geary agreed softly. “My grandniece. Captain Michael Geary’s sister. He gave me a message for her.”

Desjani was looking at her data pad. “Commander Jane Geary? She’s not just on *Dreadnaught*.

She’s the commanding officer.” Then Desjani frowned. “A battleship commanded by a Geary.

There’s something odd there, but I never heard any negative stories about her.”

Geary tried not to snort. The modern fleet assigned its best officers to battle cruisers, where they could charge into battle first, and die first. “Maybe she’s being judged by an impossible standard.”

“That of her legendary great-uncle?” Desjani asked, then smiled. “It’s possible.” The smile went away. “And when we get back, you’ll have to tell her that her brother is probably dead. I’m sorry.”

“It won’t be easy.”

“But you have a message for her from him?”

“Yeah. Just about the last thing he said before *Repulse* was destroyed.” He thought about it, then decided if there was anyone who would comprehend that message who wasn’t a Geary, it might be Desjani. “He told me to tell her that he didn’t hate me anymore.”

She looked briefly shocked, then the expression faded into thoughtfulness. “The impossible standard. Michael Geary hated you for what he’d been forced to live with?”

“That’s what he said.” In the very brief time that Geary had been granted to speak

with his grandnephew, there hadn't been much opportunity to say more.

"But he changed his mind." Desjani gave Geary a long look. "Because he was using *Repulse* to hold off the enemy. A last-ditch rearguard action to allow the rest of the fleet to escape, the same sort of action that you became legendary for. He understood then, didn't he?"

"Yes." He felt a great sense of relief at being able to share the story. Tanya Desjani got it. Of course she did. "He realized I hadn't done it because I thought I was a hero or because I wanted glory. I did it because so many others were counting on me. That's all."

"And he had to do the same." She nodded. "It *does* take a hero, sir."

"No, it doesn't." Geary shrugged, feeling old pain rising to the surface as he thought of the death of his old ship a century ago and more recent sorrow from ships in this fleet that had been lost fighting the same sort of hopeless rearguard actions. "It's pure chance who ends up in a situation like that."

"Maybe." Desjani gave Geary a serious look. "But what someone does when faced with that situation isn't pure chance, sir. They make choices, as we all do. Those choices define us. I know you don't like me to say it, but you are a hero, sir. If you were a fraud, people would have seen that by now."

"I'm *human*, Tanya."

"Of course you are. That what makes it heroic. Humans fear death and pain, and when we reach beyond that fear to protect others, we have done something to be proud of."

Startled, Geary walked silently for a moment before replying. "I'd never thought of it that way.

You're pretty good with words, you know. No wonder your uncle wanted you to be part of his literary agency."

She looked down at the deck and smiled in a slightly wistful way. "My fate lay among the stars, Captain Geary. I think I've always felt that way."

"Any idea why?"

"No. They just always called to me. Strange that I should gaze up at the vast emptiness of space since I was little and believe that the emptiness would hold what really mattered to me, but that's how it always felt."

"*Dauntless*?" Geary teased. "I can tell you love being on the bridge of a battle cruiser."

Desjani laughed, something so rare that Geary wasn't certain if he'd heard it before. "I hope not!

I adore *Dauntless*, but battle cruisers are very demanding queens to their captains. It's an extremely one-sided relationship, as you know. I was hoping for something a little more balanced." She was smiling, still, and despite himself, he

wondered what such a relationship with Desjani would be like. But he couldn't, of course, and she couldn't, of course, so they walked on down the passageway, the conversation safely turning to the latest modifications in hell-lance targeting systems.

When he reached his stateroom he was surprised to find Rione there despite the late hour, standing before the star display as if she'd been studying it for a long time. "Is something wrong?"

"I wouldn't know," Rione said. "I'm just your former lover. You've been talking to her."

Geary frowned at Rione. "Captain Desjani, you mean. She's my flagship captain —"

"And you weren't just talking about your beloved fleet," Rione finished, but she didn't sound angry this time, just defeated.

"There won't be anything between us, Victoria. You know why there can't be anything between Tanya Desjani and me."

Rione kept her face averted for a while, then looked back at Geary, her expression unreadable.

"There's already something between you. Nothing physical. No. No improper actions of any kind. I freely admit that. Neither of you would do that. But there's an emotional bond, feelings that go far beyond professional, and you *know* that's true, John Geary." She exhaled slowly, looking away again. "I won't be any man's second choice."

He wondered what to say. "I didn't think—"

"No. You didn't. Not that I ever encouraged you to think I'd be interested in anything more than the physical relationship we've sometimes enjoyed. But a strong woman needs a strong man, and I've found myself wanting more from you than sex. But I can't have that. Admit it. You don't love me. You lust for my body, but you do not and cannot love me."

"I can't honestly say I love you," Geary admitted. "But I wouldn't lust after you if I didn't admire who you were."

Rione directed a pained smile to a corner of the stateroom. "That's just what every woman wants. To be lusted after and admired."

"I'm *sorry*. You always said we were promising each other nothing."

"True. I broke the bargain. In part. Don't flatter yourself that I'm madly in love with you. But I will not be your second choice," she repeated. "I have my pride." Walking to the hatch, Rione paused before opening it and looked back at him. "Once I leave here, change your security settings so that I no longer have free access."

Geary nodded. "If that's what you want."

"What I want scarcely matters anymore. But you must know that I mean what I say. I will not be back here except as an adviser."

“Thank you. Your advice has been more valuable than I think you ever realize.”

She twisted her mouth, then shook her head. “The Alliance needs this fleet, and it needs you. I will remain your ally and confidant as long as you remain true to your beliefs and the Alliance.

But I will not come to your bed again, and I ask you not to come to mine, because I know that while you were making love to my body you’d be thinking of her, and *that* I will not endure.”

He sat for a long time after the hatch closed, realizing the truth of Victoria Rione’s words. The one woman he could have in this fleet wasn’t the woman he wanted, and Rione had every right to refuse to accept any lesser place with him.

Getting up, he went to the hatch controls and reset them to eliminate Rione’s free access to his stateroom. Somehow the finality of that gesture served to make it certain that this time Rione would not be returning except for talks about the fleet’s situation. He couldn’t help feeling both guilty and relieved.

EIGHT

TWO days in Branwyn, two days left until they reached the jump point. The Syndics here continued pulling up stakes as fast as they could. There hadn't been any acknowledgment of the messages the Alliance fleet had sent about the situation at Lakota, so Geary could only hope that the people in the system would react somehow to help provide relief. "And what do your spies tell you these days?" Geary asked, slumping into his seat.

The virtual image of Captain Duellos looked offended as it lounged in a seat. "Politicians have spies, but I have sources, my good Captain Geary."

"My apologies."

"Accepted. I don't honestly have that much, but I thought you could use a talk."

"You thought right. Thanks. So what do we talk about?"

"Pressure." Duellos waved toward the star display. "If we make it through Cavalos, this fleet will be within five or six jumps of a Syndic border star system from which we can jump into Alliance space. The casual thinker might assume you're feeling relieved at how close we are to home. I'm inclined to think you're increasingly waiting for the sword to fall."

Geary nodded. "Good guess. Every step closer to home makes me wonder if I'm being set up for a disaster at the last moment. I make it six jumps past Cavalos, by the way, since we have to avoid Syndic star systems with hypernet gates."

"True." Duellos eyed the depiction of the stars. "The Syndics have to be increasingly desperate.

They'll be pulling in everything they've got left to stop you."

"To stop *us*."

"Correct, although it's natural to personalize something as impersonal as a fleet."

"I suppose that's true." Geary made a face as he looked at the display. "Having the Syndics concentrating their remaining warships against us should create some real opportunities for the Alliance warships that were left behind when this fleet headed for the Syndic home system. At the very least they'd be able to send reinforcements to meet us in whatever Syndic border system we aim for. But there's no way to tell our people back in Alliance space what's happening or where we are."

"Too bad the aliens won't tell them, but I suppose we'll have to be grateful if they don't tell the Syndics where we are."

"Yeah." Geary pressed his palms against his eyes, feeling a headache threatening. "Let's talk about something else."

Duellos seemed to be thinking. "Do we want to discuss personal matters?"

"Yours or mine?" Geary asked dryly.

"Yours."

“I was afraid of that. What now?”

Duellos frowned slightly, looking downward. “You and Tanya Desjani.”

“No. We’re still not involved with each other, and we won’t be.”

“The fleet is increasingly certain that you are. Everyone knows that Co-President Rione has ceased spending nights in your stateroom and that she and Captain Desjani remain on barely civil terms with each other.” Duellos shrugged.

“The assumption is that the better woman won, the fleet naturally accepting that Tanya Desjani is better than any politician.”

Geary gave an exasperated sigh. “She’s a wonderful woman. But she’s also my subordinate. You know the regulations as well as I do, and as well as she does.”

“You could get away with it, you know,” Duellos suggested. “You’re a special case. You’re Black Jack Geary.”

“The almost mythical hero who can do anything he wants. Right. I can’t afford to believe that about myself.” Geary stood up and began pacing restlessly despite his sense of weariness. “If I break that regulation, why not others? Where along that path do I find myself accepting the offer of Captain Badaya to become dictator because I can? Besides,” he added, “Tanya wouldn’t do it.

She won’t do it herself, and she wouldn’t let me do it.”

“You’re probably right,” Duellos agreed. “But you’ll have to work at not getting that longing look in your eyes when you say her name.”

Geary pivoted to stare at Duellos. “I hope you’re joking. Do I really?”

“Enough for me to notice, but don’t worry. It only seems to happen when you say ‘Tanya.’ Just saying ‘Captain Desjani’ you appear thoroughly professional.” Duellos grimaced. “And it’s not as if she doesn’t get the same look sometimes when watching you.”

She did? “I swear we’ve done nothing—”

Duellos held up one hand in a forestalling gesture. “You don’t need to. I never doubted it. Jaylen Cresida and I know Desjani well enough to tell that she feels not only anguished but also guilt-stricken over her feelings for you. To become emotionally involved with her commanding officer goes against all she once believed in.” Duellos shrugged. “Now, of course, she believes in you.”

Feeling his own share of anguish and guilt, Geary rubbed his face with both hands. “I should leave *Dauntless*. I don’t have any right to put her through that.”

“Leaving *Dauntless* wouldn’t accomplish anything. As Captain Cresida remarked to me, ‘Once Tanya locks on to a target, she doesn’t let it go. She *can’t*.’ And Jaylen is right. You can’t leave Tanya’s focus just by leaving this ship, and not being able to sight her target might just increase her distress. Besides which, frankly, the crew of *Dauntless* has taken quite a pride in having you aboard. I’d advise against leaving her.”

Geary nodded in response, then wondered whether Duellos's last "her" referred to Tanya Desjani or *Dauntless*. "But if the fleet thinks there's something going on between us—"

"They don't. Not that way. Despite a sustained whispering campaign claiming otherwise, most of the fleet believes you two are thoroughly involved yet remaining professional with each other and at properly chaste arm's length."

"Even that is wrong," Geary insisted, dropping back into his chair.

"True, by a strict reading of the regulation, but there's a certain romantic aura to the love that cannot be fulfilled, and I believe the fact that you two are abiding by the rules despite your feelings is actually enhancing your standing. It's like one of those ancient sagas." Duellos smiled as Geary gave him a sour look. "You asked, and I'm telling you."

"Don't a lot of those ancient sagas end tragically?"

Another shrug from Duellos. "Most of them, anyway. But this is your saga. You're still writing it."

For some reason that made Geary laugh briefly. "I need to have a long talk with myself about the plot, then."

"Sagas wouldn't be interesting if terrible things didn't happen to the people in them," Duellos pointed out.

"I never wanted my life to be interesting, and I sure as hell don't have any right to make Desjani's life interesting that way."

"She's writing her own story. You can command Tanya Desjani on the bridge, but she doesn't strike me as the sort to let someone else, *anyone* else, dictate how her personal saga goes."

He couldn't argue that point. "It's all speculation, anyway. Let's get back to nonpersonal matters," Geary grumbled. "I hope people aren't giving Tan—Captain Desjani a hard time about this."

"She's fully capable of returning fire if they do. I have to admit to being surprised at your apparent preference for dangerous women, but then they seem to prefer you as well."

Unable to come up with a decent response to that observation, Geary changed the subject. "I didn't know that you and Cresida were friends."

Duelos shrugged. "We weren't. We barely knew each other. But since you've assumed command, we've had reason for many talks. She's quite impressive. I'm not sure if she has the temperament for a larger, independent command, but Jaylen Cresida is a brilliant scientist. One wonders what she might have done in peaceful pursuits if not for this war." He looked thoughtful. "My wife and I have some friends back home we'll have to contrive to introduce her to. They and she could do much worse."

“That’s easy to believe.” He’d avoided looking into his ship captains’ personal-data files, but it was long past time he learned more about them as individuals. “So, getting away from my non-love life and your desire to fix up Captain Cresida . . .”

Duellos grinned momentarily and leaned back himself, thinking again and quickly looking unhappy. “I can’t find out what Captain Numos is up to. Surely he hasn’t finally accepted being under arrest. But any messages he’s sending out to supporters are now being kept so closely that not even the rumor of them is reaching anyone willing to pass that on to me.”

“What about Captain Faresa? Did anything trace back to her before *Majestic* was destroyed?”

“Nothing that I could find. Faresa always followed Numos’s lead in any case. Captain Falco made occasional clumsy attempts to send out orders, but even if he were still alive, he couldn’t serve as a figurehead now.” Duellos frowned deeply this time. “Your enemies need someone to rally around, some officer respected enough to appear an alternative to you. I haven’t been able to find out who that is, and it worries me.”

“Surely we can make guesses,” Geary noted, glad that the talk had veered firmly away from his personal life.

“I’m not so sure. The figurehead who replaces you has to appeal at least a little to those who believe in you. That means someone who isn’t known as an opponent of yours and someone who’s at least a decent commanding officer.”

Geary mentally ran through the officers he knew. “Some-one we likely trust, then?”

“Not Tulev or Cresida, certainly. Not Armus, though we don’t trust him. But he’s a blunt instrument, speaking and doing things forthrightly. He couldn’t carry off the deception. Badaya has been increasingly vocal, but his loyalties are locked on you as long as he believes you will seize power when this fleet returns to Alliance space.”

“That leaves a lot of possible candidates.”

“It does,” Duellos agreed. “I’m working it. Hopefully we’ll learn something that will help.”

“Thanks. I’ll ask Co-President Rione to see what her spies can find out.” Duellos made another face. “You don’t trust her?” Geary asked.

“That’s not it. I trust her to do what’s best for the Alliance. But I’m worried about what she might decide is best for the Alliance.”

It was a legitimate concern. Geary nodded, then a memory struck him. “What about Caligo on

Brilliant and Kila on *Inspire*?”

Duellos pondered the question for a moment. “What brought them to your mind, if I might ask?”

“The recent realization that I’d hardly noticed either of them even though they’re both battle-cruiser captains. Kila finally spoke up at the last conference.”

“That’s the way Caligo is,” Duellos explained. “He and I have never talked much. He mostly sits and watches. He likes to stay in the background.” Duellos’s thoughtful expression shaded into a frown. “Interesting, given the sort of officer we think is working against you.”

Geary couldn’t help thinking the same thing. “But what’s he like?”

“I haven’t heard bad things about him, or all that many good things for that matter,” Duellos observed. “He does his job and doesn’t make waves, yet he’s impressed people enough to earn command of a battle cruiser.”

Under other circumstances, that would have sounded like the sort of officer Geary liked to have working for him. Now it left him wondering, and feeling angry with himself for worrying about the loyalty and intent of a fellow officer based on such nebulous information. “What about Kila?”

“Kila. She’s been unusually quiet, now that you mention it.” Duellos looked slightly embarrassed. “I’m a bit biased. She and I were involved as ensigns. It didn’t really last past our training. Once we went our separate ways, she made it clear that we had separated in more ways than one.”

“Ouch,” Geary said sympathetically.

“I was eventually very grateful,” Duellos responded. “Sandra Kila is ambitious and aggressive.

Smart, too.”

“She sounds a bit like Cresida.”

“Ummmm, more like Cresida’s evil twin. Kila tends to impress superiors but isn’t well liked by her peers or subordinates because her aggressiveness shades too easily into ruthlessness, even in matters of competition for assignments or ranking in evaluations.”

It didn’t fit. Geary shook his head. “That doesn’t sound like someone who’d just sit quiet and remain essentially unknown to her fleet commander. She won’t earn good marks that way. Why isn’t she in the forefront of argument and debate? Why hasn’t she tried to suck up to me? The points she brought up at the last conference weren’t pressed hard and seemed aimed at pressuring me, not supporting me in a way that would impress me.”

“Perhaps she has a larger goal in mind.” Duellos let that sink in, then spoke pensively. “But too many officers don’t like her because of personal experience or her reputation. If she were an animal, Kila would be known as one of those which eats its young.”

Geary raised an eyebrow at Duellos. “Did you say you were a *bit* biased?”

“Just a bit,” Duellos admitted. “But my opinions are far from unique. Kila would

never be accepted as acting fleet commander, and she's smart enough to know that."

"Why would an officer that ambitious suddenly recognize a ceiling above her? I've known officers like that. They want to reach the top. They don't aim to get so high and no higher, but don't realize that their tactics often eventually get them tarred so that they can't rise any further in the ranks."

"Yes, but . . ." Duellos made an annoyed gesture. "This isn't the fleet you knew. If Kila could continue impressing superiors, she could hope to be promoted to command despite the wishes of those serving under her. Diplomatic skills are far more important for anyone aspiring to the highest levels of command."

"Don't you mean political skills?" Geary asked sarcastically.

"There's no need to be insulting." Duellos sat silent for a moment, then nodded. "As much as we refuse to confront the issue, you're right. Admiral Bloch was a much better politician than he was an officer, and that served him well enough for promotion and eventual command of the fleet. It didn't serve the fleet or the Alliance nearly so well, of course. Maybe we've been increasingly hostile to people like Co-President Rione because we look at them and see a mirror of what we've become."

"Rione's not that bad," Geary objected almost automatically. Duellos just gazed back at him.

After a long pause, Geary nodded in turn. "Maybe she is sometimes. But she's on our side."

"Let's hope she stays there."

Time to change the subject again. "Do you have any idea whether or not Caligo or Kila is among those supporting Badaya's bid to make me a dictator?"

Duellos thought for a while. "I would have said Caligo was, but can't recall a single thing that makes me think so. Kila . . . well, I don't think Kila would be happy at accepting any other officer as a dictator. It's less a matter of her support for the elected government and more a question of her own ego. I'll see what I can find out. You sound worried, if I may say so."

Geary blew out a long breath. "I suspect the accident that killed Casia and Yin wasn't an accident. Either one might have chosen to name other officers, but the shuttle explosion eliminated that possibility." Duellos's face froze for a moment, then he slowly nodded. "And if the people who oppose me, who want someone else in command of this fleet or someone else as dictator, were willing to do that, then they might do worse next time."

"I'll see what I can find out. You have more friends and supporters in this fleet than ever.

Perhaps one of them can tell us something."

"Something tells me that it's my enemies we need to start telling us things," Geary replied.

THEY were nine hours from the jump for Wendig and in the middle of *Dauntless's* night cycle when the pinging of a message alert woke Geary. He hit the acknowledgment button, then frowned as he saw that the message was from Commander Gaes on the heavy cruiser *Lorica*.

Why would she be sending him a high-priority message under maximum security lock?

There wasn't any video, just Commander Gaes's voice, sounding strained. "Drive fleet jump in worms systems." The message cut off, leaving Geary frowning a lot more heavily. What the hell had that meant? The sentence sounded scrambled, as if the words had been mixed up.

Which they would be if someone was trying to confuse software monitoring fleet transmissions and scanning for word combinations. Nothing should be able to spy on messages under high-security lock, but Geary now had a lot less faith in the protection rendered by security systems than he'd had a few months before.

Which words obviously went together? Jump and drive. Jump-drive systems. Fleet jump-drive systems. In. Worms.

The phrases suddenly strung together properly. "Worms in fleet jump-drive systems."

He rolled out of bed, pulled on his uniform, and called Desjani. "Captain, I need to see you and your systems-security officer as soon as possible."

Less than ten minutes later, Desjani was at the hatch to his stateroom, accompanied by a tall, lean lieutenant commander whose eyes seemed permanently focused in front of his face rather than on the outside world.

Geary ensured the hatch was sealed and his stateroom's security systems were active, then repeated the message he'd received.

Desjani sucked in her breath. "Who sent you this, sir?"

"I'd rather not say. Can you confirm whether or not it's true?"

"On *Dauntless*? Yes, sir," Desjani promised, turning to her systems-security officer. "How long?"

The lieutenant commander's mouth twisted as his eyes studied a virtual display only he could see. "Give me half an hour, Captain. We're assuming the worm is malware?"

"Until we learn otherwise, yes."

Twenty minutes later, Desjani was back in Geary's stateroom along with the lieutenant commander, who now looked very upset. "Yes, sir. It was there. Very well hidden."

"What would it have done?" Geary asked.

"When we jumped, it would have initiated a series of destructive system failures." The lieutenant commander's face seemed paler than before in the low nighttime

lighting of Geary's stateroom.

"*Dauntless* never would have come out of jump."

Geary wondered how pale he himself looked. "How did someone manage to plant something like that?"

"They had to know our security systems backward and forward, sir. Whoever they are, they're very good, too. It's a sweet design for something created to cause that much damage."

Geary glanced at Desjani, who looked ready to break out enough rope to hang every person she even suspected of imperiling her ship that way. But the message had said the fleet's systems were infected. Had every ship been sabotaged for destruction, or was this aimed at him alone?

He could get a better idea of the threat by checking on the ships of officers known as his closest allies. "Captain Desjani, I want you and your systems-security officer to notify the commanding officers of *Courageous*, *Leviathan*, and *Furious* under maximum-security seal. Tell them what was hidden inside *Dauntless*'s jump-drive system and ask them to examine their own jump systems immediately and tell me whatever they find as soon as they find it."

"Yes, sir." Desjani's salute was as rapid and sharp as the swing of a sword blade, then she left quickly with the lieutenant commander.

Half an hour later, Geary was in the fleet briefing room, looking at the angry and determined faces of not just Captain Desjani, but also Captains Duellos, Tulev, and Cresida, who were there in the virtual conference mode. Tulev, seeming unusually rattled, spoke first. "A worm. Yes.

When *Leviathan* tried to make our next jump, the worm would have instead taken the jump system off-line."

Duelos nodded in confirmation. "*Courageous* as well. We couldn't find any destructive component, just a worm designed to disable the jump drives for a while."

Cresida spoke uncommonly quietly, as if trying to maintain extra control. "*Furious* had malware similar to that on *Dauntless*. We would have jumped and never come out."

Desjani's face reddened. "Then whoever was behind this wanted at least *Dauntless* and *Furious* destroyed, and at least some of the rest of the fleet left behind."

"Those seeking to end Captain Geary's command have decided to declare war on their comrades in the Alliance fleet," Duellos observed, his harsh tone at odds with the measured words. "This isn't just politics. It's sabotage. It's treason. *Furious* must have been targeted because Captain Cresida is known as a strong supporter of Captain Geary."

"Then why not you and Tulev as well?" Desjani asked.

“An interesting question, and one to which I have no certain answer. I can guess that Captain Cresida is more impulsive than I and Tulev, and those responsible for this might have feared that she would take aggressive action against anyone trying to assume command if she even suspected they had been responsible for the loss of *Dauntless*.”

“And they would have been right! We need to make an example of them!” Cresida added, one hand flexing as she already had a pistol in it.

“We will when we find them,” Geary promised.

“Arrest alone won’t be sufficient,” Cresida insisted. “This is far worse than what Casia and Yin did. It’s possible to argue that the actions of Falco or Numos were meant in good faith, but there can’t be more than a handful of people in this entire fleet who would accept the idea of deliberately trying to destroy at least two of our own battle cruisers. Especially that way, trapped in jump space forever.”

Geary nodded, feeling his own guts tighten again at the idea. “*If* we positively identify those responsible, I *will* have them shot.” That was a big if, yet Geary found himself surprised by how calm he felt this time while promising summary executions of fellow members of the fleet. But as Cresida said, this was the sort of stab in the back that would horrify most of the personnel in the fleet. Captain Casia had let down his comrades, but he hadn’t tried to kill them. “How do we find the ones responsible?”

Everyone sat silent, looking angry or distressed.

The room security system chimed, announcing someone who wanted to enter. Geary checked.

“Co-President Rione is here. Did anyone tell her?” The other officers all shook their heads.

Desjani seemed ready to say something, then subsided. “Are there any objections to letting her in here and telling her about this? If none of us have good ideas for nailing our saboteurs, maybe she will.” Once again Desjani appeared on the verge of speaking, but finally shook her head again along with the others.

Geary told the hatch to allow Rione’s entrance, then watched as she came in, swept the small group with her eyes, and sat down in an empty seat. “What’s happened?” Rione asked quietly, even as her eyes focused on Geary with another unstated question— *and why wasn’t I told and made part of this group?*

No one else spoke, so Geary filled Rione in, watching as the news hit her. Rione’s eyes widened only slightly, but her skin also flushed a bit. Geary wondered if the others, not nearly as used to judging Rione’s reactions, would even notice those things or if they would believe that Rione hadn’t responded at all to the information.

When he was done, Rione inhaled deeply and closed her eyes. “Tell everyone.”

“What?” The incredulous question popped out of Cresida but could have come

from any of the officers present.

Rione's eyes flew open, and she looked at each captain in turn. "I know the military mind-set.

This is a secret so far, you think secrets must be kept secret, and you believe the best way to keep a secret, to keep people from trying to find out more, is for no one to know the secret exists.

That's not what you want here."

"You want us to tip off the people who did this that we know they did it?" Cresida demanded.

"They're going to find out anyway in eight hours when this fleet's next jump is scheduled! Either you delay the jump without explanation, which will tip them off and create problems with everyone else, or you deal with that malware in every ship so you can make the jump safely."

Rione looked around at the others. "Tell everyone what was done. In politics and in the military we keep secrets because we don't want people digging for more information. In this case we *need* more information. Once people know or suspect wrongdoing, many eyes and minds focus on the issue of learning more, of finding out who's involved."

Her expression hardened. "Tell everyone. You'll have thousands of sailors and officers trying to find out anything they can, and racking their memories for anything they might have seen or heard that could have been related to this. They'll be searching for more sabotage, and for all we know, there's more out there. Our enemies in this fleet have made a serious error by doing something that will arouse outrage in nearly everyone and alert everyone to the threat they pose."

Duellos frowned. "What if our enemies in this fleet claim that what we're saying isn't real, that we somehow set this up ourselves?"

"The longer you try to hide it, the more people might suspect that." Rione slammed a palm onto the surface of the table. "Tell them now! Let your initial reactions show, your own shock and horror and outrage. Do exactly what you'd do if the Syndics had planted these worms."

Tulev nodded. "Send out a high-priority alert to all ships. Order a full system scrub to ensure that there's nothing else lurking inside any of our automated systems."

"And," Rione added, "bring up the loss of the shuttle in Lakota. The rare accident which killed two officers who might have named coconspirators. Few now will question that the fate of the shuttle wasn't the work of the same ones who tried to destroy entire warships."

One by one, Duellos, Cresida, and Desjani nodded in agreement as well. Geary turned to Desjani. "Please have your systems-security officer draft an alert, along

with what we know of the worms. *Dauntless* and *Furious* may not be the only ships in the fleet with a worm designed to cause the loss of the ship. Run it by me when it's ready, and we'll get it out at highest priority."

"Yes, sir."

"The rest of you, thank you for your inputs and for keeping this quiet until we decided what to do. See if you can discover any leads on your ships to who did this and how they did it."

The shapes of the other officers winked out as they broke the software connection, leaving only Rione, Desjani, and Geary present. Rione stood up, her eyes focused only on Geary, as if no one else were there. "I can help you if you let me." Then she left almost as quickly as those whose virtual presences had simply vanished.

Geary frowned at Desjani, who very uncharacteristically hadn't leaped up to carry out her orders as fast as possible. "What?"

Desjani hesitated, then spoke in low tones, looking toward another part of the room. "My systems-security officer found something else."

"Another worm?" Geary asked, wondering why Desjani hadn't brought this up earlier.

"No. Unauthorized modifications to security settings." Desjani took a deep breath. "The hatch to my stateroom. The security settings had been recently modified to allow free access for Co-President Victoria Rione."

Geary just stared for a moment, trying to grasp the implications. "Why would she do that? She can't get in my stateroom anymore—"

"Can't she?"

He hesitated, then called up a remote readout. "My settings have been recently changed, too. To allow Victoria Rione free access again." He remembered Rione's comments, admissions that she would kill Geary if necessary to protect the Alliance. But why now? "She did it? She caused those modifications?"

"We can't prove that," Desjani admitted reluctantly. "But why would anyone else do it?"

"Why would she want to get access to your stateroom?"

Desjani bit her lip, her face reddening with what might be anger or embarrassment, or maybe a mix of those, then spoke with forced calm. "We both know that she sees me as a rival."

"Surely you don't believe that she'd—"

"I have no idea what actions Co-President Rione is capable of, sir."

What could he say to that? When Rione had frankly told him that she was willing to kill for the right reasons? But those had been very big reasons, having to do with the fate of the Alliance, and if she still intended such a thing, why had she demanded

he change his security settings to deny her access? Geary thought hard, trying to separate out his feelings from everything he had seen of Rione, everything he had learned about her in both public and private. “I know she suffered that meltdown at one point, but I find it very hard to believe that Co-President Rione would plot your murder as a romantic rival. She was willing to walk away from me, Tanya.”

“How kind of her,” Desjani muttered, her face definitely showing anger now.

If only there was a way to know for certain. And Geary realized there was such a way. “I’m going to see if she’s willing to be asked about this matter while in one of the interrogation rooms.”

Desjani looked startled. “You intend ordering a senior civilian elected official of the Alliance to submit to interrogation by military-intelligence personnel?”

“No, I intend *asking* her to do so.” He stood up, feeling something sour in the back of his throat.

“If she’s truly crazy enough to plot murder, that request should send her clawing for my throat.

But if she agrees, it can clear her.” Desjani looked troubled and disapproving as she stood as well. “I don’t believe that she’s a danger to me.” *Not right now, anyway.* “Or to this fleet.”

“With all due respect, sir, you can’t afford to let misplaced loyalty or lingering personal feelings get in the way of a detached assessment of the danger any individual might pose to you or this fleet.”

He felt a little angry himself now, but then he didn’t really have any right to since he had let himself get involved with Rione. “My loyalty to Rione as an individual doesn’t come close to being as strong as my duty to this fleet and the Alliance. And there are no lingering personal feelings.” Desjani somehow conveyed disagreement without saying or doing anything. “Give me some credit for being able to make that kind of judgment.”

“Yes, sir.”

“I’m going to follow up on this. I’m not discounting your information or your assessment.”

“Yes, sir.”

“Dammit, Tanya—”

“Yes, *sir*. It’s your decision.”

He considered possible responses, most of which would be unfair or unprofessional or simply unwise. “Thank you.”

“Then I will carry out my own orders, sir. I’ll have the message you requested ready as soon as possible, sir.”

He wanted to yell at her, but she was being perfectly professional and proper. “Thank you,”

Geary repeated, letting his aggravation show. As Desjani left, her back either at attention or just stiff, Geary spent a moment contemplating the unfairness of having to deal with relationship problems with a woman he couldn't have a relationship with.

VICTORIA Rione didn't go for his throat, but she did seem to be thinking about doing that. "Do you have any idea what you're asking?" He hadn't heard her voice that icy for a long time. "Do you actually believe that I would imperil this fleet by having anything to do with the worms you found?"

"Why do you have unrestricted access to Captain Desjani's stateroom?" Geary asked bluntly.

"The settings were altered recently, without Captain Desjani's knowledge."

"I have no idea!" Rione seemed on the verge of shouting with anger. "Perhaps *she* —"

"My stateroom security settings were also altered to allow you free access again."

Rione choked off her next words and stared at him. "Damning. Definitely damning. Do you think I'd be stupid enough to do something that so obviously pointed to me, Captain Geary?"

"No," he replied. "I've been thinking about it, and if you could've changed those settings, you could have also made up some false identity and allowed it access. You're too smart to have generated such clear evidence of guilt against yourself. But I want it undeniably known that you're not involved."

She gazed back at him for a while before answering. "Because the other fleet officers would be willing to believe the worst of me. A politician."

"I fear so. That's why this was done, I'm sure. To discredit you, as a political representative of the Alliance, and to deny me your counsel."

Rione finally relaxed slightly, running her hands through her hair. "Very good. I have taught you a few things. Do you really want the intelligence personnel involved in this, though?"

"Yes. I need them to certify to others that you told the truth, and I need them to help us deal with these problems. Traitors and aliens. Both groups have stepped up their attacks on this fleet, and that means we need to ensure that some other people know what we're dealing with."

Rione spent a moment thinking, then nodded and began walking toward the intelligence area as Geary called ahead to alert the personnel.

When they reached the high-security hatch at the entry to the intelligence area, Lieutenant Iger was waiting, his uniform showing signs of hasty dressing and his expression worried at this very-early-morning summoning. As Geary and Rione walked up to him, Captain Desjani and the systems-security lieutenant commander came hastening from the other direction, Desjani offering Geary a data pad, her face

as emotionless as Rione's.

He read the alert quickly, then added a further order: *All indications are that this sabotage was carried out by someone within this fleet. All personnel with any knowledge of the matter should contact the flagship as soon as possible. It is critical that those responsible for attempting the destruction of at least two of our own ships and the deaths of their crews be found before they try to commit further treason against the Alliance and their comrades in this fleet.*

Desjani read the addition and nodded her approval wordlessly. Geary hesitated, then offered it to Lieutenant Iger to read. The intelligence officer skimmed the message quickly, his face reflecting shock as he took it in. Then Geary tapped the approve button and the message went out. Within moments, the commanding officers of every other ship in the fleet would be getting roused from sleep with very unwelcome news. Geary couldn't help wondering how many of them would secretly be distressed not by the sabotage but by its discovery. "Thank you, Captain Desjani."

"Yes, sir." Desjani's eyes swept over Rione, then settled back on Geary. "Is there anything else, sir?"

Yes. Stop being so damned cold and formal. "We'll have a fleet conference in a few hours."

"Yes, sir." She saluted rigidly and left with her systems-security officer.

Geary turned back to Rione and gave her a momentary glare, seeing the amusement Rione couldn't quite hide as she watched Desjani's still-stiff-backed departure. "Lieutenant Iger, we need an interrogation room."

Iger's lingering shock changed to surprise. "You already have a suspect, sir?"

"We have someone who will likely be identified as a suspect, Lieutenant. I don't think she's actually involved, but evidence was planted implicating her so she's agreed to answer any questions in a controlled interrogation environment."

Lieutenant Iger nodded, his puzzlement still there, then his eyes shifted to Rione and widened in renewed shock. "M-madam Co-President?"

"Let's get it over with," Rione ordered.

Looking very much out of his depth, Iger led them into the intelligence spaces, past more high-security hatches and the enlisted intelligence personnel standing watch at this hour, who eyed the unusual procession with ill-concealed concern. A chief petty officer came up to Iger to see if he needed help and was waved off.

Iger sealed the hatch leading to the interrogation room behind them, then looked nervously at Rione. "Madam Co-President, if you would please enter that hatch and seat yourself in the red chair."

Rione nodded haughtily and stalked off, while Iger directed Geary into the neighboring observation room. One wall acted like a one-way mirror, giving them an unobstructed view of Rione as she sat down and stared ahead rigidly at what to her

was a blank wall. Iger tapped controls, activating the devices that would not only monitor Rione's external physical signs but also conduct remote brain scans and other measures to provide clear evidence if the person in the interrogation room was lying or telling the truth.

Iger turned to Geary. "Sir, uh, who . . . ?"

"I'll ask."

The lieutenant tapped another control and nodded to Geary.

Geary composed himself, then spoke clearly, knowing his words were being repeated inside the interrogation room.

"Co-President Victoria Rione, did you have any prior knowledge of the worms found within the jump systems of *Dauntless* and other Alliance fleet ships?"

"No." The single word was as hard and direct as a grapeshot volley.

Readouts before Geary glowed green.

"Do you have any knowledge of any malware on Alliance fleet ships?"

"Now I do," Rione replied coldly.

Geary winced. He'd have to phrase his questions better. "Did you have any knowledge of any kind regarding the modifications to the security settings on either my or Captain Desjani's staterooms prior to my telling you?"

"No."

"Did you have anything at all to do with those modifications? "

"No."

"Have you taken any actions which might harm any ship in the Alliance fleet?"

"No."

"Do you know of anyone else who is taking or planning such actions?"

"Not for certain. I only suspect certain individuals of being involved."

Geary paused, trying to think of other questions, then glanced at Lieutenant Iger. Iger nodded, licked his lips nervously, then spoke with the emotionless calm of a trained interrogator. "Co-President Rione, would you notify proper authorities if you had any suspicion of any harmful actions directed toward the Alliance or any ship or person in this fleet who is carrying out their duties toward the Alliance?"

"Yes, I would."

"Would you harm or allow to come to harm this ship?"

"No."

"Would you harm or allow to come to harm anyone on this ship?"

"That would depend upon whether or not I had good reason to believe they were acting against the Alliance."

Every indicator still glowed green. Iger tapped a control again, then spoke to Geary. "Sir, all indications show truthfulness in every answer. She's, uh, not happy, but in her own mind she's being truthful, and her answers are short and direct."

Geary took a long look at the readouts. All confirmed Iger's words, though "not happy" was a nice way of saying that the readouts indicated high levels of anger. He wondered how much of that anger was directed at him, how much at Desjani, and how much at the enemy. *I've got Rione in the one place where I could know what her every answer meant. Just how much did you get emotionally involved with me? How do you feel now? Would you justify trying to harm Tanya Desjani by thinking of her as a danger?* But he couldn't ask those questions. Even if Lieutenant Iger weren't here, asking them would break the implicit bargain under which Rione had agreed to enter an interrogation room. "Thank you, Lieutenant. Let's get Madam Co-President out of there. There'll be a fleet commanding officers conference in a few hours. I want you present."

"Yes, sir." Lieutenant Iger seemed baffled this time. Such conferences had become political meetings over the course of the last century, backroom gatherings where deals could be cut and senior officers jockey for support from more junior commanding officers. Lesser beings were excluded so they couldn't be aware of the political maneuverings their seniors were debating.

"You looked at the things I asked you to examine? On the far side of Syndic space?"

"Yes, sir." Iger's expression shifted to worry again. "Who are they? Who's on the other side of Syndic space, sir?"

"No idea, Lieutenant. The most-senior Syndic leaders know. Do you agree with me that whoever or whatever they are, they've intervened actively against this fleet?"

"Yes, sir," Iger repeated. "They must have been responsible for diverting that big Syndic flotilla to Lakota. But why?"

"We don't know, can't know, for certain. The best guess is that they want humanity tied down in this war, and they were afraid we'd get the Syndic hypernet key home and gain a decisive advantage. But that's still just a guess." Iger nodded unhappily. "We won't discuss that at the conference, and I don't want you informing anyone else. But I need you thinking about it, and about anything you might see or have seen within intelligence channels that might provide more information about the threat."

"I understand, sir."

After Rione joined them, Lieutenant Iger led her and Geary back out into the passageway, where the dim night-cycle illumination and lack of other traffic came as a slightly jarring reminder that the official day was still a few hours away from starting.

Rione waited until they were alone, then spoke in a voice so soft Geary could barely hear. "Who framed me?"

"If we knew that, we'd know who planted those worms."

“Not necessarily. It could be a totally separate action. I know what you were thinking. I’m not the only woman on this ship capable of acting out of jealousy.”

It took him a moment to realize what Rione meant. “Captain Desjani would not act that way.”

“I’m glad you’re so confident of that.”

Geary glared at Rione. “Tanya Desjani is a very direct person. If she wanted to hurt you, she’d hunt you down and beat you up. She’d confront you face-to-face. You’ve been on this ship long enough to know that.”

Rione glared back for a moment, then dropped her gaze. “Yes. She’s not the sort to stab someone in the back.”

“I’ve really got enough problems right now without you two sniping at each other.”

“Are you going to tell her that?”

Geary realized for the first time that Rione had long since stopped referring to Tanya Desjani by her name. “I did, and I will. I need both of you.”

Rione raised her eyes to Geary’s, her expression sardonic. “You need both of us? Tonight, perhaps? I’m shocked.”

“You know what I mean.”

“I know what you think you mean.” Rione shrugged. “My loyalty is to the Alliance, Captain Geary. I’ll do what’s necessary to support that. Right now, that means supporting you to the best of my ability. Neither you nor she need fear me unless you start acting against the Alliance. You know I’m telling the truth.”

He did, Geary realized, since a slight variation on that statement had registered as true in the interrogation room. “Thank you. I know this isn’t easy.”

“You’d better be referring to the fleet’s situation.”

He eyed her, wondering if he should admit he was also talking about personal issues.

Her eyes blazed as she stared back. “Don’t you *dare* pity me. *I left you.*” Rione spun on one heel and walked quickly away.

THE atmosphere inside the conference room was different this time. The tension wasn’t from politics or worry about the Syndics. It was focused inward, with every virtual commanding officer’s presence eyeing those around it as if hoping to see clear signs of who had tried to sabotage the fleet. But eyes also kept going to Lieutenant Iger, who was looking uncomfortably out of place, and to Victoria Rione, who sat so silent and expressionless that she might have been carved from stone.

Geary stood up, and all eyes went to him. “You all know the reason for this conference. I’ve received reports from all of your ships and confirmed that every single one had been sabotaged by the placing of a malware worm in the jump-drive systems. The great majority of those worms would have simply kept your ships from

jumping the next time it was ordered and kept your systems off-line for some time while it was neutralized. Three ships, the battle cruisers *Dauntless*, *Furious*, and *Illustrious*, had worms which would have allowed the ships to jump but then stranded them in jump space forever.” He paused to let that sink in.

“Someone intended removing me from command of this fleet by destroying a warship of the Alliance and her crew. Someone attempted also to destroy *Furious* and *Illustrious*.” Geary glanced at Captain Badaya, whose face was rigid with anger. “Whoever did it knew the daily changing security access codes for the system filters and had access to the means to transfer the malware to every ship in the fleet. That means it had to be the work of individuals wearing the uniform of the Alliance. This is not dissent, this is not debate or professional differences or the act of someone loyal to the Alliance. It’s the act of traitors. The act of cowards. Has anyone found any information that might help identify them?”

He ran his eyes over the long, long virtual table, meeting the gaze of each commanding officer in turn. He almost lingered on Commander Gaes but remembered in time not to. She’d been a critically important informant this time, and he couldn’t afford to risk compromising her. *Lorica* had been one of the ships that followed Captain Falco, and apparently whoever was continuing to conspire against Geary thought Gaes was still mutinous enough to be part of the plot. Either that or Gaes had managed to maintain enough contacts among the plotters to discover what they were doing.

Captain Caligo and Captain Kila didn’t betray anything other than the same feelings shown by others.

It was impossible to tell if any of the faces reflected guilt rather than anger or fear. Geary gestured toward Iger. “Lieutenant Iger is the senior intelligence officer on *Dauntless*. He has some information regarding Co-President Rione.”

The commanding officers of the ships of the Callas Republic and the Rift Federation gaped at Rione, their expressions shocked, but she unbent enough to give them a reassuring look.

Lieutenant Iger spoke in his briefing voice. “I was made aware of unauthorized security software modifications aboard *Dauntless* that implicated Co-President Rione.”

“Why is she sitting here?” Captain Armus of *Colossus* demanded. “She should be ___”

“Let Lieutenant Iger finish,” Geary broke in, his voice like ice.

Iger continued as if totally unaware of any interruption. “Co-President Rione volunteered to be questioned inside a Class Six interrogation cell. She was asked a series of questions to determine if she had actually been involved in those or any other software modifications, and registered as absolutely truthful in her denials of

any knowledge or involvement. ”

Silence reigned for a moment, then *Warspite*'s commander spoke up. “Class Six? Is there any way to deceive or mislead a Class Six?”

“Specialized training can suggest ways to avoid answering questions in deceptive ways, sir, but I and my personnel have been trained to identify when someone is using those techniques,”

Lieutenant Iger replied. “We might not be able to pin someone down into saying what we want, but we can tell if they're evading the real question so they don't register as deceptive. Co-President Rione did not employ such methods. Her answers were direct and unambiguous.”

“So, what does that mean? Someone tried to frame Senator Rione?”

“That would be my conclusion, yes, sir.”

“That's treason, too.” *Warspite*'s commanding officer leaned back, shaking his head in disbelief.

Geary leaned forward slightly and spoke louder than he usually did. “I've known ever since assuming command of this fleet that some officers did not approve of my command, that some have spread rumors about me, that some have tried to generate opposition to me. But this is not just politics over who commands this fleet. Someone tried to destroy three major warships. The ships your friends and comrades are serving on, the ships that have fought beside you. I don't care how much any of you might have been involved in speaking against me in the past, nor at this point do I care about past actions. This isn't about me. Whoever did this was striking at the fleet as well, and at ships I wasn't present on. If any of you have been rendering support in either passive or active form to the people behind this, please rethink your allegiances. I promise in front of all of you that anyone who comes forth with information regarding this treasonous sabotage will not be subjected to disciplinary action as long as they were not actively part of the creation and planting of these worms or were not aware of their content and intended use.”

Silence again, but then he hadn't really expected anyone to leap up, point a dramatic accusing finger, and cry, “Captain X did it!” That would have been a nice outcome in a work of fiction, but things just didn't resolve themselves so neatly in the real world.

Captain Badaya spoke for the first time. “Someone willing to kill Alliance personnel and destroy Alliance ships. We lost a shuttle before we left Lakota to a supposed accident. ” He glared around the table. “A very rare sort of accident, but believable in the absence of evidence of wrongdoing. Captain Casia and Commander Yin died on that shuttle, and I now suspect they died because of fear that they would identify some of those with whom they were working against Captain Geary. Anyone involved in this should consider that whoever is leading the effort is willing

permanently to silence possible weak links. If you have to be caught, I'm certain that the fleet commander will have you shot. If you remain silent, you run the risk of being silenced forever by your coconspirators. The only chance you have is to reveal yourselves."

Badaya subsided, his angry gaze traveling around the table.

"Why would anyone do this?" *Intrepid's* commanding officer asked. "Everyone knows some people have been unhappy with Captain Geary being in command. I had my own doubts. But he's proven himself. Most of the doubters, myself included, are now very pleased to be led by him."

Captain Duellos answered. "You may have stated the reason for this. Those responsible can no longer hope to convince this fleet's ship captains to oust Captain Geary from command. Their only chance of success is to eliminate Captain Geary."

"But anyone even suspected of murdering him and the crews of three other warships—!"

"Consider what would have happened if these worms hadn't been found. *Dauntless*, *Furious*, and

Illustrious would have disappeared into jump as if their drives had worked normally. The rest of us would have found the worms preventing our jump drives from working, and jumped as well once our systems were back online. This would have taken a few hours at least. We would have assumed that for some reason the worms found in our systems didn't work on the three ships that jumped as scheduled. When we arrived at Wendig, the other three ships wouldn't be there awaiting us as we'd expected. No trace of them would ever be found, no evidence that their jump drives had been infected with a very different worm from that in the rest of the ships."

Commander Neeson nodded, his face like granite. "No evidence of the deliberate destruction of three warships. Very neat. Most of us would be grief-stricken by the disappearance of the three ships and Captain Geary, but we'd have to choose a new fleet commander. I wonder who would have stepped up to fill that job?"

"What about Numos?" Captain Armus asked.

Geary shook his head. "In light of the seriousness of the attempted sabotage against this fleet, I've ordered that Captain Numos be interrogated for any knowledge of whoever is behind this. I suspect, however, that he won't be able to tell us anything."

"Why not?" Badaya asked.

"Because *Orion* didn't have the same worm as *Dauntless*, *Furious*, and *Illustrious*. Numos wouldn't have a prayer of being accepted as fleet commander, but if Numos did know who was behind the loss of those three ships, he'd be able to blackmail those individuals. They would've tried to get rid of him."

Rione gave Geary a surprised look, then nodded to him with a trace of a satisfied smile, like a teacher whose pupil has revealed unexpected attention to lessons.

“Numos tried to leave Captain Falco to swing,” *Warspite*’s captain agreed. “You think he’s not actually connected to whoever planted the worms?”

“I think those people might have been willing to use Numos,” Geary explained, “but that they wouldn’t have trusted him.” He gave another look down the virtual length of the table. “Every ship is making additional scrubs of its systems to ensure that there’s nothing else dangerous hidden among them. When we have a clean bill of health reported for all ships, we’ll jump to Wendig. Before we jump, I strongly urge anyone who knows anything to inform me or someone else in authority whom they trust. Our enemies are the Syndics. Not each other. Some individuals in this fleet have forgotten that, and now they’re on the side of the Syndics.”

Captain Badaya nodded firmly. “*Anything* Captain Geary chooses to do will have the backing of this fleet.”

A flicker of unhappiness crossed Duellos’s face, but he said nothing.

For his part, Geary knew he couldn’t afford to offend Badaya’s powerful faction right now, not when he had another internal danger to this fleet to worry about. “May our actions remain those which our ancestors will look upon with favor,” Geary stated carefully. “As we approach the time for jump to Wendig, I’ll inform all ships whether the jump will take place as scheduled.”

Images of commanding officers vanished in a flurry, Lieutenant Iger gratefully hastening out of the room, with Co-President Rione following haughtily. Captain Desjani, her eyes on Rione’s back, went out as well.

One unexpected figure remained. Geary checked the identification. Lieutenant Commander Moltri, commanding officer of the destroyer *Taru*. “Yes, Commander?” Geary asked.

Moltri swallowed, then averted his eyes as he spoke. “Sir, I think I know how the worms were propagated through the fleet and were able to bypass security.”

“Were you involved in that?” Geary kept his voice calm with some effort. Moltri seemed not only frightened but also extremely embarrassed, which didn’t make sense.

Lieutenant Commander Moltri shook his head very quickly. “No, sir. Not . . . not knowingly.”

He closed his eyes, visibly nerved himself, then focused on Geary and spoke steadily. “There are

. . . certain programs that get passed around to those . . . interested in them. Because of their nature, they have to be passed through means that avoid fleet security checks. There’s a whole subnet within the fleet that handles those programs covertly.”

Pulling out his data pad, Moltri tapped a few commands, his face grim and his hand shaking.

“I’ve sent a sample to you, sir. Your security personnel will be able to use it to identify the means by which it was being passed. I swear, sir, that I had no idea that someone might use the same means to propagate a dangerous worm, but I think that’s what must have happened.”

“Thank you, Commander Moltri,” Geary stated. “I’ll take a look at it. You may have done this fleet a great service.”

Moltri gritted his teeth in what seemed to be pain. “Please don’t reveal my connection to the content of what I sent you, sir. I’m not proud of it. Not at all. I’ve never really hurt anyone. I swear.”

“I understand.”

“I know there’ll be some disciplinary action, sir. Please, don’t let the full reason be part of the record.”

Geary, increasingly disturbed by Moltri’s distress and statements, spoke evenly. “If it’s not germane, it won’t be. Thank you, Commander.”

Moltri’s image vanished as if the man were fleeing. Geary checked his message queue and found what Moltri had just sent him. He called up the program in it, then stared, his stomach roiling, at the images displayed. No wonder Moltri and the others interested in this kind of thing had distributed it by undercover means. Hastily shutting off the program, Geary called Captain Desjani and her systems-security officer.

Desjani hadn’t gotten far and was back quickly, but it took the security officer a few minutes to get there. Geary offered his data unit. “Take a look.”

The security officer seemed first outraged, then both sickened and resigned. “They keep finding new ways to spread this stuff, sir. May I forward it to my address?” Geary nodded. “I’ll be able to use this message to locate and monitor the subnet it was originally sent on,” the security officer advised.

“Will you be able to tell if that’s how the worms were spread?”

“We’re unlikely to be able to prove it, sir, if this subnet is typical of what I’ve seen before, but I’d lay bets that this is what was used. This subnet would have been set up to access every ship in the fleet.”

Geary’s reaction surely showed. “There’s someone on every ship in the fleet who likes this kind of thing?”

“No, sir,” the security officer corrected hastily. “Subnets that handle this sort of material are designed not to leave fingerprints when stuff is uploaded or downloaded. It automatically spreads to every communication node on the net, meaning every ship. Anyone on any ship who knew about it could get to it, but it’d be almost impossible to identify anyone who actually had done it or even what ship they were

on.”

The implications of that were clear enough. “So the odds that we’ll be able to figure out who put the worm into this subnet are pretty dismal.”

The security officer made a helpless gesture. “ ‘Dismal’ is probably an optimistic term in a case like this, sir. We can monitor this subnet now that we have its characteristics identified, and that means it can’t be used for that again.”

“Monitor it? Shut it down. Are we sure there aren’t other covert subnets active?” Desjani demanded.

This time the security officer appeared surprised by the question. “We know there are, Captain.

The net linking the fleet is riddled with unofficial subnets, handling anything that’s not authorized officially, like gambling.”

“Why haven’t they been shut down?” Desjani pressed.

“Because my people are responsible for security, not law enforcement, Captain. As long as we know where the subnets are, we can monitor them and know what people are doing on them. If we shut one down, it’ll eventually reappear and have to be found again, and until we find it, we can’t know what’s going on in it. Like this one. If we’d known about it, we’d have picked up the worm when it was introduced into the subnet, so whoever used this particular subnet probably did it for that reason.” The lieutenant commander held up Geary’s data unit. “But you told me to shut this one down, so I will. The people who like this will have to set up a replacement, and that takes time.”

Geary pondered the moral difference between allowing material like that to be spread through the fleet so worse misuse could be tracked and shutting it down at the risk that the replacement would be used for sabotage as well. “How much time?”

“For a replacement subnet, sir? Under current conditions?” The security officer’s eyes went distant. “Half a day.”

“*Half a day?*” Geary exchanged an aggravated look with Desjani. The choice didn’t really exist, given the nature of the threat to the fleet posed by another worm like that. “Keep it up and make sure it’s monitored.”

Captain Desjani gestured to her security officer. “Get on it. But give me that first.” The security officer hesitated, looking to Geary, who also hesitated, then waved a quick, reluctant assent.

“This one?” Desjani opened the file on Geary’s data unit, staring dispassionately for a few seconds, then clicked it off. “Is what it shows real?”

The security officer shook his head. “Usually not. Producing this stuff is bad enough, but if they used real people, the producers would find themselves facing eternity in prison. They use very realistic computer-generated images.”

“But it looks real,” Geary stated, feeling unclean for having viewed it.

“Yes, sir. That’s, uh, the point.”

“Thanks. Take care of it.” He shivered when the security officer had left.

Desjani looked as if she’d swallowed something vile. “I know why you agreed to leave the subnet up, but I also know how you must feel about that. Where’d you get that download? ”

“From someone I never would have guessed would like that kind of thing, judging by appearances.”

“Whoever it is needs a full psych workup.”

“Yeah.” Geary drummed his fingers on the table surface. “Can I order a psych workup confidentially?”

She nodded. “Yes, though I don’t know why you’d want to protect whoever this is. Just possessing that is a serious violation of regulations.”

“Because that person was willing to let me know this about himself so I could protect the fleet,”

Geary explained.

Desjani made a face. “That can’t have been easy. I won’t ask who it was.”

“Had you ever seen something like that before?”

She shook her head this time. “I’d heard about it, but never seen it.”

“Me, neither.” Geary rubbed his face with both hands. “Excuse me, Tanya. I need to call the fleet psychs and a fleet officer, then I need to take a shower. Let me know what your security officer finds out.”

“Yes, sir.” Desjani paused at the door and turned back to face him. “I wish to apologize for not trusting your assessment of Co-President Rione, sir.”

“That’s all right, Captain Desjani. It never hurts to have someone keeping me honest. And at least you’ll say her name.”

“Excuse me, sir?”

“Nothing. Please let me know when the rescrub of *Dauntless*’s systems is completed.”

Three hours later, every system in the fleet triple-scanned and certified as malware-free by security officers who knew their lives might well depend on not missing anything, Geary ordered the fleet to jump for Wendig. Despite a tight feeling in his gut as *Dauntless* entered jump space, nothing went wrong.

NINE

IT wasn't hard at all to figure out why Wendig hadn't gotten a Syndic hypernet gate, nor why Syndic records indicated the star system had been abandoned once the Syndic hypernet had been constructed. The only puzzle was why anyone had actually remained in the system. Only three worlds orbited the star, along with a mess of asteroids. Two of the planets were in distant orbit, frozen balls of rock orbiting more than five light-hours from the feeble warmth of the dim red star. The world nine light-minutes from the weak star had too little atmosphere, and what it did have was poisonous to humans, but it had once boasted at least two covered cities. Taking another look at the data, Geary decided that even at their biggest, "town" had been a better description than "city" for both of them.

Absolutely no other trace of humanity remained in the Wendig Star System. Now one of those towns was dark and cold, but the other was still inhabited even though many portions of it seemed inactive. "They, or their parents, might have been abandoned here when the Syndic corporations employing them pulled out of the system," Desjani remarked.

"Yeah. I can't see any other reason they might have stayed."

"Captain?" The communications watch-stander gestured toward his display. "There's a distress signal being broadcast. It's from the inhabited world."

That brought up unpleasant memories of Lakota. Desjani frowned as she and Geary both punched their own displays to bring up the signal.

It was audio only, a voice speaking with labored calm. "Anyone passing through or near Wendig Star System, this is the town of Alpha on the world Wendig One." The corporate minds of the Syndic leaders hadn't tended to grant poetic names to worlds or towns, Geary reflected for maybe the hundredth time, unless the names had been created for advertising purposes. "Our remaining life-support systems are at risk of imminent failure," the message continued. "We've cannibalized everything left on this world to keep them working, but all resources are now exhausted. There are over five hundred and sixty remaining inhabitants who require emergency assistance and evacuation. Please respond." A pause, then a universal time and date register, then the message began repeating.

Geary checked the date on the message again. "They've been sending this for a month."

"Anyone near Wendig?" Desjani asked. "They must know that no one would be closer than the nearest inhabited star systems, and this message will take years to get to those. Even then, it's too weak to be heard across interstellar distances. Unless an astronomical researcher scanning that frequency band picks it up, it'll go unheard, and researchers avoid bands used for human communication systems because they're

so full of noise.”

“Maybe these people have been sending rescue requests for years, then, which have gone unheard. Are they still alive?” Geary wondered.

Another watch-stander answered. “That city isn’t at a comfortable temperature for humans, but it’s still got some heat, and the atmosphere inside reads out as breathable. Their air-generation and recirc systems must be in bad shape, though, from the amount of contaminants we’re seeing on spectral analysis.”

Geary looked over at Desjani, who was grimacing. She noticed his regard and shrugged uncomfortably. “It’s not a nice way to die, sir. Even for Syndics.”

“Five hundred and sixty. Families, surely. Adults and kids.” Geary had the automated billeting assistant on his fleet database run the figures. “We could hold them.”

“Hold them?” Desjani stared at him.

“Yeah. Like you said, it’s an ugly way to die, slowly freezing and feeling the air get worse and worse. We could take them somewhere else.”

“But—” Desjani stopped and spoke slowly. “Sir, it’s the smallest drop in the bucket. Yes, it’s . . .

tragic. Even though they’re Syndics. But that many people die in this war every second. At this very moment there’s a good chance that an Alliance world is being bombarded by Syndic warships, and thousands of our civilians are dying.”

Geary nodded to show he knew the truth of her words. And yet . . . “What was the Third Truth?”

She looked back at him for a long moment before answering. “Only those who show mercy can expect to receive it. It’s been a very long time since I heard the Truths recited. ”

“I guess we used to do that more often a century ago.” Geary looked down, gathering his arguments. “I know what’s been done. I know what Syndic ships may be doing at this moment.

But how can we just sail by and let those people die? Anything we could have done at Lakota would have been insignificant against the scale of the tragedy. Here we can make a difference.”

“Sir, any delay could be fatal. We don’t know what kind of Syndic force might be in pursuit of us, or what forces are moving to block us in other star systems. Going to that world will cost at least an extra day in this star system. Maneuvering to pick them up will cost fuel-cell reserves we can’t afford to burn. Not a lot, but some. They’ll eat our rations while aboard our ships, and we’re already short on food, too. On board they’ll have to be guarded constantly to ensure that they don’t commit sabotage. And then we’ll have to find a way to drop them off in the next star system without costing too much time and fuel-cell reserves, possibly while dodging an

enemy flotilla.” Desjani laid out each point in turn, then spoke firmly. “Sir, the cost of this gesture could well be more than we can afford.”

“I understand.” And he truly did. What would be the morality of hazarding the many thousands of personnel in this fleet, and the fate of the Alliance itself, in the name of saving a few hundred enemy civilians? It wasn’t like he didn’t have other things to worry about, like whoever had placed the worm in the fleet’s jump drives, and might take advantage of any focus on these Syndics to commit more sabotage. He’d hoped that once the fleet returned to normal space someone who had searched their conscience during the transit to Wendig would have contacted him with important information, but no such informant had appeared. Nor had Rione’s or Duellos’s sources within the fleet discovered anything new. But was that a critical factor in deciding whether or not to help these people? “Co-President Rione, what is your opinion?”

Rione took a while to answer. “I can’t dispute the arguments laid out against offering assistance,” she finally replied in an unemotional voice. “But you want to do it anyway, don’t you, Captain Geary?” Geary nodded. “Then my advice would be to follow your instincts. Every time you’ve done so, you’ve been right.”

Desjani turned enough to glare at Rione, then her expression changed as she thought. “Co-President Rione is right, sir. About your instincts. You are guided in ways we are not.”

Geary managed not to groan. Guided. By the living stars themselves. Or so Desjani and a large portion of the fleet believed.

“But, sir,” Desjani continued, “it’s still a very large risk. My advice has not changed. Besides, it’s very likely that another Syndic pursuit force will come through this system after us. They’ll hear the distress message, too.”

He nodded, grateful at the realization that a humane alternative existed. Then another insight hit.

“Would a Syndic force in pursuit of us divert to assist those civilians?”

Desjani’s lips compressed into a thin line, then she shook her head. “Probably not, sir. Almost certainly not. Their commander would be sent to the labor camps for wasting time.”

Give Desjani full credit. She didn’t want to divert to help those people, for a long list of good reasons, but she’d given him an honest assessment even though it hurt her case. He thought about the people on Wendig One. It was entirely possible that some of them, even adults, had never seen any ship in their star system. Why would any ship come here once the hypernet had been constructed? Now, with their means of life failing, they would look up and see this fleet and watch it pass by and leave. Then they’d maybe see a Syndic flotilla and watch it pass by and leave. Then there’d be no more ships. While the air got colder and harder to breathe. While the elderly and the

youngest children died one by one, the strongest citizens clinging despairingly to each other as death came slowly for them each in turn, until Wendig Star System was as devoid of human life as it had been for uncounted millennia before the first starships came here.

Geary drew in a deep breath. The vision he'd seen of the dying colony had been so real, as if he were there. Where had it come from?

Maybe he was being guided. He knew what his heart said, and he knew what everything he'd been taught said. Measured against that was the cruel reality of war and the necessities of command. But there wasn't a Syndic flotilla right on this fleet's tail, no imminent threat to measure against those innocent lives.

Everyone was watching him, waiting. Only he could decide. And that knowledge tipped the balance, because he had a responsibility to make hard decisions, and going onward and leaving the colony to its fate didn't require a decision, just the absence of one until the option became too hard to carry out. "I feel," Geary began, "that we have a duty to help those people. That this is a test of us, one we must pass to prove we still believe in the things that made the Alliance great.

We will pass that test."

It felt like all those on *Dauntless's* bridge had been holding their breath and now let them out all at once. Geary looked to Desjani, dreading to see a look of disapproval there. He knew how Desjani felt about Syndics. And now Geary wanted to risk her ship to rescue some of them.

But Desjani didn't seem angry. She was watching him as if trying to see something not apparent to the naked eye. "Yes, sir," she said. "We will pass that test."

THE video message feed from Wendig One was broken by static, another ugly reminder of what they had left behind at Lakota. "I can't trace it to interference. It's probably because their equipment is patched together," the communications watch explained.

A man looked out, his expression baffled. "Alliance warships, we are in receipt of your message.

We're incredibly grateful for your assistance. Is the war over? How do you come to be this deep in Syndicate Worlds' space?"

Geary checked and saw that the fleet was still almost two light-hours from Wendig One. Not the best circumstances for a conversation. Extremely annoying circumstances for a conversation, really, when his reply would take two hours to reach the Syndic and the Syndic's next answer another two hours to reach Geary. "This is the Alliance fleet commander. We won't deceive you.

The war is not over. This fleet is on a combat mission, on its way back to Alliance space. But we do not war on civilians or children. We will divert from our course through this system far enough to be able to send shuttles down to evacuate your

people. There must be no delays. You have my word on the honor of my ancestors that you will be treated properly while aboard Alliance ships and dropped off safely in the next inhabited Syndicate Worlds' star system we reach. Provide an accurate count of people involved, broken down by families so we can ensure that no families are separated during the transit. We've identified the landing pad on the northwest side of your town as the best location for our shuttles to land. There's some drifting sand covering part of it that needs to be swept clear by your people if possible. Everyone must be standing by at the nearest access to that landing pad when our shuttles arrive. No weapons of any kind are to be brought, nor anything that could be used as a weapon. Personal luggage must be limited to ten kilos per person. Are there any questions?"

Geary leaned back and closed his eyes. If there were any questions, he wouldn't hear them for at least four hours.

Less than two hours later Captain Desjani took a message, then got up from her command seat and stepped close to speak to Geary, activating his sound-deadening field. "My systems-security officer reports that the subnet we were told about before leaving Branwyn was used again to try to plant a worm. The worm was identified and blocked, but all attempts to ID the originator have failed."

"Messing with our system jump drives again?"

"No, sir." Desjani tilted her head toward the star-system display. "It would have infiltrated the combat systems of two warships and caused the targeting and launch of kinetic bombardment munitions aimed at the town occupied by the Syndic civilians. A systems-security alert has been sent to all warships in the fleet to scrub their combat systems for any worm that might have gotten through by other means."

That took his breath away for a moment. "So our saboteurs are willing to kill helpless Syndics as well as unsuspecting Alliance comrades. Which ships?"

"The munitions would have been launched from *Courageous* and *Furious*, sir."

"Ships commanded by two of my strongest supporters in the fleet." Geary felt a slow burn of anger. His fleet and shuttles never could have reached the Syndic survivors before those munitions struck. "Someone has a sick sense of vengeance and a very ugly willingness to do anything."

Desjani's expression showed she agreed with him. "In half an hour they'll know the worm was blocked. That's when the munitions were supposed to launch."

"Thank you, Captain. I have a couple of people to talk to." Geary left the bridge and waited until he was in his stateroom, with all security features active, before calling Rione and filling her in.

"I don't know if anyone will react when the worm doesn't work, but you might have your sources watching."

Rione, her face pale, nodded.

Geary passed the same information to Captain Duellos, then waited, wondering what he'd do if somehow another worm hadn't been blocked or detected, if some of his ships did launch bombardment munitions against that dying Syndic colony. Nothing happened, though, and no one called. He hadn't really expected anyone suddenly to rage in disappointment when the set time passed, but apparently not even subtle signs of frustration had been spotted in anyone. The only thing he could be certain of was that whoever had planted the worms would now be aware that their chosen subnet path had been compromised.

That and whoever had tried to destroy three Alliance warships earlier was now also opposed to Geary's aiding these Syndics. At least that helped reassure him that he was indeed doing the right thing.

After all of that a reply finally came from the Syndic colony.

The Syndic he'd seen before was now anxious. Geary couldn't help thinking how much more nervous the Syndic would be if he'd known how close his town had come to being turned into a large crater. "Sir, my people are very worried. Please don't take this wrong, but many don't trust the Alliance. Unless things have changed a great deal since our last news from outside, and it has been decades, there has been very little consideration for civilians in this war. I'm trying to convince them to trust you, because I can't think of any reason why you'd bother to kill us aboard your ships rather than just letting us die here. No reason except . . . the women . . . the girls . . . all the children. I'm sorry, but you must understand what we fear. What can I tell them, sir?"

Geary pondered his reply. This man clearly wanted and needed to be convinced himself if he was to argue effectively with his own people. "Tell your people that Captain John Geary commands this fleet by the grace of his ancestors, and that he will never dishonor those ancestors by harming the helpless or breaking his word. I tell you again that I give you my personal word of honor that you will not be harmed as long as you do not attempt to harm these ships. Any person in this fleet who tries to assault any one of you will be dealt with under the wartime provisions of the fleet code of justice. I could have lied to you about the war, about this fleet's mission. I didn't. Your people have no military value whatsoever. But they are people. We won't let them die if we can save them. Please provide the information we need as soon as possible."

The next half day passed with a normalcy that felt almost surreal. Geary authorized the release of information about the latest worm despite fears that it might garner support for the saboteurs from officers who opposed his decision to aid the Syndics, but instead there was another wave of revulsion at the idea of hijacking ships' combat systems. Humans had never fully lost their mistrust of automated combat systems, so anyone messing with their software to cause weapons systems to

act on their own ended up on the wrong side of the fence as far as just about everyone was concerned.

Shuttles soared between warships, bringing new fuel cells and expendable munitions, replacement parts and anything else the auxiliaries had manufactured to meet the needs of the fleet during the period since leaving Lakota. Geary was pleased to see his fleet's average fuel-cell reserves climb back up to 65 percent. Not great by a long shot, but better than it had been.

Commander Savos was brought to *Orion* as her new commanding officer, fully aware of the challenge he faced there. Maybe he could turn *Orion* around as Commander Suram had done with *Warrior*.

The next reply from the Syndics didn't come until the Alliance fleet was less than a single light-hour from Wendig One and about ten hours at its current velocity from reaching the planet. "We will trust you because we have no choice. Some of our people are using the few working survival suits we have left to try to sweep clear the landing pad you indicated. All of us will be standing by when your shuttles arrive."

Desjani listened to the message with a resigned look.

Rione's expression masked her thoughts. Everyone else Geary could see seemed puzzled, trying to figure out why he was doing this. In a way, that was very depressing. But none of them were objecting anymore, and that was at least hopeful.

The shuttles launched as the fleet approached Wendig, the Alliance warships braking their velocity to allow time for the shuttles to reach the surface, load, and rejoin. Geary monitored the action from the bridge of *Dauntless*. Every shuttle had a detachment of Marines in full battle armor aboard just in case. He hadn't been thrilled by that since it meant reducing the passenger capacity of the shuttles and requiring using more of them, but Colonel Carabali had been insistent, and he'd recognized the wisdom of her strongly worded suggestions.

"All birds down," the operations watch-stander reported.

On his display, Geary could see an overhead image of the grounded shuttles, the Marines spilling out to stand sentry and screen the passengers, evacuation tubes being run to the air lock on the civilian town. He toggled briefly to the video feed from one of the Marines. The outside of the Syndic town already looked long abandoned, drifts of toxic snow and sand piled up against its walls, broken and cannibalized equipment littering the lifeless landscape. Geary couldn't help shivering at the cold, empty image of desolation. "Can you imagine being trapped in a place like that?" he asked Desjani.

She viewed the feed, frowning, but said nothing.

"Loading complete," Colonel Carabali reported. This was a landing expedition and therefore a Marine operation, she had insisted. "Evac tubes being withdrawn into shuttles. Shuttle liftoff estimated in zero three minutes."

“Any problems, Colonel?” Geary asked.

“Not *yet*, sir.” Confronted with well over five hundred Syndics, Carabali obviously believed it was only a matter of time before problems arose.

“Birds in the air on schedule,” the operations watch-stander reported. “Rendezvous with warships projected on time in twenty-five minutes.”

Desjani tapped her own controls. “Colonel Carabali, please confirm all Syndics were searched for weapons and destructive materials.”

Carabali sounded slightly insulted at having a fleet officer ask if Marines had done their jobs.

“Absolutely. Full scans. They’re clean. They don’t *have* much.”

Geary and Desjani went down to the shuttle dock to see the Syndic civilians destined for

Dauntless arrive. The Syndics filed off the shuttle between ranks of Marines in full battle armor with weapons at guard position. Some of the civilians were trying to look brave, but all appeared frightened. Fifty-one of them, their civilian clothes a mix of styles and types that Geary realized must reflect raiding old stockpiles and closets as their supplies of clothing wore out. All of them seemed slightly gaunt, reflecting what must have been short rations in recent years as the amount of food available also ran low.

They were also trying not to stare around at the ship and at the Alliance personnel in the hangar deck. It struck Geary as he watched them that these people had never encountered strangers before, never actually been anyplace unfamiliar. Far in time and space as they were from mankind’s origins, these Syndics were like the ancient inhabitants of a small island encountering their first ships from the outside. Not just ships, but warships carrying people who were supposed to be their sworn enemies.

Desjani stood beside him, her posture rigid, her face revealing nothing as she watched the enemy civilians walk onto the deck of her ship.

Geary recognized the man he’d spoken with and stepped forward. “Welcome to the Alliance fleet flagship. We’ll have to keep you all under guard, and a warship isn’t designed for a lot of passengers, so your accommodations will be pretty cramped.”

The man nodded. “I’m the mayor of . . . Well, I used to be the mayor of Alpha. We can’t very well complain about conditions here. It’s warm, and we can breathe. We honestly didn’t know if our life-support systems would hold out until your shuttles reached us.” The man’s eyes were still troubled by the memories of what must have been an agonizing wait. “But at least we knew you were coming. There haven’t been any ships here since the corporations pulled out. Before we got your call, we were getting ready to draw lots, though some argued the oldest shouldn’t even draw since we wouldn’t last long anyway.”

It was all too easy to imagine how these people had felt. “Why weren’t you evacuated from this star system along with everyone else?”

This time the mayor made a baffled gesture. “We have no idea. All of us who were left worked for subsidiaries of the same corporation, and our senior staff left on the last ship sent by another company. We were told the ships for us would arrive soon. They never did.”

“We’re taking you to Cavalos, so I guess your ships finally did arrive.”

The mayor grinned nervously. “Better late than never, right? You said you’re Captain John Geary? We know the name. It’s in our histories, though I expect they say different things than yours do. You’re his grandson?”

Geary shook his head. “No. I’m him. It’s a long story,” he added, as the mayor stared at him in disbelief, “but suffice it to say I fought at Grendel in the first battle of this war, and the living stars willing, I’ll see the last battle of it as well.”

The man leaned back involuntarily, his eyes wide.

A woman stood beside the mayor, her eyes constantly shifting from him to Geary, then to three children hanging on to her. The oldest of those, a young boy, saw his father recoil slightly and eyed Geary defiantly. “Don’t you dare hurt my father!”

Before Geary could answer he became aware that Desjani was beside him again, gazing down at the boy, her face still expressionless but her eyes showing inexplicable sadness. “Your father will not be harmed on my ship as long he does not attempt to cause any damage to my ship.”

The boy moved slightly, putting himself between Desjani and his mother. “We can’t believe you.

We know what you’ve done.”

To Geary’s surprise, Desjani went to one knee so her head was on a level with the boy’s. “Man of the Syndicate Worlds,” she addressed the boy as if he were his father’s age, “under the command of Captain John Geary, the Alliance fleet no longer wars on the innocent or the helpless. Even should he leave his command, we would not do so again because he has reminded us of that which honor demands of warriors. You need not protect your family from us.”

The boy, wordless with surprise at being spoken to that way, nodded.

Desjani rose and looked down at the boy, then at his mother, exchanging some wordless message. The mother nodded, seeming reassured. Then Desjani gazed around and spoke in her command voice, her words ringing through the shuttle dock. “Citizens of the Syndicate Worlds, I’m Captain Desjani, commanding officer of the Alliance battle cruiser *Dauntless*. You are not combatants and will be treated as civilians in need of humanitarian assistance *unless* you try to harm my ship or members of my crew. Follow all instructions and orders given you. Anyone who violates orders or attempts to damage this ship or harm any Alliance personnel will

be regarded as an enemy combatant and treated accordingly. We will require about three more days to reach the jump point to Cavalos, then just under nine days in jump space before arriving at Cavalos. According to the latest Syndicate Worlds' star-system guides in our possession, that star retains a robust human presence. Once there, we'll identify a safe place to deliver you."

Desjani frowned as she studied the Syndic civilians. "I'll have my medical personnel check you for serious problems. You'd be wise to cooperate with them to the best of your ability. Your rations will be equivalent to what my own crew is eating. At this point that's mostly expired Syndic rations, so don't expect any fine meals. Are there any questions?"

One woman, late middle-aged, called out. "Why?"

Desjani flicked a glance at Geary, but he indicated she could answer if she wanted. Facing the woman, Desjani spoke crisply. "Because only those who show mercy can expect to receive it.

And because the honor of our ancestors demands it. Marines, escort the civilians to their accommodations. "

Despite Geary's fears, no more sabotage attempts occurred over the next two days as the fleet covered the distance to the jump point for Cavalos. The Syndic civilians were so terrified, none of them had caused any problems. As he sat on the bridge of *Dauntless* waiting to give the jump command, Geary noticed Desjani gazing morosely at her display, where an image of Wendig One floated. "Something wrong?" he asked.

Desjani shook her head. "I was just thinking about how I'd feel if we were about to jump, and they were still there. I've had to think a lot about it, but you did the right thing, sir."

"We did the right thing, Captain Desjani." She glanced at him and nodded. Geary took one last look at Wendig One, lifeless again as it had been for uncounted years before humans came, and gave the order. "All ships, jump for Cavalos."

NINE days, a fairly long stretch in jump space that couldn't help but evoke thoughts about what would have happened if the worm in the jump drives hadn't been discovered. Geary found himself staring at the drab grayness of jump space and the mysterious lights blooming and fading there, feeling the familiar sense of discomfort as if his skin didn't fit right, growing each day, and wondered how long humans could remain sane if stuck there.

The Syndic civilians remained quiet and scared, crews worked continuing to repair internal battle damage to their warships, the auxiliaries manufactured more necessities for the fleet, and Geary found himself worrying more about his internal foes in the fleet than he did about the Syndic military. That was a first, but then his internal enemies had never before posed deadly threats to him and the ships of the

fleet.

Five days along in jump space, he got the sort of brief message that was all that could be transmitted there. *Making progress*, from Captain Cresida. If she could figure out how to defuse even partially the threat of human-species extinction via hypernet gate collapses, it would remove a great weight from his shoulders.

Nine days, one hour, and six minutes from the time they jumped from Wendig, the Alliance fleet flashed into normal space at the Syndic star system Cavalos, its weapons ready for action and its sensors scanning for targets. But no mines awaited here, nor a Syndic flotilla or picket ships at the jump points. Apparently the unexpected Alliance victory at Lakota had badly thrown off the Syndics.

Cavalos did indeed have a decent human presence remaining. A halfway-comfortable world orbited about eight light-minutes from the star, and an even half dozen other significant planets swung around the star farther out, including a typical number of three gas giants, one with a fair amount of activity still apparent at mines and an orbiting facility. Near the inhabited world an obsolete Syndic light cruiser and a couple of even-more-obsolete “nickel” corvettes orbited.

Geary studied the situation, then looked to Desjani. “Just a standard self-defense force for a system deep in Syndic space. No threat to us.”

She shrugged. “We should take them out if the chance arises. They are legitimate targets.”

“I know. But I don’t expect them to be dumb enough to charge us, and they’re not worth the time or fuel cells it’d take to try to chase them down.”

Desjani nodded this time. “They’re junk anyway. As far as internal threats go, all of the systems-security officers in the fleet are on full alert, but nothing has popped up yet.”

No apparent threat to the fleet. That left room to worry about the Syndics from Wendig again.

“This star system doesn’t seem to have suffered much deterioration since the hypernet was built.

Should we drop our passengers off at that orbital facility? It’s not too far out of the way and won’t take us far into the star system.” The Syndic facility orbiting the gas giant was one and a quarter light-hours distant from the Alliance fleet, a bit off the track the fleet would have followed if going directly to the jump points for the next two stars Geary had to choose from, Anahalt or Dilawa. Not too far off, though. The main cost of dropping off the Syndic civilians would be the need to slow the fleet down again while the shuttles made their deliveries, a small loss in time and a small but real price in fuel cells.

Desjani pursed her lips as she checked the reports from the fleet’s sensors. “It’s got a fair amount of cold areas, which means they’ve got the ability to expand back

into those if they need to.

Either that, or they've got excess life support in the still-occupied areas. They should easily be able to absorb all of the civilians from Wendig."

"Co-President Rione?" Geary asked.

"I defer to your professional judgments on the matter," Rione replied.

"All right then." Geary organized his thoughts for a moment, then activated his comm circuit.

"This is Captain John Geary, commanding officer of the Alliance fleet, making an open broadcast to the inhabitants and authorities of the Syndicate Worlds' star system Cavalos. We do not intend engaging in any military actions in this star system unless attacked. If we are attacked, we will reply with all necessary force."

He paused. "This fleet carries five hundred sixty-three civilian citizens of the Syndicate Worlds whom we evacuated from Wendig Star System in response to their plea for rescue as their life-support systems failed. We will deliver those civilians to the main facility orbiting the gas giant five point three light-hours out from your star. Any attack on this fleet during our transit may result in injury to your own citizens, so you would be wise to exercise restraint."

He took a deep breath before continuing. "This fleet was present in Lakota Star System when Syndicate Worlds' warships destroyed that star system's hypernet gate and unleashed a destructive wave of energy that inflicted serious damage on the habitable world and all other human presence in the star system. We will transmit to all ships and occupied planets in this star system copies of our records of that event and of the pleas for assistance from the survivors on Lakota Three. The survivors at Lakota are in desperate need of aid, so we request that you forward this information as fast as possible."

"I repeat, any attack on this fleet will be met with overwhelming force. To the honor of our ancestors." He leaned back and glanced at Desjani. "Threatening enough?"

"If they're smart."

To no one's surprise, the Syndics didn't directly respond to Geary's message or to the information from Lakota. Syndic shipping in the star system followed the usual pattern of fleeing for jump points or facilities, but otherwise no response to the Alliance fleet's presence could be spotted aside from obvious civil-defense activity on the habitable world. Similarly, nothing happened from the fleet's internal saboteurs, which didn't so much cause relief as fear that something had been missed.

As the Alliance fleet bore down on the Syndic orbiting facility, less than two hours' travel time remaining, someone finally reacted. "We have a transmission from the Syndic facility, "

Dauntless's communications watch-stander reported.

Geary called it up, seeing the image of a woman with gray hair and nervous eyes. “Do not approach this facility. You cannot land shuttles here,” she declared.

“We’re going to,” Geary assured her. “We’re going to drop off Syndicate Worlds’ citizens, then we’re leaving.”

“We’ll defend ourselves if you attempt to invade this facility.”

“We have no intent to invade any facility in this star system. Our shuttles will be accompanied by Marine security personnel. You are to ensure that no armed presence is nearby when our shuttles drop off your citizens. Once your citizens have been delivered, our shuttles and Marines will depart.”

The woman shook her head, fear coloring her expression. “I cannot authorize or allow an Alliance presence on my facility. We will defend ourselves.”

Geary had never liked bureaucrats, especially bureaucrats who seemed unable to adjust when reality collided with the rules they lived by. “Listen. If any attempt is made to attack my ships, my shuttles, or my personnel when we’re dropping off your civilians, I will hit that station of yours so hard that the quarks making up its component atomic particles will never find their way back together. Is that clear? If anyone fires on the civilians we drop off, I’ll do the same thing.

They’re your people. We rescued them at risk to ourselves, we’re taking time we don’t have to spare to drop them off here, and you’d damn well better take good care of them after we do!”

Geary’s voice rose as he talked, ending in a roar that seemed to terrify the Syndic station administrator.

“Y-yes, I . . . I understand,” she stuttered. “We’ll prepare to receive them. Under duress. Please, we have families aboard this station . . .”

“Then let’s not have any trouble,” Geary replied, trying to get his voice’s volume back to normal. “Some of the people we rescued from Wendig have long-term health problems they couldn’t treat there. We’ve done what we could, but they’ll need more assistance from you. I’m going to be blunt that I find it appalling that your leaders would abandon human beings to eventual deaths when their life-support systems failed.”

“You’re not going to kill us? Or destroy this station?” The administrator seemed to be having a lot of trouble grasping the idea.

“No. Any military value it has doesn’t outweigh the suffering such actions would cause civilian inhabitants of this star system.”

“And you truly saved people from Wendig? We thought no one was left there.” The woman seemed about ready to break down. “Everyone was supposed to have been removed when the system was abandoned.”

“The people we evacuated told us that the corporation they or their parents were employed by never sent ships. They had no way of finding out why, of course.

Perhaps you can help them with that,” Geary added pointedly.

“H-how many?”

“Five hundred sixty-three.” He could see the question on her face, the same question all of the Syndics, and many of the Alliance personnel, kept asking. Why? Irritated at again having to be faced with a question whose answer he thought obvious, Geary spoke roughly. “That’s all.”

Desjani was once again pretending to be absorbed in something on her own display.

“When are we loading the Syndics into the shuttles?” Geary asked, his voice angry still.

“They should be on their way to the shuttle dock now,” Desjani replied in a tone that sounded suspiciously soothing to Geary. He was trying to decide whether to get irritated by that, too, when she stood up. “I was about to go down to see them off.”

Calming himself, Geary stood as well. “May I come along?”

“Of course, sir.”

The same scene as from eleven days ago was playing out on the shuttle dock, though in reverse as the column of Syndic civilians shuffled onto the shuttle, some pausing to wave quickly to individual members of *Dauntless*’s crew who had come to the shuttle dock and stood to one side, watching silently. The Marines seemed as menacing as ever in their battle armor, but the Syndics appeared to be less terrified of them.

The former mayor of Alpha turned to Geary and Desjani as they walked up. “Thank you. I wish I knew what else to say. None of us will forget this.”

To Geary’s surprise, Desjani answered. “If given the chance in the future, offer the same mercy to Alliance citizens.”

“I promise you that we shall, and we’ll tell others to do the same.”

The mayor’s wife moved forward to gaze intently at Desjani. “Thank you, lady, for my children’s lives.”

“Captain,” Desjani corrected, but bent one corner of her mouth in a crooked smile. She looked slightly down and nodded to the boy, who gazed back at her solemnly, then saluted in the Syndic fashion. Desjani returned the salute, then looked back to the mother.

“Thank you, Captain,” that woman stated. “May this war end before my children have to face your fleet in battle.”

Desjani nodded wordlessly again, then watched with Geary as the last of the Syndic civilians walked quickly into the shuttles. As the last hatch sealed, she spoke so quietly only Geary could hear. “It’s easier when they don’t have faces.”

It took him a moment to realize what she meant. “You mean the enemy.”

“Yes.”

“Have you ever met a Syndic before?”

“Only prisoners of war,” Desjani replied in a dismissive tone. “Syndics who’d been trying to kill me and other Alliance citizens a short time before.” Her eyes closed for a moment. “I don’t know what happened to most of them. I do know what happened to some of them.”

Geary hesitated to ask the obvious question. A short time after assuming command of the fleet, he’d learned to his horror that enemy prisoners of war were sometimes casually killed, the outgrowth of a hundred years of war in which atrocity had fueled atrocity. He’d never asked Desjani if she had participated in such a crime.

But she opened her eyes and looked steadily at him. “I watched it happen. I didn’t pull any triggers, I didn’t issue any orders, but I watched it, and I didn’t stop it.”

He nodded, keeping his own eyes on hers. “You’d been taught that it was acceptable.”

“That’s no excuse.”

“Your ancestors—”

“Told me it was wrong,” Desjani interrupted, something she rarely did with Geary. “I knew it, I felt it, I didn’t listen. I take responsibility for my actions. I know I’ll pay the price for that.

Perhaps that’s why we lost so many ships in the Syndic home system. Perhaps that’s why the war has kept going all of these years. We’re being punished, for straying from what was right because we believed wrong to be necessary. ”

He wasn’t about to reject her, or condemn someone who’d already accepted a full measure of blame. But he could stand alongside her. “Yeah, maybe we are being punished.”

Desjani frowned. “Sir? Why would you be punished for things done while you weren’t with us?”

“I’m with you now, aren’t I? I’m part of this fleet and loyal to the Alliance. If you’re being punished, then so am I. I didn’t suffer through all the years of war that you have, but all I knew was taken from me.”

She shook her head, frowning deeper. “You just said this is your fleet, and the Alliance has your loyalty. *Those* things weren’t taken from you.”

Geary frowned back at her, surprised to realize he’d never thought of it that way.

Desjani gave him an intent look. “They sent you when we needed you. They gave us a second chance. They gave *you* a second chance, instead of letting you die in the battle at Grendel or afterward, when your escape pod’s systems would have eventually given out. We’re being offered mercy if we can prove ourselves worthy of it.”

She had startled him again, with a point of view he’d never considered, and by including him as part of them all. Not a separate hero out of myth but one of them.

“Maybe you’re right,” Geary stated. “We can’t win this war by destruction unless we go all out with the hypernet gates and commit species suicide. If this war is ever to end, we’ll not only have to beat them on the battlefield but also be willing to forgive the Syndics if they’re willing to express real remorse.

Maybe we’re being given an example to follow.”

She was silent for a few moments, and he stayed quiet as well. The shuttle dock internal doors sealed between them and the shuttle, then the external ones opened, and the bird lifted off, carrying its passengers to the Syndic facility. Finally, Desjani looked back at him. “I’ve spent a long time wanting to punish the Syndics, to hurt them as they’ve hurt us.”

“I can understand why,” Geary said. “Thanks for going along with me on helping those civilians.

I know it went against a lot of what you believe.”

“What I believed,” Desjani amended. She was quiet for a moment longer, but Geary waited, sensing that she had something else to say. “But that cycle of vengeance never ends. I realized something. I don’t want to have to kill that boy someday, when he’s old enough to fight.”

“Me, neither. Or his father or his mother. And I don’t want that boy trying to kill Alliance citizens. How can we end this, Tanya?”

“You’ll think of a way, sir.”

“Thanks.”

He meant it sarcastically, and was sure it sounded sarcastic, but Desjani smiled slightly at him.

“Did you see how they looked at us? They were afraid, then they were disbelieving, and finally they were grateful.” She stopped smiling and looked outward. “I like fighting. I like going head-to-head with the best the Syndics have. But I’ve had enough of killing people like those. Can we convince the Syndics to stop bombarding civilian targets?”

“We can try. Our bombardment weapons are accurate enough that we can certainly continue to keep taking out industrial targets while minimizing civilian losses.”

Her face was grim now. “They kill ours, and we don’t kill theirs?”

“It’ll have to be a mutual deal. When we get back, we’ll tell them, stop bombarding our people, and we’ll continue not bombarding yours.”

“Why would they—?” Desjani stopped talking in mid-question, then gave Geary a long look.

“And they might believe we’d abide by that since you’ve been demonstrating the willingness to do so.”

“Maybe.”

“And if they don’t stop?”

“We keep taking out their industry and military targets.” Desjani grimaced. “Listen, Tanya, if there’s nothing for those people to build or fight with, they’re a burden to the Syndics who have to worry about feeding them and taking care of them.”

“They’ll build new industrial sites. New defenses.”

“And we’ll blow those away, too.” Geary jerked his head to indicate roughly the space outside of

Dauntless’s hull. “Ever since humanity achieved routine space travel, we’ve had the ability to destroy things with rocks tossed from space far faster and easier than humans on planets can build things. The Syndics can sink endless effort and resources into rebuilding and never catch up.”

She thought about that, then nodded. “You’re right. But that same logic applied a long time ago when we started bombarding civilian populations as well as military and industrial targets. Why did we start, all those decades ago?”

“I don’t know.” Geary cast his mind back, trying to imagine the point at which the people he had known a century earlier had changed to become people like those now. But there hadn’t been any point, any single event, rather what Victoria Rione had called a slippery slope in which one seemingly reasonable decision to escalate led to another. “Maybe revenge for Syndic bombardments of Alliance worlds. Maybe a tactic of desperation when the war kept going on and on. An attempt to break the enemy morale. We studied that when I was a junior officer, but as a lesson in what hadn’t worked. Time and again in history people tried bombarding enemies enough to make them quit. But when the enemies thought their own homes or beliefs were in danger, they never quit. Totally irrational, but then we’re human. ”

“Syndic bombardments never made us want to give up,” Desjani agreed. “We’re very frustrated with our leaders, but we want them to win. We don’t want them to surrender. But not many people, especially in the fleet, still believe our leaders can win this war. That’s why—”

He glanced at her as she stopped speaking again. “Why I got a certain offer from Captain Badaya? You know about it, too?”

“Yes, sir. Of course, sir. It’s being widely talked about.”

“I won’t, Tanya. I won’t betray the Alliance that way, by accepting the offer to become a dictator. I told Badaya that.” She looked at the deck, her face expressionless. “It wouldn’t work, and it’d be wrong.”

Desjani spoke very, very quietly. “I have to ask you, have you been offered something else? If you agreed?”

He tried to remember, because whatever it was seemed to bother her a great deal, but couldn’t come up with anything.

“No. Nothing specific. It’s all been couched in very general terms.”

“You’re certain?” Her voice was angry now though still very quiet. “You haven’t been promised anything else, Captain Geary?” He shook his head, letting his puzzlement show. “Any *one* else, Captain Geary?”

Anyone else? What could—? He was certain his shock showed. “You mean you?” he whispered, too stunned to speak in euphemisms.

She looked at him again, studying his face, and seemed to relax. “Yes. I’ve been urged by some individuals to . . . offer myself. I’ve wondered if they had offered me on their own.”

Geary felt heat in his face, embarrassment and anger rising in tandem. He couldn’t remember the last time he’d been so filled with rage. “Who?” he whispered savagely. “Who the hell had the bloody nerve to dare suggest such a thing to you? You’re not some prize or playing piece. Tell me who they are, and I’ll—” This time he had to choke off his words, aware that even a fleet commander couldn’t threaten to rip subordinates into tiny pieces and vent them out the air lock.

Desjani gave him a thin-lipped smile. “I can defend my own honor, sir. But thank you. Thank you very much.”

“Tanya, I swear, if I find out—”

“Let me deal with it, sir. Please.” He nodded reluctantly. “We should get back to the bridge, sir, to monitor what’s going on.” Another nod. One corner of Desjani’s mouth bent farther upward.

“You wouldn’t make a good dictator, would you?”

“Probably not.”

“Perhaps there’s a reason for that, too.”

He kept waiting for something to go wrong, but the Alliance shuttles dropped off every Syndic civilian and lifted off again, then returned to their ships without any Syndic attempts to interfere with the operation. “Did we actually carry out an operation without the Syndics trying to double-cross us and booby-trap everything in sight?” Desjani asked.

“Looks like it. And so far our own double-crossers haven’t sprung any more traps on us, either.”

Geary studied the display, as unwilling to believe it as Desjani. The shuttles all recovered, the Alliance fleet was cutting across one arc of Cavalos Star System toward the jump point that could access either Anahalt or Dilawa. “Three more days to the jump point?”

“Yes, sir. Unless something else happens.” Desjani clenched her jaw as alerts sounded. “And something just did.”

Syndic warships were becoming visible at the jump point they were heading toward.

TEN

“TEN Syndic battleships, twelve battle cruisers, seventeen heavy cruisers, twenty-five light cruisers, forty-two Hunter-Killers, ” the operations watch-stander announced.

“Roughly half our strength,” Desjani observed, “though we’ve got a much bigger advantage in lighter units. Will they avoid action or fight?”

“They’ve got to have orders to stop us or delay us,” Geary pointed out. “To do either of those things, they have to fight.”

“They might be too frightened to fight after what this fleet did at Lakota.” Then Desjani paused as something occurred to her. “They may not know what happened at Lakota. They may assume the pursuit force we destroyed at Lakota is still after us and may appear at any moment.”

“You’re probably right, since they came from either Anahalt or Dilawa.” Geary watched as the eight-light-hours-distant images of the Syndic formation could be seen coming around onto a new vector. The Syndics had already had eight hours to decide what to do and get started doing it. “It’s a standard Syndic box formation so far.”

“Maybe this CEO will be as stupid as the one at Kaliban,” Desjani suggested. That enemy commander had simply charged head-on at the superior numbers of the Alliance fleet, allowing Geary to annihilate the enemy forces by bringing all of his firepower to bear.

“That’d be nice,” Geary agreed, “but we can’t count on it. I’ve got a suspicion that we’re killing stupid CEOs faster than the Syndics are promoting them.”

“I’ve found it hard to overestimate the ability of any system to promote stupid people.”

With the promise of combat looming, Desjani was in a good enough mood to crack jokes, although Geary had to admit she had a point. “Let’s assume he or she isn’t stupid. Do you think they’ll try hitting our flanks with fast runs, or if I have the formation divided, will they try to hit one of the subformations head-on?”

Desjani considered that. “They’ve been taught to fight like we used to fight, with head-on charges. Even if they try something fancy, it’s more likely to be a charge against one portion of our formation rather than a firing pass against a flank or corner like you taught us. That’s what I’d expect.”

Ideally, he’d just concentrate his own fleet into one big formation for the Syndic to charge toward. But such a big formation wouldn’t allow all of his ships to engage the smaller enemy formation, negating a lot of his superiority. On the other hand, if the Syndic was going to aim for a subformation rather than going straight for the main body of the fleet, tactics like those at Kaliban wouldn’t work either. He’d have to use something different.

Rione reached the bridge then, pausing to look at the display before her seat before addressing Geary. “What do you plan on doing?”

Geary indicated his own display, where the sweeping arc of the Syndic formation’s projected course and speed was coming around and steadying on a vector that intercepted the arc of the Alliance fleet’s own path, the two curved lines bending across light-hours of distance to join like twin sabers clashing. “I plan on meeting the enemy, Madam Co-President, in a little less than a day and a half.”

Rione looked from her display with its readout of the enemy’s numbers, then to Geary, and shook her head. “It’s like fighting a hydra. No matter how many Syndic warships we destroy, there are always more.”

“They keep building them, and unlike us, they can get reinforcements,” Geary pointed out.

“I’d recommend trying to capture this CEO alive, Captain Geary. He or she may be able to answer some questions for us.”

“I’ll do my best, Madam Co-President.”

“CAPTAIN, we’re receiving a very tightly focused transmission from the direction of the primary inhabited world. It’s addressed to Captain Geary.”

Desjani gave him a wary look. They were still almost eight hours from contact with the Syndic flotilla, not having assumed their combat formation yet. “I’ll take it,” Geary advised. “Let Captain Desjani see it, too.”

The window that popped up before him showed an older woman seated at a desk, wearing a midrank Syndic CEO uniform. “I suppose you’re wondering why the senior Syndicate Worlds’

officer in this star system is communicating with you, Captain Geary, and doing it in a manner that minimizes any chance anyone else will discover that she did so.”

She gestured to a picture on the desk, of a young man Geary vaguely recognized. “I had a brother, long dead in an accident, I thought. Now I *have* a brother, and the knowledge that a corporation tied to a very senior Syndicate Worlds’ leader wrote off actually removing him and hundreds of his coworkers from Wendig because it shaved a small amount off the expenses column in that corporation’s annual report. I also have a sister-in-law and some nieces and a nephew I’d never known of, all of whom owe their lives to you.”

The face in the picture suddenly clicked in Geary’s mind. It was the mayor of Alpha, though decades younger.

The Syndic planetary CEO shook her head. “Not to mention all of the lives that would have been lost in this star system if you had chosen to bombard this planet. But I’ve heard from people in places like Corvus and Sutrah and even Sancere, so I know you’ve been behaving the same way everywhere, striking only at military targets or industrial sites in retaliation for our own attacks on you. I don’t know how many

millions or billions of Syndicate Worlds' citizens you might have easily killed, but I do know you didn't do it."

Now the Syndic planetary CEO smiled grimly. "Now I find myself thanking the Alliance fleet for all of those lives even though my orders are to take any actions that might cost you any ships or delay you in any way, regardless of the potential loss to the inhabitants of this star system. I'm well aware of the situation you find yourself in. We've been told a half dozen times that your fleet was trapped and soon to be destroyed. How you've made it this far the living stars alone know. That you came to be in command, Captain Geary, and the identification the Syndicate Worlds have been able to do on you seems positive, leads me to wonder if the living stars have actually intervened in this war. That you took a force built for war and used it to save the lives of your enemies causes me to be grateful that they have.

"I owe you, Captain Geary, and I believe in repaying debts. Your fleet is headed for an engagement with a substantial Syndicate Worlds' force, but one you outnumber significantly.

Even though our leaders are trying to keep everything about you and your fleet highly classified, there are plenty of credible unofficial reports circulating. Based on those, I don't expect the Syndic force to prevail here, but based on your actions to date, that expectation does not fill me with fear. Your fleet will be less a threat to the people here than one answering to the Syndicate Worlds' Executive Council."

The Syndic CEO shook her head again. "I won't forget what you did, Captain Geary. A lot of us have come to the understanding that this war stopped making sense the day it began. We're tired of trying to hold things together in our star systems while our leaders squander the wealth of the Syndicate Worlds in a war that can't be won. When you get home, tell your leaders that there are people here who are weary of fighting and want to talk."

The Syndic CEO paused. "When our facilities at Dilawa were mothballed about twenty years ago, it was judged uneconomical to remove the stockpiled materials at the mining facilities there.

A lot of things were left in place. Just in case you have need of supplies after you leave here."

The window blanked, and Geary leaned back, thinking.

"Can we trust her?" Desjani wondered.

"I don't know. Where's Co-President Rione?"

"In her stateroom, I think."

"Shoot her a copy of that and ask for her assessment." Desjani's mouth twitched, and she hesitated just enough for Geary to see. "Never mind. I'll do it."

Five minutes later Rione was on the bridge. "I think she's being honest."

"She wants to talk peace, and expects us to defeat this Syndic flotilla, and told us

where we can find raw materials to resupply the auxiliaries,” Geary pointed out. “If the Syndic authorities find out any of that, they’ll have her head off in a heartbeat.”

Rione nodded to Geary, her face thoughtful. “This implies a higher degree of rot within the Syndic hierarchy than we expected. A star-system CEO telling us directly that she no longer supports the war.”

“She’s also sympathizing with us against her own forces,” Desjani pointed out to Geary, seeming to be torn between gratitude and revulsion.

Instead of replying to her, Rione spoke to Geary. “The Syndic fleet has been a critical part of the mechanism by which the leaders of the Syndicate Worlds have maintained control over their territory. Anyone trying to display any independence would find warships arriving to enforce the will of their Executive Council. The more damage you do to that fleet, the greater the opportunity for local leaders such as this one to act on their own.”

“That fleet is nonetheless made up of their own people,” Desjani told Geary. “The fact that she’s apparently willing to cheer us on against them should play a role in our assessment of her.”

Rione shook her head as she addressed Geary again. “A hypernet-bypassed star system probably has proportionally fewer citizens in the fleet and feels far less a part of the Syndicate Worlds as time has gone by.”

Geary looked back at Desjani, only then realizing that both women were talking just to him and ignoring each other, as if they were in separate rooms and could only communicate directly with him.

Desjani shrugged slightly. “The Syndic CEO we saw is a politician, and I suppose a politician might feel less compunction about the sacrifices of military personnel.”

That made Rione’s jaw visibly tighten, but she still didn’t look at Desjani. “You have *my* assessment, Captain Geary. Now if you will excuse me, I have other matters to attend to.” She swung around and left the bridge.

Geary pressed the fingertips of one hand against his forehead for a moment in an attempt to push away an impending headache. “Captain Desjani,” he murmured so only she could hear, “I would appreciate it if you refrained from engaging in open combat with Co-President Rione.”

“Open combat?” Desjani replied in similar low tones. “I don’t understand, sir.”

He gave her a sharp look, but Desjani was eyeing him with what was surely pretended innocent puzzlement. “I really don’t want to go into details.”

“I’m afraid you’ll have to, sir.”

Desjani might consider him guided by the living stars when it came to command of the fleet, but when it came to dealing with Rione, she obviously had a different opinion. “Just try to act like she’s in the same room with you.”

“She’s not, sir. She left the bridge.”

“Are you mocking me, Captain Desjani?”

“No, sir. I would never do that, sir.” Perfectly serious, as far as he could tell.

It was clearly time to withdraw from the engagement. He couldn't go into more detail or get angry without drawing attention from the watch-standers on the bridge, and he didn't need that.

“Thank you, Captain Desjani. I'm very happy to hear that. I have enough other things to worry about.”

Desjani at least looked a little regretful as Geary left, trying to catch up with Rione. He suspected she'd had some other important insights to share, and he wanted to ask Rione something.

She wasn't moving fast, so he caught up with her halfway down the passageway. “Tell me the truth,” Geary requested. “Is the Alliance that badly off as well? Is the Alliance ready to crack?”

“Why do you ask?” Rione's tone was as unemotional as ever.

“Because you didn't seem happy at the evidence of how bad things are for the Syndics. You've told me the Alliance military is unhappy with the Alliance government, you've told me that everyone is tired of war, but is it as bad as here in Syndic space? Is the Alliance threatening to fall apart?”

Rione stopped walking, her gaze directed at the deck, then slowly nodded without looking at him. “A century of war, John Geary. We can't be beaten, neither can they, but both sides can push until they fracture.”

“That's why you came along on this expedition? Not just because you were afraid that Bloch might try to become a dictator, but because you were sure that he'd succeed, that the war-weary citizens of the Alliance would follow him because they'd lost belief in the Alliance.”

“Bloch would not have succeeded,” Rione stated calmly. “He would have died.”

“You would have killed him.” She nodded. “Bloch must have known what you intended. He must have had precautions in place against you.”

“He did.” A very small smile flicked on and off Rione's face. “They wouldn't have been enough.”

Geary stared at her. “And what would have happened to you?”

“I'm not certain. It wouldn't have mattered. What counted was stopping a dictator in his tracks.”

He couldn't spot any trace of mockery or dishonesty in her. Rione meant it. “You were willing to die in order to make sure he was dead. Victoria, sometimes you scare the hell out of me.”

“Sometimes I scare the hell out of me.” She still seemed absolutely serious. “I told you, John Geary. I believed the man I loved had died in this war. I've had nothing else to live for since then but my devotion to the Alliance. If the Alliance

itself was about to crumble, then I'd have nothing left at all. My husband died for the Alliance, and if necessary, I could as well."

"Why didn't you tell me this right from the start?"

Rione watched him for a moment before answering. "Because if you were someone in the mold of Admiral Bloch, you didn't need encouraging. But if you were truly like Black Jack, you wouldn't believe me, because the idea of the Alliance falling apart would have been too hard for you to accept. You needed to see enough for yourself to understand how bad things are. And I did tell you things, though you may not always have recognized it." Rione shook her head. "I sounded you out, I watched you, I did what I had to do in order to influence your attitudes toward the way things are now."

"What you had to do?" The phrase sounded cold even for Rione. "You told me once that you didn't sleep with me just to influence me."

Her eyes stayed on his. "That wasn't the only reason, no. But it was part of it. Satisfied? You got my body, I got yours, and in the dark watches of the night I whispered to you about the need to protect the Alliance from those who would destroy it in the name of saving it. Oh, I enjoyed the sex. I admit that freely. But the day came when I knew that I no longer need fear you, and when I knew that my feelings were beginning to betray the husband I still love and who may still live. I didn't give you to her because I'm noble, John Geary. I did it for myself, and because I'd done what I needed to do."

He didn't believe all of that. Rione's posture and expression hadn't changed, but he remembered the drunken words she'd once spoken, and he noticed that even while dispassionately justifying all she had done, Rione still didn't say Tanya Desjani's name. "You haven't *given* me to anybody, let alone Captain Desjani."

"You may have to lie to yourself, John Geary, but give me some credit."

"Why are you staying on *Dauntless*, then? There are plenty of surviving ships from the Callas Republic to which you could transfer."

"Because you'll need me close when we get home. Not as a threat, as an ally. I know how the political leaders of the Alliance will react to you. Black Jack has returned, the savior of the fleet and the Alliance. You won't take what some of them will offer in exchange for more power for themselves. You won't do what others of them will fear, taking all power for yourself. No, John Geary," Rione insisted, "you will stand atop the bulwarks of the Alliance and defend it against all enemies, both those inside and those outside, because that's who you are, someone out of a simpler past. And I will help you against those inside who seek to use you or act against you out of fear."

"Against me? Do you think I'll be in danger from the political leadership of the Alliance?"

“If I had been on the Governing Council when you returned, I would have argued for your immediate arrest and isolation under the public deception of your being on some secret mission.

Because I would have thought you were someone in the mold of Admiral Bloch or Captain Falco. I’ve learned different, and I will tell the other senators what I know. Believe me, you will need me,” Rione declared. “Even those politicians who dislike me, and there are plenty of those, know that I will not betray the Alliance. My words will matter to all of them.”

Geary looked away, rubbing the back of his neck with one hand and trying to think. No matter how complex getting this fleet home in one piece had always been, life once the fleet got home had seemed so simple. Resign his commission, go somewhere he wouldn’t be recognized, try to hide from the legend of Black Jack and the unrealistic, devout expectations of those who believed he had been sent by the living stars themselves to this fleet to save it and the Alliance.

He’d kept focused on that to keep everything from overwhelming him, even as the idea of walking away from this fleet and its people felt less and less right. Now he had to admit that at the very least he’d have more problems to deal with before he could leave these responsibilities behind. “Thank you, Victoria. I’m sure your help will be critical.”

She shook her head. “Don’t thank me. I’m not doing it for you.”

“Thanks, anyway. Do you want to discuss the upcoming battle?”

“You’ll be fine. You always are.”

His temper threatened to explode. “Dammit, the last thing I or anyone else in this fleet needs is for me to become overconfident! I’m going to try to minimize our losses, but this battle will not be simple or easy or painless!”

Rione smiled in an infuriating manner. “See? You already know that. You don’t need me to tell you. Anything else?”

“Yes,” Geary stated between gritted teeth. “How about whether we should go to Anahalt or Dilawa afterward?”

Rione spread her hands in a dismissive gesture. “Follow your instincts, Captain Geary. They’re much better than mine, at least while we’re still in Syndic space.”

“I’d still like your opinion on whether or not we can trust that Syndic CEO.”

“Of course you can’t. But that doesn’t mean she isn’t being truthful this time. See if what she said about Dilawa matches the Syndic star-system records we’ve captured.” Rione turned to go, then spoke over her shoulder. “That’s my political advice. If you want military advice, go ask your captain for her opinion. It’ll give you two another professional opportunity to huddle close together.”

He watched Rione walk away, without saying anything else that might have just invited another parting shot.

FOUR hours until contact with the Syndics. The Alliance fleet and the Syndic flotilla were less than fifty light-minutes apart, each force moving at point one light speed, their combined rate of closure at the point two light speed maximum for effective targeting. He could now see what the Syndic ships had been doing just less than an hour earlier, just as they could see the status of the Alliance fleet that long ago. It was still too early to set his combat formation, too early to let the Syndic commander know how Geary planned to meet the enemy.

“Captain Geary? There’s something we need to show you.”

He acknowledged the message from Captain Desjani and headed for the compartment she’d called from, trying not to look apprehensive as he passed members of *Dauntless’s* crew. Despite the need to concentrate on the upcoming battle, Geary had been constantly distracted by worries about what his internal enemies might do. It sounded like they must have tried striking again.

The compartment proved to be one of the primary-systems control stations, apparently confirming his fears. As the hatch sealed behind him, Geary saw Desjani, the lieutenant commander who was *Dauntless’s* systems-security officer, and the virtual presence of Captain Cresida. “What is it this time?”

Desjani and the lieutenant commander both looked at Cresida, who gestured toward some of the system modules behind her. “I’d been thinking, sir,” Cresida began. “Trying to figure out how the aliens could be tracking us. The business with the worms got me wondering about our systems, about whether anything else could be hidden in them.”

Geary frowned. “The aliens? This isn’t about a new worm generated from somewhere within the fleet?”

“No, sir. We found something that couldn’t have come from internal sources. We had to get Captain Desjani’s systems-security officer involved.”

“It *couldn’t* have come from the inside?” Geary gave Desjani and her systems-security officer a puzzled look. “But you found something else?”

Cresida nodded. “Yes, sir. What I was wondering was, if something else *was* there, something that let the aliens track our movements, how could it still be hidden? It would have to be something unlike anything we’ve used or tried to use if our security scans missed it. So I’ve been looking at different things, just off-the-wall stuff, seeing if anything unusual or unexpected showed up anywhere inside our systems.”

Desjani’s systems-security officer tapped a control, and a virtual display popped up beside him, showing a weird image of what looked vaguely like overlapping waves with fluctuating boundaries. “This shows commands being sent through the navigational system, sir,” he explained. “Not the code, but the actual electron signal propagation. It’s a representation, of course, rendered in terms understandable to us.

What Captain Cresida found was that the commands had something else piggybacking on them.” He indicated the fluctuating tops and sides.

Cresida pointed to them as well. “I don’t know how they do it, but somehow they’re encoding a worm using self-sustaining probability modulation on a quantum scale. Every particle making up this signal has quantum characteristics, of course. Well, the aliens have imprinted some kind of program on those characteristics. I know it’s not natural because there should be probabilistic variation in how these actions are occurring on the quantum boundaries of the particles making up the signal. There isn’t. It’s following patterns. We can’t tell what those patterns do, or how they do it, but it’s definitely something that shouldn’t be there.”

Desjani nodded toward the display. “We think we’ve found our alien spy, Captain Geary.”

“I’ll be damned. This is in the navigational systems?”

“And the communications systems. We’re still screening the other systems but haven’t found anything like it, yet.”

Geary stared at the display, amazed. “It’s set up to know where we’re going and tell someone else. Can this thing send messages at faster-than-light speeds?”

Cresida made a frustrated gesture. “I don’t know! I don’t know how it works at all, let alone what it can do. I just know it’s not supposed to be there.”

The lieutenant commander spoke up. “Naturally, none of our security programs or firewalls could spot this. It’s, uh, alien to them, if you’ll pardon the term.”

“There’s nothing we can do about it?” Geary demanded. “We just have to leave this thing infesting our systems?”

That drew a fierce smile from Cresida. “No, sir. I may not know how it works, but I know how to kill it.”

“That’s the first time I ever heard you talk like a Marine, Captain Cresida. How do we kill it?”

Cresida indicated the wavery boundaries again. “I’m sure we can generate quantum wave patterns that have opposite characteristics to these waves. In effect, using destructive interference to cancel out the modulated overlays. We don’t have to know what the pattern does or how it’s sustained to create a very short-lived negative image of it. Once the overlays go to a zero probability state, none of them should reappear except in rare random pieces that couldn’t possibly function.”

Geary frowned in puzzlement. “How could even random pieces reappear if they’ve been reduced to zero probability?”

“It’s . . . a quantum thing, sir. It doesn’t make sense to us, but that’s how things work on that level.”

The systems-security officer nodded. “In effect, sir, Captain Cresida has suggested creating an antiviral program using quantum-probability-pattern detection

and cancellation. It's a totally new concept, but the actual creation of the program is well within our capabilities."

"Thank you, Captain Cresida. I don't think I'm exaggerating when I say that all humanity is in your debt. I want Lieutenant Iger in intelligence briefed on this, too. Any ideas how it got into our systems?"

The others exchanged glances, then Desjani answered. "I've been thinking about it since Captain Cresida showed me this. You suspect the hypernet gates were the products of aliens' technology, sir. *Dauntless*, like every other ship in the fleet, has an Alliance hypernet key on board that carries its own operating system."

Cresida's eyes widened. "Which interfaces with the ship's navigational system. You could be right. We'll get into the keys and see what we can find."

The systems-security officer frowned this time. "But if it is coming from the hypernet key, do we dare sanitize the key? It could somehow bear on the proper functioning of the key."

"Very good point," Cresida agreed. "We'd have to tread very carefully there. But we can set up an antiviral screen between the key and the rest of the ship's systems once we get the program working."

"Do it now," Geary commanded. "If you need anything, and you're not getting it, make sure I know."

"Yes, sir, but I'd like to wait until after the battle to start."

"The battle?" Geary almost slapped his own forehead. Between concerns about internal enemies and hostile aliens, the actual looming battle had slipped his mind for a moment. "Yes, of course, after the battle. And if anything else about this comes up that doesn't have to be dealt with until after that, wait to tell me." *I can't risk being that badly distracted again. A lot of ships in this fleet could die if I'm not focused on the most imminent threat.* What Cresida had found wouldn't have any effect on the outcome of this engagement, but it would make a very big long-term difference in the aliens' ability to intervene again on the side of the Syndics. *We're figuring out your tricks, you bastards. And when we've figured out enough of them, we're going to discuss this war with you and what humans do to nonhumans who try to manipulate them.*

ONE hour to engagement range if both forces continued on their current course and speed vectors. Now Geary could see the Syndic formation as of twelve minutes ago, still in its rectangular box shape, one of the short sides facing the Alliance fleet like a hammerhead rushing to strike. "Ready?" he asked Desjani.

"Now?" Her eyes were already locked on the enemy formation.

"Yeah, I couldn't do it earlier without acting uncharacteristically, but I need to give the Syndic CEO commanding that flotilla time to see what I'm doing so I'll have time to see how they react." Geary tapped his controls. "All units in the Alliance

fleet, assume stations in Formation Echo Four at time three zero, formation stations to form relative to flagship *Dauntless*.”

At time three zero, the big Formation Delta the fleet had been in broke apart, warships weaving everywhere in a complex dance as they proceeded to stations in five subformations. “This is like the formation you used in Lakota the first time,” Rione noted, as the shapes became apparent.

“Sort of,” Geary confirmed. “The coin-shaped subformations are very flexible. I can pivot each of them easily because of the shape and the smaller size. But they’ll be arrayed differently than in the Echo Five we used at Lakota.” Four coins were forming up in a diamond shape, their broad sides facing the enemy. In the open center of the diamond but farther back, a larger coin centered on *Dauntless* also faced the enemy.

“Are the auxiliaries bait again?”

“No. I’m trying to protect them. I’ve got them in the back of my part of the formation because I have to do something with them, and if the Syndics try to go after our auxiliaries there, they’ll have to run a very nasty gauntlet to get near them.”

He waited, everyone waited, as the minutes crawled by and the Syndics raced closer. Surely the Syndic commander wouldn’t simply charge up the middle. But the Syndic wasn’t maneuvering, wasn’t aiming for one part of the Alliance fleet. Twenty minutes to contact. Fifteen minutes to contact. Was the Syndic paralyzed with indecision, stupid, or carefully waiting until the last possible moment to shift his formation’s course?

It was getting too close, and the Syndic box could still veer up, down, or to the side against any single Alliance subformation. Geary knew he couldn’t wait any longer. He mentally split the difference between possible Syndic actions, figuring out Alliance maneuvers that were particularly tricky because of the way momentum would affect course vectors after changes in heading. Hoping he’d gotten it right, he called out orders. “Formation Echo Four Two, turn together and alter course to port zero eight five degrees up one zero degrees at time one five.”

That would cause Echo Four Two to change from a flat formation like an onrushing wall with all ships facing forward, into a knife-edge with the ships facing the thin edge, slicing left and up across the space the Syndic flotilla should cross about the same time. “Formation Echo Four Three, turn together and alter course to starboard zero eight one degrees, down one zero degrees at time one six.” The same thing, only with the subformation on the left side of the diamond slicing to the right and down.

He had to take a breath before calling the next two orders. “Formation Echo Four Four, turn together and alter course up zero nine zero degrees at time one seven. Formation Echo Four Five, turn together and alter course down zero nine five degrees

at time one eight.” That would bring the top and bottom of the diamond slashing across the center as well.

Now for the biggest single portion of the fleet, the large trailing formation containing *Dauntless* and the auxiliaries. “Formation Echo Four One, pivot down zero nine zero degrees around flagship *Dauntless* as guide and alter course up zero one zero degrees at time two zero. All units in the Alliance fleet fire missiles and hell lances as the enemy enters engagement envelopes.”

Desjani raised both eyebrows as she absorbed the orders. “If he keeps coming up the middle, we’ll nail him.”

“Let’s hope he does.” Geary stared at his display, where the Syndics were charging closer at tens of thousands of kilometers per second. His image of the enemy was now almost real-time, only a few seconds delayed by the time required for light to cross the distance between opposing forces.

“Damn. There he goes.” The ships in the Syndic box had all angled upward slightly at the last possible moment, aiming to hit the Alliance subformation at the top of the diamond.

But that formation wasn’t there anymore, already turning, momentum carrying it in a wide curve down and toward the Syndics. A Syndic barrage of missiles followed by grapeshot tore toward the expected location of the Alliance subformation, but instead of meeting the Alliance ships the grapeshot met empty space. The Syndic missiles curved into stern chases, trying to catch up with targets that had dodged to one side.

But the Syndic flotilla had made a much smaller course change, so that successive Alliance subformations had crossed near the path of the Syndics moments before the enemy, volleying out missiles of their own. Most of the Alliance specters smashed into the leading edges of the Syndic formation, wreaking havoc with the lighter warships and pummeling the battleships and battle cruisers in that part of the Syndic box.

“Damn,” Geary repeated under his breath. The change in the Syndic course hadn’t been very big, but it had been enough. The Alliance subformations had avoided getting hit by the Syndics, but were also out of hell-lance range as the Syndics cleared the missile barrage. At least he hadn’t wasted any of his fleet’s limited supply of grapeshot.

The same wouldn’t be true as the Syndic box encountered the big trailing Alliance formation.

The Alliance auxiliaries, which had been at the back of the formation, had pivoted to the top as the Alliance wall rotated flat and angled upward, protecting them from the fire of the Syndic warships that would pass just under the Alliance ships. “You called this one dead-on,” Desjani murmured, her eyes still fixed on her display.

“Maybe too close,” Geary replied, hastily triggering his command circuit. “Alliance ships in formation Echo Four One, employ all weapons, including grapeshot.”

Dauntless and the other Alliance warships with her hurled out their missiles, followed by tightly packed fields of ball bearings. The Syndic box actually had more warships in it than the Alliance formation with *Dauntless*, but almost every Alliance ship in the flat-coin formation could engage the Syndics, whereas only the upper layers of the Syndic box could fire on the enemy.

The warships in the upper part of the Syndic box staggered as they hit wave after wave of Alliance missiles, followed by wave after wave of grapeshot as the length of the enemy formation shot past under the length of the Alliance almost horizontal plane, the formations almost touching as the rear of the Alliance warships passed the enemy. The Syndics hadn't had time to reload the missile launchers they'd used against the first Alliance subformation, but pumped out their own barrage of grapeshot.

In the tiny fraction of a second in which this was happening, hell lances also flashed out, hitting shields weakened by earlier hits and warships whose shields had suffered failures under the blows.

Geary knew he couldn't take time to evaluate the results of the clash, so even as *Dauntless* was still shuddering from hits and her watch-standers were calling out damage reports, he sent out more orders. “Formation Echo Four Two, turn starboard one one zero degrees up zero two degrees at time two four. Formation Echo Four Three turn port one one eight degrees up one six degrees at time two four. Formation Echo Four Four turn starboard zero five degrees down one three one degrees at time two five. Formation Echo Four Five turn starboard zero eight degrees up one five two degrees at time two five.” He gasped a breath and kept going. “Formation Echo Four One, turn starboard zero three degrees up one six zero degrees at time two five.”

The combined maneuvers should all bring the five pieces of the Alliance fleet up, down, over, and around and back toward the Syndic box. As he saw what the Syndics were doing, he'd have to adjust his orders, but for now it was enough to order his ships onto the right general headings.

Finally, with a moment to check the results of the encounter, Geary steadied himself as he checked the ship status reports. Most of the Syndic missiles that had chased Formation Echo Four Five had been destroyed by Alliance defenses as they tried to catch up with their targets, but a number had made it through. The heavy cruiser *Gusset* had lost propulsion, the light cruisers *Kote* and *Caltrop* had been knocked out, the destroyer *Flail* blown apart by several hits, and the battle cruisers *Intrepid* and *Courageous* had suffered damage but were staying with the formation.

The brutal exchange of fire between Echo Four One and the Syndic box had cost

the Syndics more than it had the Alliance, but the destroyers *Ndziga* and *Tabar* had been destroyed, the light cruiser *Cercle* riddled into wreckage, and the heavy cruisers *Armet* and *Schischak* both put out of commission. The scout battleship *Braveheart* had lost all of its propulsion and weapons and fallen away from the formation as well. Many other Alliance ships had taken damage, though the battleships had naturally suffered the least.

The front edges of the Syndic formation had taken the brunt of missile volleys, then the top had fought the close engagement with Echo Four One. The Alliance advantage in numbers had told, particularly against the most heavily outnumbered Syndic light cruisers and HuKs. Of the twenty-five light cruisers the Syndic force had entered the battle with, twelve were destroyed or too badly damaged to fight, while the Syndic's forty-two HuKs had lost almost twenty of their number. Five Syndic heavy cruisers were out of the battle. Best of all, four Syndic battle cruisers were out of action, one destroyed and three badly torn up. In addition, one Syndic battleship had lost most of its propulsion and was falling back as the Syndic formation began curving to one side for another strike at the Alliance ships.

I bungled that, Geary thought bitterly. The Syndic commander reacted so late I couldn't concentrate my attack properly.

Desjani seemed cheerful, though. "Look at the damage on them! They won't be able to survive another run like that."

Geary didn't answer, focusing on the movement of the Syndics. They were still coming around in the huge turn necessary when ships were moving at point one light speed, but he felt certain they were aiming to hit Echo Four One again, perhaps hoping to get some shots at the Alliance auxiliaries this time. He snapped out orders to the other four formations, bringing them in to cross the track the Syndics would follow to intercept Echo Four One once more, his tone drawing a wary look from Desjani.

This time he'd guessed right. As the tattered Syndic box came toward Echo Four One from port and slightly below, the other four Alliance subformations ripped past close ahead of it in quick succession, each pass inflicting more damage on the leading Syndic units so that the front of the Syndic box kept getting shredded and replaced by the warships behind it. More enemy heavy cruisers, light cruisers, and HuKs exploded, broke apart, or simply fell away with critical systems destroyed. Two more Syndic battle cruisers reeled out of the formation, followed by a third, while the forwardmost Syndic battleships took more and more hits.

The Syndics could only hit back at each Alliance formation once, and while they scored some hits, they failed to inflict serious damage on any ships.

"Echo Four One," Geary ordered harshly, "turn port zero eight degrees up one four degrees at time four three."

The Syndic box kept on course. Either the Syndic commander hadn't spotted the Alliance maneuver in time or his flagship had been damaged and couldn't communicate orders quickly enough. The Alliance formation centered on *Dauntless* swept over the top edge of the frayed front of the Syndic box, this time able to repeatedly hit the Syndic ships there while taking much less fire in return.

Desjani uttered a small whoop of pleasure as a Syndic battleship exploded in the wake of Echo Four One's firing pass, followed by the core overloads of another battleship and one of the surviving battle cruisers.

But Geary just stared at his display, trying to rebuild his picture of events and how to bring the different pieces of everything together again. The Syndics were coming around to starboard now, angling slightly down. Alliance fleet subformations were swinging outward on four widely different vectors, their distances from the flagship varying. Geary tried to keep it all straight, tried to coordinate the actions of his subformations, and found it slipping away. He'd been rattled by his failure to call the maneuvers right on the first pass, and now the movements and the necessary maneuvers through different levels of time delay had grown too hard to grasp. But he couldn't just release the fleet for general pursuit. Not yet. All of his ships would swarm toward the Syndic flotilla in a wild melee that would drastically increase the risk of collision and negate a lot of his advantages in numbers and firepower. Nor could he count on handing the movements of the subformations over to the artificial intelligence in the maneuvering system, because that would focus on predictable highest-probability moves and therefore be predictable itself as well as probably in error.

He didn't realize he was staring wordlessly at his display, trying to get his mind around the complexity of the situation, as precious seconds ticked by. But then Rione was hissing a question in his ear. "What's wrong? Our losses aren't that bad."

"Too complicated," Geary whispered. "Can't coordinate . . ."

"Then trust your subordinates, Captain Geary!" Rione whispered back angrily. "Let the commanders of your subformations maneuver their own forces while you handle this one!"

Damn. She's right. Why do I think I have to do this myself? I chose subformation commanders I could trust to do a good job, and now I'm not trusting them. "Captain Duellos, Captain Tulev, Captain Badaya, Captain Cresida, maneuver your subformations independently to engage the enemy."

The complexity overwhelming him shrank to manageable levels as Geary's problem narrowed down to maneuvering his own piece of the fleet and keeping an eye on what the other subformations were doing. He swallowed, feeling in control of the situation again, then realized he'd regained control of everything by not trying to control everything personally. *Remember that. This isn't a one-person show. You were*

starting to think you were Black Jack, weren't you?

he chided himself. "Echo Four One, turn port one seven five degrees, down two one degrees at time five seven."

Absurdly, even though the battle was continuing, everyone on *Dauntless's* bridge seemed to relax. It took Geary a moment to realize that his own anger and distress had been throwing off the others. He forced himself to look around with a smile. "Well done so far. Let's finish the job."

Captain Desjani completed ordering some priorities for repairing the damage *Dauntless* had taken in the first encounters with the enemy, then smiled at him like a lioness who was anticipating kills. "They should have run after the first pass. If we can get their formation to break now, their remaining units won't last long."

"Maybe we can help that along." Geary gestured to Desjani. "Can I get a circuit up to contact the Syndic flotilla?"

Desjani raised one eyebrow, then pointed a finger at her communications watch-stander, who tapped rapidly for a moment and nodded in confirmation, holding up four fingers. "You have it, sir. Channel four."

Letting out a calming breath, Geary activated the circuit, trying to speak with casual confidence.

"To all warships in the Syndicate Worlds' flotilla engaged with the Alliance fleet, this is Captain John Geary, acting commander of the Alliance fleet. You are doubtless expecting reinforcements in the form of the large Syndicate Worlds' force this fleet encountered at Lakota about two weeks ago. Be advised that we destroyed that force in its entirety. It won't be showing up here or anywhere else. I urge you to surrender now and avoid further senseless loss of life."

That brought another smile from Desjani. "You're probably going to hurt their morale."

"That's the idea."

"I'll see what more *Dauntless* can do to hurt them physically." Echo Four One had come around again, approaching the frayed Syndic formation at a high angle this time.

Before Echo Four One could reach the Syndics, Echo Four Three and Echo Four Five hit the front of the battered box again, leaving another enemy battleship drifting in their wake.

"Use the rest of the grapeshot," Desjani ordered her combat-systems officer as Echo Four One and the Syndic formation raced toward each other again.

Another flash of contact, then Geary watched the fleet's sensors evaluating damage to the Syndics as Echo Four Two and Echo Four Four came in from above and below the Syndic box.

The three remaining Syndic battle cruisers had lost all shields and were lashing

out frantically at extreme range as the next two Alliance subformations approached. Only six heavy cruisers remained with the box, the rest of their number scattered in various states of destruction along the path the Syndic formation had taken through space. Five light cruisers and a dozen HuKs also had survived. The core of the Syndic formation remained its battleships, five of which were still in good shape.

Geary barely had time to hope that the commanders of Echo Four Two and Echo Four Four didn't push their luck too far against the five battleships when his subformations made their latest firing runs, tearing past so close to the Syndics that Geary felt a momentary spurt of fear.

In the wake of the latest Alliance assault, one more Syndic battleship staggered away from the box formation and two of the three battle cruisers were gone. But *Courageous*, *Incredible*, and

Illustrious had taken serious damage, the heavy cruiser *Gusoku* had blown up, and the destroyers

Cestus and *Balta* were also gone. "This battle is not going well," Geary muttered to himself.

But Desjani heard. "The Syndics aren't making mistakes," she agreed. "But it won't save them.

One more firing run—"

"They're breaking!" the operations watch-stander shouted exuberantly.

"Thank you, Mr. Gaciones," Desjani replied. "I can hear without you yelling."

As the embarrassed watch-stander turned back to his duties, Geary watched on his display as what was left of the Syndic box finally disintegrated. Two of the battleships stayed together, and three HuKs clung to their protection, but every other Syndic ship bolted in different directions, seeking to outrun any Alliance pursuit.

That simplified things. "All ships in Echo Four Two, Echo Four Three, Echo Four Four, and Echo Four Five, general pursuit. Break formation and engage any enemy targets of opportunity.

Echo Four One will engage the two battleships that have remained in company."

Which was easier said than done given the time and space needed to turn the warships of Echo Four One, but the Syndic battleships were too close and too cumbersome to be able to outrun pursuit. As Echo Four One swung around, Geary watched the rest of his subformations fragment so fast it looked like they'd been blown apart by some huge blast. Individual Alliance warships locked on to Syndic warships and leaped onto firing runs, each surviving Syndic ship becoming the target of many Alliance strikes. On the display, the projected paths of the Alliance warships formed a tangled web from which the Syndics were frantically trying to escape.

"What the hell are *Brilliant* and *Inspire* doing?" Desjani demanded of no one in particular.

Geary looked. The two battle cruisers had broken away from their formation and from

Opportune, the other battle cruiser in their division, and were accelerating toward intercepts with the two Syndic battleships. His anger at the costs of this engagement flared up again. *We've already lost enough ships today, but those idiots are ignoring my orders and going one-on-one with battleships.*

"They'll get there well ahead of us," Desjani protested, her disappointment clear. "But why?"

They can't take down even one of those battleships on their own."

"No," Geary agreed. He tapped his controls harder than usual. "*Brilliant, Inspire*, this is Captain Geary. Break off your firing run on the pair of Syndic battleships."

He waited. He checked the distance and how much time it would take his message to reach those two battle cruisers and for an answer to come. But no reply came, and both battle cruisers continued on their charge. Then he realized that *Opportune* had come around and was trying to catch up with *Brilliant* and *Inspire* as she also headed for an intercept of the Syndic battleships.

This time he needed several slow breaths to calm himself before calling the ships again.

"*Brilliant, Inspire*, and *Opportune*, you are ordered to immediately break off your firing pass on the two Syndic battleships."

More time passed as Echo Four One lined up for its own run on the Syndic battleships. "There's not enough time to get another message to them," Desjani noted.

Geary felt his jaw hurting and tried to relax it as he watched three battle cruisers conducting a senseless charge against superior forces.

Brilliant and *Inspire* shot past the two Syndic battleships, concentrating their fire on one of the battleships and passing close enough to unleash their null fields as well as hell lances and what must be their last grapeshot. The shields on the targeted battleship flared repeatedly but held until the second null field penetrated enough to take a chunk out of one propulsion unit and slow the battleship.

But the Syndics had also concentrated their heavier fire, and *Brilliant* staggered away with very serious damage, its own propulsion systems shot up and most weapons out of commission.

Then *Opportune* came in alone, one battle cruiser facing the fire of two battleships. Syndic hell lances crashed the Alliance battle cruiser's shields, then ripped into *Opportune*. Only momentum saved the ship as she tumbled away from the Syndic warships, horribly damaged.

"If *Opportune*'s commanding officer is still alive, I'm going to kill him," Geary vowed, thinking of how many Alliance sailors must have just died on that ship for no reason.

“Six months ago I might have applauded him,” Desjani remarked in wondering tones. “Now I see how senseless it was. What’s the point of bravery that only aids the enemy in destroying you?” Her voice changed, hardening. “All right, *Dauntless*,” she called out to her bridge, “let’s make those Syndics sorry for what they did to *Opportune*.”

The three battle cruisers had weakened the shields on the Syndic battleships, though taking much worse harm in exchange. The warships of Echo Four One now hit the Syndics over and over again as the formation raced past, knocking the battleships’ shields out completely, the four Alliance battleships with Echo Four One administering the death-blows that turned one of the Syndic battleships into drifting wreckage and knocked out most of the systems on the other. “All warships in Echo Four One, general pursuit. Break formation and engage targets of opportunity.”

Geary switched to an internal circuit. “Lieutenant Iger, I want to know if any of the escape pods out there hold any Syndic CEOs. See what you can find out.”

It had been a messy, painful battle. But the Alliance fleet had still paid far less than the Syndics.

As he watched the wreck of *Opportune* tumble through space, Geary couldn’t find much comfort in that.

ELEVEN

“WE can’t save *Opportune*.” Captain Tyrosian shook her head unhappily. “Too much damage, too many systems out. Even if you wanted to tow her, we’d have to linger here for several days reinforcing damaged parts of the hull, or the ship would break apart.”

Geary checked a report that he’d already brought up, listing casualties in the fleet. *Opportune*’s commanding officer and executive officer were dead, along with close to 40 percent of the rest of her crew. He looked at the deck for a moment, not having to fight down anger now because he was filled with despair at the waste. Then he nodded. “We’ll scuttle her. Get anything off her that we can pull off easily and that we’ll need for the other battle cruisers. You’ve got four hours while the rest of the crew is evacuated.”

“Yes, sir. What about *Braveheart*?” Tyrosian asked. “We’re not sure why she’s still in one piece and expect what’s left to come apart at the first stress, but I have to ask.”

“Yeah. We’ll blow up *Braveheart*, too.” The scout battleship division was now down to a single ship, *Exemplar*. “How about the other badly damaged ships?”

Tyrosian frowned as she looked to one side, checking reports on her own display. “Heavy cruisers *Gusset* and *Schischak* are already under way again though they won’t be combat-capable for a while, and *Gusset* really needs a major yard period to repair her damage. Light cruiser

Caltrop has lost a lot of systems but can keep up with the fleet. Four of the battle cruisers,

Courageous, *Illustrious*, *Brilliant*, and *Intrepid*, have a lot of damage. *Courageous* and *Brilliant* in particular are barely combat-capable, but we’ve repaired enough propulsion units on them.”

“Thank you, Captain Tyrosian.” Geary slumped backward as Tyrosian’s image vanished, thinking about the fact that of the four battle cruisers Tyrosian had just mentioned, three were commanded by senior captains who were also in charge of battle-cruiser divisions. Clearly the old spirit of *damn the grapeshot, full speed ahead* was still alive and well even among people he thought knew better by now. At least the fact that the Alliance fleet had retained possession of the field of battle allowed those ships to be recovered. If the fleet had been forced to retreat, all four of those battle cruisers would have been lost, too.

His stateroom hatch alert chimed, and Captain Desjani entered, looking worn but triumphant.

Geary had to remember that by the standards of battles in the last several decades even this victory he thought of as costly was actually quite cheap. “We’ve got a

Syndic CEO, Captain Geary,” Desjani reported. “Not the one in overall command, who died on one of the battle cruisers that blew up, but her second in command.”

“I guess we should be grateful that a Syndic commander who made so few mistakes won’t be around to fight anymore, ” Geary noted. “How badly was *Dauntless* hurt?”

Desjani’s triumph faded into pain. “Twenty-five dead, three others critically injured, but we hope we can save them. We lost an entire hell-lance battery, and I’m not sure we can get it working again no matter how much duct tape and prayer we use.”

Geary nodded, feeling a little numb. “If you want anyone off *Opportune* to make up for *Dauntless*’s losses, let me know.”

This time Desjani grimaced. “*Opportune* is a write-off? Damn. I saw that her captain is dead.”

“Thanks to following the example of Captains Caligo and Kila on *Brilliant* and *Inspire*,” Geary added bitterly.

“If I may ask, sir, what are you thinking of doing about that?”

He gave her a searching look. It sounded like Desjani had carefully phrased her question. “I have a nasty suspicion that you’re going to tell me that the fleet thinks they did something admirable.”

Desjani hesitated, then nodded. “Yes, sir. Closing on the enemy with no regard for the odds, that sort of thing. In the eyes of the fleet, they were justified in disregarding your orders.”

“Meaning the fleet would be appalled if I disciplined them.” Geary shook his head. “I thought . . .”

“That we’d learned?” Desjani asked. “We are learning, sir. But we need to keep that spirit of being willing to fight no matter what, too. And you know how hard it can be to change what you believe in. This is the opposite of what Casia and Yin did. They disobeyed orders so they could

avoid battle. Caligo and Kila disobeyed orders so they could fight. Everyone condemned Casia and Yin, but if you try to treat Caligo and Kila as if they did the same, very few will agree with you. I respectfully suggest you tread carefully in dealing with them, sir.”

“Yeah. Thanks for the good advice.” A very-high-profile action during a battle, one designed to draw admiration from the fleet as a whole, and one which lured a fellow ship to its destruction as the price of that admiration. He didn’t like where that line of thought led, that Caligo’s and Kila’s behavior bore some disturbing resemblances to the thinking of whoever had planted worms in the fleet. But that

wasn't even close to being evidence of their involvement in that sabotage. He needed to think this through, discuss it with Rione. "It's not like I didn't make plenty of mistakes myself this time."

Desjani frowned at him. "The first pass didn't work out perfectly, but everything else went right." He didn't answer, and she frowned deeper. "Sir, you keep telling me that you're not perfect, but right now I can tell that you're condemning yourself for not being perfect. With all due respect, you're being inconsistent and overly hard on yourself."

For some reason Geary found himself smiling crookedly at her. "With all due respect? How would you say that if you weren't being respectful?"

"I'd tell you that you were being an idiot and that you can't afford to let a misstep destroy your confidence. Sir. Which of course I'm not saying."

"Because that wouldn't be respectful?" Geary asked. "It sounds like something I should listen to, though. Thanks. Where's this Syndic CEO?"

"His escape pod was picked up by *Kururi*, which is bringing him to *Dauntless*."

"Good. Please ask Lieutenant Iger to let me know when our visitor is ready for a chat with me.

"I'd like you there, too." Desjani nodded. "And Co-President Rione."

Desjani's expression closed down completely. "Yes, sir."

He'd figured out that when Desjani said "yes, sir" to him, it could mean a lot of different things, but agreement wasn't one of them. "Tanya, she's an important ally. She understands things we don't. She's a politician. This Syndic we're going to be dealing with is also a politician."

"So they speak the same language," Desjani stated in a way that made it clear that she thought Rione and the Syndic CEO shared many other qualities. "I understand why she might be useful, then. I will inform Lieutenant Iger of your wishes, sir."

THE Syndic CEO in the interrogation room was doing his best to put up a good front, doubtless worried that video of him might be broadcast to the Syndicate Worlds for propaganda purposes.

His impeccably tailored uniform bore signs of the CEO's escape from his last ship, and his appearance was rumpled even though his haircut still looked like it had cost as much as a destroyer. Geary glanced at Lieutenant Iger. "Find out anything?"

Iger nodded, a small smile showing. "Yes, sir. He didn't say anything, of course, but I tracked his reactions, including his brain scans as he listened to my questions. He denied knowing anything about an alien intelligence, but I saw fear spikes when I asked."

"Fear?"

"Yes, sir," Iger repeated firmly. "No doubt at all. *This* CEO, at least, is frightened of those things."

“Are we sure it’s not the question that frightened him?” Rione asked. “The possibility that he might give away a very important secret?”

“Or just that we know enough to ask the question,” Desjani added.

Iger nodded respectfully to both women. “I asked the question different ways, Madam Co-President, and watched exactly what parts of his brain lit up. Captain Desjani, his nervousness did increase a great deal when I started asking those questions, but that registered differently than just concern over us knowing. See these records?” The lieutenant tapped controls and brought up images of the Syndic CEO’s brain, images that hovered in the air before them. “See here? That’s the area concerned with personal safety. This area reacts to deception planning, which is when he’s working out a lie. You can see how as I asked variations on the questions, his reactions differed.” The images flared and dimmed in different areas. “He’s got a very deep-seated fear when the topic is raised, something that triggers some of the most ancient portions of the human mind.”

“Fear of the unknown, fear of the stranger?” Geary asked.

“That sort of thing, yes, sir,” Iger agreed.

“But outwardly he’s claiming to know nothing.”

“Yes, sir.”

Geary looked over at Rione and Desjani. “I think I should go in there and talk to him. Lieutenant Iger can monitor his reactions. Should one or both of you go with me?”

Desjani shook her head. “I’d rather watch from here, sir. It’s hard enough to keep from busting through that wall and locking my hands around the neck of that Syndic bastard as it is.”

Rione frowned, though in thought rather than directing the expression at Desjani. “I think you should try just you first, Captain Geary. One-on-one, he may be a little more prone to speak. If it seems right, I can always come in and apply whatever pressure or encouragement an Alliance politician can add.”

“All right.” Iger came close to him and, with a mumbled apology, carefully attached something tiny behind one of Geary’s ears. “What’s that?”

“A short-range comm link operating on a frequency that won’t interfere with the interrogation equipment,” Iger explained. “We’ll provide you with whatever the equipment shows of the Syndic’s reactions as you speak to him. It’s effectively invisible, though if the CEO knows anything at all about interrogations, he’ll assume you’ve got a link to whoever is monitoring him.”

A few seconds later, Geary stepped into the interrogation room, sealing the hatch behind him.

The CEO sat in one of the two chairs the room boasted, both fastened securely to the deck. As Geary walked toward him, the CEO stood up, his movements abrupt

with fear. “I am an officer of the Syndicate Worlds, and—”

Geary held up one hand palm out in a forestalling gesture, and the CEO broke off his speech but remained standing. “I’ve heard variations on that plenty of times,” Geary informed the CEO. “It doesn’t seem to have changed much in the last century.”

That made the CEO twitch slightly in spite of himself. “I’m aware that you have identified yourself as Captain John Geary, but—”

“But, nothing,” Geary broke in. “I know your superiors have already done a positive ID on me and confirmed who I am.” He sat down, trying to look totally confident, and gestured the CEO to sit again. After a moment, the CEO did, his body staying stiff. “It’s past time we stopped playing games, CEO Cafiro. These particular games have cost both the Alliance and the Syndicate Worlds terribly in terms of lives lost and resources wasted in a war you can’t hope to win.”

“The Syndicate Worlds will not yield,” the CEO insisted.

“And neither will the Alliance. After almost a century, I assume everybody has figured that one out. So what’s the point? What are you fighting for, CEO Cafiro?”

Cafiro gave Geary a worried look. “For the Syndicate Worlds.”

“Really?” Geary leaned forward slightly. “Then why are you doing what the alien intelligence on the other side of Syndicate Worlds’ space wants you to do?”

The CEO stared at Geary. “There isn’t any such thing.”

Lie, Lieutenant Iger’s voice came to Geary like a whisper in his ear.

He hadn’t really needed that to know it was a lie. “I won’t bother going through all of the evidence we’ve acquired. Some of it the Syndicate Worlds probably aren’t aware of.” Let the Syndic CEO worry about that. “But we know they’re there, and we know the Executive Council of the Syndicate Worlds made a deal with them to attack the Alliance, and we know the aliens double-crossed your Executive Council and instead left you to fight us alone.” That all added up to a lot of educated guesses rather than known facts, but Geary wasn’t going to admit uncertainty at this point.

The Syndic stared back at him, and even Geary could spot the outward signs of his distress without the help of Iger’s equipment. “I don’t know what you’re talking about.”

Partial lie, but he also seemed shocked when you mentioned the double cross. He may not have been aware of that.

Geary gave the Syndic CEO a doubtful look and shook his head. “I understand your name is Niko Cafiro. Second Level Executive Grade. That’s fairly high-ranking.” CEO Cafiro watched Geary with obvious wariness but stayed silent. “High-ranking enough to be second in command of the flotilla we destroyed in this star system.” This time the Syndic’s eyes reflected anger and fear. “We’ve pretty much evened the odds, CEO Cafiro,” Geary stated. “The Syndicate Worlds can’t confront us with overwhelming superiority right now. We’ve destroyed too many of your ships

in the last few months.”

He’s hiding something, Iger’s voice whispered. When you spoke of how many ships the Syndics had, it triggered a cascade of mental reactions.

Meaning what? That more Syndic ships than expected were actually out there, or that this CEO

was just thinking about the battles in which the Syndics had lost so many ships and not wanting to show any reaction that might confirm Geary’s statement? “We’re close to the border with the Alliance,” Geary continued. “A few more jumps, and we’ll be in a Syndicate Worlds’ border system. From there we’ll get home.”

That finally drew an overt reaction. “Your fleet will be destroyed.”

“I’m going to get this fleet home,” Geary repeated evenly.

“Everything the Syndicate Worlds has left will meet you in one of the border star systems and stop you,” Cafiro insisted, though his voice lacked conviction. “This fleet won’t make it back to Alliance space.”

“Maybe they’ll meet me,” Geary agreed. “But the Syndicate Worlds haven’t had a lot of luck with stopping this fleet so far. Besides, you know as well as I do that I don’t need to get the entire fleet home to tip the balance in this war. I only need to get *one* ship back to Alliance space.

The ship carrying the key to the Syndicate Worlds’ hypernet.” CEO Cafiro couldn’t stop a flinch.

“You don’t know which ship that is. How are the Syndicate Worlds going to stop that *one ship* from jumping for Alliance space? And once that one ship gets home,” Geary emphasized, leaning a bit closer, “the Alliance will be able to duplicate that key, and the Syndicate Worlds will have to destroy their gates one by one to keep the Alliance from using them. It grants the Alliance a huge advantage, and you know what can happen when a hypernet gate is destroyed, don’t you?”

It had been a shot in the dark, but Cafiro looked away, visibly upset. “I thought Effroen should have been told.”

“Effroen?”

“The CEO directing the forces left to defend Lakota. She had orders to keep you from using the hypernet gate at all costs, but even though those of us with some inside knowledge of what had happened at Sancere were worried about what would happen if Lakota’s hypernet gate was destroyed, we were overruled.”

He seems to be sincere, Iger advised Geary. There’s some anger spikes as memory areas light up, consistent with recalling events that upset him.

Geary nodded at the Syndic. “Your superiors seem to be willing to run a lot of risks. Very big risks, like the one that got this fleet trapped deep in Syndic territory.”

It . . . it wasn’t *my* plan.”

“The ambush in the Syndicate Worlds’ home system? The double traitor who

offered the Alliance fleet that hypernet key so it would rush into the ambush?”

“Yes! I never would have taken such a risk.”

Geary shook his head. “It looked like a sure thing. You’d have taken it. But it backfired.”

“Because of you!” Cafiro yelled, suddenly red-faced and openly furious. “If you hadn’t shown up—” He stopped speaking, his flush fading rapidly as his face paled with fear.

“Yeah,” Geary agreed. “I showed up.” The Syndic CEO swallowed and stared at him. “Let’s think about it. Someone, if that’s the right word for members of an intelligent nonhuman species, tricked the Syndicate Worlds into starting this war. Your Executive Council screwed up royally and has refused to admit it. Now, the Alliance will soon have the means to nullify the Syndicate Worlds’ hypernet system because your Executive Council screwed up royally *again*. They started the war, and now they’re about to lose it. And you’re remaining loyal to them when you could be talking about ways to minimize the damage.”

Cafiro plainly did think about it, his eyes shifting before he finally spoke. “Are you . . .

negotiating?”

“I’m just asking you to consider alternatives.”

“For the good of the Syndicate Worlds.”

“Right.” Geary nodded, keeping his face calm.

“You want the war to end?” Cafiro challenged.

“You and I both know that humanity faces another enemy. Maybe it’s about time we stopped killing each other the way that enemy has tricked us into doing.”

More thinking, Cafiro avoiding Geary’s eyes again for several seconds. “How can we know you’ll keep your word?”

“There’s proof of that in every star system this fleet has traversed since we left the Syndic home system. Don’t try to pretend you haven’t heard.”

CEO Cafiro pushed his palms tightly together, pressing the tips of his fingers to his mouth as he thought again. “It’s not enough. Not now. I tell you honestly, as long as there’s any chance that you can be stopped, no one will move against the current membership of the Executive Council.”

He’s telling the truth, Lieutenant Iger reported in an astonished voice.

“And when this fleet does make it home?”

The Syndic CEO eyed Geary. “Then the failure will be huge, the costs incalculable, the consequences too serious to contemplate. Even then, the current membership of the Executive Council won’t negotiate. They can’t afford to because that would assign the failure to them.”

Geary nodded, remembering how Rione had stated the same thing.

“But,” Cafiro added, his face hard, “after something like that, the rest of the Syndicate Worlds would not be willing to sacrifice themselves to protect the Executive Council from its failures.”

Ask him if that means revolt, or new members of the Council, Rione urged.

Geary nodded as if to Cafiro, but also to Rione’s words. “Are you saying there’d be a revolt, or that we’d be dealing with new members of the Council?”

Cafiro’s eyes shifted. “I don’t know.”

Lie, Iger advised.

“Let’s say it’s new members,” Geary pressed. “Will they be willing to negotiate an end to this war?”

“Under those conditions? I think so. Depending on the terms.”

Truth, Iger stated.

“Would they work with us to deal with the aliens and stop pretending they don’t exist?”

“Yes, I—” Cafiro flushed red again, this time with apparent self-anger at having finally blurted out an admission that he knew of the aliens.

“We both already knew the truth,” Geary said. “We want the same thing. An end to a senseless war and a united front against something that threatens humanity. That should be grounds for working together.”

The CEO nodded once.

Appeal to his self-interest! Rione demanded. *Not the best interests of humanity or the Syndicate Worlds! His self-interest! He didn’t become a Syndic CEO by being self-sacrificing!*

She had a point. Geary forced a small smile. “Of course, when I speak of working together, I’m talking about with someone we know. Someone who understands the issues.”

His brain’s reward centers are lighting up, Iger observed.

Cafiro nodded again, this time much more firmly. “As you say, we need to think in terms of mutual benefit.”

“Naturally,” Geary replied in an even voice, though he wanted to spit. Why couldn’t Rione have done this directly? But she would have been tarred like any other current Alliance leader with all the hatred and distrust engendered by decade after decade of war. He, the outsider even now, had a different status. But he didn’t know the right words, and Rione wasn’t feeding them to him, maybe assuming he’d somehow know them. Maybe he did. Geary dredged up memories of a superior officer he’d suffered under for a few years, a man who had nearly driven him from the fleet with his politicking and attempts to manipulate those around him. He just had to remember the sort of things that he had said. “The Alliance needs the right people to work with,” Geary stated, emphasizing the word “right” just enough.

Cafiro almost smiled, but his eyes lit with eagerness. “Yes. I know others who could work with me. With us.”

Cafiro favored Geary with a tense smile. “Of course, there’s not much I can do as a prisoner.”

“It seems we understand each other.” More than Geary wanted to. But then this particular Syndic CEO had been ambitious and power-driven, or he wouldn’t have been second in command of that flotilla. It followed that he’d react this way when offered the sort of deal Geary had implied.

Other Syndic CEOs, perhaps less self-centered and more loyal to things other than their personal bottom line (like the CEO in charge of Cavalos Star System), would be far better leaders to deal with. But Geary had to use the weapons he had available.

Even very distasteful weapons. Weapons that were negotiating for their own freedom but hadn’t bothered yet to ask about the fates of other Syndic survivors from the flotilla that had been destroyed. Geary tried to keep his face calm even as he sympathized with Desjani’s desire to choke this Syndic CEO until his eyes popped. “I think it will benefit all concerned if you are released.” *Before I decide to let Desjani in here so we can strangle you together.* He couldn’t resist mentioning the other Syndic survivors in a pointed reminder. “We’ve taken no other prisoners here. Some of the escape pods from destroyed Syndicate Worlds’ warships are damaged but appear able to reach safety.”

“Ah . . . of course,” Cafiro agreed after a brief hesitation.

“The Syndicate Worlds will be hearing from us, CEO Cafiro. After this fleet gets home.” Geary stood up to end the conversation and left the room.

“He’s nervous,” Lieutenant Iger remarked when Geary rejoined the others. “Doubtless wondering whether he’s really going to be released.”

“Will he really stir up trouble for the Syndics if we let him go?” Geary asked Iger and Rione.

Both of them nodded. “Then get him off this ship, please, Lieutenant Iger.”

“Yes, sir. He’ll be back in his escape pod and relaunched within half an hour.”

Geary led Desjani and Rione out of the intelligence spaces. “I think I’d rather deal with the aliens,” he remarked, not sure how much he was joking.

“You might,” Rione replied with absolute seriousness. “If our speculations are right, these aliens acted against us and the Syndics because of their experiences with the Syndic leadership. They might simply want to be left alone or to feel secure against us. Remove the threat of human aggression, and those aliens would have an immense amount of space available to them on their other borders.”

Desjani, talking as if speaking to herself, gazed down the passageway. “Unless there’s something else on *their* other borders.”

Geary frowned, then felt a sudden pang of worry. “If there’s one nonhuman intelligence out there

...

“There could be more. Almost certainly are more,” Desjani murmured. She looked at Geary.

“We have to understand this enemy, and that’s a very important possibility. *They* might feel penned between potential foes. They might even be fighting a war or wars unimaginably far away from our own battles with the Syndics. Maybe they need to keep us tied down because of that, because they need to protect their flanks. Maybe that means we’ve got potential allies against these creatures. Or even worse potential enemies.”

Rione looked like she’d swallowed something unpleasant. “That’s a real possibility. We have no way of knowing if it’s true. There’s too damned much we don’t know.”

“We’ve learned a lot. We’ll learn more.” He hoped that was true, anyway.

THE expanding balls of debris that had been the wrecks of *Opportune*, *Braveheart*, the heavy cruiser *Armet*, and the light cruiser *Cercle* were well behind the Alliance fleet now as it proceeded toward the jump point for Anahalt and Dilawa. Geary had kept the fleet’s speed down to point zero four light to make it easier for badly damaged ships like *Courageous* and *Brilliant* to keep up, hoping they’d soon get more propulsion units repaired. No more attempts to plant worms in fleet systems had occurred. Geary wondered if that was because those responsible for the earlier attempts were busy dealing with damage to their ships, or were trying to find new ways to plant the worms, or were rethinking that tactic after the previous attempts had backfired by alienating most of the fleet. It seemed very unlikely that they’d given up.

He still wasn’t certain which star to jump to next. Nor did he feel like thinking of that at the moment. The fleet had lost a lot of personnel as well as several ships in the latest battle. He’d spent a long time in the fleet at peace, a hundred years ago, and fought one hopeless battle before going into survival sleep. Others had fought countless battles during the next century, growing accustomed to losing ships and men and women in large numbers. Geary had kept trying to avoid dealing with that but realized he couldn’t keep it up. He had to accept the cost that even victories required, and he needed to call up the personnel records, which would tell him the private prices the people he knew now had paid before he had known them. He owed that to them.

Geary called up the personnel files and read through them. Captain Jaylen Cresida. Home world Madira. Her first fleet assignment had been as gunnery officer on the destroyer *Shakujo*. Married five years ago to another fleet officer. Widowed

three years ago when her husband had died aboard the battle cruiser *Invincible* when the ship was destroyed while defending the Alliance star system of Kana against a Syndic attack. Not the same *Invincible* that this fleet had lost at Ilion, but the previous ship to bear that same name.

Cresida had told him that if she died, she had someone waiting for her.

Geary closed his eyes for a moment, trying to dull the pain inside as he read the dry report. Then he read more, forcing himself to confront the costs of this war that had changed the Alliance he knew and helped forge the personalities of the people around him.

Cresida's mother and brother were also casualties of the war, the mother dead when Jaylen had been only twelve. The older brother had died a year before Cresida joined the fleet. Not wanting to tally the losses through the generation before that, Geary stopped looking back through the file.

Steeling himself, Geary pulled up Captain Duellos's file. His wife was a research scientist in a star system safely back from the front line, but Duellos's father and an uncle had died in the war.

His oldest daughter would be eligible for call-up by the draft next year.

Captain Tulev had lost his wife and three children to a Syndic bombardment of their home world.

And Captain Desjani. She'd told him that her parents were still both alive, and that was so.

Desjani did also have the uncle she'd spoken of a few times. But she'd never mentioned the aunt who'd died in ground fighting on a Syndic world. Nor the younger brother dead six years ago in his first combat engagement.

He remembered the young Syndic boy with whom Desjani had spoken when the refugees from Wendig were brought aboard, the way Desjani had treated the boy and the way she'd looked at him as he moved to defend his family. Had she seen her little brother in that boy?

Geary spent a long time staring at the display, then punched in the other commands he'd never had the nerve to face. The records of what had happened to his family.

Gearys popped up. A lot of them. He'd left no wife or children behind, something for which he'd often given thanks. But he'd had a brother and a sister, cousins, an aunt. Most of them had children. Many of those had ended up in the fleet. Geary remembered his grandnephew's bitter words, that it was expected that Gearys would join the fleet. A lot of them had done that, and a lot had died.

He was still sitting there, trying to take it in, when his hatch alarm sounded. "Come in."

Captain Desjani entered, then halted, watching him. "What's wrong?"

“Just . . . reviewing some files.”

She hesitated for only a moment, then came around behind him to read over his shoulder.

Desjani was silent for so long that Geary began wondering what to do, then he heard her speak softly. “Haven’t you seen these before?”

“No. I didn’t want to.”

“We’ve all paid a price in this war. Your family has paid more than its share.”

“Because of me,” Geary ground out. Desjani didn’t answer, apparently unwilling to deny something she had to know was true. “Why didn’t you ever tell me about your brother?”

She was quiet again for a while. “It’s not something I talk about.”

“I’m very, very sorry. You know I would’ve listened.”

The reply took a moment to come. “Yes, and I know you would’ve understood. But I thought you had enough things to worry about. My family’s losses aren’t special.”

“Yes, they are,” Geary objected. “Every single person is special. A hundred years of this, a century of life after life cut short in a war that’s gone nowhere. What a damned waste.”

“Yes.” He felt Desjani’s hand rest on his shoulder and squeeze lightly, the gesture of a comrade sharing pain, and maybe something more.

Geary brought his own hand up to cover hers and grip it. “Thanks.”

“You need everything we can give you.”

Suddenly it all felt like too much. His responsibilities, the pain the war had brought to so many, the feelings for Desjani that he had to keep as hidden as possible. He had to get *Dauntless* home, he had to get that Syndic hypernet key back to the Alliance, but he had to do so much more as well. People expected him to do so much more. Geary felt as if he would drown under the pressure, his only lifeline the hand resting on his shoulder. He dropped his grasp and stood up, facing her. “Tanya . . .”

“Yes,” she repeated, though he wasn’t sure if she knew what it was he couldn’t say, or if she knew and was trying to deflect it. “It’s so much for one man to carry. You will end it, though,”

Desjani stated firmly. “You’ll end this war, you’ll save this fleet and the Alliance.”

Every word felt like a nail in his coffin. “For the love of my ancestors, please don’t give me that speech!”

“It’s not a speech,” Desjani insisted.

“Yes, it is! It’s a fantasy about who I am and what I can do!”

“No. It’s true. Look what you’ve done already!” Desjani gestured to the display. “You can stop this. I know it must be hard to be chosen by the living stars for such a

mission, but you can do it!”

“You have no idea how it feels to have that kind of demand placed on you!”

“I see the effect it has on you, but I know you can handle it. You wouldn’t have been chosen otherwise.”

“Maybe somebody made a mistake!” Geary almost yelled. “Maybe I’m not able to save the entire damned universe by myself!”

“You’re not alone!” Desjani was clearly upset now, her face as she gazed at him twisted with hope, fear, and something deeper, all jumbled together.

“It sure feels like it!” Geary swung his own angry hand toward the display now behind him. “All of those dead, and people expecting me to end that. How can anyone accomplish that? I can’t do this!” Had he ever actually said those last four words to anyone, or had the thought only echoed inside him since he’d been forced to assume command of this fleet?

“What else do you need from me?” she asked desperately. “Of course you need help. Tell me, and it’s yours. I’ll do anything.” Desjani looked appalled as the last words slipped out, and she stared at Geary.

His despair drained away as Geary stared back at her. Something that had been at least partly hidden now lay in the open between them. “Anything?”

“I didn’t—” She swallowed and spoke with obviously forced calm. “I’m without honor now. I know that.”

“Stop it, Tanya. You’ve got honor to spare.”

“An honorable woman would not feel this way about her commanding officer! She wouldn’t speak of it. She would not be willing to—” Desjani bit off her words and stared frantically at Geary again.

He could reach out and have her. Right this very moment. Geary looked down at his hands, thinking of the price so many others had already paid. He’d been willing to use Victoria Rione when she’d offered herself to him, just as Rione had used him. But he couldn’t do that to Tanya Desjani. Even though Desjani and almost everyone else would excuse him for it, justifying to themselves whatever was done by the hero sent from the past. But he couldn’t do that to her. The very thought of it revolted him. That, more than anything, told him that his feelings for her were real, that he wasn’t just reaching out again for any safe port when the storms of his responsibilities grew too rough. “I won’t take your honor,” he whispered.

“You already have it,” Desjani replied in agonized tones.

“No. I’ll take nothing from you that you don’t freely choose to give.”

“It’s *given*. I swear I didn’t seek that, I swear I tried to fight it, but it has happened.”

Geary looked up again and saw her despair. “Either we’ll live to reach Alliance space, or we’ll die on the way. If we live . . .”

Desjani nodded. "I can resign my commission. It won't be enough to return my honor or erase the burden I've put on your own, but—"

"Resign your commission? Tanya, you live to be a fleet officer! You love it! I can't allow you to give that up on my account!"

"An officer who cannot carry out her duties according to regulations is required to —" Desjani began, her face now stiff.

"I'll resign," Geary broke in. "As soon as we get home. I never wanted this responsibility, and once I get this fleet home, no one can demand more of me. Once I'm no longer a fleet officer, your honor can't be questioned, and—"

"No!" Desjani now appeared horrified as she gazed at him. "You can't! You have a mission!"

"I never asked or wanted—"

"It was given to you! Because the living stars knew you could do it!" Desjani backed away, shaking her head. "I can't allow my feelings to influence you this way. Too many people are depending upon you. If I caused you to shirk that mission, I would surely be damned by them and deserving of it. Say you won't do that. Say you didn't mean it." He looked back at her silently. "Say it! If you do not, I swear I shall get this ship home to Alliance space, then go as far from you as human space allows!" Geary struggled for words, and Desjani took another step backward. "If the temptation I offer you has to be removed from this ship now, I'll do that. I'll do whatever I must."

He finally found his voice again. "No. Please. You're *Dauntless's* commanding officer. You belong on her. I . . . I promise you I won't resign until this war is over." The words felt acidic in his mouth, the thing he had never wanted to accept even though he knew so many expected it of him.

"Your promise should not be to me," Desjani replied, her face and voice calmer now.

"It is," he insisted. "I've avoided making it because it scared the hell out of me. But the thought of not seeing you scared me more. Congratulations."

"I . . . I didn't—"

"No, you didn't. You never would have tried to manipulate me on purpose." Unlike Victoria Rione, he realized. "I made the choice. I'll carry out the mission. As long as you don't resign

your commission. I need you with me if I'm going to have any chance of succeeding. And when my mission is done, and I'm no longer in command of this fleet, I'll finally say the words that I wish I could say to you now."

Desjani nodded to him. "Thank you, Captain Geary. I knew you'd do what you had to do."

"As opposed to what I want to do right now." Amazingly, she laughed. "If you

and I did what we wanted to do at this very moment, we'd be different people. But hard as it is, I must stand here instead of stepping closer to you. Much closer. No. You have my honor, I have your promise. If the gift of my honor gives you the strength to do what you must, it's a small price for me to pay."

"You think of it as a price, then?" Geary asked.

Desjani nodded as her laughter faded. "My honor is the thing of greatest value that I possess.

That I used to possess. I know you will not use it against me, and I know it is safe in your hands.

But there have been times when it felt like my honor was all I had left. I regret losing it."

"Then I promise you that I will keep your honor safe until I can return it."

"But . . . it was given. To my shame . . . but it was given." Geary shook his head. "I want to return your honor, and you want me to keep it. There's a way to do both if that's what you want."

"How could I have both—?" She seemed shocked, looking away for a moment before focusing back on him. "You mean that?"

"I can't come out and say how I feel, just like you can't, not until this war is over and I'm no longer your commanding officer, but I swear on the honor of my ancestors that I meant it."

Desjani blinked, swallowed again, then gave Geary a stern look. "You must know something, Captain John Geary. Right now you are my fleet commander, and I do as you say and defer to you. You are on a divine mission, and while that lasts, I will follow you to hell itself on your command. But when all is done and the war is over, a man would come to me with my honor and himself. Not like any other man, not even then, but a man, and I will not be subordinate to any man in my own life or my own home. I will only have a man as a partner, an equal, to be beside me in all things. Any man must agree to that if he someday wishes to share a life with Tanya Desjani."

Geary nodded. "Any man who really knew Tanya Desjani would gladly commit to those conditions and promise to honor them."

She gazed back at him, then smiled. "It is very hard, and I fear that it'll be harder still before all is done. But when the day comes that your mission is fulfilled, I will accept my honor back and all that comes with it."

All he had to do was get the fleet the rest of the way home and win the war that had been raging for a century. But he'd never thought he could get this far, do what he'd been able to do. If he could somehow end the war, end the deaths . . .

And, for the first time since he'd been awakened from survival sleep, he knew without any doubt that he had something other than duty to live for. They'd talked around it, they might never again discuss it even indirectly while the war lasted, but

they each knew how the other felt and what they'd promised each other. "In that case, Captain Desjani, let's take a look at the star display and figure out our next move on the way home. We've got a fleet to save and a war to end."